

UNA NOVELA DE
JUAN J. PRIETO



La sonrisa eterna



<https://juanjprieto.com>




Con la compra de este libro
donas 0,50€ a la ASOCIACIÓN
DOWN PONTEVEDRA "XUNTOS"

DOWN XUNTOS
Asociación
Síndrome
de Down
Pontevedra

UNA NOVELA DE
JUAN J. PRIETO



La sonrisa eterna

 <https://juanjprieto.com>



Con la compra de este libro
donas 0,50€ a la ASOCIACION
DOWN PONTEVEDRA "XUNTOS"

DOWN MOVOS
Pontevedra Asociación
Gallega de Down



La sonrisa eterna

UNA NOVELA DE
JUAN J. PRIETO

Título original: La Sonrisa Eterna

Autor: Juan J. Prieto

Primera Edición: Junio 2019

2019 © juanjprieto, todos los derechos reservados.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

ISBN: 978-84-09-12785-6

Depósito Legal: PO 369-2019

Edición: Ticha&Mofi Ediciones/Juan J. Prieto

Maquetación e impresión: Gráficas Anduriña. Avda. de San Xoán. 36994 Poio-Pontevedra.

Portada: Aitor Ramos Soto

Fotografías Portada-Desplegable: Istockphoto (Todos los derechos reservados)

Fotografía Autor: Leticia Prieto Arosa

Ilustraciones Cuadernas y Desplegable: Alba Teresa Porta

Corrección Final: Pablo Rañales

Web: José Garrido -Itnor-

www.juanjprieto.com



ahora que sé que eres feliz, ya nunca te podré tener,
ahora que por fin en mi memoria aprendí,
quisiera volver a escucharte,
poder decirte que nunca más te olvidaré,
y que estés donde estés,
algún día iré a ti,
a decírtelo
y a darte ese abrazo que nunca te di.

ahora también sé que siempre quisiste cuidar de mí,
aunque yo nunca te dejé,
papá.

«Nuestra vida es una forma de energía,
y esta es como un préstamo que algún día hay que devolver»
Cita funeraria de los Na'vi
en el filme *Avatar*, de James Cameron.

Misteriosos son los caminos del Señor, que se ensanchan. La luz de su vereda me conduce larga y cansinamente, pues solo Él decide. Yo me dejo llevar y entonces me concede la gracia que ayer no tuve.

Esta es la primera escala que me impone el Señor, cuyo susurro no deja de atormentarme, día tras día, con el fin de anunciarme cómo va a ser mi tiempo futuro hasta que la pluma haya dejado las palabras exactas que Él me haya querido inspirar en esta segunda entrega. Huelga decir que el tiempo lo domina Él, no yo como hombre. w

Aunque aún queda mucho por sentar e imaginar: personajes etéreos y perdidos, lugares difusos y momentos o sucesos desencajados, pues el paisaje solo está dibujado a borrones. No os preocupéis, ya que sus diseños han sido claros. Ha encendido las estrellas y el maná de la sabiduría y el conocimiento se ha instalado en mi memoria.

El Señor se me manifiesta a ráfagas inciertas pero potentes. Ya no necesito ni fuego, ni hogueras, ni invocaciones diabólicas para que las musas de la paciencia se apiaden de mí. El tiempo me ha soplado al oído la solución y las ideas fluyen cristalinas y rápidas como agua de manantial temprano.

No me queda mucho tiempo disponible y el diablo la lía parda, así que será mejor ponerse letras a la obra y que las palabras del creador, desde su autor, surjan libres, espontáneas, sinceras y justas.

Paciencia infinita os envío, hermanos.

Pero...

He traspasado túneles oscuros y tenebrosos y he viajado por los insondables parajes de mi alma. Tortuoso y largo ha sido el trayecto. Nueve velas con sus llamas: seis sosegadas, las de mis virtudes más ocultas, y tres titilantes, como mis tres pecados al descubierto. Los tres como hombre: el original, el mortal y el capital... El que no me abandona: la soberbia.

Al nueve le damos la vuelta y se convierte en seis. Y 666 páginas tiene este

libro que habla de Dios. Quizás el mal y el bien sean dos mitades inseparables de la misma unidad o deidad, y la purga de mis pecados sea precisamente haber escrito esta historia... Y hoy es un primero de marzo del año dos mil quince de nuestro primer Señor. Solo sumando el número del mal os dará el día exacto del día verdadero.

Os ha hablado un miserable con pretensiones de profeta... A fin de cuentas, nací en el 66.

El discípulo extraviado



La sonrisa eterna

UNA NOVELA DE
JUAN J. PRIETO

Hace ya mucho tiempo que el hombre se olvidó de dónde viene y de cuál es su propósito, demasiado ocupado en borrar los rastros de su historia. Está escrito en los textos más sagrados: «Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza». Así fue. Y así lo quiso hacer, sin darse cuenta de que aquel acto de soberbia sería su perdición.

Dicen que los dioses no lloran, y yo digo que no es cierto.

Este, hundido en su lamento, envió a su hijo a morir por ellos, pensando que, con su sacrificio y su error, cambiarían y se harían más humanos y más cercanos a Él.

Y se volvió a equivocarse. Perdido en el infinito, vio guerras y mártires en su nombre, y lloró y lloró. Lloró tanto por el desastre de su creación que desde entonces el sol cada día se apaga un poco más y más rápido.

Y huyó. Desolado, abandonó al hombre a su escogido azar.

Hace casi cuatrocientos años, una lágrima suya empapó el corazón de una mujer, y de ella salió una promesa de regreso de la deidad.

Si es cierta la leyenda, todo empezará un trece de marzo del año dos mil trece de nuestro primer Señor. En ese día y a la misma hora en diferentes lugares de la madre Tierra, la flor de lis se revelará. Este es el juramento que conecta el cielo y la tierra y que lleva el mensaje de aquel que traerá la nueva ventura y la luz. Ojalá tengas ojos para leer e inteligencia para entender. Solo así podrás descubrir dónde reposa la sonrisa eterna y su secreto.

Desde la noche de los tiempos protejo al hombre. Mi nombre es Yeshúa. Hace cuatrocientos años que moro en Liliun, la constelación perdida. Y, desde ahora, yo seré quien ilumine tu mirada.

La flor de lis simboliza el árbol de la vida, la perfección, la luz, la resurrección y la gracia del dios que ilumina. Domina la luna, las olas y el castillo. Y comparte privilegios con la cruz, el águila y el león.

Dicen los historiadores que sus orígenes se remontan al 575 a.C. en la Puerta de Istar, en Mesopotamia, construida bajo el reinado de Nabucodonosor II. Pero es en el siglo V cuando aparece dibujada clara y diáfana por primera vez en la portada de la *Vulgata*, o primera Biblia para el pueblo.

Cuenta la leyenda que desde el cielo bajó y se posó en las manos del obispo San Remigio una paloma con un ramillete de flores de lis y la Sagrada Ampolla que contenía el óleo para ungir y santificar al rey Clodoveo I. Esto sucedió en la Catedral de Reims el día de su bautismo y coronación. Y fue considerado de autoridad y origen divino.

En el Renacimiento, fue adorada por los masones herméticos, alquimistas en búsqueda de la piedra filosofal.

La Cruz de Santiago la tiene inscrita en tres de sus puntas y la Iglesia Católica

la ha adoptado como símbolo mariano.

La flor de lis es el sello de Dios en el mundo de los hombres.

CAPÍTULO PRIMERO

La llamada de Dios

del libro primero de Jesús por Yeshúa

«Al llegar el día, los doce estaban todos reunidos en el mismo lugar. De repente, un ruido del cielo, como de un viento recio, resonó en toda la casa. Vieron aparecer unas lenguas de fuego que se posaban encima de cada uno».

Ellos eran los elegidos.

Miércoles, 13 de marzo de 2013.

Siete de la tarde en Nazaré.

Acaba de nacer Jesús y el padre Jorge es nombrado Papa.

Katmandú

Un viejo poblador de las regiones montañosas contempla pensativo el sueño tranquilo de su hijo pequeño. Sus ojos carbón brillan en la negra oscuridad. Afuera, el cielo está cerrado y apagado, sin luces. No hace mucho, desde su más profunda inmensidad, el fugaz fogonazo de la estrella que anuncia la venida del hombre, en su camino a occidente, iluminó la tienda. El temporal de nieve arrecia con fuerza. El *sherpa*, conocedor de que la aparición de su estela significa la pérdida de su hijo, parece estar esperando algo mientras sus recuerdos le trasladan a otro tiempo.

Rememora la llegada a la vida de Siddhi, su séptimo hijo, el más querido, el mismo que ahora duerme ajeno a los hechos que pronto sucederán. Ya nació distinto al resto: de piel clara y ojos grises, como si la naturaleza se hubiera rebelado renegando de sus orígenes, a los que sin embargo nunca renunció. Solo algo del rasgado oriental en ellos delataba su verdadera procedencia. Y su humildad, eso también, pensaba el padre mientras seguía escuchando con atención su respirar rítmico. Recordaba sus primeros correteos, sus preguntas de niño y su abnegación a medida que iba creciendo. La infancia en Hembalu y la juventud en el caos de Katmandú.

Siente añoranza. Son las dos y media de la madrugada. Sabe que la hora está presta y que el verdadero karma de Siddhi está a punto de aflorar. En cuanto el temporal calme será la señal. Ya no habrá más expediciones juntos al Everest:

Esta habrá sido la última vez que el hijo ayuda al padre con los preparativos.

El viejo aparta la loneta térmica de la entrada a la tienda y, con medio cuerpo asomando al exterior en contacto con la nieve, certifica que el momento ha llegado. Despacio, se acerca al hijo y, meneándolo con cariñosa fuerza, lo despierta.

—¡Levanta, hijo! ¡Date prisa! ¡Vístete, tienes que partir! —Le sujeta el rostro con sus manos rugosas y crudas. No quiere que lo vea triste y lo aprieta contra su pecho.

—¿Qué ocurre, padre? —le pregunta mientras se levanta y se enfunda una sudadera por la cabeza—. ¿A dónde vamos a ir con este temporal?

No le da tiempo a decir nada más. El anciano *sherpa* ha apartado las cortinas de la carpa y el viento ha cesado de repente. Ya no nieva. Siddhi, asombrado y conocedor de la leyenda que desde niño le contaba su abuelo, sale a la superficie helada con caminar respetuoso. Al fondo, en el horizonte azabache, la cima más alta del mundo se deja entrever imponente. La luna se ha abierto paso entre la negrura, provocando un agujero enorme entre las inquietantes nubes.

Un rayo cegador acompaña a un espasmo en la tierra y esta tiembla, quebrando la superficie a los pies del adolescente como el rastro de una serpiente. La nieve se hace agua y, formando un pequeño cráter a modo de estanque, emerge sobre ella una preciosa flor de loto azul envuelta en una ola de vapor y nebulosa. Todo está calmo. Los viajeros han salido de sus tiendas y, sin apenas comprender lo que está sucediendo, rodean en círculo a padre e hijo. Impera un silencio lleno de respeto.

Siddhi se agacha y, con sumo cuidado, recoge la flor entre sus manos. Según se incorpora, sus labios recitan las sabias enseñanzas de su abuelo:

«No lo olvides, hijo: la flor de loto representa la pureza del cuerpo y el alma. Cuenta la leyenda que cuando el niño Buda dio sus primeros pasos, floreció allí donde pisó. Siddhi, vendrá el día en que su espíritu te la hará llegar. Retenla entre tus manos, porque solo tú sabrás su significado. Guárdala en tu mochila, y parte sin más equipaje. Tu padre te desvelará el lugar. Allí aprenderás a ser un verdadero sherpa. Tu nuevo maestro te preparará y te dotará de la sabiduría suficiente para que un día puedas conducir a lo más alto a aquel que vendrá de los cielos. Y desde la cumbre del mundo, Él consiga vencer a las tinieblas».

—Padre, estoy listo. ¿A dónde debo dirigirme? —Lloroso le pregunta al anciano que le observa con mirada triste, aunque plena.

—Al templo de Lhasa. Allí ingresarás como un monje más. Tu mentor ya ha partido de regreso también —le responde con voz queda y pausada, mirando al suelo.

—¿Cuándo debo partir hacia el Templo Blanco?

—Ya mismo, hijo —le responde, al tiempo que alza los ojos y le encara con orgullo de padre—. El camino es largo y no sobra el tiempo. Pide consejo y sabiduría a Buda; él te ayudará. Tendrás que esforzarte y prepararte a fondo en los próximos años, no como *sherpa* que ya eres, sino como ser humano. ¿Sabes de quién serás discípulo desde ahora?

—Sí, padre: del Dalái Lama.

Manhattan

Desde la planta 66 del One World Trade Center, un hombre vestido de Hugo Boss, y con olor a alguna de esas esencias caras que se venden en las lujosas perfumerías de la Quinta Avenida, se deja embriagar por la panorámica que la acechante primavera y los aún frescos rayos de sol del mediodía le presentan a través del ventanal de su despacho: el puente de Brooklyn cruzando el East River, todo un símbolo de su ciudad y también de su poder. Una ciudad y un hombre, juntos e inquebrantables, o eso pensaba.

La imagen de su hijo en su más tierna niñez, correteando a su encuentro, buscando su abrazo y gritando «¡papi!» en Central Park, se le hace nítida y viva sobre la enorme, limpia y apantallada cristalera. Un gélido escalofrío le atraviesa de arriba abajo la espina dorsal. Un estremecimiento eriza su piel. Instintivamente, Matthew se mesa el pelo cano y rizo. Después se toca la barbilla, siempre bien afeitada. Sin causa aparente, sus ojos grises comunican el pánico que le ha invadido.

Suena su *iPhone*. Como todo en su vida, es último modelo, aunque no lo necesite. Presagia que es su hijo quien le llama, al igual que hace un instante desde el pasado... En la pantalla aparece su distintivo, «AA hijo», y, nervioso, descuelga.

—¡Dime, Lukas! —Algo le ha dicho ya que no es él quien llama.

—¿Es usted el padre del propietario de este número? —le pregunta una voz

femenina y llena de gravedad.

—Sí, soy yo, pero, ¿quién es usted? —se atreve a formular, muy atemorizado.

—Me llamo Smith y soy agente de la policía de Nueva York...

—¿Qué ocurre? ¡Dígame qué ocurre! —la interrumpe, alterado y aumentando su nerviosismo. Pero la agente Smith guarda silencio, un largo silencio—. ¿Por qué no contesta? ¿Dónde está mi hijo?

—¿Su hijo conducía un Chevrolet Camaro gris descapotable? —le retorna la voz gris y apagada de la agente con una pregunta que trae mal augurio.

—Sí. Se lo regalé yo mismo por su graduación, este verano pasado. ¿Quiere decirme de una vez qué está pasando, agente? —templado al principio, termina chillando, ya medio desesperado.

—Ha tenido un accidente y... —Smith no consigue terminar la frase.

—Ha muerto. Es eso lo que quería decirme, ¿verdad? —se deja caer sobre su cómodo sillón de alto ejecutivo—. ¿Dónde ha sido? —acierta a decir, mientras las lágrimas cansinas y acuosas resbalan por su rostro.

No recuerda haber llorado por nada ni por nadie nunca. Quizá algo de malestar y pinchazos en el estómago cuando el divorcio, pero no mucho más. Y un poco de tristeza tras la muerte de su padre.

—Enfrente de la catedral de Saint John. —ahora la voz de la agente Smith parece algo más recompuesta tras el mal trago de transmitir la noticia.

—Llego en veinte minutos. Gracias por todo, agente.

No le ha dejado ni contestar a la policía. Ha colgado compungido y ya del todo aturdido. Se mantiene un par de minutos absorto, contemplando su enorme despacho. No le falta detalle. Un prestigioso equipo de interioristas de «la City» se encargó de todo. Funcional e innovador. A Matthew siempre le había gustado estar al día, ir con las últimas tendencias y, por supuesto, tener lo mejor, sin importar el precio. Casi dos décadas como bróker en la Gran Manzana, asesorando a los departamentos financieros de los mejores bufetes y representantes de banca, le habían dado todo el dinero que había querido. En otras palabras: era rico, muy rico, uno de esos multimillonarios que aparece en la lista Forbes.

Y hoy, por primera vez en su vida, se da cuenta de que todo su dinero no le podrá devolver al ser que ha perdido. Toda una existencia amasando poder y riqueza, y ahora no le sirven de nada.

Matthew no tarda ni los veinte minutos prometidos en llegar a la entrada de la mayor iglesia anglicana del mundo. Le ha bastado con garantizar una propina extra al taxista para que este se creyera el último campeón de Fórmula 1 al volante. Y la cantidad debía de tener proporciones indecentes por los semáforos en rojo que se ha saltado y otras infracciones varias cometidas durante el trayecto.

Nada más llegar, y tras pagar al taxista, su mirada se queda clavada en el Chevrolet de su hijo, con el morro totalmente empotrado en el último árbol que limita el paso de cebrá y la acera que lleva a la primera escalinata de acceso al templo. Una mujer rubia nórdica uniformada de policía se le presenta como la agente Smith, pero Matthew ya no está en el mundo real. Ni siquiera es consciente de que le ha preguntado cómo fue, y de que ella le ha explicado que su hijo debía de venir distraído hablando por teléfono o algo parecido, pues no advirtió que una chica joven con su pequeño en brazos cruzaba en ese momento como peatón en dirección a la iglesia. Al querer esquivarlos, en vez de frenar, aceleró y se estrelló contra el árbol. Murió en el acto. No sufrió, según los servicios médicos que intentaron reanimarlo sin éxito.

Ya habían trasladado el cadáver al depósito, acierta a escuchar. Ni siquiera ha tenido la oportunidad de despedirse de su hijo, un joven con un talento y una proyección indudables. Este año había ingresado en Harvard como número tres de su promoción, y ya pululaba en las listas de los mejores burós de Washington, muy cerca del poder político. Él, su padre, haría el resto con sus relaciones y niveles de influencia a través de los *lobbies* a los que pertenecía. Todo un futuro por delante...

Desde que salió de su despacho, el bróker no ha dejado de llorar por dentro, y también por fuera. Su mundo se ha desmoronado en un segundo. Igual que el rumor malintencionado de los mercados que provocan la ruina de miles de familias, toda la vida puede cambiar en un instante. Un solo error, un solo acto indebido, y todo se ha ido al traste. Ya no le queda nada al hombre de éxito. Solo dinero. «¿Y para qué?», se pregunta mientras, sonámbulo y haciendo eses, asciende los peldaños de piedra que conducen a la entrada principal de Saint John, «el Divino».

Es primera hora de la tarde. La iglesia está atestada de visitantes. La mayoría extranjeros y casi todos conducidos por una guía turística que les va contando con traducción simultánea en diferentes lenguas, la historia, anécdotas y

peculiaridades. Matthew no está para escuchar. Ido, casi sonámbulo, llega a una de las cinco puertas de bronce de su fachada occidental, en concreto al Pórtico del Paraíso, y, al apoyar su palma derecha en otra mano de casi idénticas proporciones, bruñida sobre el metal, esta quiebra con su sonido metálico, cediéndole el paso. Con dudas, embriagado y embargado de tristeza, la cruza. Avanza deslizándose de forma irregular por el pasillo de mármol blanco pulcramente pulido y flanqueado por dos tiras negras que dejan a sus lados las numerosas hileras de bancos para los fieles. El símbolo de Saint John le marca las pisadas y, medio arrastrándose, llega hasta el altar.

Un crucifijo sencillo y ecléctico colgado de la gran cúpula lo recibe. Postrado, casi debajo de la imagen, con llanto desesperado pregunta «¿por qué?», a un cristo y un dios en los que no cree. Siempre se había declarado ateo. Frente a él, la luz que penetra libre y potente por las vidrieras crea un haz de colores boreales que acaricia a nuestro Señor crucificado y termina cayendo a horcajadas sobre el cuerpo apagado del bróker.

Matthew reza. Nunca lo había hecho. Pero hoy reza angustiado. Aunque no tiene fe, reza. Y no sabe por qué lo hace.

Un hombre de aspecto maduro y presencia serena le aprieta con fuerza el hombro en señal de comprensión. Matthew lo mira igual que si mirara a un fantasma o a un espíritu errante de la catedral, asustado y vencido. El hombre lo tranquiliza con su afable silencio. Matthew va ganando confianza. Su rostro le transmite algo tan especial como la sabiduría. Nunca había sentido algo así. Con sus ojos, le obliga a mirar hacia atrás, y Matthew se queda paralizado, inmóvil, si aún no lo estaba. Un enorme caleidoscopio de miles de destellos de colores avanza hacia él llenando el espacio de una gran inmensidad. El túnel de luz parte del rosetón central y de los pétalos de su flor de lis, labrados en rojo en su forma original sobre el eje central.

Al girarse hacia el hombre para preguntarle, ahora más despierto y consciente, hace otro descubrimiento: una gran capa negra y un símbolo no desconocido para él, bordado sobre el pecho en el lado del corazón, lo identifican como maestro masón. Este le pide silencio colocando su dedo índice derecho sobre los labios.

Como si alguien se hubiera preocupado de expulsar a los visitantes, turistas e incluso fieles, ahora se encuentran solos.

—Es la señal de Dios. Te ha quitado a tu hijo para ofrecerte el suyo a cambio

—le dice con una pausa y tranquilidad inusuales para él. Su voz ha sido clara y profética.

—No creo, nunca he creído. No entiendo lo que me quieres decir —contesta, aún compungido, Matthew.

—En verdad te digo que hoy mismo dejarás todo lo que tienes y partirás en busca del Santo Grial, del heredero de Cristo. Pondrás todos tus bienes, todo tu ser y toda tu inteligencia, conocimiento y amor a su disposición —le vaticina el maestro masón con una seguridad demoledora. Matthew le mira fijamente a los ojos y ve paz, la que él también entiende que busca y necesita en este momento. Asiente casi de forma inconsciente.

—Debes jurar sobre la Biblia. En ella encontrarás el camino y la verdad — sentencia el masón al tiempo que le ordena—: Levanta la mano derecha y apoya tu siniestra sobre el texto sagrado. Repite conmigo: «Juro que escucharé a mi corazón y que buscaré al que viene de los cielos, que lo encontraré, y que mi vida le daré, como un padre de verdad a su hijo, con amor».

Matthew, casi hipnotizado, repite sobre las sagradas escrituras. El maestro masón le da el ejemplar a modo de ofrenda. Y al irse y antes de dejarlo a solas con sus nuevas tribulaciones, le dice:

—Cuando salgas, cierra bien la puerta y, antes de irte, gira hacia atrás y observa el rosetón desde el exterior. Por encima de él se levantan nuestros símbolos: la pirámide de los Illuminati y «el ojo que todo lo ve». No los olvides y piensa en ellos, pues te llamaron y tú viniste.

Jerusalem

En este lugar, un hebreo cambió la historia de la humanidad.

Es el mes de Adar, una puerta que abre y cierra tiempos y estaciones. Dios prepara a los hombres para una nueva vida espiritual, cuidando de sus hijos. Así lo manifestaban los antiguos rabís y los cristianos primigenios. Quien escribe estos relatos da fe de ello.

Había escritos sagrados, hoy ocultos unos y destruidos otros, donde los viejos maestros anunciaban que la obra del maligno sería revocada con la segunda venida del hijo de Dios en este mes. Juro que yo los vi. Pero el hombre solo recurre al don del conocimiento para hacer desaparecer todo aquello que no conviene a sus intereses. Así no dudó en quemar aquellos manuscritos que explicaban el regreso del Salvador al mundo de los hombres, y al hacerlo blasfemó contra Dios. También doy fe de ello.

Hurva es la traducción al hebreo de «ruina». Gaón de Vilna, rabino y erudito judío del siglo XVIII, profetizó que el tiempo del Tercer Templo sería el de la reconstrucción de la sinagoga del mismo nombre, y con la tercera llegaría el verdadero mesías, y también su anticristo. El nuevo y definitivo templo que se levanta desde sus ruinas...

La primera hora de la noche está cercana. Cientos de fieles judíos asisten, devotos y entusiastas, renovados, a los últimos preparativos: se acaba de colocar la última piedra. Dentro de dos días, el viernes, todo estará listo para que el sábado, día de culto para los judíos, el gran rabí Nathanael inicie el nuevo período de oración.

Simona, una joven y atractiva mujer, reza fervientemente en el Muro de las Lamentaciones. Sus ojos verdes permanecen impassibles, casi fríos, con la mirada anclada sobre un trozo de viejo pergamino que contiene unas frases escritas en árabe. Es su papel del deseo o de la plegaria, que introduce entre el hueco ancestral que forman las dos piedras que tiene frente a sí, al tiempo que recita balbuceando para su interior lo que en él hay escrito: «*Combatid a quienes no creen en Alá ni en el último día, ni prohíben lo que Alá y su enviado han prohibido, ni practican la religión verdadera de entre aquellos que han recibido las escrituras*».

Es un versículo del Corán y ella es una activista de Hamás. Se encuentra a escasos trescientos metros de su objetivo: la «ruina», más conocida como

Hurva, la sinagoga, o la Tercera Reconstrucción del Templo, desde hoy el lugar más sagrado para el mundo judío. La orden es clara: evitar que la profecía se cumpla y el nuevo salvador nazca. Ella morirá como mártir y heroína para su pueblo, pues habrá destruido toda posibilidad de que el hijo de un dios pagano se haga hombre. Con ello dará fe de la llegada del anticristo, idénticamente anunciado.

Simona no pasa desapercibida. Sus líneas perfectas provocan comentarios obscenos de los hombres a su paso. Su rostro redondo de mofletes hinchados y colorados, nariz perfecta, ojos rasgados orientales y mentón prominente, fuerzan unas facciones bellas y duras al tiempo. Su melena negra e inmensa, suelta y libre, la dota de más crudeza aún. Camina con resolución, pero sin acelerar la marcha, camuflada entre la muchedumbre hebrea. Si no fuera por su físico, nadie se fijaría en ella.

Rodeando su cuerpo, lleva oculto bajo la ropa un cinturón bomba. Vestida como una chica judía más, con blusa ancha y suelta y pantalones vaqueros no demasiado ajustados, no levanta sospecha alguna. Pero es una fanática religiosa y, desde hace unas cuantas semanas, miembro liberado de las Brigadas de Ezzeldin Al-Quassam. O lo que es lo mismo: una terrorista.

Pertrechada hasta la médula de cargas explosivas, está dispuesta y preparada para ofrecer su sacrificio a la yihad, y fundamentalmente a Alá, su dios, único y verdadero, cumpliendo así con las enseñanzas de su profeta, Mahoma. Aún no sabe si conseguirá acceder al interior de la sinagoga ni cómo burlará la seguridad. Cuenta con la mínima ventaja de que aún no está fichada por el Mosad, el servicio de inteligencia israelí. Pero, de una forma u otra, lo hará: se inmolará, destruyendo el templo y matando a sus enemigos, los judíos.

Una extraña sensación de haber vivido ya este momento le arremete con brutalidad. Durante unos instantes, no consigue controlar su mente. Imágenes increíblemente nítidas de un pasado no conocido y casi de ultratumba la trasladan a una infancia que no consigue recordar, como si no fuera suya. Se ve correteando por las calles de piedra de una ciudad en ruinas: Cafarnaúm. Sus ojos inspeccionan con cuidado y respeto la casa de Pedro, el apóstol. Y hasta es capaz de sentir la paz infinita del espíritu del Cristo navegando por el mar de Galilea, en Tiberíades. Se impregna de su olor húmedo y dulce y se deja mojar por las aguas provenientes del Jordán hasta simular su bautismo.

«¡No puede ser!», se dice a sí misma. «*Soy palestina, nacida en Hebrón, junto a la mezquita de Ibrahím. Nunca estuve en Galilea y mucho menos soy*

cristiana». Su alma es dura y su mente ha sido preparada para cumplir con su cometido. Y aunque sabe que seguramente no llegará hasta su objetivo, porque seguramente la descubrirán antes, no le importa. Ella estará lo suficientemente cerca para conseguir destruir el templo, como una nueva desolación para el pueblo judío.

A escasos metros del primer control de seguridad formado por una valla metálica y una patrulla de soldados israelíes, poco antes de llegar a la fachada principal, se coloca a su lado, mientras camina, un hombre vestido para la ocasión: traje negro, camisa blanca y, sobre los hombros, capa de seda también negra con pequeños ribetes bordados en blanco, en las terminaciones, cerca de las costuras, que transcriben algunas de las inscripciones judaicas relacionadas con las enseñanzas de la Torá. Y en la cabeza, el sombrero típico de los hombres de Dios del judaísmo. Luce una espesa pero corta y cuidada barba gris y lleva puestas unas gafas diminutas de montura dorada clásica y redonda. No hay dudas: es el joven y gran rabí Nathanael.

Él le dirige una sonrisa cordial. Simona se la devuelve desconcertada, pero sin perder el temple. Nathanael la invita a cogerse de su mano.

—Hoy es un gran día —le dice con cara de gran felicidad, al tiempo que le insiste con un gesto de su palma.

Simona accede y, al contacto de sus manos agarradas, siente un calor especial que le desencadena una fuerte e hipocondríaca aprensión. Pero le sonrío plenamente. Gracias a su inesperado compañero y para sorpresa propia, consigue sobrepasar, sin siquiera tener la necesidad de identificarse, todos los controles restantes de seguridad y así accede al interior de la sinagoga, camino del lugar destinado a las mujeres.

Al traspasar el arco que dibuja su pórtico en el umbral, Simona se detiene admirada por su esplendor. Contempla, casi paralizada, las dos columnas en honor a Jehová que la reciben como si le estuvieran dando la bienvenida. Se queda absorta al comprobar que en sus capiteles sobresale, esculpida, una flor de lis como símbolo de realeza y deidad, con cierta semejanza a su Rub el Hizb del Corán, que significa el fin de un capítulo. El que va a cerrar ahora, piensa, y que para ella representa la entrada al paraíso, en el que cree que estará dentro de unos minutos.

Tras este pensamiento, avanza unos pocos pasos y se suelta de la mano del rabino. Con su mirada cruel de azúcar, se despide de él. Sabe que sus vidas se

separan aquí y para siempre, porque va a morir. No tiene dudas. Ha sido muy bien entrenada para este momento. Y, poniendo su mente en blanco, acciona el dispositivo... todo salta por los aires.

Un rayo cegador, y Simona piensa que ya ha llegado al lugar de Alá, junto a su amado creador. Está tumbada y todo a su alrededor es ruina y cuerpos destrozados y mutilados por la explosión. Encima de ella y como si estuviera protegiéndola, el gran rabí Nathanael la mira, compasivo. De seguido, una voz estremecedora, como si viniera de otro mundo, o quizás del más allá, pronuncia rotunda en arameo antiguo: «*Dios está con nosotros*».

Los dos se levantan y el rabí vuelve a coger de la mano a Simona, que se encuentra un tanto aturdida. Abre los ojos de nuevo, como si estuviera despertando de un mal sueño, y permanece atónita durante un instante. Nada ha ocurrido. Todo está bien. Lo normal es lo que ocurre a su alrededor, rodeados de cientos de fieles judíos. Él la guía al exterior y ella se deja llevar, como hipnotizada por los efectos del *déjà vu*. Le escucha atenta y con una desconocida felicidad.

—Ahora solo nos queda encontrarlo.

Laponia

Al borde del Círculo Polar Ártico.

Una apuesta esquimal sami contempla embelesada, una vez más, como cada día del invierno, el maravilloso anochecer con su aurora boreal esbozada sobre el cielo azul profundo. Hoy también se escucha su helado crujido, como cristales polares que producen escalofríos.

Son los últimos estertores del *kaamos* o crepúsculo que seduce a la luz del día casi por completo. El inicio de la primavera dibuja sobre el horizonte los haces de la luz verdosa y juguetona. Los ojos de Jumala, que significa «la que domina a Dios», se refugian en el paisaje: el lago aún helado y, por detrás, el bosque, que la resguarda y la camufla del mundo. Solo ella viene a este paraje, a su rincón sagrado, a comunicarse con los dioses de sus ancestros.

Conocedora del mapa del firmamento, sabe que algo especial y único está pasando. En él, cientos de estrellas fugaces garabatean la forma caprichosa de Liliun, la constelación perdida hace casi cuatro siglos y a la que, según contaban los viejos y sabios de su pueblo, fueron a ocultarse los dioses, a fin de olvidarse de los desmanes de su propia creación: el hombre.

Una ligera ventisca le obliga a protegerse el rostro. Bajo sus pies, un ramillete de desordenado y blanco clavelito antártico resurge entre la nieve con la forma del símbolo de la flor de lis. Jumala interpreta la señal al momento. Apresurada, se incorpora y, con prisa lenta, sube a su trineo. De su garganta vuela un ancestral chillido, obedecido a la primera por seis espléndidos *huskies* siberianos que inician veloces la marcha sobre el blanco y glacial manto que cubre la tierra.

A sus espaldas queda el insólito bosque de coníferas que bordea el lago, y tras cruzar el inmenso valle helado que precede a la estación de esquí, con la tundra casi tapada por la nieve, se adentra en la pequeña ciudad de Rovaniemi. Copos navideños caen lentamente y la gente la saluda amistosamente a su paso, ya aminorado, desde las puertas de los modernos iglús en los que habitan. De seguido, atravesando una amplia explanada, abandona el espléndido Arktikum, o Museo del Ártico, hasta llegar a la Aldea de Santa Claus, donde un gigante muñeco de nieve le da la bienvenida en la entrada, señalizada por un camino de enormes y altas columnas cuadradas rematadas en grandes faroles acristalados, que asemejan a los candiles de mano de otras épocas y que iluminan la azul, preciosa y gélida noche lapona.

Tras aparcar el trineo justo detrás de otro armado con un par de renos protestones, en la puerta del edificio principal de madera oscura tratada y tejado cubierto de blanco, un revoltoso grupo de elfos la rodean nada más pisar el suelo. Ella les contesta cariñosamente mientras sube las escaleras. Al entrar, besa en la mejilla a un hombre rechoncho vestido de traje rojo navideño y larga barba blanca.

—¡Hola, Santa! ¿Has escuchado la canción de la aurora?

Y él le contesta con una felicidad serena:

—¡Hermana, tenemos trabajo! Un niño muy especial espera de ti que sepas provocar una sonrisa eterna.

Miyajima

Isla del Santuario. Prefectura de Hiroshima.

Hay lugares que son dominio de los dioses y a los que el hombre, para poder entrar, ha de pedir permiso. Este es uno de ellos. Muy cerca de donde la humanidad cometió la mayor matanza masiva e indiscriminada de su historia, como si de una broma de mal gusto se tratara, está prohibido morir. Desde el comienzo de los tiempos, la isla fue considerada terreno sagrado, y así se la ha preservado, pura. Es por ello por lo que el hombre también ha renunciado a tener descendencia en ella, temeroso de desatar la ira de los dioses, no se atreve a mancharla.

Amanece. Un joven pescador extiende las pequeñas redes desde su barca y fondea las nasas, esperando que la luna haya agitado la pleamar y los peces, raudos, acudan a ellas. La marea está bajando. Ya medio varado a menos de cien metros del embarcadero, observa cómo el horizonte rojizo del sol naciente se nubla de forma repentina. Un monzón calmo arroja chorros de agua dulce a borbotones, inundándolo todo. Aún no se ha consumado la bajamar y el agua de la lluvia ayuda a que el bote flote.

Sin tiempo que perder y aprovechando esta circunstancia, el hombre sube las artes. Totalmente empapado, contempla atónito cómo en el último aparejo se ha enredado un pez *koi* con la flor de loto sagrada tatuada sobre sus escamas. Aunque lo estaba esperando desde la muerte de su abuelo, nunca había visto nada igual, y menos en agua salada.

A pesar de la recia lluvia, lo libera con sumo cuidado y lo desliza sobre una pequeña bañera donde tiene costumbre depositar todo aquel pescado que, debido a su tamaño reducido, devolverá de nuevo al mar, tal y como le habían enseñado desde niño como prueba de respeto a la madre naturaleza.

La mañana está gris. Casi no se ve el *Otorii*, o puerta de entrada flotante, anuncio inequívoco de lugar sagrado. Al fondo de la bahía, el santuario de Itsukushima se convierte en improvisado embarcadero para el pescador. Mientras boga, el temporal se va disipando, dejando en el aire ya caliente de la inminente primavera una nebulosa de vapor.

Al llegar a la orilla, y como si de un conocido ritual se tratara, sujeta con suavidad el pez y lo suelta. Atraca en el pequeño muelle que forma la entrada al templo. Antes de saltar del barco, se introduce en la pequeña cubierta de

lona hecha a mano a modo de puente. Abre un arcón de madera cubierto de resina a fin de hacerlo impermeable. Extrae un hato viejo, pero pulcro. Lo abre. Antes se ha secado lo mejor que ha podido con una toalla medio mojada. Se viste un kimono tradicional japonés negro que había. Por debajo de la cincha, el joven esconde una fina vaina de magnolia lacada. Así, respetando la tradición, penetra en el templo no solo limpio por dentro, sino también por fuera.

Igual que cualquier turista más, compra en el quiosco un pequeño pergamino de papel color crema con su horóscopo, el dragón. Lo ata en lazada a la vara de los augurios para pedir protección para su nuevo viaje. Sin más demora, acomete la empinada pendiente del puente de los emisarios imperiales, aviso de lo incierto que es el camino hacia Dios, hasta adentrarse en el bosque mágico y misterioso de la isla.

Va examinando con atención la naturaleza animada que le rodea, como si todo estuviera en su sitio dentro de un orden natural y el azar no fuera posible. Se dirige hacia la cima de la montaña Misen. El camino es una continua escalera cubierta de hojarasca y enredaderas, hierbas bajas y arbustos diminutos como bonsáis alocados. Allí arriba, hace 1200 años, el primer monje budista que la conquistó puso a calentar agua en una gran olla de hierro. Desde entonces, sus discípulos no han dejado ni que el fuego se apague ni que la olla se vacíe. El joven la contempla con paz en sus ojos.

La imagen etérea de su abuelo se le interpone. Ahora es un *Kami*, o dios que reside en la naturaleza. Por eso ha subido hasta la cima, porque necesita oírle de nuevo, y por última vez. Nunca conoció a sus padres y su abuelo no le permitía preguntar por ellos. El secreto de su origen se fue con él, en busca de los dioses y de sus antepasados, como manda la tradición.

Entonces, alzando la mirada hacia al horizonte, recuerda la leyenda del nacimiento de su país que siempre le contaba su abuelo: «*Los dioses clavaron una de sus lanzas celestiales llena de joyas que se esparcieron por el mar, formando las islas de Japón*». Esto le traslada en el tiempo al lugar en que transcurrió su infancia: el archipiélago de Matsushima, donde los dioses posaron sus ojos y los monjes zen su morada.

Con mucha pausa, desenvaina la catana con su filo brillante y bello. Asiendo la empuñadura con el arma en vertical, y saludando al infinito azul, murmura la profecía de sus designios, que allí, de niño, su abuelo le contaba:

«Cuando el pez koi tatuado de loto caiga en tu red: esa será la señal que te convertirá en la derecha del hombre. Lo soltarás al llegar a la orilla para que él siga su destino y tú, mi pequeño, comiences el tuyo. Dejarás todo, cogerás un hato de ropa y mi espada, e iniciarás el camino hasta Nagamachi, donde te harás samurái, como yo lo fui. Serás disciplinado y buen alumno, y cuando el maestro termine tu preparación, partirás rumbo a tierras lejanas. Sabrás leer las estrellas, que te guiarán hasta el hombre que de ellas ha venido a la tierra anunciado por el dragón y su flor. Le jurarás obediencia y protegerás su vida con la tuya. Y, de este modo, cumplirás con los designios de la madre tierra y su hija, la naturaleza».

Sobre el acero de la catana, siguiendo la línea perpendicular hacia la empuñadura, casi al final, al trasluz de su reflejo de azul y hielo, el hombre lee para sí mismo la inscripción que delata su destino: *Suiseki*, su nombre, «roca» en japonés, y el significado literal del samurái, «pescador de hombres».

Gouliang

Aldea de piedra milenaria, a horcajadas entre los cañones de las montañas sagradas Taihang y la ribera del río Amarillo.

Como cada mañana, Wei se levanta dos horas antes del amanecer. Él es uno de los hombres sabios que forman parte del consejo. Nació allí. Gouliang no tiene más de trescientas almas, aunque hace tiempo que los visita, por temporadas, un número indefinido de turistas curiosos y un tanto irrespetuosos e ignorantes. Así es como piensa Wei.

Era aún un niño cuando los jóvenes de entonces, cansados de las promesas del gobierno chino y de su aislamiento, excavaron el túnel sobre las rocas de la montaña y su ladera y construyeron la carretera que les comunicaba con la civilización. No sabían que perderían la paz. Pero para Wei significó el acceso al conocimiento y el aprendizaje hasta llegar a un estado de pureza y sabiduría original. Hombre respetado y erudito, había conseguido dominar la técnica del *Qi*. Con frecuencia abandonaba su cuerpo, y su espíritu se alojaba temporalmente en los de sus amigos el águila y el lobo.

Tras incorporarse de su tosco camastro, se moja el rostro con el agua fría de una jofaina de piedra, como casi todos los utensilios de su estoico hogar. Su mente le pide meditación en lugar de la acostumbrada sesión de taichí. Sale de su especie de cueva anclada en la montaña y camina unos pocos metros. Se

sienta en posición oriental sobre el precipicio que delata «las escaleras al cielo», único lugar por el que se accedía a la aldea en la antigüedad. En un profundo estado de paz interior, y mirando hacia el impresionante y aún oscuro paraje que tiene enfrente y a sus pies, deja que la naturaleza y el equilibrio perfecto que reside en ella le transmitan la nueva buena: hoy ha nacido aquel que será su aprendiz para convertirse después en su Gran Maestro.

Sin más, y con una felicidad plena, deja caer su yo interior al fondo del valle para volar con el águila por el desfiladero y sus barrancos. Mientras planea, chilla feliz con su grito ancestral y contempla y siente la creación con los afinados ojos del ave.

Después, tranquilo y paciente, se irá a pescar al río.

Eisleben

Como cada día, Dominí cierra las puertas de la casa museo que albergó a Lutero. A su cargo ha pasado sus treinta y pocos años de existencia bajo el estudio y la aplicación de la doctrina del antiguo inquilino de la casa. Al igual que él, también nació allí. Y posee un secreto que ha permanecido oculto, generación tras generación. Lo guarda con celo, sabedora del peligro que le acecharía si el mundo lo supiera.

Una de sus palomas mensajeras se posa sobre la repisa derecha de la columnata que acompaña el arco de la entrada a base de estrías semicirculares. Sus plumas blancas resaltan brillantes con el reflejo de la luz blanquecina que desprende un poste farola a modo de vigía del umbral. El color ocre de la fachada produce más contraste aún. Dominí la observa, nerviosa. En el pico sujeta, mientras mueve a espasmos su cabecilla, una flor de lis violeta recién cortada. Sabe lo que significa y, alterada, no acierta a girar la llave en la cerradura. Respira profundamente y por fin lo consigue, atrancando la puerta. Después, tranquila ya, acaricia a la paloma llena de alegría. Desata el moño que sujeta su azabache y reluciente cabellera. Sus ojos negros, oscuros, firmes y serenos brillan a contraluz. Arrebatadora y hermosa, sin embargo, siempre ha estado entregada a Dios y sus disposiciones.

Recoge el ramillete del pico de su amiga, la que representa la paz, y lo huele con pasión. De sus labios rojos y carnosos sale un suspiro único. Lo ata con la goma de su ahora alborotada melena y se lo guarda en el bolsillo delantero de su camisa a cuadros.

Sin mirar atrás, inicia el camino hacia su casa para preparar el equipaje. No hay tiempo que perder.

Aquí, en Alemania, son las nueve y media de la noche.

Moscú

Cercana la media noche, Foma acaba de salir de su despacho en el Kremlin y pasea por la Plaza Roja acompañado de la escolta que solo llevan los altos funcionarios que hicieron grandes servicios a la patria desde la extinta KGB. Ahora es un miembro reputado del Servicio de Inteligencia Ruso.

A pesar de su poco más de metro sesenta de estatura y con una calva prominente, incluso algo metido en grasas, había destacado por su fuerza, fiereza y genio. Husmeador incansable, poseía una impaciencia infinita e inagotable en el desarrollo de sus investigaciones. No se le escapaba una, y nada quedaba al juego de la azarosa suerte. Cuando tenía cogida la pieza ya no la soltaba hasta conseguir lo que andaba buscando. En contraposición con su mala fama, nunca había utilizado la tortura física. No le gustaba ver cómo la sangre salpicaba su uniforme.

Camina con un pitillo en la mano derecha, que más que fumarlo parece, por lo poco que le dura, que lo come. Espira el humo por la boca a grandes pero cortas bocanadas que se confunden con el vaho de la fresca que reina la ciudad esta noche. Apaga el cigarro y acelera el ritmo de sus zancadas. No ha cenado y siente hambre. Quizá después se acerque al club a tomar un par de vodkas que, junto con las mujeres, es su perdición.

Hace un rato ya que dejó atrás su antigua casa Lubianka, el cuartel general de la policía secreta. Al cruzar el puente sobre el Moscova, corriendo hacia él se dirige un soldado impecablemente uniformado que, tras parar en seco y saludarle militarmente, le entrega un sobre rojo y lacrado. Lo abre, escéptico. Acto seguido, lee en voz inaudible el contenido de un tarjetón manuscrito igualmente en rojo:

«Movimiento de personas procedentes de distintos lugares de todo el mundo a un pueblo portugués de nombre Nazaré. Creen que allí ha nacido el “Hijo de Dios”, al que han llamado Jesús. Viajar al lugar de los hechos a fin de recabar más información. Los peregrinos utilizan la flor de lis como símbolo para identificarse entre ellos».

Su profundo sentimiento ateo le produce una mueca natural de incredulidad.

«Paparruchas», piensa.

El soldado espera respuesta de su superior como una estatua. Foma se le queda mirando fijamente, pero sin verlo en realidad, pues sus ojos se han ido a otro lugar. Al fin despierta y, con un movimiento brusco de su derecha, agitando el tarjetón que le ha enviado a una ensoñación, le indica que lo deje solo.

Benarés

A orillas del Ganges.

Unos ojos color carbón, quebradizos y húmedos, apuntan hacia los restos de uno de los bateles funerarios consumidos por el fuego que arrastra la corriente del río sagrado. Un lamento lento y contenido se escapa de ellos.

El recuerdo temprano de las últimas horas vividas le impregna el alma y la piel. No había pasado siquiera un día desde que se hallara meditando a través del yoga junto a su maestro Pandit, Ashvaghosha.

Se encontraban en la terraza, mientras el murmullo natural de las aguas del Ganges resonaba en el aire, que sentían penetrar en sus pulmones y llenaba sus cuerpos de paz. Como buen discípulo, había aprendido de él a concentrarse profundamente y a revisar su interior con sabiduría. Era por ello por lo que en aquel momento le había golpeado con fuerza una extraña sensación procedente de la clase de filosofía que había impartido su maestro aquella misma tarde en la facultad; ese presagio certero que su corazón no había podido borrar, como si ya supiera en qué consistía la última lección que escucharía en boca de la persona a la que más admiraba en el mundo.

Descendiente de ingleses, sus padres lo habían educado en la fe cristiana, y así fue bautizado. Sin embargo, su origen lo engulló y la ciudad sagrada lo terminó de conducir al hinduismo. Después, su maestro lo acogió como a su propio hijo y, aunque la ley nunca se lo habría permitido, le donó las enseñanzas de su casta como si algún día fuese a pertenecer a esta, para convertirlo, en la práctica, en un brahmán.

A pesar de su juventud, el control de su mente sobre su cuerpo es profundo y sabio. Imágenes febriles y potentes se suceden alocadas ante él. Ahora comprende la inquietud que le secuestró el control de las emociones agolpadas a mansalva dentro de su alma. Aquel cruel instante... El maestro había abierto los ojos y lo había mirado con dulzura extrema. Era pasada la medianoche, y

él, intranquilo, simplemente pensó que la meditación había terminado y que se irían a descansar, como otro día más. ¡Qué equivocado estaba!

«Philip, hijo mío, escucha bien lo que te voy a decir. Mi mantra ya ha cumplido su misión en este cuerpo, al que ahora toca reposar. Eso ocurrirá justo ahora, en cuanto termine de mostrarte tu nuevo camino. No, no digas nada. Sabes dónde guardo el dinero. Comprarás una barca pequeña y en ella depositarás mi cadáver. Después, me despedirás feliz con el último baño sagrado en el Ganges. Cubrirás mi cuerpo con flores de loto y me incinerarás en su orilla, iluminando mi cortejo fúnebre con velas, como manda la tradición, para purificar mis pecados, que han sido muchos. Y esperarás hasta la primera hora de la mañana, con la salida del sol, a que solo cenizas queden de mí. Antes habrás guardado una de las flores, y navegarás hasta llegar de nuevo a mi lado para unirla de mis restos y, con celo, depositarla en un pequeño lienzo blanco y puro. Volverás a nuestro hogar. Vestirás el hábito de peregrino que a tal fin ya dispuse, y solo, sin nada más, con mi símbolo como único recuerdo, partirás con destino al templo de Lhasa, donde proseguirás tu preparación. Los lamas te admitirán en su comunidad en cuanto les entregues lo que quede de mí. Y allí dejarás pasar la vida y los años hasta que el hombre que procede de la deidad y de la tierra vaya a buscarte a ti y al joven sherpa que también ha iniciado el mismo camino, y que es tu hermano, la mitad del karma que aún te falta y sigues buscando».

Y, dicho esto, Ashavaghosha exhaló su último aliento.

Iguazú

Provincia de Misiones. Argentina.

Pequeñas aldeas indígenas se esparcen como islas salvajes y vírgenes alrededor de la Garganta del Diablo, el mayor salto de las cascadas más majestuosas del planeta. Uno de los pocos hombres blancos a quien los guaraníes permiten acercarse a sus poblados y gentes es el hermano Tadeo, perteneciente a la orden de los jesuitas y misionero de vocación y devoción, lleva casi una vida dedicada a los aborígenes.

Pasados los cuarenta años, de pelo gris y mirada caliente, por su aspecto se le podría confundir perfectamente con un personaje de ficción al más puro estilo *Indiana Jones*. Inquieto de mente y cuerpo, trabajador incansable y manitas de

profesión, todo se le da bien. Muy querido entre los nativos, ha ayudado a sus tribus en la mejora de su calidad de vida y ha aprendido de ellos a explotar al límite las posibilidades físicas de su cuerpo: corre como un ciervo, trepa como una cabra montesa y salta por la selva del Paraná como si fuera un mono. Él, a cambio, les enseña las virtudes del alma y del hombre: a leer y escribir, a alimentar el conocimiento y a usarlo en pos del bien común.

Desde las pasarelas de Puerto Canoas, estudia, admirado, el preciso devenir de la espuma formada por la catarata tras ochenta metros de vertiginoso y vertical descenso. Siente la fuerza sobrenatural del abismo. Sin más, le entra una prisa irreprimible por volver a la residencia, junto al resto de los hermanos, en Puerto Iguazú. Es media tarde aún y el calor aprieta, aunque no tardará en oscurecer.

Nada más llegar, todos los frailes se arremolinan a su alrededor para preguntarle si se ha enterado. Sus ojos plácidos se abren, buscando una respuesta. Pero al sonar su celular intuye que la solución se encuentra en esa llamada. Lo coge y escucha una voz familiar.

—¿Dónde estabas, Tadeo? ¡Llevo más de una hora llamándote! —le recrimina cariñosamente—. Quería que fueras la primera persona que me lo escuchara...

—¡Padre Jorge! —le interrumpe, lleno de emoción y esperando la contraseña.

—¡Habemus Papam! ¡Ya sabes lo que tienes que hacer, Tadeo! —Se oye colgar el teléfono. Tras unos segundos de silencio, el fraile asiente y los jesuitas cantan un Ave María a coro con los indígenas.

CAPÍTULO SEGUNDO

Nazaré,

del libro segundo de Jesús por Jose.

«María... Tu hijo ha nacido con síndrome de Down».

Esta frase cambió para siempre nuestras vidas. Y aunque han pasado unos cuantos años desde aquel día, es el recuerdo que mejor conserva mi ingrata memoria.

Cuando Eva, afligida, le comunicó a María la discapacidad con la que había venido al mundo nuestro hijo, juro que en un primer momento no sentí nada. Ni tan siquiera pensé. Es como si aquel instante hubiera quedado congelado en los insondables mundos de mi propio y particular universo. No fue mucho tiempo, pero el suficiente para darme cuenta de que todo se nos había escapado de las manos.

Desperté y mi primer pensamiento, mi primera mirada, fue para mi mujer. Yo no importaba, sabía que terminaría aceptando este incomprensible designio de Dios para con su hijo Jesús, nuestro hijo. Podría superarlo. Pero María...

Su mirada no pestañeaba. Se encontraba gélida e impasible, o eso parecía, aunque dos lágrimas lentas surcaban su rostro. Tampoco decía nada. Estaba en *shock*, literalmente. Toda su lucha y sus ganas de vivir, toda su fe, toda su existencia se había venido abajo en un instante, en una frase cruel, pero cierta. Supe en ese mismo momento que ya nunca volvería a ver a María. Que aquella mujer alocada, díscola, sincera, valiente y, sobre todo y ante todas las cosas, mujer con mayúsculas, se había ido para siempre jamás. No sabía, ni estaba aún preparado para entender, con qué María compartiría ahora el resto de mis días. Y solo con verla después del trance, una tristeza y soledad imposibles de descifrar inundaban mi ser.

No pude llorar. Recuerdo que mi primera reacción fue quedarme quieto y contener mi lamento interno. Quise resistirme, aun a sabiendas de que por dentro mis entrañas se desgarraban, y suponía que no más que las de mi mujer. Pero ella seguía allí, impasible e inexpresiva, como si le acabaran de clavar un puñal por el costado y se desangrara ya sin remedio.

María permanecía inmóvil, ni siquiera había parpadeado, como si se le hubieran quedado los ojos pegados. Aun así, pienso que vio irse corriendo a

nuestra doctora, entre sollozos, pasillo adelante, tras dar la fatal noticia. Solo Clío reaccionó tímidamente intentando pararla, abrazándola. Sé que algo le dijo al oído mientras lloraba desconsolada y amargamente. Lo último que acerté a escuchar fue algo así como: «Es la voluntad de Dios, Eva. No es tu culpa. Él sabrá responderte y recompensarte por lo que has hecho. Escúchale dentro de tu corazón, Eva. ¡Eva!». Pero la doctora, lejos de animarse con las palabras de su amiga, se ofuscó más en el abatimiento y, de un brusco empujón que tiró a Clío por los suelos, se soltó y huyó en estampida saliendo del hospital y mezclándose entre la multitud de supuestos peregrinos que ya casi abarrotaban la plaza, o «el sitio», como así llamaban en Nazaré al lugar donde nos encontrábamos.

Y aunque Eva no tenía la culpa de nada, y bastante había hecho la pobre consiguiendo traer vivo a Jesús, la verdad es que ella no pensaba igual: no volvimos a saber de la doctora hasta muchos años después. Pero ya habrá tiempo de contarlo, si Dios quiere.

Lo que siguió fue el silencio, largo y frío. Nadie sabía qué decir o a quién mirar. El grupo mostraba caras de incredulidad, pero nadie hablaba. Las cabezas gachas y las miradas al suelo. Su padre, Juan Fernández, fue el primero en moverse, pero de consternación. Y de este modo, siseando una frase ininteligible e inaudible, se ausentó. Algunos de mis compañeros habrían hecho lo mismo si la vergüenza no les hubiera derrotado y el pensamiento de la ausencia hacia María no fuera tan potente. Todos sabíamos que era muy duro para él ver cómo, después de haber recuperado a su hija, perdía su alegría.

Santiago, el policía, no dejaba de mirar la puerta por la que unos segundos antes se había apresurado su amada doctora, pero tampoco tenía el valor para abandonar a María a su suerte, y una triste resignación se empezó a apoderar de su corazón. Así me lo manifestaría en los días que sucedieron.

Solo Esther, la gitana, y sus compañeros de la Orden de San Francisco, a pesar de estar totalmente apesadumbrados, eran capaces de mostrar en sus rostros una tensa calma, como si de antemano intuyeran, o ya supieran, que el camino del Señor no iba a ser fácil y que aún no se había escrito el último final, el feliz, el que había prometido mi esposa. Los acontecimientos siguientes me desvelarían que esta sensación mía no era baldía.

Aquel grupo de amigos y viejos soldados, miembros inquebrantables de la Orden de la Santa Compañía, habíamos pasado a ser pobres diablos sin un

lugar en el que desahogar nuestro llanto, peor castigo que el infierno que supuestamente nos esperaba.

Pero siempre hay una mujer para coger las riendas. Fue de nuevo Clío, quien, sobreponiéndose al desaire de la doctora, acabó por levantarse y, viendo que María no decía ni hacía nada, se acercó hasta ella. Jesús movía sus manitas buscando las de su madre. Ante la presencia de Clío, también movió la cabeza y, en respuesta al sonido de su voz serena, le abrió sus grandes y profundos ojos de bella miel, como los de María. Fue como si el niño estuviera comprendiendo todo lo que pasaba y mostrara su agradecimiento a la monja.

—¡Vamos, Jesús! Es hora de descansar un poquito. Luego vendrá la hora de comer. —Con una delicadeza sin igual, se lo fue arrebatando despacito de los brazos a la madre hasta volverlo a colocar en su cuna incubadora, cerrándola con sumo cuidado, pero sin contemplaciones. Acto seguido, se lo llevó a la sala de neonatos prematuros. María ni se movió.

Nora se le acercó y esta, al verla, reaccionó acariciándola.

—¡Cuida de tu pequeña, mi bella Nora!

Estas fueron sus últimas palabras en muchos días. Mientras la multitud se agolpaba en la plaza y llenaba Nazaré de punta a punta hasta el mirador de Subarco, Clío cuidaba de nuestro hijo y Nora la ayudaba como enfermera, portando una barriga en avanzado estado, pero de embarazo tranquilo por el momento.

Y el resto... Los demás solo esperábamos un milagro.

Jesús nació con la piel muy fina y sensible, síntoma natural de su precocidad. Clío, asumiendo el papel que la doctora le había otorgado con su marcha, solo nos dejaba ver a Jesús por los cristales de la cuna de calor. No quería correr riesgo de hipotermia, así que a través de ella y por su sistema de termorregulación, siempre tenía controlada la temperatura de nuestro bebé.

Respiraba con frecuencia corta y lloraba numerosas veces con relativa ansiedad, aunque de forma muy débil. Despertaba a menudo y con muchos sobresaltos. Era muy pequeño y frágil y aún no podía alimentarse por sí mismo, pues todavía no era capaz de succionar. Lo hacía por sonda, y la monja vigilaba continuamente su goteo y contenido para evitar una más que fácil deshidratación.

Clío lo limpiaba con delicadeza ante la impertérrita presencia de María,

extremando al máximo las medidas de asepsia, al tiempo que le hablaba con voz tierna e impregnada de nana musical. Si Jesús se mostraba irritado, se calmaba al oírla.

Mi hijo evolucionaba a un ritmo superior al normal, y en cuestión de un par de días se había estabilizado completamente y comenzaba a coger color de neonato.

María lloraba cuando nadie la veía. Lloraba por fuera y por dentro. Y yo no sabía cómo afrontar esa situación. Nadie me había preparado para ese drama, ni siquiera Dios.

Clío decidió colocar a Jesús en el regazo de su madre por unos segundos. Era bueno que los dos tuvieran contacto, decía. Yo sé que lo hacía para acercarla a su hijo. En teoría, Jesús debería tener dificultades en las articulaciones, y sus reflejos serían menores. Pero no fue así.

Como si se tratase de un gesto instintivo, ante la presencia de la mano derecha de María, el niño intentaba agarrarle el dedo índice. Sin más, abrió los ojos grandes y bellos y se los clavó. Mi mujer mudó su expresión con una tenue, imperceptible y casi invisible sonrisa y, aunque inexpresiva, me miró. Yo le acaricié la cara, la besé en la frente y le susurré al oído, con suavidad, una frase que había descubierto en internet, mientras la mirada desviada y la sonrisa torcida de mi hijo se alojaban para siempre en mi corazón:

—¡Dios no comete equivocaciones, María!

Llevaba dos días sin respirar apenas, encerrado entre las paredes de la habitación de María y aquel pasillo interminable de baldosas de terrazo a manchas grises y blancas, tan pulimentadas que parecía que pisabas sobre un espejo. Sentí la imperiosa necesidad de salir.

Y lo que me encontré me dejó desconcertado. Santiago, mi amigo el poli, me dio una palmada en el hombro izquierdo, dejando su mano sobre él y apretándolo como solo los amigos saben hacerlo.

—Increíble, ¿verdad? —más que preguntar, afirmaba—. Aquí los tienes, Jose. Venidos de todos los lugares del mundo, con cientos y cientos de kilómetros a sus espaldas, con mochilas y a pie, otros en bici o en moto, por carretera, por mar o por aire; ricos, medios, pobres o parias; blancos, negros, amarillos, mestizos, grandes, pequeños, hombres, mujeres, gais o lesbianas, ¿qué más da? Están aquí para ver a tu hijo.

En sus palabras había fascinación. Su tono era suave y muy cálido. Y cierta incompreensión ante el momento que nos tocaba vivir le cercenaba. No quise interrumpirle y, tras una meditada pausa, continuó:

—Y da igual la creencia de su alma. No son solo cristianos, Jose. Hay budistas, judíos, hindús, incluso brahmanes, ascetas, agnósticos, ateos, gente indefinida y... musulmanes. He estado dando vueltas de vez en cuando entre ellos, hablando con unos y otros, observando a los niños y a sus mujeres. Muchos han venido con la familia a costas. Lo han dejado todo solo por no perderse la venida del hijo de Dios.

Hablaba ensimismado, perdido en la corriente alborotada de sus pensamientos, admirado por aquellos peregrinos multicolor que abarrotaban «el sitio», invadiendo los espacios de la plaza frente a la iglesia o en dirección a Subarco, apostando sus tiendas de campaña y sus enseres, sabedores de que larga sería la espera hasta conocer al que habían venido a ver. Nazaré se había convertido por aquellos días en una de las capitales del mundo. No había donde dormir, donde comer, donde beber. Todo estaba ocupado. Y el pueblo y sus gentes se dejaban querer.

Cientos de lenguas habían hecho acto de presencia, pero todos se entendían. La voluntad de aquellas gentes era majestuosa. Todo el mundo se mostraba dispuesto a ayudar. Todos colaboraban. Y todos mantenían su interior en armonía, así como el exterior. Conscientes, cuidadosos y ecológicos. Nunca había visto nada igual, así que la semblanza de Santiago no solo era oportuna, sino además sincera y real.

—Mira al cielo, Jose.

Me hizo alzar el cuello. La noche entraba ya sin dilación. Mis ojos se abrieron, impresionados.

—¡Obsérvala bien! Es la estrella que los ha traído junto a Jesús, vuestro hijo. Lleva aquí desde que nació. ¿Y sabes qué, Jose?

—¿Qué? —le contesté, girándome para ver su rostro. Su barba gris descuidada me ofreció un panorama apesadumbrado: lo noté mucho mayor, como si desde nuestra marcha precipitada del Refugio, en Cangas, los años le hubieran sepultado parte de su vida.

—Que siento que hemos fracasado, que hemos fallado a toda esta gente, a la humanidad.

El desaliento era patente en sus palabras, pero me mantenía la mirada, segura. Con un ligero movimiento de cabeza, le señalé la barricada que teníamos enfrente. La policía local y la portuguesa, como medida de seguridad, había acordonado y cerrado con vallas la entrada a la iglesia y al lateral del hospital. Innumerables medios de comunicación de todos los lugares «civilizados» del planeta se hallaban desplegando sus equipos invadiendo la paz del recién nacido y de los que habían decidido acudir a su encuentro. Y de todo había en la viña del Señor, que la condición humana no iba a cambiar así de fácil, solo porque el descendiente de la deidad se hubiera dignado a bajar hasta la tierra. Tan solo pensé que era mejor para María mantenerse ignorante al respecto, pues ya sabíamos que su relación con los periodistas no era precisamente lo que mejor llevaba.

No le dejé pensar mucho al poli. Enseguida le obligué a mirar hacia el centro de la gran plaza: apoyado al pie del obelisco se encontraba un hombre árabe, delatado por su aspecto al más puro estilo de los tuaregs del desierto. Un turbante con velo azul oscuro ocultaba su rostro de color y piel africanas. Impasible, su mirada estaba clavada en nuestra posición. Entre sus manos mantenía aferrada la empuñadura de una gran espada de hoja grande y brillante, de doble filo, pinchada sobre la loseta del suelo, a sus pies.

—¿Quién es? —le inquirí.

—¡No lo sé! ¡Soy poli, no adivino! —como si despertara a su condición natural. Casi me sonreí—. Lleva así desde que llegó al mediodía, hora tras hora, sin apenas moverse. La punta de su arma la tiene apoyada sobre el inicio del dibujo de la gran flor de lis que forma el mosaico del lugar. Y creo que está hecho aposta. No creo en las casualidades, y sí en las causalidades, como dice tu mujer.

—¿Qué insinúas?

—Afirmo. Todos estos viajeros tan pacíficos y tan heterogéneos que ves ahora ante ti tienen algo en común. Solo una cosa...

—¿Cuál? —le apremié.

—Se han comunicado en sus desplazamientos a través del símbolo de la flor de lis o el equivalente, como la flor de loto, igual que en el tiempo de los primeros cristianos con el pez.

Santiago había hecho un buen trabajo. Mientras otros solo llorábamos, él no había perdido el norte, ni lo que había venido a cumplir. Tenerlo en el grupo

era una garantía y un lujo, pensé.

—Pero no solo me preocupa él... —continuó—. A pocos metros, casi a su lado, hay un joven sacerdote católico, o eso parece. El rubio, el de fisonomía nórdica. Han llegado a la par. Ni se han mirado. Solo esperan. —Su tono ahora era grave y lleno de incertidumbre.

—Entonces estás equivocado, amigo. Hemos debido de cumplir bien nuestra misión y algo del mensaje de Dios no hemos debido de entender.

Al oírme, su semblante cambió. Es como si se hubiera dado cuenta de que Jesús estaba aquí y que seguramente no teníamos motivos para renegar de él, a pesar de su enfermedad. O quizás... ¿estábamos llamando enfermedad a algo que no lo era?

No tuve tiempo para más disquisiciones, ni tampoco Santiago para replicarme. Un torbellino de mujer de pelo azabache y piel aceituna me agarró del brazo con un cariño no exento de fuerza. Me sobresalté y, aunque ya tenía en mi piel un escalofrío, este se volvió cálido tras verla.

—¡Jose, tenemos que hablar! ¡Ahora!

Hasta ese momento, si alguien había intentado pasar desapercibida y no molestar, sin duda había sido Esther. Sin embargo, en aquella conversación me demostró que era la persona más entera y sensata del grupo, dadas las circunstancias. Había sido preparada para ello.

Nos había reunido a todos en la habitación que las hermanas del sanatorio habían tenido a bien acondicionar como salita y pequeño comedor para que no tuviéramos que salir al bullicio exterior salvo necesidad. De este modo, estábamos resguardados de miradas inquisitivas, aislados del foco mediático, y evitábamos preguntas para las que no teníamos respuesta.

Yo fui el último a quien llamó, pues, tal y como me sugirió antes de despedirse, a sus ojos aún mantenía el rango de capitán. Así que primero reunió a la tropa y después nos llevó al poli y a mí. Libró a Clío del servicio, y esta quedó al cuidado de María, que era la única que no estaba allí. Esther no la llamó, pero estoy seguro de que ella, dado su estado anímico, tampoco habría venido.

Nos mirábamos sin comprender, menos Inés, Antón y los hombres y mujeres de Esther; es decir, menos la Orden de San Francisco Protector. Entonces, mi lucidez se desperezó y comenzó a interpretar la escena: algo nos habían

ocultado nuestros «amigos». Por primera vez, entendí la situación por la que tuvo que pasar María cuando el resto le negamos su verdadero destino con piadosos engaños y encubrimientos.

La gitana me miró y comenzó a hablar:

—Sé que, para vosotros, los guardianes inseparables de María y de su fruto, estos momentos están siendo especialmente complicados. Quiero manifestaros, en nombre propio y en el de mi Orden, que no os abandonaremos a vuestra ventura. Hicimos un juramento y lo consumaremos, y si hiciera falta, entregaremos nuestras vidas.

Declamaba con una ligera musicalidad que impregnaba su discurso de una pausa que nos aliviaba. No estaba exaltada. Llevaba su tranquilidad hasta el extremo y, evidentemente, conseguía transmitírnosla. Yo intuía que nos iba a avanzar una noticia importante, pero no sabía si era buena o mala, y eso me hacía tener el corazón en un puño.

—Debo anunciaros que la misión de la Orden de la Santa Compañía ha terminado. —Mis hombres empezaron a murmurar, mostrando su desacuerdo. Esther alzó la voz para acallarnos—. Nuestras instrucciones eran claras al respecto: «El hijo del cielo verá la luz, y ni los hombres entenderán su condición. Por ello se llenarán de tribulaciones y zozobras. Sin embargo, la sabiduría de Dios es grande y les mostrará, a su tiempo, la verdad. Con ese fin, habrá que cuidar, proteger y hacer crecer al niño, primero como persona, ya que después la deidad se hará cargo. Extinta la Orden que lo hizo nacer, San Francisco Protector cogerá el mando y, sin tiempo que perder, porque el mal no parará de acechar, reorganizará a las almas y elegirá aquellas con las que partir hacia su antiguo hogar, en donde encontrará las llaves que yo, Al-Aruk, vuestro fundador, os haré llegar traspasando las barreras del tiempo. Allí se juntarán los dos pergaminos: el que os daré en custodia y el que preservarán los guardianes de la verdad, a quienes no llegaréis a reconocer nunca. El Señor, nuestro Dios, ha decidido ausentarse hasta entonces. Liliun, la constelación perdida, es su morada en el cielo, y en la tierra también será su lugar, el mismo que mis llaves os abrirán para ser el nuevo hogar de Jesús, pues igual que el anterior se llamará. Este pacto sagrado irá pasando de generación en generación hasta que la promesa eterna se cumpla. Escrito queda. Sellado está. Que la voluntad del Señor no la traicione el hombre».

El silencio rompía el propio silencio.

—Os quedaréis aquí cuidando de María y del niño. Iremos en busca del augurio del hermano Benedicto, Al-Aruk. Las monturas ya están preparadas. Partiremos antes de que amanezca. No queremos llamar demasiado la atención.

Había esperado este acontecimiento con anhelo y éxtasis. La voz no le tembló. Escuchamos con sumo interés el relato del pirata y, a sus indicaciones, todos asentimos llenos de alivio. Teníamos a alguien que asumía el mando con firmeza y esto nos daba tranquilidad, y quizás hasta nos hacía más fuertes, visto ahora con la perspectiva de los años y de la edad madura.

—Aquí estáis a salvo hasta que, dentro de unos días, con lo que Dios haya decidido sobre su futuro hogar resuelto, podamos regresar a vuestro lado. Santiago tiene experiencia y sabrá cómo protegeros en caso de peligro. Contáis con la ayuda de las hermanas, las Hijas de María, no solo para los cuidados de Jesús, sino también para facilitaros una posible huida si fuera necesario y como último recurso. Y llegado este caso, hay vecinos anónimos reclutados en el pueblo que os protegerán y esconderán sin dilación. Todo está controlado.

Hizo una pausa para verificar nuestro grado de acuerdo. Al confirmar que no había nada que objetar por parte de ninguno, prosiguió:

—Aquí os quedáis, al auxilio de la nueva madre y su recién nacido, los dos policías y tú, Jose, antiguo capitán del Rey, ¿lo recuerdas? Mi hermana Inés y Antón me han ayudado con los preparativos y la organización de los hombres. Ella ahora mismo nos es más útil a la Orden que esperando aquí sin nada que hacer. Mateo y Rosalía se vienen también. Iremos al Refugio y necesitaremos que nos ayuden a prepararlo de nuevo. Todavía no sabemos lo que nos depara el destino, y toda ayuda es poca, así que también se nos unirán a la expedición Juan y Lucas. Nosotros hemos sido preparados para proteger a Jesús previendo y evitando los peligros, pero entre los nuestros no hay técnicos ni tampoco soldados, o no al menos de su valía.

Y cuando ya parecía que había terminado, encaró a Alba con un halo de ternura en sus ojos y su voz:

—¡Y tú también!

—¿Yo? —le preguntó, incrédula y descolocada.

—¡Sí, tú! —le respondió una Esther contundente.

—¿Y por qué? —replicó con extrañeza Alba.

—Porque tú conoces el lenguaje de las estrellas, y está claro que de momento Dios nos habla a través de ellas.

Aquella madrugada, María se levantó para ver marchar a los nuestros. Los rasgos de su rostro se habían endurecido y su pelo había encanecido durante aquellos días posteriores al alumbramiento. Había envejecido rápida y prematuramente, pero su belleza no había disminuido ni un ápice; simplemente había madurado. O eso era a mis ojos.

Vivimos tanto en la desesperanza que dejamos escapar el presente en busca de un futuro que nunca se nos dará tal y como lo pretendemos. Yo fui capaz de darme cuenta y capturar aquel momento para el resto de mi existencia.

Dada mi implicación personal, Santiago y Antón decidieron apartarme del caso. De este modo, el primero se ocupaba de vigilar la entrada y los accesos al pequeño hospital con celo, mientras que el segundo se encargaba de la seguridad y atención personal de María. Clío y Nora, que no dejaba solo a Jesús ni un instante, se ocupaban del pequeño.

Marcos había conseguido soliviantar su desazón con la compañía de su amada y también al hacerse responsable de nuestros menús, con el permiso de nuestras aliadas, las monjas. Y la verdad es que no tardó mucho en recuperar su buena mano, hasta tal punto que, aunque poco bocado metía en la boca, el momento de la comida era cuando María dibujaba una sonrisa recta, difícil de percibir, pero sonrisa, a fin de cuentas. Pienso que no se lo agradecí lo suficiente, y aunque él nunca me lo haya reprochado, este es uno de los debes que siempre llevará mi alma.

Los dos, Nora y Marcos, iban recuperando el pulso a sus vidas. Enamorados como estaban y esperando a su bebé, no faltaban los mimos y los cuidados, con la esperanza de que todo saliera bien. Nora era feliz. Notaba por dentro la nueva vida moviéndose con agilidad, a veces revoltosa y quejosa porque la madre no paraba quieta. Yo sabía que lo también lo hacía para no pensar demasiado. Aquellas alegrías se le iban cuando veía a María y la sentía tan desgarrada, así que enseguida buscaba cualquier excusa para irse de su lado, y mi mujer asentía con la cabeza, como si comprendiera el motivo de sus ausencias.

Juan Fernández, mi suegro (nunca me acostumbré a nombrarle de este modo), superada la conmoción inicial, no se separó de su hija casi ni para realizar las

más básicas necesidades como comer, dormir y la higiene que, recordando el sentido del humor de María, la palabra idónea para ella sería «mear». Solo las cada vez más frecuentes visitas al nieto le hacían abandonarla unos pocos minutos al día. Le susurraba frases de aliento y cariño al oído sin desfallecer mientras, nervioso, agarraba su rosario secreto con la mano metida en el bolsillo. La miraba con una dulzura que nunca hubiéramos podido sospechar, viniendo de donde venía. Le acariciaba las manos con suavidad y fricción de padre, y la besaba en la frente con el propósito de despertarla de su pesadilla. Y aunque no lo conseguía, él seguía intentándolo todos los días. No desfallecía.

Pronto tuvo una inesperada compañía. El padre Pablo, animado por sus feligreses, también se había desplazado como un fiel más hasta Nazaré ocupando asiento en uno de los autocares que habían fletado los vecinos de Cangas.

Así, de vez en cuando, aprovechaba e iba en su busca a la iglesia acompañándole en sus rezos. Apenas se movía de allí. Creo que algún día hasta durmió postrado ante la imagen de Nuestra Señora de Nazaré. De paso, o bien le llevaba algo de la comida que le había preparado especialmente Marcos, o bien le convencía y, a regañadientes, lo traía a compartir plato con nosotros.

Un día fui a su lado. No sé por qué, pero sentí la necesidad de rezar.

—¿Le puedo acompañar, padre?

—¡Claro, hijo! Aunque con que rece yo, ya llega —me contestó, con su mirada repleta de paz—. Tú aún tienes un largo camino y una misión que llevar a cabo: tu mujer y tu hijo van a necesitar tu mejor versión. Y yo lo único que puedo y sé hacer es esto, rezar por vosotros. Además, pronto me reuniré con el Padre, que a mi edad hago más falta allá que acá.

Y, dicho esto, se fue caminando por el pasillo central del santuario hacia la puerta principal, dispuesto a salir por primera vez al exterior desde que llegó. Un sentimiento de extrema pérdida me recorrió entero.

Supe entonces que, después de aquellos días en Nazaré, no lo volvería a ver con vida.

Fueron pasando los días.

Jesús progresaba tan adecuadamente que hasta sus cuidadores se sorprendían.

Se movía con mayor soltura y abría los ojos con más frecuencia. Sus llantos iban disminuyendo y, en breve, podría incluso abandonar la sonda que lo alimentaba y tomar el pecho. Su piel se hacía más firme y tomaba buena coloración. Pronto dejaría de pertenecer a la incubadora.

Yo lo veía crecer ensimismado, y solo la inapetencia de María me robaba aquellos instantes felices.

Era media tarde. Clío entró en la habitación, sonriente. Consciente de lo que iba a acontecer, a través de Nora se había ocupado de que todos estuviéramos presentes. Traía a Jesús en brazos y, acercándose a María y haciéndole un gesto afirmativo con la cabeza, se lo colocó con suavidad sobre el regazo. Las manitas del pequeño buscaban las de la madre que, instintivamente, le ofreció. Jesús agarraba con fuerza su índice al tiempo que emitía breves gemidos, como reconociendo a su progenitora. María lo miraba fijamente y, aunque su rostro se había dulcificado, las palabras no salían de su boca.

—¡Debes salir y mostrar a tu hijo, María! —le habló con sosegada firmeza, casi autoridad, el padre Pablo—. Hay miles de personas ahí afuera. Llevan esperando este momento muchos días, hija mía. No les puedes fallar.

Una mueca de terror se apoderó de ella. Y balbuceó, casi ronca por la falta de costumbre:

—Aún no estoy preparada.

—Dios te ha elegido y ellos así lo creen también. Han venido de todos los lugares del mundo solo para verlo a él. No puedes faltarles al respeto, ni a Dios tampoco, María. ¡Tienes que salir!

El anciano era tajante. Su lucidez era increíble para su edad. Interpretó a la perfección el papel que le había tocado. Sabedor de que sus días estaban contados, no le tembló el corazón y se fue con el deber cumplido.

María nos miró con aflicción a todos, que, con nuestras miradas y un ligero movimiento de asentimiento, le confirmamos que el viejo sacerdote había hablado con toda certeza. Con suma parsimonia, decidió incorporarse. Jesús, en sus brazos, le abrió los ojos ampliamente como si también le indicara que era la señal.

Salió despacio de la habitación, vestida con el hábito que le había representado e igualado con su antepasada, María Soliño. Era como si la historia de esta mujer trascendiera a la de toda la humanidad, con todas las

consecuencias.

Clío y Nora se anticiparon para abrir la puerta de doble hoja del hospital, pero María les hizo un gesto negativo y se dirigió al corredor interior por el que el padre Pablo llegaba hasta el crucero del santuario. Y desde allí, titubeante e indecisa, fue caminando hasta el gran portalón que daba al «sitio».

Antes la adelantó el anciano cura. Quería precederla, al tiempo que, con la mano derecha, hacía la señal de la cruz, y un halo de fuego quedaba etéreo en el aire. Ya en el atrio, yo me puse a su lado y el resto nos rodeaban, cubriendo nuestra espalda.

El bullicio de la multitud se apagó de repente. Nuestra presencia no estaba anunciada y un silencio de cementerio se impuso con brusquedad. Los peregrinos, al ver a quien tanto tiempo llevaban esperando, se empezaron a arrodillar como si de un mosaico de piezas de dominó se tratase. Solo tres hombres no lo hicieron: el árabe, el nórdico y otro que se divisaba al fondo del todo, sobre el faro, vestido de negro. Al menos los dos primeros inclinaron la cabeza en señal de respeto.

Yo, angustiado, no sabía lo que ocurriría a continuación. Sentía a Santiago y a Antón tensos. Y, aunque no vislumbraba peligro alguno, una inquietud me apresaba.

Sin embargo, otra vez mi mujer iba a tener el dominio del momento y de la situación. María, con voz tan quebrada que aún me duele a pesar de los años, se dirigió a los fieles y no fieles. Los medios de comunicación se habían hecho dueños de las primeras filas. La policía portuguesa acordonaba la zona, protegiendo la escalinata de acceso.

—Aquí tenéis a Jesús, mi hijo, al que estabais esperando. Dios, su padre, ha querido que sea un niño especial. Seguramente la culpa es mía y yo no era la mujer adecuada para este cometido... —Las lágrimas la interrumpieron por primera vez. No sé de dónde sacó aquella energía. Supongo que la María que todos recordábamos aún no había desaparecido del todo.

—No sé cuál es el mensaje que me ha querido enviar, ni si algún día lo llegaré a descifrar o si tendré fuerzas para ello. Quiero pensar que nos está dando una lección por nuestras soberbias y pecados. El primero no fue rey, y vivió entre ladrones, prostitutas, enfermos, locos, asesinos, pobres y gente de malvivir. Quizás haya querido venir ahora y por siempre como un niño dispuesto a superar las barreras que los hombres ponemos a los más débiles. No lo sé.

Sea lo que sea, es su voluntad y yo la respetaré. Solo deseo que me dé luz en la oscuridad que hoy atraviesa mi alma, y así tener las fuerzas necesarias para ejercer mi papel de madre. ¡Que el Señor perdone mis zozobras y bendiga vuestros corazones!

Elevó a nuestro hijo mirando al cielo, que juntaba sus últimas luces con las primeras estrellas. Un haz multicolor en forma de espectro boreal pintaba el infinito, iluminando el lugar mágicamente.

Era un siete de abril. El papa Francisco era proclamado máximo pontífice. Miles y miles de peregrinos se repartían entre Roma y Nazaré como paradoja de la Iglesia al recibir al Hijo de Dios y nombrar a su prelado en la tierra justo el mismo día.

También acababa de descubrir que el único hombre que no había manifestado ningún respeto por Jesús era un Monje Negro.

Mi hijo rompió a llorar como no lo había hecho hasta entonces.

CAPÍTULO TERCERO

Las llaves de Al-Aruk, del libro primero de Jesús por Yeshúa.

La noche es negra y penetrante. Miles de luces trazan las líneas de los rascacielos en la ciudad. Matthew observa, desvaído, la inmensa panorámica de cemento y neón. Al tiempo, sobre la cristalera del fastuoso ático dúplex en el que vive, se le aparece, difusa, la imagen del maestro masón. No se la quita de encima, junto con una mezcla de infinitos y menudos recuerdos del hijo perdido hace tan solo unas horas.

Siente un arrebatado de ausencia por dentro, y hace lo que nunca había hecho antes: llorar. Grandes y lentas, las lágrimas van descendiendo en perfecto orden por su rostro. Su fría humedad y su sabor salado le rozan los labios, para después caer al vacío.

Vuelven los retazos del pasado. Los jugueteos y las risas en la playa con aquel niño feliz o las velas de su séptimo cumpleaños sobre la tarta con más nata del mundo. ¡Cuánto le gustaba la nata! Se ponía perdido cada vez que le compraba aquellos enormes bollos rellenos. Después, le limpiaba la naricilla a lametones, para terminar rodando los dos por los suelos, y le hacía cosquillas hasta que se le rendía casi sin fuerzas y extenuado.

Y los primeros paseos en bici por el parque. El primer campamento, la primera novia... Parecía que todos los recuerdos eran de alguna primera vez. Era como si Matthew solo hubiera prestado atención a los primeros acontecimientos de su hijo y el resto no importaran. La sensación de que solo valía lo nuevo y que una vez usado carecía de interés le martilleaba la conciencia.

Era por eso por lo que se había perdido tantas cosas de él que ahora ya nunca podría recuperar ni tener. No se apercibe de ello, pero su llanto se ha descontrolado. Nunca había llorado hasta ese momento, que lo hace por todas aquellas veces que no lo hizo. En su vida solo han existido el dinero y su hijo. Y al perder al segundo, lo único que quería de verdad, el primero ya no le llena.

Uno de esos lagrimones termina emborronando una de las páginas abiertas de la biblia sobre la que pocas horas antes había jurado ebrio de dolor. Aún no se

explica cómo y por qué la aceptó e hizo lo que hizo. Muy mal y fuera de sí se debió de encontrar, pensó. Tampoco sabe qué hace en sus manos. La voz del misterioso hombre no solo no le abandona, sino que le ordena que lea.

Había oído hablar de ellos unas cuantas veces, pero siempre creyó que se trataba de viejas leyendas urbanas de las que se aprovechaban algunos individuos de talante peligroso para confabular y tramar conspiraciones. Se imaginaba a viejos locos poseídos por la obsesión de saber acerca del más allá, desvariando en charlas filosóficas secretas al tiempo que organizaban indecentes orgías. Y esta era, para él, la excusa: sexo al por mayor y sin control para desatar el desenfreno más vil. Pensaba que no había más.

Pero ahora... Un sudor helado le desciende por la frente.

Hasta hoy no sabía lo que era el miedo, y por primera vez en su vida lo ha sentido. De nuevo aparece otra primera vez, no se libra de ellas. Lo llevan persiguiendo toda su vida. Siempre ha sido así. Traga saliva. Se coloca las lentes para leer. Está en la misma página sobre la que el enigmático personaje le hizo el juramento y que anuncia el Evangelio según San Mateo.

Su mirada, gris y nublada, como un día otoñal, lo abandona con desgana sobre la hoja empapada. Sus ojos rojos y azorados de lamento despiertan de golpe. El agua de su llanto ha puesto al descubierto, sobreimpresionados, un símbolo y una leyenda: la flor de lis y debajo, en letra manuscrita perfectamente legible, «Zaqueo. Lucas-19. Buscarás un nuevo lugar para vivir y entonces entenderás».

Perplejo, Matthew permanece sin moverse durante más de cinco minutos. Ni siquiera ha estado pensando, simplemente se ha paralizado. Sin embargo, los resortes de su mecanismo mental se han activado. Sin su capacidad de análisis frío y calculador no hubiera triunfado en un mundo tan hostil y traidor como el de los tiburones financieros.

Extraño, pero cierto: ante sí tiene un mensaje cifrado.

Y empieza a trabajar en él, como si le fuera la vida en ello, o quizás la posibilidad de recuperar a su hijo. Se agarraría a la última esperanza, y si para ello fuera preciso pactar con el diablo, lo haría. ¿O sería con Dios con quien tendría que negociar? El masón le había hecho jurar sobre aquella biblia.

«Pero ¿qué coño digo? ¡Soy ateo!», pensaba mientras se mesaba sus millones de canas.

«*En serio, empecemos*», se decía a sí mismo.

«Mateo era el discípulo publicano de Jesucristo. O lo que era lo mismo, su financiero. Joder, igual que yo. Hasta en el nombre. Conozco bien la historia. De niño, mi padre me obligaba a ir junto al reverendo, y este capítulo lo recuerdo especialmente. El padre intuía que yo llegaría lejos. Me insistía en ello como si lo supiera, como si pudiera ver mi futuro. El cabrón acertó. Y me lo leía una y otra vez: Zaqueo salió al encuentro de Jesús y el maestro, en contra de los suyos, aceptó su hospitalidad. En agradecimiento, este vendió la mitad de sus bienes y los repartió entre los pobres. Está claro, no hay duda, que sea cual sea el mensaje que quien sea me quiere hacer llegar, tiene que ver con mi poder económico».

Matthew meditaba, muy pensativo.

«*Espera, hay más: Zaqueo era el jefe de los recaudadores de impuestos. Su poder era muy grande. No era un cualquiera, al igual que yo. ¡Y lo entregó todo! Es eso, ¿no? ¿Cuánto queréis por devolverme a mi hijo? Habéis encontrado el modo de volver a la vida, la resurrección de los muertos, y queréis mi dinero, ¿verdad?*».

Masculla entre dientes con rabioso desconsuelo. Una contracción visceral. Un susurro lejano, pero conocido, profundo, le contesta: «*Busca y encontrarás: The Times*».

No hay duda: es la voz del maestro masón. Confuso y temeroso, se acerca al aparador que decora el recibidor de su apartamento. Allí está la última edición que seguramente Sarah, la mujer del servicio doméstico, subió de la portería un par de horas antes.

Terriblemente nervioso, abre sus páginas, rastreando con avidez las noticias en busca de un destello que dé luz a su incertidumbre, pero no encuentra nada. Repite otras tres veces el manoseo de las hojas del diario con igual resultado.

Desesperado. Hundido.

Un pálpito: el iPad, su buscador Safari y la web de The Times. Devora con ansia sus páginas virtuales a la caza de una noticia que ponga algo de sentido a todo aquello hasta que, llegado a la sección de «internacional», su boca suelta un suspiro y su cara se contrae entre el asombro y la incredulidad. A página completa y con gran titular, resalta la noticia del nombramiento del papa Francisco I. En la última columna del reportaje, casi al pie, como curiosidad, un subtítulo con una breve reseña de un par de párrafos que indica que miles

de improvisados peregrinos de todo el mundo acuden a la ciudad de Nazaré, en Portugal, para ver nacer, según sus testimonios, al «hijo de Dios», de nombre Jesús.

Y abajo del todo, como haciendo un hueco a calzador, un suceso de última hora: una pequeña foto del siniestro y dos escasas líneas comentando las circunstancias del accidente y del fallecimiento de Lukas, su hijo.

Paralizado.

No se lo puede creer.

¡Cómo no se había dado cuenta antes!

Es su propio hijo quien le anuncia, al igual que el evangelista, que su fatal desenlace, el nacimiento de este supuesto «ser divino» y el nombramiento del nuevo papa habían ocurrido el mismo día a la misma hora.

Su mente analítica actúa con premura y, vertiginosamente, se lanza al rastreo de su presa. Convencido de que es ahora el símbolo de la flor de lis el que tiene que cantar, bucea incansable por los océanos de la red.

Desazón, después de dos horas de búsqueda infructuosa, es lo que siente Matthew, medio derrotado.

Vuelve la voz: *«Quien busca, encuentra. Sigue buscando. Todo está en una estrella».*

El mensaje del masón le resulta un tanto esotérico. Inconscientemente, se encuentra pasando página tras página de The Times en un puro acto mecánico, hasta que sus ojos se paran en la sección científica: *«La NASA ha detectado desde su telescopio espacial Hubble la desaparecida constelación de Liliium en la que, según las antiguas leyendas, morarían los dioses...».*

No le hace falta leer más. Es tal la emoción que siente en ese momento que un halo de esperanza le ha conquistado por completo. Está ocupado en algo que le ha hecho olvidar su llanto y su dolor.

Teclea el nombre mágico y... ¡sorpresa! ¡Nada de estrellas, ni planetas, ni universos, ni nada que se le parezca! ¡Una aldea! Una aldea abandonada de unas catorce o quince casas más parecidas a chozas llamadas pallozas. Entre estas y sus caminos empedrados interiores se forma, reforzado por un pequeño muro de piedra, un cerrado perimetral con la forma del símbolo de la flor de lis, igual al que se le presentó manuscrito sobre las líneas del Evangelio de San Mateo.

Y, ¿dónde? En una zona montañosa e inaccesible de Galicia, al norte de España, cuya capital es Santiago de Compostela, ciudad santa y de peregrinación a la tumba de uno de los apóstoles de Cristo. El lugar en concreto está en la sierra de los Ancares, y a él solo se llega a través de difíciles y sinuosos caminos tras más de veinte kilómetros de caminata. No es posible el acceso con vehículos.

A continuación, le aparece un enlace anexo. Matthew pincha en él instintivamente y, a los pocos segundos, le salta una web en la pantalla. En ella, Liliium aparece en todo su detalle y mostrando el esplendor que debió de tener y del que ahora medio en ruinas carece. En una columna a su derecha le aparece un *banner* con la liturgia «se vende», un número de teléfono y una dirección de correo electrónico.

Ansioso, le tiembla todo. Casi se le cae el iPhone. Acierta a duras penas a buscar en su lista de contactos uno en concreto. Llama. Es su abogado.

—Te acabo de enviar un enlace. No preguntes, ¡cómprala! Da igual el precio. En unas horas salgo de viaje. Te llamaré en cuanto llegue y te diré a dónde me envías la escritura de propiedad y más instrucciones.

Le cuelga sin más explicaciones. Vuelve a ser el Matthew de siempre por un momento, aunque se siente distinto. Una satisfacción enorme le subyuga.

Ahora le vendrá bien una ducha antes de dar el último adiós a su hijo muerto. «*Buscarás un nuevo lugar para vivir y... Él me habló y yo escuché*».

El vuelo a Madrid duraría algo más de ocho horas. Matthew no podía dejar de pensar en el giro que había dado su vida en tan solo un día. Apenas había dormido, pero tampoco tenía sueño. Había pasado la noche organizando los preparativos del sepelio de su hijo con los responsables de la agencia funeraria. No fueron muchos, pues no era creyente. Además, dispuso todo para no admitir duelo y realizar la despedida en la más estricta intimidad. O lo que era lo mismo: él solo.

Ni siquiera consideró oportuno localizar a la madre de Lukas. «¿Para qué?», se preguntaba. Hacía años que desconocía el paradero de su exmujer. Tras cobrar el divorcio, desapareció por completo, según lo pactado en las condiciones que también recogía el hecho de no volver a ver a su hijo ni mantener contacto alguno con él. Y ahora, una parte de él se arrepentía de haber apartado a Lukas de su madre y cierto remordimiento le fustigaba.

«*No conocía este tipo de sentimientos*», meditaba Matthew.

Ya casi no tenía familia directa y el dinero le había aislado del mundo, convirtiéndolo en un ser oscuro y distante, frío como el papel moneda que le otorgaba presencia y poder. Y ahora, tras la marcha de lo que más quería, se había quedado solo y no le quedaba más que su ausencia.

Nunca había estado en España, pero había viajado lo suficiente como para saber manejarse en cualquier lugar. Sin embargo, una hormigueante aprensión le cruzaba el pecho. Matthew lo achacó al desconocimiento del idioma y a que, aunque dominaba las grandes ciudades como Madrid con soltura (allí solo estaría un par de horas haciendo escala), Santiago de Compostela era otra cosa, seguro, ¡y no digamos la aldea mínima de Liliun!

Por escapar del mundo que se le había roto ayer, no se había preocupado de adquirir la indumentaria apropiada ni el material necesario para llegar hasta ella. Aquí no le servirían de nada sus caros trajes. Esto lo ponía nervioso e hipocondríaco, como todo lo que era nuevo y desconocido para él.

Sus miedos y dudas iban en aumento.

Primero respira profundo y después decide que se tomará una copa en el aeropuerto y seguro que encontrará una buena solución. «*Como siempre*», piensa.

Quiere distraerse y dejar de darle vueltas. En la librería de la terminal, antes de embarcar, se había hecho con el semanario *Variety*. No quería leer nada relacionado con el mundo de los negocios, así que qué mejor que engañar a la mente con temas un poco más frívolos, como el mundo del cine y los artistas.

El atractivo rostro de una mujer llenaba la portada por completo. Han rasgado la fotografía de parte a parte en su diagonal para llamar más la atención, y lo habían conseguido. Aquellos ojos de color miel, fijos y bellos, se clavaban en el lector con un magnetismo inexplicable. A Matthew simplemente le habían embrujado. No podía dejar de mirarlos. Leyendo una y otra vez el titular con extrañeza, no podía entender cómo una mirada tan limpia podía engañar tanto: «*María Nova, la prometidora guionista, envuelta en una trama de asesinatos en serie*».

No se lo podía creer. Matthew estaba empezando a saber lo que era tener fe y, sin poder explicárselo, creía en esta desconocida solo por lo que veía a través de sus ojos.

Ignoraba hasta qué punto llegaría el vínculo que acababa de crear con ella y lo estrecho y fuerte que este sería. Desconocía que el hijo al que estaba buscando

era el de la mujer de la revista y que, al coger ese avión, iba a su encuentro.

Plácido, el sueño le termina venciendo.

Madrid. Aeropuerto Adolfo Suárez. T4.

En una especie de híbrido entre cafetería, bar de tapas y restaurante, Matthew acaba de tomar un plato de jamón ibérico y unas croquetas, conocedor de las excelencias gastronómicas españolas, al ir a almorzar con frecuencia al *Boquería* en Nueva York. Esta vez no ha querido tomar postre, no tiene el cuerpo para dulces.

—¿Desea un café, señor? —le pregunta en un inglés neutro la camarera que, por su estilo, más bien parece una azafata de vuelo.

—No, de momento no. Ando algo desganado. ¿De dónde es usted? —Se ruboriza tras darse cuenta de que ha sonado a intención pésima de ligue.

—Rusa —le responde con naturalidad—. Y no se preocupe, estoy acostumbrada. No me ha dicho nada que me pueda ofender. ¿Le apetece un vaso de un buen vodka frío?

Rubia, casi albina y de rostro blanquecino y pálido, entre eslava y aria, de ojos grises pero cálidos. Su voz le había hecho retroceder a uno, o quizá, el único de sus viajes de placer. Tras el divorcio, decidió que era hora de celebrarlo. Su ex le había puesto las cosas complicadas para la renuncia de la custodia de Lukas. Sin embargo, el dinero lo puede todo, y compró la voluntad de la madre de su hijo. Después, dejó al niño con su abuelo unos días y se fue al Moscú de los primeros síntomas capitalistas. Y, para olvidar, se emborrachaba con uno de los mejores vodkas rusos de nombre impronunciable.

—¿*Tolimaya*?

—¡*Stolichnaya!* —le corrige la joven con una sonrisa y, mientras le sirve, se disculpa y continúa con su trabajo atendiendo al resto de clientes.

Al cabo de un rato y apurando ya el tercer vaso, el pensamiento se le va tornando melancólico. Se siente igual que cuando estuvo en Rusia: frío y vacío. Empieza a notar el sabor de los primeros efluvios etílicos en la boca y un soniquete continuo le ronronea al oído.

Sentado en una banqueta, igual que él, en el otro extremo de la barra, un hombre bajito, un tanto rechoncho, no muy agraciado y calvo le saluda levantando un vaso idéntico al suyo y con el mismo licor en señal de brindis.

A pesar de su aspecto físico, su mirada es fuerte y obliga a Matthew a bajar la suya. El hombre se levanta y se le acerca, al tiempo que le saluda:

—*¡So svidanitsem!*

Sabe que es un saludo ruso, pero poco más.

—¡Por el encuentro! —le traduce el desconocido, con voz amable y en un inglés un poco rústico—. Beber sorbo corto. Después, tú contar tu pequeña historia.

Matthew lo mira escéptico, pero obedece. Normalmente no se lo habría contado a nadie. No este tipo de cosas, tan personales, tan dolorosas, y menos a un desconocido. Pero los efluvios del alcohol han hecho su efecto. Nunca suele beber y cuando lo hace siempre en pequeñas dosis. Total, hasta está bien desahogarse. Nada malo puede pasar.

—¡De acuerdo! Dios me ha quitado a mi hijo. Un hombre enigmático me ha dicho que me lo devolverá en otro. ¿Cómo podrá ser si no soy creyente?

Los dos hombres se miran fijamente. De repente, a Matthew le da un ataque de risa incontenible y contagioso. Juntos y solos, con la complicidad de la camarera, consiguen reducir la tensión. Exhaustos de tanto reír, se vuelven a mirar de frente, con cierta simpatía mutua.

—¡Bebiendo más aprenderás a creer! —suelta de forma espontánea el extraño personaje.

—¡Bebamos! —indica Matthew ya mareado y levantando el vaso al más puro estilo americano, sorbiendo el vodka de un trago. Su compañero le imita.

—¿Dónde ir tú? —le demanda su nuevo amigo.

—¡A Santiago...!

—¿De *Compestela*? —le interrumpe con los ojos marrones muy brillantes.

—¡Sí!

—¡Yo también!

Y, agarrándolo con fuerza del brazo, le dice:

—Yo ayudarte a buscar hijo. Prometo. Yo tu amigo ruso.

A Matthew se le acababa de pasar la borrachera. «*Si un ruso se hace amigo de un americano, y lo jura, entonces Dios existe*», piensa.

Matthew se acaba de despertar. Todavía está mareado y tiene la lengua híbrida

como un músculo muerto y de mal olor y sabor.

Se siente receloso del ruso. Nada más subir al avión, el hombre se dirigió a la azafata en español y, sabe dios con qué argucias, consiguió que lo sentaran a su lado, desplazando a una anciana mal encarada que por el acento debía de ser francesa, aunque juraba en arameo.

—¡Cuéntame más, por favor! —carraspea el ruso.

La euforia del alcohol ha pasado a ser una tristeza melancólica insoportable. No puede más y llorando de angustia accede a contarle su historia, ya que siente que necesita contárselo a alguien y librarse de sus odiosos silencios. Este hombre no puede hacerle nada, piensa, pues ni siquiera lo conoce, se repite. No le dará su nombre completo por pura precaución. No tiene por qué hacerlo.

—Ayer, mi hijo se mató en un accidente de tráfico frente a la catedral de Saint John. —La lengua se le trabuca al hablar.

—¡Vaya! ¡Lo siento! —menea su cabeza en señal de desaprobación—. ¿Y no funeral?

—No soy creyente, ya te lo he dicho.

—Ya, ya... Entonces, ¿por qué tú ir Santiago si no rezar Dios?

Matthew lo mira con los ojos muy abiertos, sin comprender tanta curiosidad.

—¡No entender! —gesticula con una mueca de incompreensión, mientras el bróker resopla resignado.

—Un hombre misterioso me habló en la iglesia y me hizo jurar sobre esta biblia —le enseña el libro, que abre por la página marcada por el masón—. Me dijo que Dios me había quitado a mi hijo para ofrecerme al suyo.

El ruso se coloca unas lentes sin patillas, de las que se compran en cualquier farmacia, y observa con detalle la leyenda, que lee en voz baja:

—«Zaqueo. Lucas-19. Buscarás nuevo lugar vivir y entonces entender» —lo mira a los ojos y le da una palmadita en el brazo—. ¡Masonería!

—¿Los conoces? —le interroga, estupefacto.

—Más menos. Más tarde contar yo —le confirma el ruso en su inglés elemental—. ¿Después?

—Me fui a casa muy triste. Una lágrima cayó en la biblia y apareció lo que ves, y empecé a deducir: Zaqueo y Mateo movían dinero, como yo...

—¿Bróker?

Matthew está nervioso. Se pregunta cómo es posible que este hombre sepa tanto, así que decide atacar. Pega un puñetazo contra la ventanilla. La azafata se le queda mirando, reprobando su acción. Con la mano le hace un gesto disculpándose e indicando que todo está bien.

—¿Quién coño eres? ¿Cómo te llamas?

—¡Luego! ¡Tú seguir! ¡Importante, muy importante!

El ruso no ofrece dudas en sus tonos y en su decisión. Le apunta con el índice, y a continuación baja la mano hasta su brazo y se lo aprieta en tono afectuoso. Matthew siente un revolver tras la chaqueta del ruso. Comienza a sudar. Cierra los ojos intentando recuperar la calma. Lo consigue y temeroso se pliega continuando el relato.

—Conozco la historia de Zaqueo y Jesús, así que deduje que el mensaje tenía algo que ver con mi dinero y alguna casa o propiedad. Sin embargo, es el símbolo de la flor de lis el que me ha traído hasta aquí...

—¡Sí...! Símbolo de reyes —musita en alto su interlocutor, que le vuelve a hacer un gesto para que no pare.

—Primero, descubrí que mi hijo había muerto el mismo día y a la misma hora que el nombramiento del nuevo papa y el nacimiento de un niño llamado Jesús en un pueblo de Portugal, Nazaré.

—...donde ir muchos peregrinos del mundo —remata con seguridad su enigmático desconocido.

Se miran fijamente, pero esta vez Matthew está al completo de aprensión, aunque algo le dice que igual no es lo que parece.

—Encontré la noticia de que Liliun, la constelación perdida, había vuelto a aparecer y busqué, y busqué, pero no encontré nada, hasta que...

—¿Qué...? —es ahora el ruso el que se muestra impaciente. Matthew está viajando a otro mundo, en el que los recuerdos y la nostalgia lo pueden todo.

—Apareció con nombre de aldea perdida y...

—¿Y...?

—¡La compré!

—¡Y ahora ir allí, claro! —el hombre ya ha conseguido lo que quería.

—¿Y todo este interrogatorio? ¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí? —le pregunta excitado el broker.

—¡Pronto! ¡Tú confiar! ¡Cinturón!

Matthew ya no le vuelve a dirigir la palabra. Una mezcolanza de pensamientos contradictorios le bombardea incesantemente. Están aterrizando. No sabe qué pensar y tiene miedo por primera vez en mucho tiempo.

Al llegar a la terminal, un hombre con traje gris claro acompañado de una joven tipo rata de biblioteca le está esperando. Matthew ve el cartel con su nombre que el dueño de la agencia inmobiliaria lleva entre sus manos. Este se presenta, muy alterado, hablando en la lengua de Matthew a un nivel más básico aún que el ruso. Su compañera lo manda callar y se dirige a él en un perfecto inglés.

—¡Buenos días, Mr. Matthew! Deseamos que haya tenido un buen viaje. Mr. Carballo le comunica que, siguiendo las instrucciones recibidas, todo está perfectamente ejecutado. Aquí tiene las escrituras de propiedad que le ha entregado hoy mismo el notario gracias a la diligencia de su abogado en el envío de los poderes y la transferencia del dinero en tiempo real.

La intérprete da una cadencia especial a sus palabras y va traduciendo lo que su jefe le transmite de forma rápida y a trompicones. Sin embargo, Matthew no se apercibe de ello pensando en lo bueno que es su inglés americano.

—Mr. Carballo está muy agradecido por la eficacia de su bufete en la tramitación y le comunica que cuando quiera puede hacer posesión de su nueva propiedad, Liliun. Desde este mismo momento, usted es oficialmente su nuevo dueño. La aldea no tiene llaves. Grapado con las escrituras encontrará un mapa para poder llegar.

El señor Carballo le entrega una carpeta portadocumentos. Matthew la coge, escamado. Su bajito compañero observa inmóvil y escucha atento sin querer intervenir.

—¿No me van a enseñar mi nueva propiedad? —pregunta ya muy desconfiado. La joven discute con su jefe, que está casi preparado para salir corriendo.

—Mr. Carballo lo lamenta, y espera que le sepa disculpar, pero no le es posible.

La chica mantiene la compostura y sonrío de forma forzada.

—¿Cómo? ¡Usted no sabe con quién está hablando! Retrocederé la compra y

lo demandaré y le estrangularé financieramente hasta que no tenga ni para el café, hasta el último centavo le quitaré... —habla tan rápido que no se percata de que la mujer lo mira con ojos de pánico mientras traduce con voz entrecortada, y su jefe, al oírla, se intenta aflojar la corbata azul que lleva.

Un silencio breve, y el agente inmobiliario comienza a hablar.

—Mr. Carballo preferiría no tener que acompañarle. En los últimos meses ha habido otros tres compradores. Después de llevarlos hasta el lugar y quedar para la firma, murieron en extrañas circunstancias. Uno tuvo un accidente de coche antes de llegar al notario, al otro lo atracaron en el viaje de vuelta y lo mataron de un disparo, y el último... se suicidó justo después de verla.

Otro silencio.

—Eso no son más que simples supersticiones —contesta el bróker, dubitativo.

—Cuenta la leyenda que la aldea fue construida hace casi mil años por la Orden del Temple para albergar al heredero del Símbolo de Lis, al Santo Grial.

Matthew se queda como ido y no hace ademán alguno de retener al hombre, que se va a toda prisa acompañado de su intérprete, mezclándose entre la multitud. La mano dura y pesada del ruso se posa en su hombro y, obligándole a mirarlo de frente, le dice con firmeza:

—Yo pensar, tú y yo buscar misma persona —casi se había olvidado de él. Matthew ahora sí que le presta una atención inusitada—. Masones descendientes Templarios. Por eso mensaje. Yo ir contigo a Liliium.

Los ojos de Matthew se salen de sus cuencas. ¿Quién es este hombre? ¿Y por qué está con él, buscando lo mismo?

—Yo, Foma. Inspector Inteligencia Rusia.

Juntos, pero con la cautela inicial debida de Matthew, inician un duro camino hasta llegar a Liliium, la aldea perdida. A falta de mejor compañía, no tuvo más remedio que aceptar, pensando en que era mejor no provocarle. Había trayecto de sobra para intentar escapar, llamar a la policía o quizás morir.

Antes de nada, fueron a aprovisionarse de ropa adecuada y accesorios con el propósito de confundirse entre los cientos de viajeros que cada día transitan por el Camino de Santiago. Después, repusieron fuerzas y descansaron. Al día siguiente alquilarían un coche para llegar lo antes posible hasta O Cebreiro, donde prepararían minuciosamente el último tramo de cerca de cincuenta

kilómetros a pie hasta su destino final.

Durante las primeras horas, Matthew intentó que su imprevisto «socio» le refiriera qué pintaba en todo este asunto y por qué se había acercado hasta tierras tan distantes de la suya, pero a todo conseguía idéntica respuesta: «¡No ser tiempo! ¡Primero Liliun!». Cansado, dejó de preguntar.

A lo largo del camino, Foma ayudaría a su compañero de desventuras con infinita paciencia y haciendo caso omiso de su quejoso devenir. Poco a poco, a base de pequeños consejos prácticos y de cuidados basados en la experiencia, se iría ganando su confianza y, de vez en cuando, le iría soltando algún chascarrillo acerca de su fofa preparación física, así como alguna verdad incontestable: «*Tener que creer en lo que buscas*». «*Caminar como peregrino no es manera, es actitud*». Esto era cierto también para él, pues aún desconocía lo que el destino le reservaba a su corazón.

En sus inicios, el ex-KGB había sido entrenado como espía de campo, por lo que sabía cómo camuflarse y pasar desapercibido, y había superado las técnicas de supervivencia más duras y en las condiciones más extremas. Tenerlo de guía era toda una garantía, y Matthew, a medida que iban recorriendo los kilómetros que los separaban del final de su viaje, lo comprobaba una y otra vez, desde el desarrollo sobresaliente de su sentido de la orientación hasta las precauciones para evitar futuras lesiones, pasando por el cuidado mimado y exhaustivo de sus pies como miembro fundamental. Antes de empezar a caminar, los masajaba con una crema de efecto «doble piel» para resistir la jornada sin recalentamientos y así evitar las dolorosas y típicas ampollas del viajero incauto. Al acostarse, tras la ducha, los untaba con un gel relajante, y solo utilizaba calcetines de hilo.

Experto en estas lides, y a pesar de las reiteradas protestas de Matthew, Foma había decidido llevar un par de mochilas con poco más que una muda, ropa ligera impermeable, unos pocos víveres, fundamentalmente frutos secos y agua, unos sacos de dormir ultraligeros y algunas pequeñas herramientas, como una linterna. Si por el yanqui hubiera sido, no habría llegado un remolque para transportar todo lo que pretendía cargar encima.

Foma sabía bien por dónde pisaba en cada momento y se anticipaba a los movimientos de Matthew para poder ayudarle, preparándole el camino, avisándole de cómo o por dónde tenía que ir u ofreciéndole su mano cuando era preciso. Siempre estaba de buen humor y se adaptaba al ritmo de su compañero, que pecaba de novato en estos avatares. «*Caminar como viejos,*

llegar como jóvenes», le decía al americano cuando aceleraba la marcha en llano.

Foma no improvisaba; con él nada quedaba al azar. Manejaba con precisión, a través de una aplicación de su *tablet*, el itinerario de la jornada, con sus tiempos, paradas, comidas y pernoctaciones. Sin embargo, también sabía ser flexible y valoraba los esfuerzos del americano, y cuando la belleza increíble del paisaje les obligaba, paraban y la admiraban. Todo esto ayudó al bróker a confiar en su nuevo compañero y, así, fueron estrechando lazos. Una vez más, el Camino estaba cumpliendo su función.

—¡Para, Foma! ¡No puedo más! —le rogó Matthew.

El ruso obedeció y le mostró una sonrisa irónica que pronto quedó en suspenso al ver la boca abierta de su amigo. Se giró. Ante sus fascinados ojos se les presentaba Liliom. Dos días habían sido suficientes, tal y como había previsto Foma.

La aldea se encontraba abandonada, sumergida en una vaguada que simulaba el símbolo de la flor de lis. Un muro de piedra redonda y ensartada a mano y sin argamasa la circundaba. Al llegar a él, Foma se encaramó, se sentó e invitó a Matthew a hacer lo mismo. Depositó la *tablet* sobre sus manos y abrió una serie de archivos con fotografías de lugares y personas y algunos mapas. Dejó a Matthew mirar y a navegar después de haber activado una opción de traducción al inglés. Al desbloquear la aplicación, tras introducir su clave alfanumérica, lo primero que se podía ver era el sello inconfundible de «*Top Secret*» y el escudo de los servicios de inteligencia rusos. Confundido, Matthew miró a Foma que, con semblante serio, reprodujo un vídeo que aparecía en la pantalla. Una voz de hombre, en perfecto inglés y con tono grave, al estilo de los informes y documentales, narraba una historia:

«En 1617, corsarios berberiscos invadieron con su flota las costas del Morrazo. Allí vivía una mujer llamada María Soliño quien, ilustrada e hija de nobles, poseía los derechos de presentación de varias iglesias católicas de la zona y de una mayor, llamada colegiata. Podía administrar sus bienes y nombrar sus prelados. Su marido y su hermano, armadores, fueron asesinados por los piratas durante el saqueo.

«Viuda y sola, la mujer paseaba descalza a la luz de la luna por la playa del pueblo, Rodeira. Y así durante cuatro años. La Santa Inquisición puso sus ojos en ella y en las ocho mujeres que la acompañaban cada noche, y creó la

orden de los Monjes Negros. José Argo, su capitán, las detuvo por encargo del comisario Antonio Pita y su bachiller, Juan Fernández, y acusó a María de brujería. Las llevaron custodiadas a Santiago y allí las condenaron. Tuvieron la fortuna de que el inquisidor real, Alonso de Salazar, no creía en la caza de brujas, así que las confinó a vagar por los bosques de Cangas durante seis meses. Y así fue, y allí murió, o eso se cree, pues nunca se encontró su cadáver ni existe el certificado de su defunción.

«Cuenta la leyenda que, pocos meses después, sus espíritus aparecían errantes entre la espesura y la arboleda, y que las personas de mal corazón que las veían morían a su paso, con la cara aterrorizada.

«Lo cierto es que el capitán Argo y sus hombres, ocho también, acabaron uniéndose a ellas, y que el pirata que capitaneó la flota, Al-Aruk, terminó arrepentido y sirviendo a su causa.

«María Soliño, antes de ser sentenciada, hizo una promesa de eterna venganza a través de su estirpe para quienes la ajusticiaron. Y con un ritual de fertilidad que consistía en un baño de nueve olas, obtuvo descendencia con el excapitán Argo.

«María Nova, guionista de éxito en Hollywood, no sabía de su destino. Su abuela la mantuvo al margen, al igual que su pareja, Jose Argo, y el resto de sus amigos de la infancia, ocho hombres y ocho mujeres. Ellos son los descendientes directos de cada uno de los anteriores, las mujeres, el capitán y sus hombres, que han venido a cumplir la promesa de María Soliño. La historia se ha repetido y los Monjes Negros, comandados por Antonio Pita y el ahora traidor Juan Fernández, no escatimaron esfuerzos para intentar matar a la elegida, María Nova.

«Ella ni siquiera sabía en qué consistía su cometido. Una vez descubierto, y tras leer el manuscrito de su antepasada que el papa Benedicto XVI, la supuesta reencarnación de Al-Aruk, le entregó en mano, tuvo que tomar una decisión. Después, dicen, el espíritu de María Soliño se fundió con ella.

«María Nova aceptó su encomienda y acaba de traer al mundo, en Nazaré, un pequeño pueblo de Portugal, al supuesto Hijo de Dios, de nombre Jesús.

«Lilium, la constelación perdida, ha reaparecido para guiar a los miles de peregrinos que hasta allí se dirigen. Y los Monjes Negros, aunque muerto su anterior jefe, se reorganizan con oscuras intenciones hacia el recién nacido y el grupo que custodia a María Nova.

«El objetivo de la misión es recabar información sobre esta mujer y el nacimiento de su hijo a fin de valorar posibles revueltas internacionales por fundamentalismo religioso. Hasta ahora, el más grave provenía de los países árabes, pero este acontecimiento puede devolver las viejas consignas de guerras santas».

La última imagen del audiovisual era la misma fotografía que le había subyugado en la portada del Variety. Aún aturdido, mira para Foma, pero por primera vez sin desconfianza ni temor. Sabiendo todo lo que sabía, el ruso no había demostrado ser mal amigo. Podía haberse aprovechado de su información y haberlo utilizado, incluso matarlo y, sin embargo, no lo había hecho.

Matthew recuerda todo lo que ha pasado en el camino mientras contempla absorto el primer plano de María.

—¡Perseguimos misma bruja! —le insinúa Foma, extendiendo los brazos con las manos abiertas.

—No creo que sea una bruja

—¡Yo tampoco!

—Está claro que este niño es especial.

—¡Tener que ir a Cangas! ¡Buscar más! ¡Origen! —quiere imponer el agente secreto ruso.

—¿Estás seguro? —le pregunta, ya desinhibido de sus anteriores miedos—. ¿Cuál es tu plan?

—¿Tú saber montar caballo?

La noche se les echó encima, y una ligera pero persistente lluvia les empujó al interior de Liliun. Tras un recorrido rápido por la aldea, decidieron pernoctar en la choza central, la más grande. Aún conservaba su tejado de paja más o menos decente, y solo un par de finas goteras dejaban pasar el agua. El repiqueteo de las gotas al chocar con el suelo de tierra prensada producía un eco mareante.

Foma animó a Matthew a extender los sacos de dormir y a preparar algo para llevarse a la boca. Mientras, él se apresuró en busca de unos cuantos palos de leña seca para prender fuego en la chimenea. Necesitaban descansar bien. Tomarían unas infusiones a base de valeriana, era necesario que conciliaran un sueño rápido y plácido.

Partirían con las primeras luces del amanecer. Aún no le había contado a Matthew sus planes, pero su instinto le decía que tenían que darse prisa. El tiempo pasaba rápido y los días tomaban mayor importancia ahora. Deberían hacer el trayecto de vuelta en una sola jornada, en vez de las dos que les había llevado llegar. Ahora podía contar con mejor prestancia del americano y podría tirar de él sin desfallecimiento. Solo le temía a la subida a O Cebreiro, ya con las fuerzas justas, al final del camino. El resto era más bien de bajada y, si imponía el ritmo adecuado, lo podían lograr.

Como si fuera suizo, su reloj biológico lo despertó de forma puntual. Matthew tampoco tuvo problemas, acostumbrado a ser el primero en llegar al despacho como ejemplo a su equipo de subordinados.

El agente ruso pronto templó agua al fuego, que extrajo con una vasija del manantial que atravesaba libre el poblado. Con una parte se salpicaron la cara y aquellas partes del cuerpo algo sudorosas o sensibles, y con el resto hicieron una infusión que acompañaron de unas galletas y barritas energéticas que Foma había provisto, así como almendras y nueces, para paliar el primer apetito.

Más que hablar, se miraban con cierta empatía para lo poco que se conocían. La desconfianza había desaparecido. Tanto al uno como al otro, algo les decía que estaban condenados a pasar mucho tiempo juntos, así que, tácitamente, ya habían decidido transigir entre sí.

Y el Camino hizo el resto.

Avanzaban sin hablar, no podían dejar escapar ni un soplo de su aliento. Matthew ni preguntó, pero no hacía falta ser muy inteligente para deducir las intenciones de Foma, así que decidió compensar el esfuerzo de su nuevo amigo y dejar de quejarse, aprendiendo a sufrir e intentando no ser una pesada carga. Iba entonces recordando cada pequeña enseñanza que le había dado en el viaje a la aldea, como si de un cursillo acelerado se hubiera tratado. Y en verdad que le ayudó a soportar con creces las dificultades que se les fueron presentando.

Sin tiempo para admirar los hermosos y frondosos bosques de aquella tierra desconocida para ambos, subían y bajaban laderas, cruzaban enormes prados verdes y vírgenes, y hacían algún breve descanso al regazo de los infinitos riachuelos que se les atravesaban en el camino.

Aldeas de casas desperdigadas en mitad de las colinas, pequeñas iglesias

abandonadas, caminos de tierra y de piedra, senderos plagados de hierbas exuberantes y arbustos enanos y, de vez en cuando, hombres rústicos y mujeres crudas, hastiados por el trabajo en las fincas y el cuidado de los animales. No les faltó un bocado de pan de millo y algún trozo de queso fresco o de jamón casi sin curar que aquellas gentes duras, pero generosas, les obligaban a coger. Y, por supuesto, un buen trago de vino blanco del país, de cuya acidez aún se acuerdan sus estómagos.

Y así, sin descanso, casi sin parar, exhaustos pero orgullosos, sus ojos vieron la silueta del monasterio de O Cebreiro al caer la noche. Al verlos llegar, los monjes les auxiliaron rápidamente y les ofrecieron hospedaje. Foma y Matthew se miraron el uno al otro y, con gestos de complicidad, encogiendo los hombros, aceptaron.

Aquella noche, los frailes les contaron la leyenda de Juan Santín y el monje incrédulo que se mofó de su sacrificio al querer oír misa y haber desafiado a las inclemencias de un temporal de lluvia y nieve y a las duras y empinadas cuestas hasta llegar al monasterio. Después, durante el oficio, se obró el milagro, y en el sacramento de la eucaristía el pan se hizo carne y el vino sangre de Cristo. Les mostraron las reliquias.

Los dos extranjeros se hacían señas con los ojos, como no comprendiendo a qué venía aquella historia. Uno de los monjes, con una voz que a Matthew le descolocó por conocida, les hizo una premonición: *«La carne representa al hijo que uno de vosotros busca, y la sangre a la fe que el otro piensa que no tiene solo porque no ve. Encontraréis al que buscáis, y su sangre os hará ver para siempre»*. Después, se descubrió el rostro y Matthew dio un violento respingo: era el maestro masón.

Sin mediar palabra, se retiraron ordenadamente y dejaron a los dos forasteros con sus cábalas en una amplia celda preparada para reposar después de una dura jornada. Estaban tan agotados que ni siquiera comieron, solo bebieron agua. Ya habría tiempo y ganas a la mañana siguiente de una buena ducha y un mejor desayuno.

Fue así como Foma recuperó la buena forma y el ritmo trepidante. Bajaron al pueblo sin demora y montaron en el automóvil que dos días antes les había traído desde Santiago. El ruso, al volante, desplegó en su *tablet* una aplicación de GPS y, antes de introducir dato alguno, realizó una llamada desde su teléfono móvil. Hablaba tan rápido y con frases tan inconexas que, aunque tenía alguna noción de ruso, el bróker no se enteró del motivo de la

conversación. Cuando Foma colgó, le preguntó ávido:

—¿Con quién hablabas?

—Mi oficina. Rusia.

—¿Para? —le interrogaba, curioso, esperando una sorpresa más.

—¡Ya verás! Nos esperan caballos.

Matthew se admiraba del poder de su amigo. Observaba cómo introducía unas coordenadas en la aplicación y en la pantalla se volcaba, como saliendo de un túnel hasta ocupar el total de su superficie, la figura de un hombre, su nombre y el lugar de encuentro: «Ricardo Gulias. *Aloitador na Rapa das Bestas*. Montes de Sabucedo. Tiempo estimado de llegada: 2 horas, 20 minutos».

Foma arrancó el coche y, siguiendo las instrucciones del GPS, no paró hasta alcanzar su nuevo destino. Tampoco hablaron durante el recorrido, inmersos los dos en sus pensamientos sobre su actual aventura. Analíticos, pensaban en que su encuentro no podía ser tan casual y que algo o alguien que no conocían, controlaban ni dominaban les estaba conduciendo a su antojo. Sin embargo, firmes los dos, relegadas a un olvido momentáneo sus anteriores vidas, ansiaban descubrir la verdad de todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor. No se conformaban con ser meros espectadores o simples marionetas y comparsas de una historia. También querían participar.

El ruso, al echar el freno de mano, se dio cuenta de que había conducido el coche sin percatarse de que entre sus manos llevaba un volante. No recordaba absolutamente nada del recorrido ni de los lugares por los que había pasado, y este dejarse ir mental le disgustó. Se juró que no volvería a perder el control.

Así, se hallaron en una de las laderas de un monte desarbolado, de plano inclinado leve. Un joven nativo de pelo rubio y poderosos músculos sometía, con temple, a una yegua blanca salpicada de motas grises. Con suma paciencia y un silbido único, agudo y con algo de ancestral, aprendido de niño, la iba amansando, esperando a que el macho que la acompañaba se acercase a ella, dócil también. Y así sucedió. Les hablaba con susurros inaudibles para los nuevos visitantes, de esos que hacen que los animales se dejen hacer, y, guiándolos hasta un apartado, los ensilló.

Todo esto ocurrió ante sus ojos. A Foma no le sorprendió, pero a Matthew se le cayó la expresión de la boca, lleno de admiración.

—¡Sus caballos!

El ruso empujó a Matthew hacia el caballo de piel marrón oscura antes de que pudiera decir nada y, con un movimiento de su mano, lo invitó a montar. El americano palmeó primero su lomo y después, sin más espera, se elevó y la montó. Foma se sonrió. Esta vez no había necesitado ayuda alguna. Estaba claro que su amigo yanqui había tenido un buen profesor de equitación.

Antes de subirse a su cabalgadura, Foma le tiró al aire las llaves del coche al joven domador.

—¡Encárgate de devolverlo a tiempo y de borrar sus huellas! —le ordenó en un perfecto español. Matthew lo miró alelado, y se preguntó qué más secretos le ocultaba este hombre.

Dicho esto, Foma manoseó lentamente las crines de su yegua y le murmuró: *«Eres una buena chica. Irina, me gusta este nombre. Te llamaré así: Irina. Suena bien. No te va a gustar lo que te voy a hacer, pero pronto lo entenderás. No me lo tomes a mal»*. Acto seguido, la fustigó violentamente con el talón de su bota, al tiempo que lanzaba un chillido salvaje que igualaba el relinche del animal, y este respondió saliendo al galope en estampida pillando totalmente desprevenido a Matthew. El macho, tras girar sobre su propio escorzo y ponerse a dos patas, que casi da con los huesos del americano en el suelo, siguió desbocado la estela de su compañera.

Con el camino estudiado de antemano por el ruso y bajando el ritmo solo donde era estrictamente necesario, bordeando las poblaciones siempre que se podía, reposando solo para dejar beber a las bestias y tomar algo de aire, llegaron a Cangas con el último anhelo del atardecer.

Seis días después de su partida. Seis días después de la muerte de Lukas. Seis días después del nacimiento de aquel niño «divino». Como si el número del diablo les persiguiera. Y doy fe de que lo maligno y lo divino juguetean entre sí y están para hacer dudar al hombre.

La entrada al Refugio les franqueaba el paso. Descendieron de los caballos y, con gran cuidado e intentando hacer el menor ruido posible, traspasaron el umbral.

Matthew se mostraba inquieto, no acostumbrado al sigilo, sino al estruendo y griterío ensordecedor de las sesiones bursátiles de Wall Street. Foma se encontraba como pez en el agua. Este era su mundo, el de las intrigas y los espías, en el que lo importante era el engaño sin que nadie te descubriera. Sus movimientos eran sólidos y solapados, no existía la duda en ellos.

Llegaron al poblado como fantasmas invisibles. Ataron las monturas al primer vallado y, al ver luz en una de las cabañas del castro, se fueron acercando, despacio. Por el ventanal, asomando levemente, pudieron ver a un hombre y una mujer que se afanaban en los preparativos de la cena, ella cocinando y él poniendo los cubiertos en la mesa. Debía de haber más gente, pues Foma no había podido contar todos, pero juraría que eran más de diez platos.

La mujer, pelirroja y sin peinar, al girarse en la entrada, se dio de bruces con el cañón del revólver del ruso apretándole la nariz. Mateo se giró ya sin tiempo para nada.

—¡Ni te muevas, o vas a tener que recoger los mocos de tu mujer con cucharilla! —le amenazó con frialdad Foma. Matthew, siguiendo sus indicaciones, se había quedado vigilando afuera—. ¡Vuestro nombre!

—¡Rosalía! —le temblaban hasta las uñas.

—¿Y tú?

—¡Mateo! —le respondió con el odio cargado en su voz.

—¡Matthew! Igual que tú llamar —informó en inglés al americano—. ¡Joder, los dos pelirrojos! ¡Parecéis vikingos!

Tras la estudiada mofa, que intentaba debilitar el ánimo de sus prisioneros, Foma comenzó el interrogatorio como un ritual más.

—¡A ver, empezamos! ¿Qué sois de Jesús, el niño nacido en Nazaré? —De manual y sin mayores preámbulos.

—¿A ti qué cojones te importa? —le espetó Mateo a quemarropa. Al segundo, tenía el labio partido. El policía ruso le había soltado, sin aviso y con la pistola, una bofetada en plena cara. Mateo soltó un bufido de dolor y su mirada se clavó en los ojos de su agresor. Sin embargo, Foma era un profesional y reflejaba bien su dureza, así que Mateo terminó por bajar los ojos en señal de derrota.

Matthew no era partidario de los métodos de su compañero, pero prefirió no entrometerse, a pesar de todo confiaba en él.

—¡Sus protectores! —contestó Rosalía, muy asustada y esperando que no le rompieran a su marido.

—Esto ya me gusta más. ¿Cuántos sois?

—Catorce, creo. —Ya la mujer claudicaba con abnegación.

—¿Dónde están el resto? —A Foma no le dio tiempo a decir nada más. El filo punzante de tres espadas le pinchaban la nuca, el costado y el riñón derecho. Matthew no lo pudo avisar, pues su garganta se hallaba aprisionada por otro brillante filo: el de una daga.

—¡Aquí! Y va a ser mejor que sueltes el arma muy despacio si no quieres ver cómo te despedazamos igual que a un ternero. —Una voz cálida y potente no solo lo desarmó, sino que lo hechizó en su rendición.

Encarándole de seguido y con unos ojos negros profundos, le habló:

—Ahora soy yo quien hace las preguntas, y tú las vas a contestar. —Y Esther no dudó en cortarle en el cuello de un sesgo rápido, haciéndole una pequeña herida que le produjo un sangrado más escandaloso que real. Foma bufó. Matthew, viendo que la situación se complicaba, y más acostumbrado a negociar, decidió entrar en escena.

—¿Alguien habla inglés, por favor?

—Yo —contestó una mujer de pelo rubio y muy segura de sí misma—. Me llamo Inés.

—Yo también —otra voz de una bella mujer rubia, casi blanca, que se había incorporado desde atrás, respondió de seguido. —Mi nombre es Alba.

—Mucho gusto. Mi nombre es Matthew. Soy americano. Y mi amigo se llama Foma y es ruso.

El bróker examinaba a sus captores mientras se presentaba. Dedujo, por el color de la piel y los rasgos raciales, algunos demasiado acentuados y aceitunados, que cuatro mujeres y otros tantos hombres, incluida la que los capitaneaba, Esther, eran de etnia gitana. El resto, dos hombres y dos mujeres más, y a los que habían apresado anteriormente, de origen indudablemente nórdico con mezcla mediterránea. A pesar de ser americano, siempre quiso saber qué pasaba y dónde se encontraba el resto del mundo, siendo la historia y la geografía sus pasiones.

Inés, con mirada de ojos nublados de primavera, acostumbrada por su anterior profesión como jueza, inició el interrogatorio con el consentimiento tácito de Esther.

—¿A quién buscáis?

—A una mujer llamada María Nova y a su hijo Jesús —respondió, plano y sincero, Matthew. Foma escuchaba atento y con las alertas encendidas. Frío,

su rostro no expresaba sentimiento alguno.

—¿Por qué? —preguntó, intrigada, Alba. Un hombre de flequillo rebelde y gafas de pasta que disimulaban su leve estrabismo la seguía con la mirada como solo el amor lo hace, según deducían con claridad los dos extranjeros.

Matthew permanecía en silencio, meditando la respuesta.

—¡Contesta! —le ordenó Inés.

—Mi hijo ha muerto en un accidente de tráfico...

—¿Y qué tiene que ver eso con María y Jesús? —no le dejó terminar la frase, así que Matthew pidió calma con la mano, andaba buscando las palabras precisas.

—...el mismo día en que nació el hijo de vuestra amiga.

—¿Y...? —Esther se mostraba curiosa y desconfiada. Algo en ella, que no pasó desapercibido a los demás compañeros, se movía, aunque sus hermanos gitanos se mostraban tranquilos.

—Un hombre misterioso me dijo en la catedral de Saint John que Dios me había quitado a mi hijo para ofrecerme el suyo a cambio.

—¡Mientes! —le increpó Alba, mientras Inés intentaba calmarla. Los hermanos gitanos, vestidos con hábito marrón al más puro estilo franciscano, escuchaban el interrogatorio sin apenas moverse.

—Era un maestro masón, descendiente de los Caballeros Templarios —aseveró Matthew.

—¿Quién te habló de María y de su hijo? —le interpeló de nuevo Inés, retomando la iniciativa.

—Lo leí en la prensa, en The Times.

—¡Ah! ¡Cabrón! —Alba no se pudo reprimir—. Entonces sabías que no estaban aquí. ¿Quiénes sois y por qué estáis aquí? Di la verdad o te rebanamos el cuello ahora mismo.

—¡Ya la he dicho! —contestó Matthew, angustiado.

—¿A qué os dedicáis? —preguntó, intentando que no se desviase la atención de lo que realmente interesaba.

—Yo soy bróker en Wall Street y mi amigo es... policía. —Aunque al principio dudó, después pensó que era mejor decir la verdad para intentar

ganar su confianza. Todos miraron a Foma, que esta vez sí mostraba una mueca de desaprobación mientras murmuraba para sí una especie de juramento ruso. Se instaló un silencio que, para Matthew, fue eterno. Inés recuperó el control.

—¿Por qué estáis juntos?

—Nos conocimos en el aeropuerto de Madrid. Mi compañero está investigando los movimientos de peregrinos y se mostró dispuesto a acompañarme y a ayudarme —confesó, inquieto, el americano.

—¿Policía? —le preguntó Inés mirando para Foma—. ¿Qué clase de policía?

—Inteligencia —fue el propio agente quien dio la respuesta.

—¡Nadie te ha mandado hablar, hijo de perra! —le reprendió Mateo, al tiempo que le cruzaba el rostro con una sonora bofetada. Foma sangraba por el labio, y Mateo se sintió desquitado por el culatazo recibido, pero el ruso, más duro aún, le sonreía.

—¡Quietos, joder! —ordenó Inés—. ¿Por qué no fuisteis a Nazaré, entonces?

—El masón me hizo jurar sobre esta biblia y descubrí un mensaje cifrado...

Esther se levantó, vigilante, como si algo que llevaba tiempo esperando fuera a suceder. El americano había conseguido concentrar las miradas y atenciones y ser el foco.

—...que cita el pasaje del evangelio de Lucas, donde se cuenta el encuentro de Zaqueo con Jesús...

Ni las respiraciones se podían oír.

—...y una leyenda: «Buscarás un nuevo lugar para vivir y entonces entenderás».

—¿Y qué hiciste? —continuó preguntando Inés que, por deformación profesional, era la única que no se había dejado vencer por el estupor, incluida Alba. Solo Esther permanecía en alerta. Los hermanos calés también intuían algo en su capitana, y mostraban signos de incertidumbre.

—¡Busqué! —respondió, como en otro mundo.

—¿Y qué encontraste? —Lo conducía a su terreno.

—¡Una esperanza!

—¿Cuál? —insistía Inés.

Un nombre, una palabra mágica que hizo que todos bajasen las armas y que

Esther se pusiese delante de él, mirándolo fijamente a los ojos.

—¡Lilium!

—¿Qué sabes de la aldea perdida? —le pregunta Esther. Matthew se queda mirando para ella, sin comprender. Alba, percibiéndose de lo que ocurre, le traduce.

—Ahora es mía. La compré tal y como me sugería el mensaje.

Esther le besa en la mejilla. Nadie entiende qué está pasando. Con un gesto, manda guardar las armas a todos y libra a Foma, que primero le enseña su revólver y después lo guarda en un cajón que cuelga de una pequeña alacena incrustada de forma natural, como toda la decoración en la pared a piedra viva de la palloza. El ruso se encoge de hombros. Esther se postra ante él y le da un abrazo con fuerza y fricción que descompone al policía, ignorante de lo que le pasa por la cabeza a la gitana. Uno de sus hombres se le acerca y, poniéndole una mano en el hombro, le pregunta con la mirada. Ella le sonríe y le besa en la boca. Luego le susurra al oído algo que solo él puede escuchar, y sus ojos se abren con una alegría conmocionada.

Se incorpora, se acerca de nuevo a Matthew y, señalándole con un dedo la biblia, le solicita permiso para tocarla. Este se la ofrece y ella la toma.

—¡Sentaos todos, por favor!

Ordena templada. Despacio, con un filo fino que guardaba en la bocamanga, rasga cuidadosamente las cuadernas de la portada, y extrae de su interior un delgado pergamino.

—Siddhi, el que representa la entrega a los demás y el amor, como el joven Juan. Matthew, publicano y materialista, como Mateo. Simona, la guerrillera, revolucionaria y política, como Simón. Natanael, místico y soñador, como Bartolomé. Jumala, la que domina a Dios, como Santiago. Suiseki, la roca, el pescador de hombres, como Pedro. Wei, el valor de la amistad, como Andrés. Domini, la ambiciosa, pero dulce, como Jacob. Foma, el pesimista e incrédulo, como Tomás. Philip, el práctico y organizador, como Felipe. Tadeo, el trabajador constante, como Judas Tadeo. Y Jewish, el traidor, como Judas Iscariote. Estos serán sus apóstoles, estos le amarán y solo uno, cumpliendo de nuevo con la profecía, le traicionará, nuevamente la historia se hará de volver a repetir a fin de rematar y consumir su destino.

Todos están impresionados. Nadie habla. Matthew ni piensa. La noticia de su

nueva misión le ha dejado igual que cuando sintió la ausencia de su hijo: paralizado, aunque esta vez se encuentra en paz y reconfortado. Foma, sin embargo, tuerce la cabeza negando lo que acaba de escuchar, pero guarda silencio. Entiende que debe tener respeto. Se toca el labio con la sangre emplastada y mira de reojo a Mateo, que baja la cabeza. Foma le hace un gesto restando importancia.

—Otros harán el apostolado igual, pero no serán considerados como tales. Mas a ellos no les importará, pues serán sus incondicionales desde temprana edad y nunca lo abandonarán. Serán llamados los «apócrifos», y así se harán llamar también ellos, y en lo más íntimo de su ser sabrán que no importará el nivel para ser verdaderos o falsos, sino la inquebrantable lealtad. Raquel, la oveja de Dios; David, el retorno del rey; y Moisés, el primer profeta: estos serán. Y entre ellos estará quien verdaderamente importa, el número trece, cuyo nombre no se me permite desvelar, ni siquiera descubrir si será hombre o mujer.

Esther levanta la vista y descubre miradas embelesadas y bocas abiertas que no musitan palabra. El momento está lleno de misticismo y no se atreve a romperlo. Todos los ojos brillan ansiosos, pidiéndole que continúe.

—El hermano Benedicto cubrió su nombre con el símbolo de la flor de lis y profetizó que solo Jesús lo revelaría. Entonces el lacre se resquebrajaría, confirmándolo. Así se nos transmitió de generación en generación, en última voluntad, al heredero directo del secreto de Al-Aruk.

Como si lo hubiera ensayado previamente, sabiendo lo que tiene que hacer, con exasperante parsimonia, a modo de ritual, extrae del interior de su hábito un pergamino idéntico al anterior, también lacrado con la flor de lis, para sorpresa general. Lo abre y comienza a leer con voz calma: *«Si estás leyendo esto, es que mi custodio eres. Con la gracia de la mujer elegida por el Todopoderoso, te escribe tu antecesor desde el castro de nuestros ancestros y en año de nuestro Señor de mil seiscientos cincuenta y cuatro, un trece de marzo, cercana ya la primavera.»*

«Abierto el primer pergamino, esta es su segunda e indivisible mitad. Siendo ya almas errantes para los vivos y con la sabiduría que Dios nos envía, te hago llegar la encomienda que habrás de ejecutar con los hermanos de la Orden de San Francisco Protector que se gobernarán bajo tu mando.

«Nacido el hijo del hombre, y obedecidas las instrucciones que de boca de

vuestro predecesor os habrán llegado, se acercarán hasta vosotros dos extranjeros: un publicano y un no creyente que, creyendo ser vuestros enemigos, vendrán de regreso con las llaves de vuestra nueva morada y la de vuestro protegido durante sus primeros años: Liliium, la aldea perdida.

«No temáis: sus corazones son puros y, aunque aún no lo sabrán, ellos son apóstoles del recién llegado de la deidad. Uno ya habrá hecho el juramento ante la biblia por obra de uno de nuestros mensajeros. El otro protestará, pero se avendrá. Después, os volveréis a separar para ir en busca del nuevo Jesús. Y los nuevos hombres partirán a preparar el hogar de aquel que llegará a ser su maestro. Esta es la voluntad del que habita en todos nosotros. Que no la rompa el hombre. Escrito está».

Nadie habla. Esther los va repasando uno a uno con la mirada. Todos son conscientes de la gran misión que tienen encomendada.

—¡Bueno! —al fin Foma rompe el silencio. —¿Qué se supone que tengo que hacer?

—Jurar sobre la biblia —le responde uno de los hombres, de melena morena larga y ojos oscuros. Lleva colgado un arco del hombro. A Foma le llama la atención que nadie lleve armas de fuego.

—¿Y si me niego? —reta al grupo.

—Tendremos que matarte, entonces. Sabes demasiado —le amenaza Esther. — ¡Levanta la mano y dejemos esto listo!

Y, colocándole la biblia en la mano izquierda y pinchándole la diestra, le toma juramento. Foma no opone resistencia al acto, pero lo hace rápido y de corrido, escéptico y con una mueca de rechazo al terminar. Todos lo obvian, como si nadie se hubiera dado cuenta.

El ruso, como si el tema no fuera con él, se hace el loco y, apartándose del grupo, realiza una llamada. Nadie entiende lo que está diciendo. Matthew discierne lo suficiente como para deducir que está dando instrucciones a sus hombres del servicio secreto ruso en la zona.

—¿Cuándo tiene que estar preparada Liliium? —pregunta directa para Esther, que no le da muchas explicaciones, solo una fecha aleatoria como si hubiera podido ser cualquier otra.

—El diecisiete de mayo.

Foma traslada el dato y cuelga. Mirando la biblia sobre la que acaba de jurar,

se pregunta qué *cojones* está haciendo si no es creyente.

—Nos llevamos vuestros caballos, creo que nos van a hacer más falta a nosotros. Y es mejor que no llaméis la atención —les informa Esther a los nuevos “apóstoles”.

Con la tristeza de la despedida, abraza fuertemente a Matthew. Nadie, ni siquiera su hijo, había tenido tal muestra de cariño hacia él, y tampoco lo habría permitido. Desconcertado al principio, reconfortado al final, siente que su corazón frío ha comenzado a latir por primera vez. Otra primera vez.

A Foma le sujeta las manos, entrelazándolas con las suyas.

—Confío en vosotros. Dios no os ha traído hasta aquí al azar. Él no improvisa. El ruso no la contradice y asiente.

—Id tranquilos. Andad como peregrinos y encontraréis el camino. Es preciso que vuestros verdaderos espíritus afloren.

Marta, hermana de sangre de Esther, les trae dos hábitos, más parecidos a las antiguas túnicas hebreas, de color hueso y sin símbolo que los identifique.

—Vestid estas ropas. Son más apropiadas y, como hombres de fe, os abrirán puertas que antes se os cerraban. No llevan marca. Jesús no la necesita. Él será su propia identidad.

—Os estaremos esperando. —Foma besa con ternura a Esther. Coge los ropajes y le indica la palloza a Matthew. Los dos se introducen en ella. Esta vez no le agrada despedirse. Nunca, hasta ahora, le había sucedido.

Jacobo, marido de Esther, la despierta de su ensoñación.

—Estamos listos —le susurra al oído, muy bajito.

Ella se da la vuelta y comprueba que las monturas están dispuestas y todos los demás preparados para partir: Sara, Begoña y Marta, su hermana, y las amigas inseparables que crecieron siempre juntas; Aarón, Isaac y Julio, los hombres que les dio la vida. De tribus distintas y estirpes aliadas, pero con la misma razón de ser e idéntica misión: servir a la Orden.

Con ellos, aquellos que lucharon hasta el final por María y la promesa de su vientre: Alba, la astrónoma; Juan, el informático; Lucas, el arquero; Inés, hermana de padre y jueza, la misma que le libró de repetir la condena del hombre; Rosalía, la amiga que siempre organizaba todo; y Mateo, el marido de esta y chico para todo que nunca fallaba.

Un pedacito de agua fina se le escapa de los ojos. Ahora sabe lo que sintió María, su heroína. Tantos años, tantas vidas esperando que todo se cerrara y... El miedo atenaza su yo más hondo, miedo a errar, pero ha aceptado el desafío. Sabe que no será fácil, pero lo hará. Llevará a Jesús a su nuevo hogar, con la ayuda de Dios. Y, alzando el brazo desde su montura como señal, la Orden de San Francisco regresa a Nazaré.

Desde la penumbra del interior de la cabaña, Matthew y Foma los ven partir. Los observan en silencio. Un lazo sempiterno les ata a ellos. No saben siquiera por qué, pero es real, y los dos se sienten igual, hermanos. Solo la ansiedad de cómo será ahora su existencia les da zozobra.

Así, tal y como les ordenó Esther, inician el camino a Liliun. Juntos, con una sonrisa interior y un silencio exterior feliz, en dirección a Santiago como primera parada. Allí pasarán el tiempo suficiente para evitar cualquier seguimiento extraño, mezclados entre la muchedumbre de fieles, recorriendo los lugares santos a fin de conocer profundamente su historia y tradiciones. Si van a tener que ayudar a crecer al niño llamado Jesús, tendrán que dominar bien lo que le va a rodear con sabor a sagrado, piensan ambos. Así lo hablan y así lo deciden, ya en armonía. Fácil para Dios, no plausible para el hombre: ¿Cómo podría ser posible entre un ruso y un americano? ¡Qué torpe es el hombre y qué grande su imbecilidad!

Dos peregrinos más, extranjeros, se hacen entender entre el inglés de Matthew y el buen español de Foma. Pernoctando en los albergues igual que los demás caminantes y haciendo el mismo recorrido, no hay nada en ellos que llame especialmente la atención. Se hacen pasar por religiosos de una orden común y desconocida para todos los viajeros que, sin embargo, la dan por buena.

Hay muchos momentos en los que consiguen apartarse y trechos que hacen en solitario. Foma ha enviado a sus hombres los planos de las escrituras que le ha facilitado Matthew. Por las noches, con la excusa de un buen té antes de acostarse, buscan el lugar apropiado para ir diseñando la aldea reconstruida, y envían a los rusos las modificaciones e ideas que les van surgiendo sobre la marcha. Sus hombres trabajan a destajo tanto en el transporte de los materiales como en la restauración de las edificaciones y el poblado en general.

A veces, se les acopla algún «penitente» para recibir directrices más precisas. Nadie sospecha nada y, tras dos días intensos de experiencias ignotas para ellos en Santiago, inician el llamado «regreso del Camino».

En la última semana antes del plazo marcado por Esther, alcanzan O Cebreiro. El maestro masón los aguarda a la entrada de su monasterio. Esta vez, el bróker no se sorprende. Se para frente a él y se miran dichosos. Se envuelven en un abrazo largo y cálido. Nunca más se volverían a ver, pero Matthew lo recordaría con querencia toda la vida.

Dos días más tarde, Liliium se les volvía a presentar mucho más imponente que la primera vez. Y aunque a la vista exterior no aparentaba mayor cambio que el lavado de cara normal de una limpieza y reparación a fondo, la aldea perdida ahora nada le tendría que envidiar a cualquier otro complejo de turismo rural en excelencia.

Matthew y Foma se miraron rebosantes y comenzaron a reír de forma incontenible, y a darse cariñosos y espontáneos apretones.

Era el 17 de mayo de 2013, la fecha pactada. Y a Jesús le esperaba su nuevo hogar.

CAPÍTULO CUARTO

Los primeros mártires, del libro tercero de Jesús por Belshazzar.

Llegué a Nazaré, guiado por la estrella del Señor, en un viaje largo y cansado, lleno de vicisitudes, buscando el destino que tenía escrito desde el día en que nací. Partí desde Jordania, la tierra que me vio nacer, y cabalgué durante casi seis meses a lomos de mi caballo árabe Yamán, que significa «dotado por Dios», un ejemplar único al que mi vida y mis hechos estuvieron unidos durante aquellos tiempos ya pasados, pero frescos aún en la memoria.

Antes de venir al encuentro de Jesús, pasé los últimos años en Petra, la ciudad de piedra, recobrando su historia perdida y la de sus fundadores, los edomitas. Recluido en pleno desierto, aislado del mundo salvo por las esporádicas visitas a Ammán, donde residían mis amados padres, esperaba paciente la señal que marcaría mi devenir.

Tenía la edad de la segunda madurez, y los que me conocían me llamaban maestro. Apasionado por la historia, también dominaba la medicina, aunque lo que realmente me entusiasmaba era la antropología, pues englobaba todo lo anterior, todas las ciencias asociadas a las humanidades. Sin embargo, hubo un estudio al que todos mis sentidos, desde los más sensatos y maduros hasta los más pueriles, se postraron, y que terminó por convertirse en una habilidad: el arte de la guerra de mis antepasados.

Entre mis manos sujetaba la empuñadura de mi espada, camuflándola con mi túnica ocre. Lucía un turbante del mismo color que cubría mi pelo aún negro, igual que mi piel. Lo recuerdo como una estampa que ya nunca pude olvidar.

Desde el Santuario de Nuestra Señora me contemplaban, aprensivos, dos hombres. Yo ya sabía que en pocos días nuestras vidas se unirían hasta el final. Mi disposición y mi filo estaban en guardia al servicio de su protegido. Mi alma pura también.

Ellos lo desconocían y temían mis intenciones.

Ha pasado una vida desde entonces, la de Jesús. Yo fui testigo de excepción de aquellos acontecimientos únicos en la historia del hombre, y quiero dar testimonio de ellos.

Lo sagrado y divino requiere de su ritual. En los tiempos actuales, en los que

se escribe desde el pensamiento y se almacena en el limbo de lo virtual, en los que se lee en el espacio personal y ya no se sabe si la vida es cierta o no, propia o ajena, aquí, el narrador de esta historia ha decidido usar la pluma y el pergamino como acto de fe y de verdad.

Me llamo Belshazzar y fui el mentor de Jesús desde su más tierna niñez hasta que inició el «Gran Viaje». Experto en «defectología», me encargué personalmente de su educación y preparación con una programación y planificación a medida, diseñada específicamente para él. Solo el mundo puede juzgar si lo hice bien.

Estas son mis crónicas de los hechos, las presenciadas o vividas por mí y las que me llegaron de boca de sus protagonistas. Consumada la historia, y esperando que el hombre haya aprendido la lección esta vez, comencemos.

Fui de los primeros peregrinos en llegar a la ciudad de Nazaré, donde, como también estaba escrito, me encontraría -¿o sería más apropiado decir reencontraría?- con otros dos viajeros muy particulares con los que compartía fin: Gaspar, un Padre Blanco Africano de origen portugués, y Melchor, un arqueólogo español destinado en el Machu Picchu con cierto aire a expedicionario aventurero. Ellos también habían hecho el viaje en idéntico tiempo que el mío y, aunque desde destinos distintos, el guía había sido el mismo: Liliun. Nunca habíamos hablado entre nosotros, pero los tres conocíamos la existencia de los otros dos y sabíamos que, llegado el día, nos reuniríamos para siempre.

Gaspar vestía hábito blanco límpido. De su cuello colgaba un crucifijo de madera que le bailaba a la altura del pecho. Por detrás de mí, como buscando mi protección, rezaba casi todos los días y ayudaba en todo lo que podía a los más débiles, como ya era costumbre en su misión.

A Melchor le gustaba merodear por el exterior del «sitio». Con su uniforme estilo *boy scout*, se afanaba en atender a la intendencia de los cientos y miles de peregrinos que, día tras día, iban ocupando no solo la plaza y Suberco, sino también toda la ciudad y alrededores. Y, de paso, vigilaba. A medida que pasaban las jornadas, me iba avisando de los movimientos posicionales que la Orden de los Monjes Negros iba tomando sigilosamente.

Casi a mi lado, un cura católico insultantemente joven y de origen irlandés como mínimo, pensé en aquel momento, permanecía impassible, mirando de frente y esperando a que el ansiado Hijo del Hombre fuera mostrado a la

fervorosa multitud.

Esto no me fue otorgado, y con razón el Señor me lo ocultó. Si hubiera conocido su identidad, juro por lo más divino que lo habría matado.

Al llegar a Nazaré, y desde el punto más elevado, junto al faro, en pleno mirador, me regocijé en la panorámica: la plaza de Nuestra Señora y su pequeño hospital al lado.

Hasta aquel día no se había conocido en el mundo una peregrinación espontánea igual. Allí había nacido el Salvador hacía unos instantes. No era cuestión de dios o de religión, porque era el de todos. Los caminantes que iban llegando lo sabían, y muchos habían visto palomas mensajeras con la flor de lis en el pico. La voz se había corrido por todo el mundo más rápidamente que la propia luz. Las redes sociales bullían con la noticia, tratada con el respeto o la frivolidad de la persona que comentaba o reenviaba. El fenómeno acaecido en aquel tiempo no tenía parangón. A los políticos y a las autoridades civiles, religiosas, culturales, intelectuales o del tipo que fueran les había pillado con el pie cambiado.

Jesús y su madre, María, se habían convertido en la noticia más importante del mundo.

Como si fueran okupas o gente asaltando la calle en una gran manifestación, los nuevos peregrinos montaban pequeños e improvisados asentamientos a medida que iban llegando y se empezó a conformar un puzle multicolor. No había solo cristianos, ni solo católicos, sino también anglicanos, ortodoxos, hindús, budistas, de la iglesia de la ciencia, lamas, judíos y también musulmanes, igual que yo.

Pienso que no hubo raza que no asistiera, ni condición social o cultural, incluso sexual. Creyentes y no creyentes, fariseos y laicistas extremos armados de intentos perturbadores que no consiguieron. Tal fue el respeto que un silencio medido se impuso durante aquellos días. No daba la sensación de gentío y muchedumbre. Reinaba la oración, solo interrumpida por alegres cánticos de bienvenida al nuevo ser en todas las lenguas y en la universal que representa la música.

Cuando llegué y me paré a ver la plaza en todo su esplendor, pude discernir, dibujada sobre su mosaico de losetas de piedra, una gran flor de lis que acababa su figura en el crucero central. Llevé a Yamán a una caballeriza que tenía un lugareño y que había podido contratar unas semanas antes de mi

llegada. Después, me aposté sobre el crucero. Allí apoyé mi espalda y, a sus pies, dejé mi escaso equipaje.

Allí, sobre el inicio del cáliz de la flor que simboliza a Dios con el hombre, clavé el filo de mi espada, vigilante.

No me equivoqué. Con el paso de los días, Melchor y yo pudimos comprobar cómo los enemigos de Jesús, aquellos que hasta el último instante hicieron lo posible y lo imposible a fin de que no viniera a este mundo, iban tomando posiciones. A medida que se iba acercando la hora, decenas de Monjes Negros estratégicamente colocados dominaban el «sitio». Desde el mismo lugar donde yo, al llegar, había disfrutado de la primera estampa, Hordos, un hombre siniestro, el nuevo y joven Monje Mayor, me retaba con la mirada.

Nadie lo conocía, pero a mí los augures me habían anticipado su nombre y su venida e inminente aparición: el hijo reconocido y bastardo del difunto Antonio Pita había dado las órdenes previas al ataque.

Cerré los ojos y me aislé. Necesitaba concentrarme para saber en qué momento nos encontrábamos. Había aprendido esta técnica en uno de mis primeros y largos viajes de juventud, voluntariamente recluso en un monasterio de nombre desconocido y lugar perdido, allá por las antiguas tierras de Mongolia. Se trataba de una especie de código basado en presentimientos, pequeñas percepciones, algunos efectos indescriptibles y traviesas emociones que solo mi interior sabía interpretar. Y obtuve la respuesta que ya intuía.

Abrí los ojos con premura y busqué a mis compañeros, Melchor y Gaspar.

—¡Ya os dije dónde estaba mi caballo! ¡Id a por él y traed los vuestros! —les ordené. Ya me habían otorgado esa autoridad—. Ha llegado la hora. Os esperaré aquí, vigilante.

No preguntaron ni vacilaron, y se fueron a cumplir con lo que les había encomendado. Sabía que todo estaba dispuesto y que pronto Jesús saldría ante la multitud en brazos de su madre, María. En aquel momento, un viejo sacerdote, antiguo profesor de la niñez, la intentaba convencer. Clío, una de sus mejores amigas metida a monja, y después una de mis mejores confidentes y colaboradoras, me relató lo acontecido. El padre Pablo, que así se llamaba, un anciano enérgico de más de noventa años, íntimo amigo y confesor de la abuela de María, la persuadió para que así fuera. No soy capaz aún de imaginar la dulce dureza que este hombre de bien tuvo que emplear en sus

palabras. Yo aún no era consciente del estado de María.

No recuerdo un silencio tan imponente. Allí estaba. Vi a una mujer como nunca había visto a otra. Vi a una madre destrozada, pero fuerte, increíblemente fuerte, y rota, muy rota, envejecida repentinamente, con un trauma superior. Su imagen me turbaba, pero al mismo tiempo me daba esperanza. Aquella solemne presencia, casi mística, con su hijo en el regazo, su rostro duro y perdido y su pelo castaño con mechas que se suponían rubias y ahora eran casi grises. Y su voz, desgarrada, descosida.

—Os muestro a Jesús, mi hijo, al que estabais esperando. Dios, su padre, ha querido que sea un niño diferente. Es probable que yo no fuera la mujer adecuada para tan alto cometido, y pido perdón por ello, por haber tenido la soberbia de haberme creído quien no era...

El llanto no la dejó continuar, pero entonces supe que estaba ante una mujer excepcional y que Alá, Dios, una vez más, no se había equivocado al elegir a los suyos. Pasado un minuto, y entre el respeto de la muchedumbre, solo alterado por alguna presencia malintencionada que pronto era acallada, María recuperó su prestancia.

—Entiendo que se trata de algún mensaje que me ha querido enviar, y espero tener las fuerzas para conseguir comprenderlo. Quiero pensar que nos manda una lección por nuestras soberbias y pecados. Cristo vivió entre ladrones, prostitutas, enfermos, locos, asesinos, pobres y gente de malvivir, y no gobernó como pretendían los suyos, por lo que fue traicionado. Quizás haya querido venir ahora y por siempre como aquel que nos enseñará a superar todas las barreras que los hombres ponemos a los más débiles. No lo sé. Sea lo que sea, es su voluntad y yo la respetaré. Solo deseo que me dé luz en la oscuridad que hoy atraviesa mi alma, y así ser la madre que de mí se espera, y la mujer merecedora de tan magna misión... ¡Que el Señor perdone mis zozobras y bendiga vuestros corazones!

Y elevó a Jesús hacia al cielo mientras un haz de luz en forma de espiral de millones de colores lo iluminaba. Una figura difusa y etérea, que cambiaba entre ángel, paloma y flor de lis, acompañada de un murmullo de un extraño aleluya, cubría todo el cuadro. Otras voces se dejaban escuchar a modo de acompañamiento: las de sus amigos muertos por la causa, según me indicaría Clío más tarde. El recuerdo de Thalía, Helena, Sofía, Felipe, Andrés y Tomás había bajado a la tierra. Ellos habían sido los primeros en ofrecer su sacrificio en nombre de Jesús.

Sin embargo, un sentimiento enemigo me decía que no serían los últimos. Un hombre perverso me lo había despertado: Hordos. Y entonces, Jesús, como anunciando lo que pronto iba a pasar, comenzó a llorar.

—Aquí tienes tu caballo —me dijo Melchor al tiempo que me entregaba las riendas. Observaba la estampa embelesado. Gaspar rezaba, no había parado de rezar, lleno de devoción.

—Es una mujer increíble, ¿verdad?

—Ansiaba que llegase el día en que la pudiera conocer al fin, pero nunca me la imaginé tan...

—¡Majestuosa! —se le anticipó Gaspar.

Asentimos.

Al unísono, unidos por el mismo nudo invisible, los tres iniciamos el camino que nos separaba de María y de Jesús, arrastrando a nuestras cabalgaduras. Como si el resto de viajeros ya conocieran la ceremonia, nos dejaban circular, apartándose hasta formar un holgado corredor por el que desfilamos uno detrás del otro en el mismo orden que indicaba la tradición. Al llegar a la barrera que nos separaba de la escalinata, la guardia portuguesa, percatada de lo que representábamos, nos franqueó el paso. Desde arriba, Santiago, el amigo expolicía de María, posaba la mano en el hombro de Jose, su marido, con una sonrisa cómplice que demostraba alivio. Yo también me sonreí al ver que sus incertidumbres en relación a mi presencia se habían disipado por fin.

Dejamos los caballos al pie de la gradería que nos llevaba hasta ellos. A nuestro paso, pudimos comprobar que los periodistas habían profanado el pacto tácito que se había instalado en toda la plaza, ya lugar santo a todos los efectos. Sin embargo, la fuerza de la masa, con un augusto canto más parecido al «gloria» que al anterior «aleluya» de los espíritus guardianes de María, aniquiló sus pretensiones superficiales, al menos por el momento. Después, un inequívoco pero diferente Ave María, que ya siempre me acompañaría, anegaría el aire.

Nos postramos ante ella. Estábamos ante la insigne María, la elegida. Sus ojos, bellos, del color de la miel clara, mostraban un otoño encapotado y de hojas caídas. Su brillo se había retirado, ofuscado. Sin embargo, había algo en ella que nos deslumbraba. Supe que tenía un arduo cometido por delante, pero que era mi misión, a la que no podía renunciar y a la que, tras conocerla, me dediqué subyugado. Dios, Alá, el que fuera, me había lanzado el reto de

devolver a la vida y al amor de madre a la mujer más fascinante que había conocido.

Era el acto de la adoración al niño Dios.

Oro, como rey, enseñó Melchor. Incienso, como dios, encendió Gaspar. Y mirra, como hombre, le guardé yo. Así, cumplíamos con lo escrito y repetíamos la liturgia tan necesaria para la simbología del hombre.

Después, y rompiendo pacíficamente el cordón policial, sin dar más opción a los mensajeros de la información que las instantáneas del momento, los peregrinos fueron acercándose a Jesús. Rezaban y se postraban ante él, cada uno en su lengua y en su religión. Clanes y tribus completas. Muchos le dejaban ofrendas de sus lugares de origen. Había mucho amor en el acto, pero sobre todo mucha esperanza, tanta como el mundo urgía y anhelaba. Gente de todo pelaje y condición, muchas mujeres y muchos niños, hijos sin madre y madres que lo habían perdido todo. Ruegos, súplicas y oraciones. El óleo perfumaba y colmaba de vaporosa bruma el primer plano de la veneración.

Se había formado una larga e infinita cola de almas para acercarse lo máximo posible a Jesús y desfilar en procesión ante él. Y más que el presente que le llevaban era el sentimiento lo que les incautaba de su fe.

La mayoría ni siquiera eran cristianos.

Tampoco parecía importarles a nadie la anomalía congénita de Jesús. La práctica totalidad de los miles de viajeros no se cuestionaron en ningún momento su procedencia divina y, desvanecidos los primeros rumores, al contrario de lo que cabía esperar tras el impacto de la noticia, no paraban de demostrar sus ansias por conocerlo y tocarlo, uno a uno y en persona. Esta gente no diferenciaba ni entendía de dogmas, creencias o cultos. Su fe hablaba el mismo idioma. Si mis ojos no lo hubieran visto, no lo habría creído. A veces, lo mejor que tiene el hombre es el arrebatado de la irracionalidad, de hacer justo lo contrario de lo correcto. Y doy testimonio de que eso fue lo que ocurrió en Nazaré.

Pero el mal ya se había hecho promiscuo entre los nuevos fieles, y los Monjes Negros se disimulaban, estratégicamente colocados, aguardando el mandato de su Monje Mayor.

Hordos lanzó un grito de guerra atronador que aún resuena en mi pasado, reclamando lo que por derecho consideraba suyo.

—¡Soy yo! ¡Yo, Hordos, soy el verdadero descendiente de Dios!

Esa era la señal. A golpe de espada, sus hombres se abalanzaron como seres crueles y sanguinarios sobre la masa, desposeyendo de la vida a todo aquel que se interponía en su camino hacia Jesús y su madre. Una avalancha mortal de seres desesperados hizo imposible la actuación de la guardia portuguesa.

Antes de poner mi arma en liza, cerré los ojos. Fueron unos breves segundos. Escenas de un tiempo y una historia no vivida se me reprodujeron con total nitidez. Era el desembarco del pirata Al-Aruk en las costas del Morrazo. Mujeres y niños morían a manos de sus hombres. Estaba viendo y viviendo la repetición de la historia. Cientos de inocentes morirían ese día, y yo no pude hacer nada por evitarlo.

No era momento para ensoñaciones, así que, cubriéndonos entre los tres, Gaspar, Melchor y yo mismo recogimos nuestras ofrendas y desenvainamos nuestras espadas, incluido el Padre Blanco, al que no le suponía ni remotamente en el papel de «guerrero de Dios». Y con una visual rápida, aprendido el campo de batalla, pude verificar en qué situación nos encontrábamos.

No hubo tiempo para presentaciones, así que los nombres me fueron dados después: Marcos, uno de los fieles de María; Santiago, el que me había estado vigilando todos estos días; Antón, hermano de María, y Jose, su esposo, habían rodeado instintivamente a Jesús y su madre. Otra mujer, embarazada, Nora, la compañera de Marcos, se acurrucaba temblorosa al lado de su amiga que, con su hijo en brazos, escondiéndolo del acecho, se mostraba impasible, incluso fría y distante, más bien ida. Una monjita, de nombre Clío, intentaba tirar del grupo de regreso al interior en busca de mayor protección, rodeando con su brazo a un viejo sacerdote cristiano.

La lucha sin cuartel se había desencadenado. La multitud huía como podía, despavorida, y un par de decenas de Monjes Negros habían llegado a nuestro lado, triplicándonos en número. Aun así, nos defendíamos con valor y aguantábamos bien la posición. Una desazón que no supe distinguir me desconcertó, y miré para atrás. Tardé muchos años en averiguar el motivo verdadero. Allí estaba el joven pelirrojo sacerdote que, firme, había acompañado mi presencia en la plaza todos aquellos días, delante del obelisco.

Un fragmento de vida, y se pierde para siempre. Una ligera inclinación suya en

señal de saludo me distrajo fatalmente, y un soldado de Hordos me desarmó. Sentí el seco impacto del fracaso y vi la cercana muerte acariciarme. Pero puñalada mortal derribó a mi contrincante en vez de a mí.

El rubio curita me había salvado la vida. Solo hoy puedo comprender el porqué de los caminos del Señor y su misterio.

Luchábamos con honor, como lo habrían hecho nuestros antepasados, con orgullo y dispuestos a entregar nuestras míseras vidas, pero el aliento de la desesperanza comenzaba a invadirnos. El cansancio y la desmoralización empezaban a reflejarse en nuestros rostros, y aunque no habíamos tenido ninguna baja todavía, el enemigo aumentaba su número de efectivos con cada embestida, como si de un torbellino se tratara.

A medida que transcurría la batalla, los Monjes Negros, comandados por las crueles intenciones de su prelado, ponían cerco a la plaza con el único propósito de que nadie pudiera escapar, ni siquiera la muchedumbre.

Rodeados de gente oscura por los cuatro costados, los que habíamos resistido protegiendo a María y al niño habíamos fallado en nuestro intento de regresar al hospital, donde las monjas ya habían atrancado las puertas ante el más que seguro asedio.

Derrotado, pensé que todo estaba perdido.

Pero los milagros existen...

Como un vendaval, un grupo de jinetes irrumpió en el lugar de Nuestra Señora de Nazaré, unos espada en mano, otros disparando flechas precisas y certeras, haciéndose un pasillo hasta llegar a nosotros. Era el resto de la tropa de María, que habían regresado a tiempo. Apercebidos por los lugareños a la entrada del pueblo, se apresuraron en recoger el resto de la caballeriza antes de asaltar el «sitio» al rescate de los suyos. El ataque sorpresa cogió desprevenida a la soldadesca de Hordos que, aturdida, cedió, y de este modo pudieron llegar hasta nosotros. Jose me sujetó del hombro.

—¡Venid con nosotros, caballeros!

Le asentí sin vacilar y avisé a mis compañeros de leyenda.

—¡Melchor, Gaspar! ¡A los caballos!

Y, sin pensarlo, saltamos sobre nuestras monturas. El santuario abrió sus puertas y de su interior salió corriendo, como alma perseguida, un fraile calvo ya entrado en años.

—¡Sígueme! —me ordenó Jose sin saber decir mi nombre.

—¡Belshazzar! —le aclaré.

—¡Es el padre de María!

Dos siniestros combatientes le esperaban al comienzo de las escaleras, medio agazapados y armados de puñales con la muerte preparada en sus filos. Nuestras espadas hicieron rodar sus cabezas. El esposo de María le ofreció su brazo y, al sujetarlo, lo izó a su montura con fuerza. Dando vuelta al galope, con miedo de que Yamán se torciera una pata al deslizarse escaleras abajo, regresamos junto al grupo, que nos esperaba preparado para salir en estampida.

Antes pude ver a María con Jesús en su cobijo. Maravillado, no podía dejar de estudiarla. A pesar de su estado de conmoción, su mente funcionaba con diligencia. Montaba con destreza y no precisaba de ayuda para llevar a su hijo con ella. Su yegua, negra, brillante y hermosa, la ayudaba. Una conexión muy especial las hacía inseparables y únicas.

Entretanto, unos ojos verdes me observaban fijamente. Sentí su mirada clavada en mí. El misterioso cura no me quitaba ojo. Ese extraño que me había salvado la vida consiguió estimular mi compasión. En un acto reflejo, le ofrecí mi brazo y él, con un movimiento ágil, subió de un salto a la grupa de mi caballo. Una aprensión desconocida hasta entonces me penetró al agarrarse a mi cintura. Cerca de él yacía el cuerpo sin vida del sacerdote anciano. Un corte profundo en el corazón le había llevado al lugar del que no se vuelve.

Miré a mi nuevo compañero y este me mantuvo la mirada. No me aclaró cómo había sido, dando como daba por sentado que lo habían matado los Monjes Negros. ¡Qué equivocado estaba! Y aunque entiendo que el Señor me cegó para no descubrir la verdad, aún no puedo entender cómo ni siquiera lo sospeché.

—¿Cuál es tu nombre? —le pregunté, autoritario.

—¡Jewish, señor!

—¿De dónde eres?

—¡Holandés, señor!

Sin embargo, me obcequé con su origen y siempre le llamé «irlandés». Hoy comprendo que seguramente fue el Señor el que dispuso tal confusión. Solo tras su traición a Jesús descubrí su verdadera procedencia: era el hijo legítimo

de James, el fiel servidor del mal, aquel a quien María mató para proteger su vida. También me confesaría que había sido él quien había rematado al viejo cura. Pero a mí me había ganado inteligentemente, y también me manifestaría, años más tarde, sus contradicciones y su inexplicable admiración por mí.

Otra mujer, morena como solo el sol de mi tierra sabe hacer, nos lideró en nuestro intento de escapada. Un aullido semianimal salió de su garganta para alentarnos. Después, poniendo los caballos a galope tendido y con la multitud atemorizada huyendo y formando un pasillo por donde nuestros animales pudieran pasar sin pisotear a nadie, iniciamos la fuga.

Aún nos dio tiempo a escuchar el alarido desesperado que lanzó Hordos, el Monje Mayor, al ver cómo su enemigo se le escapaba ante sus enrojecidos ojos. Violentado de ira y repleto de una sinrazón rabiosa, fustigó hasta el castigo a su caballo. Cabalgó desnortado, sabedor de su fracaso, y ordenó a sus hombres: «¡Matad a todos los recién nacidos que encontréis!», receloso de que intentáramos confundir a Jesús entre los lugareños.

Pero algo había en el ambiente, que ni yo mismo llegué a comprender, que dotó a la muchedumbre de un coraje que por la gracia de Alá, he vuelto a ver las veces suficientes. Los hombres de fe, acompañados de sus mujeres y de sus hijos, formaron un escudo humano con el único fin de proteger a María, a su hijo Jesús y al resto, entregando su vida en nombre de Dios.

Nosotros escapamos.

La matanza de los Santos Inocentes se repitió sin piedad dos mil años después. Aquellos pobres y desdichados fueron los primeros mártires en nombre de Jesús.

CAPÍTULO QUINTO

Lilium,

del libro tercero de Jesús por Belshazzar.

El instinto maternal se hacía presente en ella a pesar de su estado anímico. María protegía a su hijo como el niño que agarra con fricción su juguete. Sujetándolo como podía entre sus brazos y mal asiendo las riendas de su yegua, la elegida huía serpenteando por el laberinto de callejuelas estrechas del pueblo acompañada de los suyos.

—¡Vamos, deprisa! —gritaban como locos Santiago y Antón, que encabezaban el grupo.

—*¡Aqui, senhora!*

—*¡Cavaleiro, siga-me!*

—*¡Siga-me!*

Escuchábamos las voces tras las puertas de las casas. Algunos de los vecinos salían y, gesticulando, nos obligaban a frenar el trote de nuestras monturas. Improvisaban falsas empalizadas detrás de nosotros para frenar a los seguidores del malvado Monje Mayor. Otros se nos colocaban delante y, blandiendo las bridas, nos indicaban que desmontáramos. Apremiados, nos ocultaron y cobijaron en los sótanos de sus casas y en habitaciones traseras cuyo único acceso era una serie de complicados pasillos llenos de recovecos irregulares y casi imposibles.

Varios de ellos, en perfecta coordinación descoordinada, se ocuparon de guardar los animales fuera de la vista de nuestros enemigos, en un pequeño almacén que hacía las veces de cobertizo y vaquería. Antes, uno de los lugareños había hecho una llamada.

—*¿Polícia? ¡Dois Frades Pretos no Penhasco do Diabo!*

Pronto las sirenas de la guardia portuguesa se dejaron oír en las proximidades, ahuyentándolos. Agazapados y nerviosos, tuvimos que dejar pasar el tiempo pacientemente hasta encontrar el momento oportuno, una vez que la patrulla abandonó el lugar.

Aquellas buenas gentes nos mantuvieron ocultos en los escondrijos de sus hogares, dándonos de comer y de beber, y un sitio limpio donde dormir y

poder lavarnos, al menos tres días hasta que cierta tranquilidad retornó al lugar.

Después, de noche, a oscuras y en silencio, calmando a los caballos para que no soltaran resuello alguno que alertara a los Monjes Negros, por recónditos caminos, nos fueron conduciendo hasta una pequeña cala.

Sobre una parte de la manga del arrecife flotaba un viejo embarcadero. En él se encontraba, amarrado, un viejo y pequeño «cerquero» que, aunque algo apretados, nos permitiría viajar a las costas gallegas. Nos aventuramos todos a cubierta, menos Lucas, el arquero, y Jacobo, el esposo de Esther, la capitana gitana, que se quedaron en tierra para poder hacerse cargo de los caballos cuando todo estuviera más reposado y algo del olvido se hubiera apoderado del lugar. Esther besó a su amado con un mal presagio, apretándole el pecho.

Mientras nosotros navegábamos rumbo a A Guarda en busca de la desembocadura del Miño, tanto los peregrinos como los Monjes Negros iban abandonando Nazaré, los primeros llenos de fe, pero asustados, y los segundos a escondidas y enrabiados. El pueblo había sido sitiado y cogido por las fuerzas de seguridad portuguesas e incluso parte del ejército.

Hubo infinidad de detenidos y se declaró el estado de excepción. El gobierno impuso la ley marcial mientras no se apresase a los asesinos. Había que identificarse para poder moverse con cierta libertad por las enrevesadas calles, y hasta para salir había que dar parte, lo que iba a dificultar en demasía el retorno de nuestros amigos y sus cabalgaduras.

Hordos, ofuscado desde el primer día, nos concedió un tiempo precioso para que pudiéramos escapar. Ya hechos a la mar, al día siguiente reaccionó y, aunque nunca supimos cómo, consiguió saltarse todos los controles y llegar a Santiago a última hora de aquella misma noche.

—Los peregrinos se comunicaban con el símbolo de la flor de lis —le informaba uno de sus lugartenientes.

—¿Y cómo? ¿Dibujándola? ¿Cómo? —preguntaba, sin comprender.

—Se entregaban pequeños ramilletes que dejaban caer palomas mensajeras a su paso.

—¿Palomas mensajeras? —le interrumpió con voz triunfal mientras le sujetaba del cuello, asfixiándole—. ¿Cómo no me lo has dicho antes, imbécil?

Hábil cetrero, fue en busca de su halcón peregrino. Se acercó a él imitando su

chillido y el ave respondió con un movimiento de cabeza. Después, le ofreció un pedazo de carne que el animal engulló, y terminó susurrándole al oído una orden mientras le libraba de la caperuza. El bicho, obediente, saltó al brazo izquierdo del Monje Mayor. Hordos lo movió con fuerza, lanzándolo al vuelo. Majestuoso, con sus alas extendidas, se perdió en el cielo profundo y azul oscuro. A los pocos minutos regresaba con una paloma mensajera hecha presa. Entre sus patas portaba un plegado de cuero con el pergamino que Dominí, la descendiente de Lutero, le había atado.

De ese modo descubrió Hordos el nombre del lugar a donde Jesús y los suyos se dirigían, y aunque no tenía ni la más mínima idea de dónde podía estar, algo le decía que el Camino de Santiago tenía la clave que él buscaba. No dudó y mandó controlar todos los accesos y puntos estratégicos en su recorrido por tierras gallegas. Desde aquel momento, encontrarlo fue su obsesión y su objetivo principal, quizás el único.

Solo sabía su nombre: Liliun.

Tres días después, atracamos en un pantalán abandonado sobre la desembocadura del río. Agotados, buscamos la playa contigua para poder descansar nuestros tullidos huesos. Pero pronto nos tuvimos que mover. A Nora, la amiga embarazada de María, aquella a quien ella siempre llamó «la bella», el viaje le había sentado mal.

—¡Nora! ¿Qué te pasa, por dios? —la agitaba un joven de pelo ensortijado llamado Marcos. Era notable que se trataba de su pareja.

—No me encuentro bien —susurraba imperceptiblemente ya.

—¡Está sangrando, Clío! —gritó el policía, el mayor del grupo después del padre de María.

—¡Nora! ¡Nora!

Fue la primera vez que escuche la voz de María en aquellos días. Mientras lloraba sujetaba angustiada la cara de su amiga. Más no dijo.

—¡Tenemos que buscar un lugar para provocarle el parto!

Con gesto de preocupación, la monja se había hecho con la situación. Después de tomarle el pulso y la temperatura, su gesto se constriñó todavía más.

—¿Y a dónde la llevamos? ¡No podemos ir a un hospital! —chillaba agitado Marcos.

—¡Rápido, al Castro! —ordenó la capitana.

—¿Tan lejos?

—¡Padre Pablo! ¿Padre Pablo?

Nora deliraba. Marcos le agarraba la mano con desconsuelo. Todos se cruzaron miradas tristes mientras, con total seguridad, recordaban al viejo sacerdote y amigo. Hasta aquel momento nadie lo había querido mencionar siquiera, como si temieran que los recuerdos les abofetearan sin compasión.

—¡Venga, cojámosla! ¿No veis que está delirando? —Otra amiga, la pelirroja, de nombre Rosalía, despertó al resto mientras lloriqueaba.

Hablé a solas con Melchor y, entre los dos, sujetamos a Nora por los hombros y la subimos en volandas carretera arriba hasta el Castro de Santa Trega, donde María Soliño había pasado el ocaso de sus días según relataba en su manuscrito. El mismo que años más tarde me mostraría María y tendría la ocasión de leer.

Los hombres de Jacobo y Jose nos turnaban. Era noche cerrada y no había vecinos curiosos que nos asaltaran por el trayecto; como mucho, alguna pareja de enamorados que perdía su intimidad de improviso. Las mujeres, con Clío a la cabeza, se encargaban de coger agua de alguna de las fuentes que surgían escondidas y mojaban paños de tela que fabricaban rasgando sus propios hábitos.

Después de un camino largo y complicado, llegamos al poblado del Castro. En la edificación reconstruida, con tejado de paja y relativamente resguardada, acostamos a Nora en un lecho improvisado sobre el banco de piedra interior, convaleciente ya.

Como médico que soy, hablé con Clío y me hice cargo del parto. De mi bandolera extraje un rollo de cuero que desplegué sobre una de las piedras anexas y, mientras la monja y Rosalía preparaban a la paciente, dispuse el material, bañé el bajo vientre con yodo, tomé el bisturí y corté.

Sabía que no tenía mucho tiempo si quería salvar la vida de aquella criatura, y que la de la madre ya no estaba en mis manos, sino en las de su dios. Así que preferí no decir nada y hacer mi trabajo. Sus vidas no podían desperdiciar un tiempo que no tenían.

Nora dio a luz a una niña preciosa que vio la vida por un milagro. Con el cuello umbilical estrangulándola y ya medio amoratada, me apresuré a desprenderla de su placenta y reanimarla. Después de dos intentos de

resultado fallido, me dejé ir y paré. Sé que los demás me miraban asustados sin saber qué pensar de mí, pero al cabo de unos segundos había recuperado el control y la criatura lanzó su saludo de bienvenida, abriendo los pulmones a la vida.

Sin embargo, no lo pude evitar: Nora murió mientras yo me deshacía por recuperarla. No he podido olvidar sus ojos abiertos mirándome fijos, feliz al ver a su hija, y sintiendo que movía sus labios para decirme gracias y adiós. Todos los presentes nos quedamos paralizados. Una tristeza gutural reinaba en el ambiente, y solo el llanto de la niña pidiendo auxilio rompía el negro silencio. Y el lloro de María, agarrándola con fuerza, clavándole las uñas, golpeándole con rabia en su cuerpo desnudo e inerte.

Después, sin más lágrimas que echar y acabado el sollozo, María se fue de nosotros. Estaba presente, pero su ser se había ausentado de nuevo y por mucho tiempo. La mujer fuerte que se sabía no podía afrontar las dos cosas juntas: la discapacidad de su hijo y la muerte de su mejor amiga.

Jesús, en sus brazos, no había respirado siquiera. Con los ojos abiertos, era como si la buscara y supiera que no la iba a encontrar, mas no protestaba, lo que me llamaba más la atención, esto me demostraba las infinitas maneras que el amor tenía para comunicarse.

Jose, todavía compungido, decidió enterrar el cuerpo de Nora en un rellano al lado del poblado, cerca de su último lugar. Así lo hicimos a la luz de las antorchas que entre todos fuimos improvisando. Clavamos una rama natural con forma de cruz en su cabecera y sobre ella grabamos su nombre a cuchillo. El acto adoptó un halo de romanticismo y leyenda.

Al alba, descendimos de nuevo a la playa. Marcos, muy afligido, alzó a la niña hacia el amanecer, invocando a Dios.

—¡Dios! ¿Por qué abandonas a tus hijos? ¿Qué hemos hecho mal para merecer este castigo? ¿Qué te ha hecho la que acaba de nacer?

Clío lo abrazó, pero él la rechazó, pues quería estar solo.

Miró a su hija desnuda, solo cubierta por un hato que guardaba sus intimidades, mientras ella revoloteaba con los pies y las manos. Con la primera luz, en la muñeca su bracito derecho, una marca semejaba la flor de lis.

Arrebatado, dibujó una gran flor idéntica sobre la arena, que el agua de las

olas inundó, pero no borró.

En ese momento, Marcos le puso nombre a su hija: Lys. Nació el 15 de abril, 33 días después de Jesús.

Un resoplido ahogado y roto, inconfundible, nos anunció la cercana presencia de la caballería y, con ella, las de Lucas y Jacobo. Extrañados, al observarnos alrededor de Marcos y del bebé de Nora tumbado sobre el símbolo dibujado en la arena, nos dirigieron miradas inquisitivas. Al fin Lucas lanzó el nombre de la ausente al aire:

—¿Nora?

Jose le respondió negando lentamente con la cabeza. Entonces, el arquero, impreciso, se deslizó de su cabalgadura y, primero atropellado, después atribulado, apretó a Marcos.

—¡Nora te quería, Marcos! ¡Ella te quería tanto...! ¡Al menos una parte de ella se ha quedado aquí, contigo! ¡Te ha dejado a su hija! No lo olvides, Marcos. Es tu hija. ¡Tienes que seguir...! ¡No le falles! ¡No le falles!

Clío se unió a ellos en un abrazo saqueado de un desconsuelo máximo. María lo hizo en silencio mientras los contemplaba y las lágrimas resbalaban por su rostro rojizo y pálido de tristeza. Jose y Santiago agacharon la cabeza apesadumbrados, y el resto no sabíamos a dónde mirar, aunque extranjeros, no nos sentíamos extraños entre ellos.

Mi primera reacción fue separarme del grupo y librar a Jacobo de los caballos, ansioso como andaba por acercarse a Esther, que no dejaba de mirarlo como si estuviera viendo un fantasma. Lamentablemente, no tardaría en entenderlo. Y aún no he sido capaz de interpretar los mecanismos de la clarividencia e intuición de aquella mujer.

A solas con mi aprensión, acariciaba el hocico de mi Yamán, y en el lenguaje que solo los de su especie pueden entender, en cálidos y casi inaudibles susurros, le transmití instrucciones precisas inspiradas por no sé qué. Su innata inteligencia actuó con eficacia y, devolviéndome con suavidad y aceptación un par de carantoñas, se fue con Esperanza, la yegua de María, a la que bramó con ternura, ya a su lado.

Sin más, con paso respetuoso, se allegó hasta ella y, lamiéndole la mano y por ende al bebé, que respondió con un bufido feliz, la abandonó. Y encabezando la manada, acompañada de mi bello pura sangre, en fila de a dos y tres, se

marcharon en un silencio solo roto por los ligeros y cortos pasos de sus cascos.

Esto despertó a todos, que, desconcertados, regresaron a la realidad mientras los animales se adentraban en la profundidad de las primeras y boscosas espesuras de aquella mágica tierra llamada Galicia.

Melchor y Gaspar se me acercaron y me preguntaron qué había hecho.

—Algo me dice que es mejor continuar el camino por otros medios. Yamán, mi caballo, está de acuerdo. También sabe a dónde tiene que ir a nuestro encuentro.

Me miraron como si estuviera loco, pero no discutieron. Los demás, que también me habían escuchado, ni siquiera reaccionaron, ya que el grupo se encontraba en estado de conmoción. Solo Santiago mantuvo su *modus operandi* policial y me interpeló.

—¿Y cómo nos vamos a mover ahora?

—En transporte convencional. Llamaremos menos la atención —le respondí sin demasiada convicción.

—¿Tú crees? —me replicó, escéptico.

—No es tan mala idea —Antón, tras haber hablado con Inés, decidió tomar la iniciativa—. Si utilizáramos el transporte público, sin duda no pasaríamos desapercibidos, pero si contratamos un pequeño autocar sería más difícil controlarnos.

Después de un pequeño runrún, pues los ánimos tampoco estaban para mucha reflexión, todos fueron dando por buena la opción del hermano de María.

Esther agarraba con fricción a su marido, Jacobo. Extrañado, le pregunté qué opinaba. Ella me envió una mirada triste y solemne y simplemente asintió con la cabeza. Fue la primera y única vez que la vi ausente y empequeñecida, y tengo que reconocer que un hálito de desasosiego me sacudió por dentro.

Yo, que supuestamente era conocedor de los entresijos del alma y del pensamiento, en cuestión de horas y pocos días había experimentado más sobre la condición humana que en la inmensa profundidad de muchos de mis conocimientos antropológicos. Me encontraba algo obtuso, débil e incluso invadido por cierto sentimiento de ignorancia.

—Bien, y ¿a dónde nos dirigimos? —preguntó entonces Jose, inocentemente. Y todos nos volvimos hacia ella. María había contestado sin vacilar y con voz de

aceptada y afligida resignación.

—Quiero volver a casa.

Nadie le reprochó ni quiso contrariarla. Horas más tarde, pasado el mediodía y con el sol iniciando su decaída, nos encontrábamos en el interior de un autobús camino a Cangas. Con todos de acuerdo, desde el Refugio y algo más descansados, partiríamos rumbo a Liliium. O eso pensábamos.

Llegamos a lo que ellos llamaban el Refugio poco antes de que las últimas briznas de luz se dejasen engullir por el manto del crepúsculo.

Reconozco que iba de sorpresa en sorpresa. Dejado atrás el Castro de Santa Trega, hogar de los primeros pobladores celtas, nos encontrábamos en un lugar que se nos presentaba como una réplica casi exacta en lo fundamental y a escala del original, pero a dos horas de distancia. O, al menos, eso fue lo que tardó en dejarnos el autocar, cuyo conductor no dejaba de mirarnos por el espejo del parabrisas con una cara que no sabría decir si tenía más de asombro que de angustia. Y no era de extrañar. No puedo dejar de suponer que formábamos un grupo, como mínimo «raro».

Los «nuevos» permanecíamos absortos mientras Lucas nos hacía de guía y explicaba las dependencias y usos. Al parecer la había construido junto con Helena, su difunta mujer. No hubo tiempo para disfrutarlas. Aún tengo la impresión de que una fuerza oscura arrasaba con todo lo que nuestros pies pisaban aquellos días, y que nada ni nadie habría sido capaz de detenerla por mucho que nos hubiéramos obcecado. Rosalía nos comentó que se le puso ese nombre porque siempre supieron que tendrían que cobijar a María, así que nos encontrábamos en el lugar en donde ella sería consciente de su misión, y donde la aceptaría.

Alba fijaba sus ojos claros y afilados en Jewish, el «curita», al que interiormente yo ya había asignado este alias.

—¿Y tú quién eres? —arremetió sin preámbulos contra él—. ¿Por qué no te has presentado aún?

—Mi nombre es Jewish. Soy hijo de la verde Erín, católico, servidor de Dios y hombre prudente que sabe guardar su lengua y preservar las indiscreciones que sus ojos ven.

Mi «pupilo» había contestado sin fisuras. Su acento anglosajón remarcaba casi en exceso la erre, lo que le hacía inconfundible. También había mentido a

posta, aprovechando mi confusión sobre sus orígenes. Ya se le quedaría para siempre su procedencia. Nadie dudaría.

—¡Un cura irlandés! —remarcó con reticencia la astrónoma.

—¿Y qué haces aquí? —Santiago, el policía, no podía escapar a su deformación profesional.

—Me instruyeron en los augurios de San Malaquías y San Patricio y me sumergí en sus misterios y, al hacerlo, descubrí mi propio destino: servir a Jesús. Busqué la estrella que conduce al Padre y me traje hasta el Hijo, en Nazaré.

Hablaba repleto de simbología y misticismo, casi irreverente.

—¡No me gustas! —atizó Alba sin contemplaciones. Y los ojos fríos y grises de la astrónoma le retaron.

Melchor, Gaspar y yo presenciamos el acto un tanto apartados, como si tuviéramos que mantener cierto respeto. Desde el pequeño mirador, yo observaba a María. Contemplaba ensimismado cómo sujetaba al niño entre sus brazos mientras, custodiada por Clío, entraba en la choza más grande del poblado, del estilo de las que ellos llamaban «pallozas». Con ella quedaron Rosalía y las hermanas gitanas de Esther.

—¿Tú qué dices, Belshazzar? —me despertó Inés, con dudas sobre la pronunciación de mi nombre.

—Me salvó la vida. Ha sido llamado por el Señor, como el resto.

Mi castellano debía de sonarles muy grave y áspero, aunque perfecto. Conocedor como había sido de mi misión y su cometido, con el paso de los años y mucha dedicación, esfuerzo y perseverancia, había llegado a ser un magnífico políglota. Y Dios había decidido ponerme en el camino exacto para salvar al «curita». A mí y a Esther, que, aunque congestionada sin que yo adivinara ni de lejos el por qué, respaldó mi aseveración.

—Es uno de los doce. Recordad la profecía de Al-Aruk.

—Pero... ¡es el traidor! —exclamó Jacobo, nervioso.

—Seguramente. Pero recuerda las palabras de nuestro predecesor, el hermano Benedicto: «La historia se habrá de repetir para rematar y consumir su destino».

Un silencio mascullado interrumpió el momento. Mi corazón de tuareg del

desierto se revolvió ante la evidencia de mis recelos. En un acto impensado y contra natura, desenvainé la espada y, erecto, me fui en busca del futuro renegado.

—¡Guarda tu acero árabe, que ya tendrás tiempo y ocasión de proteger a tu Señor! —me ordenó la capitana, autoritaria, y yo obedecí.

Lucas se me acercó y, mirándome de frente, dejó caer su mano sobre mi hombro, asintiendo como solo hacen los amigos. Hay recuerdos que escuecen de manera especial, y este es uno de ellos.

Estábamos en el promontorio del robledal de Coiro, junto a la pequeña capilla y los establos que se mostraban aciagos y en penumbra sin los caballos que otrora cobijaron. Jewish bajó la cabeza en señal de respeto y se adentró en el pequeño santuario. El resto le hicimos pasillo. Ya dentro, se postró ante el cristo y comenzó a rezar. Allí lo dejamos.

Descendimos por el desfiladero que conducía primero al patio, donde al parecer el arquero ejercía de maestro de esgrima y tiro con arco, y que después se dirigía al poblado. En una de las cabañas, la chimenea delataba que el afligido Marcos preparaba, con la ayuda de un silencioso Mateo, un excelente asado como cena de bienvenida. Lys lloraba y lloraba, y Clío no sabía ya qué probar con ella, pues la pequeña tenía hambre, pero no aceptaba el biberón. Sus ojos pequeños y negros me buscaban, preguntándome. Miré a la pequeña, que no cesaba en su vociferante llanto. Y miré a María. Fue un instante, pero ella entendió mi mensaje y se me avino con un gesto afirmativo, aunque siguiera estando ausente e inexpresiva. Para mí fue suficiente el saber que su entereza no la había abandonado.

Me ofreció a Jesús.

No puedo explicarlo. No atino con las palabras. No sé describir lo que sentí al tenerlo aquella primera vez, tan pequeño, entre mis manos grandes y negras. La esencia de la vida y del universo se me escurría por la piel y me impregnaba de una energía que nunca volvería a sentir, como hombre y mortal que soy.

Con un gesto a Clío, le pidió a Lys. La acurrucó en su regazo y, descubriendo su pecho izquierdo, le ofreció el pezón. Ansiosa, la pequeña empezó a succionar. Pude ver una dulzura inigualable, pero distante, en ella. Todos nos arremolinamos como lelos a su alrededor para contemplar tal acto de vida y generosidad sin atrevernos a romper el momento.

Jesús retozaba contento: Lys ya era también su hermana de leche.

—Si viajamos como hombres santos, los fieles y los peregrinos nos protegerán al mezclarnos con ellos...

Aunque mis ojos se encendían de sangre al escucharlo, tuve que reconocer que Jewish estaba en lo cierto.

Acabábamos de cenar un cabrito hecho a fuego lento y con la extrema paciencia de Marcos, que aún no había musitado palabra. Al menos ya había empezado a jugar con los deditos de su hija, quien, tras su ración de leche, había sucumbido a los brazos del enredador sueño.

Rosalía y Mateo se afanaban en dejar todo limpio y recogido. Al parecer, siempre habían sido los encargados de hacerlo, así como de la intendencia. Esta vez, el resto de las gitanas se les habían prestado a ayudar.

Un joven moreno, que había permanecido discreto y muy callado en todo momento, se ajetreaba en preparar los itinerarios de las próximas jornadas con lugares de parada, aprovisionamiento y descanso en su ordenador portátil. Alba, a su lado, le daba instrucciones concretas e información precisa y de interés, que le volcaba con enlaces desde su *tablet*. De vez en cuando, lo miraba con una dulzura enigmática y le acariciaba con ternura la mano o la mejilla. Al cabo de un rato le rozó con sus labios primero la oreja y después la boca. No tuve que deducir nada más: los lazos del corazón los unían. Él era Juan, el «maquinitas», como se dejaba llamar por los suyos.

—...y los Monjes Negros no querrán profanar el Camino Santo. Al menos se lo pensarán antes de atacar.

—Veo, no sé si con alivio, que poco los conoces —le replicó Antón—. Aunque es cierto que así es como más posibilidades tenemos. Santiago y yo hemos tirado de viejos contactos en el cuerpo de policía y nos han informado de que Hordos deambula por Santiago. No saben cómo, pero siempre se les escapa. Y también nos han dicho que sus hombres se nos han adelantado y ya vigilan los lugares de paso del Camino, camuflados unos como frailes y otros como simples turistas.

—También es verdad, hijo, que en caso de ataque los peregrinos se extrañarían bastante y serían muchas más las posibilidades de que se pusieran de nuestro lado, bien defendiéndonos o bien ocultándonos.

Era la primera vez que oía la voz de Juan Fernández, el enigmático padre de

María y de Antón. A lo largo de aquellos días, sería él mismo el que me contaría su historia y cómo la ira le había cegado hasta tal punto que estuvo muy cerca de abortar la misión de su hija, «la elegida», asesinándola.

—Creo que todos estamos más o menos de acuerdo —dijo por zanjado el tema Esther—. Mis hombres harán los turnos de guardia esta noche, con vigiliias de dos horas cada uno. El resto será mejor que dejemos todo listo para la partida antes de dormir un poco. Lucas, Juan, Mateo, Marcos y Antón, con la ayuda de los «magos», dejad listas las mochilas con los sacos y las tiendas. Rosalía, Alba, Clío e Inés, aquí tenéis a mis mujeres para que os asistan en lo que necesitéis en cuanto a las provisiones, que duro y largo es el camino que nos queda hasta llegar a Liliium.

Algo ignoto le apesadumbraba y, aunque nadie le notó aquella incertidumbre, a mi alma no se le había escapado. Su voz continuaba firme, pero un temblor imperceptible se había fundido con su piel.

—¿Y yo qué hago? —preguntó Juan Fernández, cohibido y apartado. Esther lo miraba entre compasiva y traviesa.

—Vete con Jewish a la capilla. Nos ayudaría mucho que alguien rezase por todos.

Con una sonrisa un tanto arrogante del «curita», agarró al viejo con descaro del brazo, y mirando de espaldas al resto, iniciaron la ascensión por la pequeña quebrada. Mientras los hombres de Jacobo se repartían las pernoctas, este le regalaba, sin saberlo, la última caricia de sus labios a su amada Esther.

Y así se fue. Jacobo se despidió de ella para siempre con un beso mortal.

No puedo pensar en el último sabor de esta mujer. Seguro que fue sanguinolento. Una flecha funesta le atravesó el corazón, y Esther dejó de temblar. Ya no era necesario, ni suficiente. Sus peores temores se habían cumplido, y Jacobo, su marido, yacía muerto entre sus brazos.

Postrada, clavaba sus ojos llorosos en los de él, que permanecían abiertos y triunfantes. Ella sabía lo que le habían dicho antes de apagar la luz: debía cumplir su promesa con Jesús, y también debía cuidar de Moisés, su hijo, aquel que había nacido gracias al conjuro de fertilidad que le había impuesto María «la meiga», la abuela de la madre de Jesús.

Con el recuerdo de la última sonrisa y el aliento de su hombre, Esther se levantó y, alzando su puño, emitió un sonido de guerra ronco cargado de una

devastación y rabia que nos paralizó a todos. Fue entonces cuando pude percatarme de la complicada situación en la que nos encontrábamos. Estábamos acorralados como pequeños conejillos en el fondo de la madriguera. Empezaba ya a ser costumbre. Melchor, Gaspar y Antón, capitaneando en esos momentos a los hombres del difunto Jacobo, mantenían la posición, espada en mano. Cerrando su espalda y formando con ellos una elipse, a fin de cobijar a las mujeres y los dos bebés, los demás nivelábamos la contienda. Marcos no se apartaba de María en su esfuerzo por proteger a su pequeña Lys.

Lucas, el arquero, nos hablaba a Jose, a Santiago y a mí mientras blandíamos nuestros filos cortando el siniestro velo de aquella noche canguesa.

—¡Tenéis que huir! ¡Organizad a las mujeres! ¡Yo os cubriré!

—¡Es buena idea, pero no te vamos a abandonar! —le replicó Jose, al tiempo que hería de muerte a uno de los oscuros monjes, que se multiplicaban.

—¡No tenemos elección! ¡Hay que salvar a Jesús y a Lys!

—¿Y tú? ¿Cómo piensas salvarte? —le interpeló Santiago, temiéndose la respuesta.

—Mi muerte será mi redención. No lo veré crecer, ni podré cumplir la promesa que le hice a mi mujer. No del todo. Al menos, lo protegeré con mi vida y yo al fin descansaré a su lado. Sin ella nada tiene sentido.

Y, lleno de coraje, cólera y totalmente enfurecido, saltó al patio exterior disparando con su arco a diestro y siniestro. Sus flechas se clavaban en sus enemigos con una precisión casi imposible, sesgando sus vidas por doquier.

Jewish y Juan Fernández descendían vertiginosos, rematando con sus puñales los desechos que acababa de desencadenar el ataque de Lucas y provocando desorden y confusión en las filas rivales, suficiente como para que el resto pudiera abrigar a las mujeres y, sobre todo, a Jesús y Lys, hasta llegar al umbral del Refugio.

Lucas, que acababa de caer atravesado por un rehilete con plumas negras y punta de lanza afilada y circular, abatido, con las rodillas clavadas en la tierra, extendió sus brazos en cruz, y pronunciando el nombre de su amada a pleno pulmón, expiró. Por detrás de él, ya derrotado y de forma vil y cobarde, Hordos le seccionó la yugular. Su sangre caliente le empapó por completo el guante. En un acto de sadismo, lamió la prenda, manchándose toda la boca,

impregnado por el odio y el olor que solo un criminal sabía distinguir.

Iracundos, Santiago, Jose y Antón pretendían ir en busca del cuerpo de Lucas, y de paso culminar su venganza, pero yo aún no estaba contagiado de esos sentimientos cercanos y mantenía el nivel de cordura en perfecto estado, así que tomé riendas no dadas, aunque sí necesarias, y ordené retirada a los tres.

—¡Amigos! ¡Haced de su sacrificio un acto de honor! —Me miraron congestionados, pero cedieron—. ¡Huyamos! ¡Al umbral, rápido!

Y entonces presencié un milagro, de los de verdad, de esos que no tienen explicación... Lucas se irguió.

—¡Hordos! Tu corazón es oscuro, pero ha nacido la mujer que te hará libre y fiel servidor de Dios.

Una voz de otro mundo hablaba, doy fe. No sé de qué mundo, lo juro. Y, además, en aquellos tiempos yo era musulmán. Mi dios era Alá.

El espíritu de Lucas se desprendió de su cuerpo, que cayó de bruces con un golpe seco. El Monje Mayor estaba aterrorizado, y en sus ojos se reflejaba el alma de Helena, que salía al encuentro de su amado, buscando la reconciliación que en vida no pudo ser. Pocos meses atrás, el arquero, en otro acto de honor, había matado a su amada con una flecha certera, evitando con ello la consumación del acto de traición a su amiga María.

Y así fue cómo conseguimos huir de nuevo de las zarpas del maligno y de su lugarteniente, Hordos.

Aquel día vimos el final del Refugio, que pasó a convertirse en un lugar sórdido y del pasado. Y también aquel mismo día había comenzado a aprender que misteriosos eran los caminos del Señor.

Me sentí violentado por la quebrada y verdemar mirada de Mateo clavada en sus hijos David y Raquel, y por los ojos cristalinos de Aarón, Isaac y Julio, amigos del ausente Jacobo, en su viuda Esther al devolverle al pequeño y ahora huérfano Moisés. Siguiendo las indicaciones de Jose y la petición balbuceante de la capitana para consumir los auspicios «apostólicos» del pirata converso Al-Aruk, habían bajado corriendo y temerosos al pueblo en busca de los tres infantes.

Escondidos y camuflados entre los bosques de Coiro, justo frente al robledal que circundaba las faldas del monte que en su cima albergaba el Refugio, esperábamos ansiosos su regreso mientras la montaña ardía a fuego vivo,

como en los fogones del averno atizados por los súbditos del mal. Hordos había desatado su ira infernal una vez más y, aunque miedosos al principio, sus últimos moradores abandonaron uno a uno el tronco o escondrijo que los ocultaba: María con Jesús y el amparo de su marido Jose, Marcos sujetando con aflicción a la pequeña Lys, Rosalía, abrazada con desesperación a la omnipresente Clío y rezando ambas por el regreso de Mateo y los niños, Juan y Alba agarrados aprensivamente de la mano y Antón, Santiago e Inés, dando un paso rabioso al frente.

Horas después, tras conocer la historia completa, entendí lo que sentían en aquellos momentos. Sus espíritus habían regresado a 1617, casi cuatrocientos años atrás, a revivir el asedio de Al-Aruk, sus catorce navíos y cerca de mil sanguinarios piratas. Cangas quedó totalmente asolada por la barbarie de aquellos hombres y por las llamas que aún se reflejaban en los ojos de mis nuevos amigos. Todo se había perdido. Todo se había quemado. La Colegiata, símbolo inequívoco del origen, ardió por completo, excepto su cristo, el que salvó a María Soliño y sepultó al capitán pirata, hiriéndole casi de muerte. Clavado en su madero, aún nadie sabe cómo, apareció flotando entre las olas de la playa de Rodeira, según cuenta la leyenda.

He referido este pasaje porque, si está leyendo esto, estimado lector, es importante que al menos conozca la esencia y génesis de la segunda venida del hijo de Dios: Jesús de Nazaré, hijo de María y de Jose y descendiente de la promesa eterna que allá por el año de 1621 hizo una mujer llamada María Soliño.

Y no era odio lo que sentían. Lo sé y lo afirmo no solo por lo que me dijeron ellos mismos, sino también por sus resignados comportamientos. Entendieron que su mandato divino se había renovado. Así lo asumieron, no sin el fulgor clásico que deja la pesadumbre.

«*Volver a empezar*». Esta frase de Jose resumía y asumía el credo de todos ellos. Sus corazones se retorcían de tristeza al recordar los malos tiempos.

Como si hubieran tocado las campanas, Jesús y Lys iniciaron un estruendoso recital de agudos berridos a modo de orden de partida. No puedo jurarlo, pero me pareció demasiada coincidencia que los que serían sus primeros amigos de la infancia llegaran justo en ese momento.

Ni Esther estaba ahora para capitanear nada, ni María y los suyos, imbuidos en los ojos de Nerón contemplando la extinción de su último hogar, parecían los

guías más apropiados. No sabría decir si fue la primera manifestación del que hoy es mi Señor, mas un temblor febril estremeció mi corazón y un coraje desconocido por mi alma me embriagó de decisión.

—El Señor me ha hablado. Soy Belshazzar, y vengo desde los confines del desierto para servir al que ha venido de los cielos. ¡Ahora seguidme y no zozobréis!

Puedo afirmar que a lo largo de mi vida nunca he blasfemado, y no lo voy a hacer ahora. Tampoco recuerdo haber mentido, o por lo menos no con premeditación e intención. No sé de dónde salieron, ni hasta aquel entonces había tenido el más mínimo contacto con nada relacionado con el «otro lado», pero mis pupilas aún retienen sus dibujos etéreos y celestes. Como si cruzaran una puerta invisible en la inmensidad, cubiertas por una bruma blanca y mortecina, las almas errantes de los amigos de María fueron apareciendo, formando un cortejo de a dos y rodeándome a derecha e izquierda. Juro que se me heló hasta la médula y que me temblaba todo.

En las horas siguientes, tuve tiempo suficiente para que Jose me descifrara el misterio y me relatara cómo, en sus vidas anteriores, habían sido protegidos por el poder divino que se les había otorgado y al que llamaban «Santa Compañía», igual que la Orden que habían fundado para preservar la memoria de María Soliño, la «mujer origen». Los espíritus de quienes la acompañaron en vida vagaban errantes por aquellos bosques, a los que habían sido desterrados por la Inquisición. Durante cuatro siglos, velaron por los sanos de corazón, y a los necios, ingratos y acólitos del maligno, según me contaron, los miraban a los ojos para condenarlos a una tenebrosa y lúgubre eternidad.

No pude contarlos, pero eran muchos, y hasta tuve la sensación de que se multiplicaban. Aquellos espectros tenían formas humanas, incluso afables. Llegué a reconocer a Lucas, y también a su amada Helena, y me llamó la atención una mujer, casi niña, de esencia mínima, pero de cuya voz emanaban sonidos angelicales.

—No tengas miedo, buen hombre, pues ha sido tu fe la que los ha llamado.

Fue un susurro que todos oyeron a la perfección. Después, me besó en la mejilla y acarició mi mano. Había tristeza en sus ojos, y neblinas imposibles de disipar aún, pero cierta ternura, que no resignación, aumentaba su porte. No abandonaba nunca a Jesús, lo cual no me había pasado desapercibido. Y aunque tardaría años en volver a ser aquella mujer que la historia contaba,

empecé a intuir que esa esperanza era real.

Acostumbrada a ello, encabezó la comitiva de aquellas visiones fantasmagóricas mientras los demás nos íbamos acoplando al amparo de la espeluznante procesión. Una gélida sensación se había incautado de mi ser, y mis sentidos se agudizaron aún más cuando pude constatar el maleficio que arrastraban.

Los secuaces de Hordos pronto nos dieron alcance, pero no obtuvieron sus deseadas presas. A pesar de que conocían la leyenda, intentando evitar la mirada hechizada de la muerte, los espíritus les provocaban y, formando remolinos, conseguían su propósito. Unos quedaban petrificados, y otros, al parecer los más puros o de almas recuperables, pasaban a formar parte del séquito de la guadaña. La mayoría prefirieron huir o retroceder hasta disponer de mejor ocasión, desestimando un próximo e inminente ataque.

Nuestros amigos, la «Santa Compañía», nos condujeron por pasadizos y senderos indómitos e inauditos bajo la luz de sus cirios ancestrales hasta la Cruz de Ermelo. Allí, aseguraban, descansaban los templarios de la zona, aunque en realidad no era más que una excusa para proteger un misterio marcado en una espada que solo al hombre venido del otro lado del sol y la arena se le manifestaría.

Salvados por las almas de sus muertos, Melchor, Gaspar y yo nos mirábamos con complicidad y con el temblor todavía repiqueteando en nuestra piel. Nos habíamos preparado con minuciosidad para lo humano, pero andábamos escasos de credulidad paranormal. Sin embargo, ese día no habríamos dudado ni un segundo de aquellos espíritus y de su contacto con la deidad. Aprendimos que la fe hay que tenerla, que no se da ni viene impuesta, pero aún nos faltaba comprender que la fe también se respira y se va engendrando y arraigando a partir de experiencias únicas. Y nosotros acabábamos de tener una.

Excepto Jewish, que parecía de otra sangre o estirpe, el resto de los hombres y mujeres, nuestros nuevos compañeros, estaban inmersos en una melancolía taciturna que los empezaba a arrastrar al desconsuelo. Recordé entonces las efemérides del día como buscando una respuesta a lo acontecido y curiosamente encontré dos enigmáticas similitudes. También había un nacimiento y un suceso desolador. En 1.452 vino al mundo Leonardo da Vinci. En 1.912 el Titanic se hundía en las aguas de Terranova. De nuevo el bien y el mal aparecían agarrados de la mano.

Tres días después, divididos en grupos, fuimos llegando a la última morada del Apóstol Santiago. Habíamos conseguido el objetivo principal, que no era otro que no ser identificados por nuestros enemigos, lo que nos supuso entrar en la ciudad desperdigados y cansados, pero no perdidos.

Fuimos recuperando el temple poco a poco, sobre todo mis dos compañeros de leyenda, el padre Gaspar y Melchor, y yo. A nuestro lado, sin mediar palabra y sin poder librarme de su siniestra sombra como si me hubiera tocado en suerte, venía mi «curita» salvador. También se vinieron con nosotros David y Raquel por petición expresa de Rosalía, que vivía aquellos momentos con el alma en vilo. Pensó que estarían más seguros con nosotros, los nuevos y desconocidos seguidores de Jesús.

Santiago se llevó a su cargo a su amigo Jose y, por supuesto, a María y a Jesús, así como a la hermana Clío para que no le faltara cuidado alguno, lo que le obligó a pensar en sumar a Marcos y a Lys por idénticos motivos. Sin embargo, de inmediato le salió Alba al quite para, junto a Juan, su pareja, hacer las veces de padres adoptivos de Lys y auxiliar a su amigo, el buen cocinero. Aarón y Sara, cumpliendo con su función de la Orden de San Francisco Protector, se les unieron como defensores y custodios. Rosalía y Mateo se dejaron llevar por el grupo de la capitana, Esther, que ahora no se desprendía de su hijo, Moisés. Isaac, Begoña, Julio y Marta, la hermana de Esther, los escoltaban.

Al comenzar, Alba nos entregó un mapa con el recorrido, en el que estaban señalados los puntos en los que podríamos parar y pedir asistencia si fuera preciso. Juan nos apuntó pequeños detalles y nos insistió en que nos encontraríamos tras cruzar la Puerta de la Misericordia, en la pila bautismal de la Catedral. Debo reconocer que la idea era buena. Había sido de Inés, a quien se le ocurrió, con el sexto sentido que solo las mujeres saben comprender, que nadie sospecharía de un grupo de embajadores de Dios que acompañaba a las dos madres y al padre que quedaba con el propósito de celebrar el sacramento del bautismo.

Junto con Antón e Inés, el padre de María se había adelantado para inspeccionar el recorrido e intentar prevenir al resto de cualquier incidencia. Su intenso y personal conocimiento del interior de la catedral de Santiago, derivado de su anterior colaboración en la Orden de los Monjes Negros a la sombra de Antonio Pita, fundador, prelado y progenitor de Hordos, y actual Monje Mayor, nos dispensaba algo de estrategia. Confieso que me había

embriagado un cierto escepticismo al conocer su historia, a pesar de su deserción y posterior fidelidad a su hija. Pronto lo disipé y, con él, mis dudas y las de mis agregados Melchor y Gaspar. Otro acto de entrega posterior helaría mi espíritu y me haría someterme siempre para bien o para mal al criterio de los corazones de la que ahora era mi nueva familia.

Y así, cada grupo a su ritmo, hicimos el camino que nos conducía al Apóstol. Las distancias se fueron agrandando incluso peligrosamente, pensé, pero todos, a excepción de los niños, tenían consumada experiencia y aprovecharon la diseminación para confundirse entre los innumerables peregrinos que, al igual que nosotros, cubrían el trayecto a pie. Y aunque detectamos diferentes presencias hostiles, no temimos ofensiva por su parte, tal y como señaló Jewish premonitoriamente.

Pernoctamos, con las alertas encendidas, bien en los albergues que se nos ofrecían por el trayecto o bien en algún improvisado campamento en maravillosos e idílicos parajes que aportaba el viaje en busca de lo santo y divino, pero siempre buscando el refugio y la compañía de otros viajeros y esperando por los componentes más rezagados del grupo hasta volver a completarlo tal y como partió.

Y al tercer día llegamos a Santiago.

Anhelante, al pie de la pila bautismal situada en el brazo sur de la Catedral, Juan Fernández esperaba nuestra entrada por la Puerta de la Misericordia, también llamada del Perdón, pues, según consta en la tradición, el fiel, al traspasar sus hojas, expía sus pecados.

Antón vigilaba inquieto desde el mismo umbral en el que el arzobispo de la Catedral anuncia el inicio del año jubilar el 31 de diciembre mediante un antiguo ritual. En un acto colmado de simbología cristiana, el prelado golpea tres veces con un martillo de plata, concebido para la ceremonia, sobre un bajo de piedras engarzado con ligera y débil argamasa, colocadas el día anterior para tan magna ocasión con el fin de tapiar la entrada. El muro se desmorona en bloque. Devotos voluntarios apartan como pueden los escombros al tiempo que los clérigos de la diócesis limpian su marco con ramas de olivo y lo salpican con agua bendita. Es el propio arzobispo quien la traspasa primero, y así inaugura una época que llaman también de indulgencias plenarias, mientras un coro canta la acogida de los justos en la casa del Señor.

No estábamos en año jacobeo, y poco sabía yo que el siguiente, allá por el año

2.021 de nuestra era, agitaría todos los cimientos de la entonces conocida Iglesia católica.

Con discreción, ligeramente espaciados y bastante cansados, fueron llegando todos los grupos. El que yo comandaba accedió deliberadamente en último lugar. Quise ser el que preservara la retaguardia.

Me llamó la atención cómo la mayoría de los peregrinos tocaba con la yema de los dedos una pequeña cruz de Santiago labrada en el marco de la puerta como ofrenda espiritual del caminante. Inconscientemente, los imité. Me di cuenta entonces de la impronta que ya me había seducido. Raquel me ofreció su mano cómplice, sonriéndome después de santiguarse, incitándome a hacer lo mismo. Debí de hacer un ridículo horrible, pues no pudo contener una ahogada carcajada que por poco nos descubre.

Años más tarde descubrí por qué la Puerta Santa era una entrada secundaria y estrecha: *«El camino de la salvación es el de la humildad y la penitencia. Solo con el sufrimiento y la renuncia se alcanza a Dios»*, rezaba una sabia alegoría desde los tiempos de los monjes del convento de San Paio, primeros custodios del sepulcro del Apóstol Santiago. Deslumbrado, descubrí que su pórtico marcaba la encrucijada del antiguo cementerio que ocupó la plaza de la Quintana, que todavía conservaba en su interior algún sepulcro y unas cuantas tumbas. No llegué a averiguar si se enterraba algún viejo secreto. Estoy convencido de que así es, y que solo el hombre que lo diseñó, el maestro Jácome Fernández, lo supo. ¿O quizá también lo llegaron a conocer María Soliño y los suyos y quedó a salvo en otra de sus insignes obras, como la Colegiata de Cangas? Lo que sí sé es que todo estaba unido en un vínculo infinito.

Aún algo confuso por la situación, y sintiéndome observado por los veinticuatro ancianos del apocalipsis que ornamentan la columnata, continué con lo pactado con Antón, que se nos unió. A mi señal, nos colocamos la capucha de penitentes embozando nuestros rostros. Muy cerca de nosotros se olían las presencias de nuestros enemigos. Mi olfato funcionaba a la perfección, no así mi sentido de la orientación. Queriendo pasar desapercibido, casi me di de bruces con un sospechoso Monje Negro al no parar de mirar la imagen del Apóstol apostada en su arco superior y secundada a ambos lados por sus discípulos Teodoro y Atanasio. Trastabillando, tuve que hacer algún ejercicio de equilibrismo para no caer e indicar nuestra presencia. Ya nunca se me olvidaría que eran conocidos

popularmente como los «veintisiete de la Puerta Santa».

Sentí un alivio intenso al ver que no había bajas. Rodeaban la pila bautismal de una manera ceremonial y como de culto. Aún cubiertos por las capuchas de sus hábitos y con la cabeza inclinada en señal de respeto, pude oír el murmullo incomprensible de sus oraciones. Me asusté sobremanera. Antón, adivinando mi conmoción, me hizo un gesto de tranquilidad con la mano. Mantuve silencio, mi procedencia musulmana no me hacía especialmente creíble con las plegarias católicas y, con mucho disimulo, observé la estampa como pude.

Esto me dio mayor serenidad y otra perspectiva, aunque seguía sin entender lo que sucedía. Innumerables feligreses se nos habían unido en la oración, acercándose nos despacio. Y aunque la premisa fundamental del grupo era no llamar la atención, cierto era que tenía más importancia mantener a los «hombres oscuros» lo más alejados posible. Las multitudes los espantaban, como era evidente. Difícilmente habiéramos podido pasar inadvertidos en una ciudad y un lugar como este. Jose, Antón, Santiago y Esther decidieron entonces buscar la protección de la masa. Lo que no sabía aún era que la idea había partido del «curita».

—Jesús se acercó a los once y les dijo: *«Yo he recibido todo poder en el cielo y en la tierra. Id y haced que todos los pueblos crean en mí, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Después, enseñadles a cumplir lo que yo os he mandado y así yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo»*.

Jewish, solemne, había iniciado el sacramento cristiano del bautismo. Poco antes de entrar en la ciudad, me había pedido permiso para adelantarse con la excusa de llegar a la Catedral a tiempo de escuchar la última misa del peregrino, en la tarde noche. Se lo concedí gratamente. Su presencia no me complacía. Siempre fui un hombre confiado, a pesar de mi preparación marcial y de mi mente analítica. Sé que poseo un gen que distorsiona toda la cadena.

La idea inicial había sido de Inés, y yo la acogí con afán. Me pareció cabal y apropiada, además de original. Pero nunca pensé que se fuera a hacer efectiva. Creí que con simular cuáles eran nuestras intenciones bastaba. La tortuosa mente de Jewish trazaría otros planes, y los «capitanes» del regimiento cedieron sin oponer resistencia ante mi ausencia.

Tardaría años en entender por qué nunca hacían nada contra él ni le habían

impedido sus malas artes y oscuras intenciones, aunque Esther sospechaba de ellas y de su verdadera identidad, y José, Santiago, Inés y Antón las intuían. No supe discernir que el destino escrito en otro no puede ni debe ser variado si no es por él mismo. Y eso fue lo que ocurrió, pero tiempo habrá para resarcir la historia.

Haciéndose valer de la doctrina como sacerdote, Jewish propuso bautizar a Jesús y a Lys.

—María, mi señora, al Señor le causaría un gozo enorme consagrar a su hijo en un lugar tan santo como este —se había dirigido a ella directamente, según me relató Inés más tarde.

María lo miraba inexpresiva, como sin entender.

—Y también a su compañera Lys, como sello de la deidad.

Estas palabras le arrebataron los ojos a María, enfocándolos hacia su marido, interrogándole. Jose no sabía qué decir. Fue Clío quien agarró la mano de su amiga y, asintiéndole con la cabeza, le dijo:

—Creo que tiene razón. No hay lugar más sagrado que este en nuestra tierra. Solo Jerusalén y Roma, con Jesús y Pedro a la cabeza, superan el halo de la divinidad.

Pequeña, pero muy hermosa, no podía entender que hubiera renunciado a su naturaleza de mujer por servir a los demás. Sin embargo, su misticismo rompía cualquier otra condición que se le supusiese.

—Y yo creo que no importa que los fieles sepan que su dios está entre ellos. Él ha venido para hacerse próximo al hombre y no huir de él. Ellos serán nuestros protectores. Si Hordos se atreve a profanar la petición de acogida a sagrado y en celebración sacramental, es que el mal lo ha absorbido por completo.

Eran las primeras palabras con raza de Esther tras la muerte de Jacobo. Moisés, su pequeño, dormía plácido entre sus brazos, con la cabeza apoyada en uno de sus hombros.

«Se atreverá», es lo que yo le habría dicho a Esther si hubiera estado presente. Pero el Señor se encargaba de enrevesar y hacer sus complots para que cada uno de nosotros estuviera en el lugar que le correspondía y no en el que quisiera estar para disponer los hechos de otro modo.

—¿Y quién lo hará? Hace falta un cura —preguntó, inconsciente, Jose.

—La estrella del Señor me trajo hasta él, y aquí estoy.

Jewish no dudó.

—Rápido y sin cosas raras, «curita», que no me fio mucho de ti —expeditivo, Santiago utilizó mi mote para dirigirse al irlandés.

—Cantemos como lo hacían los nuestros. Thalía sería feliz hoy haciendo los coros. —Una lágrima solapada venció a Alba con el recuerdo de la voz de su amiga, e inició el himno—. ¡Ave María!

Aquel canto lejano era lo que habíamos escuchado mis amigos «los magos», los niños y yo justo antes de cruzar la Puerta Santa. No tardamos más de cinco minutos en incorporarnos al resto, pero Jewish ya había empezado la ceremonia. María mantenía a Jesús firme entre sus manos y miraba de soslayo a Jewish. Marcos no soltaba a Lys, y una tensión determinada se había alojado entre nosotros. Yo mantenía la atención al máximo, aunque la cada vez mayor presencia de los visitantes al templo me ocasionaba interferencias.

Alguien, al parecer, había corrido la voz de que Jesús, el nuevo «Mesías», iba a tomar bautismo en la Catedral en aquel momento. Y alguien debió de confirmar que, en efecto, era él. A cada minuto, un aluvión de gente se agolpaba hasta hacerme llegar a perder la escena de vista, incluso más allá de la propia imagen del Apóstol y del altar mayor con su espectacular y renombrado *botafumeiro*. Algunos se habían subido a los bancos o se habían encaramado a las columnas para ganar altura y poder conseguir una porción de aquel histórico momento.

Ajeno a los protocolos católicos, yo no las tenía todas conmigo, y miles de dudas me asaltaban. Consciente de que un ataque de Hordos y sus hombres no era muy verosímil en aquellas circunstancias, también había conocido la cantidad de insensatez y osadía que se gastaba, aún con las reminiscencias de Nazaré recientes. Pero nada podía yo hacer más que vigilar y estar preparado.

Entretenido como estaba en observar al gentío, eliminando sospechosos y desechando mujeres, ancianos y niños, el ritual me pasó desapercibido hasta en los sonidos, pues solo me interesaban aquellos que fueran singulares o se salieran del entorno. Recuerdo vagamente que, al principio, el «curita» hablaba y los feligreses respondían alguna prevista letanía igual que corderos. Al final no somos tan distintos, sino que somos los propios hombres los que queremos vernos distintos. Lo que sí me quedó grabado fue una especie de exorcismo, sobre todo porque no sé en dónde o cómo Jewish consiguió el

óleo. Y mi instinto me decía que solo había una posibilidad: haber estado con el enemigo.

—Dios Todopoderoso y eterno, tú enviaste a Jesucristo al mundo para que nos liberara del espíritu del mal y nos hiciera pasar de las tinieblas al reino admirable de tu luz. Te pedimos, humildemente, que libres a estos niños de la mancha original y los conviertas en templo de tu gloria a fin de que habite en ellos el Espíritu Santo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

—Amén.

Todos los asistentes rezaban a coro, menos yo y algún extranjero no creyente o no iniciado en las liturgias católicas o religiosas en general. Curiosos había muchos, pero el respeto era sumo e incondicional. Estoy seguro de que Jewish disfrutó enalteciendo su fuerte ego. Como protagonista que era, extrajo del interior de su hábito un frasco diminuto que contenía un fino paño de algodón empapado con el óleo de la unción para el bautismo, que así se conservaba de manera excelente. El más que sorprendido Gaspar me lo iba desmenuzando al oído. Yo mascullaba en arameo mientras Jewish ungía con el óleo el pecho de los pequeños haciendo la señal de la cruz. Después, hizo la imposición de manos sobre ellos.

Lys estaba feliz y sonriente y con los ojos muy abiertos, sobre todo hacia su padre, pues a cada pequeño susurro ella lo reconocía.

Jesús tenía la mirada extraviada, y se mostraba algo agitado.

Yo volví a mis inspecciones oculares y dejé a Jewish en su ritual, bendiciendo el agua de la pila, hasta que de repente una frase de su boca me llamó poderosamente la atención.

—¿Renunciáis al demonio?

—¡Sí, renunciamos!

—¿Renunciáis a todas sus obras?

—¡Sí, renunciamos!

—¿Renunciáis a todos sus engaños?

—¡Sí, renunciamos!

No se podía ser más necio. Estuve a punto de descubrir al impostor, pero mi racionalidad se impuso de nuevo. Era, cuanto menos, curioso que invocara al diablo en un recinto y un acto tan sagrado, aunque fuera para rechazarlo.

Después vino la ratificación de la fe y, aunque converso a mi nuevo Señor Jesús, al igual que él nunca he creído en estas gilipolleces, como bien habría dicho mi después confidente y gran amiga, casi hija, María.

—¿Creéis en Dios Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra?

—¡Sí, creemos!

—¿Creéis en Jesucristo, su único hijo, nuestro Señor, que nació de la Virgen María, padeció y fue sepultado, y resucitó de entre los muertos, y está sentado a la derecha del Padre?

—¡Sí, creemos!

Respondía la muchedumbre igual que borreguitos balando. Yo aprovechaba, como arqueólogo y apasionado de la Historia que soy, para admirar la parte en la que me encontraba de tan maravilloso complejo arquitectónico: una cripta de estilo románico, construida a base de piedras de tamaño medio y sin ornamentaciones, con losetas de idéntica procedencia en el suelo, totalmente abierta a la excelsa inmensidad del crucero principal. Resguardaba la pila bautismal que Almanzor profanó, según cuenta la tradición popular, dando de beber a su caballo hasta saciarlo. Al parecer, la ira de Dios lo castigó sin piedad al desplomarse muerta la bestia después. Protegiendo la reliquia que ya utilizaban para tal acto sacramental los originarios y fundadores de la ciudad, los habitantes de San Fiz, un estoico retablo incrustado en dos finas columnas y cerrando con un arco sobre la propia pared albergaba un cristo encorvado con las figuras de una mujer y un hombre a sus pies, que yo supuse que serían su madre y el apóstol que lo acompañó.

—¿Creéis en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia Católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de los muertos y la vida eterna?

—¡Sí, creemos!

Rezongando como andaba yo con tanta letanía, no me había percatado de que un grupo de religiosas me estaba pidiendo un poco de respeto. La verdad es que no me reconocí. La esencia humana produce estas contradicciones, y yo, enemigo de las ausencias descontroladas, había caído en la tentación y había hecho algo que me turbó en grado sumo. Así que me centré.

—Esta es nuestra fe. Esta es la fe de la Iglesia, la que nos gloriamos de profesar en Jesucristo, nuestro Señor.

—¡Amén!

Jewish estaba solemne, tan solemne que se despistó de las intenciones de mi buen amigo Gaspar. Yo había olvidado por completo que él también era sacerdote, un Padre Blanco. En un gesto de ágil inteligencia y apropiada habilidad, pero con una delicadeza incommensurable, tomó la iniciativa y desprendió a Lys de los brazos de su padre. Y con una concha de vieira que le había pedido en préstamo a uno de los innumerables peregrinos, se dispuso a bautizar a la pequeña.

—Lys, hija de Marcos y de Nora, yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Esta es nuestra fe. Esta es la fe de la Iglesia, la que nos gloriamos de profesar en Jesucristo, nuestro Señor.

La criatura le sonrió gimoteando feliz y cerrando los ojos por el agua que se derramaba por su cabecita sin pelo.

Jewish se postuló ante María para que le dejara bautizar a Jesús y, con un aspaviento, le urgió al bebé. Yo ni pestañeaba, y mi mano casi se rompía de la fuerza que ejercía sobre la empuñadura de mi espada. No le quitaba ojo. María accedió como un signo más de su debilidad en aquel momento. Pero mi Señor no, y rompió en un llanto desmesurado. Muchos años después entendí que las Escrituras debían cumplirse de otro modo.

Jesús impidió el acto sacramental como si supiera que su vida corría peligro en manos de Jewish, aunque había sido auspiciado como uno de sus doce. Pero también desvelaría su presencia a los Monjes Negros.

Salté, igual que el felino del desierto, primero hacía Gaspar, en mi perpendicular, cubriéndolo mientras el Padre Blanco protegía contra sí a la pequeña Lys. Marcos chillaba como un poseso y la multitud huía asustada, tropezando los unos con los otros, cayendo algunos de bruces y provocando un tumultuoso atasco en los corredores.

Los hombres ya teníamos nuestras armas en liza, y los silbidos metálicos de las de nuestros enemigos al salir de sus vainas perforaban los oídos de los visitantes y los fieles, así como los de las flechas que empezaban a viajar por el aire del templo impregnado de incienso.

Era el caos. Fieles heridos, y alguno que otro que había visto los ojos de Dios en su casa, se empezaban a arremolinar por todas partes. Nosotros, acostumbrados al fragor de la lucha, nos organizábamos con la mirada e íbamos tomando posiciones arrastrando al grupo para proteger,

fundamentalmente, a nuestras mujeres y niños.

Raquel, detrás de mí, himpaba en discreto silencio. Le acaricié la mejilla e intenté tranquilizarla agachándome junto a ella tras comprobar que, en el ábside interior en el que habíamos conseguido cobijarnos, Lys estaba a salvo a rebufo del cariacontecido Gaspar. Pero me derrumbé. Fuera de mi alcance, Jesús se movía y lloraba sujetado por Jewish a la altura del corazón, casi medio tapado por su brazo izquierdo. Sentí que había fracasado nada más comenzar, y una desesperanza inusitada se había adueñado de mi ser.

Antón, Santiago y Jose intentaban recomponer posiciones, haciéndose un hueco entre la gente como buenamente podían hasta llegar al lado de María, que estaba ida. Clío, arrastrándose por el suelo, se acercó a nosotros y se hizo cargo de los pequeños de Rosalía, que no paraba de sollozar desde el pasillo central, agachada para evitar los disparos de los «malos». Junto a ella se encontraban el resto de las mujeres de Esther. La capitana y los suyos se deshacían buscando el modo de crear un corredor para llegar hasta ellas y poder defenderlas, aunque bastante tenía con no dejar caer a Moisés de sus brazos. Inés, con Alba y Juan, se fue hasta la Puerta de la Misericordia con la intención de despejarla para los demás, y Melchor se apostilló a mi lado para ayudarme a que nadie tomara nuestra posición.

Y vi el fin de todo.

Hordos, como surgido de la nada y feliz por su descubrimiento, corría como loco, espada en mano. Pero cuando parecía que iba a conseguir rematar su obra, un hombre, de espaldas, calvo y de edad madura, que no conseguí reconocer en primera instancia, se había levantado e interpuesto en su camino. Era Juan Fernández, el abuelo de Jesús, que ofrecía su vida a cambio de la de su nieto. Hordos no tuvo piedad y soltó un hachazo con toda la rabia y fuerza posibles sobre la cabeza del hombre, partiéndosela a la mitad, cortando la frente, nariz y boca hasta el cuello, y quedando, por tanto, desarmado. Nunca había visto tanta crueldad y maldad en un ser humano. El cuerpo arrodillado del padre de María cayó de bruces. Los que estaban a su lado chillaban como posesos, y en sus ojos solo se veía el terror.

Únicamente una mujer, contra viento y marea, indecisa pero dura y ante todo destrozada, se acercó al cuerpo ya sin vida de Juan Fernández: María. Despacio, se postró hasta acomodar su cuerpo y posar su rostro sobre el pecho encharcado con la sangre que aún borboteaba del cuello del difunto. Su ronco gimoteo no se dejaba escuchar entre los alaridos de la cruzada que se había

montado en la Catedral de Santiago. Aquello me dejó petrificado, así como lo que a continuación presenciara.

Ya nadie le pudo impedir a Hordos llegar andando y decidido junto a Jewish y Jesús. Se paró delante de él. Lo miró a los ojos, satisfecho y cómplice.

—¡Buen trabajo!

No pude ver el rostro del irlandés, no puedo juzgar, pero estoy seguro de que era de abnegación. Tampoco dio tiempo a más. Cuando Hordos se disponía a coger a Jesús para su sacrificio divino, alguien no se había quedado paralizado, como yo: Melchor irrumpió bruscamente y, soltando su látigo, le cruzó la cara al Monje Mayor.

—¡Es la señal del Señor, la misma de Al-Aruk! —le sentenció. El rostro de Hordos mostró duda y sus ojos se nublaron al oír el nombre del pirata—. ¡Terminarás como él, en verdad te digo!

—¡Jamás! —berreó enojado el prelado.

Por detrás, un Monje Negro se acercaba despacio y de manera extraña, demasiado silenciosa. Cuando se encontró a la altura de ambos, desde su retaguardia, atacó de improviso a Jewish, tirándolo al suelo y arrastrándolo hasta la capilla anexa. Hordos, al querer ir en su ayuda, se percató de que estaba desarmado. Contempló atónito la escena, inmóvil ante la presencia de Melchor. Jewish había conseguido mantener apretado contra sí a Jesús que, milagrosamente, no había sufrido daño alguno. María miraba y miraba, pero nada parecía sacarla de su histeria interior. Y entonces, una voz:

—¡María, tienes que despertar! ¡Coge a tu hijo y huye! —gritaba el hombre oscuro.

Pero María no era capaz de proferir sonido alguno, aunque aquellas palabras le habían hecho reaccionar, levantarse e ir casi corriendo en busca de su hijo. En un arrebato de mujer temperamental y valiente, saliendo en auxilio de su amiga, Clío la adelantó y, antes de que Jesús comenzara a rodar por los suelos debido al forcejeo que los dos hombres mantenían, ya lo tenía entre sus brazos, y huyó despavorida a no se sabía dónde. Esther y el resto le pudieron salir al quite con la intención de llegar a la Puerta Santa y escapar. Sin embargo, los enemigos se habían apresurado a cortar el camino.

—¡Es Jesús, mi hijo, el hijo de Dios! —al final gritó como solo una madre sabe hacerlo. Su rostro tenía un aspecto dantesco, empapado con la sangre aún

fresca de su padre—. ¡Y quieren matarlo!

De nuevo, la fe movió la montaña, y una vez más, cuando la peor de las suertes y miserias se manifestaba en una parte del hombre, la otra mitad sacó lo mejor y no dejó vencer al mal.

Como si de la orden de un gran general se tratase, los fieles, feligreses, turistas, viajeros o lo que fuera, en una masa unida, se levantaron, sin miedo ya. Heridos, lisiados, sanos, locos o cuerdos, con fe o sin ella, se unieron por una misma causa. Rodearon y detuvieron a los hombres de Hordos, desposeyéndolos de sus armas. Después apareció la policía y este, airado, tiró su espada. Un tal Tadeo, del que luego hablaré, me contó días más tarde que había hecho un amago sibilino de entregarse al intentar esposarlo, y así fue cómo consiguió engañar a sus vigilantes, lanzándose a correr encolerizado, tirando con todo aquel que se le ponía por medio y adentrándose en una de las puertas que llevaba al claustro, donde se le perdió el rastro.

No hace mucho, el mismo Hordos me contó que, conocedor de la Catedral y sus secretos, usó un pasadizo oculto y ancestral que lo condujo a su residencia: San Martín Pinario.

María y Clío, ayudadas por Esther y sus hombres, consiguieron escapar con Jesús y Lys en brazos tras cruzar el pasillo humano que los propios fieles se habían encargado de formar desde la Catedral hasta la Puerta Santa. Los demás las seguimos entre trompicones, topetazos y algún que otro traspies.

Yo era incapaz de evitar mirar hacia atrás, buscando al enigmático y anónimo salvador, al «hombre oscuro», pero no había rastro de él. Tampoco de Jewish, su presa. La idea de que Hordos pudiera tener disidentes entre sus filas no me terminaba de convencer. Poco sospechaba yo que todo era mucho más sencillo y totalmente contrario a mis conjeturas.

La gran capitana comandaba el grupo, custodiado por sus hombres y la ayuda de Jose, Antón y Santiago. Mientras yo caminaba con premura por el mosaico enmarañado del casco viejo de Santiago, casi reptando por el silencio que se había hecho entre todos los que lo componíamos. Menos nosotros, los «magos», y los niños, todos se conocían al detalle el entramado de callejuelas por las que circulábamos, que habían conseguido desorientarme a pesar de mis dotes y preparación.

Al inicio, partiendo de la plaza de la Quintana, fuimos arrastrados por un número indeterminado de leales y honrados que salieron detrás de nosotros

hasta llevarnos al patio interior de un pequeño hotel de peregrinos que disponía de doble salida exterior. Respiramos el aire fresco de aquel jardín oculto a los ojos de la ciudad durante un par de minutos. Nuestros guardas y protectores se postraron ante Jesús, en brazos de María. Los niños de Rosalía, Raquel y David, iban recuperando el color, y Moisés, el de Esther, tenía una cara de asustado que ya no se le borraría hasta poco antes de llegar a Liliun. Aunque puedo adelantar que se desquitaría, y su valentía dejaría el sello incontestable de quien era hijo.

Volvimos a reorganizarnos y, satisfechos por cómo habían funcionado los grupos, decidimos mantenerlos con idéntico número, componentes y formato. Repusimos fuerzas y señalamos el nuevo punto de encuentro: Triacastela, encrucijada que separaba el camino de los indómitos e inescrutables Ancares.

Acordado también por todos, esta vez el trazado esquivaba cualquier lugar habitado, incluso evitaba las pequeñas aldeas rodeándolas. Acamparíamos cada poco, en lugares distintos cada grupo y sobre todo ocultos al ojo humano, preservando la seguridad por encima de cualquier otra circunstancia. Cuanto más dentro de aquellos bosques, mejor. Si había que hacer fuego, serían pequeños y rápidos y borraríamos cualquier huella o rastro que pudiera este dejar. Descansaríamos todo lo que fuera necesario, nuestras fuerzas no podían flaquear si el enemigo nos encontraba. Nos llevaría algo más del triple de tiempo que por la ruta tradicional, pero entendimos que lo primordial era poner a salvo a los pequeños. Estaríamos solos, sumergidos en aquella tierra ancestral y profunda, verde y húmeda. Y hermosa, maravillosamente hermosa.

No más de cuatro horas pasamos a la sombra de las piedras de la ciudad del Apóstol. Con las indicaciones bien metidas a base de repetición en los áridos páramos de la memoria de cada uno, salimos con la noche ya integrada en hora punta y las estrellas como únicos ojos para ver y buscar el Monte do Gozo, punto de partida para todos y separación entre nosotros. Un fugaz pensamiento de piedad se me proyectó: «¿*Qué habrá sido del curita?*».

Aquel extraño Monje Negro conocía muy bien la catedral de Santiago, aunque él mismo me había relatado que nunca había estado en ella. «¿Entonces?», le había preguntado. Me contestó que disponía de unos planos actualizados hasta el más mínimo detalle que le había hecho llegar el entorno directo del mismísimo Papa Francisco. Fue así como consiguió desvanecerse sin dejar el menor rastro. En aquel momento no me permitió sonsacarle qué clase de relación mantenía con el pontífice, y prosiguió como si no me hubiera

escuchado o como si se encontrara solo, ignorándome.

Así supe que arrastró a Jewish por la fuerza al baptisterio y, haciéndose fuerte ante el gentío que los rodeaba, gritó desgañitándose ante el desconcertado y vacilante tumulto: «¡Tengo al traidor! Si alguien se mueve lo mato a él y a quien se me ponga por delante».

A continuación, amenazó a Jewish para que empujara y moviera la pila y este le obedeció, más por curiosidad que por temor. Un enorme agujero se abrió ante ellos, y el hermano oscuro empujó sin aviso a su prisionero que, ahora sí con cierto miedo impreso en su cara, caía sin remedio engullido por la negrura del estrecho túnel. De seguido, sin esperar a que la multitud tuviera tiempo de reaccionar, el monje se despeñó en la misma inmensidad de forma voluntaria.

Así, golpeados y magullados, llegaron los dos al pequeño receptáculo en el que se encontraban. Jewish, al ser el primero, llevó el mayor impacto, directo contra el suelo e indirecto al servir de amortiguador de su captor. El falso religioso aprovechó su aturdimiento para encender una pequeña tea que ya tenía prevista en el interior del hábito y acercar la llama a sus ojos para cegarle momentáneamente. Con el reo rendido, le ató las manos y el misterioso hombre, ya desinhibido, se descubrió el rostro.

Una mata de pelo gris delató sus cuarenta años largos. La mirada fuerte del monje negro doblegaba a la fría del «curita», pero la curiosidad le pudo más, y al fin preguntó.

—¿Quién eres?

—Soy tu tocayo, el otro Judas. Mis amigos me llaman Tadeo —el nuevo apóstol le respondió con feliz ironía.

—¿Y qué haces aquí?

—He venido a salvarte, Jewish.

—¡No eres mi padre! No necesito a nadie que me salve, sé cuidar de mí mismo —le replicó de mala gana y muy malhumorado.

—¡Deberías cuidar tus modos!

—¡No me jodas! —Jewish se enfadaba cada vez más.

—No tengo la más mínima intención.

Tadeo lo azuzaba utilizando al máximo su socarronería, y Jewish, viendo que su enfado no le serviría de nada, optó por callarse y no responder a sus

preguntas o mandatos.

—¡Vámonos! Hay mucho camino por delante y yo vengo de demasiado lejos. Tengo ganas de una larga ducha y una buena cama. Así que, andando.

El «curita» no se movió. Tadeo esperó paciente la reacción de Jewish, después contó hasta siete y, sin mediar palabra, le rasgó el aliento de un seco e imprevisto latigazo. Unas gruesas gotas de sudor empezaron a bajar por la frente del traidor, que ahora sí se apresuró a ponerse en pie y avanzar sobre la estela de luz que proyectaba la antorcha.

Tras un largo pasillo infestado de hedor a cerrado y humedad, encontraron una puerta de doble pestillo. Tadeo la abrió. Estaban en el interior de un obrador, cerca de la plaza de Juan XXIII. El amo se quedó mirando para ellos, pero no musitó palabra. Nuestro nuevo e inesperado «fraile» se había cambiado antes de hábito, y en aquel momento portaba el de los Jesuitas, orden a la que pertenecía. Al parecer, el panadero sabía del pasadizo y ya había sido avisado de que algún día ocurriría aquello, por lo que se limitó a saludar a Tadeo con naturalidad, como si ya lo conociera.

Jewish no entendía por qué tenía tanta prisa. Cruzaron la ciudad a paso rápido. Tadeo le había hecho meter las manos en el interior del hábito y le había cubierto el rostro con la capucha hasta debajo de los ojos. Apenas los miraba nadie. Pronto, tras cruzar el lugar llamado «*do Home Santo*», enfilaron el barrio de San Lázaro camino al Monte do Gozo, donde, en una pequeña casa que daba hospedaje a los peregrinos, el jesuita había dejado su poco equipaje unas horas antes, así como dos caballos ensillados. Jewish lo miró sin comprender.

—Ahora descansa. Mañana ya te lo explicaré —le dijo Tadeo, ya acostado, mientras se daba media vuelta.

Jewish estaba incómodo, con las manos inmóviles, por lo que dormiría poco. La estruendosa música gutural producida por los ronquidos de su nuevo compañero le perseguiría toda la noche.

Con exacta y religiosa puntualidad, el hermano Tadeo sacudió a Jewish justo en el mejor momento, cuando acababa de conciliarse con el mundo de los sueños después de horas repletas de insomnio y pesadillas a medio despertar. Si hubiera podido, le habría respondido con un buen estacazo, pensó. Sin embargo, la frialdad de su mente lo reprendió rápidamente, y le hizo rectificar y arrepentirse de tan sucio pensamiento. Su interior vivía en continua

contradicción. La inmortal esencia de Dios combatía beligerante y sin tregua contra los genes del mal que subyacían con una fuerza descomunal en él.

Tadeo lo libró de las cuerdas que sujetaban sus doloridas y dormidas manos y le señaló la ducha. Jewish asintió y se dispuso a obedecer, agradecido, ya que hasta él mismo empezaba a sentir su propio olor. Después, desayunaron juntos y en silencio. Tardaría Jewish en hablar, esperando Tadeo que le venciera la curiosidad, pero no lo hizo.

Antes de partir, apostado en la puerta, el jesuita miraba al infinito, como si esperara a alguien. Al fin, Tadeo se tensionó y ordenó al irlandés que se ocultara. Jewish no obedeció inmediatamente, porque no entendía lo que su raptor pretendía, pero al ver cómo la mano de Tadeo se disponía a hacer bailar su látigo, cedió sin preguntar.

Poco más de un minuto después, nosotros, con Jose y Santiago a la cabeza y ya organizados en grupos, pasamos a su lado sin saberlo. Con paso lento y cansino, iniciábamos nuestro camino hacia Liliun, ignorando que éramos vigilados a corta pero prudente distancia.

Jewish miró a Tadeo, interrogante.

—Iremos detrás de ellos, vigilando sus espaldas y protegiéndoles —le contestó antes de que preguntara—. ¿Sabes montar a caballo?

El «curita» le confirmó asintiendo.

—Este es tu caballo y se llama Arcángel, que no te vendría mal uno para librarte de tu penitencia —le dijo, al tiempo que le ofrecía las riendas.

Jewish miraba a Tadeo sin comprender mientras iniciaban su cansino cabalgar.

—No eres mi. No seré yo quien te juzgue. Yo no soy Dios.

—¿Y crees en Él?

—Tanto como tú.

—A mí hace mucho tiempo que me abandonó —le hablaba con los ojos hieráticos y fijos—. Siglos.

—¿Qué corazón retorcido y tortuoso tienes, Jewish! ¿De verdad crees que Dios abandona a alguno de sus hijos

—¿Acaso no lo acaba de hacer con el suyo? —le asestó triunfal el «curita».

—No puedes creer eso. ¡Dios mío! ¡No has entendido el mensaje!

Tadeo observaba al que ya consideraba su hermano moviendo la cabeza con tristeza. Había comprobado no sin desazón que el odio, la inquina y el rencor erraban por su alma dolorida, desordenándola.

—¿Qué mensaje?

—¡Que Dios es amor! —Tadeo no dudó.

—¿Y por eso dejó que yo lo entregara?

Los ojos de Jewish estaban inyectados en sangre.

—¡Fuiste tú! ¡Tampoco entendiste el mensaje! ¡Jesús no quería una revolución política, ni militar! Él quería la revolución del espíritu y del hombre.

El jesuita hablaba en plena evocación. Jewish no le iba a permitir que la discusión se centrara en él como foco de todo mal, aunque, como supe tiempo después, fuera necesario, así que contraatacó cambiando el personaje.

—¡Ya! Y ahora viene de nuevo a salvarnos. Y claro, el Señor es misericordia y se apiada de este pobre pecador, con una supuesta nueva oportunidad. No es tan sencillo resarcir una vida y todas las vidas hasta hoy, ni siquiera para Dios.

—Tu alma está dura, Jewish. Ese niño se merece que le des la oportunidad de repararla.

—¡Ese bebé no puede ser el hijo de Dios! Ha nacido enfermo y, como yo, abandonado a su suerte. Más parece el hijo de Satanás.

No le dio tiempo a más, pues la espada de Tadeo le afeitaba la nuez de la garganta.

—¡No se te ocurra blasfemar! —Y, recuperando la templanza, el jesuita envainó su arma con pensada lentitud—. No lo vuelvas a hacer y me olvidaré de esto para siempre.

Jewish atisbó la compasión en su compañero, pero desconocía que era precisamente Tadeo quien quería que la conociera.

—En verdad te digo que tus pecados te serán perdonados y que Dios te reserva un lugar muy especial.

El «curita» lo miró, desconcertado.

—Hermano Jewish, prométeme algo que te duela, que creas que nunca podrás cumplir, y yo te dejaré libre y no te descubriré ante el resto. Nadie sabrá nada. Yo te rescaté de los brazos del mal, de Hordos.

—¡Abandonaré la Orden de los Monjes Negros! ¡Lo prometo! —le gritó a Tadeo para que lo dejara en paz, y este asintió, satisfecho.

«*No te lo crees ni tú*», pensaba Jewish.

«*No lo sabes tú bien*», se decía convencido Tadeo.

Y así, juntos y hermanos a todos los efectos desde aquel momento, recorrieron el camino, cubriendo nuestra retaguardia e impidiendo, al mismo tiempo, con la presencia de Jewish, que los Monjes Negros nos atacaran, pues nuestros vigilantes también eran vigilados.

Así hasta Triacastela, encrucijada de los nuevos hombres de Dios.

Con la conveniente contribución de Antón y sus anteriores influencias como inspector jefe de la policía, Inés había utilizado sus antiguos contactos como jueza. Y estos dieron sus frutos: «A Horta de Abel».

Ese era nuestro lugar de encuentro: una gran casona de piedra recién restaurada al más puro estilo arquitectónico del rural de aquella apartada zona de Galicia, y cuya dueña había habilitado como albergue privado para atender a los innumerables peregrinos que por allí pasaban como homenaje a su difunto marido, persona de buen trato y servicio hacia la gente de paso. La exmagistrada, desconozco aún con qué artimañas, había convenido exclusividad. Allí fuimos llegando sin incidencias algo más de tres semanas después de nuestra apresurada salida de Santiago.

La luz mortecina del ocaso se colaba entre las retorcidas y estoicas ramas del árbol milenario de la aldea, en el que los viajeros se posaban a efectos de la personal posteridad y para las futuras generaciones. Con las ramas ancladas en el suelo en busca de sus raíces profundas, el singular grosor del tronco no pasaba desapercibido. Antes, la fuente del peregrino, con una enorme concha de vieira presidiéndola, que simulaba más bien una gran pila bautismal, me había retornado a los mencionados recuerdos de los sucesos de la catedral.

Una sensación de quietud nos conquistaba a medida que enfilábamos el pequeño camino asfaltado con cascotes de piedra que daba a la entrada del establecimiento. Ciertamente era que el lugar resultaba reconfortante, incrustado en la propia población, aunque lo suficientemente apartado como para pasar inadvertidos a ojos impertinentes u hostiles. Verdes y lozanos prados rodeaban la vivienda y la envolvían en un entorno natural y puro. Contaba con veinte plazas, todas disponibles para nosotros, así como con cocina propia para que Marcos pudiera hacer de las suyas y esparcir su mente en lo que más le

distraía de la ausencia de su amada Nora. Y poseía una magnífica terraza en la que aquellos que arribaban primero podían dar justo descanso a sus doloridos pies mientras tomaban una cerveza bien fría, esperando expectantes a que el resto fuéramos atravesando el umbral.

Como había sido acordado, nuestro grupo fue el último en cruzar el postigo que reservaba el muro de acceso a la finca. Un minuto antes, afilando mis oídos, pude percibir el murmullo fresco del Oribio que nos saludaba, bordeándonos, aunque yo solo escuchaba ruidos y sonidos funestos a mi alrededor.

Al llegar, Rosalía se me abalanzó y me besó, con su marido detrás. Creo que hasta me ruboricé. Mateo nos dejó a un lado y, de rodillas con los brazos abiertos, esperó la carrera de David y Raquel.

—¡Gracias! —me dijo Rosalía, sollozando de felicidad—. Sabía que podíamos confiar en ti.

No le contesté, simplemente le agarré la mano como muestra de mi amistad. Nada más. Preferí no decir lo que opinaba de mí mismo en aquel momento. Pensé que no procedía.

Allí juntos, permanecemos dos o tres días, ya no recuerdo bien, preparando la última jornada antes de llegar a nuestro destino definitivo. Los ánimos iban mejorando. Solo María, permanecía como ida de este mundo. Santiago y Antón me fueron poniendo al corriente durante todo el viaje de la historia de su padre, y como estuvo a punto de ser asesinada por él cuando era súbdito fiel de Antonio Pita, el cruel padre de Hordos, el Monje Mayor. También me relataron los pasajes de la conversión y el perdón mutuo que se selló entre padre e hija. Si sus recuerdos eran para él, nunca me lo pudo decir. Y cuando se lo pude preguntar, yo ya me había ido para siempre de su lado.

Era la última hora del atardecer de nuestro último día allí. Justo antes de marchar, andábamos cargando las últimas provisiones sobre nuestras monturas cuando un mundo de sombras imaginarias empezó a revolotear en mi mente. Ni siquiera con la apacibilidad reinante en tiempo y lugar, había conseguido librarme de la sensación de haber sido seguidos todo el camino, pero nada vi a lo largo del trayecto, aunque intenté tener ojos hasta en el cogote. En los desventurados sucesos de Santiago había distraído mi atención un momento y casi me había costado el fracaso de mi encomienda divina, así que, no recuperado de aquellos acontecimientos, cualquier crujido o similar me

exaltaba en demasía durante mis vigías.

Sin embargo, no solo fue una sensación mía. Santiago, me reclamaba impaciente con la mirada, y yo le respondí, circunspecto, acercándome a él.

—Tengo la sensación de que estamos siendo vigilados.

—Yo también.

Jose y Esther se nos habían aproximado, e Inés y Antón nos habían abordado desde atrás. No dio tiempo siquiera a abrir la conversación. Esther me sujetó el brazo y me hizo girar. Una sonrisa necesaria y relajada me llenó. Los demás abrieron los ojos, incrédulos. Yamán y Esperanza encabezaban nuestras monturas.

Mi caballo y la indómita yegua de María habían conducido al resto hasta el lugar que mi susurro le había indicado. En aquel instante, me di cuenta de que ni siquiera lo esperaba, y que mi atención, centrada en mis yerros anteriores, había hecho del olvido de mi bestia y compañero, otro lapsus imperdonable. De nuevo no me reconocía, y a pesar de ello, su hocico me hacía alegres garatusas hinchidas de sincera algarabía por nuestro reencuentro.

Esperanza se había acercado a María y, con descomunal ternura, la llenaba de lametones, dejando escapar alguno por la blanca carita de Jesús. Abstraído, casi embebido por lo que estaba presenciando, volví a desconectar mis alertas.

—Tenemos compañía.

Esther volvía a ejercer de capitana, tomando el dominio de la situación y desenvainando su espada. Los demás dejamos de mirarnos los unos a los otros como peleles y la imitamos. Las mujeres buscaron protección en el interior del albergue mientras arriaban los estores para poder ver lo que acontecía desde las ventanas exteriores.

Por la loma que rompía el horizonte, antes de entrar en el pueblo, dos hombres cabalgaban hacia nosotros con trote sosegado y al descubierto: Jewish y el misterioso «hombre negro» con el que se había evaporado en el pozo de la pila bautismal de la catedral, ahora vestido con hábito negro, pero sin insignia alguna.

—¿Un jesuita? —exclamó Julio, uno de los hombres de Inés, desconcertado.

A medida que los jinetes se acercaban, el fraile iba soltando las bridas y alzando las manos con parsimonia en señal de entrega. Yo les seguía con la

mirada, cauteloso y al mismo tiempo agitado, pues no conseguía entender la mezcla de identidades del captor, ni tampoco la sumisa obediencia y abnegación del «curita», que en ningún momento hizo el mínimo intento de escapar. Así que esperé acontecimientos. No podía volver a desbarrar.

No tardaron en detenerse frente a nosotros.

—¿Quién eres? —disparó nuestra capitana sin siquiera saludar.

—Mi nombre es Tadeo. Soy uno de los doce de la profecía de Al-Aruk, el hermano Benedicto. Pertenezco a la Orden de la Compañía de Jesús y vengo por obediencia e intercesión de nuestro Papa Francisco, quien me envía a vosotros para servirlos.

Su voz era suave y llena de armonía. De forma involuntaria, asiendo los estoques, rebajamos la tensión de nuestras manos, pero Esther mantuvo su mirada pétrea y continuó con su prudente interrogatorio.

—Antes vestías como nuestros enemigos. ¡Dame una prueba de que no mientes!

—Bien haces, mujer, en utilizar la cautela. ¿Puedo buscar en el bolso interior de mi hábito lo que me pides? —Una amplia sonrisa dibujaba la gran seguridad que mostraban sus palabras.

—¡Solo una mano! Quiero la otra bien visible —Esther empezó a contestar con crudeza, pero fue descendiendo el tono considerablemente de forma gradual.

Tadeo, el jesuita, con tacto extremo, introdujo la mano derecha en el interior de su lienzo hasta llegar a una especie de departamento, del cual extrajo una pequeña cartera de cuero marrón cosida artesanalmente. Acto seguido, puso a prueba los reflejos de la capitana lanzándola hacia ella, lo que la cogió de improviso e hizo que, inconscientemente, soltase la espada y atrapase la pequeña bolsa con forma de sobre. El estrépito que provocó la caída del arma de Esther nos puso a todos en guardia, y Tadeo rio al ver que no éramos capaces de librarnos de la aprensión. Jewish lo miraba pasmado, sin saber si lo hacía aposta o es que era así de natural.

Un tanto circunspecta, nuestra capitana se avino a inspeccionar la reliquia que le había enviado aquel extraño hombre. Tadeo dejó de reírse y se persignó como hacen los cristianos, lo que provocó aún más interrogantes en el rostro fruncido de Esther. Los demás no alcanzábamos a interpretar lo que estaba

ocurriendo ni las intenciones del tal Tadeo, supuesto nuevo apóstol de Jesús.

Esther no se demoró mucho en abrir sus ojos rebosantes de admiración y devoción mientras su mano temblorosa mostraba un pedazo de vieja y amarillenta tela sin poder articular palabra, lo que conseguía intrigarnos más. Tadeo hizo una señal a Jewish para que bajara del caballo, y este obedeció. Y esto me atribuló en modo absoluto, pero no me dio tiempo a nada, una vez más. El jesuita se abalanzó sobre Esther... abrazándola.

—¡Bendita tú, que has creído!

—*¿La Síndone?* —acertó a farfullar la gitana, entre la pregunta y la confusión de su corazón.

Tadeo le sonrió leve, pero suficientemente. Poco a poco, nos acercamos y los rodeamos, medio aturcidos y sin saber qué hacer con nuestras armas. A dos pasos de mi capitana, por encima de su espalda, mis ojos pudieron contemplar embebidos y pasmados un trozo de lino único. Esther lo blandía al viento ligero que soplabá del norte y la mitad del rostro grabado en él nos saludaba con sus ondulados movimientos.

Sin que nadie se hubiera percatado, María se había ido haciendo sitio hasta colocarse a su lado y, mirando con fijeza el paño, medio ida, lo agarró con excitación al tiempo que clavaba sus bellos y cansados ojos miel en el jesuita, como inquiriéndole algo.

—¿Es la auténtica?

Conociéndola como la conocía, fue su inseparable Clío quien lo preguntó por ella. Sé que María se lo agradeció; su corazón mantenía el voto de silencio, encerrando una buena parte de su alma y de su ser.

—¡Lo es! —confirmó Tadeo con tono respetuoso—. La otra parte del rostro, la izquierda, la preserva el Papa Francisco personalmente.

—¿Y por qué? —le interrogó como un resorte una Inés extrañada.

—Un día será él mismo quien se la entregue a su verdadero propietario, Jesús.

—El mayor secreto guardado por el Vaticano... —suspiraba Alba, mientras los demás asentían.

Inconscientemente, expectante, me había situado en primera fila. Había estudiado aquel misterioso rostro grabado y su lienzo en infinidad de ocasiones. Había ido a visitarlo a la Iglesia de San Juan Bautista en Turín. Había escudriñado hasta el más íntimo de sus recovecos y de sus supuestos

secretos. Había admirado su leyenda y hasta me había dejado asombrar por las múltiples tesis sobre su origen y desacuerdo entre aquellos que lo investigaron, sin poder encontrar una explicación científica. Y acababa de comprender por qué: no la tenía. Solo la fe nos ofrecía una respuesta adecuada, y aunque en aquel momento carecía de ella, de la cristiana, esa faz quemada a sangre sobre aquel pedazo de tela rota y a medio descoser había encendido una fuerza incomprensible y eterna en mi interior.

—Cierto es. El Padre Jorge, siguiendo las instrucciones y confidencias de su antecesor Benedicto XVI, por orden y reserva de Al-Aruk, destapó el auténtico sudario de Cristo y, de este, recortó la Santa Faz y lo dividió en dos mitades, las que en su día juntarán a la Iglesia, a través del Papa, y a su Señor.

—¿Y tú cómo sabes todo esto? —le preguntó a Tadeo una Clío recelosa.

El jesuita no perdía en ningún momento la paciencia ni la medida y, con una mueca alegre, le contestó.

—Él mismo me lo reveló. Hace veinte años, ingresé como novicio de la Compañía de Jesús en la misma ciudad en que nací y en el mismo lugar en que lo hizo el Padre Jorge: Buenos Aires.

María se le quedó mirando entre la sorpresa, una ligera extrañeza y el infructuoso esfuerzo del recuerdo. El fraile le hizo una seña de confirmación.

—Sí, María, soy yo. Tadeo, aquel aprendiz de jesuita que acompañaba al Padre Jorge en sus redadas por el barrio porteño. Aquel que te vigilaba en la rebelde juventud y que te tapaba muchas de tus averías.

Mi señora no habló. Simplemente se abrazó con lentitud y fuerza a Tadeo y sollozó.

—Sé que el Señor te ha puesto una dura prueba y que tu corazón y tu alma se encuentran perdidas, pero un día la luz que te iluminó volverá a ti con toda su fuerza y recompensará tu sacrificio.

Estas palabras la hicieron llorar con desconsuelo, aunque por poco tiempo. Jesús se lo interrumpió con su particular protesta. Oculto entre los pliegues de la túnica de María, el bebé había despertado al sentirse presionado. María lo destapó con extrema suavidad y un intenso cariño que hasta aquel momento no había manifestado, o al menos yo no lo recordaba con tanta potencia.

Las manos de Jesús aletearon con energía hasta que se toparon con el pañuelo sagrado, que sujetó con fuerza, y a su contacto se iluminó con una luz

cegadadora. Todos dimos un paso atrás, apartándonos. Reconozco que el momento fue fascinante, pero breve. Jewish, temeroso y vencido por el pánico, se apresuró a quitárselo, provocando un llanto desmesurado en nuestro Señor.

Lo que a continuación vieron mis ojos aún me estremece el alma. El lienzo y la mitad correspondiente de su grabado se convirtieron en fuego. Vi sombras oscuras y lúgubres y sentí el frío helado del mal en mi piel. Todos sacamos nuestras armas y Jewish, acorralado, soltó el paño sin resistencia. Clío se apresuró a cogerlo del suelo aún en llamas. Incomprensiblemente no se quemó, ni su dermis sufrió llaga o úlcera alguna. Al tocarlo, ella también entendió que era el auténtico.

—El Padre Jorge te envía recuerdos, Clío. Te echa de menos.

Y, con la misma calma y templanza que hasta entonces había exhibido, ante el estupor de todos nosotros, hizo alegato de su defendido, fustigando su látigo contra el firme.

—¡Y ahora dejad a este pobre diablo en paz!

—¿Por qué? Ya ves que está maldito —le interpeló Esther sin entender a qué venía aquella defensa a ultranza.

—¡Es uno de los doce!

—¡Es el traidor! —le volvió a replicar la capitana en espera de una mejor respuesta.

—Solo Dios puede juzgarle, y es su voluntad que esté a nuestro lado.

El «curita» se orinó encima. Había perdido la compostura y por primera vez se mostró débil. Hasta quise tener compasión de él.

Tadeo empezaba a encontrarse tenso. Buscaba las palabras adecuadas para cerrar la discusión, pero fue otro suceso el que libró a Jewish de un anticipado y ya ganado juicio sumarísimo: una paloma de plumaje blanco y gris tenue se dejó caer, herida de muerte, a los pies de nuestro reo, salpicando el pavimento de sangre. Todos, sin excepción, alzamos los ojos al cielo ya casi ocre. El halcón peregrino de Hordos nos sobrevolaba en círculos, emitiendo un conocido y agudo chillido, como si se tratara de un grito anunciando la guerra. La paloma de Dominí había cumplido con su misión dejándose abatir e inmolándose por nosotros.

Todos se apresuraron a subir a los caballos, excepto el «curita» y yo, firmes, con las miradas inmutables y desafiantes.

—¡A mí no me engañas, «curita»! —Le tenía ganas, la verdad.

—¡He vuelto a ganar, amigo Belshazzar! —me contestó ya recompuesto y maloliente, algo que debió de notar en la expresión de mi rostro, al mirar de seguido hacia sus partes—. Aunque sé que no me vas a creer, yo te admiro. No me prejuzgues, pues solo Él puede salvarme. Otra cosa es que quiera...

—¿A qué cojones esperáis? —nos vociferó Santiago—. ¡Tenemos que partir! No sabemos si Hordos y sus Monjes Negros andan cerca. No podemos correr riesgos.

Jesús y Lys iniciaron su particular llanto como premonición de lo que acontecería. Moisés despertó de su letargo y azuzaba a su madre para que nos fuéramos de allí. David y Raquel pusieron sus monturas a dos patas, nerviosos por comenzar la estampida, mientras Julio y Jacobo, que esta vez se habían hecho cargo de ellos, les increpaban para que calmaran a los caballos. Eran los niños los que presagiaban el gran peligro que se nos cernía.

Jewish, sin embargo, no estaba nervioso, lo que me alteraba al no poder dejar de pensar en su doble juego. Por respuesta a Santiago, se arrodilló y entre sus manos tomó la paloma ya totalmente moribunda. Con extremo cuidado para no romperlo, de sus zancas desprendió un papel pergamino grisáceo que, tras estirarlo, leyó en voz alta.

—«*A los protectores de Jesús: Hordos, Prelado Mayor de la Orden de los Monjes Negros, ha tomado por la fuerza nuestra abadía, asentando de forma indefinida su cuartel general y el de sus huestes, conoedor de que el futuro hogar de nuestro Señor ha de estar muy cerca*».

Jewish hizo una pausa para observarnos. Hasta los niños habían callado. Solo se percibía un lejano repiquetear sobre la tierra.

—«*Firmado por el Padre Ángel, Abad del Monasterio de Samos*».

Yamán se me plantó delante, imponente, acompañado de otro buen semental. Raudos, salté sobre sus lomos. Jewish me miraba absorto, aún con el pergamino y la pobre paloma entre sus manos. No lo pensé. Así la brida del otro alazán y se la acerqué. Después, le ofrecí mi mano para que se izara sobre la montura. Nos volvimos a mirar fijamente, esta vez sin fricción, y juntos dimos un alarido y partimos al galope, siendo señal y cabeza para el resto de los compañeros de viaje, perplejos ante nuestro comportamiento.

Yo acababa de comprender lo que era la misericordia. Dios me acosaba con

lecciones rápidas y difíciles de aprender, y más de olvidar.

Presurosos marchamos a medio galope, conscientes de que encima de nuestras monturas llevábamos pequeña y frágil mercancía. Los hombres cerrábamos los flancos y nos turnábamos con frecuencia desde la cabeza a la retaguardia, intentando tener todo controlado. Habíamos dejado Becerreá a un lado. Poco más tarde, esquivamos el último núcleo habitado, Cervantes, por abruptos caminos montañosos, despacio, al trote, encarando la Sierra de los Ancares. En vistas de una eminente e inevitable batalla, creí que era mejor alejarse del poblado. Ya había habido bastantes muertes inocentes, pensé.

Tras rebasar por la ladera de su colina, *O Castelo de Doiras*, en la línea oscurecida del horizonte se divisaba una extensa polvareda. A galope tendido, Hordos acaudillaba a sus hombres. Jose y Esther asieron con fuerza las riendas de sus bestias y, cabalgando en círculos, hostigaron al resto para recomponer la formación.

El Monje Negro y sus soldados oscuros nos acortaban las distancias sin clemencia. La manada se dejaba conducir por el perímetro de una preciosa vaguada. Al fondo, un negro paraje boscoso se nos presentaba como única y suicida opción. Yamán estaba tranquilo, y eso me dio esperanzas. Lo aguijoneé y fui el primero en dejarse devorar por aquella enorme pero amiga oscuridad. Los demás me siguieron sin dudar, pero tampoco dudaron los hombres de Hordos. Casi escuchábamos sus susurros y olíamos sus pestilentes alientos.

Esther y Santiago se me colocaron a diestra y siniestra. La capitana llevaba con soltura a Moisés, sujeto por una cincha a su cintura y recostado sobre las crines de su caballo. Jose y los hombres de Esther escoltaban a María con Jesús y a Marcos con su Lys. Antón e Inés comandaban al resto, con la ayuda de mis amigos los «magos».

Iniciamos la ascensión a uno de los montes preliminares de la sierra de los Ancares, inhóspita, salvaje, bella, natural e inaccesible.

Si por destreza no conseguíamos aumentar la distancia, estaríamos mortalmente atrapados, así que la capitana y el policía comenzaron su trabajo de liebres. Y, de pronto, un llanto urgente y desesperado arrancó con fuerza parte de la melena del caballo de Esther, desbocándolo. La gitana fue derribada con el niño gritando como un poseso.

Santiago y yo giramos sobre nuestras monturas como pudimos y a riesgo de caernos. Jose y Antón, con la ayuda de Julio, Isaac y Aarón, los gitanos,

consiguieron dominar al resto de las bestias.

Era el caos: detenidos en la falda de la montaña, sin cobijo y rodeados de nuestros enemigos. Sin poder dar marcha atrás ni posibilidad de regreso, nos encontrábamos abocados a adentrarnos en una sinuosa garganta que formaba la montaña con la loma colindante y que se encrespaba en otra pared vertical, un pasadizo que temíamos y pensábamos funesto.

Moisés había dejado de llorar. Alzaba sus palmas al cielo, y una tormentosa luna llena de primavera resplandecía en su carita. Esther sollozaba al verlo, creyendo que el pequeño invocaba a Jacobo, su padre. Lenta pero fuertemente, el ensordecedor ruido de los cascos de los caballos de los Monjes Negros nos anunció su inminente presencia, pero también lenta y copiosamente comenzó a nevar.

—¡Mamá! ¡Vamos! ¡Tengo hambre!

Los ojos atónitos de la capitana le habían cegado el pensamiento. Su hijo no desistió y, ante nuestro estupor, tiró de ella buscando al caballo. Al fin montaron juntos. De forma instintiva, Esther se adentró en el estrecho cañón que, misteriosamente, parecía darnos la bienvenida. Todos la seguimos arreando a nuestras monturas, aceptando el desafío.

Hordos nos había alcanzado.

Nevaba tanto que no éramos capaces de ver. Noté cómo Yamán aceleraba el trote. Otro caballo se colocó a nuestra vera, guiando a la yeguada y sus jinetes. Con infinita sorpresa, pude distinguir a María, acomodada sobre el lomo de su Esperanza con el niño cobijado en su pecho. Las bestias no dudaban y cabalgaban poseídas por una fuerza superior.

Y cada vez nevaba más. Todo era blanco. Y negro como la noche que nos había cubierto. Y rápido.

No sé cómo fue. Aún no soy capaz de comprenderlo. Solo la fe me da una explicación a aquel suceso. La nieve cuajaba casi al instante e iba formando un túnel blanco de hielo, largo y profundo, con una salida oscura, pero que fue nuestra salvación. No había elección, así que la atravesamos. Y cuando el último de nuestros hombres, Mateo, la cruzó, esta se derrumbó, provocando un alud que hizo que nuestros enemigos huyeran despavoridos hasta alcanzar la entrada, forzados a regresar al inicio de la vaguada.

Aislados. Nos habíamos quedado aislados y a salvo. Antón, Santiago y Jose

encendieron sus antorchas, y todavía recuerdo nuestras miradas de susto, estupor, confusión y también alivio. De nuevo, el grito exasperado de Hordos aturdiría nuestros oídos mientras las montañas se mofaban de él, haciéndole burla al repetirlo de forma espaciada.

La nieve cesó.

La leyenda de Liliun se había cumplido: «*Permanecerá oculta a ojos impíos*». Y, conocedor de las Sagradas Escrituras, sabía que Moisés había cumplido con su cometido pidiendo a Dios por su pueblo y enviándole el maná en forma de nieve salvadora.

Ahora el niño reía risueño y feliz ante los arrumacos de su madre. María les observaba nostálgica y Jesús abría los ojos. Una aurora boreal nos deslumbraba, dándonos claridad y enseñándonos el camino. Lys comenzó un sollozo feliz, y su padre, casi llorando, comenzó a cantar el «aleluya» que tan bien entonaba su amiga Thalía. Las mujeres le hacían los coros, y solo algunos hombres se atrevían a acompañar. Formas difusas, etéreas y juguetonas nos escoltaban cantando también con voces angelicales. Supuse que eran los espíritus de sus amigos, los que entregaron su vida por la causa. No me equivocaba, y así me lo confirmarían después.

Pero los designios del Todopoderoso a veces son confusos para nosotros, los mortales, y algo iba a romper aquel pequeño momento de gozo y sosiego.

La luna llena nos alumbraba entre tanta oscuridad, y la estrella del Señor nos iluminaba marcando el camino y enseñándonos al fin nuestro destino.

Un grito desgarrador, ya conocido por todos, nos conmocionó. Uno de los caballos caminaba con uno de los nuestros derrumbado sobre sus posaderas. Su trote cansino y mortecino nos daba la noticia. El cuerpo de nuestro amigo yacía sin vida, atravesado por una flecha negra.

Una mujer se acercó a él, himpando de dolor. Lo bajó del caballo como pudo, casi tirándolo al suelo, totalmente desconsolada. Y, abrazándose a su cuerpo, un soplo de terrible tristeza nos asoló al escuchar de su boca, en llanto, su nombre: «¡Mateo!».

Era un diecisiete de mayo.

Aquel mismo día, del año de 1863, se publicaba Cantares Galegos de Rosalía de Castro, la misma que años después crearía un poema que aún me persigue en mis largas noches de insomnio, Negra Sombra, justo 66 días después del

nacimiento de Jesús. «*Siniestro*», pensé. ¿Casualidad?
Yo no creía en ellas.

CAPÍTULO SEXTO

Santo Grial,

del libro primero de Jesús por Yeshúa.

Dominí, a modo de despedida, acaricia una a una a todas sus palomas mensajeras. Mansas, se dejan llevar por el tacto suave de sus manos, agradeciendo el contacto tierno de las encarnadas mejillas de su cuidadora con un arrullo alegre y continuo. Ella responde con cándidos arrumacos, y una lágrima fugaz se le escapa sin querer evitarlo. Son como sus hijas. Las ha criado y adiestrado desde niña. Fue educada en el arte y las reglas de la colombofilia mientras aprendía a leer y escribir, en aquellos primeros días de colegio. Como la secreta descendiente natural de Lutero, esta era una de las enseñanzas que tendría que dominar obligatoriamente. Y lo hizo, como todo lo que se suponía que debía asumir, con abnegación, dicha y silencio.

Exultantemente bella, se guarda de exhibirse y de llamar la atención, sabedora de que la discreción es su mejor aliada. En lo más remoto y apartado de su pensamiento, oculta misterios nacidos de una enigmática orden que su antecesor fundó hace quinientos años y que ahora ha llegado la hora de descifrar a los corazones perdidos de los hombres.

Su símbolo: la flor de lis.

Su mensaje: la profecía desconocida de Lutero se ha cumplido.

«Cuando la paloma devuelva a mi hogar y progenie el ramillete que yo envié al Señor, mi Dios, este será el anuncio de que ha vuelto y ya está entre nosotros. ¡Arrepentíos! Preparad vuestras casas y elevad vuestros espíritus, pues refugio le daréis o con la muerte eterna lo pagaréis».

Todas las iglesias anglicanas, desde Francia hasta los países bálticos, deberían permanecer en alerta y disponerse a dar amparo y custodia, durante los años venideros, al que acababa de llegar, cuando el hijo de la deidad iniciase su Gran Viaje.

Con todo preparado, ata a las calzas de cada paloma, con solemne templanza, una lazada de un color muy parecido al de sus plumas con la clara intención de camuflar el envío. Un diminuto rulo de cuero en el que ha introducido un trozo de pergamino lacrado y manuscrito con las últimas e ignotas palabras de Lutero.

En desbandada, como huyendo de su enemigo, el halcón; las mensajeras parten al unísono, concedoras de su destino.

Antes de partir, Domini observa por última vez el que ha sido su lugar desde que nació. Respira profundamente el aire de la noche cerrada. En la acera quedan restos de cristales de hielo, resquicios de los últimos coletazos del duro invierno. Se tapa la boca con una bufanda de gruesa lana de color anaranjado que corta el vaho de su resuello y se cuelga a los hombros su mochila, la que había comprado hacía poco por si llegaba el día. En ella guarda, como ropa, un hábito franciscano con capucha y la cruz de Santiago visible en el lugar del corazón y bordada en rojo, alguna muda y un pequeño botiquín artesano y compuesto por elementos naturales.

Nada más.

¿O sí?

Camuflado en su interior, en la parte trasera que roza su joven y suave espalda, un bolsillo de doble fondo guarda envuelto con sumo cuidado un legajo, lacrado también con la flor de lis, y un tubo cilíndrico de vidrio mediado con el contenido de un polvo fino y rojizo.

Antes de soltar a la última paloma, besándola, le dice con cariño: «¡Vámonos! ¡Tenemos que llegar antes que ellos!».

Domini viaja de incógnito en transporte público durante dos días vía Frankfurt-París hasta llegar al pequeño pueblo de Saint Jean de Pied de Port, inicio de la ruta jacobea. Como una montañera más, ha ido de estación en estación, de tren en tren, de autocar en autocar. Allí pasará la noche, en el más estricto anonimato, en un albergue privado, confundida entre el resto de los peregrinos. Al día siguiente, iniciará el camino vestida como un religioso más en acto de penitencia, pero antes se cortará su negra melena y, con un efecto ligero de maquillaje, endurecerá sus rasgos para asemejarse lo más posible a un hombre. En cada etapa hará acto de recogimiento y meditación. Mantendrá el contacto justo e inevitable con el resto de los viajeros que encuentre en el camino.

Lo hará despacio, midiendo los tiempos. Casi dos meses pondrán a prueba su espíritu y el cuerpo que lo soporta. Caminará con ritmo constante y no perderá la brújula de su cometido, como una obsesión que la poseerá a cada instante. No vacilará nunca y aceptará todo el ritual católico necesario para pasar inadvertida. Hablará con las gentes que se lo pidan y les demostrará un

perceptible voto de silencio. Se alejará con discreción de todo aquel que pudiera ser inconveniente, bien por exceso de labia, bien por entrever pretensiones mundanas o deshonestas. Huirá, aun sabiéndose ganadora, de la bulla que otros pudieran querer provocar, y procurará encontrar en todo momento la mejor y mayor de las soledades, solo de este modo obtendrá el éxito de la misión, o al menos tendrá más garantías de ello. Entrenada con dura exigencia, dormirá en los bosques y en los campos, a la intemperie, escondida del mundo y de los hombres, y el llanto del lobo y demás alimañas no la amedrantarán, acostumbrada a su escrutadora compañía.

Estas son sus premisas y las cumplirá disciplinadamente.

Con ellas llegará a Triacastela, donde romperá el lacre centenario del pergamino que transporta en su hato. Un mapa dibujado en él le indicará con claridad el camino que deberá seguir hasta alcanzar su destino. Aguardará a que el manto de la noche la cubra para desviar el rumbo hasta Fonsagrada y, atenta a posibles asaltos nocturnos, agarrará con fuerza la espada que porta sujeta a su cincha en el interior de su hábito. Siendo aún muy joven, su padre la instruyó en su técnica y manejo a la luz de los faroles del pequeño jardín; clases secretas y llenas de exigencia hasta demostrar el máximo de su destreza al maestro.

Y al tercer día, sus ojos verán Liliium, la aldea perdida, en todo su esplendor final.

Su sorpresa es mayúscula: decenas de hombres con acento eslavo trabajan a destajo en ella. Desde la ladera de una de las colinas que la circundan, observa cómo se afanan en el acondicionamiento de sus edificaciones y los caminos que la atraviesan. Comprueba que están en el remate de la obra, por lo que hace cálculos y deduce que llevan al menos tres semanas en el lugar.

Escondida entre la frondosidad de un bosquecillo, casi la descubre uno de ellos. Creyendo haber visto algo, el hombre se aproximó hasta su cobijo. Dominí, al sentirlo acercarse, se tendió en el suelo entre el hueco circular que formaban tres viejos robles y, aprovechando las hierbas altas y los arbustos cubiertos de abundante maleza, pudo ocultarse. Escuchaba tan tensa el chasquido de sus pasos al romper pequeños palos y ramas caídas que hasta su respiración se volvió sigilosa. Después, un sonido metálico le informó de que el desconocido portaba un arma de fuego y que había soltado el seguro. Se preguntó qué hacía un militar allí. También había aprendido a controlar las pulsaciones de su corazón, y hasta el sudor frío que notaba deslizarse por su

frente.

Tras una inspección ocular larga y detallada, el agente ruso, enviado del inspector Foma, abandonaba la zona. Solo una persona especialmente adiestrada como Domini podía haber conseguido ser invisible.

Pasado un buen rato, se incorpora cautelosamente. Consciente del peligro a ser descubierta, dejará pasar los días con la esperanza de que la vigilancia y presencia a la que está sometida la pequeña población disminuya o baje la guardia y pueda entrar. Mientras tanto, sobrevivirá oculta, alimentándose de hierbas y frutas del bosque y alguna barrita energética que tuvo a bien conservar para momentos difíciles como este. Por agua no hay problema. El área que la rodea se encuentra a rebosar de pequeños manantiales.

Al fin, las brigadas enviadas por Foma terminan su trabajo. A excepción de siete agentes armados que se quedan protegiendo el poblado, el resto desaparece en cuestión de horas.

Lilium queda entonces en un silencio solemne.

La noche se alía con Domini. Una niebla densa y derramada desde un cielo plomizo y borroso la escolta mientras reptaba como una serpiente en busca de su presa. Con un salto de gacela, limpio y sin ruido, consigue entrar en la palloza de mayor tamaño. Inexplicablemente, alguien se ha dejado abierta la ventana. O quizá la fortuna había sido manipulada y no había tal error, piensa Domini al arrastrarse por el suelo. A continuación, escucha la estridencia nerviosa de los detectores de presencia, un pequeño y esperado contratiempo que no puede dar al traste con su plan. Como buena cazadora que también es, a la vieja usanza de los tramperos, por la tarde había atrapado cuatro conejos aún pequeños y jóvenes. Poco antes de llegar a la choza principal, los había soltado a todos juntos. Su estratagema tuvo éxito y consiguió despistar a los vigilantes, que desconectaron las alarmas. Domini estaba libre de movimientos. Tumbada debajo de una amplia cama matrimonial, contempla una preciosa cuna de madera y, con su ensoñación, se prepara para descansar, suspirando satisfecha. Sabe que no puede dormir. Su instinto le dice que pronto podrá tocar al esperado Hijo del Hombre.

Había llegado a tiempo.

Feliz y entre ligeras cabezadas, no sin poca gresca con Morfeo, pasa la noche.

A la mañana siguiente, con una sensación de primavera con flecos del último aliento invernal, Matthew y Foma, en su papel de anfitriones, reciben a la

Orden de San Francisco Protector, capitaneada por Esther y Santiago. Impresionados, toman el lugar.

Dominí no puede reprimir un suspiro repleto del encanto de lo irrepetible. Acostada boca abajo, un fervor máximo impregna su mirada.

Jose y María, con Jesús en brazos, son los primeros en cruzar el umbral de su nuevo hogar.

La «hija» de Lutero se desliza ágil por la tarima y, desde el suelo, de un potente impulso, se incorpora ante ellos. Del susto, a María casi se le cae su hijo, y Jose no sale de su asombro. El resto del grupo se pone en guardia y las espadas ensordecen el aire al desenvainarse. Belshazzar es el primero en bajar el arma al contemplar cautivado cómo su atacante se inclina y se postra ante su señora. El resto de los hombres le siguen.

—Soy Dominí, única y real descendiente de Martín Lutero. Su profecía oculta se ha cumplido. He aquí su discípula. Vengo para enseñarle sabiduría y hacer de mensajera de su luz. Mis palomas le acompañarán y mi vida será suya para siempre.

Jesús, que venía adormecido, despierta risueño al escuchar su voz. La mira fijamente.

—He venido para que lo que está escrito se cumpla.

En su mano porta el pequeño frasco con el polvo rojizo. Se lo muestra al niño. La luz del sol de la mañana lo traspasa y purifica su color. Lo acerca a los dedos de la mano derecha de Jesús que con ojos brillantes, grandes, hermosos lo mira fijamente. Sonríe. Se mueve como pidiéndolo. María lo aproxima. Los suyos contemplan el momento con estupor. Nadie sabe por qué Jesús se siente tan atraído por el pequeño frasco que le muestra la desconocida recién llegada.

Pero al tocar el cristal, su contenido se licúa y se convierte en sangre y la nueva apóstol, exclama:

—¡Bendito sea el Santo Grial!

Todos se arrodillan.

Quien quiera creer, que crea.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Los primeros años, del libro segundo de Jesús por Jose.

He escuchado tantas citas sobre el destino, y algunas tan fatuas, que hasta yo he creado la mía: «Un hombre es libre para elegir su destino, mas nunca podrá cambiarlo». No sé lo que quiere o quiero decir, pero suena bien.

Miento. Todos pudimos elegir otro camino y no quisimos. Nadie se arrepintió. Todos sabíamos que no había vuelta atrás. Y es por eso que nació y ocurrió lo que ocurrió.

No soy escritor. Escribo mal, muy mal. No estoy aquí para contar la historia de Jesús, mi hijo. Estoy seguro de que mi «hermano» y gran amigo Belshazzar lo hará mucho mejor que yo. Él es de letras, yo de armas. Es lo que aprendí. Es lo que el destino me dio.

Así que solo quiero dejar algunos retazos. Hay tanto amor en ellos que necesito soltarlos, dejarlos ir y descubrirlos al mundo. Solo a través del amor de un padre se me podrá entender.

Los primeros días de Jesús en Liliun fueron para Clío. Miento, de nuevo. No solo los primeros días, sino los primeros ocho años, creo recordar. En ese tiempo, ella ocupó el vacío voluntario dejado por Eva, nuestra doctora. Puso mucho más que su corazón: puso sus mimos, sus cuidados, su infinita paciencia, su saber y, sobre todo, su fe.

Jesús crecía fuerte y sano, como manda la tradición, bajo el intenso celo, vigilancia y atención de nuestra amiga la «monjita» y los excelsos conocimientos de Belshazzar, que, como su prefecto, aplicaba *paternaire* a efectos de médico sustituyente. Ante la «ausencia» de María, yo me refugiaba absorto en la contemplación de su bondadosa entrega y los progresos de mi hijo.

Una sonrisa fortuita de mi mujer pervive en mí. Ocurrió poco más de dos años después de llegar a Liliun. Ella peinaba de forma mecánica a Lys, que no paraba de quejarse por lo rudo del cepillado. Abstraída en su lejano mundo, no atendía a las llorosas súplicas de la pequeña. Rosalía la miraba con ternura, con algo tan único e inexplicable como nuestra *saudade*. Nos hallábamos en el salón de juego y aprendizaje de Jesús. Su maestro, el mago,

le hablaba continuamente con la intención de que, a base de gruñidos y gorgoteos, fuera reconociendo el significado de las palabras y asociando nuestros nombres. Clío entró por la puerta con la cena que el padre de Lys acababa de pasar por el pasapuré a la antigua usanza, pues siempre decía que la cocina artesana tenía un sabor que no se podía conseguir de ningún otro modo. A mi lado, Gaspar observaba con pasión los progresos que Jesús hacía bajo la tutela de su compañero, ansioso por poder ejercer de guía espiritual de mi hijo. De repente, el niño comenzó a golpear el brazo de Belshazzar y a bailar, como siempre hacía, sentado en el suelo, lleno de alborozo. Y concedió su primera palabra mientras sonreía mirando y señalando a María: «¡Mamá!»

Ella despertó. Se levantó, dejó a Lys y se abrazó a su hijo, al que no paró de besar mientras le decía al oído: «*Quérote*». La niña no quiso quedarse al margen y, cual cachorrillo que busca el albor maternal, se hizo hueco entre los dos. María envolvió a los pequeños con sus brazos y comenzó a llorar, mientras pronunciaba el nombre de su amiga Nora.

Yo los dejé hacer. No quise interrumpir. La emoción se apoderó de mis ojos y no pude evitar un ronco, apagado y feliz llanto.

No fue ni la única sonrisa ni la última lágrima en aquellos largos años de «destierro» de María. Solo Jesús sabía hacerla reír, ese hijo que buscaba a su madre con una insospechada paciencia. Yo me contentaba con eso, con verlos juntos y unidos, con ese lazo imperceptible y único que solo ellos entendían. También sabía que por dentro ella iba asimilando los retos que su hijo superaba cada día. Muchas veces la pillé observando de reojo todo lo que hacía Jesús, y ajustaba sus oídos para no perderse ni una de sus expresiones. Era su madre, la auténtica. No podía renegar. Sé que tampoco quería, y esperaba que el tiempo, solo el tiempo, me devolviera a la mujer que tanto había amado y amaba.

A pesar de todo, nunca la abandoné. Permanecía a su sombra, sin querer molestar ni hacer ruido, expectante, consciente del supremo vía crucis que mi mujer vivía por aquel tiempo. Me sentía agradecido por la inmensa e impagable generosidad de Clío y las dispensas de sus inseparables Santiago, Antón e Inés, que había asumido el rol de lo positivo. Gaspar, paciente, esperaba con afán el momento de devolverla a la fe del Señor.

Tres apóstoles de Dios la veneraban desde la distancia: Foma, Matthew y Dominí. De vez en cuando, por las mañanas, al despertarse, abría levemente los ojos y los cazaba espiándola, postrados. Hacía como que seguía dormida y

no decía nada. Años más tarde me confesaría que aquel acto le reconfortaba, pues entendía que no era por ella por quien estaban, sino por su hijo.

Una noche no podía dormir y se levantó con cuidado para no despertarme. Se inclinó sobre la cuna y, acariciando a nuestro pequeño, comenzó a cantarle una nana de nuestra tierra. Un aire melancólico lo impregnaba todo. Yo ni me movía, no quería incomodarla, así que respeté aquel momento.

Debido al ronroneo de María, Esther acudió, preocupada, de vigilia a aquellas horas. Al mirar a los ojos de la gitana, mi mujer evocó el encuentro con aquella enigmática mujer frente a la Colegiata. No pudo reprimirse. Echándose en sus brazos, comenzó a plañir y rezumar una pena que no le volví a conocer.

—Si hubiera estado la abuela, Jesús habría venido bien. Yo tuve la culpa, Esther... ¡Yo la abandoné!

—¿Cómo puedes pensar eso, María? Sabes que allá donde esté, ella está orgullosa de ti.

Me incorporé y la abracé, pero ella me rechazó. No entendía nada.

—¡Tú tienes la culpa de todo! ¡Tú me metiste en esto! ¡Tú me ocultaste mi destino! —me asestó como una puñalada mortal. Y, cogiendo a nuestro hijo entre sus brazos, me gritó—: ¡Vete! ¡No necesitamos tu compasión! ¡Déjame para siempre!

María tenía aquella mirada firme e imperturbable de cuando se angustiaba y se volvía loca, la misma que me había enamorado tanto y que ahora, implacable, quería apartarme de su vida.

Esther, incrédula, asintió. Me fui en silencio, confuso e infinitamente triste. A partir de aquel momento, viví a prudente distancia de ellos. Y aunque nunca perdí la esperanza, los años pasaban y nuestro amor no solo no mejoraba, sino que cada vez se alejaba más y más.

No fue la única ruptura: Alba también sucumbió al desdén y al desamor, sintiéndose presa y sola ante la partida para siempre jamás de la mayoría de sus amigas. Poco a poco, pero de forma inexorable, se fue distanciando de Juan, ocupado y cegado, poniendo siempre a punto nuestros sistemas de vigilancia y seguridad y descuidando los pormenores del corazón.

No tuvieron hijos. Jesús lo ocupaba todo, sus sueños también. Y Alba fue enterrándose en los fangos del desconsuelo y la depresión. Se le acababa el aire, y dejó de sentirse útil. A falta de Thalía, su mejor amiga, y de Nora, una

de sus mayores cómplices, la vida se le echó encima. No soportaba ver a María así, sin ser ya ella misma. Discutía con Clío continuamente, porque esta le quería devolver el halo de la esperanza, el que ya había perdido del todo.

Al poco de enterarse de lo sucedido entre María y yo, vino junto a mí y me dijo:

—Al menos tú la quieres. No dejes que te tire. ¡Levántate y pelea! ¿Lo harás?

La abracé y nos pusimos a llorar como dos niños pequeños. Comprendí que me quería decir algo importante, pero no le dejé, no quería escuchar.

Se fue volviendo más arisca y distante, y con el paso de las semanas se fue recluyendo hasta que apenas la veíamos.

Una noche cualquiera, sin más, se acercó a Juan, dulce y extraña. Lo volvió a conquistar, pues el amor todavía no estaba muerto. Hicieron el acto sexual como ya no recordaban, salvajes y acoplados con si el beso fuera eterno. Al terminar, Alba se vistió lenta y cariñosamente. Un constante malestar punzaba el vientre de Juan, como esperando un mal próximo.

—¡Hasta siempre, Juan, mi amor! Regreso a París, a mi puesto de la Agencia Espacial Europea.

«Maquinitas» no fue capaz de articular palabra. Alba lo besó ávida y, de forma entrecortada, le contó:

—Aquí no me siento útil. No tenemos noticias del exterior, y alguien tiene que estar fuera ayudando. Nacimos para traerlo y para sacrificar nuestras vidas por él.

Seguía besándolo y poniéndole el índice sobre el labio para callarle.

—Thalía, Sofía, Nora y Elena ya no están aquí. Rosalía parece un zombi, aún no se ha recuperado de lo de Mateo. De Eva no sabemos nada. Clío no se ha perdido y mantiene a María. Y María...

Comenzó a llorar. Juan le desenredaba el pelo a modo de consuelo.

—¡Quédate!

Nunca me contaron lo que ocurrió en verdad. Alba no se llevó nada con ella, simplemente salió al galope envuelta en la noche. Fui yo quien se encontró a Juan tirado en el suelo, rodeado de los recuerdos de los dos, rotos y esparcidos por la habitación. No volvió a hablar más de ella. La repudió de palabra y no le dejó la puerta abierta, tal era el dolor.

Apesadumbrado por mi situación, miraba a Juan y la pena aún se me hacía más gris. Al borde del más grande de los avernos, un día descubrí una nota perdida que, aunque perteneciera al mundo digital, era manuscrita. El iPad de mi buen amigo estaba encendido y desbloqueado. Juan se encontraba en el baño. No pude resistir la tentación y descubrí su gran secreto, una frase que lo explicaba todo: *I love you!*

Salió despacio, con una sonrisa de niño pillado in fraganti. Me dio un apretón en el hombro y se fue. Yo conocía aquella letra.

Aprendí rápido el oficio de espía. Recuperé mis dotes guerreras de otrora y pronto conseguí pasar inadvertido a los ojos de María. No porque fuera mi mayor interés, más bien todo lo contrario, pero no podía soportar la idea de no verlos, a ella y a mi hijo, Jesús. Así que hice del camuflaje un arte personal.

Tengo que decir la verdad: conté con mucha ayuda, la de Santiago, por supuesto, y la de la capitana, que no podía faltar. También sus hombres, incluidas las mujeres, se prestaron, e Inés y Antón no me iban a dejar tirado. Solo Clío y Rosalía no entraron en el juego. No porque no quisieran, sino simplemente por prudencia. Me temía que se lo contarían a María, y entonces, adiós. Y Juan tampoco. Pensé que estaba demasiado ocupado con sus mensajes secretos.

No me sentí solo. Liberaba mi mente ocupado en organizar el día para poder verlos, aunque fuera a distancia y en silencio. Hice muy buenas migas con Foma, el ruso. Su forma de hablar me resultaba simpática y, conocedor de la aldea como era al haber sido su «arquitecto», me aleccionó sobre sus escondrijos y puntos sutiles. Siempre tenía una palabra agradable y de ánimo, y sabía escuchar. Al terminar su perorata, sacaba su petaca de un vodka ruso cuyo nombre nunca llegué a aprender, brindaba al sol y, después de beber, me la pasaba para que le echara un trago. Algún día fue más de uno, y no estoy acostumbrado a beber. Nunca llegué a descubrir cómo conseguía el licor. Todo el mundo parecía estar en posesión de algún secreto.

Los supuestos fines de semana, pues allí la noción del tiempo era otra, me entretenía jugando con los chicos. David, Raquel y Moisés me iban a buscar, y con ellos recuperé juegos populares de mi infancia como el pañuelo, policía y ladrón, el escondite, las canicas y la peonza, entre otros. Aislados del mundo moderno y de la civilización, la tecnología solo la manejaba Juan, el solitario, Foma, el espía que surgió del frío, y Belshazzar, el mago. El resto nos teníamos que conformar con alguna pequeña licencia mensual, cuando Esther,

de acuerdo con ellos, consideraba que no había excesivo peligro de localización, y por orden de inscripción.

Así que teníamos que buscar formas de pasar el tiempo que fueran lo suficientemente atractivas para nuestro embotado pensamiento. Una de ellas nos la dio Domini, una chica encantadora, mística, turbadora y muy amiga de los niños. Pronto pasamos las horas muertas cuidando y entrenando a sus palomas mensajeras. Raquel se convirtió en su inseparable ayudante, y ella disfrutaba viendo a la niña feliz. Esto nos dio la excusa perfecta, y comenzamos a salir de la aldea con relativa frecuencia. Al tiempo, aprovechábamos para ir de paseo por los inhóspitos montes que Dios nos había dado como hogar.

Tadeo también se nos unía. Traía con él a Jewish. Al principio no me agradaba mucho, pero fue por poco tiempo, ya que este acataba las órdenes de su compañero sin rechistar. Su sumisión me impactó, y también su conexión con los niños. Tenía un sorprendente don para ellos.

Pero cuando mejor lo pasábamos era cuando se unía Melchor al grupo. Él y Tadeo lo envolvían todo y me recordaban a Mateo y Lucas, mis Zipi y Zape particulares. Sus guerras de guerrillas, sus peleas de látigo, su manejo de las espadas. Cada salida con ellos era una nueva aventura.

Así, el único, además de Juan, que parecía vivir al margen de todo era Marcos. Dentro de su desdicha, él era feliz. Vivía por y para Lys, que, a medida que crecía, se parecía más a su madre. Y vivía para nosotros. Disfrutaba viéndonos comer y recordando los tiempos en que cocinaba para los suyos, para la Orden de la Santa Compañía. Entonces, me miraba de soslayo y se encogía de hombros como si no hubiera más remedio.

Al igual que en el refugio, aquí todos tenían una misión. Esther y sus hombres, con la ayuda tanto interna como externa de Foma, se encargaban de la vigilancia de nuestro irreductible reducto. Santiago había dejado la actividad policial y ayudaba a Rosalía y a Matthew con la intendencia. Este último se había convertido en el mecenas voluntario del grupo, benefactor y protector de Liliam. Ayudaba a Rosalía en los temas más pesados de la intendencia cuando Santiago no estaba, y ella le hacía la lista de las necesidades y los aprovisionamientos que hacían falta. Y así se mantenían ocupados: ella no pensaba en Mateo ni él en su hijo.

En una de esas sesiones especiales de vigilancia, los niños y yo jugábamos a

un juego de espionaje múltiple. Juntos vimos, sin ser vistos, a María y a mi pequeño Jesús, que en breve comenzaría a andar, aunque fuera a su manera, gracias a las prácticas y ejercicios de Belshazzar. En unos días cumpliría dos añitos y yo no podría estar junto a ellos soplando las velas. Caminaban en silencio, junto a Rosalía y Matthew, a lo largo de la vereda del río que bordeaba nuestro poblado. Las mujeres iban agarradas del brazo. Se les notaba tranquilas. El americano sonreía ante los gruñidos de mi hijo al ver a las crías de pato nadar y salpicar con sus alitas en el agua. Terminado el paseo, María se fue a nuestra cabaña, que ahora solo habitaba ella. Rosalía y Matthew continuaron paseando un poco más.

David y Raquel me hicieron gestos para que siguiera a su madre. Moisés se reía mientras ellos lo mandaban callar. Los niños me dejaron solo y se fueron tras María y Jesús. Yo obedecí. Pegado al muro exterior, les fui siguiendo sin hacer ruido alguno, aplicando las enseñanzas de Foma. Pronto mis ojos se llenaron de estupor. No podía creer lo que veía. Una intensa felicidad me llenó. Al menos alguien había encontrado el amor en tiempos tan sombríos y tan alejados del mundo: Rosalía y Matthew se besaban convulsivamente a la luz de la luna de la temprana noche.

Evoco dichoso los primeros años de Jesús a pesar de no haber podido compartirlos con la persona a la que quería, su madre, y de que él ya no está conmigo para que los recordemos juntos.

Siempre tomaba el pecho despierto, buscando ansioso el pezón de la vida. Al terminar, respondía con cariño a las caricias de María abriendo la boca, rastreando la suya y moviendo las manitas sin cesar. Quería sus mimos y escuchaba con atención sus cantos, susurrados al oído con mucho amor. Yo sentía envidia y al mismo tiempo esperanza por María, que volcaba de forma muda todo su instinto maternal, lo que me hacía entender que algún día reviviría no solo para mí, sino para todos. La echaba de menos, y los demás también, pero coincidíamos en que iba haciendo progresos y en que Jesús era su mejor terapia.

Muchos días me preguntaba si mi hijo crecería bien y yo lo vería, si algún día podría ser quien había venido a ser, si podría jugar con él, y, sobre todo, si podría llegar a ser su padre de verdad y no de soslayo y a escondidas. Clío se inventaba extraños pretextos para llevarse a Jesús con ella y así, casi todos los días, me lo traía para que pudiera practicar con él algo que decidí llamar «besoterapia». No era el único que lo hacía. Indudablemente, mi hijo era el

juguete preferido de todos los que habitábamos Liliun, y cariño no le faltó. Él nos respondía con preciosas miradas y sonrisas maravillosas.

Llegó otra navidad. Nos habíamos convertido en una auténtica familia y los recuerdos del refugio en Cangas se me agolparon. María y yo nos encontrábamos alejados en la mesa, aunque no en mi corazón. Mis compañeros, los viejos amigos y los nuevos, la celebraron con la alegría de tener al Jesús ya niño entre nosotros, aunque con un respeto especial. Todos pedimos a Dios por el buen fin de nuestra misión. Afuera hacía un frío glacial y la nieve había dibujado la estampa clásica y hermosa que todos conocíamos.

Belshazzar, ocupado en su correcto desarrollo, había trabajado duro con Jesús. Nuestra ignorancia inicial nos había hecho dudar de sus artes, pero nos fue educando, sufrido y provisto de una calma única. Jesús lloraba con aflicción cada vez que el mago le imponía los dolorosos masajes que harían evolucionar su cuerpo. Nadie podía soportar aquel llanto de bebé asociado a unos lagrimones que nos hacían gemir también a los demás. Después, se arrancaba con una sonrisa estruendosa, como si supiera que para crecer debía pasar por aquel sufrimiento. Así que, terminado el ejercicio, pataleaba con inusitada potencia anunciando que todo estaba bien.

No tardó Clío en aprender el ritual, y Jesús agradecía la suavidad de sus manos de mujer respondiendo, al terminar la sesión, con un simpático eructo que nos hacía soltar una carcajada general. María me observaba de reojo, complacida por ver que no había renunciado a mi papel de padre. Hoy sé mejor que nunca que la contradicción navegaba con viento del norte por los entresijos de su voluntad.

La noche de fin de año celebramos las campanadas respetando las tradiciones de nuestros nuevos amigos. Aquel Año Viejo, Foma estrenó traje de etiqueta para la ocasión. Para no variar, nadie consiguió averiguar cómo se las había ingeniado para que le llegara a un lugar tan recóndito, que ni siquiera los Monjes Negros ni su jefe Hordos habían sido capaces de localizar a pesar de sus numerosos intentos. Belshazzar se acomodó a la luz de la luna como acostumbraba hacer en Petra, y Mathew no tuvo problemas con las campanadas, pero sí con las uvas, se atragantó y después del susto nos hizo reír a todos. Tadeo «sobornó» a Foma y preparó, ante la admiración general, una fiesta singular de luces de colores a base de guirnaldas, ya que los fuegos de artificio habían sido descartados para no dar pista alguna a nuestros enemigos acerca de nuestra situación. Y esto último fue lo que hizo que Jesús

se estirase por completo.

Belshazzar gritó satisfecho. Aquello significaba un primer paso hacia la normalidad en el desarrollo de Jesús. Igual que niños curiosos, nos quedamos pasmados mirándolo. Pronto el sueño lo reclamó, pero, revoltoso y poco acostumbrado a trasnochar, no paraba de protestar. Lys, sin embargo, permanecía despierta y con los ojos bien abiertos, inspeccionándolo todo. Su padre nos había vuelto a sorprender con el menú, exquisito y variado, con platos típicos de todas las nacionalidades presentes, haciendo un cóctel multicolor de presentaciones y sabores. No le falló la intendencia para ello: Matthew y Foma ya habían demostrado hacer un equipo peculiar, aunque muy compenetrado.

Jesús no callaba. Ni María ni Clío sabían ya qué hacer. Marta, una de las gitanas, se levantó y le habló al oído a Esther, que asintió al tiempo que soltaba una sonrisa irónica. Al poco regresó con el chupete que hacía tiempo que Moisés había dejado de utilizar, y Jesús, seducido por la tetina, se durmió agradecido.

Como mandaba su tradición, Esther y los suyos tomaron lentejas, y fue Aarón quien, en lugar del difunto Jacobo, tocó las campanadas con un mazo golpeando sobre la cacerola más grande que le dispuso Rosalía, sentada al lado de Matthew, sin levantar sospecha alguna. Después se desataron con sus villancicos populares, y nosotros nos entregamos rendidos a sus voces. Los espíritus de nuestros amigos aparecieron revoloteando entre nosotros. Tampoco podían faltar, y les estábamos esperando. Aquel fue el único instante en que María se me quedó mirando de frente, y un imperceptible gesto de asentimiento llegó hasta mí.

En cuanto a la noche de Reyes, Belshazzar nos había indicado que nadie se ocupara. Jesús necesitaba juguetes apropiados y él ya había escrito la carta pidiendo lo que precisaba. Al principio pensamos que nos estaba tomando el pelo, pero pronto nos dimos cuenta de que iba en serio, porque nos insistía todos los días y alzaba la voz cada vez que sacábamos el tema. Hasta se volvió agrio en exceso y fuimos adoptando la decisión de no contrariarle.

Llegó el día y, acompañado por sus colegas, Melchor y Gaspar, nos despertó totalmente alborotado. Indiferentes, nos levantamos al escuchar los alegres berridos de Jesús y los golpes que daba a no sabíamos aún qué artilugios. En la palloza que usábamos como lugar común, al lado de la chimenea, Matthew había colocado un gran abeto con la omnipresente ayuda de Rosalía. Como era

costumbre en él, no había escatimado en detalles ni en ornamentación, y reconozco que había cuidado su diseño con esmero, dándole más importancia a las luces ámbar y plata que lo iluminaban que a los estoicos adornos y cintas de tela y purpurina de colores que lo decoraban.

Allí estaba mi hijo, con Lys y Moisés, sentado bajo el árbol y agitando las manos como un loco, peleando con sus amigos, rodeados de sus nuevos juguetes: un tren de madera y un baúl con infinitas piezas de colores, también de madera, y con paneles que hacían las veces de soportes con sus formas troqueladas. Y una pizarra y caballete con tizas blancas y de colores que gobernaba el conjunto de regalos que Sus Majestades habían tenido a bien otorgar a mi hijo. O eso creíamos todos.

Nos encontrábamos somnolientos al principio, absortos a continuación, sorprendidos después y enfadados tras ser conscientes de lo ocurrido. Se nos debía de ver en los ojos. Belshazzar, sonriéndose, nos observó uno a uno y, antes de que empezáramos a dispararle los más exquisitos exabruptos, nos hizo leer una frase garabateada sobre el pequeño encerado, en inglés:

«Desde La Village de St. Klaus, en el corazón de Laponia, envío al niño que vino del cielo y a sus buenos e inseparables amiguitos sus primeros juguetes por encargo del Mago Belshazzar. Ojalá que estos provoquen en él una sonrisa eterna. Fdo.: Jumala, el apóstol que en la fría nieve espera por Jesús.»

«P.D.: también he enviado unos libros preciosos para David y Raquel, tal y como ha indicado Belshazzar».

—¡Bah, libros! —protestó la hija de Rosalía.

—¿No podías haber pensado, no sé, algo más práctico? —le recriminó David.

Belshazzar se encogió de hombros intentando disculparse. Y como si no fuera con él, desvió el tema.

—Es la hermana de Santa Klaus, y algún día Jesús irá a su encuentro para que lo escrito vuelva a cumplirse y ella se convierta en una de sus doce.

Las palabras de nuestro hermano árabe resonaron majestuosas, haciendo que nuestras bocas mostrasen admiración. Nadie habló. Todos nos habíamos agolpado alrededor de los magos y de los críos, que no paraba de tocarlo todo y reírse. Especialmente Jesús, golpeando las fichas contra el suelo lastimando nuestros oídos. Solo María, con celoso cariño, dio un paso al frente y besó a

Belshazzar en la mejilla. Vestía un camisón hueso que transparentaba su cuerpo, y mis instintos más humanos se removieron ante su belleza en plena madurez. Consciente de ello, aunque de espaldas a mí, se mesó su pelo castaño salpicado de mechass claras y grises canas. Tuve que respirar hondo, muy hondo, y girar mi rostro de forma convulsa. La adrenalina se me subía hasta la última ramificación de mi bulbo raquídeo. Empecé a sudar.

Lys fue mi salvación. Comenzó a gatear atraída por algo que llamaba su atención detrás del árbol de navidad. Marcos sonrió feliz. Clío empezó a aplaudir como una loca y el resto de las mujeres la secundaron. Todas menos una. Belshazzar echó una mirada de reprobación a Dominí, que le esbozaba una nerviosa sonrisa, como diciéndole que no se había podido reprimir. La niña había descubierto una muñeca de largas trenzas hecha de lana y trapos que enseguida abrazó como suya mientras soltaba una potente risotada a modo de aceptación.

Su padre la cogió en brazos sin parar de besarla. Jesús que había gateado hacía su amiguita, le tiraba de la pernera del pantalón, intentando llamar su atención. Al fin le hizo caso y entendiendo su mensaje, lo subió sustentándolo con su brazo libre. No tardó en arrepentirse. Los dos pequeños se enzarzaron en una peligrosa batalla por el pedazo de trapo con forma de niña traviesa con coletas.

—Es igual que mi primera muñeca —se disculpó la chica. —Pensé que le gustaría.

—¡Está bien! —la tranquilizó el mago. Y, mirando para el resto, ordenó—: Pero no quiero más juguetes. Es importante que estemos de acuerdo en esto y que cualquier cosa que les queráis entregar me la consultéis antes. Ya sabéis que no lo hago por capricho.

Descendiendo el tono de voz, continuó:

—Tengo una misión encomendada y debo ser riguroso en su cumplimiento. Pronto Jesús y sus amigos crecerán, aprenderán y madurarán, pero no como lo haríamos cualquiera de nosotros, no así, sino mucho mejor aún, sobre todo él, porque tendrá algo que todos nosotros hemos perdido: nunca dejará de ser un niño y de pensar como tal. Un niño grande, pero un niño. La verdad siempre le acompañará.

Como si lo tuviera preparado, del reverso de la tapa despegó un sobre lacrado con la imagen de un perro esquimal y nos lo mostró, alzándolo.

—Es la insignia y firma de Jumala. Ella ya está haciendo su trabajo y nos envía el primer símbolo de Jesús.

Abrió el sobre rompiendo su sello y de él extrajo un adhesivo de tela sencillo y redondo que trazaba una especie de «ese» y una «jota» unidas, juntas, inseparables e incrustadas en una sonrisa emborronada, sencilla pero feliz.

—La «jota» y la «ese». Jesús y su sonrisa, o «Súper Jesús», nuestro superhéroe. ¿O acaso no lo es? —nos despachó el Mago.

Sin embargo, funcionó, porque desde aquel momento y con cariño, a mi hijo le empezamos a llamar «Súper Jesús». A él le gustaba. Reía escandalosamente cuando se lo llamaba mientras le daba la papilla. María había accedido tácitamente a que fuera yo quien le diera de comer. Aquel momento me relajaba, mientras dejaba que mi hijo me mordisqueara el dedo índice. Pronto vino su primera cucharada y más risas, más explosivas y, por tanto, más alegres. Mi hijo abundaba en felicidad, ajeno aún a su estrella, una felicidad que nunca le abandonó.

Hubo momentos duros. Era propenso a la tos, que le incomodaba con frecuencia y en exceso. Todos estábamos pendientes de su salud, y nos preocupábamos con cierta neurosis. Sin embargo, Belshazzar y Clío estaban ahí para hacer su trabajo y calmar nuestras ansiedades y miedos. María observaba y callaba, pero yo adivinaba perfectamente sus temores.

Un día, la tos no remitía y el Mago tuvo que ejecutar una serie de masajes y presiones respiratorias con avidez. Jesús terminó por responder a los ejercicios pectorales de su médico y maestro, expulsando grandes flemas. A continuación, el sonido rítmico y tranquilo de su respiración nos hizo aplaudir a todos. Enardecido, envolví a mi mujer en mis brazos. Ella se dejó hacer y no opuso resistencia, pero no me correspondió. Me miró, extraña al principio y violenta después, lo que me obligó a soltarla, y abandonó la estancia sin más, dejándome confundido y derrotado.

Tan solo la certeza de que Jesús era el amado por todos me hizo mantener la fe en el Señor y en sus designios, aunque en lo más íntimo de mi ser deseara mi fin, terminar con aquel sufrimiento para el que no me había preparado, pensando en que los lazos de nuestro amor serían irrompibles.

Marcos se fue haciendo sitio poco a poco y todas las noches, después de acostar a Lys, se acercaba a Jesús para contarle un cuento antes de dormirse. Foma, el simpático, bajito y peculiar ruso, de vez en cuando se colaba para

jorobarlo, pues decía que los cuentos eran fantasías inútiles que metían a los niños falsas ilusiones. «¡Paparruchas!», decía al tiempo que sacaba la lengua, algo que Jesús aprendió rápidamente mientras los demás le reíamos la gracia.

Retazos, fotos, momentos infinitos e innumerables se me amontonan en el álbum de mis recuerdos. En verano, jugando en el río... ¡Cuánto le gustaba el agua, dios mío! Después, sus primeros dientes. Más juguetes venidos desde Laponia, como aquel tambor con el que nos tuvo martirizados más de un año a base de percutir sobre él a mazazo vivo hasta dejarnos casi sordos. Solo años más tarde, gracias a la insistencia y al piano de Belshazzar, descubriríamos que su sensibilidad y creatividad para la música eran únicas.

Gracias a esto y a las técnicas y conocimientos de nuestro amigo árabe, Jesús fue modelando su propia personalidad. Aprendía a obedecer las órdenes de sus mayores, iniciaba sus primeros pasos, al principio arrastrándose hacia atrás, hasta que con algo más de dos años consiguió por primera vez, al fin, ponerse en pie. Lentamente, Jesús iba asimilando y educando su sentido del equilibrio, y yo no podía disimular la gracia que me hacía su forma tan simpática de andar, medio espatarrada.

Luego sus primeras pinturas y más palabras: delante, detrás, arriba y abajo. Belshazzar ponía un cariño inconmensurable y se transformaba todos los días en uno de los peluches de Barrio Sésamo, logrando empatizar rápidamente con Jesús.

Al poco comía solo y con tenedor, y enseguida entendió lo divertido que era tirar la comida y embardunar de potaje a su maestro, y también a Clío, lo que le causaba más alboroto. Cuando le reñían, escapaba gateando y, si era en el riachuelo, nadaba como un pez loco y sin rumbo, que también a flotar le había enseñado Belshazzar.

Así fue que no esperó mucho más para empezar a hablar de forma locuaz y, por tanto, a gruñir y a enfadarse. ¡Tenía genio el niño! Lo que mejor sabía hacer era decir que no. Pero su primera palabra la guardo para mí como la mejor de las prendas que me dio. Una de tantas noches, cuando tenía casi tres años, Marcos, esta vez en compañía de Lys, le contaba un cuento de los clásicos de princesas y príncipes, algo que no era del agrado de Belshazzar, pues decía que no eran un buen ejemplo de igualdad, aunque hacía la vista gorda. Al terminar, mi amigo dejó solos a los dos niños durante un instante.

—Papá dice que algún día te irás muy lejos. Yo me iré contigo. No quiero que

estés solito por ahí.

Las palabras de la niña sonaban premonitorias. Esther y Clío, que estaban presentes, nos miraron a Marcos, Belshazzar y a mí, sorprendidas, pero fue la reacción de Jesús la que nos dejó atónitos: la besó. Era su primer beso. Lys le sonrió como si estuviera cerrando el vínculo.

Me acerqué despacio, sin querer romper aquel momento, y acaricié a mi hijo. Este se incorporó y, dando palmadas mientras bailaba sentado, chillaba y me señalaba con su dedito: «¡Pa-pá!».

María entraba justo cuando mi hijo pronunciaba la palabra y, parándose frente a mí, me penetró con su fría y perdida mirada.

No sé qué fue lo que le pasó, y nunca se lo he preguntado.

Mientras María recuperaba poco a poco su sonrisa para con Jesús y su pequeña Lys, conmigo marcaba distancias a cada ocasión que se le presentaba. Era como si le incomodara mi presencia, o como si quisiera que el olvido lo cubriera todo.

Al principio, me evitaba y me dejaba espiarlos, y hasta sé que le alegraba que yo estuviera pendiente de mi hijo y de ella. No sé qué hice. Jesús había cumplido cuatro años y ya comenzaba a balbucear algunas palabras. Algo le debió de disgustar que la alteró. Nunca he sido capaz de explicármelo. Comenzó a perseguirme, a controlar mis movimientos, y volvió a hablarme, pero solo para discutir.

—¿Cuándo te vas a dignar a salir de nuestras vidas? ¡Maldigo el día en que me enamoré de ti!

Aquel día se había levantado agitada, sin razón aparente, y había ido a buscarme. Yo iba al encuentro de Belshazzar para poder seguir los ejercicios matinales de mi hijo. Inés corría detrás de ella al verla tan alterada. Clío, que llegaba en aquel momento, la reprendió congestionada.

—¡María!

—¡No te metas, Clío! —le ordenó.

—No me digas eso —balbuceé—. Sabes que lo he dado todo por ti...

—Si lo hubieras dado todo por mí no me habrías ocultado quién era y cuál sería mi vida, y me habría preparado para ello. Nada de esto habría pasado, y Jesús, mi hijo, habría nacido sano. Ahora estoy sentenciada a una vida lánguida y de desaliento. No encuentro la salida y siento las cadenas que

apresan mi alma cansada, de las que ya nunca podré escapar. He perdido mi destino. Lloro por ello, por quien fui, por aquella muchacha alegre y díscola que no volverá y por la mujer derrotada en que me has convertido.

—No sé qué decirte, María —le respondí, abrumado.

—Mejor no digas nada y vete —lo dijo en voz baja, seca y contundente. La amenaza de perderla me revolucionó, y parte de mi rabia refrenada se detonó.

—Siempre has sido un tanto histérica. Estás siendo muy egoísta, María, y hasta un poco patética. Sabía que estaba expuesto a tus caprichos de niña consentida, pero te amaba.

—¿Me amabas? Tú lo has dicho. Entonces, el amor no se ha ido solo en mí. ¿Ves? ¡Ya no volverá! —sentenció.

Unos fueron alertando a los otros del suceso hasta que todos nos rodearon, en silencio, abatidos y asombrados. Nadie quiso interceder, pues sabían que María no les dejaría. Jesús se acurrucaba junto a Clío como si entendiera que el lazo que unía a sus padres estaba a punto de romperse. Y los niños ni se movían, expectantes ante el silencio que se había adueñado de sus mayores.

María me miró, dura e impasible, a los ojos.

—Egoísta, histérica, patética, caprichosa y consentida. ¿Y dices que me amabas? ¡Qué sabrás tú del amor!

Y seguimos discutiendo. Las voces fueron subiendo de tono.

—Siempre esperé que me correspondieras, que sintieras lo mismo que yo. Ya veo que me equivocaba, que no lo he conseguido. Ya no llevas amor dentro —habló mi corazón desolado y envuelto en la sinrazón, despechado.

—¡Tienes razón! Y si ya lo sabías, ¿para qué te casaste conmigo?

—¡Te amaba!

—Vuelves a hablar en pasado. Frágil eres, siempre lo has sido. Es mejor que sigas tu camino y lo separes del mío y del de tu hijo. No sé cuándo despertaré de este mal sueño, pero ese día llegará, ¡lo juro!

Empecé a llorar.

—Esta mujer que soy ahora ya nunca te podrá dar amor, pues aquella María no volverá jamás. Los dos tenemos la culpa de lo ocurrido, y tú pronto me maldecirás.

¡Qué equivocada estaba! Hoy doy gracias a Dios por ello.

—¿Te has sentido alguna vez solo de verdad, Jose? —me preguntó, mientras me miraba, implacable. Cuatro años hacía que no pronunciaba mi nombre. — No, ¿verdad? Te podría dar millones de lecciones sobre la soledad y nunca lo entenderías. ¿Sabes por qué? Por eso mismo, porque nunca la has sentido.

Hizo una pausa y, como dejándose ir, azuzó aún más mis doloridas entrañas.

—Dices que me amas, pero no tienes la valentía de verme como mujer. Piensas que soy yo la que se ha apartado, pero eres tú el que te has ido porque no has sabido ni estar ni esperar. Creí, equivocada, que estabas locamente enamorado de mí, y descubrí que lo estabas de la María que te habías imaginado para ti. Ahora ni siquiera me miras. Agachas los ojos al suelo o los elevas a las paredes y me esquivas.

Hurgaba en la llaga. Sus palabras abruptas me desangraban.

—Llevo la muerte encima, lo sé. Todo lo que me rodea fallece. Me he transformado en una mujer insegura, débil e infeliz. Pero, aunque no lo parezca, no he perdido la esperanza. Todos lo sabéis. Rezo a todas horas. Sigo creyendo en el Señor. No del mismo modo, no igual, pero creo en Él. Mi fe hacía Él ha madurado. No voy a ocultar que estoy algo decepcionada, pero también he aprendido a entender sus designios, y Él sabe que no renunciaré. Quizás aún no he asimilado mi misión y mi deber. Es posible que haya perdido la pasión y la ingenuidad de antes, pero mi voluntad y respeto siguen ahí.

Sentí su mano suave levantar mi lánguido y ojeroso rostro. Me miró de nuevo a los ojos, esta vez con una incierta ternura, y con su voz dulce me suplicó: «Vete, por favor».

Sujeté un instante la mano de mi mujer. Después, taciturno, comencé a caminar sin rumbo por el camino central del poblado. Todos me hicieron pasillo y me dejaron desaparecer, llenos de emoción. Consternado y derrotado, me acerqué a mi cabaña y recogí los retales del pasado, que envolví en un paño que hizo las veces de hatillo. Apoyado en el dintel de la puerta me esperaba Foma.

—¡Sígueme!

Fue lo suficientemente autoritario como para no contradecirle. Caminamos por el perímetro de la aldea hasta enfrentar el último pétalo de su flor por el lado más oriental, que formaba una pequeña alquería, sencilla, limpia y perfectamente dispuesta. Un cómodo camastro y liviano mobiliario era todo lo que contenía. También poseía un aseo de reducidas dimensiones. Suficiente para vivir.

Allí me encerré durante los cuatro años siguientes, hasta que Jesús vino a buscarme. Cumplí el deseo de mi mujer: conocí la soledad. Cierto es que todos venían a visitarme y a interesarse por mí, en especial Santiago y Esther. Al principio, Clío y Belshazzar me traían a Jesús aprovechando los días que daban un paseo por Liliium, hasta que mi enfermedad acabó con toda mi voluntad. Los demás pasaban de vez en cuando, pero al comprobar el deterioro de mi ser, fueron desistiendo. Ciego y sordo a sus palabras, me enfadaba con ellos continuamente.

No salía, y hasta los niños me abandonaron: Había renegado también de sus risas. Y solo la noche me aliviaba, ya que Foma era el único que conseguía comprenderme y acompañarme en mi delirio. Al primer indicio de oscuridad, se acercaba a mi entonces sucio y descuidado habitáculo y, a su manera, intentando salvarme de mi abismo, me ayudaba a olvidar. Solo su impronunciable vodka me serenaba.

Él también bebía para olvidar, me decía. Tiempo después me contaron que se sospechaba que había tenido más de un escarceo amoroso en aquellos tiempos con alguna de las mujeres de la Orden de San Francisco. Nunca se supo si fue verdad. Lo cierto es que él tampoco lo negó, aunque no descubriera con quién. Las mujeres eran su perdición. Aquello pudo provocar un cisma imprevisible en el grupo. Al final todo se olvidó. Creo que la capitana decidió intervenir personalmente e intentando aplacar los ánimos del ruso, terminó calentando su cama. Nadie lo vio nunca. Pero dos caracteres tan fuertes encajaban. Y de paso, limpiaba los indicios que apuntaban alevosamente a su hermana Marta.

De este modo, entrada la noche, el amigo ruso me abandonaba, mientras yo descendía a lo más siniestro de mí mismo y me convertía en un miserable tras las nebulosas del alcohol.

Hasta que una noche de lluvia torrencial no fue mi amigo Foma el que traspasó la puerta. Empapados hasta los huesos, Marcos, Santiago y Juan fueron quienes la cruzaron.

El poli me abrazó, pero esta vez no como un hermano o amigo. Me increpó, sujetándome con fuerza. Quise resistirme y se vio obligado a soltarme dos fuertes bofetadas. No entendí su acción y, aprovechando mi desconcierto, me llevó hasta la ducha, donde el agua fría me hizo reaccionar mientras temblaba, enfermizo. Después, Marcos me dio de comer en silencio, afable y apesadumbrado por mi funesta imagen, supongo.

—Espero que esto te haga recordar y luchar —me dijo Juan, al tiempo que depositaba algo sobre mi mano.

Lo miré, interrogándole.

—Me lo ha dado ella para que te lo entregue como prenda. ¡Aún no está todo perdido!

Recordé enseguida los mensajes secretos que yo había descubierto, los que mantenía con su amada Alba. Para mí fue como una señal del cielo, una esperanza nueva. En aquel momento entró Foma.

—Como te vuelva a ver con la petaca, ruso de mierda, te mato —le espeté.

Pero él, con total naturalidad, la extrajo del interior de su chaqueta y vació su contenido sobre el suelo para después deshacerse de ella, tirándola fuera.

—No sabía cómo ayudarte, amigo Jose. No más. Yo tampoco. Lo prometo.

—Esperemos que sea así, Foma, o si no te las verás conmigo —vociferó Belshazzar, acompañado de Antón, Inés y Esther.

Por detrás irrumpió Clío como un vendaval. Se abalanzó sobre mí, abrazándome y besándome. Al retirarse, el rostro de Jesús me miraba tiernamente y, postrándose sobre mí, me dijo:

—¡Hola, pa-pá!

Pronto cumpliría ocho años.

Boquiabierto, contemplé el pañuelo de María, aquel que había curado la herida producida por su pedrada al padre Joseph, el Papa Benedicto XVI, en su infancia, y que ahora parecía destinado a sanar las mías.

Al fondo, dibujando el marco de la puerta, mi mujer, agarrada de la mano de Lys, me observaba tranquila. Entonces, desperté.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Los primeros años, del libro primero de Jesús por Yeshúa

Wei respira suave y hondo. Lo hace de manera natural, consciente, en busca de su *Qi*. Su ancho e immaculado rostro transmite paz, y sus brillantes ojos negros inician el tan esperado viaje. La naturaleza se ha detenido y sus sonidos se han callado. Ha sido paciente, aguardando el día. Sentado en el borde de las «escaleras del cielo», va a su encuentro.

Jesús presta toda su atención a las fotos que el maestro Belshazzar le muestra desde su *tablet*. En ellas, aquellos que comparten sus vidas con él, aparecen en poses simpáticas, lo que le provoca más de una risotada, haciendo el ejercicio más divertido. Con cada imagen, Jesús asocia y reconoce perfectamente los nombres de todos ellos, y los repite con alguna pequeña dificultad fonética.

Algo distrae súbitamente la atención del pequeño, interrumpiendo la lección. Jesús entra en una especie de trance y Belshazzar se asusta. Clío y María, que andaban ocupadas repasando la caligrafía de Lys, giran sus rostros estremecidas. Jesús ya no las escucha.

—¿Puedes oírme?

Una voz vaporosa le habla cálidamente.

—Sí —responde sin miedo.

—Me llamo Wei y vamos a ser muy amigos. ¿Me entiendes?

—Sí, Gueí, ami...jos —Jesús contesta en su particular lenguaje, arrastrando las sílabas.

—Yo te enseñaré a ver con los ojos del águila, a volar con el halcón y a aullar con el lobo. ¿Quieres?

—¡Aú...! —Wei ríe la ocurrente respuesta del niño imitando al último convocando a la manada.

Entretanto...

—¿Qué te pasa, Jesús?

Clío le chilla, histérica. María lo mira sin pronunciar palabra alguna, con la

garganta trabada. Belshazzar conserva la calma y lo llama, sereno.

—¡Jesús!

Obtiene respuesta.

—¡Hola, Bel! —le nombra como acostumbra, con su diminutivo—. Te veo raro...

—¿Qué te pa...? —su madre no llega a terminar la pregunta, interrumpida por el delicado posado de la mano de Belshazzar sobre su boca.

—¿Dónde estás, hijo? —le pregunta el maestro. María y Clío lo miran sin entender, pues Jesús está delante de ellos, como ido, con los ojos ausentes.

—¡En el ai...rre!

«¡Que la paz os acompañe!».

Las mujeres chillan despavoridas. De la boca de Jesús ha brotado una hermosa y madura voz masculina. El maestro intenta calmar sus ánimos sin mucho éxito. No tardan en aparecer, armados, los hombres de Esther con la capitana al mando, Tadeo y Melchor detrás. Y en menos de un minuto se personan todos los habitantes de Liliun, preguntándose unos a otros lo que ocurre. Jose es el último en llegar, y se queda afuera, a la expectativa, con su pinta desaliñada.

—¡Mi hijo! —al fin consigue gritar María.

Belshazzar se impone a la algarabía cruzando sus brazos totalmente extendidos con un potente movimiento, ante el que todo el mundo calla de repente. Parsimonioso, se da la vuelta y, encarando al niño «loco», con afabilidad, le interroga.

—¿Quién eres ahora, Jesús?

—Mi nombre es Wei. Os hablo desde Gouliang, la aldea de piedra de la milenaria China, entre las montañas sagradas de Taihang y el río Amarillo.

Todos se miran temerosos y sin comprender. Solo el mago y maestro entiende.

—¿Qué quieres?

—He sido escogido por el Señor primero para iniciarle, después, cuando él venga a mí, para seguirle como uno de sus doce.

—¿Y cómo le vas a servir ahora?

—Con la sabiduría de mis ancestros, le adiestraré en las antiguas enseñanzas

sobre el *Qi*. Aprenderá a dominar su energía interior y a viajar con su espíritu en otros cuerpos. Verá con los ojos del águila que pernocta en mí y sentirá como el lobo estepario que protege los destinos de otros más jóvenes, servidores de su causa igual que yo y que ahora se preparan a las órdenes del Dalái Lama, en el lugar de los dioses, el templo de Lhasa.

Nadie dice nada y todos prestan una atención máxima a las palabras que salen de la boca de Jesús. Belshazzar se concentra, cerrando los ojos. Aunque no la domina, conoce la esencia del *Qi*.

—¡Bienvenido, Wei! Siento y presiento tu ser. Serás un buen maestro para Jesús.

—¡Gracias, Bel! —Jesús retorna.

—¡Hijo mío!

Su madre se abalanza sobre él. Esta ha sido la primera sensación de pérdida que ha tenido. Su regreso como María ha comenzado. Jesús tiene cinco años recién cumplidos.

A partir de aquel momento, los viajes con Wei se sucedían con relativa frecuencia y Jesús los iba describiendo ante la expectante curiosidad de los suyos. Admirados por sus progresos, incluido el propio Belshazzar, su nuevo mentor le iba instruyendo con medida precisión en el correcto manejo de su respiración, hasta poder sentir su propio flujo vital de energía y conseguir que se inoculase en su sistema, ayudándole a superar barreras antes impensables. Su efecto paliativo y en cierta medida curativo se impregnaba en su ser, y pronto se dejaron ver sus consecuencias.

Al poco tiempo, comenzó a hablar correctamente, aunque más lento, y con el sentido del humor y las formas cariñosas que poseen los niños, pues eso nunca lo perdió. Su capacidad retentiva mejoraba rápidamente, y su ansia por el conocimiento y por saber quién era en realidad se había disparado.

Y, por supuesto, el descubrimiento del poder de la curación.

Dos años después de aquel primer contacto, Belshazzar se alertó gravemente: Jose llevaba varios días delirando. Tenía una fiebre descontrolada, escalofríos constantes, grandes cefaleas y unas pequeñas y sospechosas ronchas. No dudó en el diagnóstico: tifus. Su desatención higiénica de los últimos tiempos había originado la presencia de una infecciosa garrapata, que se alojó y le picó en una pierna. Pronto Foma y Matthew pusieron todos sus medios exteriores en

busca de la vacuna y los antibióticos para su tratamiento. No hicieron falta.

Jesús fue junto su padre. Lo miró con una especial bondad, como solo él sabía hacer. Con eterno sosiego, buscó los nodos de su cuerpo y dejó correr las corrientes magnéticas de su divina esencia a través de sus menudas manos. Voló como solía hacer hacia su insondable universo. La hipnosis funcionó y la enfermedad desapareció. Fue su primer milagro, pero no el único. Dios estaba en él.

—¡Pa-pá!

Fue la palabra que, acompañada de un sonoro beso, utilizó para despertarlo. Sabía que era la mejor expresión del amor que un hijo podía dar a su padre. María miraba apartada, sintiendo que la llama que en ella había habitado tiempo atrás empezaba a avivarse.

Jesús fue explorando la naturaleza de su poder bajo la tutela del mago, siguiendo con estricta disciplina las enseñanzas de Wei, durante los tres años siguientes. Disfrutaba elevándose buscando las nubes, usando la transfiguración del águila de Wei, su protector.

—Tienes que aprender a usar sus ojos, no solo es volar y dominar el cielo. Lo importante es que enfoques bien. Solo así conseguirás ver como él y descubrir desde las alturas, a cientos de metros y en veloz descenso, lo que ocurre a ras de suelo. Su extraordinaria visión te mostrará al detalle los movimientos de los que viven en la tierra. Dominarás el aire y admirarás la belleza de nuestra madre, la naturaleza, y de sus diminutos hijos, tus hermanos. Lo haremos juntos hasta que estés preparado. Solo así te anticiparás a tu enemigo y sus negros propósitos. Entonces lo harás solo, y a mí me quedará esperar tu llegada para acompañarte hasta el fin.

Mientras planeaba en vuelo rasante sobre las montañas sagradas y sentía cómo extendía sus poderosas alas, Jesús lo escuchaba con interés, intentando asimilar lo que el *Qi* de Wei le decía. Poco a poco empezaba a ser consciente de quién era, aunque no entendía muy bien lo que ello suponía. Pero no le inquietaba en absoluto, pues su amigo y maestro Belshazzar ya se lo iría explicando, como siempre, en el lenguaje que utilizaba especialmente con él y que tan bien comprendía.

No solo fue el águila. También el lobo.

Sometida la reina de las aves rapaces y vencida la nieve por la reciente primavera, un día, meses después, descendía corriendo por las montañas que

protegen el Palacio Blanco. Avanzaba por la empinada ladera, bordeando el muro. Su pelo gris sentía el aire que le llegaba al hocico impregnado del olor a hombre. Al otro lado, dos jóvenes monjes que bajaban por la escalinata del templo se habían parado, atemorizados. La noche caía rápida. Sus ojos de lobo husmeaban en la oscuridad, buscando un promontorio. Desde allí, imponente, marcó su estampa aullando a la bella y luminosa luna.

—No temáis. Es aquel al que esperáis. Ha venido para conoceros. La curiosidad del niño no tiene límites, y su afán de aprender a través de los seres de la creación le ha traído hasta vosotros.

Siddhi y Philip se postraron al escuchar las palabras del Dalái Lama.

—Ha escogido al lobo por su inteligencia. Siempre van en manada, evitando riesgos, y siguen fieles a su jefe. Son muy pacientes. También vosotros lo seréis y sabréis elegir el momento de partir.

Los dos jóvenes lo escuchaban con fascinación.

—Míralos bien, Jesús. Serán tus amigos cuando vengas a mí —le decía Wei con voz calma, pero con el deseo de que el tiempo corriera para tenerlo a su lado.

—Se parecen a los «oscuros», Wei.

—Es que tienes ojos de cachorro, ja, ja, ja. Tienes que aprender a ver como un lobo —le respondió, riéndole la gracia al joven Jesús por cómo había nombrado a los seguidores de su enemigo, Hordos.

Pronto gobernó él mismo sus viajes a modo de expediciones bajo las vigilantes figuras de sus dos preceptores. Para Jesús, se convirtieron en aventuras que lo llevaban a mundos antes inimaginables. Era y crecía feliz, y en sus transfiguraciones, por deseo del mago y del instructor del *Qi*, fue conociendo uno a uno a los que, aun ausentes, con el tiempo llegarían a ser sus «elegidos».

Unos luceros penetrantes y amarillos, casi ocres, no paraban de mirarle. Unas manos de mujer suaves, diminutas y preciosas acariciaban su hocico puntiagudo, mientras lo impregnaban del aroma de la nieve polar. Jumala buscaba en el abismo de sus globos oculares la confirmación a su pregunta, y permanecía hechizado ante el hermoso rostro de su desconocida y nueva amiga.

—¿Qué te pasa, Susej? —le preguntó, intrigada, al husky blanco siberiano,

líder de la manada que conducía su trineo. El perro le ladraba apasionado, intentando decirle algo. Ella se dejó ir e, instintivamente, se internó más y más en las pupilas del animal.

—¿Eres tú, Jesús?

Y entonces, mientras le lamía las manos y la cara, ella pudo ver su rostro humano desde los cristalinos ojos color gris del animal.

—¡Es increíble! —confesó, aturdida. Jesús le correspondió con una sonrisa que ya le quedaría grabada para siempre y que se convertiría en el recuerdo de su vida.

Muchas y continuas salidas haría, cada vez más largas, poderosas y peligrosas... Hasta que un día voló demasiado alto, demasiado rápido y demasiado cerca. Y, desde la negra tormenta, acompañado del rugir de sus truenos y la deslumbrante y diabólica luz de sus rayos, cayó en picado para abatir a una paloma mensajera. Despertó bruscamente, chillando, medio poseído.

—¿Qué ocurre, Jesús? —le preguntó Belshazzar muy alarmado.

Pero Jesús seguía gritando de forma animal. Era tal el volumen de aquel grito, y tan antinatural, que pronto aparecieron sus protectores, aunque nadie sabía qué hacer. Esther y sus hombres llegaron armados, al igual que Santiago, Antón e Inés. Gaspar le preguntaba con la mirada a su camarada Melchor, quien se encogía de hombros. Jewish observaba distante y temeroso, como si estuviera esperando ver salir al mismo Satán del cuerpo del pequeño. Matthew abrazaba a Rosalía, mientras Marcos, con la ayuda de Juan y una incrédula Clío, se ocupaban de que los niños no contemplaran a su amigo en tal situación. Las gitanas, muy alteradas, intentaban evitar que María entrara en la estancia. Solo Jose, acompañado de su inseparable Foma, esperaba fuera, como ajeno a su hijo, pues aún las heridas que le habían dejado el alcohol y la desdicha del desamor le tiranizaban.

Los vasos comunicantes, sin embargo, avisaron a su maestro del lejano oriente de que algo no iba bien. Y Wei tuvo que concentrarse al máximo para poder entrar en su *Qi* y librarle de la cárcel que suponía el lugar intermedio entre la materia y la esencia.

—¡Dominí! ¡Tu paloma, Dominí! —al fin habló Jesús.

—¿Qué le pasa a mi paloma, cariño?

—¡El halcón!

—¿Qué halcón, Jesús? —le instó angustiado Belshazzar.

—¡Un hombre oscuro!

—¿Qué hombre? —le azuzó, ya desencajado. Las caras de espanto y desazón se iban sucediendo. Las mujeres hacían ruido fuera para que María no escuchase.

—¡Muy oscuro! ¡Miedo! ¡El más oscuro!

—¿Qué quieres decir, hijo? ¿Quién? —Los nervios no le dejaban pensar.

—¡Hordos! —bramó su madre.

—¡Sí, ese! —confirmó Jesús.

Todos murmuraron sobresaltados. Belshazzar estaba paralizado por el horror y el pánico a perder a su protegido.

—¿Dónde? —Solo la serenidad de Wei fue capaz de retomar la situación.

—En un palacio de la tele.

—¿Te refieres a una foto de la tableta? —se recompuso el mago al escucharlo, ya más tranquilo.

—¡Sí!

—¿Cuándo?

—Última clase de historia.

Belshazzar cogió ávido el iPad y buscó la carpeta. «Maravillas del Mundo» era su título. Una a una, le fue pasando las fotos de los monumentos que le había mostrado. Jesús le negaba con la cabeza hasta que llegó a una en concreto.

—¡Esta!

—¿La Alhambra? ¿Y qué hace allí Hordos?

—¿Estaba solo? —preguntó el sexto sentido de Esther, que malamente sujetaba a su madre.

—Otro. Muy negro y con sombrero raro.

—¿Nos puedes explicar cómo era ese sombrero, cielo? —continuó la gitana. El pequeño le contestó haciendo señales en círculos sobre su cabeza. Nadie conseguía entenderle. Se acercó a su madre y le tiró de su túnica

insistentemente, hasta que, haciendo un cogollo con el bajo de la misma, se lo colocó sobre su cabeza.

—¡Un turbante! —exclamó Belshazzar, atónito. Jesús le asintió ya casi sonriendo y señalando su frente al tiempo que se encogía de hombros, intentando decir que no se acordaba que el mago llevaba uno igual.

—¡Un árabe! ¡Interesante! —intervino Matthew, poniendo a funcionar su lógica. Belsahazzar lo miraba de forma desagradable, esperando a ver qué es lo que diría a continuación. —¡Está claro! Está pactando con los Hijos del Profeta.

—¿Qué dices? —le reprochó el mago.

—¡Imposible! —respondió Dominí con sorpresa.

—¿Por qué? —preguntó Santiago, extrañado, tras haber escuchado a todo el mundo.

—Porque hace una hora me llegó una paloma desde Samos con un mensaje que avisaba de que Hordos está reunido con sus lugartenientes, preparando una batida que saldrá al amanecer en busca de Liliun.

—¡Esto es genial!

Wei volvió desde Jesús. Todos lo miraban extrañados. Nadie comprendía su entusiasmo.

—No solo ha conseguido infiltrarse en el enemigo, sino que lo ha hecho a través del tiempo. Lo que ha visto Jesús aún no ha sucedido. Grande es ya su poder.

María, despacio y serena, se abrazó a él. Jose se había acercado progresivamente. Madre y padre coincidían con lágrimas cortas, invisibles y paralelas. Jesús le guiñó un ojo, lleno de complicidad.

La divinidad se le iba manifestando cada día un poco más. Cerca de cumplir los ocho años, Wei le dejó visitar a otros dos de sus futuros apóstoles. Ya era capaz de lanzar su *Qi* fuera del cuerpo y aparecer en cualquier lugar.

De este modo, conoció a Simona y su tapadera como activista de Hamás. También asistió a la celebración del Sabbath con Natanael, el gran Rabino de Jerusalem. Ellos no lo vieron, pero sintieron su presencia, sobre todo cuando se veían a escondidas y se amaban y era como si una especie de sonrisa feliz se dibujara, gigante y a grandes trazos, en el aire.

—¡«Bel»!

—¿Qué, hijo?

—Me falta uno.

—¿Cómo? —le preguntó sin entender.

—Son once. No encuentro al doce.

—Pregúntale a Wei. No tengo ni idea.

Respiró profundo.

—Pronto irá a ti —le contestó su *Qi*.

—¿Por qué no está ya?

—Porque es el principal.

—¿Y dónde está?

—Terminando su preparación.

—¿Haciendo deporte?

—¡Algo parecido!

Wei no pudo evitar una pequeña carcajada.

Pronto Jesús comenzaría a volar, pero sin *Qi*. Belshazzar y Wei lo habían instruido con devoción y acierto. Su mente encajaba todo a la perfección y desarrollaba percepciones que los mortales desconocían o no tenían.

Jewish se había convertido en la sombra de Tadeo. Melchor los acompañaba con asiduidad y los tres se llevaban a Jesús a sus entrenamientos vespertinos. Adquirió las habilidades necesarias con el látigo, el arco y también la espada, así como en la lucha cuerpo a cuerpo y sin armas. Aprendió, pues, a defenderse no solo en alma y de forma inmaterial, sino también en cuerpo latente y presente.

—Eres muy lento moviéndote —se reía de él Tadeo—. ¡Que Dios se apiade de ti como te encuentres un día de cara con el «oscuro»!

—Ese día el «oscuro» será bueno y amigo.

—¡No digas tonterías, Jesús!

—¡No digo tonterías, Tadeo! —le replicó un poco enfadado, para profetizarle a continuación—: Tú romperás la urna del lienzo sagrado y yo abrazaré tres veces a Jewish. ¡Lo juro!

Solo Belshazzar y María intuían el augurio de su discípulo e hijo, que por supuesto se cumplió varios años después.

Y el que escribe por supuesto que también lo intuía.

Poco faltaba para su primera salida de Liliun. Todo estaba dispuesto. Belshazzar le había enseñado a hacer algo tan esencial como normal para el supuesto hijo de dios: rezar.

Así que, en el cáliz central del dibujo de la aldea, en la capilla, Jesús me invocó. Y yo acudí.

Mi espíritu lo sacudió impetuosamente. Por un instante, Jesús, el mortal, tuvo consciencia de mi existencia y de nuestra auténtica morada: la constelación perdida de Liliun.

Hacía casi dos años de la llegada de la paloma mensajera que portaba el viejo pergamino con el borroso mapa indicando el camino a Liliun. La lectura de las estrellas de la noche había hecho el resto. Ahora, desde la colina, sus ojos rasgados admiraban la grandiosidad natural de la aldea perdida.

«Es la hora y estás preparado, Suiseki». Aún recuerda las palabras del sensei Nomura. «Debes partir. No olvides que ahora comienza tu bushido, el camino del guerrero. Tenlo presente durante el viaje. Emplea los conocimientos y técnicas que aprendiste del Zen. Sabes llegar a la iluminación, que ya no te abandonará nunca, hijo mío».

No había habido más palabras, pero estas fueron suficientes. Y, tras el saludo cortés del samurái, su maestro dio media vuelta y se retiró en silencio, como siempre.

Aquella última imagen de Nagamachi se le aparecía potente todavía, la sencilla armonía y la paz que sosegaban el lugar que había sido su hogar aquellos seis años de juventud aún caliente, la casa templada por la nobleza de la madera y los paneles de corredera cubiertos por aquel lienzo blanco que dejaba traslucir las sombras pausadas, los pies descalzos caminando con mucho respeto sobre las tablillas pulidas y limpias para no romper la calma que se respiraba en el aire y el equilibrio inestable de su jardín, que había disfrutado cada atardecer después de cruzar el puente sobre el manantial cubierto de nenúfares, donde las rocas formaban el shumi a modo de isla, mientras él tomaba el té con el sensei Nomura.

No había tristeza en él, solo evocaciones felices. Los consejos de su maestro y

casi padre le acompañaron durante el largo año que había durado el trayecto.

—Recuerda de dónde vienes y a dónde irás algún día, hijo mío —le decía el sensei mientras le instruía con paciencia y sabiduría en las artes marciales del samurái—. Japón ha sido siempre una tierra rodeada de misterio, que durante muchos siglos trató a los extranjeros como hombres indignos.

Suiseki proseguía con sus ejercicios con total precisión, cerrando los ojos y dejando que sus instintos funcionaran de forma innata. Su oído aguzaba su sensibilidad al máximo para no perderse ni una de las palabras del maestro.

—Se trataba de un conjunto fascinante de islas donde las brujas y los demonios bailaban al son de sus malas artes, decían los más viejos cuentos —continuaba su lección el maestro Nomura—. Hasta que llegaron los samuráis. Nosotros vinimos para garantizar la paz, aunque fuimos adiestrados para la guerra. Somos grandes guerreros cuya única misión es proteger a nuestro Señor.

—¿Eres tú mi Señor, maestro?

—¡No, hijo mío! Al igual que en nuestra leyenda, todo empezó con un niño.

—¿Un niño, maestro? —le preguntó, desconcertado. Había cesado en sus movimientos y sus ojos pardos le observaban, inquietos.

—Sí, hijo mío. Para los cristianos, todo empezó con un niño que nació hace más de dos mil años. Para nosotros comenzó el día en que llegó el niño que viene de los cielos, el mismo día que tú recibiste la señal del pez koi sagrado. Nadie sabe quién es en realidad ni a qué ha venido, aunque todos lo suponen. Muchos dicen que es hijo de los dioses. También oirás que el demonio domina su cuerpo, que ha sido traído por las criaturas malignas del bosque y que posee poderes inexplicables y oscuros provenientes del lado de la muerte.

—¿Y tú qué crees, maestro?

—Yo no creo, Suiseki. Lo he visto dentro de mí. Ese niño es la esperanza del hombre, y solo los que podemos ver luz en nuestro interior lo percibimos.

—Yo no lo siento, maestro —respondió Suiseki con resignada pena.

—Lo verás, Suiseki, lo verás. Él ya está en ti y tú has sido elegido para ser su mano derecha, no lo olvides.

El alumno había saludado al maestro con respeto y se había retirado a sus aposentos en silencio y pensativo.

Todavía recordaba aquellas conversaciones.

—*Somos los guerreros más refinados de la tierra, que siempre hemos luchado por una palabra olvidada: honor. Buscamos la perfección interior entregándonos con constancia a nuestro cometido. Pero recuerda siempre que solo la disciplina te llevará a cumplir con tu misión.*

—*¿Y si fracaso, maestro? ¿Seré un Ronin?*

—*Tu Señor no se avergonzará de ti.*

—*¿Cómo lo sabes, maestro?*

—*Siente los espíritus de nuestros antepasados, que protegen este lugar. Aunque es probable que nunca lo llegues a comprender, sabes que están ahí, así que cuando zozobres, piensa que el tiempo no existe, busca este lugar y encontrarás de nuevo la paz.*

—*¿Y si soy yo el que no soporta la deshonra?*

—*Solo el camino del samurái conoce su verdadero destino. Entonces, nada podrás hacer.*

Durante el viaje, había comprendido por fin el verdadero significado de aquellas palabras.

—*¿Cómo llegaré hasta él, maestro?*

—*A su tiempo, cuando estés listo, tras una nueva señal, partirás y peregrinarás durante más de un año. La flor de loto será tu guía en oriente. En occidente, por la flor de lis preguntará, la buscarás y a ella servirás para así no malgastar tu vida. No busques en el jardín, porque te perderás y no encontrarás el camino del guerrero.*

—*¿Y cuál es mi verdadero camino, maestro?*

—*Irás con Él. Le serás fiel y leal, pero serás uno más, pues un verdadero samurái no se atribuye méritos ni honores impro-pios. Y le servirás. Él ha vuelto para poner fin al crimen y a la impunidad, a devolver la justicia y el equilibrio al mundo. Cuando una ofensa no se restaura los cielos se nublan, y por eso existe la muerte, para cerrar el círculo del mal. Contigo, nuestra estirpe dejará escrita la página de nuestros actos, para que el mundo sepa quiénes somos y lo que significamos. Contigo, nuestro honor quedará limpio al fin. Y no ha de preocuparte si llega tu hora, pues todos los hombres de bien estarán orgullosos de ti y de los nuestros, y recordarán tu nombre durante siglos.*

—Rendiré mi vida a Él, maestro. Y le seguiré hasta el fin. Será un honor, llegada la hora, acompañar a mi Señor en su último viaje y hacerme el seppuku.

Su pelo negro azabache con tonos azulados, como de noche estrellada, había crecido durante aquel largo viaje. Sobre el hombro portaba una sencilla y alargada mochila de tela marrón y boca acordonada en la que escondía su kimono samurái y su catana. Nada más llegar al Viejo Continente, se hizo con el hábito franciscano, que vistió siguiendo las instrucciones del viejo pergamino que Dominí le había hecho llegar justo antes de su salida. El mismo y polvoriento hábito que vestía ahora delante de la Cruz de Ermelo, lugar sagrado de los templarios cuyos espíritus le habían llamado como si fuera el último de ellos. Allí sintió la fuerza del guerrero de Dios fusionarse al suyo y aceptó el legado de su cruzada desenvainando su espada samurái juramentándola. A su pie, plantó en la tierra arenosa una semilla de flor de loto en señal de ofrenda que al irse siguiendo al sol que le llevaría a Jesús, brotaría.

Al llegar a Liliun, cansado de tan largo viaje, meditando delante de su entrada, se dejó ir en su cuerpo y el Zen empezó a elevarle. Jesús que al otro lado jugaba con Lys y Raquel, paró de repente. Despacio se acercó a la puerta, cerró los ojos y acarició la inscripción tallada de la flor que daba símbolo a la aldea. Los dos se sintieron. La hoja se abrió sola, desplazándose lentamente. Después, se encontraron frente a frente. Abrieron los ojos y se miraron, curiosos y radiantes. Los demás, expectantes, se acercaron. Belshazzar hacía señales de calma con las manos. Había reconocido a Suiseki.

—¡Mi Señor! —pronunció el samurái, admirado, al tiempo que se postraba a sus pies para manifestarle su respeto.

—No sé quién eres, pero me gustas y quiero que te quedes —le dijo Jesús, obligándole a levantarse y agarrándole las manos con fuerza.

—Soy Suiseki. Vengo desde el antiguo Japón para seguirte allá donde vayas y en la vida que estés, aquí o en la muerte. Llevo en mí el espíritu del samurái.

—Sabes viajar, ¿verdad?

—Hasta llegar aquí he conocido muchos lugares, Señor.

—No soy señor, soy un chico. Y me llamo Jesús.

—¡Sí, claro! —le respondió Suiseki, extrañado.

—¿Qué es un samu – rrai?

—Un guerrero, Señor. Digo, Jesús. Aquí tienes mi catana; desde ahora es tuya también.

—Será mejor que la guardes por el momento, Suiseki —le ordenó amablemente Belshazzar mientras le guiñaba el ojo. Suiseki, desconcertado, obedeció.

—Tiene miedo a que me haga pupa —añadió Jesús con sorna—. ¿Y dónde está Japón?

—A muchas jornadas de aquí, allá donde nace el Sol.

—No entiendo cómo has podido venir de tan lejos para quedarte conmigo a jugar.

Jesús le abrazó fuerte, con una ternura especial, aunque su mente aún no era capaz de comprender lo que su amigo había hecho por él.

En aquel momento, le abrí los ojos y le hablé al oído, y entonces comprendió.

Hordos examinaba pensativo el mapa que tenía extendido sobre la mesa en la que su antepasado, el Comisario de Betanzos, había firmado la sentencia ejecutoria contra *las nueve brujas*. De pie, con las palmas apoyadas sobre el tablero, observaba las fichas distribuidas sobre él.

Su férrea disciplina y no haber dado concesiones le había dispensado obtener un ejército de Monjes Negros distribuidos por la inmensa mayoría de pequeñas parroquias, feligresías, monasterios y abadías católicas de las poblaciones más abandonadas en toda Europa Central. Algunas de las misiones podrían en breve conquistar una parte de América del Sur. Tenía pendiente introducir sus huestes en las ongs cristianas destinadas a África, solo era cuestión de tiempo.

Había diseñado un plan estratégico perfecto. Lástima que su padre no viviera para verlo. Aunque quizás era mejor así. Nunca se había caracterizado por su generosidad, precisamente. Era duro el precio que tenía que pagar, oculto, fuera del alcance de los ojos del resto de la humanidad, allí en el subsuelo de la Catedral de Santiago. Pero era justo lo que recibiría a cambio: Dominaría la iglesia y a toda la cristiandad.

Cierto era que aún que no había iniciado su cruzada contra la iglesia anglicana y protestante. Ya habría tiempo después de que cayera el papa. Ese sería su primer y gran objetivo: ser el sucesor legítimo de San Pedro, aunque fuera por

las armas. Pronto sería ya.

Entretanto, había que seguir fustigando con sus lobbies al laicismo exacerbado. Distrería a los poderes políticos, económicos y mediáticos para convertir a la sociedad en un enjambre de frivolidades y materialismos.

Todo estaba saliendo al detalle. Las grandes potencias occidentales caerían víctimas de su propia ignorancia al despreciarle y centrar sus miedos en los radicalismos yihadistas. Rusia, China y la India no intervendrían interesadas en su derrumbe, aguardando pacientes a recoger la herrumbre que de sus rivales quede.

Sus ojos malignos no apartaban la vista de un lugar señalado sobre el mapa con la figura de un soldado de plomo uniformado de negro: Oriente Medio.

Los Hijos del Profeta lo dominaban casi al completo. Solo Israel se les resistía. La tierra de Cristo gobernada por los que le crucificaron. Una náusea repugnante le empastaba la boca. El ejército judío apoyado por Occidente resistía impertérrito.

Había llegado la hora de pactar con el enemigo. Unir a los Hijos del Profeta con los Monjes Negros supondría la culminación de sus planes. Acostumbrado a pactar con el diablo, la idea de formar una alianza que removiera los cimientos de la tierra empezó a enajenarle.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Los primeros años, del libro tercero de Jesús por Belshazzar.

Fui lo que el destino quiso que fuera. Ni siquiera lo desafié. Como buen antropólogo que me preciaba, conocía las doctrinas que lo acompañaban en las diferentes edades y sociedades del hombre. Y aunque seleccionaba con esmero un poco de cada una, no terminé de encajar una tesis que me convenciera definitivamente... hasta que, aplicando los más ignotos secretos de mis ancestros y sus ciencias ocultas, se le dio a mi desconcertada esencia, el misterio de la llegada de Jesús.

Me quedé sin respuestas. Solo sé que desde entonces creo ciegamente en que el mío está atado a los cielos infinitos, y espero ansioso el día en que el Señor, mi dios, sea cual sea su nombre y su color, me lleve a su vera. Lo que tuve que hacer lo hice y a ello me entregué.

Tuve la dicha de verlo dentro de mí y de no preguntar, solo cumplir con él. Esto no me hace más valiente ni mejor que nadie, también lo sé. Pero ahora que el ocaso de mis días está más cerca, la armonía danza, lenta y bella, en lo más íntimo y profundo de mí. Y el devenir sucesorio de lo que fuera mi encomienda se presenta imborrable e imperturbable delante de mí, con gozo y mucha añoranza.

Sí, así fue: Yo fui el mentor de Jesús. El Señor me concedió ese privilegio. Orgulloso estoy por ello.

Difíciles fueron los comienzos.

María se había ausentado como madre. Simplemente no estaba. Tampoco sabía cuándo podría volver. Yo todavía no la conocía lo suficiente para poder valorar. Sin embargo, fui capaz de presentir su fuerza interior y aquella voluntad que luchaba a horcajadas con ella misma.

Jose no sabía qué hacer. Se encontraba perdido. Tardó mucho tiempo en entender que para poder ayudar a su mujer primero tenía que cicatrizar sus propias heridas. Y esto le costó tener que atravesar los desiertos de su propio yo. Solo la fuerza del amor a María conseguiría que sobreviviera. Y un poco de milagro pienso que hubo, que hasta llegó a tocar fondo algo más allá de los propios infiernos.

Una monjita cristiana fue mi muleta con la que pude caminar. Y una gitana de carácter indomable, nuestra cómplice necesaria.

El resto, simplemente se acoplaron. Hicieron que todo me fuera más fácil, entregados a una misma causa y otorgándome plenos poderes, en relación a los cuidados y la educación del pequeño Jesús.

Quiero hacer una mención especial para mis hermanos de escrituras, Melchor y Gaspar. La vida nos unió para siempre. Inseparables, silenciosos y fieles. El primero fue mi mejor escudero hasta que todo terminó y regresó al lugar del que había partido, el destino después le tendría reservado un papel que, oscurecido por mí, con Jesús se le negó. El segundo que nunca dejó de azuzarme en lo espiritual; hoy descansa aquí en paz, en Petra, la ciudad de piedra, donde yo nací y a la que él quiso venir como última morada. ¡Cuánto los echo de menos! Espero que mi dios tenga a bien reunirme con ellos cuando mi luz se apague para siempre.

Amables son los recuerdos que tengo de aquellos años pasados en Liliun y de todos los que estuvieron allí, conmigo, y al lado del maestro. Pero rato habrá para hablar de estos últimos y de sus pensamientos.

Me había preparado con tesón especializándome en defectología. Dominaba a la perfección las técnicas de la fisioterapia, del habla y del lenguaje, de las necesidades ocupacionales y también, de las emocionales y conductuales. Después de los primeros años, estas fueron acompañadas necesaria y obligatoriamente de las convencionales educacionales que cualquier otro niño normal hubiera recibido por su profesor en la escuela.

Sí, también fui su maestro, tutor y protector.

En mis oídos todavía retumban los primeros llantos de Jesús. Desde que llegáramos a Liliun, diariamente, ya de mañana, nada más levantarlo, mis adustas manos le infligían un severo masaje por sus extremidades y le apretaban con fuerza, sabiduría y experiencia el diafragma. Jesús lloraba exasperado hasta impar. Los días iniciales fueron duros. El bebé no cesaba en los estruendos de sus protestas. Poco a poco fue cediendo. En particular, cuando María y Jose, sus padres, le sujetaban. María le acariciaba la carita limpiándole los lagrimones que soltaba y Jose le susurraba despacio gorgojos cariñosos al oído. El pequeño reaccionaba mejor con aquel pequeño hilo que aún los unía. Pero fueron las manos habilidosas de una mujer las que le calmaron definitivamente. Clío poseía un don único. Suaves y rápidos, sus

dedos se deslizaban por la fina piel de Jesús y este le miraba extasiado. Después, al terminar no paraba de reír.

Esto me fue dando mayores fuerzas. Era importante que Jesús no sintiera ansiedad para irle quitando el mal del susto que padecen todos los recién nacidos como él. Clío le proporcionaba ese imprescindible plus de alegría que yo no hubiera sabido darle.

Pronto empezamos con el balón grande. Primero lo perseguía a gatas, después se tiraba manoteando a por él, luego llegaron las volteretas hasta que poco antes de los dos años ya se movía solo. Faltaba andar. Esto le llevaría un año más. Ahí vendrían las risas y sonrisas continuas de todos contemplando su caminar de patito feo.

Sus funciones sensoriales fueron más rápidas. Ya en los primeros meses asociaba los sonidos buscando con la mirada. Enseguida reconoció las voces y los nombres de los que estábamos a su alrededor, y no tardó nada en intentar llamarnos con sus balbuceos. Estoy convencido que la leche que su madre le proporcionaba como alimento le ayudaba a ello, debido a que al amamantar, fortalecía los músculos de la boca.

Algo que me sorprendió sobremanera fue el agudizado desarrollo que había tenido su vista. Sabido es que la mayoría de estos niños suelen nacer con ella en buena medida deficiente. Jesús sin embargo no fue el caso. Y si en algo no parecía que tuviera síndrome de Down, era en esto. Diferenciaba la red cromática prácticamente igual que una persona normal.

Jesús iba creciendo. Yo le estimulaba intentando comunicarme con él. Le enseñé a hablar por señas. Nos reíamos mucho, si algo tenía de especial era su simpatía y gracia. Siempre estaba de buen humor y esto nos hacía germinar una esperanza especial en todos nosotros.

Cuatro años. Demoró mucho sus primeras palabras, pero después no paró. Tras aprender a diferenciar las vocales y el resto de las letras, de seguido iniciamos las primeras clases de lectura. Tanto le gustaban que no se cansaba de que le contaran cuentos. Y después no quería dormirse. Así aprendió el significado de las cosas y a no parar de decir la palabra que mejor se había acoplado a su boca: ¡No!

Comenzó a hablar fluido, sin parar. Era como una esponja que todo lo absorbía. Su ansía de aprender no tenía límites ni sabía, ni quería saber del espacio y del tiempo. Era incansable y jugaba continuamente.

Imitaba todo lo que hacíamos, así que había que tener cuidado de no hacer algo peligroso o inoportuno. Un día escuchó y vio a Tadeo cantar un rap mientras se afanaba en una pequeña huerta que se había trabajado a fin de entretenerse. Jesús le copió al milímetro sacando a relucir sus dotes como *showman*, mientras se tomaban las uvas de fin de año, aquellas navidades. Había visto en una película como un chico le daba un beso a una chica. Y el hizo lo mismo. Se fue todo ufano junto a Lys y le besó en la boca ante el estupor y posterior aplauso de los mayores. Miró para sus padres, enfrentados ya en polos opuestos por aquel entonces, y un ademán de cierta incompreensión se le escapó. Yo sabía que ansiaba verlos juntos, y aunque no entendía ni comprendía lo que pasaba, a veces parecía dar la sensación contraria. Fue la única vez que le vi hacer un mohín triste.

Cada navidad era un espectáculo verlo disfrutar con los juguetes que en función de mis objetivos yo mismo seleccionaba. Y que a bien enviaba su hermana Jumala desde las tierras de nuestro contemporáneo Santa Klaus. Con cinco añitos, aquellas pascuas, los «reyes» venidos desde Laponia le trajeron como obsequio un triciclo. No fui capaz de contar las veces que derrapó por los pedregosos caminos de la aldea. Todo era vital y feliz en él.

Pero no solo era él el que esperaba aquella fecha con la ilusión impagable de un niño. Sus coetáneos, Lys y Moisés, también. Los hermanos, Raquel y David, la primera iniciando la adolescencia y el segundo ya buen mozo, lo vivían de modo distinto.

Así fueron forjando sus personalidades. Las primeras pelotas y balones, los juegos de atención y memoria, los disfraces y las muñecas. Porque por más que intenté no generar estereotipos, la dulce y cariñosa Lys llevaba en los genes los vestidos de princesita y las pelonas de trapo. Solo cuando creció y yo ya me había rendido los guardó en el baúl de su habitación para siempre.

El bueno de Moisés, recuerdo bien, no protestaba nunca. Pronto decidimos que el lote sería conjunto, a fin de cuentas, lo importante era compartir. Mucho carácter de la capitana no tenía. Poco traté a Jacobo, su padre, pero evidentemente que era un bendito. Estaba claro que había puesto todo el empeño cuando lo gestó.

Luego, de más mayor toda su locura era pegar patadas al balón y convencer al resto, incluidos los mayores, para formar equipos y jugar algún partidillo. Porque lo de estudiar, como Lys, mejor ni lo comento.

Todo lo contrario de los hijos de Rosalía, ansiosos por aprender. Raquel tardó un poco más que su hermano, pero después le empezamos a llamar «coquito». Y eso que la primera vez que su regalo fueron libros bien que me reprendió. Era muy inteligente. Igual que David. Quizás, menos reservada que él. Aquí tengo que decir que el árbol genealógico no se cumplía. Sus padres, Rosalía y el difunto Mateo, no pecaron de falta de labia y simpatía, siendo muy extrovertidos los dos. Estoy seguro que los avatares de aquellos tiempos en la edad más complicada forjaron sus personalidades así. Sin más amigos que aquellos, supieron adaptarse al medio. Disfrutaban con el ajedrez y la lectura, y cuando llegó el momento, en los últimos años, «maquinitas» les dejó volar por la red en busca de conocimientos mayores y del famoso y deseado exterior.

Pasados ahora tantos años, solo puedo decir que los echo de menos y que fueron buenos alumnos, tan buenos como los hijos que nunca tuve.

Jesús acababa de abandonar su cuna por una cama nueva. Para él fuera todo un descubrimiento. Colocada a posta sobre un altillo, había unas pequeñas escaleras que tenía que escalar para llegar a ella. No solo no fue inconveniente alguno para él, sino una meta más a batir.

Morder su primera fruta, un plátano, se transformó en un acto solemne y de fiesta en toda la aldea. Con la terapia ocupacional fui enseñándole habilidades para comer, para vestirse, para escribir y hasta para saber qué hacer en cada momento y por qué. Quise que fuera al mismo tiempo que el manejo de sus propias emociones. Sabía que, si encontraba satisfacción en lo que hacía, le evitaría la frustración que le podía invadir por los efectos de su discapacidad.

Así, de los cinco a los ocho años, Juan, el «maquinitas», se convirtió en uno de mis mejores colaboradores. Entendió perfectamente mis necesidades creando para mí infinitas aplicaciones que hicieron de mi trabajo algo sencillo. Gracias a sus locos algoritmos Jesús aprendió los números y sus primeras nociones matemáticas con cinco añitos. Con seis ya dibujaba mapas. Con siete estudiaba historia.

Y con ocho descubrió quién era.

Para no variar, tras un encargo mío, Foma consiguió ampliar a tamaño poster las fotos de Jesús por cada cumpleaños. Las fuimos colocando a modo de exposición por todos los caminos de la aldea.

«Nací en un pequeño pueblo de Portugal, llamado NAZARÉ. Soy HIJO DE

MARÍA Nova Y JOSÉ Argo. MI NOMBRE ES JESÚS Y TENGO SÍNDROME DE DOWN. Y sí, yo soy la esperanza para el mundo».

Jesús estaba obnubilado viéndose así mismo. María y Jose se miraban de soslayo con lágrimas escurridizas cayendo por sus ojos. Supongo que los recuerdos, los buenos, los malos, los aciertos, los errores, los besos, el amor y el desamor se revolvían en sus corazones. Nunca lo supe. Nunca se lo pregunté. Pensé que era mejor que se lo guardaran para ellos, en lo más íntimo, como un tesoro personal y único.

—¡Bel! ¿Quién soy?

Me preguntó curioso y autoritario.

Yo tenía miedo, no quería asustarle. Lys a su lado le agarró con vehemencia la mano, igual de nerviosa, esperando mi respuesta y mirando para todos expectante.

A lo largo de aquellos años había tenido especial cuidado en no saturarle, sabía lo peligroso que podía ser. No quise cruzar líneas rojas con él. Así que había sido muy prudente, tanto en lo físico y motriz como en lo psíquico. Busqué siempre la medida exacta, incluidos los conocimientos que le impartía. Pero había llegado el momento, el instante crucial en el cual todo se podía venir abajo o significar el éxito de una misión difícil, casi imposible, pero preciosa.

—¿Y tú quién crees que eres? —le respondí con otra pregunta esperando su reacción.

—¡No quiero jugar ahora! ¡No ahora, Bel! —Nunca lo viera enfadado. Me había dejado sorprendido. —¿Quién soy, Bel?

Insistió.

—¿La verdad?

—¡La verdad!

Fue categórico. El resto, es decir, todos, estaban ansiosamente atentos. María miraba para mí, enigmática y pensativa. Cerré los ojos y me dejé ir. Pedí sabiduría al Señor y hablé.

—Eres el hijo de la promesa, el esperado, aquel que viene de los cielos.

—Bel... No te entiendo...

Me reprendió. Me estaba pidiendo que se lo dijera en su lenguaje. Espiré

profundo y lento.

—¿Recuerdas lo que te he contado sobre el papá de todos los hombres?

—¿El que puede hacer lo que quiera sin que nadie le riña? ¿El que llamas... Dios?

—Ese, sí ese.

—¿Qué le pasa ahora conmigo? ¿Está enfadado?

—¡No, claro que no! —me rascaba la barba de tres o cuatro días mientras buscaba las palabras adecuadas. —Verás Jesús, Él es el papá de todos nosotros. También el tuyo.

—¡Yo ya tengo papá!

—¡Lo sé, Jesús! ¡Y es cierto, Jose es tu papá!

—¡Je, je, je...! ¿Ves, Bel? ¡Lo pone en los carteles!

Me confirmaba señalándome con su índice derecho uno de los grandes *photocalls* que se erguían en los caminos de Liliun. Su lógica funcionaba a la perfección. Comencé a sudar.

—¿Por qué estás... nervioso?

—Es que no es fácil explicarte quién eres, hijo.

—¿Entonces no soy el hijo de Dios?

Alelados nos había dejado. Yo boquiabierto y sin palabras.

—¿Cómo sabes eso, cariño? —acertó a preguntarle Clío, su «tíita».

—Se lo escuché un día decir a mamá. Y no sé si es bueno, pues se enfadó con papá.

María suspiró tapándose la boca con la mano asombrada y sintiéndose culpable. Yo miré para ella casi impotente. El silencio era inmenso. No teníamos palabras para él y nuestros ojos eran una mezcla entre la admiración y la tristeza.

—Debe de ser malo entonces. Estáis muy callados.

—Nada de eso, hijo, solo que nos has sorprendido.

Fue mi amigo de venturas, Gaspar, quien con voz templada y cálida recuperaba el control.

—Un padre siempre es bueno con sus hijos.

—Pero yo no lo entiendo, Gaspi. ¿Cómo podemos tener y querer a dos papás?
Gaspi, que era como el niño le llamaba, sonrió emocionado.

—Todos los tenemos. Uno es el hombre y el otro es... ¡mágico!

La ocurrencia de Gaspar hizo reír con estrépito a Jesús. Así estuvo un buen rato. A mí se me había pasado el sudor, María estaba tranquila y el resto se alegraba por ver despreocupado a nuestro «maestro».

—¿Entonces yo también seré mágico?

Nos espetó sin más.

—Ya lo eres, Jesús.

La respuesta se la dio Marta, la hermana de la capitana. Esta se acercó a él, lo agarró de las pequeñas manos y postrándose se las besó.

—Ayudarás a los hombres a reírse y a ser mejores entre ellos.

Jesús la miró dulcemente con sus ojos rasgados color miel y la abrazó con fuerza, mucha fuerza.

—Pues cuando sea mayor y sepa, os contagiare mi magia.

Y mirándome fijamente, me preguntó sin más:

—¡Bel! ¿Si soy Dios puedo hacer lo que me dé la gana?

Pasmado me quedé.

—Pero dile a Dios, que... lo de papá, vale, pero lo de tener otra mamá, ni hablar.

María se le acercó despacio. Cuando llegó a su altura, se abalanzó sobre él y sollozando, le dijo:

—¡Claro que no, hijo!

Jesús entretanto soportaba los besos de su madre, había buscado a su padre. Cuando cruzó su mirada, le hizo un guiño cómplice. Con tierna y delicada suavidad se fue deshaciendo del nudo que los brazos de su progenitora habían formado sobre él. Y como si no fuera la cosa, volviendo a retomar la mano de Lys, se me acercaron de nuevo, colocándose a un paso de mí, frente a frente. Reconozco que todos nos habíamos relajado. Yo el primero. Así que lo que nos pidió a continuación nos pilló ciertamente desprevenidos.

—¡Queremos que nos contéis la historia del otro... Jesús!

Todos nos mirábamos escépticos. Había sellado un pacto tácito. Nadie le

había hablado del anterior. O eso es lo que habíamos creído... hasta ese momento.

—¿Quién te ha dicho....?

—¡Fui yo! —respondió Lys, muy nerviosa. —Papá y Clío me han enseñado el... catecismo.

Todos giramos las cabezas a la caza de los «culpables». Iban a decir algo, pero creo recordar que hice un gesto violento con la mano pidiendo silencio y estoy seguro que el fulgor rabioso de mi mirada ayudó a terminar de amilanarlos.

—Solo quiero saber en qué nos parecemos —dijo muy despacio como para que le prestáramos mucha atención y tras una ligera pausa nos espetó de súbito: —¡Tengo derecho!

No sabíamos si reír o llorar. Era tal la espontánea ingenuidad que desbordaba su ser que nos abrumaba de dicha.

—Bueno, será mejor que empieces tú, Mel, —a todos nos había acertado el nombre, le encantaba llamarnos por el diminutivo— que tu amigo Bel, hoy no está para contarnos un cuento... y dentro de poco hay que ir a «mimir».

Como un resorte, todos le hicimos corro a Melchor. Sus ojos grises nos demandaban una solución. No nos portamos bien. Lo confieso. Nos hicimos los locos. Ninguno de nosotros queríamos lidiar aquel trance. Jesús y Lys se le arrimaron y le hicieron agachar la cabeza. Lys le besó tierna en la mejilla. Él le acarició su mata de pelo rubia y oscura. De seguido, los dos se sentaron a un par de metros de sus pies esperando que diera comienzo la función.

—Un momento, Mel.

Le había requerido Raquel que llevaba a Moisés agarrado de la mano mientras este gritaba a modo de orden:

—¡Espera que ya vamos...!

Se sentaron sumándose a Lys y Jesús. Su hermano David también se agregó sin más demora. De este modo, los hijos de Rosalía casi adolescentes ya, un Moisés bien crecido y la inseparable pareja, se habían otorgado el placentero papel de espectadores. Melchor medio acongojado en el centro y el resto, como si se tratara de actores secundarios, por detrás de él haciendo círculo.

Empezaba a oscurecer.

—Hace mucho, mucho tiempo, en un país muy lejano una estrella grande y brillante se convirtió en la guía de muchos hombres buenos...

Ignoro de dónde extrajo la imaginación el «mago», pero sin duda que atinó. Los niños se dejaron llevar.

—...Tres augures la siguieron desde el remoto Oriente hasta que ella se posó sobre un humilde portal en un pueblecito llamado Belén. Allí había nacido el niño de dios: Jesús, hijo de María y de José.

—¡Como yo! —gritó feliz nuestro Jesús.

—Hasta él se acercaron a adorarlo y dejarle sus mejores regalos cientos de hombres y mujeres que se encontraban por aquellos días en el lugar. —Gaspar inteligente y solidario le tomó el relevo en la narración a Melchor. Esto nos obligaría a participar a todos en un relato que no por viejo se convertiría en improvisado y original. —Los magos le habían llevado oro como rey, incienso como dios y mirra como hombre.

—¡Como a mí! —Y nos miraba a los tres, alegre y sorprendido.

—Pero el malvado Rey Herodes temeroso de que el niño dios le quitara su reinado... —enigmática y siniestra, como él, la voz del «curita», continuó el relato, con la parte más apropiada, diría yo —...mandó matar a todos los recién nacidos. Un ángel del Señor avisó en sueños a José y consiguieron huir a otro país.

—¡A Liliun, por supuesto!

Nos echamos a reír. Jesús era todo ocurrencias. Isaac, uno de los gitanos de Esther, prosiguió:

—Como extranjero Jesús fue creciendo hasta que Herodes murió y pudo regresar a su tierra...

—Jesús era un niño muy listo y pronto fue al templo a hablar con dios, su papá... —danzando levemente a su alrededor Sara, fue la siguiente. Los gitanos, sus protectores, habían tomado el hilo conductor del cuento. Julio le siguió.

—Y los sacerdotes quedaron maravillados con él...

—Y llenos de envidia, también —sentenció Aarón.

—Pronto haría su primer milagro... —acompañado de un beso al aire, Begoña observaba a los jóvenes todo emocionados con la historia.

—¡Convirtió el vino en agua! —exclamó Marcos mientras revoloteaba en el pelo de su hija.

—¡Ahhh...! —suspiró Jesús. Lys le agarraba cada vez más fuerte el brazo hasta hincarle las uñas en la piel.

—Fueron pasando los años hasta que Jesús se hizo mayor y partió dejando atrás su hogar... —medio sollozando su madre se atrevió a decir mirándole con tristeza a los ojos. Jesús no contestó. Calló como si ya supiera que él también lo haría.

—Viajó hasta un río llamado Jordán y allí al bañarse en sus aguas se consagró ante Dios, su padre, que le habló delante de los hombres —Clío casi oraba al decirlo. Los niños abrían los ojos admirados. Jesús comenzaba a mostrarse pensativo y reservado. Mis alertas se pusieron prestas. Pero una voz metálica lo renovó.

—Con ayuda de las estrellas viajó por cientos de lugares e infinidad de ciudades y aprendió a hablar con su Padre —«maquinitas» le mostraba a Jesús la pantalla del *Ipad* y este exclamó:

—¡Alba!

—Sabes, cielo, que yo siempre seré la estrella que ilumina tus noches —le dijo afable y melancólica. Y un tanto afligida convino: —No me podía perder este momento...

A Jesús no le dio tiempo a reprocharle o preguntarle, pues con diligente premura la capitana salió al quite y continuó el relato:

—Conoció a hombres sabios y escuchó a los más débiles y necesitados, a los enfermos y a los flojos de corazón.

—Y al igual que mis palomas mensajeras empezó a llevar un mensaje de amor a todo el mundo —le acompañó de seguido Dominí. Jesús callaba y miraba meditabundo y alejado a cada nuevo narrador. Tengo que admitir que me había empezado a preocupar y que la tensión me estaba comenzando a superar. Pero no tenía ya elección y debía dejar correr los acontecimientos. Dios había dispuesto y yo no era quien para someter sus designios a ningún juicio de valor.

—Iba de población en población buscando a los que después serían sus amigos inseparables para siempre —Juan prosiguió al tiempo que, haciendo una reverencia, daba paso a Matthew.

—Un buen día se encontró con un hombre de nombre Mateo...

—¡Como tú! —no le dejó terminar. María, Clío y yo nos miramos asintiendo con la cabeza. Aquella expresión significaba mucho. Era como si nos dijera: «¡Tranquilos! Estoy preparado». O eso pensamos en aquel momento.

—Cierto, Jesús. Como yo. Un hombre egoísta y cruel con los demás. Mateo les quitaba lo poco que tenían para vivir... —Jesús le enfrentaba la mirada ansiosa, anhelante, por descubrir el desenlace.

—¡Deja todo y sígueme! —Jose clavó sus ojos y aquellas palabras en su hijo.

—Y todo lo dejó Mateo por Jesús, como nosotros por ti... —Santiago agarró con fuerza el hombro de Jose, su amigo, mientras le asentía con la cabeza.

—Uno a uno, Jesús eligió a los doce que le acompañarían hasta el fin. —Suiseki se postró al terminar su frase.

—¡Algo falla! —exclamó Jesús.

—¿Por qué, mi Señor? —le preguntó el samurái extrañado.

—Yo no os he elegido. A ninguno, que yo recuerde. Sois vosotros los que me habéis elegido... —habló con singular dulzura y emoción.

—El Padre nos llamó a todos. Utilizó su poderosa magia, el nombre por el que cada uno le llamábamos o rezábamos y la señal que sabía que seguiríamos sin dudar. Y como los anteriores, aquí estamos, para servirlos y... amarlos, y... —mostrando una pícaro sonrisa Tadeo echó a bailar su látigo. —...defenderos de los «oscuros».

—¡Me has asustado, Ta!

Jesús se había agarrado con fuerza a Lys que se reía estridentemente ante la súbita cara de miedo que se le había quedado a este. El resto acompañamos las risas y el gracioso de Foma encontró su hueco y momento. Se arrodilló y extendiendo los brazos en cruz, le guiñó cruel un ojo:

—Y todos creyeron en él. Yo también.

—No mofa, Foma —le gritó enfadado. Todos callamos un segundo frío hasta que Jesús repitió desternillándose: —¡No más mofa, Foma! ¿Tú creer? ¡No te lo crees ni tú!

La cara del ruso fue de circunstancias y el estallido fue general. Con lágrimas en los ojos y rompiendo el alboroto general, Begoña, la gitana, se acercó lenta y sinuosa a Jesús y acariciándole la mejilla le dijo:

—Durante tres largos años fue viajando por todo Israel haciendo el bien a las gentes y hablándoles de Dios...

—...dicen las viejas escrituras que curó a muchos enfermos, que dio vista a los ciegos y que su voz hasta los sordos la pudieron oír. —Rosalia habló mientras sus ojos se posaban en su Matthew, su nuevo amor.

—¡Lázaro: levántate y anda! —Con voz potente intervino Inés. —Y Lázaro anduvo. La palabra de Jesús devolvió la vida a su amigo, que volvió de entre los muertos.

—Yo también lo haré —aquella frase nos impactó a todos. Fue un pequeño susurro, pero perfectamente perceptible. Sus ojos se quedaron fijos en dos de sus apóstoles: Jewish y Suseki. Nunca comprendimos el verdadero significado de sus palabras. Solo el tiempo nos las traduciría y nos descubriría su profecía.

—¿Me llevarás contigo, Jesús?

Las turbadas pupilas grises mar de Lys le interrogaban. La pregunta nos pilló desprevenidos a todos, no solo a Jesús. Ni un sonido. Ningún movimiento. Nadie respiraba. El silencio rasgaba el aire.

—Jesús... ¿también tenía novia?

—¡Sí! Y se llamaba María Magdalena —le decía Lys apretándole las manos con fuerza.

—¿Querrás ser mi novia, Lys?

—¡Sí, sí, sí...! —le abrazaba hasta casi ahogarle.

—¡Lys! —pronunció su nombre muy suave y lento.

—¿Qué?

—¡Falta el beso! —le dijo con una sonrisa de oreja a oreja y poniendo los labios.

Lys lo besó. El silencio ya no rasgaba, hería. Y aunque contemplábamos la escena con sutil felicidad nadie sabía qué hacer o qué decir. Una vez más Jesús había dado otra lección de genial inocencia.

Solo quedábamos Antón y yo por hablar. Así que le hice una señal que este entendió perfectamente, aunque encogiéndose de hombros me manifestó que no sabía cómo tirar.

—Defensor de los más débiles, los poderosos conspiraron contra él y uno de

los suyos lo traicionó entregándolo a sus enemigos.

Todos sin excepción, incluido Jesús, miramos para Jewish que bajó la cabeza. No quise ajusticiarlo antes de tiempo así que no demoré mi intervención final.

O eso creía yo...

—Fue juzgado injustamente y condenado a...

—...morir en la cruz. —Con extrema compasión cerró la frase Jesús. Confusos todos nos hacíamos gestos con las manos, los labios y los ojos como recriminándonos por la falta de descripción de no sabíamos quién. Pero él no nos dejó aumentar en la duda: —No os preocupéis. Muchos lleváis el crucifijo encima y Bel y Juan, a veces, son algo descuidados y dejan el *ipad* encendido y sin... claves!

No sabía si fustigarme o comérmelo a besos por su inteligencia. Se me habían acabado de repente todos mis temores y solo una vergüenza contumaz por mis errores desconsolaba a mi conciencia.

—¿Y después? —preguntó con una sonrisa feliz pero seria, como si de repente hubiera crecido unos cuantos años en estatura y en edad.

Nadie, ninguno contestó. No pudimos.

Una luz increíble y maravillosa rompió sobre nuestras cabezas e invadió preciosa y suave a María. La forma etérea de otra mujer casi idéntica a ella se esbozaba sobre el aire. Una voz perfecta, un todo de armonía, le contestó mientras acariciaba con su mano la mejilla de Jesús:

—Encontraste la luz que da la vida eterna. El Padre te acogió y los hombres creyeron en ti

—¡Madre!

La luz desapareció y María lisonjeaba el rostro de su hijo.

—Era María Soliño, nuestra verdadera madre —dijo.

Días después hablé con mis compañeros Melchor y Gaspar. Sabía que los auspicios sobre Jesús se irían cumpliendo. Así que les incité para que nuestros presentes estuvieran bien protegidos hasta que llegara la hora. El oro de Melchor le serviría para recuperar la vida de aquello que más quería. El incienso de Gaspar sería quemado en lo más alto de la tierra como alabanza de su Padre. Y mi mirra embalsamaría su cuerpo mortal:

A los tres nos habían hablado las estrellas.

Hasta ahora me he limitado a contar el lado humano de Jesús niño. No solo esa era mi embajada. También tuve que impulsar su divinidad. Así que cumplida mi primera parte de la misión dotando a mi protegido de los progresos físicos y mentales necesarios, su esencia se reveló en él.

Había tomado buena nota de las profecías de Al-Aruk, aquellas que Esther había desvelado a los suyos en El Refugio y durante aquellos cinco años las estudié con minuciosidad buscando en mis arcanos conocimientos algo de claridad. Indagué en los secretos del universo y en los confines de la creación y oré a mi dios. Recitaba abstraído los nombres de los doce y sondeé el mapa de las estrellas.

Hasta que sentí la presencia de un alma. Al poco también se me visualizaría su forma humana. Una especie de monje que transmitía una inmensa paz se empezó a transfigurar ante mí. Sin embargo, no se comunicaba conmigo ni me descubriría su identidad. Revolví casi lunático entre los códigos virtuales de la sabiduría oriental hasta que recordé la filosofía del *Qi*.

Entonces intenté contactar con aquella fuerza, pero mis intentos fueron estériles. Hasta que un día sin avisar se introdujo en el cuerpo de Jesús.

Fue durante una lección de dicción. Sus ojos simplemente se fueron y su voz era otra. Azarado como estaba, aún hoy no soy capaz de recordar quién me acompañaba ni sus reacciones. Todavía puedo sentir el sosiego del asceta posándose sobre mi piel incrédula, dotándome de una entereza que había flaqueado en el resto de los presentes.

De este modo me pude comunicar con Wei, aquel de los doce que donaría toda su erudición a Jesús allá donde yo no podía llegar. Grandes serían sus enseñanzas traspasando las barreras de lo físico y de lo inmaterial. Hechizado por el hallazgo que suponían para él sus nuevos poderes, se empapaba ávido de lo absoluto de su ser.

Penetró diligente en los ojos del águila que sustentaba su nuevo discípulo, pero ante todo maestro, Wei. Aullaba como el lobo que llama a su manada. Y hasta viajó entre el espacio y el tiempo con su forma astral.

—Abre bien los ojos, Jesús —le emplazó con tono pausado en uno más de los innumerables adiestramientos. —Este es un lugar sagrado. Son las montañas de Taihang que protegen al río Amarillo. Aquí hace mucho tiempo la tierra se hizo madre y creó miles de criaturas con la esencia de la vida. Contéplalas, todas forman parte de ti. Todas, hasta la más minúscula, cumplen su misión con

la mamá naturaleza. Desde la araña que teje su tela hasta la hoja que cae cada otoño. Pertenecen al ciclo de la vida. Tú también.

—¿Qué tengo que hacer, Güei...?

—Respetarlas y cuidarlas, Jesús.

—¿Cómo?

—Observándolas, admirándolas y aprendiendo de ellas.

—Pero no sé hacer una tela de *arana*... —le protestó Jesús.

—No hace falta. Solo tienes que usar, como ahora, los ojos del águila o de tu lobo y proteger lo que el corazón de la tierra nos ha dado.

Jesús calló. Yo estoy convencido que no comprendía las palabras de mi amigo Wei, pero que las guardaba para sí esperando poder descubrir algún día lo que significaban.

—¿Quiénes son esos niños?

—Son los hijos de las montañas, los que todos los días para ir a la escuela bajan y suben las escaleras que llevan al cielo.

—¿Y por qué lo hacen? Es peligroso.

—Porque añoran una vida mejor.

—¿Viven mal, Güei...?

—Son muy pobres.

—Pues yo les puedo dar... —Wei no le dejó terminar:

—¡Esperanza, Jesús! ¡Esperanza!

—¿El caballo de mamá? —le preguntó sorprendido. —¿Trotaré con ellos entonces, Güei?

—No, Jesús. Ellos cabalgarán a tu lado algún día.

No dejaba de admirarnos. A mí todo me lo narraba con una pasión extrema. Me cautivaba como el conocimiento permeaba su naturaleza. La terrenal y también la divina. Solamente el temor al encuentro con su verdad me amedrentaba. Pero Wei hizo correctamente su papel de aliado y medía con entera escrupulosidad las dosis de vivencias y experiencias a administrar.

Jesús se convirtió al mismo tiempo en nuestro nexos con sus fieles y anunciados discípulos. Sabía de la existencia de Jumala por mi conexión con mi compañero de ilusiones pascuales Santa Claus. Por medio de las palomas de

Dominí manteníamos cordial y frecuente contacto, y nosotros, los «magos», de común acuerdo, habíamos delegado en él el papel que nos otorgaba la historia, con los regalos de cada navidad.

Pero fue a través de nuestro querido niño y de los ojos de su entidad lobuna como conocimos a la leal esquimal sami. La misma que no desfallecería nunca hasta conseguir dibujar la eterna sonrisa de su «maestro» y que se convertiría en el símbolo inequívoco de la revolución del hombre.

—¿Qué haces, Jesús? —le gritaba Jumala corriendo detrás de él.

El lobo escapaba con uno de sus esquís agarrado entre los dientes. La esquimal jadeaba a pesar del frío glacial. Antes de alcanzarlo había resbalado en un par de ocasiones deslizándose por las capas de hielo que levemente la nieve cubría al inicio del otoño lapón. El gorro de lana se le había soltado dejando ver su melena del color de las castañas. Resoplaba exhalando un vaho nítido por sus finos y rojizos labios mientras sus azucarados ojos ocre se erguían enfadados buscándolo. Cuando al fin lo encontró, el lobezno había escarbado en la blancura que formaba un pequeño montículo enterrando el esquí. Acurrucado lo defendía con vista suplicante.

—Eres muy travieso. Devuélvemelo, anda. No seas malo.

Pero Jesús aulló bajo y lastimero.

—¿Qué quieres?

El cachorro le lamió la mano y arañaba con la pata la nieve removida mientras jadeaba.

—¿Unos esquís?

El animal comenzó a saltar alegremente sobre ella confirmando su deseo. Jumala sonrió asintiendo a la petición. Aquella pascua, antes de cumplir los ocho años, cercana ya su primera salida de Liliium, la sami, cumplió su promesa.

Una vez más la clarividencia de Jesús me abrumaría. Los designios de su yo superior le precedían de continuo. Mi finita mente se fascinaba ante ello. Digo esto porque todos pensábamos que lo que él pretendía sencillamente era divertirse en los parajes nevados que rodeaban a nuestro hogar. Lejos de saber la verdad, la realidad era otra.

Foma, avezado en sus campañas siberianas, enseguida se prestó como instructor del pequeño. Al principio creímos que su sentido del equilibrio

flojeaba. Pronto nos dimos cuenta de que su terquedad vencería las dificultades iniciales y los múltiples aterrizajes forzosos que su cuerpo tuvo a bien soportar. También nuestras sigilosas y escondidas risas que nos reprendía con ese bravo carácter que de vez en cuando asomaba en él.

Tras duros y constantes entrenamientos Jesús se deslizaba por la blanca superficie con relativa soltura y su monitor no se demoró en realizar alguna incursión por los parajes de los montes que tan bien nos protegían de nuestros enemigos.

A Wei y a mí nos arredaban aquellas expediciones. Al menos logramos imponer ciertas restricciones y condiciones. Jesús no podía salir si el *Qi* de este no estaba presente en él. Y además siempre iría acompañado por Esther y sus hombres. Santiago, Tadeo, Suiseki el samurái (que ya estaba con nosotros) y yo mismo, completábamos cada vez la escolta.

Fue en una de ellas donde la sangre se nos heló.

Jesús se había empeinado en ascender uno de los montes cercanos. El mismo que nos resguardaba y defendía de las imaginadas incursiones de los Monjes Negros y su lugarteniente Hordos. A menudo me había preguntado cómo no nos había localizado nunca durante aquellos ocho años. Aquella mañana se me destaparía el enigma.

Más allá de toda sospecha por mi parte, el grupo coordinaba sus cometidos a ritmo de reloj suizo. Antes de la partida, totalmente sincronizados Foma y «maquinitas» se encargaron de comprobar todo el dispositivo de seguimiento. Fue ahí cuando nos detallarían al resto porque durante todo ese tiempo no habíamos tenido noticia alguna del «oscuro», como lo llamaba Jesús.

Aquella jornada no solo me enteré de nuestro sistema de vigilancia. Incauto de mí, confiado en que el azar divino estaba consumando su papel en la historia había olvidado la importancia de asuntos tan elementales. Así que en pocas horas pasé de la sorpresa al asombro, llegando al pasmo incluso.

Matthew jugó siempre discreto su papel de mecenas. Mis conjeturas sobre nuestra seguridad encaminaban sus sospechas a Foma. Estaba equivocado. El ruso no pudo mantener largo tiempo sus contactos y servicios con la inteligencia de su país. Hubiera sido demasiado peligroso. Así que, ayudado por el poder financiero del bróker, su mejor amigo en Liliun, logró sobornar a sus antiguos subordinados, los mismos que construyeran la aldea, además de su inmediato superior; dándole por «misteriosamente» desaparecido. Él dijo

presumiendo que estaba «congelado en el frío».

Ante esta situación, la seguridad del poblado se convirtió en una premisa fundamental para el núcleo duro del que, ocupado en otros menesteres, sabiamente me excluyeron. El instinto policíaco de Foma le hizo confiar para tan especial cometido primero en la capitana y de seguido en Santiago, Antón e Inés, evidentemente. Pero la sagacidad de Esther incluyó a Juan con gran juicio. A fin de cuentas, era el único que detentaba el don y conocimiento de las nuevas tecnologías.

El dinero de Matthew y las colaboraciones necesarias de Alba y el papa Francisco harían el resto...

Antes de partir, Juan, ayudado por Antón, activaría los mini drones que la astróloga había obtenido desde su puesto en la Agencia Espacial Europea. Para mantener el secreto de su existencia la influencia del vaticano había sido indispensable. El papa Francisco en audiencia privada con mandatarios europeos afines había explicado la misión y a quién se protegía. Su poder de persuasión incluso ante los máximos responsables de moral laica obtuvo la respuesta deseada. Después el americano pondría la logística con sus contactos y los agentes fieles a Foma, transportando los diminutos artilugios hasta un punto de encuentro suficientemente cercano pero seguro. E increíblemente y casi inexplicablemente para mis entendederas, las palomas de Dominí hicieron de eficaces correos a la vista de los resultados.

«Maquinitas», o Juan, mejor dicho, haría honor a su apodo. Admito que la revolución digital me había cogido con el paso cambiado. Me había quedado estancado en el rudimentario *ipad* y más allá, todo lo relacionado con ese mundo me desbordaba. Juan extrajo del bolsillo de su pantalón de loneta gris un pequeño mando similar a los que se utilizaban años atrás para abrir los vehículos. Lo encendió y en el aire, a la altura de sus ojos, un holograma virtual simulaba una pantalla etérea. En ella manejó los códigos que activaron en sincronía los pequeños ingenios voladores.

—Alba, ¿estás ahí?

—¡Aquí estoy! Te oigo alto y claro —le respondió la astrónoma.

—Vamos a salir con Jesús. Quedas al mando.

—¡Recibido! Antón, ¿me copias?

—¡Todo ok, Alba! —respondió desde la base en Liliun.

—Vamos llegar hasta desfiladero... Alba. Primero caballos. ¿Ok? —le informó Foma, arrastrando la r.

—¿Cómo tan lejos? ¿No es demasiado peligroso? —preguntó extrañada y preocupada.

—¡Quiero escalar! ¡Tengo que escalar! —protestó Jesús.

—¡Hola, cariño...! —le saludó muy emocionada.

—Yo pienso que aún eres muy... joven, hijo. —Intenté persuadirle no muy convencido.

—¡Ya soy mayor! Y es importante.

—Pero el «oscuro», cielo... —intentaba Alba disuadirle.

—Algún día tendré que enfrentarme a él, ¿no? —sentenció dejándonos con una disgustada mueca y un tanto apesadumbrados.

—No te preocupes, mujer, mi *Qi* estará con él —se le manifestó Wei a través de Jesús.

—Bien. Drones activados. Seréis invisibles a los controladores de localización y gps del enemigo, pues hackearan sus sistemas mostrándoles la misma orografía, pero con otras coordenadas, lejos de vuestra zona. Esto les desorientará por un tiempo suficiente —nos explicó brevemente con un lenguaje que hasta yo creí entender.

—Entonces partamos sin más, la mañana se nos echa encima —ordenó la capitana.

—Esperad que aún no estáis listos. —Perseguida por un imprevisto trineo que arrastraba una bandada de perros lobos arremetida por su hijo David, corría hacía nosotros una desesperada Rosalía. La boca de Matthew dibujó una maliciosa sonrisa.

—Hace mucho frío. Necesitaréis esto. —El bróker nos fue lanzando una mochila a cada uno. —¡Vestiros!

—¿Cómo has conseguido todo esto? —preguntó atónito Santiago, el poli.

—Es mejor que no lo sepas. Todos tenemos nuestras... «técnicas» ¿Se dice así?

El contenido de la mochila consistía en un equipo completo de ropa térmica, polar incluido, acompañado de botas de montaña. Pero lo más asombroso no era que hubiera logrado traer hasta Liliun los equipajes y la forma de

transporte, lo increíble era que las tallas eran ¡exactas!

Alucinados, mirando unos para otros, nos ataviamos con la nueva indumentaria. Bueno, todos no.

—¿Tú no te cambias, Tadeo? —le preguntó extrañado uno de los hombres de Esther.

—Luego, al regreso. Ahora no me hace falta.

Suiseki, que no pronunciaba mucha palabra, le miró asintiendo con el saludo del samurái, desconcertándome.

—Yo tampoco —dijo.

Le observé detenidamente y vi cómo aseguraba su catana al cinturón de su kimono. Sus pómulos se habían contraído más de lo que normalmente ya los tenía. No entendía qué ocurría, pero no dudé de sus buenas intenciones. Al lado de Jesús y los suyos, durante aquellos años, había aprendido a dejar que los poderes de la creación, la deidad o lo que realmente fuera, decidieran sus propios designios y yo no los cuestionara.

Esther nos azuzó a subir a las monturas.

—Bueno, nos va...mos. —terminó al fin diciendo Foma tras acabar de vestirse y que por esta vez había pedido unirse a la partida tras conocer su destino. Presentía que su concurso sería necesario en tan irracional correría. Su olfato atinó.

Con mi ayuda, Jesús se izó sobre la yegua de su madre.

—Esperanza... —le musitó al oído. Sentí, fuerte y firme, la presencia de Wei en él y me tranquilicé.

—¡Esperad!

Jewish se desgañitaba corriendo a nuestro encuentro perseguido de cerca por Dominí. Movía bruscamente en su mano una asustada paloma que intentaba, agitando sus alas, librarse de su captor. Al frenar sobre el helado suelo resbaló cayendo de bruces hasta casi besar mis pies.

—Ha llegado un mensaje de Samos, del monasterio. Hordos ha organizado una batida con más de cien hombres. —Respiró un instante. —Ha localizado el desfiladero y se dirige allí.

No se escuchó ni un murmullo. Jesús habló dando una media vuelta sobre Esperanza:

—Tengo que ir —y mirando fijamente a Jose, sentenció: —Mi otro padre me espera.

Esto nos dejó consternados. Jewish se puso en pie y liberando a la agitada mensajera sobre las manos de Dominí, se ofreció:

—Entonces yo también iré.

—¿Con qué intenciones «curita»? —le instó sin rodeos Santiago.

—Soy el que mejor conozco el pensamiento de Hordos. Puedo ayudar.

—Yo creo en él. No se apartará de mi lado.

Intervino Tadeo, su «guardián». Todos me miraron buscando mi aprobación. Asentí y espoleando a Yamán inicié la marcha, cabalgando pensativo durante todo el camino.

Al fondo, por detrás, en el umbral de la aldea perdida, acompañados por los que se quedaban guardándola, Lys enfadada por no haberla dejado marchar, se agarraba fiera a la cintura de su padre. María miraba lastimera la partida de su hijo. Era la primera vez que lo veía irse voluntariamente y sé que el corazón le lloraba resignado. También sabía que su alma estaba al punto de regresar. Triste feliz por su pequeño hombrecito se dio media vuelta y no evitó rozar con su mano la de su marido que, reservado, se había colocado a su lado. Lo miró y dulce se retiró.

Dos horas después llegamos a la falda de la montaña. Majestuosa se vislumbraba a media altura la vaguada que otrora nos protegiera de Hordos y sus huestes.

—¿Nos vas a contar por qué querías venir a toda costa hasta aquí?

Jesús no me contestó.

—Wei: —ya pronunciaba correctamente su nombre —¡Tráeme a Siddi!

Este no preguntó y obedeció. Supongo que él sí que sabía de las verdaderas intenciones de nuestro protegido. Desconocemos lo que Jesús vio o tan siquiera dónde estaba en realidad. Pero recuerdo perfectamente lo que de su boca salió:

—¡Maestro! —la voz del joven sherpa se dejó oír.

—No me llames así, que es de mayores... —le regañó —. Cuando suba a la gran montaña, tú serás mi guía.

—¡Lo sé!

—No será fácil, pero tú me subirás, ¿verdad?

—Claro. Estaré preparado.

—¿Sabes qué haré en lo más alto?

—Hablar con el más «negro» de los seres.

—¿Quién te lo ha dicho?

—El Dalai, mi actual maestro.

—¿Es sabio?

—Mucho, Jesús.

—¿Y qué más dice?

—Que mi hermano Phillip te protegerá y será testigo de tu poder.

—Está contigo también, ¿verdad?

—Cierto.

—Lo siento mucho... fuerte.

—Te ama y eso le hará invencible cuando esté a vuestro lado.

—¿Y tú me quieres, Siddi?

—Con toda mi fuerza, Jesús.

—Aún falta mucho. ¿Me esperarás?

—Pacientemente. Phillip me calma.

Y otra voz se apoderó de Jesús:

—Nuestro maestro nos dice que «no importa qué tipo de dificultades pasaremos o cómo de doloroso será el momento pues eres tú nuestra esperanza».

—También lo dice Wei, Phillip, y no lo entiendo. ¿Qué más os enseña?

—Cosas como que «se derrota a nuestros enemigos cuando los hacemos amigos».

—Me gusta.

Una voz caldeada por los años se dirigió de pronto a Jesús.

—Muchas personas han usado a dios mal. Los hombres han luchado y matado por ello. Hijo mío, no hagas lo mismo. No lo uses mal.

—¿Dalai? —Hubo un silencio que todos entendimos como asentimiento. —No

lo haré, maestro.

—Ahora debes partir, Jesús.

Decidimos hacer la subida a pie, alguno de nosotros aún recordaba nuestra primera y accidentada excursión al galope y pensamos que mejor era no correr riesgos. Juan quedó guardando los caballos anteponiendo a modo de excusa, su propensión desmesurada al vértigo. Santiago y la capitana se coordinaron con él por el control de los drones que nos socorrían. Esther no las tenía todas consigo y ordenó a Julio, su hombre más moreno y el de mayor confianza, que permaneciera con él.

Penoso se le hizo al aún niño Jesús el trayecto. Isaac y Aarón le marcaban la senda y Foma le guardaba la espalda. Hasta tres veces resbaló. Dos cayó de bruces produciéndose un pequeño corte en los labios en una de ellas. La tercera patinó de costado trastabillando sin remedio hacía el precipicio. Todo fue muy rápido. Aún no sé cómo apareció la milagrosa mano de Tadeo sujetándolo del brazo, suspendido en aquel vacío inmenso. Con la ayuda del ruso, quien a partir de ahí decidió sujetarlo a su cintura con un arnés, tiraron fuerte de él, elevándole hasta hacer pie.

Nada dijo, pero en su boca entreabierta se esbozó el pánico. Intentamos desalentarle de continuar con aquella locura. No fuimos capaces. Wei se asentó en él como santo remedio para llegar al destino marcado.

Al cabo de una hora larga tomábamos el rellano que suponía el punto más álgido de la quebrada. La nieve se daba a espesa y dura, formando plaquetas de hielo. Una parte de nosotros nos curioseábamos con la mirada cuestionándonos qué hacíamos en aquel lugar tan apartado de todo. El aire frío que azotaba nuestros rostros cercenaba hasta los pensamientos.

Jesús se sentó al borde del barranco colgando sus pies hacía el abismo. Cerró los ojos dando a entender que estaba en proceso de meditación. Esther y Julio, Isaac y Aarón, los gitanos, descendieron ligeramente hasta un descansillo de algo más de tamaño donde se acomodaron. Santiago, viendo que nuestro joven maestro quería no ser molestado, se agregó a ellos. Yo apoyé mi espalda sobre la pared granítica, húmeda y fría, de la montaña. Jewish con un leve movimiento de cabeza, me pidió permiso para colocarse a mi lado. Le largué una mirada de aprobación. Su inclinación hacia mí me confundía. Sabedor de su fin conspirador, ante mi simple y humano discernimiento se me escapaban los propósitos del Señor.

Suiseki por la izquierda y Tadeo por la derecha escoltaban a Jesús, abstraídos en sus oraciones, o eso fue lo que supuse. Yo también me dejé llevar y empecé a orar hasta que perdí la noción del tiempo, pues no regresé hasta que Jesús se levantó y habló:

—A veces cierro los ojos y veo una luz muy pequeña. Me gusta y me siento bien, pero dura poco. Luego todo se pone muy negro y tengo miedo. Una voz mala me llama. Me dice que me vaya con él. Yo no quiero... pero no puedo. Me hace daño, mucho. Entonces es como si gritara fuerte, mucho fuerte y algo que no entiendo me acaricia. Ya no lloro y la luz pequeña vuelve. —Le escuchamos absortos. Hasta aquel día nunca había hablado así: —¿Es la luz mi otro papá?

El tiempo se congeló. Una aprehensión ignota me atrapó manifestándoseme como el *Qi* de Wei. Lo primero que hizo fue estabilizar mi ser abasteciéndome de una quietud inmensa. Solo de este modo mis ojos pudieron ver sin sobresalto lo que ocurrió a continuación.

Tadeo deslizó del interior de su hábito una espada de hiriente doble filo y empuñadura en cruz con el símbolo del temple troquelado en su pomo. De seguido postró su rodilla derecha y apoyó su rostro contra el acero izado en perpendicular con la punta implorando al cielo azul.

Al mismo tiempo, Suiseki había desenvainado su catana de hoja tan brillante como cortante y en posición de defensa saludó a Tadeo de idéntica forma.

Jesús los miraba perplejo de perfil y con sus ojos asustados buscó a Santiago y a Esther y el resto. Pero nada parecían poder hacer. Permanecían inmóviles y ni siquiera hablaban porque sus bocas habían sido selladas. Un poder superior les ataba. Solo podían ver. Nada más. El espanto se adivinaba en sus retinas.

—No temas Jesús —le habló con cuidada dulzura Tadeo. —Wei te ha enseñado a manejar bien el *Qi*, pero no te lo ha enseñado todo de él. Tu *Qi* es muy poderoso, no te imaginas cuánto. Ha llegado la hora de que lo conozcas.

Jesús lo miraba alelado, pero, sobre todo, y aunque aún se encontraba asustadizo, lo escuchaba embelesado.

—Solo tienes que penetrar en él, porque él está en ti. Cree en él y tu poder será grande, Jesús. El poder de la deidad... pero debes usarlo correctamente. Nunca lo olvides, hijo. El bien y el mal son los opuestos que siempre viven juntos. Aunque necesario, también hay un *Qi* malo. No tardarás mucho en comprenderlo. Busca el equilibrio y esa luz pequeñita se te hará grandiosa.

—¿Entonces quiénes sois vosotros de verdad? —preguntó aturdido el niño.

—Soy Tadeo, descendiente directo del último templario, vigésimo cuarto y actual Gran Maestro. Custodio secreto de una de las dos únicas y verdaderas reliquias de Cristo, tu anterior yo: el santo sudario. La otra es tu sangre imperecedera, el Sant Grial, que a bien han sabido guardar los ancestros de tu servidora Dominí. —Y haciendo una pausa premeditada, añadió: —y por siempre discípulo y excelso protector... tuyo.

—Nomura, mi maestro, me enseñó los antiguos códigos del samurái, los legítimos. Me inculcó «el camino» y la ley del verdadero guerrero, del auténtico, el único. Me mostró y me inició en el manejo de nuestras más antiguas y ocultas artes hasta ser capaz de vivir en mi cuerpo como si ya estuviera muerto. Así, mi maestro, me hizo libre para llegar a ti Jesús con el corazón dispuesto.

—No tengas miedo, hijo. Nosotros te ayudaremos. Esta vez lo tendrás que hacer solo. Wei, no vendrá a ayudarte.

Tras decir esto, Tadeo hizo descender con fuerza su espada hacia la cabeza de Jesús, que lleno de pavor e incredulidad ni siquiera pudo gritar. Suiseki paró el acero del jesuita con su catana. Se habían vuelto locos o eso fue lo que pensé, aunque sin embargo y gracias al *Qi* de Wei que estaba en mí, contradictoriamente, mi sosiego era absoluto.

—Te juré fidelidad y protección, mi Señor. Y eso estoy haciendo. Solo tienes que escucharnos.

Jesús, que estaba encorvado debajo de la cruz irregular que formaban los hierros de sus ahora «perturbados» amigos, sonreía histriónico al samurái asintiéndole más por instinto de protección que por convicción. Suiseki le ordenó bondadosamente:

—Cierra los ojos, Jesús. Llama a tu *Qi* en lo más profundo de tu ser. Déjalo que llegué a ti. Respira con fuerza y siéntelo, llámalo. Permite que fluya por toda tu piel. Que te la erice y te haga sentir vivo de verdad. Él te guiará y dará la luz que ahora te falta. Verás en la oscuridad... Te lo prometo.

Jesús obedeció y Tadeo y Suiseki se enzarzaron en duro y cauto combate a la vez. No era real. Se trataba de un ensayo. Pero no un ensayo cualquiera. Los dos mostraron sus más sublimes golpes de espada. Controlaban su energía y, exentos de ira, para ellos no era más que un exigente entrenamiento.

Jesús comenzó a moverse entre ellos con una armonía insólita para nosotros. Dominó los espacios y los tiempos, esquivando con extraña elegancia cada desliz de los aceros en su búsqueda. Ni el pelo consiguieron acariciarle. Poco a poco, golpe a golpe salvado por el niño, los músculos del resto se fueron desentumeciendo hasta recuperar la libertad y el movimiento. Pero, no solo nadie intentamos parar el combate, sino que lo continuamos viendo con gran admiración.

Había empezado a nevar.

—¡Muy bien, Jesús! —Tadeo le felicitó con sinceridad. —Ahora quiero que domines tu mente. Somete tus pensamientos a tu voluntad: Para la nieve y estarás parando el momento y dominando el tiempo.

De repente la nieve cesó. Los copos quedaron suspendidos en el aire. El tiempo se había detenido, pero nosotros estábamos en aquel instante eterno y perdurable. Cogí entre mis dedos un copo de nieve y se deshizo. Quedé maravillado ante aquel poder superior que podía retener la vida a quien deseara y elegir a quien quisiera para proseguirla.

—¡He parado todo! —exclamó maravillado Jesús con los ojos todavía cerrados.

Entonces Tadeo y Suiseki, sonrientes y conjurados, continuaron el simulacro de lucha. Jesús no había perdido la concentración. No lo hizo en ningún momento del envite. Su sentido del equilibrio ya no era fútil sino innato, natural y propio. Sus movimientos ya no eran torpes, sino ágiles, sutiles y felinos. Y ante su poder el mundo material, el de las cosas, se interrumpía y le pedía permiso para volver a moverse sobre su cosmos.

Jesús abrió los ojos preocupado como si hubiera visto algo o alguien que le causara disgusto.

—¡Hordos! —Señaló con un movimiento de la cabeza el fondo del barranco. No había gritado como lo hubiera hecho unas horas antes. Simplemente se había limitado a anunciarlo.

Suiseki le apoyó el filo de la catana en el corazón diciéndole:

—¡Lee sus pensamientos!

—Son oscuros como él. ¡No quiero! —Protestó.

—¡Léelos! —le ordenó apretándole con el filo. Una diminuta gota de sangre manchó la sudadera blanca del niño. Pero Jesús no chilló. Solo obedeció. Ni

tampoco ninguno de nosotros se había alarmado por el acto del samurái.

—¡Léelos, hijo! —le repitió paciente Tadeo.

Jesús volvió a cerrar los ojos mientras sentía como el hierro de Suiseki aflojaba y descendía en retirada. Hordos, presintiendo nuestras presencias, elevó sus ojos hasta nosotros escudriñando el aire. Afilaba su vista y afinaba el oído buscándonos, pero ni nos veía y tampoco nos oía, aunque sabía que estábamos a unos cientos de metros de él. Sus hombres estaban desorientados y no encontraban explicación lógica a las coordenadas que sobre su situación manejaban y que no coincidían con el lugar en el que supuestamente se hallaban. Santiago, que se había acercado junto a Juan, comprobó aliviado desde el dispositivo de control que los drones se hallaban activos y hacían su trabajo a la perfección, enviando al enemigo una posición modificada.

«Sé que estás aquí. No puedo verte ni oírte, pero te siento».

Mientras hablaba para sí, el monje negro, lentamente, con sus dedos explotaba un copo de nieve.

«Aprendes rápido, pero aún así no te bastará para librarte de mí. Pronto te tendré y acabaré contigo...».

Jesús no le dejó terminar:

«Todavía no. Algún día, una mujer unirá nuestros destinos eternamente. Y seremos amigos para siempre».

Vacilante y desconcertado por la profecía de Jesús, Hordos intentaba bloquear su mente ante el poder del *Qi* del niño. Pero fue inútil. Jesús había conseguido permear en él derribando los obstáculos que el señor oscuro le interponía.

«Eso no ocurrirá nunca», se decía así mismo.

«Su amor doblará tu voluntad».

La nieve volvió a caer. Un rayo enorme rasgó la montaña. Jewish se abalanzó precoz sobre Jesús protegiéndole con su cuerpo del alud. Los demás nos cubrimos como buenamente pudimos contra la pared de la montaña desconcertados y temerosos. Nada nos pasó. La ingente masa de nieve caía irremisible en dirección a nuestros enemigos que huían como podían del gélido aplastamiento.

—¡Dios ha hablado! —gritó con fuerza hiriente Jewish.

Tardaría muchos años, como ya he contado, en entender la tremenda

contradicción del discípulo. Los caminos del bien y del mal se me hacían con él incomprensibles.

Hordos reconoció la voz de «su amigo» y mostrando una mueca burlona de satisfacción, como si esta fuera la señal que estaba esperando, e intuyendo nuestra posición, dio una vez más, un grito primero pletórico de triunfo, luego desesperado. Sus hombres cobardes hacía varios minutos que le habían dejado solo.

—¡Están allí!

Exasperado y violentado permaneció inmóvil, el muy bastardo, mientras en hilera de a dos íbamos descendiendo o con mayor habilidad y bastante más rapidez de la que tuviéramos en el ascenso. Esta vez Jesús no precisó de ayuda alguna.

Cabalgamos a galope rítmico hasta llegar a Liliun comandados por la capitana, Santiago y Tadeo. Nadie hizo mención a lo vivido en el desfiladero de «dios», como lo bauticé desde aquel día. No lo corroboré, pero estoy completamente seguro de que todos veníamos con nuestros pensamientos bailando. Jesús crecía en su esencia divina a través del hombre y superaba cada prueba como si de un sencillo trámite se tratara. A veces no sabía bien quién aprendía realmente de quién.

Llegamos bien ingresada la tarde. María esperaba anhelante el regreso de su hijo. Jose, como empezaba a ser costumbre, lo hacía unos pasos rezagado. Jesús descendió de Esperanza solo, sin ayuda de nadie, a la que acarició y susurró dulcemente, y asiéndola de sus bridas se allegó hasta su madre.

—¡Ya estoy aquí, mamá! Traigo sana y salva a tu yegua.

Se abrazó a ella y la besó con fuerza, como solía hacerlo. María dejó que sus ojos brillaran. Jesús se deshizo de sus brazos y fue junto su padre, al que le obsequió con idéntico ademán.

—¡Ya falta poco! Todo volverá a ser pronto...

Entonces le sonrió.

—¡Vamos a por Marcos! ¡Tengo hambre!

Y, cogiéndole de la mano, le urgíó a acompañarle a la cocina.

Allí estaban discutiendo Marcos y Rosalía por el menú de la cena. La pelirroja quería convencer a nuestro cocinero sobre las bondades de una dieta más ligera. El buen gusto de Marcos para con sus platos conseguían, según

ella, que comiéramos de más, sobre todo los niños.

—¡Hola! Tengo muchas ganas de pan con mantequilla. —Les sorprendió Jesús.

—Podéis seguid sin mí que ya me lo hago yo.

—Si quieres te lo preparo yo —le respondió sentado en una esquina Matthew.

—Así mientras estos se ponen de acuerdo, cosa que dudo, me cuentas qué tal ha ido la excursión, hijo.

—¡Vale!

—A mí me gustaban los *sandwichs* con manteca de cacahuete que me hacía mi padre.

—¡Manteca de cacahuete! ¡Qué asco!

Todos se echaron a reír. Jose comenzó a cortar el pan. Y Marcos y Rosalía habían dejado de lado su conversación.

—¿También le gustaban a tu hijo? —le preguntó Jesús.

—No lo sé —respondió triste Matthew. —Nunca se lo pregunté. Siempre estuve ocupado. Y después lo perdí... Jamás podré saber ese tipo de cosas.

—¿Qué le pasó?

—Murió en un accidente de coche. —No evitó que una diminuta y brillante lágrima se fugara de sus ojos. Jesús lo observaba apenado. Apercibiéndose de la nueva tristeza del niño, Matthew se secó el rastro furtivo que mojaba su rostro y prosiguió: —¿Sabes? Maldije a dios por ello. Pero enfrente me esperaba grandiosa la catedral de Saint John. Una llamada interior me empujó a su interior. Y recé, por primera vez en mi vida recé.

—¿Y dios te escuchó, Matt? —Jesús cambió la pesadumbre por la curiosidad.

—Ya lo creo, Jesús. Por eso estoy aquí, contigo.

—¡Ahh...! Creí que habías venido con Foma, tu socio.

—Ja, ja, ja... —rió con ganas el bróker. —Me encantan tus lógicas ocurrencias. Pero, no. A Foma lo conocí viniendo a tu encuentro. Mientras rezaba, un desconocido, un hombre bueno, me intentó consolar diciéndome que «dios me había quitado un hijo para ofrecerme al suyo». En aquel momento confieso que no le entendí. Después me regaló una biblia sobre la que me hizo jurar que lo buscaría. No sabía que horas después descubriría mi destino.

—¿Y cuál era?

—Lilium y tú. El hogar que nunca había tenido y el hijo que ya no volvería. — Matthew miraba a los ojos de Jesús con ternura mientras le ofrecía el bocadillo recién hecho. —Toma tu merienda, hijo.

—No entiendo. —Le soltó serio al tiempo que recogía el pan con mantequilla.

—¿Qué es lo que no entiendes? —le preguntó confundido Matthew.

—Si yo soy el hijo que te envió mi otro «papá», ¿por qué no me abrazas como los demás?

El americano quedó desconcertado unos segundos. Luego se agachó hasta colocar su rostro a la altura de Jesús y con una felicidad interior que aún no había conocido, le contestó:

—Nunca he sido muy dado a las muestras de afecto. Tampoco lo hacía con Lukas. Me arrepiento de ello.

—¡Pues a Rosalía bien que le achuchas! —respondió espontáneo. Todos rieron con ganas la salida del niño. Rosalía se ruborizó e intentaba taparse la cara con las manos. Matthew había quedado con la boca abierta. María, su madre, se sonreía mientras disimuladamente daba un paso atrás acercándose a su marido, que encontraba en ello un mejor ánimo. Marcos había parado de desmenuzar unas verduras, pues con el ataque de risa por poco se corta un par de dedos.

—Tienes razón. Ganas no me han faltado de hacerlo más de una vez. Te he visto crecer, andar y hablar. Tú y mi niña —esto lo dijo mirando para Rosalía, —me habéis devuelto la alegría de vivir. Quizás pensé que a lo mejor tú no querías o que te pudiera molestar. O quizás fue la excusa para no hacerlo. Lo siento, Jesús. Perdóname.

—¡No seas tonto! —le dijo abrazándolo con fuerza y besándolo de seguido como él solía hacer, con ese cariño infantil y revoltoso que se hacía hasta empalagoso. Matthew se desbordó y rompió a llorar feliz, en llanto y a borbotones.

—¡Ya pasó! ¡Ya pasó! —le palmeaba suavemente la espalda Jesús.

Así de sencillo y fácil era Jesús, el niño. No pueden ser más amables mis recuerdos de aquellos años a su lado. No tengo un control exacto de los tiempos, lo sé. Se me amontonan en mi corazón y los transcribo a medida que se muestran nítidos en mi memoria, ya muy usada y deficiente. Solo intento dar unas pinceladas francas de la esencia que de él yo viví, cultivé y recogí. Si me

excedo en la mezcolanza y en un tono más melancólico de lo debido, espero que si estás leyendo estas líneas sepas perdonar a este pobre anciano por ello. Porque cierto es que cuando llega el epílogo de la vida, el carácter se vuelve huraño y solitario, pero las arrugas de la piel se ablandan y las heridas del corazón no se recuerdan, ni tienen cicatrices si la caridad ha vencido en él.

Jesús, tan tranquilo, comenzó a devorar el bocadillo de mantequilla, como si no hubiera pasado nada. Solo en él conocí esa virtud de volver a la normalidad con una naturalidad tan abrumadora. Mordía con ansía, como si el trasiego en el «desfiladero de dios» y las emociones con su amigo «Matt» le hubieran provisto de un hambre voraz.

Se encontraba en el último bocado cuando irrumpió histérica Domini buscando a la capitana y Santiago, entre otros.

—¿Esther? ¿Santiago? —preguntaba descontrolada. —¿Dónde están? ¿Foma, Tadeo, Belshazzar?

—Están recogiendo los caballos afuera —le respondió Jose que por fin se atrevió a hablar. —¿Qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? ¿Que qué me pasa? —chillaba como una loca. Todos se le quedaron viendo mudos y con los ojos abiertos y sorprendidos. Nunca la habían conocido fuera de sí. —¡Mirad! ¡Ese hijo de Satanás está matando a mis palomas! —Y abriendo sus manos mostró una de sus mensajeras desgarrada y muerta.

—¡El halcón de Hordos! ¿Dónde? —Jose, recuperada su maltrecha resolución, tomó la iniciativa.

—¡Aquí en Liliun! —su grito se oyó en toda la aldea.

Jesús se acercó a Domini y la retuvo. Ya todos habíamos llegado precipitados al habitáculo que hacía las veces de comedor. La joven mujer hipaba de rabia y angustia. Jesús le oprimió las manos para que las volviera a abrir.

—¡Nos han localizado! —afirmó Santiago, abatido.

—¡No puede ser! ¡Los drones nos protegen! —se autoconvencía Juan.

—Si es así, tenemos que desalojar urgente: ¡Julio, Isaac, Aaron! ¡Iniciad los preparativos! Ya sabéis lo que hay que hacer. —Ordenó la capitana.

—Nos estamos precipitando... —replicó Tadeo. Gaspar rezaba.

—Yo pienso lo mismo. —Quise corroborar a mi compañero esperando que la

locura no se apoderada del grupo. María me miró firme aprobando con un gesto de sus labios.

—Tampoco es para tanto... solo es una paloma. —la voz taimada y norteña de Jewish llenó la estancia de un silencio hosco que rompió agresivo el impacto de una sonora bofetada sobre su mejilla. Dominí había soltado destemplada el cuerpo sin vida del ave sobre las palmas de Jesús para girarse vertiginosamente hacia el «curita». Con una ira desconocida lo abofeteó mientras le reprochaba:

—¡Es mi paloma!

Y antes de que un mayor exabrupto saliera de su boca, Jesús anunció:

—¡Vuela!

Y la paloma voló. Ninguno dábamos razón a lo que acabábamos de presenciar. Nos tapábamos nuestros labios abiertos por el pasmo. Jesús le había hecho una imposición de manos, como tiempo atrás hiciera con la enfermedad a su padre. Su poder, su *Qi*, o lo que dios quisiera que fuera, medraba con él más rápido de lo que éramos capaces de asimilar.

—¡Vuela!

Después fue la voz de Wei la que dictó la orden. Jesús la acató y penetró en el halcón peregrino de Hordos. Su chillido sobrevoló Liliium. Las palomas aleteaban excitadas queriendo huir. Solo duró unos segundos.

«*Peregrinatur* es tu nombre. Yo habitaré en ti y tus ojos serán mis ojos. A mis palomas guardarás y al oscuro este lugar le ocultarás».

La rapaz aterrizó frente al palomar y clavando sus ojos fríos en sus presas, las mensajeras, volvió a chillar. Pero esta vez ellas no se inquietaron y sus arrullos fueron suaves, como si fuera un modo de contestar a su nuevo protector.

Dominí más que paralizada había quedado petrificada. Cuando reaccionó, su instinto le llevó a abrazar emocionada y convulsa a Jesús, su dulce niño, como le complacía llamarle. Luego le besó en la frente.

—¡Gracias!

—¡Ha sido más fácil que leerle los pensamientos al malo, malo!

No podíamos creer lo que nos estaba anunciando. Ninguno de los que habíamos estado aquella mañana con él lo sabíamos, ni tan siquiera lo

podíamos intuir. Salvo Suiseki y Tadeo, sus instructores, solo Jewish, como ya relaté, lo había adivinado. El lado incierto de su ser le otorgaba una clarividencia que no se nos concedía a los demás.

—¿Y cómo son de oscuros? —Suiseki, su consejero en este tipo de artes quería conocer las consecuencias de aquel viaje.

—¡Mucho, mucho!

—¿Hablaste con él, Jesús? —prosiguió el interrogatorio el samurái.

—¡Sí, claro! —Jesús agarraba con pasión las manos de Domini y hablaba dirigiéndose a ella en vez de al japonés.

—¿Y qué te dijo?

—¡Nada! No quería hablar. Me quería ocultar. Pero no pudo, fue divertido.

—¿Y tú a él?

—Que algún día seríamos amigos y buenos. Se río.

—¿Algo más?

—¡Sí! ¡Que sería el amor de una mujer quién lo haría!

Solo yo vi a quien los ojos esquivos de Jesús miraron. Solo ella lo supo mirándolo fijamente. Pero todos lo miraban a él y nadie paró en aquel detalle. Una voz interior como una verdad profunda me conminaría a no contárselo a nadie, dios sabría por qué. Así hice. Y así haré ahora hasta que sea menester descubrirlo.

Solo Jesús tenía esa aptitud, más bien talento, tan especial para cambiar el rumbo de las conversaciones a su antojo sin que nadie se sintiera contravenido.

—¡Domi!

—¿Qué, cariño?

—¿Me enseñas el frasco? ¡Quiero verlo!

Algo obtusa por la petición de Jesús, la joven muchacha con calma perezosa se descolgó de su hombro izquierdo el pequeño talego que desde que había llegado no había abandonado nunca. De él extrajo la ampolla de vidrio que con tanto celo guardaba y reservaba. El color vino de sus partículas se reflejó intensamente en las pupilas de Jesús. Nuestro niño contemplaba abstraído el objeto y su contenido que Domini le mostraba sujetándolo en horquilla del

índice y el pulgar.

Entonces Jesús lo tocó.

El cristal se iluminó con un haz cegador. Su polvo burdeos se licuó y empezó a hervir levemente. Y Jesús comenzó a aullar lastimero:

—¡Basta! ¡Basta! ¡No más! ¡No más!

Con el socorro del samurái, la pequeña Dominí consiguió retirar el tubo de su contacto. Suiseki apartó con destreza a Jesús y este se tumbó en el suelo acurrucado y tiritando de miedo. El Sant Grial se apagó y la sangre polvo volvió a ser. Dominí lo guardó turbada. Clío se había arrojado junto el crío y lo apretaba contra su cuerpo menudo, acunándolo. Todos estábamos consternados y atribulados nadie era capaz de articular palabra. María se había arrodillado junto a Clío. José se postró frente a ella mirándola con cara circunspecta. Ella le habló con la mirada, en el lenguaje que empezaban de nuevo a hablar, apaciguando sus ánimos.

—¿Qué te pasó, cariño? ¿Qué fue lo que te asustó? —le inquirió susurrándole al oído, Clío.

La voz de Jesús hablaba desde el *Qi* de Wei.

—Vi tinieblas y malos presentimientos. El odio y el mal del mundo están muy vivos. Son grandes y enormes. No tienen ni conocen piedad. Se extienden como una plaga imparable. Todo lo corroen y lo corrompen. Y sus corazones están ya tan negros que no son capaces de sentir. La muerte les ha invadido. Vienen a por nosotros. Vienen a por mí.

Nunca había sentido un escalofrío tan gélido y desangelado como aquel. No era miedo. Fue pavor. Sin saber por qué, de repente, sin más, Jewish comenzó a llorar lleno de desconsuelo.

—Mi sangre salvará al mundo.

Jesús tuvo episodios singulares con todos aquellos que después serían sus discípulos. Con una excepción: Jerusalem.

Hasta que no doblégó las diferentes adversidades y dificultades que suponía la búsqueda de su *Qi*, sus instructores Wei, Tadeo y Suiseki no dieron el visto bueno. Por evidentes cuestiones de seguridad, Simona y Natanael serían los últimos en conocer la esencia de Jesús. Acababa de cumplir ocho años y pronto tendría lugar su primer viaje y contacto con el exterior.

Todos sabíamos más o menos de ellos por Dominí; es decir, por los correos de

sus palomas mensajeras. Así nuestra pequeña hermana «alemana» nos iba informando. Sabíamos que Simona pertenecía al grupo terrorista Hamás. O mejor dicho, había pertenecido. Al parecer el nacimiento de Jesús le llevó a conocer al Gran Rabí Nathanael, su amado, tras un atentado fallido que ella misma pensaba cometer. Anomis, que así se hacía llamar en la cédula en la que estaba infiltrada, manejaba información aventajada sobre las acciones que las brigadas y sus milicias planeaban, con días de antelación.

Pero los hilos de Hordos llegaban muy lejos. Mucho más de lo que nosotros podíamos imaginar. Y la suficiencia se paga siempre cara.

Anomis fue ignorante en todo momento. Aunque la periodicidad de las visitas de las palomas no guardaba un protocolo igual al efecto de evitar sospechas inútiles por innecesarias, estas empezaron a ser controladas. Un día no esperado, sus compañeros de unidad capturaron una de las mensajeras con una nota manuscrita funesta para ella.

Del puño y letra de Domini, Simona sabría de los progresos con el *Qi* de Jesús, que pronto se verían junto a NTH, que era la abreviatura del nombre de su amor, el rabino de Hurva. Esto fue fácil de descifrar para ellos. Habían descubierto que colaboraba con los enemigos judíos. Pronto se hicieron invisibles y la fueron siguiendo a todas partes hasta verlos juntos.

Actuaban como brigada independiente, aislada y solitaria. De este modo las probabilidades de ser apresados eran considerablemente menores. Y el traspaso de información de otros grupos, nulo. Por ello Hatim, Mudar y Qais decidieron resolver el asunto ellos mismos. Fue una suerte, ¿o no? Solo el Señor sabe si así fue o si algo tuvo que ver.

Pasados unos días y a través de uno de los conductos habituales, le hacen llegar un mensaje con un lugar de encuentro. Todo es normal, como de costumbre. Ella no sospecha. Quedan a primera hora de la tarde en una céntrica cafetería de la ciudad con dos plantas acristaladas. Cada una de ellas tiene salida y entrada a una calle distinta, de la manzana trasera. Están sentados en la planta baja. El último en llegar, Mudar, les indica que les han seguido. Hatim comenta que tiene el coche en el parking anexo, nada más cruzar la puerta. Todos coinciden, Anomis también, en que es mejor salir de allí.

Raudos, pero intentando no llamar la atención consiguen llegar en unos segundos al vehículo. Conduce Qais que sale del garaje derrapando a toda

velocidad y rompiendo la valla de salida. Anomis le reprocha la poca discreción, pero nada más. Sentada en el asiento trasero, detrás del piloto, Hatim le encañona la sien con su revolver. Ella se ha quedado muda. En ese momento sabe que han descubierto algo. Desconoce cuánto. El trayecto dura poco. Pronto han cogido la circunvalación a la ciudad y se han apartado a una de las poblaciones dormitorio que hay en el camino. Le han tapado la cara con pasamontañas negro y no puede ver. Solo escucha sus voces insultándola y llamándola «traidora».

Todo fue muy rápido. Pocos minutos después se encontraba en un zulo estrecho y desconocido para ella. La habían llevado a un piso franco nuevo, no fichado, dedujo.

Sin embargo, no fue tan rápida la tortura. Le habían propinado varias bofetadas y golpes en la cara lentamente y con cierta saña. Sus carnosos y hermosos labios sangraban. Le habían partido el inferior. Y su ojo izquierdo asemejaba el tamaño y color de una ciruela. La escena no deja de ser típica. Anomis está con las manos atadas a la espalda sentada en una silla en el centro de un pequeño dormitorio interior, sin ventanas al exterior. La que tiene da un patio de luces hediento y la persiana está totalmente bajada.

Ella aguanta. Fue entrenada para ello. Niega lo que le dicen. No contesta a sus preguntas. No sabe de qué le hablan. El tiempo se agota. Sus excompañeros, convencidos de que no le van a sacar nada, creen que ha llegado el momento de terminar el trabajo. Medio furibunda la desatan y le comienzan a arrancar la ropa. Anomis ya no puede defenderse y se dejar ir. Qais, el más corpulento, se desabrocha los pantalones y menea su falo erecto cerca de su rostro, riéndose. Ella cae postrada al suelo. El movimiento de sus vehementes pechos al aire provoca un sentimiento más lascivo en sus captores, que se disponen a violarla, uno a uno. Después del acto, la matarán y borrarán sus huellas. Ella nunca habrá existido.

Tumbada en el suelo y con las piernas forzadas, el hombre se dispone a penetrarla mientras sus compañeros hacen cola. Primero a Qais, pero después, también a sus compañeros Hatim y Mudar, algo invisible les toca y les traspasa encrespándoles la piel. Luego una luz cegadora estalla. Simona, por segunda vez, se cree muerta.

De nuevo el «déjate».

—¿Cucú? ¡Tas! ¡Ya me has encontrado!

Jesús, el niño, le habló.

Al rato Simona despertó y vio la destrucción a su alrededor. Una bomba israelí había estallado matando a sus compatriotas. Ella se había salvado milagrosamente, ¿o no?

Sonriendo para sí, regresa a casa como buenamente puede. Se corta el pelo y se mal maquilla. Siempre quiso parecerse a la heroína de «los juegos del hambre», Katniss. Con gran dificultad consigue vestirse un traje ceñido de cuero negro. Ya sin miedo, cruza Jerusalem en busca de su amado. Con besos doloridos, recuerdos borrosos y distorsionados y los músculos entumecidos, hace el amor con él, sellando un pacto definitivo.

Al amanecer Simona duerme plácida y en paz. Nathanael abrazado a ella, sonrío al techo:

Jesús se ha dejado ver a través de su cuerpo astral. Su *Qi*.

Este fue el Jesús niño que conocí o al menos el que recuerdo. El que sigue navegando por los mares de mi pérdida y lejana memoria. El que me mantiene vivo con su inquebrantable llama. Yo hice parte de su ser. Lo maleé y formé. Él se dejaba hacer. Pero era su propia naturaleza la que se terminaba imponiendo y superando cada obstáculo y certidumbre del camino.

Hice orgulloso mi cometido e igual me siento ahora. Tuve el honor de haber vivido a su lado, de participar de su ser y de todo lo que fue. Más no puedo explicar. Mejor no sé.

Muchos momentos se han quedado atrás. El olvido y el tiempo también hacen su trabajo. Otros quedan ocultos, pues hay cosas que el corazón debe guardar.

Solo me falta decir para cerrar esta parte que sí, que Jesús también fue un niño normal, como otro cualquiera con síndrome de Down. En su desarrollo. No fue más ni menos que ninguno como él. Y también tenía manías y tics, como la mayoría.

Hablaba largo y un poco arrastrado en la última palabra. Sentado se frotaba continuamente las piernas. Y cuando se ponía muy nervioso se tocaba constantemente la nariz.

Como yo.

Como si fuera la herencia congénita de un padre a su hijo.

Me gustaba y me emocionaba. Me emociona.

CAPÍTULO OCTAVO

El último Papa, del libro tercero de Jesús por Belshazzar

El mensaje llegado a través de una de las palomas de Dominí revolucionó Liliun aquella preciosa mañana de San Juan. La anglicana salió apresurada en busca de la capitana. Ansiosa le entregó el legajo que venía unido por un lacre con el sello bien conocido por todos nosotros. El símbolo papal se nos hizo evidente mientras corría delante de nosotros agitando en el aire el motivo de su excitación.

Esther lo acarició pensativa entre sus manos. Tampoco María pudo resistir la tentación de tocarlo como si al hacerlo le vinieran reminiscencias de un pasado feliz y no olvidado al lado del padre Jorge. Con los ojos expectantes, Dominí le preguntaba inquieta como intentando decirle que a qué esperaba para abrirlo. De inmediato todos los que habitábamos Liliun los fuimos rodeando curiosos y algo turbados, por qué no decirlo.

Y aunque ya han pasado unos cuantos años, yo sigo preguntándome cómo Matthew y Foma conseguían lo que conseguían y podían hacer lo que hacían, pues supuestamente nadie teníamos contacto con el exterior, salvo Juan y un poco Santiago. Era por esto que cada vez que las mensajeras nos traían noticias de afuera nos produjera cierta desazón.

No se me ha olvidado. Lo recuerdo perfectamente. Tadeo llegara más rezagado, de los últimos. Jewish, su cómplice y protegido, le habló en un ligero susurro al oído. Entonces, inesperadamente, el hermano jesuita se lió a codazos y empujones hasta que se colocó al lado de la capitana, no sin una airada protesta de Foma que casi cae al suelo. Se le notaba excesivamente nervioso. Con un enérgico movimiento de su cabeza incitó a Esther a que lo abriera. Después, ya a solas y más tranquilo, me contaría sus enrevesados y más pesimistas pensamientos sobre el Papa Francisco, pues se había esperado lo peor.

Gracias a dios, sus temores no se cumplieron. Y la capitana al fin leyó:

«A mi niño Jesús:

«Aunque siempre has estado en mi corazón, me duele que aquellos a los que tú llamas oscuros, hayan conseguido hasta el momento alejarme de ti.

«Pero ha llegado la hora tan esperada por mí. El Padre, nuestro Padre, al fin nos permitirá unirnos y ya para siempre, hijo mío.

«Este año es Jacobeo y miles de peregrinos esperan que cruce la Puerta Santa. Y la verdad, ya toca y tampoco apetece negarme. Ellos serán nuestros cómplices y también testigos de nuestro encuentro. Solo el Señor sabe si será el único, aunque para este anciano, a sus ochenta y cinco años ya no tendrá más importancia y mi alma podrá ir tranquila a su encuentro.

«Quiero abrazar al Apóstol contigo, besarte y concederte el secreto de tu poder en la tierra, haciéndote portador de sus claves y de su llave.

«Hijo mío, soy humano, así me hizo Dios, y no puedo escapar de las ansias de tenerte cerca de mí. Pidiendo paciencia infinita al Señor, nos vemos en la catedral de Santiago, en el día de su patrón, al pie del *Apóstolo*.

«Esperando la tuya, recibe mi bendición y el abrazo que este viejo tiene reservado para ti y todos los que te cuidan con tanta abnegación y esmero.

«Tu fiel servidor, Francisco».

Acababa de entrar el verano de dos mil veintiuno del Señor.

—¿Quiénes irán?

Santiago miraba con fuerza a los ojos negros de la gitana.

—¡Iremos! ¡Quiénes iremos, Santiago! ¡Tú también!

Le respondió imperturbable. Y continuó:

—Haremos el camino a caballo como homenaje y memoria a los antepasados que nos han traído hasta aquí. Será la primera vez que Jesús saldrá de Liliun y es la voluntad de quien le envía de partir acompañado por aquellos que serán sus fieles seguidores y ya comparten con él su morada.

Y los fue nombrando uno a uno:

—Suisseki, Matthew, Foma, Tadeo, Jewish y Domini. Bien sabéis que otros seis se le unirán por el sendero de la vida, pero aún falta para ese momento. De los ausentes, solo Wei viajará con él a través del *Qi*.

—Queda casi un mes todavía, pero será mejor que empecemos los preparativos.

No sabía mi querida pelirroja la respuesta de Esther.

—Una observación muy acertada, como siempre Rosalía. Pero tú te quedas

aquí.

—Pero... pero. —No entendía las palabras firmes de la capitana.

—No podemos dejar la aldea abandonada. Alguien tiene que quedar al mando y organizándolo todo para el regreso.

—¡Ahhh....! ¡Ahhh...!

Rosalía se había quedado boquiabierta.

—¿No era lo que habías estado deseando tanto? —le reprocho Esther con una sonrisa burlona, pero cariñosa, de aprobación.

—Marta, Sara y Begoña estarán a tus órdenes y se ocuparán de las criaturas, las más pequeñas y también las no tan pequeñas. Los niños seguro que te ayudarán encantados cuidando a las palomas y teniéndolas listas por si fuera necesario.

Sus amigas no replicaron. Agacharon la cabeza en señal de aceptación. Y miraron para sus hombres que solo esperaban instrucciones. Dándose cuenta de que la importancia de la noticia y el comportamiento de sus mayores, los revoltosos simplemente sonrieron, no fuera a ser que los castigasen sin almuerzo.

—Creo que Marcos os hace más falta aquí que a nosotros. Tampoco ha llegado la hora de las separaciones. Es mejor que quede cuidando de su Lys y de vuestros estómagos.

La mayoría nos empezamos a reír. Solo Clío y María observaban anhelantes a su capitana. La gitana que estaba a su lado agarró con delicada suavidad las manos de la madre de Jesús y mirándola con idéntica pasión a la de su primer encuentro, le habló:

—¡Es la hora, María! Siempre se despierta. Es hora de que te encuentres y de que reencuentres a los tuyos. Y así será. Volverás, María, ya lo creo que volverás...

Y besándole las manos, miró para Jose.

—Y tú la acompañarás desde la distancia hasta que esta se acorte y desaparezca. Irás a Santiago con tu hijo. Y por su bien, volverás. Tú también volverás.

Los dos la miraban incrédulos, pero fue suficiente para que sus ojos permanecieran unos segundos alineados y sintieran la premonición de Esther

agitarse con fiereza.

Clío interrumpió el duelo entre miradas:

—Nunca te abandoné, María. Esta vez tampoco será.

—No es lo más prudente, Clío. Debes quedar y esperar en Liliun.

Unos bastos lagrimones se escurrían lentos por las mejillas de la monjita.

—Te quiero a mi lado. Contigo me sentiré mucho mejor.

Le dijo María de modo que sin alzar la voz todos oyeran y entendieran lo que le decía. Esther no contrarió la decisión de nuestra señora y aceptó sin más. Clío se abrazó a María desahogando su llanto.

—No es un capricho, María. Tengo un mal presentimiento. Siento muy dentro que esta será la última vez que podré ver al padre Jorge.

—Yo también lo siento, Clío.

Un cruel estremecimiento nos cruzó a todos la espina dorsal.

—Mis hombres se quedarán aquí protegiéndoos. —Miraba para ellos con aprehensión, como si temiera perderles, mientras les hablaba. —No es lo que más me gusta, pero entiendo que es la mejor decisión que puedo tomar. Nosotros ya somos suficientes, y Santiago, Antón e Inés cumplirán con la misión que se nos encomendó, custodiando al hijo del hombre.

Dejó que sus hombres protestarían e hizo una breve pausa para vernos bien. Después agitó en brusco ademán su brazo derecho y el silencio conquistó el lugar. Todos estábamos atentos y muy serios. Quizás solemnes. Puede que temerosos. El día que tanto habíamos esperado, había llegado y como ocurre siempre, la incertidumbre se había apoderado de los corazones.

—¡Juan! —prosiguió la capitana.

—A tus órdenes, mi capitana. —le contestó socarronamente, intentando romper el hielo que cortaba el espacio, aunque sin mucho éxito pues nadie se río.

—De ti dependerá nuestro sistema de vigilancia que lo dirigirás y organizarás desde aquí. —Antes de que pudiera reprochar, la capitana lo acalló: —¡Shhh! Santiago y Foma controlarán los drones. Tú y tu amiga de la Agencia Espacial os encargaréis de que todo salga bien. Sin rechistar. Tendrás tiempo de recuperar el contacto con tu amada y de... ponerte al día, que falta te hace.

Nadie entendió aquellas palabras... al menos en ese momento.

Al fin se acercó a nosotros, los magos.

—Vosotros vendréis. Dos sabéis luchar bien. El otro, —refiriéndose a Gáspar—, hará de guía espiritual por el camino, que mal no nos hará tampoco...

Se puso frente a mí para espetarme:

—Y alguno debe dejar constancia de los hechos.

Aunque entretenidos con el detalle de los preparativos y pormenores para tan magna expedición, no nos pasaban los días. Fueron jornadas inmersas en una cansina tensión, incluso tedio. Ni llegaba el momento de largar y nos comportábamos como chiquillos inquietos.

En todos aquellos años no mantengo ningún recuerdo de disputa entre nosotros hasta esos días. Todavía subyace intacto en mi memoria el beso de despedida que Rosalía le dio a Matthew instantes antes de salir tras varios días enfurruñados ante la inminente y primera ausencia de los dos amados. Discusiones que nunca fueron a más de simples voces subidas un tanto de tono y que se dejaron de dar el día que emprendimos la marcha camino de Santiago.

Al poco de nuestra partida, cuando aún no se había perdido la línea de sus pallozas en el horizonte, antes de encarar la vaguada que nos conduciría ante nuestro salvador desfiladero; su leyenda se narró ante nuestros propios ojos: La tierra la engulló y la aldea perdida se escondió en sus entrañas. O al menos así lo vimos y aunque sorprendidos, quedamos calmos por los que se quedaban.

Fuimos peregrinos de nuevo, confundidos entre el enorme gentío que viajaba hasta la ciudad Santa con la esperanza de ver y escuchar al papa. Si acaso, llamábamos la atención por nuestras monturas y los hábitos de la mayoría de mis compañeros. Tampoco yo pasaba desapercibido con mi indumentaria árabe, el color de mi piel y la extrañeza que causaba mi turbante.

Había llegado la hora de decirle al mundo que Jesús estaba vivo. Todos de acuerdo habíamos decidido no escondernos y no separarnos. Nuestra mejor defensa era el grupo y los fieles del camino. Lo sabíamos. Ningún Monje Negro se dejó ver. El viaje fue tranquilo. Intuíamos que nos esperarían en Santiago y que lo intentarían incluso en el templo durante algún acto con el papa. Ya lo habían hecho antes. Hordos no iba a menguar ahora su osadía.

Era por ello por lo que no nos agradaba el lugar y la forma tan expuesta del encuentro planteado por el pontífice, y así se lo habíamos comunicado a través

de una de las voladoras de nuestro servicio de mensajería. Pero fue inútil. El padre tenía la decisión tomada: «Yo no tengo el poder para cambiar el destino de Dios. Menos el mío», nos contestó.

De lo que aconteció en aquel encuentro con gran exactitud, lo conocí años después, tras la marcha de mi discípulo. Lo increíble es que quién me lo contó fue el protagonista de aquel aciago capítulo: Jewish, el traidor.

Insisto. Poderosos son los designios de nuestro Señor, sea el que sea. Si aquel acto vil y cobarde lo hubiera visto con mis ojos, yo mismo lo hubiera matado sin dudar.

Al final yo también lo amé.

Acabábamos de traspasar la puerta de la Azabachería y el vuelo de un enorme incensario llamado botafumeiro nos obligó a parar. El inconfundible olor a óleo puro de Omán me abofeteó de repente. Aquellos perfumes que mi olfato tan bien conocía me trasladaron de inmediato a mi Oriente Medio. Mi colega Gaspar caminaba de frente hacia mí sonriéndome, complacido. Hasta aquel momento no me había percatado de su ausencia. Aquel aroma tan especial y penetrante me decía que él había tenido algo que ver.

Una incommensurable y dispar multitud presenciaba fascinada su vaivén. Singular artefacto sobrevolaba nuestras cabezas colmando la nave central con su humo blanquecino. Su característico olor purificaba el lugar igual que hacía ochocientos años. Acababa de celebrarse el sacramento de la comunión y los órganos barrocos armonizaban con el himno en honor al apóstol, el espectacular recorrido pendular del incensario elevándose hasta acariciar la bóveda del *transeptum* catedralicio.

Asustados, impresionados por su velocidad, nuestros ojos seguían al detalle el exacto ritual que los ocho *tiraboleiros* cumplían con perfecta precisión, potencia y coordinación. Atado con tres gruesos nudos a una maroma que pendía desde la cúpula, lo bombeaban enérgicamente alcanzando una velocidad superior a los 60 kilómetros por hora y un arco aproximado de 65 metros. Hasta diecisiete viajes conté en una imagen que me quedó ya marcada para toda mi vida.

El culto hacía casi una hora que había empezado y en el templo se podía decir que no cabía ni un alma más. El Papa Francisco oficiaba la célebre misa del peregrino. Antes, a su llegada, había sido aclamado por el gentío y entre fuertes medidas de seguridad, quiso atravesar el Pórtico da Gloria, como «un

peregrino más que era de Dios».

Supuse que nos tocaría guardar enormes y largas colas hasta poder acercarnos al pontífice. Pero no fue así. Ante nuestra presencia, los ojos de la muchedumbre se abrían extasiados y el aire se llenaba de miles de silenciosos murmullos al oído, mientras nos abrían paso con una solemnidad y respeto que aún encrespa mi viejo pellejo. Se había corrido la voz de la presencia de Jesús.

Su madre lo protegía acompañándole y encabezando al grupo. Los fieles agachaban la cabeza cuando llegaban a su altura mientras el *botafumeiro* lo saludaba con sus bocanadas etéreas como si anunciara la divinidad de aquel infante. Fuera así cómo llegáramos sin impedimentos hasta el papa, que despacio se había ido acercando hasta Jesús para, rompiendo el protocolo, abrazarlo con alegría. Después se dejó caer en los brazos de María y la besó con verdadero amor paternal.

Al parecer, Esther había decidido que llegáramos tarde para pasar más inadvertidos en la entrada a Santiago, dejando todo el protagonismo al pontífice. El servicio de mensajería de Dominí había vuelto a demostrar su eficacia y los contactos con Su Santidad fueron rápidos y continuos a fin de pactar cómo sería el encuentro.

Tras aquel minuto de nostalgia y cariño, Francisco se llevó de la mano a Jesús para estar a solas con él, detrás de la imagen del Apóstol. Al tiempo, de forma inesperada, un feligrés anónimo, imbuido y camuflado por la masa, hizo estallar su voz con un aleluya. En verdad que dios le había honrado generosamente. El himno repicaba con una pureza única. Al poco, cientos de devotos le acompañaron haciendo los coros. El papa, antes de ocultarse tras el altar con Jesús se dio la vuelta asintiendo con la cabeza. La Guardia Suiza, rodeándoles, había tomado previamente el presbiterio. Ejecutando la posición de firmes, la estampa de sus alabardas con sus hojas brillantes apuntando hacia el techo impresionaba.

Me quedé ensimismado por un instante viendo para María, mi señora, ocupando el centro de la escena. Despacio y envuelta de tristeza descendió los dos escalones recubiertos de mármol rosáceo, comenzando un cansino caminar hacia el centro del transepto hasta acercarse tímidamente a las posiciones que ocupaban su hermano y su esposo, al que buscó con angustiada mirada. No hizo el recorrido sola. Al final de la gradería, Clío la esperaba con ojos ansiosos, mientras absorta reflexionaba. «El padre Jorge ha hecho como si no

me hubiera visto, como si no me quisiera ver, como si algo funesto fuera a ocurrir». No podía librarse de sus malos presentimientos. Algo desconocido punzaba tozuda y dolorosamente su pecho.

Tras dejar a Antón custodiando en el umbral del tabernáculo a Jesús y el papa, caminaron juntas por el centro de la nave. Las dos mujeres intercambiaron miradas vidriosas y explícitas. Una multitud de fieles silenciosos las observaban con infinito respeto. Al pie de la escalinata se cruzaron con Suiseki que a su paso les hizo una sentida reverencia con la cabeza. Con una señal Clío se separó de María en dirección al primer confesionario. La madre de Jesús continuó andando taciturna hasta el majestuoso Pórtico. Angustiada y sofocada, necesitaba respirar. Allí le esperaba una Inés inquieta. Santiago, que estaba con ella mantenía en el rostro un claro gesto de preocupación. Andaba de un lado para otro. Saludó a María agarrándole con fricción el brazo y se fue a fin de acompañar a Antón en la custodia del niño y del santo padre. Jose, que se había atrevido a acercarse con cauto silencio hasta María, recibió la aprobación del policía. María se giró y al verlo le sonrió con pena y le acarició levemente la mano.

Precavida, Esther, se había llevado a Dominí hasta la puerta de la Azabachería, alertándola que tuviera preparadas a sus palomas por si hubiera que utilizarlas en una improvisada huida. La capitana despojó a Matthew y Foma, que pensaron hacer de turistas, de tal condición. Quedaron al cuidado de los caballos y con orden precisa de tenerlos listos para cualquier inconveniente.

Nosotros, los magos, permanecíamos quietos justo en el centro de la nave central, grandiosa y repleta de divinidad. La muchedumbre nos rodeaba curiosa y murmuraba. Gáspar rezaba mientras contemplaba ensimismado el excelso vuelo del incensario. Melchor y yo reteníamos hasta el último detalle, mientras Tadeo se reía para sus adentros al ver nuestros ojos abiertos y extasiados.

No es fácil describir el momento, ni lo que ocurrió. Pido a dios que me dé inspiración para saberlo contar. Lo que yo vi y lo que mis ojos no presenciaron. También aquello que otros más tarde me otorgaron y a mis oídos susurraron.

La evocación del arrullo potente y nervioso de la paloma que Dominí mimaba entre sus manos, se mantiene potente en mí.

En el sagrario, con la imagen del Apóstol Santiago ofreciéndole su espalda, el papa Francisco estrechó a Jesús contra su cuerpo. No hubo palabras de inicio y el calor de sus almas se fundió en una única e inseparable esencia. Fueron unos segundos inmensos. Después se separaron con templanza y ojos abiertos. Jesús miraba al anciano con sorpresa y un cariño desconocido para él. El padre Jorge con vista espesa y empapada, acuosa.

—En tus manos, hijo mío, deposito el mayor secreto de la cristiandad.

—¿Quién eres? —le preguntó Jesús haciéndole comprender que no entendía lo que pasaba.

—Claro. —Se sonrió como diciendo para sí mismo, lo que era obvio en Jesús.

—No nos han presentado. Soy el padre Jorge, pero todo el mundo me conoce como el papa Francisco.

—Ya lo sabía, —le confesó traviesamente. —Bel me ha hablado mucho de ti. Mamá te recuerda con frecuencia. ¿Qué es esto? —le preguntó curioso mientras restregaba entre sus dedos un pequeño y viejo trozo de tela. Amarillento y roído por el paso del tiempo, en él se dejaba ver borroso el rastro de una mancha de sangre con la forma de una diminuta flor de lis.

—No sé si estás preparado aún Jesús, pero aquí tienes una de las claves de tus orígenes: Es un trozo de tela del auténtico sudario. —El Santo Padre inspiró suavemente y, fijando sus ojos en los del niño, le preguntó: —¿Te ha hablado Bel del otro Jesús, de nuestro Señor?

—Sí. Me ha dicho que él está en mí y yo en él, o algo parecido. —Con la mirada grande y la voz dubitativa, continuó: —Creo que yo fui él y... tengo miedo.

—Yo también lo tengo, hijo. —Le confesó sincero el anciano. Jesús asintió y después empezó a apretar y restregar con fuerza el trozo de tela preguntándole al papa con mirada inquisitiva. —Es un pedazo del auténtico sudario, la sábana dónde estuvo el cuerpo de Jesús, el Cristo.

El trozo de tela comenzó a arder dentro del puño de Jesús. Pero al niño no le quemaba y su resplandor se dejaba ver por entre sus pequeños y apretados dedos. Su santidad continuó hablándole:

—Es la llave de la iglesia y la señal de que tú, mi pequeño, eres el verdadero, el esperado. Algún día, solo tú descubrirás cuándo, él te conducirá al auténtico, el mismo que a mí me llegó para custodiarlo. La sangre de nuestro

Señor tiene la forma de la flor de lys, el símbolo que unía a los reyes con dios. Tú, hijo mío, descifrarás su código.

Mientras decía esto, el papa Francisco se deshacía lentamente del anillo que portaba el dedo anular de su diestra. Con dulce suavidad le abrió la mano, depositándolo con máximo esmero sobre la palma, encima del viejo lienzo que estaba apretando. Una luz fina y cegadora fundió los dos símbolos de aquel, su Dios. Jesús le observaba con ojos francos sin extraviar nada de lo que acaecía ni decía aquel afectuoso anciano.

—Guarda también envuelto en la tela mi *piscatorio*, o sello papal —le aclaró tras un movimiento negativo de la cabeza de Jesús al tiempo que la luz «divina» se iba difuminando. —El anillo te reconoce como el auténtico sucesor de Dios es Cristo y te otorgará su palabra.

—Pero Fran, es muy grande para mí.

El papa no pudo contener una breve carcajada.

—Ya crecerás, Jesús... —hizo una pausa para recuperar la compostura: —Grabadas lleva las llaves del reino de Dios, divisa de San Pedro y símbolo del poder de la iglesia que él creó. Algún día lo comprenderás, hijo mío. Solo el verdadero, el legítimo heredero será digno de él.

Jesús perforaba al papa Francisco con miradas pasmadas.

—Y entonces ¿por qué lo tenías puesto? —le preguntó Jesús confundido.

—Nunca ocupó mi dedo. Hoy fue la primera vez, y para entregártelo a ti. El Señor no lo había reservado para mí, sino para su auténtico hijo.

—¿Y qué tengo que hacer con ellos?

—No lo sé, hijo mío. No me ha sido concedido. —Jesús le reprocha con un mohín circunspecto en su rostro. —Solo tú sabrás su misterio y su poder. Sé que será durante el «Gran Viaje» que harás cuando seas mayor y llegue el momento de tu partida.

—¿Y...?

El papa le interrumpió pidiéndole silencio siseando con el índice en perpendicular sobre sus labios.

—Tienes que prometerme una cosa. No nos queda mucho tiempo ya, hijo. El mío se acaba aquí, a tu lado. Así se me ha revelado y así lo acepto. ¿Entiendes lo que intento decirte?

Jesús asintió curioso y aturdido.

—Hasta que llegue ese día, prométeme que no hablarás de esto con nadie, ni tampoco le dirás lo que te acabo de contar.

Mi señor se le quedó mirando fijamente como sondeando los pensamientos del anciano.

—¿Me lo prometes?

—Sí, señor.

Francisco lo abrazó con fuerza y le besó con aflicción en la frente varias veces de forma pausada.

—Recuerda: Será nuestro secreto.

El papa sujetaba cariñosamente el rostro del niño con ambas palmas de las manos, mientras proseguía hablándole:

—Al igual que cuando tu madre heredó el anillo de tu abuela descubrió el misterio que se escondía en él, a ti te pasará también. —Y haciendo una pausa, el pontífice procedió a dar la bendición a Jesús. Al terminar, a modo de premonición, dejó caer de sus labios una frase lapidaria: —Mi tiempo ha acabado.

Al pie de la estatua del apóstol, una trampilla simulada en el baldosado se abrió violentamente. A su espalda, el padre Jorge sintió la presencia hostil de un hombre saliendo del oscuro e ignoto pasadizo que le escondía. Jesús se quedó mirándole, petrificado. El papa comenzó a llorar.

—Tienes que salvarte, mi Señor. Sálvate, por favor.

Con voz en susurro le hablaba al oído y empujándole con fuerza le apartó de sí, defendiéndole del hombre «oscuro». Los iris verdes de este henchían de odio. Pero el papa Francisco, lejos de amedrentarse, hizo afrenta de su valor.

—*Et erunt caecus in tenebris vos post obitum.*

Como una sentencia cayeron las palabras de su santidad sobre el hombre. «Oscuro eres y ciego serás después de morir». Iracundo y rabioso, le asestó una puñalada traidora al viejo perforando su costado izquierdo. Jesús le miró atemorizado. No fue capaz de escuchar lo que el hombre decía mientras mataba a su nuevo «abuelo», salvo un nombre: James.

Acurrucado en un rincón, presa de un pánico humano, olvidado todo lo que le habíamos enseñado para defenderse, sin recurrir a su Qi o fuerza interior, de

su boca solo salía repetida y en voz baja una palabra:
—Jewish.

CAPÍTULO OCTAVO

El último Papa

del libro segundo de Jesús por Jose

Lo habíamos sospechado siempre. Pocos días antes de partir para no volver y haciéndonos prometer que no lo contaríamos hasta después de su «marcha», mi hijo nos relató en detalle, a Belshazzar y a mí, cómo fue y quién asesinó al padre Jorge, nuestro último papa. Solo al final de los días comprendimos la razón de Jesús encubriendo al anunciado y renegado discípulo.

Ahora pasado lo pasado y con el poder de su permiso divino, escribo con inclinación paternal y tierna evocación, las palabras de mi hijo. Y quizá, entrado en la edad plena de la madurez, con otra perspectiva espiritual, la que me dan los hechos, aquellos que yo presencié y sentí.

Intenso es el recuerdo.

Hacía tan solo unos instantes que María, mi esposa, me había obsequiado con una tenue sonrisa. También había dejado en mis manos una sutil caricia. Había pasado tanto tiempo y tantas cosas desde la última vez que mi corazón y mi piel habían perdido aquella buena costumbre. Tuve que sobreponerme. Franqueando la divina alegoría que representa la puerta más conocida de Santiago, o *Pórtico da Gloria*, permanecía callado, detrás de ella.

María hacía ansiosa la espera acompañando a Inés, que estaba especialmente inquieta. Se nos hizo extraño, pues nada le ponía nerviosa. Daba continuos y cortos pasitos sin poder parar de moverse. Desconocíamos el motivo de su angustia, pero no nos atrevimos a preguntar. Yo por no romper lo que parecía que podía volver a mí, no quería provocar y romper el hechizo. Y María porque, aunque todos agradecíamos el cambio de sus gestos, sus miradas y carácter, a más dulce y quizás también algo triste, aún seguía manteniendo ese voto de silencio al que ya nos habíamos acostumbrado.

Entonces, súbitamente, nuestra amiga se desplomó.

—¡Inés! ¿Qué te pasa, Inés? ¡Por dios, Inés! —María, que cayó arrodillada junto ella, chillaba desesperada. Rápidamente la recostó sobre su regazo mientras un sinfín de fieles y peregrinos nos rodearon dando la voz de alarma y pidiendo un médico.

Pero no hizo falta. No se había desmayado.

—¡Antón...! —balbuceó de inicio. —¡Antóoon...! —Gritó despavorida después.

—¿Qué ocurre? —Santiago que no andaba lejos, fue el primero en llegar...

—¡Antóoon, nooooo...!

—¿Qué pasa cariño? —le preguntaba azarada María.

Por detrás del altar mayor, agarrotado por completo, Jesús tan solo era capaz de sisear levemente el nombre del asesino: Jewish. En sus ojos solo había miedo. Todavía no entendía muy bien lo que era la muerte y la tenía delante mismo. El papa Francisco yacía moribundo, tendido en el suelo, a un metro escaso de él. Tiritaba y no sabía por qué. Nunca había tenido aquella sensación y no le gustaba.

Antón osó entrar en el habitáculo tras escuchar el estrépito originado por la caída del cuerpo de su santidad. No tuvo tiempo. No vio, no sintió. El traidor le esperaba pegado a la pared, cubriendo la entrada y con el rostro cubierto. El filo de su espada resplandeció en el aire. Ni ruido se escuchó al desenvainar. Un golpe calculado y certero atravesó el corazón del hermano de María. Sus ojos ciegos quedaron abiertos como implorando, alineados con los de Jesús.

—¡Antón ha muerto! ¡Lo han matado!

—Pero ¿qué dices, Inés? —María nos miraba a Santiago y a mí preguntándonos. —Antón está con Jesús y con el padre Jorge.

—Es verdad, María. Así es. Es cierto... —hablaba con la voz baja, casi vacía, el corazón encogido y un dolor hiriente y punzante en el pecho— pero muerto.

Aquellas palabras se clavaron como flechas en nosotros tres. Santiago ni respiró y, haciéndome una señal, se fue corriendo.

Inés empezó a llorar lenta, dolorosa y silenciosamente. Con la mirada rota, agarró con firmeza el rostro de María y tras besarla, le dijo:

—He visto reflejada la muerte de mi amado. La he visto, María. —Dos segundos de silencio después, le ordenó: —Busca a tu hijo, María. Busca a tu hijo Jesús. Búscalo, María o lo perderás para siempre.

Mi mujer asintió y obedeció. Dejó postrada a Inés y se levantó. Me encaró y me miró de frente. Me agarró las manos y, acariciándome la mejilla, me besó en los labios. Fue un beso corto pero desgarrador.

—Es nuestro hijo. Es hora de que vuelvas a sacar tu espada. ¡Vamos!

Y empezó a correr gritando como una loca mientras el gentío se hacía un lado ante ella:

—¡Quieren matarlo! ¡Quieren matarlo! ¡Es Jesús, mi hijo! ¡Mi hijo!

Yo la seguí. Iba tras ella recordándome la mujer que había sido ocho años atrás.

Lleno de pavor, retado por la mirada de Jewish, mi hijo cerró los suyos e instintivamente se aferró al cuerpo del anciano moribundo.

—Busca tu esencia, hijo mío. Busca dentro de ti —le susurró en un penúltimo estertor el padre Jorge, sacando fuerzas de dios sabe dónde.

Jesús inspiró profundamente hasta reencontrarse con su *Qi*. Wei le había estado manifestando su presencia insistentemente, el peligro se le había delatado, pero Jesús no había contestado a su llamada hasta aquel instante.

—No me das miedo, nada puedes hacerme.

Un odio visceral brillaba en los verdosos ojos del apóstol irlandés. Extendiendo sus brazos y elevando la espada hacia el techo, buscando la efigie del Santo, exclamó en latín:

—*¡Tu es solus testis ultionis James pro patre meo!*

Luego bajó de nuevo la mirada hacia Jesús y sonriendo le tradujo: «Eres el único testigo de la venganza en nombre de mi padre James».

Entonces comenzó a llorar a lágrima viva:

—No puedo hacer daño a mi Señor. El tiempo del hijo de Dios aún no ha llegado. Perdóname porque mi alma es oscura.

Su rostro congestionado se fue relajando. Jesús permanecía a la expectativa, tenso. El papa, en uno de sus últimos alientos, le apretó el puño que contenían sus legados. Jewish, concentrado aquellos instantes en recuperar el control de su espíritu, se dejó ir. El pequeño aprovechó para con premeditada lentitud esconderlos en sus partes blandas, lejos de la gélida mirada del irlandés.

—¡No temas! ¡Yo te protegeré, mi Señor!

Mi hijo le miró perplejo. No entendía, ni se podía creer aquellas palabras. Sin embargo, fueron ciertas. Contradictorias, como todo en él, pero ciertas.

Le puso su dedo índice en los labios indicándole que no hablara. Sin tiempo a

más, dos monjes negros aparecieron como de la nada, ascendiendo por el mismo pasadizo del que minutos antes había salido el propio Jewish. Nada se escuchó. Solo dos golpes rápidos y certeros. Uno cortó la yugular del primero y el otro partió el corazón en dos del segundo. El filo de su espada chorreaba la sangre fresca de los dos malnacidos y mal llamados siervos de dios.

—Protégeme a mí con tu silencio, Jesús, mi Señor. Yo no tenía que haber existido. Solo tu padre sabe por qué esta mentira... y este mi sufrimiento.

Con voz calla le dijo. Jesús lo miraba confuso a través de sus ojos miel. No comprendía nada. Su mentor, Belshazzar, no le había preparado para cosas así, pensaba. Un grito de desesperación salió de la garganta del «oscuro» asesino.

El Papa Francisco, antes de despedirse, aún fue capaz de pronunciar una sola palabra, solo una:

—¡Traidor!

Dominí y Esther, permanecieron todo el tiempo en el viejo umbral de la catedral, antes llamado del Paraíso, por si era necesaria una huida repentina. El alarido de Jewish se había dejado oír en toda la catedral.

—¡Ya sabes lo que tienes que hacer con tus palomas! —le instó Esther. —Yo me voy a ayudar a Foma y Matthew a traer las monturas. Creo que tenemos que irnos. Suiseki, Santiago y Belshazzar tienen claras mis instrucciones al más mínimo peligro.

—¿Instrucciones? —le cuestionaba con una sonrisa la morena «aria». —Querrás decir órdenes...

—¡Vale! ¡Tú ya me entiendes!

Desde el interior se escuchaba una algarabía ininteligible que transmitía una gran excitación y desasosiego a los de afuera, por no saber lo que sucedía dentro del templo. La mujer alemana acercó a sus labios la paloma que había mantenido en el cuenco de sus manos y la besó mientras le musitaba palabras cortas que solo ella parecía entender. Después la lanzó hacia el cielo límpido y azulado de aquel día del apóstol y de mi tierra. La mensajera buscó el campanario zureando de forma continua e ininterrumpida un gorjeo extraño, no habitual. Funcionó. Una a una se fueron uniendo a su vuelo circular cada una de sus compañeras como si hubieran estado esperando la inequívoca señal posadas a lo largo de los tejados de la catedral. Cientos de palomas, quizás más de mil, conducidas por la principal, la de Dominí, sobrevolaban la plaza

del Obradoiro como simulando las trazadas acompasadas de una bandada de estorninos. El público las contemplaba admirado sin comprender nada, preguntándose unos a otros qué pasaba. Reagrupadas todas, siguiendo el vuelo que marcaba la que iba en cabeza se adentraron a toda velocidad sobrepasando a la fiel discípula por el umbral, sin que increíblemente ninguna de ellas chocara con su cuerpo.

«¡Aguanta Jesús, mi niño, que ya llegamos!», pensó.

Suiseki fue el primero en llegar. La muchedumbre había iniciado la esperada estampida producto de pánico. Los «oscuros», como los nombraba mi hijo, habían accedido por la galería subterránea y rodeaban a Jewish, que no dejaba de pedir ayuda. El samurái no tuvo tiempo para valorar lo ocurrido. Siendo consciente de la amenaza que se cernía sobre Jesús, enseñó a la decena de enemigos presentes el brillante acero de su catana en rescate de su compañero.

La Guardia Suiza había rodeado en formación el altar mayor buscando la protección de su santidad y del niño, aunque para su jefe ya fuera demasiado tarde. Arriba, los arcos ciegos de los coros eran derribados desde el interior de sus corredores apareciendo un ejército de arqueros vestidos del negro inconfundible que nos perseguía. Su primer disparo tuvo dos direcciones diferentes. Mientras un grupo derribaba con sus flechas a los *tirabolerios*, provocando un caos absoluto tras el aparatoso aterrizaje del *botafumeiro* contra las baldosas del pasillo central, incendiándose posteriormente; otro grupo atacaba sin piedad a los soldados del papa, matándolos uno a uno sin derecho ni opción a defenderse. Todo estaba organizado. Nos habían ganado la mano. Jesús moriría con toda seguridad salvo obra o milagro de salvación.

Cientos de fieles luchaban por salir como fuera y se apiñaban a puñetazos en las distintas y mayormente estrechas puertas del sagrado lugar. La sangre comenzó a teñir cada rincón y los heridos y cadáveres se iban apilando irremisiblemente. Los Monjes Negros habían tomado el lugar incorporándose desde las entradas ocultas de las capillas y estancias, a través de un laberinto de galerías secretas que solo la orden conocía y disponía.

Mientras el ejército papal se desmoronaba, a base de empujones y carreras dislocadas, Santiago también pudo llegar hasta ellos. Por el camino, nuestro amigo Belshazzar, ayudado por Melchor, otro de los magos, y Tadeo, le protegieron de aquellos que se interpusieron en él mismo. Las espadas batían entre sí y su sonido me trasladaba a tiempos pasados, defendiendo a mi amada y al fruto de su vientre de tan viles enemigos.

Yo mal seguía a María y la defendía a duras penas. La gente le abría el paso y a mí me costaba no perderlo. Incluso alguno ofreció su vida por ella a manos de los malvados frailes. De pronto se paró. Clío estaba en el suelo, arrodillada junto al confesionario. El padre Gaspar, el otro mago, la tenía abrazada. Atorada no dejaba de mirar para el incensario que totalmente destrozado había tomado tierra terminando el recorrido a sus pies, pero totalmente destrozado.

—¡Sígueme, Clío! —Le ordenó María. —Hay que salvar a Jesús y al papa Francisco.

Clío recupero el temple y asintió. Cinco Monjes Negros nos habían cerrado en círculo. Solo yo estaba armado. El grupo de Belshazzar al menos tenía docena y media con los que entretenerse y astutamente los habían distanciado más de nosotros. Yo no le veía escapatoria. Así que, dispuesto a morir por mi hijo y la causa de Dios, besé a mi mujer que me correspondió y bajé los párpados de mis ojos hasta sentir la esencia de mi alma entregándose al más allá que nos esperaba.

Y el milagro llegó, una vez más.

Las mensajeras de Dominí irrumpieron escandalosamente en el templo, volando en dos grupos y a dos alturas diferentes. Las más elevadas atacaron desprevenidamente y en bandada a los arqueros, picoteando con rapidez e insistentemente el rostro y los ojos, haciéndoles huir y dejando despejada la parte superior. El resto y para no ser abatidas con facilidad entraron, en vuelo rasante atacando las partes bajas e íntimas de nuestros contrincantes.

El más leal de los discípulos, Suiseki, quiso cumplir con su promesa. Encerrándose en su *Qi*, sus movimientos se hicieron perfectos y su sable japonés rasgaba cuerpos y corazones sin error y por doquier. Santiago, inteligente, se unió a él hasta que, derrotado el último enemigo, no dudó y levantó a Jesús colgádoselo a hombros. El samurái le habló con la mirada indicándole que se fuera, cubriéndole la retaguardia. Jewish le despejó la salida por el otro costado. Sus miradas se retaron. El policía siempre tuvo el instinto despierto y sabía que algo no funcionaba bien en aquella mente ancha y rojiza. Pero Santiago, lúcido, no se paró y escapó con Jesús a cuestas.

En la nave central, tras el ataque de nuestras compañeras las palomas, Tadeo, también dominado por su *Qi*, y Belshazzar nos despejaron a María y a mí el camino para llegar al altar, junto al apóstol, buscando a nuestro hijo.

Pero el policía ya se lo había llevado saliendo en dirección contraria. Esther, escoltada por el ruso y el americano, había acercado las monturas al pie de la escalinata del Pórtico, tal y como habían previsto secretamente horas antes Santiago y ella. Inés había esperado allí. Mirando para él, preguntó:

—¿Antón?

— Es mejor que lo guardes para ti tal como era, con tu mejor recuerdo.

La capitana descendió de su montura y abrazándose a ella, le dijo sollozando:

—¡Hermana!

Gaspar había conseguido a trompicones unirse a ellos. Bendijo a Inés y la besó en la frente. Callada y ausente, ella montó en su caballo. El «padre blanco» se quedó indicándoles que se fueran. Esther hizo una señal clara de marcha y los tres más nuestro hijo, Jesús, cruzaron la plaza del Obradoiro camino de Juan XXIII, a galope tendido, exactamente igual que nueve años atrás lo habíamos hecho mis hombres y yo, al mando de la Santa Compañía, huyendo de San Martín Pinario y del difunto Comisario Antonio Pita.

Después de que pudieron cabalgar al trote, distanciado el peligro, sé que Jesús miró con bondad para Santiago y que, aún nervioso y muy excitado, con la voz trabucada, le hizo esta promesa:

«Seré yo quien ayude a encontrar su corazón a mi querido poli»

También sé que Santiago no la entendió. Tampoco le dio más importancia y al poco tiempo la olvidó.

María se desmoronó ante los cadáveres de su hermano Antón y de su amigo y mentor de juventud, el padre Jorge, ahora difunto papa Francisco. Triste por la muerte de los míos y paradójicamente feliz al tiempo por volver a sentir el amor de María, mi olfato de capitán de los tercios se empezaba a recuperar. Una pregunta deambulaba loca y sin parar por mi cabeza:

«¿Dónde está Hordos? ¿Por qué no ha aparecido? Precisamente hoy, que era su gran oportunidad».

CAPÍTULO OCTAVO

El último Papa

del libro cuarto de Jesús por María

No sé ni por dónde empezar. No sé tampoco cómo explicarlo. Apenas algún pequeño retazo. Aquellos años es como si para mí no hubieran existido. Todo es muy difuso y es más lo que me han contado que lo que he sido capaz de recordar. Sí el sentimiento de una desolación constante y visceral.

Desde el lapidario «María... Tu hijo ha nacido con síndrome de Down» de Eva, hasta el estremecedor «busca a tu hijo, María. Búscalo o lo perderás para siempre» de Inés, pasaron más de ocho años. Ocho largos años de oscuridad, desolación y olvido.

Me contaron que renegué de mí y de mi dios. No lo recuerdo. Pero estoy segura de otras cosas.

Mi piel guardó bosquejos de la soledad que albergué. Mi corazón aprendió a vivir sin mí, a mantenerme en pie y alzada. Mi mente caminó entre las sombras. Solo mis ojos velaban por mí y no renegaron de mi hijo. Dicen que ellos dejaban traslucir mi escondida esencia. Que mis gestos con él siempre fueron buenos. Que a mi modo lo cuidé e hice mi función de madre.

No lo recuerdo.

Todo me lo fueron contando después.

Dicen que la proximidad de la muerte de Jesús, mi hijo, me hizo despertar de aquella especie de estado catatónico. Dicen que mostré a mi hijo al mundo después de nacer en Nazaret y que pedí perdón por mi fracaso.

No lo recuerdo.

Me contaron que aparté a Jose, mi amado marido, de mi vida y de su hijo en los primeros años, que lo vejeé, que lo odié y repudí. Aún me cuesta creerlo. Tampoco lo recuerdo. Le he preguntado mil veces por esto y, feliz y enamorado, siempre me contesta con uno de esos besos que me hacen perder mi honra y algo más.

No sé lo qué pasó.

Belshazzar, mi buen amigo Belshazzar, me dice que simplemente estuve en estado de shock, así de sencillo. Que mi mente utilizó como mecanismo de

defensa la evasión, es decir; que me fui yo por mi cuenta. Y que aparte de provocarme conscientemente amnesia, desposeyéndome de la función de retención y almacenamiento de cualquier suceso del presente más inmediato; me protegía a base de mostrar con frecuencia una extrema insensibilidad emocional e indiferencia ante lo que hicieran los demás, solo cierto interés por las actividades o sobre todo los progresos de mi hijo.

—¡Paparruchas!

Le contestaba imitando al bueno de Foma.

—¡El delirio de una loca e irresponsable!

Eso es lo que pienso que mi otra yo hizo. Locuras. Volver locos a todos y no asumir responsabilidades que, como ya conté, se me daba bastante mal. Fui una niña mimada, una joven caprichosa y en aquellos ocho años, una madre ausente. Y una esposa injusta, al parecer.

Doy fe que no lo recuerdo.

Solo me quedan sentimientos oscuros de aquella época. Aún las sombras se me aparecen revueltas en algunos de mis sueños de los que yo llamo atravesados. Dolor también, mucho dolor. Pena y angustia imposibles de transmitir. Y tristeza, mucha tristeza acompañada de esa soledad fría que solo sienten los desamparados.

Vivir sin vivir. Morir sin haber muerto.

He querido explicarlo, no sé si lo he logrado. Los que estuvieron a mi lado me amaron mucho, me comprendieron y me perdonaron. Nunca seré capaz de devolverles todo el amor que me dieron. A los que estuvieron, a los que se fueron y a los que aún están en mi vida.

Fui la elegida por el Señor. Siempre he creído que se equivocó con esta elección. No estaba preparada. Aún no lo estoy. Ni para ser madre, ni para perder a un hijo. Bueno, para esto, no se está preparada nunca. Tampoco para ir perdiendo trágicamente a los tuyos.

Belshazzar ha probado con la hipnosis para recuperar mi maltrecha memoria. Al poco tiempo se lo prohibí. Solo tres momentos conseguí revivir.

El primero fue el mejor: Fue el momento en que Jesús me llamó por primera vez «ma-má». Sentí una emoción inmensa, algo increíble que no había conocido nunca. Quise repetir. No lo tenía que haber hecho.

El siguiente me dio una desconocida sensación a pérdida de mi hijo,

rememorando por primera vez su bautizo. La angustia y la soledad me asustaron. Fue entonces cuando cambié de opinión. No quería volver a hacerlo, pero el hermano árabe me convenció.

Y fue el último. Nunca más me lo volvió a pedir. La muerte de Nora fue mi regresión. No pude soportarlo. Un sufrimiento mayor que el infinito me asoló durante semanas. Una tristeza como no había conocido me secuestró, una parte de ella ya no me ha dejado nunca. Sin ella, sin mi mejor amiga, no volví a ser la misma. Me martiricé por no haber sido yo la que había estado a su lado durante el parto, sino el espectro que hacía de mí. Solo la sonrisa calcada de Lys y su parecido a medida que iba creciendo me confortaba.

Cuando «resucité» el primer rostro que me encontré fue el de mi marido, al que besé como yo acostumbré siempre. Jose, sin embargo, recuerda aquel beso al mismo nivel que el primero, pues para él fue «volver a empezar» su vida a mi lado.

Nunca me abandonó, nunca me decepcionó. A mí, no. A la María fantasmal que le acompañó esos ocho años, creo que tampoco. Ella a él, por lo que dicen, sí. He lamentado mucho tiempo no haber sido yo. Le he pedido perdón cada día siguiente de mi vida. Él no quiere ni oírme. Ni hablarme de aquello. Jesús tampoco lo hizo, solo alguna cosilla graciosa que tuvo que ver con él, nada más.

Mis amigos sí. Aunque sé que todo no me lo han contado.

Espero algún día poder leer los escritos que según los vientos rumorosos que han llegado hasta mí, están preparando mi Belshazzar y mi querido esposo. Solo así saldré de dudas, saciaré mi curiosidad y por supuesto, me podré al fin torturar. Y perdonar a mí misma. Aunque esto último solo el Señor me lo podrá conceder. Así sea.

Brutal. Así es la primera imagen que tengo de mi nueva existencia. Caótica también le va. Mis ojos lloraban dolientes. Agachada hasta acurrucarme, sujetaba entre mis manos el rostro del padre Jorge y una de las manos de mi hermano Antón. El frío de sus cuerpos muertos se traspasaba a la sangre que precipitaba mis venas. No me reprimí. No pude. Grité. Como una posesa, como el mismo demonio, antinatural, sobrehumano.

Mi «despertar» no pudo haber sido mejor. Lo más normal es que hubiera decidido seguir durmiendo, al fin y al cabo, era mejor sueño que la pesadilla real que tenía ante mí.

Me incorporé lo suficiente para asir el cuerpo de mi viejo amigo el papa. Le dediqué una última mirada y con sumo cuidado le extraje el puñal que lo había matado. Lo observé ensimismada, como si lo conociera.

—James.

Lentamente pronuncié su nombre. No sabía aún quién era. Mientras intentaba recordar, me acerqué junto el cadáver de mi hermano y afligida deslicé sus párpados hasta bajárselos del todo. Sus ojos hinchados mirando a ninguna parte enseñaban la muerte y me asustaban. Quise ponerme en pie, pero al parecer me desmayé justo en el momento en que recordé la imagen del pirata el día que casi consigue asesinarme.

Desperté de nuevo. Todo había pasado ya. Un niño encantador me decía:

—¡Mamá!

CAPÍTULO OCTAVO

El último Papa

del libro primero de Jesús por Yeshúa

Ocho años atrás.

Dos hombres caminan por la Capilla Sixtina. Solo sus rítmicas pisadas rompen el arrebatador silencio.

—Admirable obra, quizá una de las mejores de la historia de la humanidad: *El día del juicio final*.

La voz del papa Francisco suena afable. Le acompaña un hombre de la Orden. Viste el hábito jesuita. Continúa hablando:

—Un genio, indudablemente. Miguel Ángel dividió a un lado a los fieles, al otro a los infieles. Inteligente, sin duda. Pintó ángeles sin alas. Nos enseñó el purgatorio.

El fraile le escucha con atención. Hay paz en su rostro, que le dedica una tímida sonrisa al pontífice.

—La creación de Adán, seguramente su obra maestra —le indica mirando al fresco pintado en la cúpula. —Fíjate, Tadeo: Dios mira al corazón del hombre al crearlo, como otorgándole la vida, haciéndole más joven que él, a su imagen y semejanza, pero no lo toca.

Tadeo acaba de llegar desde las misiones que esconde la frondosidad de la selva guaraní. Cansado de tan largo viaje, no hace gesto alguno de incomodidad. Su admiración por el padre Jorge viene de largo y de años de servicio junto a él en la ciudad de la Plata. No quiere interrumpirle.

—¿Sabes cuántos años tenía cuando la pintó?

—No padre.

—Treinta y tres.

—Curioso. No me lo hubiera imaginado.

El papa se sonrío.

—¿Conoces las medidas de la Capilla Sixtina? —Tadeo niega con la cabeza.

—No te preocupes. Hay muchos que no lo saben: las mismas que el Templo de Salomón.

—¡Ahhh...! —el jesuita suspiró, admirado.

—¿Y no sospechas quién la vela habitando el piso superior?: La Guardia Suiza.

Tadeo no entendía por qué le estaba contando aquellas curiosidades sobre Miguel Ángel y la Capilla Sixtina, pero sabía que el padre Jorge, siempre tenía una razón. Así que cauto y paciente, decidió esperar. Y escuchar.

—Hay mucho de misterio y de divino en estas pinturas, Tadeo. Son muchos los secretos que nos rodean. Algunos han provocado grandes guerras y desastres entre los hombres. Miguel Ángel ya nos muestra el infierno en la tierra, no le hizo falta morir para ello. Es como si nos anunciara que nadie merece subir a los cielos porque el mal ya está dentro nuestra, solo hay que sacarlo. Es lo que yo llamo «el caos del hombre».

—No entiendo qué me quieres decir, padre.

Esta vez Tadeo le interrumpió sin dilación. Sabía sobradamente que si le dejaba ir terminaría dispersándose en historias y aventuras todo el día. No quería permanecer mucho tiempo en Roma para no dejarse ver demasiado. El enemigo acechaba y espiaba todo y a todos desde el nacimiento de Jesús. Tenía que ir a su encuentro rápido, no quería llegar demasiado tarde.

—Tienes razón, Tadeo. Siempre me pierdo. —Le asintió: —Solo quería decirte que a todos nos llegará el día. A mí también.

—Claro, padre.

—¡No me has entendido, Tadeo! —le reprochó serio. —Iré junto a él y le entregaré mi vida. En el grupo habrá un traidor.

—¿Otra vez?

—Sí, Tadeo, otra vez. Así lo ha dispuesto el Señor.

—Pero...

—Es su voluntad y nada podrás hacer. O mejor dicho, sí.

—¿Qué, padre?

—Proteger al traidor del resto.

El jesuita provocó un silencio incómodo. El papa le ordenó severo:

—Deberás protegerlo. Encubrirlo si hiciera falta. Tienes que prometérmelo.

—¿Pero por qué?

—Son sus designios. A mí tampoco me gusta.

—¿Te ha hablado, padre? —le interrogó entre asombrado y maravillado.

—No sé si puedo definirlo así. Podría decir que siento lo que quiere e intuyo lo que será.

—Eso es fantástico, padre. ¿Hay algo más, entonces?

—Bien, hijo, entiendo que harás caso de mis consignas.

—Te obedeceré, padre Jorge, como siempre he hecho hasta ahora.

—Antes de ir al encuentro del hijo del hombre, debes pasar por Turín y hacer un encargo.

—Tú dirás, padre. —Le acabó prestando toda su atención.

—Justo antes de partir, en un par de horas, te dejaré dos hombres de confianza de la Guardia Suiza y te firmaré un documento que te hará oficialmente custodio del único y verdadero Síndone.

—¿La Sábana Santa?

—¡Escucha con atención, Tadeo! —le reprendió. —Mañana rezarás delante del Sudario a la hora nona, la hora de la muerte de Cristo. Esta es tu señal. Irás descalzo y con el hábito que llevas ahora. Un hermano franciscano se unirá a tus oraciones. Es un maestro masón de plena confianza, no te preocupes. Le entregarás mi pergamino firmado como prueba. Él te invitará a que le ayudes en su penitencia. No te negarás. Juntos, cargaréis el símbolo de la cruz con máxima devoción. En la puerta principal, mis dos hombres os esperarán, acompañando tus hábitos, y os escoltarán hasta el Convento de Santo Domingo.

—¿Dominicos, padre? —le interrumpió entre perplejo y enfadado.

—No temas, Tadeo —continuó el papa tratando de infundir tranquilidad a su discípulo. —Todos sabemos de su pasado sombrío y de sus excesos en el gobierno del mal llamado Santo Oficio, pero en su filosofía su orden no es tan diferente de la nuestra: misioneros, predicadores y voto de pobreza.

—Mucho no me fio —le replicó.

—Estate tranquilo, no tendrás que tratar con ninguno de ellos.

—¿Seguro? —desconfiado.

—El convento es una de las sedes de la logia masónica. Solo el hermano

franciscano estará contigo.

—Pero ¿no llamaremos demasiado la atención?

El papa Francisco se echó a reír discretamente.

—Salvo alguna pequeña excepción, este hombre de la ciencia y de dios lleva haciendo el mismo ritual tres años, todos los viernes.

—¡Y mañana es viernes! —exclamó el jesuita impresionado.

—¡Y Santo! —le apostilló el papa.

Tadeo se quedó mirando para su maestro. Dominador de la esencia interna que conduce la vida, el *Qi*, entendió que los siervos del Señor habían organizado una trama perfecta para algo que sobrepasaba el normal conocimiento del hombre. Fue entonces cuando decidió esperar las órdenes precisas: Él sería otro siervo más.

—¿Qué tengo que hacer, padre?

—En la cruz, en su madero central, viaja el auténtico sudario de Cristo, el que, por nuestra intervención y secreto, se ha librado de la mano obscena del hombre.

Una pausa profunda y continuó hablando:

—¡Lo retornarás a su origen!

—¿Cómo? —perdiendo el control y su *Qi*.

—¡a me has entendido, Tadeo: su origen.

—¡Jerusalem!

—¡A Tierra Santa! —concretó con un halo de cierta felicidad el papa. —Allí te distraerás un par de días. Tú sabes hacerlo. Estarás solo. Sabrás buscar refugio y encontrar el momento. Te transformarás en un judío, en uno auténtico, de aquellos que son máximos defensores de sus tradiciones y por tanto de las escrituras y la ley.

—Pero...

—¡Lo harás! —imperativo. —Nathanael, el Gran Rabí, te buscará y te llevará hasta Hurva, el Tercer Templo. Allí quedará depositado bajo su guarda.

—¿Un judío? —muy sobresaltado.

—¡Uno de los doce, Tadeo!

El jesuita calló un momento. Luego, más relajado, preguntó por la misión:

—¿Ese es el destino de la Síndone?

—¡No!

—Entonces, ¿cuál es? —le preguntó Tadeo sin entender nada.

—El Santo Sepulcro, de donde nunca debió salir.

Había dedicado su vida a Yahvé, esperando su llamada. Había cumplido escrupulosamente cada precepto y la ley de Moisés. Doctorado en lenguas muertas por la Universidad Hebrea de Jerusalem, hablaba hebreo y dominaba el arameo. También había dado satisfacción a la norma con la asistencia por tres años y medio a un Yeshiváh o escuela bíblica. Sabía practicar el Berit Milá o ritual de la circuncisión. Y había estado los últimos años al servicio del anterior Gran Rabí, aprendiendo a interpretar la Torah en la sinagoga.

A pesar de estar viudo, lo habían nombrado Gran Rabí de Hurva hacía menos de un mes. Tendría que volver a casarse. Yésica, su mujer, había sido una imposición de la familia a fin de que su carrera en el orden religioso no se truncara. Nunca la había querido, ni había estado enamorado de ella. A su muerte, en un atentado terrorista, creyó sentir algo parecido a una pérdida y su fe en Dios empezaría a disminuir día a día. Pero aquel trece de marzo lo cambiaría todo.

Sintió fuerte su llamada y conoció a la mujer y al amor a la vez. Algo turbulento y poderoso le agitaba sus más escondidos instintos, a sabiendas de que podría ser la asesina de Yésica. Pero ya no había marcha atrás. Sus ojos mar profunda, casi turquesa, le habían subyugado para siempre. Y ahora solo le importaban el Dios que le convocaba y aquella mujer cuya mirada lo secuestraba.

Pensando en ella, Nathanael acababa de cruzar la Puerta de Hebrón. Era de noche y potentes focos iluminaban la piedra limpia y milenaria de la Torre de David. Tras permanecer un buen rato parado contemplándola desde su umbral se fue deslizándose despacio al interior de su ciudadela. El Rabí paseaba disimuladamente por sus jardines cuando un jesuita se le acercó con pasos cortos y decididos, hasta colocarse a su altura.

—¿Te ha sido difícil llegar? —le preguntó al tiempo que se apuntalaba el puente de las gafas sobre el tabique de la nariz.

—No. Elegiste bien. Este paso conduce tanto al barrio cristiano como al judío.

—¿Lo has traído?

Tadeo dejó caer de su hombro izquierdo una bolsa bandolera muy larga y estrecha, a juego con su hábito. Se la entregó firme, notándosele en exceso que quería terminar rápido. Nunca había estado en Jerusalem. Le hubiera gustado hacer una parada tranquila, con más tiempo y menos inconvenientes. El Rabí le aceptó la entrega. Sus ojos le observaron curiosos.

—Estará a buen recaudo. No temas, hermano Tadeo.

—¿Puedo saber dónde la ocultarás? —preguntó con aprensión.

—En Hurva.

—¿En el Tercer Templo? ¿Entre judíos? ¡Es la Síndone por Dios! —le recriminó casi chillando.

—Habla más bajo. Nos van a oír. Mis fieles son judíos, ninguno lo sospechará. Y los Monjes Negros son cristianos. —Nathanael respiró profundo mientras movía sus ojos inspeccionando alrededor en busca de miradas curiosas que no encontró. Estaban prácticamente solos. Un pequeño grupo de turistas despistados eran los únicos que paseaban admirados por el lugar.

—Perdona, supongo que tienes razón.

—Tranquilo. Está bien. No fue idea mía.

—¿El padre Jorge?

—No se me hubiera ocurrido a mí mejor lugar.

—¿Cuáles son las instrucciones?

—Ocultarla hasta que Él regrese a Tierra Santa.

—¿Me vas a contar dónde?

—Es necesario, Tadeo. Si a Simona y a mí nos descubren, deberás recuperarla.

El Rabí hizo un silencio. Paró a la sombra de un olivo enorme y centenario. Agarró con fuerza el brazo del jesuita. Sus ojos pardos se le clavaron.

—Dentro del capitel que gobierna la flor de lis. Entre sus pétalos hallarás tres hendiduras para tus dedos índice, corazón y anular.

—Tendría que profanar el templo.

—Solo a ojos del Sanedrín. Pero a ti solo te importan los ojos de Dios.

—¿Cómo entro?

—Por la puerta —le respondió bizcándole un ojo. —Podrás hacerlo vestido de Rabí. Luego te las tendrás que ingeniar para quedar a solas y extraer la Síndone. Pero creo que te preocupas demasiado. No tendrás que hacerlo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Cuestión de fe, hermano.

Nathanael se paró en el umbral de la puerta donde el camino se bifurcaba buscando cada barrio y se despidió.

—Vete tranquilo. Aquí nos separamos. Hasta que nos volvamos a ver. Por cierto, ¿sabes cuál es el propósito?

Tadeo asintió deshaciéndose del suave tacto de la túnica del Rabí. El aire fresco de la medianoche se dejaba notar. Lo miró condescendiente y le contestó:

—Que la esencia del Cristo resucitado vuelva a Él.

La mirada muerta de Antón se le quedó clavada para siempre en sus ojos. María, muy apenada, se la cerró llorando. Después se postró y entre sus manos tomó el rostro inerte del Santo Padre apretándolo contra su pecho. Su llanto aumentaba en la misma medida que su aflicción. Clío acompañaba y acompasaba aquel desconsuelo aferrándose con brío al cuello de su amiga, clavándole las uñas.

Jose contemplaba el trágico momento desde la entrada. Un enorme quebranto le produjeron alguna diminuta y lenta pero sentida lágrima. Así con fuerza la empuñadura de su estoque, el mismo que defendió a su amada cuatrocientos años atrás del mismo enemigo. Pendiente de lo que sucedía en la catedral, solo su presencia cubría a las dos mujeres.

La escena representada en el altar mayor era esperpéntica. Todos los soldados del papa habían sido abatidos. Con la Guardia Suiza aniquilada, los cinco hombres de Jesús habían sido acorralados en el altar mayor.

Tadeo intentaba guardar las espaldas a su protegido, Jewish. No quería romper la promesa hecha al padre Jorge. Recelaba de su pupilo, intuyendo o más bien desconfiando que algo tenía que ver con aquel desastre. Pero no quebrantaría los deseos de su viejo amigo y maestro, menos ahora, muerto. Bajó el rostro, miró al suelo, plegó los ojos y se aisló. Buscó y encontró su *Qi*.

La batalla se desniveló.

Los Monjes Negros empezaron a ceder. El guerrero jesuita anticipaba los movimientos de sus adversarios con naturalidad y agilidad innata. Dominaba el tiempo y el espacio. Era invencible. Jewish bajó los brazos observándole perplejo.

No solo era él.

Por el flanco contrario Suiseki hacía lo mismo. Su mente penetró en la de sus enemigos, derribándoles. El dolor que les provocaba era tan intenso que sus espadas cedían fácilmente. No tardó en abrir pasillo.

Belshazzar y Melchor, los dos magos, contenían en la capilla mayor, como buenamente podían, las acometidas de las hordas de hombres negros que se iban acumulando. Aunque mayores en número, la debilidad de ellos se iba notando. Ya no estaban unidos. Rotos por dos costados, no conseguían enlazar los grupos y caían muertos o mal heridos rápidamente, apilándose los cuerpos y perjudicando su propio avance.

Una buena parte de fieles y peregrinos, seguidores de Jesús, habían dejado de huir y comenzaron a ayudar, con mayor voluntad que eficacia, en un intento heroico de entorpecer al ejército de Monjes Negros que asediaba el templo.

Pero fueron las palomas de Dominí las que causaron «el caos del hombre», tal y como lo hubiera definido el difunto Santo Padre. Después de una primera acometida, y asistida por el tercer mago, Gaspar, que astutamente había escapado de semejante esquizofrenia; su mensajera principal entendió el mensaje que en voz arrullo le había susurrado su protectora. La voladora planeó sobre los tejados de la catedral entonando un gorjeo seco y agudo, de guerra, al que las de su especie no dudaron en unirse, formando una gigantesca y temerosa bandada. Dos decenas de palomas revolotearon alrededor de Dominí y Gaspar, y siguiendo idéntico proceder se dejaron querer por ellos dejándose tocar suavemente y escuchando su petición. Luego, en desbocado y violento descenso a ras de suelo volvieron a cruzar comandando a sus formaciones la puerta de la catedral, esquivando a la mujer de rasgos eslavos. El mago se acurrucó cubriéndose con su hábito. Ni una pluma les rozó. Como cazas envenenados se dividieron en dos escuadrones. El superior hizo estragos en los oscuros arqueros apostados en los pasillos y falsos arcos derribados de los coros. El inferior atacó las partes más débiles del hombre y los Monjes Negros caían con estruendosos chillidos de afilado dolor.

Foma y Matthew, serviles, habían cumplido las órdenes de Esther, la gitana. Oportunos ingresaron con la caballeriza hasta las mismas cimbras de la Azabachería. El ruso a lomos de su yegua Irina, hizo un escorzo a dos patas. Belshazzar, preocupado por su señora, ladró enfurecido:

—¡Nos vamos!

Y sin tregua ordenó potente e incontestable a su compañero:

—¡Cúbreme, Melchor!

A golpe de espada de tajo curvo abrió camino y de su boca un grito estremeció a los esbirros del mal:

—¡Cristianos! —un silencio se adueñó del lugar. Las espadas pararon sus duelos y solo algún lánguido y último lamento se dejó escuchar. — ¡Bienaventurados los que habéis protegido a vuestro Señor, porque el paraíso os será concedido! Ayudadnos y la vida eterna se os dará.

Una multitud enfervorizada se levantó de repente. Fanatizada, sin miedo a morir por su dios, redujeron a los rebeldes que quedaban del disminuido y

derrotado ejército de Monjes Negros, apresándolos y desarmándolos.

—¡Tenemos que irnos, mi Señora!

Jewish entró en la cripta del apóstol y se dirigió a María. Jose, su marido, levantó el acero despacio e interrogante, dirigiéndose al discípulo. La mujer acarició primero a Clio, y la invitó a levantarse. Besó después con dulzura la frente fría del padre Jorge y con cuidado extremo se incorporó posando su mano izquierda sobre el filo de la espada de su hombre incitándole a descender el arma. Dio un par de pasos y encaró a Jewish con mirada firme y caliente.

—¿Por qué?

El joven quebró sus ojos verde mar, fríos y ahora atribulados. Un chasquido seco y enérgico estalló en la cavidad. María le había abofeteado con rabia y con un movimiento rápido y preciso le había colocado la daga mortal afeitando parte de su cuello. Tadeo, que acababa de presenciar la escena, sujetaba con fuerza la muñeca de la mujer, presionando para que esta cediera.

—¡Lo siento, mi señora! —le dijo queda y respetuosamente señalando con la cabeza el cadáver del papa. —Soy reo de un juramento obligado por su gracia, hace unos cuantos años.

María cejó en su empeño y afrontó de nuevo, pero calma, los ojos irlandeses que rompieron a llorar.

—¡No lo sé! ¡No lo sé! ¡Es mi padre...!

La mujer entonces examinó detenidamente la daga como si fuera la primera vez en mucho tiempo que la viera.

—¿James?

Jewish no contestó. María, la madre de Jesús, lo abrazó y le besó en la mejilla como solo una madre sabe hacerlo.

Una monja sale exaltada de la celda que ocupa Benedicto XVI en el monasterio *Mater Ecclesiae* levantado en los jardines del interior del Vaticano. El papa emérito yace muerto en su lecho. La religiosa encargada de sus atenciones acaba de descubrir su cuerpo frío y algo momificado, síntoma inequívoco de envenenamiento.

Son casi las dos del mediodía. Las seis campanas de San Pedro suenan al unísono.

«¿Plenum? ¿Hebemus Papam?»

Se pregunta la religiosa mientras corre alterada hacia el refectorio donde el resto de las hermanas se encuentran almorzando. Su instinto le dice que algo no va bien. Se para y siente sus pulsaciones desbocadas. Está junto al huerto. Un recuerdo fugaz y pesaroso le azuza con tristeza. Benedicto XVI confiaba especialmente en ella. Él era un buen hombre de dios, pero rodeado de conspiradores con intereses muy alejados de los caminos del Señor. Ella joven, servicial y devota, pronto se hizo con su beneplácito.

El monasterio lo urgió construir Juan Pablo II para dar cabida a las mujeres de dios en la Santa Sede. Benedicto XVI, sabedor de los males que dominaba a los miembros de la Curia Romana, ordenó construir un ancho muro de separación sobre el huerto. Nadie lo entendió. Él lo justificó con un simple pero rotundo *ora et labora*. Solo a ella le enseñó su secreto.

Ahora su interior hueco, tal como le había anunciado que ocurriría algún día el Santo Padre, le servía de escondite. Una tupida madreselva de flores violáceas guardaba eficaz un ventanal estratégicamente colocado con el fin de que, al apartar la vegetación, se pudiera contemplar en toda su inmensidad el conjunto formado por la Basílica de San Pedro y su majestuosa plaza.

Encogida por el miedo, aguza el oído y escucha quejidos en forma de lamentos. Reconoce las voces atribuladas de sus hermanas. Siente numerosas y distintas pisadas, potentes y firmes. Desde la oscuridad de su escondrijo vislumbra las siluetas de los Monjes Negros con las cabezas cubiertas que han tomado por la fuerza el monasterio, rompiendo su silencio y su paz. No se mueve. Paralizada, no olvida la semblanza que de sus crueles actos le hizo el padre Joseph.

Las campanas han dejado de tañer. Se asoma ligeramente, aguantando la respiración. Extrema las precauciones y mueve los ojos en panorámica, vigilantes. Pero lo que ve la subyuga y a tiempo evita un gemido delator tapándose la boca con la mano:

Cada una de las doscientas ochenta y cuatro columnas está custodiada por un fraile con hábito negro y la cruz de Santiago bordada en rojo sobre el pecho, espada en mano. Los soldados de la Guardia Suiza, el retén que no había desplazado el papa Francisco en su viaje de visita por el año Jacobeo a la ciudad de Santiago, muchos de ellos malheridos, permanecían quietos, desarmados y acordonados, rodeando el obelisco. Y sobre el balcón central de

la Basílica, la imagen de uno de aquellos seres oscuros, pero con capa, destacaba sobre su escolta y un par de cardenales con el inconfundible hábito coral que corresponde a los miembros de la Curia.

—¡Hermanos!

Su voz dura, grave, fría y poderosa se impone. La plaza en honor al apóstol más querido de Cristo se ha llenado de fieles sorprendidos, muchos asustados. Los Carabineros italianos rodean el Estado del Vaticano, pero no intervienen, no pueden. Su actuación se debe limitar a la ciudad de Roma, tomando el control de paso a los lugares santos. Su orden es evitar que el conflicto se contagie.

—Tristes nuevas llegan desde España. En la ciudad del apóstol Santiago, el papa Francisco ha sido asesinado.

Un clamor lleno de sollozos, lamentos y pena sume el aire.

—Malos tiempos se ciernen sobre la iglesia. Al mismo tiempo el papa emérito Benedicto XVI ha sido envenenado.

Un sordo murmullo. El miedo atenaza el alma de los fieles que ocupan la gran explanada.

—Soy Hordos, prelado de la Orden de los Monjes Negros creada por mis ancestros hace más de cuatrocientos años para preservar a nuestra amada iglesia. En verdad os digo, hermanos, que no quedarán impunes estos crímenes.

Un silencio temeroso ha comenzado a inocularse en la piel de todos los presentes, incluidos los no creyentes. Un halo de muerte y amenaza se cuela irremisiblemente en todos ellos.

—Juro por dios que serán perseguidos hasta el juicio final: La muerte. Tiempos nuevos se advienen para todos. Los católicos debemos estar unidos desde ahora más que nunca. *Habemus Papam*. Los miembros de la Curia han declinado su poder en mí para conducir a sus ovejas. He sido nombrado Monje Mayor de la Iglesia y desde aquí, en la Roma de San Pedro, gobernaré para que un nuevo Orden y una nueva fe en Cristo domine el mundo.

Nadie aplaude. Las voces discordantes son apagadas sin contemplaciones por el ejército de frailes negros. Una de las cunas del cristianismo ha sido asaltada a punta de acero. Los medios de comunicación transmiten la noticia en directo a todo el mundo. Los móviles en la ciudad del Vaticano dejan de funcionar. La

Orden ha activado potentes inhibidores y han dejado a toda la zona sin red. Solo ellos disponen de conexión y envían órdenes precisas a todas las diócesis. Sus hermanos mercedarios, con mayor o menor resistencia, se hacen con su dominio. Tienen el control. La iglesia católica es suya.

Comienza una nueva era. El papa Francisco pasará a la historia como el último papa. Su muerte supone el fin de la iglesia de Roma y sus estructuras tal como eran conocidas hasta el día de la fecha, veinticinco de julio del año dos mil veintiuno de nuestro Señor.

Dividida la gente de buena fe, separado el hombre obcecado en banalidades, deseos fútiles y vidas rebosadas por la frivolidad, carentes de valores, anuladas las almas; el maligno ha traído a la reina, ha creado su panal y ha llenado de picaduras las voluntades de la humanidad.

—Al mundo entero le digo: ¡Arrepentíos! —Chillando y sentenciando. — Pronto se establecerá otro orden y el Señor, mi Dios, me ha nombrado juez y verdugo. ¡Arrepentíos! ¡Arrodillaos ante vuestro Monje Mayor, vuestro Rey!

Ha vencido.

Una paloma gris revolotea delante de la joven monja hasta dejarse coger. Aturdida por lo ocurrido, extrae trémula del interior de su hábito, una pequeña libreta y un bolígrafo. Mal garabatea unas letras imprecisas en una hoja. La rasga y la pliega varias veces. Se la anuda nerviosa a la pata de la torcaz a la que susurra un arrullo entrecortado antes de echarla a volar.

Una sombra se abalanza sobre ella y le rompe el corazón sin piedad. Una lluvia de flechas busca abatir a la mensajera. La providencia le concede una esperanza, y prosigue su vuelo surcando el cielo claro del día.

Helena, la monja valiente, muere pagando de este modo su deuda terrenal con María. Ahora mártir, doy fe, el Señor su Dios, ya la ha perdonado.

Aún no repuesto, Jesús se aferra a la cintura de Santiago. A lomos de sus monturas esperan pacientes, cobijados por el monumento a los peregrinos que corona *O Monte do Gozo*. Esther observa compasiva a su hermana Inés, que mantiene la mirada perdida.

—Si no vienen pronto las palomas, Foma y yo tendremos que activar a Gabriel.

—Confía en Dominí antes de llamar al «mensajero de Dios» —contestó la capitana al policía.

Poco a poco decenas de peregrinos les fueron rodeando. La presencia de Jesús no pasaba desapercibida y unos a otros iban haciendo el efecto llamada. Esto inquietaba a los animales tanto o más que a Santiago y Esther. La guarda se les estaba haciendo eterna. El no saber de los demás les subía la tensión nerviosa. Hacía casi media hora que habían llegado. Mucho más ya no podrían aguantar. La vida de Jesús era prioritaria. Era una premisa clara en el grupo.

Como salido de la nada, un vendaval de miles de palomas planeó por encima de ellos. Muchos de los presentes se asustaron huyendo de forma atolondrada. Tras la bandada, Foma cabalgaba encabezando al resto. Santiago y Esther los iban nombrando mentalmente respirando aliviados al comprobar que no había ninguna baja más. Inés levantó la cabeza e hizo lo mismo y aunque intentó sonreír, no pudo y un llanto roto la rindió.

Comandadas por la mensajera de Domini, las palomas sobrevolaban las cabezas de los protectores de Jesús, formando un gigantesco círculo en el cielo. Ellos no se hablaron, solo se miraron. Foma se acercó despacio a junto Esther, que le contestó con gesto afirmativo. Y el ruso se dispuso a conducir al grupo hasta el punto acordado con la capitana, Santiago y Juan, antes de afrontar Liliu. Las voladoras les indicarían el camino buscando la complicidad del bosque gallego, viajando a través de sus ocultos y verdes pasadizos.

Antes de partir, María recuperaría a su hijo. Juntos, subidos a lomos de su Esperanza, durante las siguientes dos jornadas, rescatarían la calidez del abrazo antes no sentido. Y ella ya no olvidaría nunca más la magia que contenía aquella única palabra:

—¡Mamá!

Fueron dos días enteros llenos de grandes silencios. La muerte del papa había causado gran consternación en todos ellos. Y la pérdida de Antón había dejado heridas muy duras, sobre todo para María e Inés. Y al resto, a excepción de Tadeo, una áspera y profunda desconfianza en Jewish. Solo el jesuita intentó mantener la normalidad con el discípulo irlandés, fiel a la palabra dada al difunto padre Jorge. Esto apartaría al traidor aún más y lo haría mucho más introvertido y celoso del resto. Nada ayudaría a resolver su estado bipolar emocional. Los demonios irían creciendo en él más y más hasta poseerlo. Ninguno, nadie se dio cuenta de ello. O quizás no quisieron verlo... triste es la condición humana.

Pero no era el único que vagaba envuelto en tinieblas: Suiseki vivió aquel regreso pleno de sus tormentos internos. Su pensamiento como samurái le agravaba de forma constante y punzante, dolorosamente. No podía dejar de pensar en que la vida de su «maestro» y protegido había corrido serio peligro y él no había estado bastante atento. La frustración lo carcomía por dentro y sentía como el desaliento lo poseía. Su honor había sido mancillado. Hiciera una promesa inquebrantable que solo quedaría libre con su propia muerte y tendría que consumir. Turbado por sus incertidumbres, cabalgaba rezagado del grupo, aislándose y abandonando su propio *Qi*, tan poderoso hasta entonces. Pensó que quizás no estaba preparado para aquella misión «divina» y que no era merecedor de aquel privilegio. No dejó que nadie le ayudara. Quiso ser dueño de su catarsis y dejó pasar las horas buscando el momento para ofrecer su sacrificio a su señor.

Faltaba poco para que el olor de Liliun se hiciera notar. Aprovechó el penúltimo descanso del grupo. Bajó de su caballo, se cubrió la cabeza con la capucha de su túnica y con paso lento se fue junto Jesús. María lo presintió y lo paró. Lo miró a los ojos y entendió. Le consintió con un gesto y le dejó hacer. Nadie mejor que ella sabía el poder de las tribulaciones cuando todo se convierte en sombras. Pero, recuperada su sobrenatural clarividencia, sabía que Jesús no le reprocharía nada.

Se arrodilló ante el niño, que al principio le observó desconcertado. El cruel chillido del filo de su catana al desenfundarla alertó a todos. Los ojos al suelo y la voz grave, hizo que prestaran atención a sus palabras, hirientes:

—Hice un juramento por ti, mi Señor, que he quebrantado. Te he fallado, Jesús, mi niño. Hoy te han podido matar y yo no hubiera podido evitarlo. Prometí que protegería tu vida con la mía y no he cumplido. Esta es mi espada, Señor. Mi honor de samurái está roto y solo el perdón de la muerte me redimirá.

Hizo un silencio profundo y tenso.

—¡Deja que me quite la vida por ti!

Murmillos de desaprobación decoraron el momento, pero nadie replicó nada esperando la respuesta. Jesús, entonces, se arrodilló y le descubrió el rostro. Suiseki, angustiado, sudaba y dejaba ver el miedo de su corazón. Él le sonrió y abrazándole le dijo con su voz más dulce:

—¿Sabes, Sui? Bel me enseñó a contar. Este es el segundo abrazo que te doy.

Yo te quiero, y mucho. Me caes bien, muy bien. Y mi papá me ha dicho que todavía falta otro...

Antes de terminar la frase, tiró de él hacía arriba y de pie, remató:

—... él que te devolverá la vida.

Nadie lo entendió en aquel momento, pero como tantas más veces, Jesús había hecho su profecía.

Camuflados entre la arboleda, bordeando una pequeña vaguada con la intención de no ser vistos, a trote cansino, esperaban la llegada de «Gabriel». Así había bautizado Esther al dron que les guiaría bajo la protección de Liliun, en memoria del arcángel. Poco antes de llegar a Triacastela, ciudad del camino y punto de encuentro y desvío para el grupo en busca de la aldea perdida, cuando el amanecer no había despertado aún, la soberbia luz nívea del *mensajero de Dios* les sorprendió. Un pequeño gesto común de alegría se mostró en sus rostros. María hasta dibujó una delgada sonrisa. «Estamos en casa. Falta poco», pensaba al tiempo que enfrentaba dulce su mirada miel a la de su marido.

Las palomas se fueron dispersando en innumerables grupos y muy diferentes entre sí. Cada uno de ellos hizo un vuelo cortés y rápido a modo de despedida y rápidamente desaparecieron primero entre la frondosidad y después en el cielo inmenso y todavía azul oscuro. Sin producir ruido alguno, en mudo ascenso, como si presintieran que el enemigo aguardara cerca.

Al día siguiente, tras haber afrontado la garganta que protegía la aldea perdida, poco antes de que pudieran vislumbrar sus pallozas, a Liliun acababa de llegar la mensajera, última, de Roma. Portadora de las nefastas noticias, las mujeres de Esther consolaban a Rosalía como podían. Sus hombres habían tomado posiciones preventivas en la entrada y otros puntos propicios para la observación. Marcos se había hecho cargo de los niños pequeños, su hija Lys y Moisés. Los hijos de Rosalía, David y Raquel, le recordaron a su madre lo que tenía que hacer.

Inmediatamente, Juan recuperó el gobierno de Gabriel al objeto de mantener vigilado al grupo y mantener contacto continuo con Santiago y Foma. Alba, desde París, también se había conectado ante las alarmas que le enviaba el dron. Pero con ojos húmedos, solo se limitó a facilitar su señal y control del aparato a su amado. No quiso intervenir. No quería que sus sentimientos interfirieran y prefirió ahogarse en los recuerdos de un pasado feliz. A su lado,

un niño observaba curioso a Juan en la pantalla sin terminar de entender las lágrimas de su madre.

—¡Pájaros! —Exclamó de repente el pequeño.

Juan se quedó callado en un primer momento tras oír aquella voz infantil al otro lado. Sabía que Alba estaba allí, silenciosa. «No puede ser. Es imposible». Se repitió varias veces para sí mismo. Pero no había tiempo para pensar.

—¡Santiago! ¡Foma! —les avisó por línea interior. —¡No habléis! Nos han localizado. Voy a silenciar a Gabriel. Cuando os ilumine, estar preparados para seguirle a galope tendido.

El ruso se acercó a la capitana y le susurró al oído. Santiago levantó el brazo e hizo parar al grupo con sigilo.

Rosalía besaba en el pico a una preciosa paloma gris. Entretanto, sus hijos abrían las portezuelas de los refugios del resto, moviendo con agitación las manos para obligarlas a salir volando de forma apresurada. Después, ella, con lágrimas diminutas, lanzó triste al aire aquella que sujetaba, tal y como le había enseñado Domíní.

Mientras sus compañeras se dispersaban en múltiples direcciones buscando ser abatidas lo más lejos posible de la aldea, cumpliendo su misión de mártires, la preferida de Domíní, alzaba majestuosa el vuelo, majestuosa. De la inmensidad del cielo, *Peregrinatur*, el halcón misterioso, surgió para protegerla y escoltarla. Tres halcones enviados por el mal fueron a por él y tres halcones fueron derribados. Agarró entre sus garras a la mensajera y levantó un vuelo rápido y potente, inalcanzable para el resto, que pronto perdió de vista el lugar. Luego el efecto incomprensible de Liliun hizo el resto, desorientándolos.

Juan, atento al momento, activó raudo al mensajero de Dios, y el grupo fustigó a sus monturas hasta cruzar el umbral de la aldea perdida. Todos, menos él, fueron corriendo a recibirlos, ansiosos por tener de vuelta a Jesús. Juan conectó la cámara de su pantalla con Paris, inquieto.

Rosalía fue la primera en llegar abrazándose como una loca a María y a Jesús. Los hombres de Esther saludaron aliviados a los recién llegados. Sus mujeres se arremolinaban alrededor de la capitana, eufóricas. Después del primer impulso, Rosalía buscó con énfasis a su Matthew. Tras encontrarse y clavarse sus miradas llorosas pero alegres, se besaron con la fuerza que solo da la

ausencia forzada. Rezagado había llegado Marcos con los pequeños. Moisés se agarró con fricción a la pierna de su madre y Lys apretujó hasta hacerle daño a su «hermanito» Jesús. Solo Marcos se había fijado en Inés y sólo él se había percatado de la ausencia de Antón. En un impulso lento y triste, se acercó a ella. No medió palabra. No hizo falta. Los dos se abrazaron y lloraron como solo el dolor del alma puede entender. Solo entonces la falta de Antón se hizo presente. Instintivamente, Belshazzar giró hacia Jewish y el resto respondió al unísono. El irlandés echó a correr al sentirse acorralado. Tadeo fue tras él. Los hombres de Esther hicieron ademán de seguirle, pero la capitana con un «no» rotundo los paró.

El *Qi* de Jesús a través de Wei se hizo presente en él. Lys, que lo agarraba con fuerza, también lo percibió. Aun así, no lo soltó. Quería saber lo que su amigo sentía. Jesús la miró complacido y, haciendo caso a su maestro Wei, se desprendió de él y viajó. Lys cerró los ojos y lo acompañó.

Primero fue su esencia. Conocedores de los acontecimientos, Nathanael y Simona se habían encontrado de forma discreta en el muro de las lamentaciones. Mientras cada uno rezaba a su fe, tímidamente se agarraban de la mano. Un calor plácido empezó a correr por ellas sintiendo la presencia del que esperaban. Se miraron aliviados. El deseo escrito y engarzado entre las piedras de la ciudad santa se les había concedido. Jesús vivía.

Luego, un sol perenne y precioso, iluminaba el rostro de la bella Jumala que tiraba pequeñas piedras al lago que le servía de refugio durante sus meditaciones. Jesús caminaba con cuidado de no hacer ruido, intentando no quebrar las pequeñas ramas caídas en el suelo, hasta colocar su hocico de husky siberiano frente a ella, que despertó admirada. Jumala lo agarró rodeándole el lomo con sus brazos hasta provocar un aparatoso revolcón por la tierna, espesa y al mismo tiempo corta hierba que bordeaba la orilla. Jesús lamió sus manos y su cara. La sumí volvió a ver la sonrisa de su amado niño y rio feliz.

Y, desde la colina de Lhasa, aulló el lobo. En el templo blanco, dos monjes rezaban de modo ininteligible por Jesús. El canto del animal les había interrumpido. Azarosos se dirigieron a la ventana.

—Vuestras súplicas han sido escuchadas —les anunció la voz amable del Dalai Lama.

Siddhi y Philip respiraron serenos dando las gracias a dios.

Peregrinator, el halcón misterioso, custodió a la paloma preferida de Domini y Jesús se transfiguró a través de sus ojos agudizando la vista. Acababa de presentir las tribulaciones de Juan y decidió descender hasta posarse en el brazo del mago Belshazzar, chillando en señal de aprobación. Devolviendo el *Qi* a su amo, el halcón desapareció abrigándose en la espesura del bosque y el monte que le daba cobijo.

El niño había mostrado sus signos de divinidad. Lys miró fascinada a su amigo. Nunca había sentido nada igual. No sería el único viaje que haría de la mano de su compañero. Habría muchos más. Después, deshaciéndose de ella, sin dar explicaciones, Jesús se dirigió al interior del poblado en busca de su amigo «maquinitas».

—¡Juan! ¡Es tu hijo! Se llama Alejandro.

No podía hablar. Sus ojos ni pestañeaban. No sabía qué decir. El niño lo miraba curioso.

—¡Es papá, cariño! —le dijo Alba con una alegría impregnada de mucha nostalgia.

—¿Papá?

Preguntaba el pequeño moviendo la cabeza y mirando para los dos.

—Alejandro —acertó a musitar Juan como si no se lo pudiera creer.

—¡Alejandro, el Magno! —exclamó Jesús. Todos le habían seguido extrañados.

—Bel me habló un día de él.

Intentó disculparse. Pero a continuación, sentenció:

—Los mayores os hacéis malos cuando creéis. Solo los niños hacen cosas buenas. Mi papá me dice que un niño os hará buenos otra vez. Algún día Alejandro será ese niño.

Otra profecía más.

CAPÍTULO NOVENO

Bakr Assaf

del libro primero de Jesús por Yeshúa

El diablo, siempre astuto, ha ido mostrando señales en lugares que la mayoría de los mortales ni se atreverían a sospechar. En el año 666 de d. C., los romanos ocuparon la colina de Sabika. Siglos después, en este mismo lugar, Abu al-Ahmar, primer rey de Granada, construyó una de las maravillas de la tierra: La Alhambra.

Por el Paseo de los Tristes, con andar indolente, dos hombres se dibujan ascendiendo. Los transeúntes se apartan temerosos ante sus figuras siniestras. Se acerca la noche mientras Hordos y el líder islamista conversan en tono misteriosamente amigable y sospechoso. Un buen número de Monjes Negros les escolta en procesión por ambos lados. Media docena de extraños sujetos vestidos con monos negros, cubiertos con pasamontañas y armados, acompañan sus pasos rodeándolos. Son los miembros de la guardia personal de Bakr Assaf, que en su traducción literal significa *chico tirano*, caudillo de los Hijos del Profeta.

—Amigo Hordos, ¿sabes por qué a esta rampa se le llama de los Tristes?

—Confieso, Bakr Assaf, que las leyendas lugareñas nunca me han suscitado gran interés.

—Pues como cristiano que eres deberías saberlo. —Hordos lo inquirió entonces con la mirada a que le diera la respuesta— Este era hasta no hace mucho el camino al cementerio.

—El Paseo de los Tristes... Me gusta el nombre.

—Y cuenta su leyenda, un tanto tenebrosa, que el alma de cierta dama vaga por sus rincones.

—Una historia negra y oscura como nosotros, supongo —le dijo el Monje Mayor relamiéndose.

—Supones mal, amigo. La Dama Blanca le llaman.

A Hordos se le torció la sonrisa.

Un intenso olor a azahar briznaba el primer aire del anochecer. Habían llegado a la Ciudad Palatina. Custodiados por sus soldados, que con antelación se

ocuparon de despejar las calles anexas, se adentraron en la antigua población Nazarí. El prelado de los Monjes Negros contemplaba con ojos extasiados la excelsa belleza de sus edificios y el conjunto de su construcción. No había sido hombre dado a la instrucción en el arte. Nunca le había dado aprecio. Pero ahora aquel lugar le sobrepasaba. Algo ignoto y espiritual dominaba el entorno y le generaba cierta aprensión al no poder controlar sus sentidos.

—Veo que conocéis bien el lugar y su historia.

—Esta fue tierra nuestra. Y mi obligación también es entender a mi enemigo.

—¿Habíais estado aquí antes?

—Solo en mis mejores sueños, y es por ello por lo que me siento en deuda contigo. Pero mi querido Hordos no tiene por qué preocuparse... Bakr Assaf siempre paga sus deudas.

Al líder árabe le brillaban los ojos. Hordos no supo ver la codicia que en ellos se contenía. Fascinado por los hechos y ciego por verse rebosante de poder, su ambición le estaba anulando. Quiriendo estar a la altura de su oponente, fue a equivocarse con sus adulaciones al enemigo verdadero.

La mano del califa le invitó a ingresar en el Patio de los Leones. Los soldados de Hordos acordonaron hombre tras hombre las columnatas de tan maravilloso espacio, al igual que en una cumbre de Jefes de Estado. Y en realidad, así era, aunque todavía no fueran reconocidos como tales.

El murmullo sonoro del agua replicaba a través de los tiempos. El aire límpido se conjugaba con los primeros colores de la noche. Iluminados, sus leones rugían a plácidos borbotones.

—El Patio de los Leones para el islam es la principal recreación del paraíso en todos sus sentidos y representa el cosmos cruzado por sus cuatro ejes. Estas acequias simbolizan los cuatro ríos del vergel de Alá y sus puntos cardinales. La fuente, en el centro, es como la montaña que concentra el universo y el poder divino.

Bakr Assaf se recreaba con palabras sabías y calmas que confundían aún más a Hordos, que callaba con rabia contenida consciente de su ignorancia y de la demostración que hacía de ella al hacerlo.

—Doce leones resguardan la fuente. Como vuestros doce apóstoles. En el fondo no somos tan diferentes, querido Hordos.

La tez del Monje Mayor había perdido su tono moreno vivo por uno más rojizo

tornando a violáceo. Bakr Assaf lo percibió y pensó que ya era bastante, que había conseguido imponer su nivel cultural por encima de su oponente cristiano.

—Pero no me he expuesto a viajar más de cinco mil kilómetros desde Mosul para hablarte de estas piedras, aunque un día fueran nuestras. Así que, si te parece, amigo Hordos, nos podemos relajar con un buen baño turco en el hotel en el que me alojo, buena réplica del Palacio de Comares, por cierto.

El prelado cambió gradualmente su expresión y sintiéndose ya en su terreno, pensó: «¡Ahora me toca a mí, cabrón!»

—Tengo mucha y gran curiosidad por saber para qué me habéis llamado.

Esta vez Hordos no se calló:

—Para devolveros estas piedras y vuestro Al-Andalus.

Bakr Assaf se había reservado para su uso y disfrute una de las piscinas interiores. Decorada la estancia al más puro estilo Nazarí, el suelo estaba enlosado con mármol de un blanco puro, casi sin betas; las paredes hasta media altura azulejadas con motivos de clara tendencia mozárabe en azules y ocre, combinando formas geométricas casi florales y el resto hasta los techos níveos habían sido pintados con un estucado de color amarillento. Sobre los bordes de la piscina, con el agua termal formando vapores, velas aromáticas elevaban sus llamas rectas y frágiles, dotando al habitáculo del romanticismo de otros tiempos. Solo la luz blanquecina de las lámparas led, hablaba de una época moderna.

Hordos, sentado a su lado, había conseguido relajarse. Pensó que tan ocupado en conseguir el poder quizá se había olvidado de algunos de los placeres mundanos. El califa, satisfecho, le preguntó con la mirada.

—Te propongo que unamos nuestras fuerzas.

—¿Tienes ejército? —le preguntó sorprendido Bakr Assaf.

—Eres sabio amigo, pero yo sé caminar en las sombras.

—Te escucho.

—Llevo ocho años preparándolo.

—¿Cómo?

—La iglesia católica ha tenido muy abandonados a sus monasterios en los últimos tiempos y por ende, a sus clérigos. Más preocupada por mantener su

mastodóntica estructura y los privilegios de los cardenales, obispos y asimilados, ha descuidado a sus «mercedarios». Y yo los he reclutado.

—¿A todos?

Hordos se sonreía.

—Se me han resistido un par de órdenes como los jesuitas y los franciscanos y algún viejo romántico del cristianismo, pero nada más. Y como vosotros, para el nuevo orden establecido, las mujeres no cuentan.

Bakr Assaf lo miraba intentando mantener la calma, pero no podía evitar que su pierna derecha se moviese y que sus dedos acariciasen una y otra vez el puño de la daga que escondía siempre en su calzón.

—Hemos sido discretos y hemos esperado el momento oportuno: La muerte del Papa Francisco y la de su antecesor, Benedicto XVI.

—Dirás asesinatos.

—Digamos mejor que el Señor los ha reclamado a su vera.

—Hay una cosa que nos diferencia, cristiano, pues veo que tú no crees en tu Dios.

—No en él que me han enseñado, un Dios que permite las desgracias y que unos viejos gordos y sebosos dominan las almas de los débiles. Quiero un Dios justo.

—Y tú, su servidor, impartíendola.

—¿Ves como sí que somos iguales, Bakr Assaf?

El califa desconfiaba aún de Hordos, pero quería saber de sus planes. A fin de cuentas, le gustara o no, ahora era el líder de los católicos. Así que lo abordó sin miramientos.

—Aún tienes algo por resolver: El niño Dios, la vuelta de Jesús. Y al parecer has vuelto a fallar en el intento.

—¿De verdad piensas eso?

Hordos dejó ver una mueca maliciosa en su rostro.

—Tú, Bakr Assaf, eres el Mahdi, el mesías islámico o el Anticristo para nosotros los cristianos. —Ahora el árabe le escuchaba con inusitada atención.

—He tardado en comprenderlo, pero ahora sé que solo tú tienes el poder de quitarle la vida.

El líder árabe hizo una pausa reflexiva y terminó por asentir, sonriendo a Hordos. Su alma negra presentía que aquella nueva alianza le llevaría a sus ansiados objetivos.

—Pero llegado el momento cumplirás la profecía.

—¿Y sabes cuándo será? —le preguntó, escéptico.

—El día que alcance su divinidad ante el mundo. Solo entonces le derrotarás derramando su sangre y mostrando a sus seguidores la derrota eterna.

—¿Falta mucho?

—Solo es un niño todavía.

—Entiendo. ¿Qué me propones, entonces?

El Monje Negro se acercó más al califa y bajando un poco la voz le detalló sus planes:

—Quiero que lances una ofensiva sin previo aviso, militar y terrorista, sin tregua por todo Oriente Medio, Asia Occidental y África Meridional. Tienes recursos y súbditos suficientes. Tampoco te falta quien financie tu Guerra Santa.

—¿Y tú?

—Yo te secundaré del mismo modo, pero en Europa. Entretenido el viejo continente en mis correrías, tú tendrás las manos libres.

—No tienes armas.

—Espadas y flechas.

—¿Qué...?

—Son más sutiles e indetectables. Los ejércitos modernos no están preparados para un cuerpo a cuerpo. Y después les mata eso que llaman ética. No querrán luchar contra espadachines y arqueros. Cuando se perciban del peligro real, será demasiado tarde. Tampoco la política entra a gobernar la religión, y por eso yo he podido conseguir el poder.

—Contra mis soldados sí que lucharán con armas de fuego, artillería, aviación y todos sus medios militares.

—Serán menores en número y con mi ayuda, muy divididos. Ya sabes que van a la O.N.U. para nunca ponerse de acuerdo. ¡Inútiles!

—Tus soldados parecerán más bien una recreación de la Edad Media.

—Al igual que cuando Al-Andalus era vuestro.

—¿Qué me quieres decir?

—Que, a cambio de tus menesteres, yo, Hordos, Monje Mayor de la Iglesia, devolveré las llaves de Boadill a su legítimo propietario.

Hordos, ciego de su propio orgullo y codicia, no fue capaz de ver los verdaderos anhelos y ambiciones de Bakr Assaf, despejándole el camino en su conquista del mundo árabe a fin de unirlo bajo su yugo. La mirada del califa resplandece minutos después caminando a solas por los jardines del Generalife, respirando las fragancias que a su paso multicolor le iban dejando alhelís, violetas, lirios, mentas y tomillos y hasta los olores inconfundibles del jazmín mezclado con la tersura del azahar de otrora, en suelo cristiano y musitando con fuerza interior el nombre del símbolo de aquella tierra prometida:

—¡La Alhambra!

Hordos ha sellado la alianza. Desde la Torre de las Campanas de la catedral, en Santiago, domina la ciudad. Seguro de sí mismo, acaricia a su halcón. En una de sus garras ha anudado un canuto cilíndrico de cuero con un pergamino manuscrito de su puño y letra y lacrado con la versión de la Cruz de Santiago que reconoce a su orden. Después de susurrarle sonidos ininteligibles, lo lanza al cielo gris.

Dos horas largas después la rapaz sobrevuela las inmediaciones de Liliun que, aunque oculta a sus agudos ojos, su instinto percibe intensa. También presente el peligro pese a que no lo ve. Una flecha certera atraviesa su negro plumaje y cae derribado. Rota su ala derecha, emite su visceral gruñido antes de tocar el suelo. Malherido, la mano de un niño lo sujeta con fuerza.

Por detrás, sin tiempo de reacción, una sombra del mal propina un golpe seco y fuerte a Moisés en la cabeza, que queda tumbado en el suelo semiinconsciente. Entre nebulosas, vislumbra una figura etérea cubierta por la capucha de su hábito. Pero no es capaz de identificar a su agresor.

El hombre sustrae el mensaje del halcón. Sin embargo, este queda enganchado en el espolón que lleva en su pata rasgando un trozo del papel con olor a viejo tras abrirse el talego que lo envolvía. Al oír los gritos de los que se acercan, el desconocido escapa ocultándose en el primer callejón que sale a su paso. Antes extrae la flecha a su mensajero.

—¡Moisés!

Dominí corre lo más que puede. En su mano derecha lleva el arco que instantes atrás había disparado. Suiseki, el samurái, desenvainada su catana y le acompaña. Llegados, junto al hijo de la capitana, que no tarda en aparecer seguida de Belshazzar, Tadeo y Jewish, intentar reanimar al pequeño que pronto se incorpora sangrando ligeramente por la cabeza. Mientras se ocupan de él, el halcón intenta elevarse inútilmente. Salido de una inmensidad gris, mientras comienza a lloviznar, *Peregrinatur*, se abalanza sobre él sujetándolo cual presa.

—¿Quién ha sido, cariño? —le pregunta desesperada su madre.

—¡No lo sé! —responde el niño, aún atolondrado.

Suiseki se coloca en posición de guardia y cerrando los ojos, llama a su *Qi*. Belshazzar le acompaña haciendo chirriar su acero.

—¡Para! ¡Tranquilo!

Le ordena Dominí a *Peregrinatur*, el halcón dominado por la esencia de Wei. Acercándose a él, le acaricia y lo desprende de su trofeo, tapándole los ojos con la caperuza. En la uña del ave capturada aparece enganchado el trozo de papel roto con el precinto rasgado de los Monjes Negros. Todos se miran aturcidos. Todos saben lo que significa: Hordos nunca se había acercado tanto.

—Es su halcón, no hay duda. Es hembra. *Peregrinatur* la vigilará. Nunca se sabe, siempre queda la esperanza de la conversión.

—Tú fe es infinita, Dominí. —Es la réplica incrédula de Belshazzar.

Moisés se incorpora medio desorientado, sentándose en el suelo ya mojado. Mira para Jewish un tanto asustado. Suiseki reconoce el hecho concentrado en el hilo de su alma y coloca el filo de la catana sobre el cuello del irlandés. Tadeo reacciona rápido y con su espada repele la del samurái, que le responde en posición de combate. Entonces Jewish escapa a trompicones. Suiseki mira para el jesuita y abnegado baja el arma al contemplar cómo el niño se abraza sobrepasado a su madre.

Luego Tadeo baja la cabeza y cae arrodillado. Y comienza a llorar por no poder comprender el fin de su misión protegiendo al traidor.

Lentamente se van todos, dejándole solo, y una tormenta de gruesa lluvia empapa su desesperación.

A solas en su choza, Jewish despliega nervioso el mensaje de su prelado. Las

manos le tiemblan y él sabe que no es de emoción. Su yo contradictorio se angustia y las incertidumbres lo poseen. Lee ávido:

«Mi querido y fiel servidor:

«Me complazco en anunciarte que he cerrado una gran alianza con Bakr Assaf, el califa, que cambiará el devenir de la historia de la cristiandad, y por ende de la humanidad.

«Pronto, el ejército que hemos formado, mientras nuestros políticos y religiosos se regodeaban en sus dominios y riquezas, lanzará sus ocultas huestes al servicio de Dios, nuestro Señor.

«Una nueva cruzada limpiará al mundo de los impuros. Someteremos a todas las iglesias y mandaremos al infierno a los pecadores. El hombre volverá a ocupar el lugar que Dios le otorgó en la tierra. Las mujeres amantarán a nuestros hijos y solo los fuertes de corazón verán la luz.

«Dos grandes civilizaciones quedarán y juntas gobernarán el mundo y se desprenderán de los impíos. Es la revolución de los miserables ante el poder establecido del dios dinero. La palabra de Dios volverá a reinar.

«Debes seguir con nuestro plan. Confío en ti. El momento del niño Dios aún no ha llegado. Protégelo hasta que el sacrificio de su sangre redima al mundo. Yo estaré para verlo y para ocupar el lugar que por derecho me pertenece: Rey en la tierra del verbo divino».

Una ira inconmensurable le vence. Sentimientos contrapuestos lo dominan. Mira al cielo, pero solo encuentra el techo oscuro de la habitación. Rabioso se hace con una soga que guarda desde hace tiempo debajo del camastro. En noches angustiosas, en la parte superior de la viga central había escarbado un hueco por el que introduce la maroma, hasta dejar colgado el nudo del ahorcado. Subido a un taburete, poseído por una fuerza no de este mundo, se lo coloca al cuello.

—¿Por qué yo otra vez, Dios mío?

Y tambaleándose queda suspendido en el aire un breve instante. Un potente y atinado latigazo secciona la cuerda a medias, y es rematada por el hábil sesgo de una espada.

Cae al suelo. Lloro con constantes jadeos y sofocos como un chiquillo. Tadeo le abraza, totalmente empapado y triste también.

—¡Tampoco es tu hora, amigo! ¡Aún no! ¡Algo grande debe de tener preparado

el Señor para ti!

El llanto de Jewish se deja escuchar en toda la aldea.

CAPÍTULO DÉCIMO

Los otros apóstoles

del libro tercero de Jesús por Belshazzar

Ímproba tarea me fue encomendada. Cientos de apuntes y notas desordenadas colman mi escritorio. Complejo va a ser darle un sentido. Los tiempos se me revuelven y no sé cómo comenzar. Aquellos hermosos y holgados años antes del Gran Viaje son como una purificación para mi alma. Abandonamos el mundo para servir a aquel niño, no sé si divino, pero sí especial. Aquel que años después se convertiría en mi maestro, el que con sus palabras libres, inocentes, llenas de verdad y de amor, pero, sobre todo, con sus actos, me enseñaría el valor de la vida y la dignidad del ser humano.

Espero y deseo, querido lector, no decepcionarte con lo que te voy a contar a partir de ahora. Mi memoria no me deja seguir un orden estricto y chorrearé a porrazos mis viejos y fatigados recuerdos.

Sin embargo, en las próximas páginas no voy a hablar de aquel tiempo en Liliun. Sé que María lo hará mejor que yo. Ansío poder leer algún día sus escritos y recrearme en esos tiempos que ya no volverán.

Hubo otros seis apóstoles que, estoicos y firmes en sus convicciones, esperarían al menos doce años más hasta compartir el camino de la vida con Jesús. Veinte años largos en total siguiendo la causa de un desconocido. No sé si llamarle a esto fe, pero al menos se le parece bastante. Ellos creían en él. Una descomunal fuerza interior los rebosaba.

Yo también creí en él. No era mi dios, ni mi religión. Pero creí en él. Y solo los que lo conocieron pueden explicarlo. Empecemos, pues.

Simona y Nathanael

Era la *magrib* y el *adhan* llamaba a la cuarta *salat*. Mis hermanos musulmanes paraban para el momento sagrado de la oración. El canto árabe implorando a Alá, nuestro dios, bullía etéreo y potente desde la Explanada de las Mezquitas. Miles de fieles rezaban con un fervor exasperado, incluso fanático, recordando a su creador con humildad y sinceridad. Se arrepentían de sus pecados, pedían perdón por ellos y se alejaban de todos aquellos actos y pensamientos contrarios. La plegaria era tranquila. La piel aspiraba aquel

sentimiento por sus poros, igual que el cálido calor del atardecer.

No muy lejos de allí, en el Muro de las Lamentaciones, Nathanael también rezaba. Había elegido la zona mixta o *Kotel*. Esperaba a alguien.

Pasó tiempo y cuando el ocaso se hacía más presente, una mujer se colocó de forma lenta y discreta a su lado. La miró de reojo. Sorprendido, contuvo sus movimientos. Casi no la había reconocido. La tupida media melena oscura de la mujer había desaparecido. Su pelo azabache se ofrecía rasgado a mechones mal cortados que dejaba ver el flequillo y los bordes rodeando aquel bello rostro cubierto por el *hiyad* o velo negro.

Hacía años que Nathanael no se lo veía puesto. Un sobrecogimiento le atoraba. Sabía que aquello era una señal de alejamiento. La *hiyad* se destacaba ante la presencia de algún varón que no fuera de la familia inmediata. Y él no lo era, al menos por el momento. A pesar de lo que les separaba, él judío, ella musulmana, Nathanael no perdía la esperanza de hacerla un día su esposa. Hasta ahora se había tenido que conformar con besar y acariciar cada palmo de su cuerpo. No estaba bien visto para un Rabí, y más para el Gran Rabí, pero ella tenía algo que lo seducía hasta la más grande de las locuras y el mayor de los absurdos. No sabía si aquello que sentía por ella era amor o simplemente un ataque infinito de lujuria. Le daba igual. Eran amantes y era lo que más deseaba.

Sus ojos verdes intensos y extensos se le clavaron una décima de segundo. Suficiente para saber que algo había salido mal o que había cambio de planes. Simona dejó su mensaje escrito entre las grietas de las piedras y se fue.

Al rato Nathanael hizo lo mismo. Con precaución recogió el papel manuscrito de ella y lo escondió. Después se dio la vuelta y comenzó a caminar meditativo, despacio. Hasta no ingresado en la ciudad vieja, por sus callejuelas estrechas, invadidas por los zocos, no se atrevió a leer la nota:

«Anomis».

Una palabra. Una maldita palabra que significaba el adiós.

Simona, recuperada la confianza, tras estar a punto de ser descubierta por sus compañeros de cédula, había conseguido infiltrarse en la parte más oscura de la red Yihadista en Israel. Se había hecho famosa y pieza codiciada para el Mosad que poco podía sospechar que era la compañera del Gran Rabí Nathanael. No se dejaba ver, se había acostumbrado a llevar ropa oscura y la *hiyad* cuando era necesario. Era muy astuta evitando las cámaras de seguridad

y siempre actuaba con un plan b preconcebido. Había asumido su rol de fría y sanguinaria y como tal ejercía.

Solo cuando se reunía en secreto para sus escauceos amorosos con el Rabí afloraba la verdad y la debilidad de su alma. Él la consolaba, diciéndole que Dios la recompensaría y ella siempre le repetía «¿Qué Dios? ¿Cuál de ellos?». Había tenido que matar en su nombre muchas veces. Ese era el precio que tenía que pagar si quería espiar al enemigo de Jesús. Y continuamente se preguntaba por qué tenía que haber sido precisamente ella. No entendía por qué la habían elegido para ser uno de los doce. Tampoco entendía por qué tendría que creer en él. Sin embargo, creía. Desde aquel día en que se inmoló y «resucitó» en Hurva, algo semejante a una luz brillante y muy cálida le acompañaba siempre, incluso cuando la zozobra se hacía poderosa en ella.

Ahora era la terrorista más buscada por los judíos y la activista más valorada por los palestinos. Ni unos, ni otros, podían sospechar que todo lo que hacía no tenía nada que ver con ellos. En nombre de Jesús había llegado hasta el fin. Y esta enorme contradicción le hacía llorar. Él representaba el amor entre los hombres, la paz y la justicia. Ella mataba a otros hombres, les arrancaba la vida de cuajo, por Él. No tenía sentido.

Nathanael, su amor, le ayudaba a superarlo una y otra vez. Siempre pensó que si algún día supieran que tenía acceso a él no se lo perdonarían... o sí a cambio de una petición mayor. Y hoy ese deseo no deseado se había cumplido.

«Anomis».

Esta era la palabra fatal. Lo habían hablado multitud de veces. Y yo fui su clave.

Las cúpulas de Hamás habían descubierto su relación con el Gran Rabí. Increíblemente no sospecharon de Simona. Conocido su currículum, no les generó dudas. Simplemente pensaron que le sacaba información para los atentados. Y enseguida entendieron que el asesinato de Nathanael sería un golpe de efecto de difícil recuperación para el enemigo, una bomba expansiva en la línea de flotación.

Ejecutaron la orden. Simona recibió instrucciones precisas y claras, muy claras. El Gran Rabí sería su próximo objetivo. Ella tenía que escoger. O seguir con la misión y entonces matar a su amado, o huir y abandonar. No era fácil decidir. Había mucho en juego. Todas las muertes anteriores no servirían de nada si ella lo dejaba ahora.

Anduvo dos días desorientada, llena de tristeza. No mantuvo contacto con nadie, prefirió pasar el trance en la más estrecha de las soledades. Desposeída de sí misma, desvalida del todo, se aferró al amor.

Entonces se convirtió en «Anomis», su nombre al revés.

Su sonido etimológico egipcio le venía bien. En Jordania pasaría totalmente desapercibida. En Amman, camino de Petra, la ciudad de piedra, mi anterior y actual hogar, le esperarían mis súbditos para ayudarle a ocultarse entre mis ancestros.

Las palomas de Dominí habían cumplido una vez más su misión. Desde mi llegada a Liliun, habíamos mantenido contacto preparando a lo largo del tiempo este plan de evacuación. Simona escogía con mucha prudencia las comunicaciones y aprovechaba para saber de Jesús a través de las mensajeras. La llamada del Señor en ella había sido muy potente. Traspasar las barreras del tiempo y de la muerte le habían dado una consistencia espiritual que no todos poseíamos.

Se cortó el pelo a mechones irregulares e imprecisos. Quiso hacer su rostro más duro y evitó las sombras de ojos empalideciendo con su mirada fría cualquier otra. Volvió a vestir como una mujer árabe sumisa, siempre cubierta con el velo negro. Y se fue sin despedirse.

Nathanael sabía lo que significaba aquella palabra: Que pasarían muchos años hasta que se volvieran a ver y también que su vida corría peligro. Así que regresó por completo a la oración y se hizo proteger de sus fieles y de los servicios secretos israelís. Su corazón vivía contraído y contando los días de la ausencia. Y cada noche, con su lecho vacío, la añoraba.

Simona mudará casi una década retirada. Dentro de la cueva en la que encontrará el cobijo, se ocultará a las miradas de los miles de turistas que cada año la visitan y solo mantendrá contacto con nuestros «enlaces», anónimos colaboradores de la causa reclutados por Nathanael o viajeros procedentes de otros lugares del mundo, captados desde la iglesia presbiteriana a través de Dominí e incluso Jumala. Peregrinos valientes que le proporcionarán víveres y le llevarán noticias nuestras, también de su amado, aunque en contadas ocasiones, pues las cuestiones de seguridad mandaban.

Caminará como una sombra. Siempre despierta, hará del tiempo y su paso, su recodo de paz. Vagará por los pasadizos de lo que fue la ciudad a. de Cristo. Recorrerá penitentemente cada lugar santo. Buscará con tesón en el

sobrecogedor silencio de la noche y en el desértico calor del día la razón de su existencia. Aprenderá a subsistir como cazadora, masticando el polvo amarillento de Petra y el suelo yermo que la rodea. Dejará que el tiempo la embulla y que los recuerdos, los buenos y los malos, los curiosos y los extraños, los dulces y los agrios, los felices y los amargos, los íntimos y los propios, se vayan poco a poco ordenando en los estancos de su memoria. Todos le ayudarán, todos serán necesarios, ninguno le sobraré.

Pasada la travesía del espíritu, aceptado el recogimiento de las entrañas, no soy capaz de precisar cuánto tiempo había pasado desde su escogido destierro, cuando le envíe a Wei. La luz interior que le guiaba había medrado lo suficiente. Su fuerza se empezaba a manifestar en ella casi de continuo y su esencia era capaz de desprenderse de su materia mortal viajando entre el espacio y el tiempo. Había llegado el momento de perfeccionar su *Qi*.

Wei se le manifestó con dulzura y ella lo reconoció dichosa. Se entregó a su nuevo maestro y pronto dominó su mente y su alma. Su corazón era fuerte y descubrió la auténtica guerrera que habitaba desde siempre en ella. Juró servir a Dios. No preguntó a cuál. Ahora era el suyo y el de todos. Había sentido su justicia y sabiduría. Y todos sus actos irían encaminados a preservar el bien y la caridad, aunque para ello tuviera que matar. Lo asimiló como una ley natural y entendió que nada moría nunca del todo, que la energía que daba la vida simplemente se transformaba y cambiaba de hábitat.

Pero lo que mejor aprendió fue a doblar su alma, a estar en dos sitios a la vez. Esto significó por fin el nacimiento y última expresión de Anomis.

En sus siguientes *expediciones* nadie la reconocería.

Volvió a las milicias de Hamás como la nueva mujer que era. De nuevo llegaría a lo más profundo y maligno de la organización, y otra vez, sería admirada y renombrada como la terrorista más sanguinaria y efectiva. Esto en un lado. En el otro sería un apóstol fiel y hasta en cierto modo algo advenedizo. Y cada cierto tiempo se esfumaba a ojos del mundo y regresaba a su refugio en el inhóspito desierto que me vio nacer.

Así esperó a Jesús, preparando el momento entre atentados, escarceos amorosos con Nathanael y un duro entrenamiento. El deseado y esperado día llegó y en el Jordán comenzaría a compartir el camino del Señor.

Anomis abandonó su escondrijo y abrigo de Petra y viajó durante varias jornadas de noche hasta llegar a su destino. Para entonces Jesús ya había

regresado de su Gran Viaje y era esperado con gran alegría y esperanza en Tierra Santa. Y aunque había una guerra declarada y su vida tenía precio, eran tales los seguidores en número y en fe que el enemigo no conseguía llegar hasta él. Masas ingentes de fieles, seguidores y viajeros se agolpaban allá por donde pasaba.

Después de su peregrinación voluntaria en busca del origen de su esencia y del poso de sus pecados, Jesús presentaba un aspecto de rasgos dulces e infantiles. Algo más de metro setenta de alto, andar desgarrado y tranquilo. Siempre vestía de camiseta de manga corta o sudadera con capucha en función de la temperatura y pantalones vaqueros deshilachados de colores claros o grises. Imberbe, se había dejado crecer el pelo en media melena entre revuelta y alisada. Sus ojos miel, del mismo color que el pelo, rasgados y llenos de luz, transmitían un querer vivir extraordinario. Pero lo que de verdad transmitía un magnetismo único era su sonrisa y su forma de hablar socarrona y profunda, algo gutural, arrastrando de vez en cuando la r. Este tic casi ya lo tenía dominado, pero él, inteligente de más, lo provocaba en ocasiones para no olvidarse ni que nadie se olvidara de su condición.

Allí, en la aldea de Betania, conocería a Jesús y a los suyos. Mirará ansiosa a cada uno, pero sobre todo al maestro. Penetrará en sus ojos y caerá postrada ante él.

—Levanta, Simona. ¿Te ha dicho mi papá que hagas así?

Ella le contemplará absorta sin saber qué decir. Al ver que no se termina de incorporar, Jesús se agachará:

—Tenía ganas de tenerte cerca... Me gustan tus ojos, verdes como el fondo del mar.

Y le abrazará.

—Al resto ya tendrás tiempo de conocerlos. Bueno, a este creo que ya no hace falta, lo conoces bien, je, je, je...

Jesús se reirá pícaramente mientras le señala a Nathanael.

Simona cederá la cabeza sonrojada, pero el Rabí se postrará y sujetándole la barbilla, la besará. La palestina reconocerá al instante aquel añorado sabor y se entregará sin remisión.

—Bueno, basta ya, que tenéis todo el día para vosotros... ya parecéis Rosalía y Matt.

Avergonzados, Simona y Nathanael se apartarán.

—Este, el que tiene pinta de Indiana Jones, es Tadeo.

—¡Hola! Sé de ti un poco por Belshazzar y otro poco por Wei.

—En la aldea es Bel... es quien nos ha ido dando algunas noticias sobre vosotros. Ya teníamos ganas de conoceros.

—Nosotros también —le contestará el Rabí, amigable y nervioso.

—Es hora del baño. Vosotros tres acompañadme, y el resto si así lo quiere puede venir detrás.

Jesús irá dejando las frases abiertas esperando que alguien añada algo. Pero aquel día todo el mundo sabíamos qué hacíamos en aquel lugar y los deseos del Señor.

Buscará un recodo del río a las afueras del poblado. Se descalzará y desvestirá, quedando desnudo de cintura para arriba y solo un *boxer* con el símbolo del superhéroe del cómic Superman cubrirá sus partes íntimas. Esto último siempre fue normal en Jesús. La ironía para todos y para consigo mismo era dominante en él.

Descenderá las escalinatas que surgen de la orilla, allí, en el mismo lugar que dos mil años atrás el Cristo supuestamente había escogido. Mi amigo, el jesuita, tornará sobre el agua del río sagrado una concha de vieira, mientras Jesús se inclina hasta postrarse con media rodilla clavada en la arena. El agua le bañará hasta la cintura.

—Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Aquella frase tan reconocida sonará de una manera especial en labios de Tadeo. El cristal líquido correrá libre y frío por la cabeza de Jesús, que se encogerá a su contacto. No habrá más. Será un acto sencillo, íntimo. Nathanael y Simona, agarrados de la mano, presenciarán la ceremonia en primera línea por expreso deseo de Jesús.

Y sí, ocurrirá lo que ya está escrito. Una voz de otro mundo rasgará el cielo abriéndolo ante los atónitos ojos de los presentes:

«Esta es mi señal. Este es mi símbolo y mi enseñanza. Tres adoraciones, tres creencias. Un cristiano, un judío y una musulmana. Tres personas. La Santísima Trinidad. Desde ahora serán tres y hablarán solo como uno».

Yo estuve allí. Yo lo vi. Yo lo oí. Yo creí.

Solo el agua del Jordán se dejará oír débilmente. Protegidos por una estructura de hierro forjado, los tres apóstoles sobresaldrán apoyados en un pedestal de piedra labrada levantado en el lugar que marcaba la tradición. La multitud silenciosa observará curiosa y medio asustada invadiendo la verde y fresca vegetación de oasis que acompaña cada orilla del río. El sol marcará la hora nona, la misma que fuera elegida por el Cristo para su final. Casualidad o no, él nunca me lo descubrió. Hará mucho calor, pero nunca sabré si el mismo que aquel día santo de hace más de dos mil años.

Jesús cerrará los ojos y viajará por el *Qi* de Simona, su apóstol. Y verá cada una de las vidas que había salvado con su trabajo, y las que se apagaron como sacrificio y que su Padre ya había retornado a modo de divisa de perdón y misericordia.

Se levantará y, empapado con el agua bendita del Jordán, agarrará con fuerza por los hombros a la palestina y de forma habitual en él por aquel entonces, le profetizará:

—Grande será tu generosidad y tu vida cambiarás por la de nuestra compañera y morirás porque no me negarás.

Simona le mirará asustada. Jesús llorará de pena y sin llanto por primera vez. Y Nathanael guardará a su amada por siempre y los tiempos de los tiempos en su corazón. Amén.

Wei, Philip y Siddhi

El mayor de todos los discípulos. En aquellos años olvidados, alimentará su espíritu a través de las pequeñas incursiones de su poderoso *Qi* en Jesús. *No otrora*, disfrutará más con las escaramuzas que perpetrará y compartirá en él por medio del lobo y del águila. Le enseñará a ver, a contemplar y a observar sin mover los párpados, siempre al acecho. Manejará sus sentidos etéreos con precisión y será presente y omnipresente en la vida de Liliun.

Con su sabiduría del alma y su poder, me enseñará su lado positivo a favor de Jesús. Estaremos en contacto constante y continuo y con él los progresos del niño primero, adolescente después serán más firmes y precisos.

Respiré durante aquel tiempo el aroma que desprendían las montañas sagradas Taihang, sus pasadizos excavados sobre la roca, la orilla del río amarillo, su fauna, sus árboles milenarios y el cielo eterno que las coronaba cada día.

Hasta que...

—Tengo que despedirme de ti, Belshazzar. —Me dijo con su voz neutra, forzada a la inexpressión de sentimientos.

—¿Por qué?

—Pronto vendrán a mí dos nuevos discípulos y tengo que prepararlos antes de partir.

—¿Partir? ¿A dónde?

—A preparar el Gran Viaje.

—Pero aún falta mucho para eso.

—Para Jesús, sí, para nosotros no. Tenemos que entrenar el alma, el cuerpo y la mente con dureza.

—¿Tenemos?

—Philip y Siddhi vienen a mí.

—Ahh! ¡No me has dicho dónde!

—Cuando ellos estén listos...

Solo un par de años después entendí el verdadero y auténtico motivo del Gran Viaje y por qué aquel destino imposible. En aquel momento me pareció de locos y siendo ya Jesús adulto intenté razonar con él. No hará falta decir que lo único que conseguí es que simpáticamente me enviará a hacer gárgaras. En aquel viaje aprendí y por fin comprendí la verdadera utilidad y función de cada uno de los doce. La verdad, hasta ese momento siempre pensé que era una y mera simplicidad cabalística a fin de cumplir con lo que ya se había escrito siglos atrás.

—...subiremos hasta la cima del mundo: el Everest.

Anciano pero sabio, el Dalai Lama ha sido el protector de los dos discípulos de Jesús que correspondían cada uno a la mitad de su esencia, siendo uno en alma. Esto fue lo que aprendieron en aquellos años. Han sentido y han vivido como una sola persona, han pensado como uno y la armonía ha habitado en sus corazones. Y también han compartido los recuerdos, sobre todo aquellos que no vivieron juntos.

El Dalai Lama rememora feliz cuando llegaron casi a la par. Siddhi le entregó la flor de lotto de Buda, ahora venerada en el templo. Philip la flor ungida de su maestro Pandit. Eran las credenciales que certificaban su verdadero origen.

Cierta satisfacción le No puede dejar de sentirse orgulloso al ver a sus alumnos. Han sido disciplinados y trabajadores. Sabe que su camino es el correcto y se siente orgulloso de ellos y de las enseñanzas aplicadas. Son sus hijos espirituales en todos los sentidos. Era muy joven todavía cuando en uno de sus viajes internos descubrió su verdadero karma, la razón de su existir. Su misión sería esa y no otra: Preparar a Philip y Siddhi como guías del maestro que vendría de los cielos en su Gran Viaje a la cima del mundo, donde se enfrentaría a las sombras del mal para devolver la gran y eterna sonrisa al hombre, su sonrisa.

Buda se le transfiguró aquel día y le mostró la flor de lotto y su poder. Le habló del joven sherpa y del aprendiz de brahmán. Tan distintos y tan iguales, serían el equilibrio perfecto. La obediencia y sumisión del cuerpo al espíritu inquebrantable de Siddhi, el honor de la familia y una vida completa de servicio, harían contrapeso perfecto en el dominio del espíritu al cuerpo, y también de la mente, que poseería Philip. Su equilibrio dotaría del lado verdadero de la fuerza al joven Dios. Ese Dios que uniría por fin todas las estrellas y todos los hombres. Ese Dios donde todas las almas encontrarían su espacio amplio para convivir y ser mejores y eternas. Buda le sonrió y le concedió ese don. Su sonrisa era contagiosa y hacía reír alegremente a los que le rodeaban. Hacía más humanos a los hombres.

Ahora se sonreía satisfecho. Sabía que Jesús había multiplicado ese don al no dejar nunca de ser niño. Sabía que la sonrisa era el antídoto para lo negativo, que ningún ser era capaz de combatirla. Y se echó a reír solo imaginando la cara de los «malos» ante un hombre que solo sabe sonreír.

Aunque serios, Siddhi y Philip, le habían salido juguetones. Él siempre, consciente de su misión verdadera, les dio pie. No era la primera vez que había aparecido un muñeco de nieve en su lugar de oración o que le habían rellenado la bañera con agua de hielo. También interrumpían la oración cuando perdían la concentración, sobre todo Siddhi, con el canto de un gorrión o soplando pétalos de flores cuando la primavera ya había avanzado con claridad sus intenciones.

Realmente eran hermanos, de procedencias muy distintas, pero hermanos en su más profunda esencia. Hablaban entre ellos a través de sus miradas, y sus gestos y movimientos eran todo un lenguaje que interpretaban con total naturalidad. Algo poderoso les iluminaba. Incluso sus silencios eran sobrecogedores, casi infinitos y fundamentalmente místicos, muy fervientes.

Diferente religión de nacimiento, pero idéntica vehemencia.

Desde la parte más alta del Palacio Blanco de Lhasa, dejan que la brisa fresca, casi fría, de la mañana les corte el rostro. Terminada la meditación, llega la reflexión con la presencia de la naturaleza al fondo, mientras contemplan la ciudad sagrada y el blanco que rodea todo su entorno, respirando la pureza del lugar.

—Hijos míos, ha llegado la hora. Debéis partir. Estáis listos.

Hasta los más altos y escarpados riscos ha llegado un lobo veteado entre el gris y el blanco. Su estampa imponente lanza un aullido enorme al cielo azul y fresco.

—Nosotros también lo hemos sentido —le responde calmo, Philip.

—La verdad es que empezábamos a aburrirnos un poco aquí... —la sonrisa pícaro de Siddhi tuvo rápida respuesta.

—Tienes razón. Yo ya estaba harto de vosotros.

El sherpa, pese a no ser muy amigo de las efusiones, se abraza con fuerza al Dalai Lama a fin de ocultar una lágrima esquiva. El anciano le responde palmeándolo en el costado. El lobo vuelve aullar.

—Será mejor que terminemos de despedirnos, Wei está esperando impaciente ahí fuera —interrumpió Philip con mayor contención de sí mismo.

El Dalai Lama les besó a ambos y les dio, como padre espiritual, su bendición.

—Wei os enseñará a manejar vuestra esencia más honda y trascendente, uno de los grandes secretos de la deidad. La necesitaréis para llevar a buen término vuestra encomienda. Pronto conoceréis a Jesús, al que todos, absolutamente todos, los que creemos de algún modo, le llevábamos tanto esperando. Qué lástima que yo nunca lo conoceré. Pero al menos...

Hizo una pausa y después con calma se sacó del hábito uno de sus bolígrafos imitación estilográfica. Siddhi y Philip le miraban extrañados.

—Ay hijos míos, no sabéis lo que os agradecería que me la devolvierais algún día con su foto y un autógrafo suyo. Ya sabéis que los colecciono.

Una carcajada general fue la verdadera despedida.

Wei dio su tercer aullido.

—Iros ya. Pensad que la vida os ha regalado la posibilidad de servirle. Solo

doce han sido los elegidos. Y vosotros lo habéis sido.

Las puertas del Palacio Blanco se abrieron y dos monjes salieron de él. Siddhi se colocó a la derecha del lobo estepario. El viento le hacía sentir frío en la cabeza, siempre con su pelo castaño casi al ras. Philip a la izquierda. Comenzaron a caminar juntos. Antes lo acariciaron y él se dejó querer. Los ojos temerosos del resto de los monjes no entendían lo que ocurría. El camino hasta Gouliang sería largo. Pronto los tres se perdieron en el horizonte hostil y montañoso.

Después de casi tres meses de extenuante «peregrinación» atravesando el Tibet y el indómito interior de la China milenaria, llegaron a Gouliang con los cuerpos exhaustos pero las almas fuertes. Este fue la primera y severa lección de Wei. No quiso utilizar ninguno de los elementos del *Qi* durante el trayecto. Tan siquiera él renunció a su cuerpo de animal salvaje y piel cubierta de pelaje. Pensó que así sería mejor. Irían más seguros y podrían avanzar a través de los bosques y estepas que su instinto le recomendara. Además, así irían perfeccionando el lenguaje de los pensamientos, las miradas y los gestos, conocedor de que sus nuevos compañeros lo dominaban. Solo cada amanecer aparecía el águila imperial sometiendo el lugar en donde se encontraran, inspeccionando desde el aire, en lo más alto, cada palmo, anticipando los riesgos. Después volvía el dócil y servil lobo que los guiaba con máxima eficacia toda la jornada hasta encontrar el sitio ideal para descansar.

A sus pies se alzaba la *escalera al cielo* de la aldea donde Wei vivía. Una libélula preciosa de un azul y verde pastel les conducía. Era la primera vez que el apóstol se transfiguraba en un insecto. Siddhi y Philip obedecieron y comenzaron la ascensión entre peldaños que avisaban del abismo. El hermano sherpa más experto y preparado tuvo que parar varias veces para ayudar a Philip, que tenía que utilizar sus técnicas de meditación para aislarse de su miedo al vacío y su excesivo vértigo. Sin embargo, cuando llegaron fue Siddhi el que, conseguido el objetivo y extenuado, se rindió y preciso del auxilio de Wei, tumbándose en el suelo de madera de un impresionante balcón colgante.

—Respira lenta y profundamente. Relájate y despacio recupera tu energía. Siente su flujo circular vivo por tu cuerpo. Luego incorpórate lentamente hasta estar en posición de meditación, sentado sobre la madera, estrechando un vínculo nuevo con los nudos que la recorren y que te demuestran que aún no ha muerto y está ahí para servirte. Continúa respirando y cierra los ojos. Busca tu luz interior, tu energía, tu *Qi*. No abandones hasta encontrarlo. Luego vete con

él, viaja por los doce meridianos que dominan en tu cuerpo y vuela libre. Acabas de conocer tu esencia.

Philip observaba a Wei absorbido de una ilusión nunca conocida por él. Venía de ser discípulo aventajado del Dalai Lama, pero aquel amigo desconocido le había ido dejando a lo largo de aquellos primeros meses una huella de admiración profunda que ya no podría olvidar, sobre todo, en ese instante mismo, único para él. En Lhasa había aprendido a meditar hasta abstraerse dentro de su cuerpo, reconocer su ser y encontrar la paz. También le habían hablado del *Qi* y de su poder, pero nunca lo había experimentado.

—No ha estado mal, maestro Wei. ¿Cuándo partimos?

Recuperado del trance, Siddhi utilizó su sentido del humor para decir que estaba bien. Philip le reprendió con la mirada. Wei sonrió cómplice. Mostraba unos dientes blancos y perfectos. Sus ojos orientales miraban a los dos discípulos de forma apacible. Su rostro redondo demostraba bondad y amabilidad.

—Sera mejor que antes preparemos un poco de arroz como cena. Necesitamos recuperar fuerzas, alimentar al *Qi*. Esta será vuestra casa los próximos meses. Es pequeña y humilde. Colgada en la montaña nos enseña lo pequeños que somos y a quién correspondemos. Observar el valle. Pronto volaréis sobre él, no tengáis miedo. Tampoco tú, Philip. Conozco tus temores y debilidades. Vencerás al vértigo, te lo prometo.

Philip asintió con la cabeza. Siddhi también le escuchaba embelesado. La voz de Wei poseía un magnetismo envolvente que lo atrapaba como la araña a su presa. Estaba casi hipnotizado.

—Todos los días despertaremos al alba y, antes de satisfacer al cuerpo con un buen desayuno, ejercitaremos con su ayuda nuestra alma, respirando el aire de la mañana y saludando al sol quietos, con la armonía del movimiento que nos da el taichí.

Wei forzó un silencio como si quisiera que asimilarán bien lo que les acababa de anunciar. Su hábito de lino le daba comodidad y ligereza en sus movimientos. A Siddhi esto no le había pasado desapercibido.

—Os he dispuesto una ropa más cómoda. Os hará falta. No os preocupéis por el frío, con mi *Qi* todo se entrena. Siddhi tiene que recuperar su camino de sherpa y Philip profundizar en su esencia. Así que necesito que recordéis, que después de todo lo aprendido en Lhasa, volváis a vuestros orígenes y regreséis

a las vidas de aquellos chiquillos.

—Éramos muy jóvenes e inocentes —se atrevió a contestar Siddhi, cómo no.

Wei sonrió. Se acercó a él y, sujetándole el rostro con sus manos grandes y anchas, le replicó con ironía.

—Eso es precisamente lo que quiero, que volváis a ser inocentes y cándidos. Solo así estaréis libres de peligro y yo también, ya que no me replicaréis nada de lo que os ordene hacer.

—¿Dos corderitos? —balbuceó Siddhi.

Wei se echó a reír contagiando a Philip.

—Exacto. Eso es lo que haremos, mis ovejitas, antes de partir al Himalaya y preparar el campamento base.

Philip lo miraba sugestionado. Siddhi le dio un codazo y por fin reaccionó.

—¿Subirás con nosotros, Wei?

—El Padre no me lo permitirá. Solo le podréis ayudar vosotros.

—¿Y qué ocurrirá allí arriba, en la cima del mundo?

—Solo Dios lo sabe.

—Y dentro de poco nosotros también —le apuntilló Siddhi a Wei con aire de suficiencia.

—Tú eres capaz de escribir luego un best seller, igual —le recriminó su hermano.

—Veo que el Dalai Lama os ha enseñado bien.

—¿Por? —preguntó sin entender Philip.

—El sentido del humor. Está bien. Os hará mucha falta. —sentenció Wei.

Cada mañana era un ritual. Los primeros días no hubo salidas. Wei prefirió indagar en el más esencial de los conocimientos del taichí y del yoga. Empezó por compartir su experiencia sobre la respiración hacía el interior, conduciéndoles por parajes de la conciencia y del ser que no habían visitado hasta entonces.

Fueron cogiendo primero consciencia real de sí mismos y de quiénes y cómo eran en realidad. Wei los incitó a un acto de regresión. Los recuerdos retornaban con potencia máxima y sentían como su piel se revolucionaba.

Siddhi revivió la partida de Katmandú.

Los ojos brillantes y con mirada negra penetrante de su padre se le van apagando en la memoria. Sabe lo que significa: Su padre ha muerto. Cuando regrese al campamento base ya no lo encontrará, ni podrá contar con él para guiarle en la escalada. Esta vez tendrá que hacerlo solo, sin su ayuda. La certidumbre le desasosiega, pero la férrea disciplina de Wei ya funciona y su *Qi* se activa como un resorte de autodefensa. Respira lentamente, contrayendo el diafragma, y deja correr su energía hasta que la piel la sienta como una corriente eléctrica. Cierra despacio sus ojos grises y siente volar su cuerpo sobre el caos de la ciudad que le vio nacer y crecer: Hembalu. Puede hasta tocar a sus hermanos y besar a su madre, que siente su presencia y llora de alegría. La casa sigue pobre y humilde, y desde su marcha han sobrevivido como buenamente han podido. Dos de sus hermanos no volvieron de la gran cima. Ya hace años de aquello. Sus cuerpos nunca aparecieron. El resto pastorea y ayuda en lo que puede. Una de sus hermanas se casó con un anciano viudo de la zona, así era una boca menos a mantener. Otro hermano está casado y tiene dos niños pequeños. El hogar no da para más. Pero a sus pieles y ojos oscuros nunca se les ha escapado la sonrisa. La doctrina del Dalai está impregnada en la región y todo el mundo es feliz con muy poco y le dan gracias a Buda por la vida. Rezan por él todos los días y porque el niño que viene del cielo lo acoja. La nostalgia va avanzando en su corazón. Entonces Wei lo despierta, no quiere que la pena entristezca su alma y se olvidé de para qué lo quiere Dios.

Philip, más introspectivo, consiguió crear una coraza contra su propio maestro. Wei lo sabía, pero no quiso destruirla. Comprendió que, llegado el momento, en presencia de las peores sombras y del maligno, la iba a necesitar. De este modo, el antiguo y joven brahmán reapareció casi veinte años después, en Benarés, a orillas del Ganges. Durante aquel tiempo lo hizo a diario. Era como un ejercicio que de obligado cumplimiento le asignaba de forma sutil y mentalmente Wei. La ausencia de su maestro Pandit, Ashvaghosha, le escocía en sus entrañas. Aún percibía con intensidad el olor de sus restos quemados mezclado con el aroma fresco de las flores de loto. Escuchaba su voz clara y tranquila, sus sabios consejos y sus lecciones que nunca olvidó. Cada vez que lo repite los sentimientos son más fuertes, pero sus barreras internas también, y consigue que su efecto sea menor.

Wei había conseguido con su disciplinado sistema grandes progresos en sus dos pupilos. Nunca se lo demostraría. Creía que haciéndolo rompía sus

propias reglas. Rígido hasta consigo mismo, continuó con mano férrea el trabajo iniciado. Y les enseñó el desdoblamiento del alma. Siddhi y Philip descubrirán entonces los viajes astrales y la transfiguración. Corrieron en el lobo y volaron en el águila. Tengo que subrayar que Philip se apuntaba sin problemas al primero y que Wei tuvo que hacer un esfuerzo extra para hacerle olvidar sus miedos a las alturas, para que no rechazase al segundo. Pero era importante, incluso imprescindible conseguirlo. Utilizó todos los recursos que el *Qi* le daba y que había llegado a conocer, llegando, al parecer, a utilizar alguno de los que llamaban *prohibidos*. Yo nunca lo pude constatar, pero conociendo al Wei misterioso y terco, todo pudo ser en nombre de aquel a quién había decidido encomendar su existencia mortal. Tiempo habrá para contar, pero todos los que estuvimos en el Gran Viaje sabemos que Wei también impregnó a Jesús de los conocimientos de la afamada e ignota magia esotérica que manejó la cultura persa desde antes de los tiempos de Cristo.

Volvamos al relato.

Siddhi sin embargo se escapaba con el águila cada vez que podía o Wei se despistaba, que esa era otra. Nunca le abandonó su humor y por tanto su pillería infantil. Wei así lo quería también. Era fundamental para cuando Jesús llegara y afrontara aquella escalada incomprensible. Sin la sonrisa, sin el buen talante, sin el positivismo no lograría vencer primero a la montaña, después a las fuerzas del mal.

No sé si fueron dos o tres meses después de su llegada, Philip corría por los bosques colindantes del río Amarillo mientras Siddhi planeaba por encima de él, cuando sintieron la llamada. Unos cien metros más adelante les esperaba Wei. Pararon frente a él. El águila, posado en el lobo, enfrentando felices la mirada a su mentor.

—Tenemos que partir. Es hora de buscar al fin nuestro camino.

Jumala

Si tuviera que decir que apóstol se habría ganado el cielo por su paciencia sin duda elegiría a Jumala.

Aislada de todos, en los confines del mundo, rodeada de hielo y nieve la mayor parte del tiempo, donde hasta los pensamientos o se convertían en vaho o se congelaban, pasó aguardando nuestra llegada los veinte mejores años de su preciosa vida.

Para todos nosotros era la gran desconocida. En aquellos años, apenas tuvimos contacto con ella. Dominí tenía que escoger muy bien en función de la meteorología reinante el momento y la mensajera para mantener alguna pero escasa comunicación. Y solo Jesús en sus viajes a través del husky siberiano la visitaba.

Ni siquiera teníamos una imagen de ella.

Ella sí que veía a Jesús a través de los ojos del perro lobo que la miraban fijamente y que actuaban como el reflejo de un espejo. Así pudo trabajar de continuo buscando la imagen de la *Sonrisa Eterna* que le había asignado su hermano Santa Claus. Al parecer se había convertido en su obsesión. Se perdía día tras día, todas las épocas del año, incluso noches enteras a la intemperie llamando desesperadamente a la inspiración de su corazón, sin resultados positivos. Centrada en la peculiar expresión de los labios de Jesús cuando reía no daba con el quid auténtico. No sospechaba ni por asomo cómo lo encontraría. Mejor fue así.

Para mí fue un discípulo de actitud ejemplar. Dice un proverbio árabe que «esperar es depender». Jumala hizo de la espera una forma de vida. No necesitó *Qi*, ni técnicas de relajación o meditación, ni respiración, ni practicar artes marciales o viajes astrales más allá del cuerpo y del espíritu. Ella se retroalimentaba consigo misma y con saber que su papel era importante.

Diseñaba muchos de los juguetes que los niños de verdad de todo el mundo le pedían. Sé que le fastidiaban los necios, egoístas y malcriados y a estos muchas veces les gastaba una de sus famosas jugarretas. Un cierto tono de mala leche no le faltaba, la verdad. Que, por cierto, le hacía hasta más simpática. En definitiva, siempre fue una chiquilla traviesa. Acompañada de elfos y de un mundo mágico, no le faltaban razones.

He de reconocer que le tuve un cariño especial, y que de ella mantengo los más agradables de los recuerdos en mí. Aquello de que fuera mi *competencia* no me alejó nunca de ella, más bien todo lo contrario, un lazo singular nos unía: conseguir con nuestros regalos una sonrisa especial en un niño. De este modo, cada navidad en Liliun era como un momento de comunicación única con Jumala. Al llegar sus juguetes para Jesús y los chicos, muchos bajo las prescripciones que yo mismo como tutor del niño le había hecho llegar a través de la genial mensajería de Dominí; Melchor, Gaspar y yo nos mirábamos confidentes y partícipes de una misma ilusión. Así con sus pequeños actos fui conociendo un poco de la esencia de esta grandísima mujer.

Tuvimos la suerte de poder conocerla en su casa, en Romanievi. Es la primera vez que lo cuento. Sí, efectivamente, nosotros los magos fuimos alojados en las dependencias de nuestro colega Santa Claus. Pero, permíteme, querido lector, que aquella reunión y lo que se dijo y acordó me lo guarde para mí, como uno de esos secretos que nunca deben ser contados. Espero que lo entiendas. Solo diré que guardo un recuerdo exquisito y muy cariñoso de aquel encuentro.

Lo que quería contar era que cuando la conocimos, nos impresionó. Si lo que esperábamos era una mujer que hiciera honor al título de hermana de Santa Claus nos habíamos equivocado de pe a pa, evidentemente.

Jumala era una joven menuda de rostro suave y dulce, marcada por sus rasgos esquimales. Tez blanca con un cierto color de palidez, cabello en melena hasta los hombros de un moreno vetado, labios pequeños y finos, nariz también pequeña y en armonía, y unos ojos brillantes con extraños pigmentos amarillos casi ocres que te asolaban. Su sonrisa era cautivadora hasta para mí, que no pensaba en conquistar mujer.

Como todos los genios, puesto que ella lo era, también poseía un carácter especial. Propensa a los cambios de humor a veces sin razón justificada, llegué a la conclusión de que la causa era su hipersensibilidad. Algo que solo tienen los grandes artistas, pero que viene con una rémora de inconvenientes de serie. Se estresaba sola y una incontenible ansiedad le provocaba tal tensión que necesitaba fumar compulsivamente. En realidad, no fumaba, ¡se comía los cigarrillos!, hasta que de repente le acuciaba una paz completa y se escapaba corriendo y huyendo a sus retiros voluntarios.

Pero sin duda alguna, lo mejor de ella era su sentido del humor. Pronto haría buenas migas con Siddhi, mientras Philip, su otra mitad, no dejaría nunca de mirar de reojo. Aquella conexión y las expediciones en la nieve los convertirían en casi hermanos. Philip, bastante más introvertido, la amaría en la distancia, nunca se lo diría ni mostraría y solo me lo confesaría, muy de soslayo, el día que nos despedimos, ya para siempre.

Paradójicamente, todo bondad y dulzura en ella fueron los enigmas de un alma atormentada los que conquistaron su corazón. Durante los años del Gran Viaje. Quizás, al principio hubiera querido otra ventura. Sin embargo, el amor no entiende de elecciones y sería su compañero más contrapuesto quien terminaría caminando a su lado. Pero esta es otra historia que ya vendrá.

No sé si lo que voy a decir termina definiendo lo que ella fue y significó en el grupo. Seguro que se acerca bastante. Siendo pagana a ojos cristianos, ella, desde el anuncio de la llegada de Jesús, tuvo FE con mayúsculas. El resto sobraba. Sabía para lo que había sido elegida y a ello se puso, aunque el destino no le concediera su deseo hasta el final y de una manera cruel.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

Los años nunca contados

del libro cuarto de Jesús por María

Tuve que aprender a ser madre.

Y volver a ser esposa.

Nada más llegar a Liliun, aquella primera noche, todos mis instintos de mujer volvieron. Y se desataron. Recuperé el sabor de los labios de mi marido, nuestros olores y nuestros roces. Los cuerpos, nuestros cuerpos, se pidieron el uno al otro sin extrañarse. Desenfrenados, se movieron a un ritmo que ya conocían. Se tocaron y se mezclaron. Y no pararon. Tal fue el ansía de deseo. Mis pechos se mantuvieron erguidos, amenazantes. La boca de Jose se relamió en ellos. Mi sexo se humedecía contumazmente buscando el miembro eréctil que tampoco cejaba en el empeño. Yo lo acariciaba con vehemencia y el respondía ávido hasta introducirse en el mío. Juntos llegamos al caos una y otra vez. Una pausa. Luego nuestras bocas rompían la tregua enzarzándose en una nueva batalla. Hasta el amanecer.

Exhaustos, dormimos plácidos los dos. El descanso de los guerreros. Desperté con la primera luz del alba. Unos ojos negros me estaban esperando. Mis dedos se deslizaban por aquella barba de tres días que antaño me volvía loca. Millones de sensaciones negadas se reintegraban en cada uno de los poros de mi piel. Examiné cada detalle del rostro de mi amado como si lo estuviera conociendo de nuevo. Palpé cada centímetro de su cuerpo. Jose se dejaba hacer.

—*Quérote.*

Mi parte de bruja había retornado. Aquella palabra mágica significaba mucho para los dos. Era nuestro sello de amor años anteriores. Jose no pudo contener la emoción y lloró. Una pequeña y furtiva lágrima se le escapó resbalando por su mejilla. Y después de darme la contraseña, *Idem*, me besó. También como entonces. Volví a ser una mujer feliz. Volví a sentirme María.

Desde el primer día, recuperamos las viejas costumbres. De nuevo, cada noche, nos acostábamos juntos y desnudos. No queríamos excusas baratas para no disfrutar de los placeres de la carne. Nunca le preguntamos a Dios qué le parecía esto, pero la verdad es que no nos importaba. Una caricia a tiempo lo

curaba todo, hasta mi mal genio. La manifestación sublime del amor no puede ser amputada. Al menos nosotros no lo haríamos. Tampoco quiero decir que hiciéramos el amor siempre, pero al menos nuestros cuerpos sí se buscaban y se juntaban queriendo su contacto como muestra sincera de cariño.

Volví a abrir mi corazón. Restituí cada espacio que el querer me había dado en aquellos años a su lado, los agasajos que me hacía todos los días de mi vida y los devaneos, hasta los más prohibidos, que nuestros deseos habían provocado. Volví a reír.

Volví a vivir.

Y José se me volvió a entregar en cuerpo y alma, tal era su adoración por mí.

Fue Jesús quien más lo disfrutó. Tardó ocho años en rescatar a sus padres. Nunca protestó. Tampoco nos lo recriminó. Nuestra reconciliación le hizo enviar a su olvido particular el trauma vivido días atrás en la catedral de Santiago. Su sonrisa contagiosa nos abrumaba. Su forma de abrazarnos, aquel cariño tan especial y único que solo él sabía transmitir, nos daba una fuerza que en verdad añoro, ahora pasados tantos años.

Hasta hoy no me había atrevido a escribir de nuevo. Alguien a quien no me podía negar ha insistido e insistido, una y otra vez, para que lo hiciera. Llevo años diciéndole que no encontraba el momento. La verdad es que he sentido un pánico atroz cada vez que lo he intentado. Me da vergüenza reconocerlo, pero es así. La otrora gran novelista y guionista María Nova se aterrorizaba cada vez que se ponía delante de las teclas del ordenador. Me he inventado mil excusas y siempre surgía una labor extra que me valía para huir de la página en blanco del Word.

Por fin me he decidido a hacerlo. He respirado hondo y he comenzado. Voy a contar aquellos años juntos, los de su última infancia, su adolescencia y primera juventud. No voy a escribir lo que ocurrió después con mi hijo. Otros hay para hacerlo, como por quien estoy ahora dando forma a estas líneas, mi querido Bel, a quien quise y para siempre quedará como uno de mis mejores amigos hasta el último de mis días, pues si la nobleza del corazón tuviera un nombre sería el suyo.

Dios me lo puso en mi camino, mejor elección no pudo hacer. Él y solo él tuvo la capacidad y el coraje de forjar a Jesús, el hijo de la deidad según mi promesa y la que se me hizo. Y doy fe de su obcecación y dedicación. Gracias a él, tuve la oportunidad de verlo crecer, de conocer sus dudas y certidumbres,

de sus renunciadas, sus rebeldías y el estado absoluto de su madurez cuando partió de Liliu buscando su verdadero destino y dejándonos sin su tutela y con una grande y maravillosa colección de recuerdos.

Contaré ahora todo lo que mi corazón guardó con celo tierno en su interior. Esas pequeñas cosas que una madre no olvida de su hijo, esos detalles sencillos que hoy cobran más valor y que hicieron que Jesús fuera después como fue. Si al leer esto piensas que no tienen importancia, no sigas, déjalo, mi apreciado lector. Pasa página. A fin de cuentas, la vida se trata de eso, de terminar capítulos y empezar libros nuevos.

Clío volvió a reír, a pesar de su tremenda tristeza por los que se habían ido junto el Señor. No volvimos a hablar de lo ocurrido en Santiago, ni de mi hermano Antón, ni del padre Jorge, como a mí me gustaba llamarlo. Eso sí, rezaba todos los días por ellos.

Fue Inés la que tardó mucho tiempo en superar el duelo por la muerte de su hombre. Deambulaba como un fantasma por la aldea. Yo me acercaba, pero ella me sonreía y se iba. Solo dejaba a Santiago que la acompañara en sus paseos y melancolías. También a su medio hermana, Esther. A veces, recordaban viejas anécdotas de sus años a vueltas entre los juzgados y la comisaría de Cangas. Al menos estas pequeñas conversas le distraían y hasta alguna vez se reía, poco, pero reía.

Pasado el tiempo, no sé calcular cuánto, pero al menos cinco o seis años, después de horas interminables de mucho temple, encontró alguien que la sacara de aquel pozo negro: Suiseki. El buen samurái se le había aproximado con cautela y despacio, muy despacio, le fue llevando a encontrar su paz interior y a liberar el alma de las cadenas de un muerto. La llevó dulcemente a su terreno y le mostró su *Qi*. Ella se entregó a aquel nuevo conocimiento. Con Foma como intermediario, para no variar, el discípulo japonés le regaló una catana iniciándole en las artes marciales y el espíritu del guerrero. En su hoja inscribió una leyenda en japonés.

Significa corazón de guerrero y se cumplirá cuando se te aparezca tu Bushido. Para entonces yo viviré el de otro hombre, alabando al Señor y dejaré mi espada para ser un pescador de hombres.

Inés no entendió las palabras de su amigo. Pero entonces no le importó, eran sus ojos los que volverían a brillar a su lado sin saber que el corazón se le rompería de nuevo.

En aquel tiempo también tuve muchos momentos en que una niebla suave, repleta de nostalgia, cubría mis pensamientos y ellos, los que no estaban, se me hacían presentes. Entonces, solo entonces, me daba cuenta de que Jose y yo nos estábamos quedando solos, que Dios me los llevaba sin explicación y no podía reclamar en modo alguno. Éramos nueve mujeres y nueve hombres y solo quedábamos siete aquí, José y yo y los que habían sobrevivido a todo, Clío, Marcos, Santiago, Juan y la sempiterna Rosalía; una más escapada en París, Alba y otra en paradero desconocido, Eva. El resto, la otra mitad ya no estaba con nosotros, ya no pertenecía a nuestras vidas. A continuación, por un instante, yo me hundía.

Rápido trocaba de pensamiento. A cambio había ganado otros amigos, gente desconocida hasta entonces para mí con la que no tardé nada en hacer buenas migas. Y pensé que el Señor sabía a quién ponía en nuestros caminos. Se lo agradecí, no como hubiera hecho Clío, sino a mi manera. Había madurado, sí, pero la esencia díscola de María seguía viva en mí.

Bel, me arropó especialmente desde el principio. Sé que sentía una admiración especial por mí que yo nunca entendí. Así, y con la ayuda de mi hijo y de Jose, fui integrándome a ellos, a mi nueva gente. El maestro árabe y Santiago, mi viejo amigo, mi poli, se encargaron de ponerme al día, puesto que Jose prefería no recordar temiendo volver a sangrar en su herida, esperando cicatrizar del todo. Yo lo entendí y no se lo reproché, no tenía derecho a ello. Después de tanto sufrimiento debía restaurar el amor y así me lo había prometido a mí misma. Y así lo hice.

Foma me pareció el más simpático y Suiseki el más servil. Me fascinó el mundo aventurero de Tadeo y respeté la introspección de Matthew, siempre educado y cortés, pendiente de Rosalía que para mí sí que había sido una sorpresa, ya que nunca la hubiera hecho con otro hombre que no hubiera sido su Mateo.

Jewish me dio mucha pena. Solo yo podía entender lo que era aceptar un destino no escogido por ti y hacerlo tuyo. Y además el suyo era muy cruel.

Pero con quien pasé más horas, cuando me libraba de Clío y de las preguntas y atenciones de Esther, o cuando Jesús precisaba de que no estuviera presente en las clases de Bel, fue con Dominí. Aquella joven chica alemana me recordaba a mi Nora. Hasta Marcos se había dado cuenta de ello, porque tímidamente se acercaba con la excusa de relatarnos el menú del día y qué nos parecía. A Lys, (¡cómo había crecido la condenada!), vivo retrato de su madre, también le

gustaba Domini y se pasaba tardes enteras con ella cuidando de sus palomas. Enseguida detecté que Marcos empezaba a abrir su corazón, aunque yo sabía que nunca se atrevería a decirle nada. Tampoco quise intervenir, mis tiempos de alcahueta habían quedado en el pasado.

Clío, de nuevo, la que no me dejaba a sol ni a sombra, se desvelaba por los pequeños y siempre me decía que Lys y Jesús harían buena pareja. Yo asentía para no llevarle la contraria, pero tenía claro que algún día sus destinos se separarían. No era posible, aunque no me disgustara la idea. La discapacidad de mi hijo creía que era una traba. Lo cierto es que nunca llegué a saber y menos a entender lo que realmente ocurrió entre ellos, años después, durante la peregrinación a Tierra Santa. En realidad, creo que solo Dios lo sabe.

Como dije al principio, tuve que aprender a ser madre.

Llegué algo tarde. Desde el primer momento fui consciente de que me había perdido lo mejor de él y que solo tuve noción por lo que tan pacientemente me contaron.

Mamá, la palabra mágica, me enajenaba. Durante aquellos días, Jesús no hacía más que llamarme por ella y repetirla como si quisiera sumar las veces que no me la dijo y así compensarme, cuando la que estaba en deuda era yo. Estuvo muy cariñoso, quizá demasiado, hasta casi pegajoso. Me besaba a cada instante, sin cesar. También a su padre. No recuerdo su mirada de antes, solo me queda algún ligero esbozo que se mantiene impertérrito pero borroso en mi retina. Ahora yo estoy convencida que aquellos días brillaba más fuerte. Solo una madre entiende de estas cosas. Cuando nos veía abrazados su cara se iluminaba.

Pronto cogí las riendas. Bel me confió sus avances con Jesús, también sus anhelos. Me hizo copartícipe de su educación desde el minuto uno. Me decía que la presencia de una madre no tiene sustituto que valga. Un padre era distinto, pensaba. Yo le tuve en santo aprecio que nunca me atreví a decirle que aquello era un tanto marginal y discriminatorio. Sabía de sobra que él no lo decía con esa intención y entonces se lo perdonaba. Fue Lys la que, ya adolescente o en plena juventud, a veces le reprochaba aquellos comentarios con tinte machista. Ella había bebido de la misma fuente que Jesús, es decir, fundamentalmente de él, y sin embargo era capaz de reprimirle algunas formas y comportamientos. Bel reaccionaba prudente y se daba cuenta que tenía razón, que su procedencia, creencias y cultura tenían mucho que ver. Pero también se alegraba interiormente, al ver que su objetivo se iba conjugando, a

pesar de sus limitaciones. Estaba formando a personas con criterio propio y libres de pensamiento. Esto le enorgullecía. Yo lo sabía y me complacía verlo feliz.

Los primeros años fueron fáciles yendo de la mano de Bel. Bueno, tengo que decir que Melchor y Gaspar también aportaban lo suyo. Eran magos en el sentido literal de la palabra. De este modo la infancia que viví de Jesús estuvo llena de dicha y gracia. No tengo recuerdos negativos de aquella época. Travesuras unas cuantas. Espero poder contar alguna. Pero todo era normal. Todo fue apacible. Sin casi noticias del exterior. No hacían falta. Viendo cómo los chicos se hacían buenos mozos o mozas y como al resto nos crecían las arrugas y nos salían las canas. A algunos incluso se les iba cayendo el pelo, sobre todo a ellos. Aún tengo la imagen de los hombres de Esther, morenos, fuertes y con unas matas de pelo espesas que *pa qué*; y cómo en poco tiempo las coronillas al estilo monje cisterciense habían hecho acto de presencia en sus cabezas.

Después todo comenzó sin darnos cuenta, ni siquiera Bel, que era quien pasaba más tiempo con él. Primero, ligeros ramalazos preadolescentes, luego hachazos de rebeldía continuos, para terminar con una primera juventud de absoluta negación. Reconozco que fue duro y que seguramente Jose y yo no ayudamos mucho, dado que en la mayoría de las ocasiones nos poníamos del lado del chaval. Era nuestro hijo y lo queríamos. Y claro, como educarlo no nos había tocado en responsabilidad, era el bueno de Belshazzar, el maestro, el que sufría todos los desmanes y desvaríos de nuestro hijo y su inseparable compañera, y casi mi hija, Lys.

Casi lo desquician. Faltó poco. Suiseki me enseñó a hacer unas infusiones relajantes con las hierbas que se daban en Liliium que producían el mismo efecto que el *trankimazin* y que al menos le restaban parte de la ansiedad a mi amigo, el discípulo de Alá.

Jesús tenía una capacidad de aprendizaje innata, superior a cualquier persona. Iba a cumplir nueve años cuando Bel decidió, de acuerdo conmigo, que era la hora de complementar sus conocimientos con otros de mayor sensibilidad, como la música. Quería trabajar sus percepciones y sobre todo aprenderle a sentir, y después a manejar sus emociones. Esto sería clave para su destino futuro como el enviado, pensaba comentándolo conmigo en alto.

Le encargó un piano a Foma, nuestro conseguidor. El ruso puso el grito en el cielo porque cada vez le costaba más disponer de sus contactos externos y

garantizar oculto el secreto de Liliun; aquel era un encargo demasiado complicado. Pero al ex agente de la KGB le ponían los retos, así que dos semanas después, en la sala que Bel utilizaba para dar clases a Jesús, una mañana apareció, cerca de la chimenea, un cuco y brillante piano de cola. Nadie lo consiguió explicar y el muy cabrón, orgulloso de su éxito, tampoco quiso. En otras palabras, cada vez que le preguntábamos por cómo lo había hecho nos mandaba literalmente a la mierda y añadía que era secreto profesional, a lo que todos, conocedores de su lenguaje, le insistíamos respondiéndole «paparruchas». Nos miraba un tanto rebotado, pero pavoneándose se escaqueaba huyendo a alguno de sus escondrijos en la aldea para que nadie le importunase. Carácter raro, pero buen tío, y de un humor muy contagioso.

Ya soy María, ya me enredo y me voy.

Aquel primer día la curiosidad nos venció. Quisimos ver a Jesús en su primera lección y cómo iba a aporrear las teclas. Bel le había seleccionado temas instrumentales y fragmentos de varias bandas sonoras del cine de siempre. Me deleité reconociendo la mayoría de ellas y regresando a mi pasado y mi anterior vida en Holywood.

—Siente la música dentro de ti, Jesús. ¡Siéntela! Que sus notas corran por tu piel. Tienes algo que no tiene todo el mundo. Todo lo que haces, lo haces con pasión. Muchos hombres nunca sabrán lo que es eso. Tú sí. Puedes sentir, emocionarte, conocer el dolor del corazón, la tristeza y la alegría, todo junto y a la vez. Experimenta cada nota, respírala, que tu cuerpo la conozca y déjate llevar. Ahora, cierra los ojos y toca.

Bel apagó la caja de sonido y llegó el silencio. Mi hijo había llamado a su *Qi*, lo sentí fuerte. Y tocó. Perfecto. Nuestras bocas abiertas. Sonaba precioso. Aquella melodía nos envolvió. Mi amiga Thalía había regresado con su forma espectral. Como en tiempos anteriores, todos la pudimos ver. Y oír, haciendo los coros. Los míos lloraron. Jose también la tarareó. Yo, conmovida de alegría y nostalgia, me acerqué a Belshazzar y le pregunté:

—¿Qué está tocando?

—Un tema de Efsio Cross. ¿Lo conoces?

—No, la verdad. ¿Cómo se titula?

—*When Jesus saved the world*.

Me quedé mirándole perpleja y descolocada mientras él asentía.

«Cuando Jesús salvó el mundo».

La primera mañana de mi nueva vida está grabada a fuego en mi alma, en concreto el primer recuerdo de aquella mañana. Tras el acto de expiación primero de mis pecados para con Jose ocurrido la noche anterior, me levanté de la cama y salí de la alcoba buscando el beso matinal de mi hijo como si fuera una necesidad y costumbre diaria. Jesús estaba despierto sentado encima de la almohada.

—¡Buenos días, mamá! Te estaba esperando.

Me sorprendió con aquella sonrisa única, que solo él tenía. Le respondí con ese beso anhelado.

—Te he echado de menos —me susurró al tiempo que me abrazaba.

—Todo este tiempo te he tenido tan cerca y yo no he estado aquí, hijo. No recuerdo dónde estuve. No te lo puedo decir. Perdóname, hijo. Si tú quieres podemos volar juntos ahora. Tendremos nuestros secretos como todas las madres los tienen con sus hijos. Los nuestros serán grandes, inmensos como el cielo, y con ellos algún día tú cambiarás el mundo y harás de él un lugar mucho mejor. Te lo prometo.

Mi hijo me sonreía y mientras me estrujaba besuqueándome, me repetía una y otra vez ante mi sorpresa:

—*¡Querote!*

Me sentí observada y aparté a Jesús despacio. En el quicio de la puerta descansaba feliz Jose.

—Hay algo que quizás deberías saber, María. No es de esas cosas que se puedan contar, y no sé si te va a gustar, pero... es mejor que te lo tomes con calma.

Obturada ante la voz grave que había puesto, no vi cómo guiñaba el ojo a mi hijo y yo...

—Sé lo que me vas a decir. Que no he sido buena madre, ni esposa todo este tiempo, que os he hecho mucho daño y que no merecíais esto, que vosotros no tuvisteis la culpa de nada. No sé qué me pasó, lo juro. Tienes derecho a recordármelo todos los días, a no perdonarme, pero por favor, no me dejes sola, no ahora.

Comencé a gimotear y a temblaquear. Jesús me borraba las lágrimas con sus pequeñas manos antes de que me mojaran la cara. Jose estaba ya con nosotros. Al verlo a mi lado riéndose, chillé de rabia porque sabía que me había provocado.

—Solo quería saber si habías vuelto de verdad. Y sí, creo que sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Vuelves a ponerte muy bonita cuando te enfadas.

Entonces me besó, no como en la noche anterior. Recuperé la memoria de aquel sabor especial que él siempre me había dado.

—Llegué a pensar que solo te podría recuperar en otra vida.

—¿Fue para tanto?

—No volveremos a hablar de eso. ¿Verdad, Jesús?

—¡Nunca más! —respondió feliz mi hijo.

Y entonces me iluminó con su pregunta final:

—Ahora que por fin podemos ser una familia... ¿Quieres volver a ser mi esposa?

Paciencia infinita.

Perfectamente podría ser el título de este texto e incluso de gran parte de lo que voy a narrar a continuación.

Es una de las muchas y buenas definiciones que podría adjudicarle sin miedo al error o la equivocación a mi viejo amigo, Bel.

Jesús y Lys compartían la mayoría de las clases que el sufrido de Bel les impartía. En función de la temática y el interés a veces a su petición y recomendación también se sumaban Moisés, David y Raquel. A medida que los primeros fueron creciendo, esto último se hizo más frecuente y normal. Había sesiones que eran exclusivas para Jesús, con temas muy específicos, pero que también a los pocos se fueron agregando el resto, primero por la curiosidad, después porque se lo pasaban en grande con las reacciones y contestaciones que su amigo le propinaba al bueno de Bel.

Tuvo que hacer muchos afanes para que Jesús se tomara en serio las lecciones de oratoria:

—Jesús, hijo, tienes que esforzarte y vocalizar mejor, mucho mejor. Si no lo

haces bien nadie te entenderá cuando hables ante mucha gente.

—¿Quién me va a *querrrer* escuchar? -murmuró mi hijo conduciendo la r de más a propósito a fin de cabrear a Bel. Sus compañeros, como no podía ser de otro modo, le rieron la gracia.

—Todo el mundo, Jesús. El mundo entero estará pendiente de tus actos y de tus palabras.

—Espero que se diviertan, entonces. Habrá que preparar un buen show.

Jesús estaba creciendo. Los años pasaban y aunque aún no era adolescente, sus primeros episodios de rebeldía asomaban con nitidez.

—Ponte en pie, Jesús —le ordenó aquella vez, enfadado Belshazzar. —Hay algo que sabes que no tolero y es faltar al respeto.

—¡Lo siento, Bel! —le contestó arrepentido mi hijo. No le gustaba verlo enojado.

—Estás destinado a algo muy grande, lo sabes, hijo. Serás la esperanza para la gente de este mundo y debes estar preparado. Tienes que aprender aún muchas cosas para llegar a tu destino. Sé que es difícil, pero debes ser disciplinado y cuando no puedas busca tu *Qi*, no para huir sino para hacerte más fuerte, paciente y cuidadoso. Tus palabras dejarán huella, Jesús y tus actos marcarán a la humanidad.

—Pero Bel, yo solo quiero jugar.

Mi amigo lo miró desarmado y asintiendo cedió:

—Tienes razón. Es la hora del recreo.

Jose, Clío y yo le observamos con cariño. Él nos miró asintiendo. Les llevábamos el almuerzo.

—A veces, no sé qué hacer. Ya sabía que no iba a ser fácil. Y lo peor es que su lucha ni siquiera ha comenzado. No sé si estaré presto para combatir la guerra de sus neuronas y la de sus hormonas, a la vez.

Le di un beso en la mejilla de aprobación.

—Lo harás perfecto, Bel.

En efecto, se declaró la guerra.

Mi hijo pasó como todo niño por todas las etapas naturales de la vida: infancia, preadolescencia, adolescencia, primera juventud y primera madurez.

O bueno, así las defino yo. Ya sabemos que cada generación actúa de forma diferente. Lo que quiero decir es que fue un niño normal como cualquier otro. Así que a partir de los diez años empezó a distanciarse, a protestar y a preguntarse de verdad quién era. Y tengo que reconocer que fue difícil, bastante difícil. Aunque pasados los años, no tengo hoy muy claro si los que no habíamos aprendido nada éramos los adultos de aquel entonces.

—No argumentas bien, no razones, no aprendes nada de lo que te enseño, Jesús.

—No me interesa nada de lo que me cuentas, Bel.

—¿Ves? A esto me refiero: No me escuchas. Así nunca estarás preparado para salir al mundo.

—No me escuchas tú a mí. ¿Cómo voy a saber si estoy preparado si nunca salgo?

—Hijo ¿No te das cuenta que en cuanto pongas un pie fuera, Hordos irá como loco a por ti? —quise interceder.

—Ya me enfrenté una vez a él y gané.

—Él no te esperaba, ni te veía y nosotros estábamos contigo, mi *Qi* estaba contigo. —Aquella voz que le afrentó era la de Tadeo que se nos había unido a la conversación.

—Además ahora es mucho más poderoso. —Como padre, Jose también quiso intervenir.

—Si de verdad quieres derrotarlo algún día, antes tienes que cambiar, tienes que prepararte en serio. Hazme caso, hijo.

Bel intentaba hacerle reflexionar. Con su dedo índice le apretó primero en el corazón y después en la sien.

—Tenía que intentarlo, Bel.

Su risa burlona nos desarmaba a todos. Ahí era cuando nos demostraba que su espíritu era firme y estaba bien guiado. Pero hasta ese momento nos hacía pasar las de Caín.

—Un día me voy a enfadar de verdad y no te va a gustar.

—No digas mentiras, Bel, que te va a crecer la nariz. Tú nunca te enfadas.

Y así era mi hijo. Discusión tras discusión. Y vuelta a lo mismo.

—Sí es cómo decís, algún día saldré ahí fuera y al malvado de Hordos le daré bien, salvaré entonces al mundo y todos seremos felices. ¿Y ya está?

—No es tan fácil, Jesús —le contestó su padre espiritual, Gaspar.

—Ahí fuera, todo es catástrofe. El mal domina. Todo va mal —continuó Belshazzar.

—Tú aún no sabes cómo derrotarlo. No sabes defenderte. Tu Qi es muy poderoso, pero aún no es suficiente. Tienes que entrenar más. —Wei se le manifestaba en aquellos momentos de tribulaciones.

—Tienes que aprender más del hombre. Su historia. Sus fortalezas, sus debilidades. Tienes que conocer su alma y su esencia y semejanza con Dios. Solo así podrás vencer. —Bel, insistía una y otra vez en su discurso.

—¿Y si me niego?

—No puedes.

—Sí que puedo.

—¿Cómo vas a lograr derrotar al mal de fuera si ni siquiera eres capaz de obedecerme una vez a la primera?

—Obedece, por favor, hijo —le imploré.

—Está bien mamá, solo que... tengo ganas de verlo enfadado.

Y de nuevo la coletilla final con su maravillosa sonrisa incluida y hasta abrazo de regalo para el hostigado.

—¡Lo siento, Bel! No puedo evitarlo. Ya sabes cómo soy de...

—¡No! ¡No lo digas!

—¡Toca... pelotas!

Lo dijo.

—¡No seas maleducado! ¡No puedes hacer eso!

—No puedo hacer esto, no puedo hacer lo otro... pero ¿sabes, Bel? Haré lo que me dé la gana y nadie me lo impedirá.

Belshazzar lanzó un bufido temible.

—¿Te has enfadado, Bel?

—¿Tú qué crees?

—¡Que lo he conseguido!

Gritó el condenado de mi hijo.

Y pasaban los años y el carácter de Jesús se hacía más levantisco. Mi hijo sumaba centímetros de altura, kilos de peso y un número infinito de neuronas extraviadas. Entre los trece y diecisiete años pasó la tempestad. Un tsunami devastador. Un huracán incontrolado. Un sufrimiento constante. Vivir en vilo. Jose y yo lo pasamos mal. No lo reconocíamos. Hasta su sonrisa se torció.

Lys le acompañó en aquella larga y sinuosa travesía, con los cinco sentidos. También encontraron en Moisés un perfecto aliado. Los hijos de Rosalía, más mayores, intentaban poner paz por medio al comprender por lo que ellos ya habían pasado.

Tadeo y Suiseki no daban abasto ayudados por su *Qi* con nuestras terapias para los cuatro, debido a que Esther y Marcos se nos tuvieron que unir indefectiblemente. Foma escapaba de nuestros líos a la primera de cambio. Matthew no quería intervenir pues tampoco lo tuvo del todo fácil, ayudando a Rosalía con los suyos, acrecentado algo más por el hecho de no ser su padre. Dominí, sin embargo, no tenía mala mano con ellos, sobre todo con Jesús. Reclamándoles que le ayudasen en el cuidado de las mensajeras, sus sistemas centrales nerviosos parecían navegar en una balsa de aceite. De paso, la alemana aprovechaba para acercarse al padre de Lys que, aunque consciente de ello, no se atrevía a insinuarle que a él también le gustaba y solo dejaba algún reproche para con su hija que Dominí escuchaba resignada.

—Si estuviera su madre...

—Pero no está, Marcos. A lo mejor le hacía falta una madre —le contestaba yo mirando para ella. —Nora fue mi mejor amiga, lo sabes, pero ya no está con nosotros y ya ha pasado mucho tiempo. Es hora de qué mires lo que tienes al lado, antes de que se vaya.

Marcos entonces levantaba sus ojos hacía Dominí sonriendo, pero sin abrir la boca. Ella esperaba con templanza que algún día se decidiese. Tampoco le diría nada, sabía lo que Nora había significado para todos y no quería quedar como una intrusa egoísta. Su prudencia la privó de un amor maravilloso durante aquellos años antes del Gran Viaje. Pobre e inocente niña alemana. ¡Cuántos años se perdió por no atreverse! Ninguno de nosotros nos lo habríamos tomado a mal, tal y como pasó con Rosalía y Matthew.

Melchor acompañaba a Bel en los preparativos de las lecciones, pero en contra de lo que hubiéramos esperado de un mago, era un tanto rudo y seco

para con los niños. Los prefería adultos y de conversación. No había sido predestinado a la educación.

Gaspar y Clío lo intentaban por el lado del Señor, pero durante aquellos años no fue muy propicio, las renunciadas a su supuesto destino fueron muchas y continuas, con muchas contradicciones. Un día pensaba una cosa y al día siguiente la contraria. El corazón de Jesús, como el de cualquier adolescente, se llenó de tribulaciones, de dudas, de tremendos pesares y de un pensamiento y miedos únicos ante la sombra de la muerte.

A Santiago le tenía respeto y admiración. Desde el incidente en la catedral, era con él el único que se tranquilizaba de verdad y bajaba el tono de voz. A veces, en sus paseos, se les unía Inés, que ya superado el trance de mi hermano Antón, no solo había recuperado la alegría, sino, que conducida por la neurosis de mi hijo y compañía, había asumido el papel de confidente y gamberra. Algo impensable no solo para mí.

Como nunca perdió su sentido del humor, mi hijo, auspiciado por la exjuez, nos gastaba bromas, algunas de ellas muy pesadas. Dos en concreto revolotean en mi memoria.

Un día despertó Tadeo todo alterado.

—¿Quién me ha robado mi hábito?

Corría en calzones por toda la aldea gritando con tono muy enfadado.

—¡Un monje negro! ¡He visto un monje negro! —Anunció a viva voz Rosalía.

—¡Buscad a Jesús, rápido! —Ordenó a sus hombres la capitana llena de urgencias y temores. —Vosotras encerraos en vuestras pallozas y no salir hasta que yo os lo diga.

—¡Jesús! ¡Hijo! —Yo ya estaba muy asustada y fuera de mí. —¡Mi hijo no está!

Jose empuñaba con fuerza, como en tiempos pasados, su espada, a mi lado, rodeándome continuamente. «*No te preocupes, mi amor. Lo encontraremos*», me decía en un hilo de susurro pidiendo que no me desmoronara. En posición de defensa, con mi corazón en punto de ebullición, fuimos acercándonos al centro de la aldea, donde un desconcertado y abatido Tadeo permanecía postrado.

Suiseki que se había incorporado presto junto nuestra, desenvainó su catana, y ofreciéndole su mano le ayudó a levantarse. Luego le tendió su espada que

había recogido por el camino.

—¡Nuestro *Qi*! —le mandó aparecer.

—Él también tiene *Qi*. Es poderoso y sabe crear interferencias. Es como si hubiera aprendido de nosotros... —Wei había emergido a través del semidesnudo de Tadeo.

Allegado a medio vestir, Melchor fustigaba su látigo con vehemencia como intentando intimidar a los invasores. Alertado por Foma, Juan activó el sistema de drones sobrevolando Liliun mientras el ruso hostigaba en sus rincones secretos comunicándose con él:

—Sin novedad —le repetía una y otra vez.

Dominí, arredrada por la situación, soltó a volar a todas sus palomas con el propósito de que no fueran sacrificadas por el enemigo. Perfectamente entrenadas, se adentraron en el bosque protegiendo sus vidas entre las frondosas ramas de sus árboles misteriosos y repletos de vida.

Clío y Gaspar no salieron del receptáculo que usaban a modo de capilla y en todo aquel tiempo no pararon de rezar esperando que el Señor les escuchara.

Las mujeres de Esther dejaron sus pallozas siguiendo instrucciones de Santiago, que los reunió con Rosalía, Matthew y Marcos en la estancia principal, que hacía de cocina y comedor.

—¡Faltan los niños! ¡No los encuentro! —Chilló el Policía.

—¡Jewish! —Aulló con rabia Bel.

—¡Aquí maestro!

Con voz alta y seca, pero extraña, habló el irlandés. A paso lento y con las manos en alto se fue acercando hacia nosotros. Un espectro sombrío o algo semejante, le hostigaba por la espalda. La luz aún era débil y tardamos en darnos cuenta, que el discípulo era su prisionero.

—¿Qué quieres? —le preguntó un tanto aliviado Tadeo al ver que Jewish no tenía nada que ver.

—¡A Jesús!

Contestó una conocida voz de mujer a retaguardia nuestra, con gran sorpresa para todos que nos empezamos a mirar unos a otros preguntándonos qué estaba pasando.

—¿Inés?

Preguntó incrédulo Tadeo.

La verdad es que la imagen que mantengo en mi mente vista en perspectiva es bastante patética. ¡Dios mío!

—¡Sí, Inés, yo soy! —Una pausa y un silencio de guadaña —Nadie de vosotros ha sabido estar a mi lado desde que me quedé sola. Tengo que deciros que en mi abandono he sido tentada por las fuerzas oscuras y me han seducido. Ahora estoy con ellos...

No nos dio tiempo a interpretar lo que la exjueza de ojos grises penetrantes nos había dicho. Envueltos en una especie de sacos de esparto teñidos de negro y con la cruz de Santiago mal pintada en rojo, surgieron a saltos y con berridos de guerra, aquellos a los que tan desesperadamente estábamos buscando.

El misterioso monje que retenía a Jewish se bajó la capucha.

—¡Jesús!

Suspiré entre la sorpresa y el cabreo.

—¡María y José!

Apuntilló sin querer el bueno de Bel, acostumbrado a la fuerza a nuestros dichos y frases hechas.

—¡Soy un Monje Negrro...!

Jesús levantó las manos simulando el ataque de un fantasma. Jewish sobrepuesto del susto, llevó otro. Tadeo en vez de enfadarse con ellos, se abrazó con gran sentimiento a mi hijo y su protegido, el irlandés.

Le habían robado el hábito e Inés se lo había teñido de negro. Tras deshacerse del abrazo, Tadeo miró para Inés. Como si fuera una señal, ella caminó hasta él. Cuando llegó a su altura, se inclinó y besándolo en la mejilla, le dijo medio en serio medio en broma:

—Creo que va siendo hora de que cambies el vestuario.

La otra, aún fue peor, más grave, si cabe aún.

Un mal día. Mejor dicho, una mala tarde, después de comer. Sentimos como las palomas de Dominí desertaban masivamente con arrullos horrendos.

Mi niña alemana, temiéndose lo peor, corrió con el corazón encogido en dirección hacia sus palomares. Cuando llegó, la escena que se le presentó era tétrica.

Las puertas de sus refugios-nido abiertas con sus redecillas destrozadas y con restos de sangre por todas partes. Más de una decena de palomas piaban y revoloteaban amilanadas en el suelo. Heridas, bien tenían rota una de las alas o alguna pata. Algunas habían muerto en la espantada. Ninguna tenía evidencias de haber sido atacadas.

El resto había huido y sobrevolaba Liliun en círculos chillando. Por encima de ellas, *Peregrinatur*, hacía ataques fingidos y descontrolados.

—¡Jesuuuuús!

Bramó Dominí, fuera de sí.

Entonces su favorita cayó a sus pies. Ella la cogió con sus manos, la besó y lloró, lloró tanto que el vuelo del halcón terminó.

Jesús volvió de su *Qi* y viendo el desastre que había originado agachó la cabeza y por primera vez y con la pena que solo el remordimiento da, dijo:

—¡Lo siento! ¡Lo siento mucho, Dominí!

—¡Confié en ti! ¡Confié en ti!

—¿Ves Jesús? ¡Últimamente no me haces caso y todo lo que haces termina por ser como... una catástrofe!

Bel, su maestro, estaba profundamente disgustado. Sé que en aquel momento sintió que sus enseñanzas no habían valido de nada. Desbordado y fracasado, fue lo que me diría horas después.

—Ya sé, ya sé. Solo se dar problemas últimamente.

—No es eso, Jesús, pero es que no haces caso de lo que digo. Te venía avisando.

—¡Lo siento! ¡Lo siento de verdad, Bel! ¡Ya sé que no soy el Jesús, que esperabais! Señor, esto no es lo pactado, no es el niño deseado, viene con defectos ¿sabe?, nos podría enviar al verdadero...

—¡No lo digas, hijo! ¡No es justo, ni para Bel, ni para tu madre! ¡No es justo para ninguno de nosotros!

Su padre por primera vez le reprochaba algo.

—No puedes evitar que a veces lo piense papá. Saldríamos todos ganando.

Jesús se echó a reír de forma incontenible. Había perdido el control. Una sonora bofetada fue lo que se escuchó a continuación. Todos me miraban como

abobados mientras abrazaba a mi hijo y lloraba de rabia.

—¿Por qué nos haces esto, hijo mío? Sabes que te queremos.

—No puedo evitarlo. Creo que no me escucháis. Creo que no os sé explicar lo que realmente siento.

—Eres mi hijo, Jesús. Nunca te abandonaré.

—Sí y también el de Él.

—Eso lo decidirás tú llegado el momento.

Las palabras de Dominí sonaron hondas y decididas. En las manos de su futuro maestro depósito a su preferida inerte. Jesús la observaba consternado y al fin arrepentido.

—Perdóname Dominí. Me he equivocado.

—No te preocupes mi Señor. Su cuerpo ha muerto, pero su espíritu volverá. También el tuyo. Lo que eres, tu esencia, es inexorable, nadie lo podrá cambiar. Él te hizo hombre y como hombre vivirás. También con todos sus defectos, errores y equivocaciones.

—Me gustaría ser lo que esperáis de mí, pero no lo soy.

—En verdad que de momento no es la paciencia uno de los dones con los que te señaló tu Padre. Tu día llegará, hijo. Ya está pronto, todos lo sabemos. Yo solo quiero prepararte para ese momento, pues cuando llegué ya no podré pararte ni protegerte tampoco.

Belshazzar, recobrada la serenidad, habló a su hijo adoptivo con dulzura extrema. Su persistente desasosiego ante un posible fracaso le conducía a sus formas. Su amor hacía él, también.

—Dios me odia.

—Dios está contigo, Jesús, hermano mío.

Las manos de Dominí se posaron sobre las suyas sosteniendo en sus palmas la mensajera que a su contacto comenzó a volar.

Lys absorta, mirándolos, recitaba con los labios sin voz las palabras dichas por la alemana.

—Escoges bien las palabras, las justas y precisas. La gente entenderá con facilidad tu mensaje. Te oirán, Jesús. Te escucharán con pasión.

Después de aquel desmán para las fieles aves de Dominí, Jesús meditó durante

días y con la ayuda de Wei, Tadeo y Suiseki reencontró la sal verdadera en su *Qi*. Sé también que oró mucho, algo poco habitual en él. No perdió su buen humor, pero aquella ironía hiriente del joven precoz sabelotodo le abandonó por completo.

—Tengo que hablar contigo, Bel.

—Dime, hijo.

—No estoy seguro de lo que tengo que hacer. No estoy seguro de ser quién decís que soy.

—Lo eres.

—¿Cómo lo sabes?

—Seguí las señales del cielo, como todos los que te acompañamos en esto. Como tus doce.

—¿Y si estáis equivocados?

—¿Todos?

Jesús quedó abstraído pensando en la cuestión dejada al aire de Belshazzar. No le contestó.

Se preguntaba así mismo por su destino continuamente. Sufrió como hombre. Siendo quien supuestamente era, su alma estaba llena de dudas y aflicciones y los demonios asomaban más de lo que nosotros podíamos entender. Al menos a medida que se iba haciendo mayor, sus incontrolados ataques de ira, heredados de mí, fueron disminuyendo considerablemente.

—Algún día, cuando salga, hablaré con Hordos y le convenceré.

—Te matará —le contrapuso su padre.

—¿Por qué?

—Porque ya lo ha intentado varias veces —concluí.

—La gente cambia —me repuso.

—Hordos no cambiará nunca —sentencié totalmente convencida.

—Me escuchará y cambiará —afirmó muy seguro de sí mismo.

—Muerto puede ser —le apostillé.

—¿Pero por qué?

—Por poder. Él se considera el legítimo heredero de Dios en la tierra. Tú eres

su enemigo.

Esther, la capitana, que acababa de llegar entró en la conversación.

—Algo de razón tiene. Él ya estaba aquí y yo vine a quitarle lo que era suyo.

—¡No digas tonterías, hijo! —le reprendí enfadada. —Desde el inicio, toda su estirpe ha estado al lado del maligno, esperando la llegada del enviado para acabar con él y con la esencia de Dios.

—¿Y no te has parado a pensar por un momento que era lo que les pertenecía en la tierra?

—¡Esto es un desastre, como puedes pensar así! —asentí desconsolada.

—Nosotros siempre hemos vivido en paz. Él quiere la guerra. Siempre ha estado en guerra, persiguiéndonos.

Esther le rebatió intentando aplacar los ánimos de todos.

—Hemos matado a muchos de los suyos en mi nombre.

—Tienes razón hijo. Me alegra ver que has aprendido a argumentar y a defender lo argumentado. A razonar con rapidez. Hoy es un día feliz para mí, sin duda. —Belshazzar, siempre sabio, había estado escuchando sin querer intervenir. Y terminó completando: —Hay muchos mártires por ti. Deberías pensar en por qué lo hicieron.

Jesús asintió con un gesto de la cabeza y disculpándose se fue a pasear solo por el perímetro de la aldea. Había aprendido bien de Bel. Sabía que cuando entraba en conflicto era mejor salir, dejar el entorno en el que te encuentres y respirar limpio, sin contaminaciones externas y propias.

Por el camino se encontró con Foma.

—¿Cavilando?

—¿Conoces a Hordos, Foma?

—¡Mal bicho!

—Algún día hablaré con él y esto terminará.

—Así tú no ganar.

Y le dejó con la palabra en la boca.

—¡Tú pensar mucho y bien, Jesús!

Sus paseos solitarios se hicieron cotidianos. Le dejábamos hacer siguiendo los consejos de su mentor, Bel. La verdad, es que, a los pocos, la madurez se iba

haciendo fuerte en Jesús. De vez en cuando se dejaba acompañar por Lys, con la que sin saber por qué iba manteniendo algo de distancia, como si fuera asimilando que sería su compañera y amiga, pero nunca algo más. A mí, erróneamente, me alegraba esta nueva disposición de mi hijo. Pensaba que era mejor para él. Como en tantas otras cosas, me equivocaba.

—¿No piensas en el Gran Viaje, Jesús?

—No estoy seguro de querer hacerlo, de que sea mi verdadero destino, Lys.

—¿Qué dices?

—Es demasiada responsabilidad. Eso de ser la esperanza del mundo, lo dicen ellos, lo dices tú, pero sabes que no estoy preparado, que lo mío es reír y hacer alguna animalada, si tiene *grracia*, pues mejor.

—¡Joder Jesús! ¡Yo estaría orgullosa de serlo!

—Tú nunca has tenido dudas de quién eres, Lys. Yo sí. Muchas. Y sigo buscando quién soy de verdad...

—Solo tienes que mirar en tu corazón para encontrarlo.

No solo Jesús tuvo titubeos. Todos nuestros «hijos» los tuvieron. Años atrás Raquel y David volvieron loca a Rosalía y por ende a Mathew. Pero el maestro Belshazzar los dominó con mayor fluidez debido a que la implicación de su educación con ellos no era tan personal como con Jesús.

Moisés también hizo llorar en más de una situación a su madre, Esther, que de poco le valieron sus instintos u órdenes de capitana.

Lys no fue una excepción.

—Tengo que preguntarte una cosa, hija. —Era un día especial y difícil para Marcos.

—Sí, papá... —le contestó con desgana.

—¿Eres ya mujer?

—Eso no se pregunta, papá.

—¿Por qué?

—Son secretos de chicas.

—¿Secretos? ¡Necesito saberlo, hija! —Intentaba simular una situación de enfado, pero Marcos no era capaz de ello. —Tu madre nunca tuvo secretos para mí. Crecimos juntos. Nos contábamos todo. Eso también. Ella llevaba

puesta esta cadena al cuello con la flor de Lis colgada, decía que era su amuleto de la suerte y que así se llamaría su hija. Ahora que ya eres una mujer, es para ti, para que cuando lo toques sientas que ella está ahí, contigo, siempre.

Lys lo miró como hacía tiempo que no lo veía. Mayor ya. Con ojeras, pelo negro canoso y ensortijado que empezaba a escasear y como padre.

—No sabía cómo. Pensaba decírtelo... ¡Te quiero, papá!

Aunque a veces el tiempo pasaba lento, hoy tengo la sensación contraria. Jesús comenzó a madurar con avidez en los dos últimos años de estancia en la aldea perdida. Fue en aquel proceso cuando, conocedor de quién lo traicionaría, decidió enfrentarle. Los recuerdos de lo sucedido cuando era un niño en la catedral de Santiago volvieron poderosos y duros.

—¿Por qué lo hiciste, Jewish?

—Es mi destino, Jesús.

—El que tú elegiste.

—Eso no es verdad. Yo no elegí de dónde vengo. No elegí a mi padre ni cómo murió. La muerte se sacia con más muerte.

—Y con perdón.

—No puede haber perdón cuando te quitan lo que más quieres. Solo vengando a los tuyos vivirás en paz.

—Solo alcanzarás la paz cuando tú perdones.

—¿Cómo lo sabes?

Sonriendo:

—Porque yo ya te he perdonado.

Me he dejado para el final dos conversaciones que tuvimos mi querido Jesús y yo. Una fue en plena época de su insurrección. La otra fue poco antes de partir. Si las anteriores las conservo en mi interior envueltas con el mejor de los cariños que he sido capaz de fabricar, estas las atesoro en lo más profundo de mi ser. Nadie hasta ahora sabe de ellas.

—¿Qué estamos haciendo mal, Jesús?

—Habla con él y dile que se acabó... que yo quiero ser un chico normal, con mi síndrome, que no pasa nada, que seguro que le es fácil encontrar otro

mejor...

—¡No puedo hacer eso! ¡Yo soy la elegida! ¡Eres mi hijo!

—Por eso, porque eres la elegida te hará caso.

—¡No me pidas eso, hijo!

—Dile que no estoy preparado, que nunca lo estaré, que lo siento mucho y que espero su condena eterna al...

—¡No lo digas!

—¿Infierno?

—¡Jesús!

Empezó a sonreír mirándome con retorcida intención.

—Jewish me ha dicho que no está tan mal, que hay gente muy divertida y que hasta han puesto una máquina para hacer fresquito.

—Pero ¿qué dices?

—Que quiero ser libre, mamá. Quiero elegir mi vida.

—Ya sé que no es justo. Yo también me revelé al principio, pero me di cuenta de que al final no podemos renunciar a lo que somos. No quiero disgustarte, hijo. Solo quiero que pienses que todo lo que hago o digo es porque te quiero. Lo que hice, lo hice por amor y por convicción.

—¡Mamá! ¡No estoy preparado! Si me quisieras escuchar de verdad...

—¡Escúchame, hijo!

—¡Ya veo que no quieres escuchar!

Me enfadé y mucho.

—Ya estoy un tanto hastiada de tu comportamiento.

—No sé por qué, madre, siempre he obedecido y ahora que pienso y hablo no me hacéis caso.

—No sabes lo que dices. Se va a liar una buena como no rectifiques a tiempo.

—¡Me da igual la que se líe!

—¡Soy tu madre! ¡Deja de faltarme el respeto más!

—¿Ves? No piensas en mí. Cuando no te interesa me sales con las zarandajas del respeto y otras tonterías. No eres justa conmigo. Yo soy Jesús porque es lo que quieres tú, lo que alguien de allá arriba y tú decidisteis por mí. Bel, mi

padre, tú y todos los que viven en Liliium no habéis hecho otra cosa que recordarme cada día quién soy supuestamente. ¿Os habéis preguntado si es lo que realmente quiero yo? Porque NO LO QUIERO. A ver si te enteras de una vez.

—¡Basta!

Mi mano impetuosa cruzó su cara. Me miró perplejo.

—¡Gracias, mamá!

Y se fue.

—¡Dios mío! ¿Qué he hecho?

...

Jesús estuvo un día esquivo de mí y sin hablarme. Solo. Tenía un temperamento fuerte, con pronto imprevistos, pero noble. Nunca guardó rencor a nadie. Su corazón era sincero de verdad. No tardó en buscarme para darme un abrazo de reconciliación y aquel beso de hijo que yo no podía dejar de tener.

—*¡Quérote!*

Días antes de que se fuera, Jesús, agarrándome del brazo, me invitó a pasear. Cercano el anochecer me acariciaba la mano sabiendo que pronto ya lo dejaría de hacer.

—Soy el fruto de tu promesa, mamá. Aquella que hiciste hace cuatro siglos para devolver el hombre a Dios. Creaste un vínculo que yo no tengo derecho a romper. Sé que mi adolescencia no ha sido un camino de rosas para ti, para papá, para Bel, para todos los que habéis guiado mi camino... ¡Shhh!

Quise interrumpirle, pero no me dejó.

—Muchos de tus amigos dieron su vida por ti. Y por mí. Me doy cuenta ahora. Soy capaz de viajar a través del lobo y del ojo del halcón. Puedo volar con mi espíritu. Sui, Tadeo y Wei me han enseñado el poder de mi *Qi*. Domini, Foma y Mat han entregado su vida a mi servicio. No conozco a Jumala, a Simona, a Philip, a Siddhi, a Nathanael. A ninguno de estos los conozco, pero he estado con ellos y sé que me esperan desde el principio. Si hasta el condenado de Jewish ha venido por su destino, no seré yo quien los defraude. Es la alianza sellada por Dios para el hombre.

Me miró con lágrimas de esperanza en sus brillantes ojos miel.

—Madre: Perdóname. He sido muy egoísta estos últimos años. He estado ciego y casi he roto el pacto que tú un día firmaste con Él. Ahora sé lo que tengo que hacer. Creo que siempre lo supe. Pronto partiré en busca de mi destino. Tú pudiste elegir y elegiste. Yo hago lo mismo, madre. Seré él que todos han esperado.

Yo no podía articular palabra alguna plena de emoción abrazada a mi hijo al que sabía que ya pronto perdería para siempre. El mago había leído las estrellas de la noche y nos buscó: le habían anunciado la decisión de Jesús.

—Bel, tú siempre te has preocupado por mí, desde el primer día. Me has cuidado, me has educado, me has forjado, me has soportado. Soy lo que soy por ti. El día está cerca, lo presiento. Prepárate para partir. No te vas a librar de mí tan fácilmente, aún no. Te necesito a mi lado, amigo.

—¡Estás listo!

Caí de rodillas y lloré largo rato.

Mi misión había terminado.

Mi hijo se levantó con la aurora. Aquel día saldría en busca de sus orígenes. Después partiría para nunca volver. Tocaba el piano. Buscaba su *Qi* más íntimo con las notas. Siempre tocaba el mismo tema cada vez que necesitaba conectar con su otro yo: *When Jesus saved the world*.

—Un gran hombre está listo. Serás un buen hombre, una luz que nunca se apaga en el camino, un amigo, un hermano. Te quiero, hijo. Estoy orgullosa de ti. Eres fuerte, lo conseguirás. El Padre no dudó nunca de ti. Papá cuando naciste dijo que Dios no cometía errores. Tenía razón. Tienes el corazón de un hombre y el alma de la deidad, pero lo que te hará diferente, especial, único, es tu esencia. No pierdas la inocencia del niño que llevas dentro. Solo tú puedes unir nuestros mundos y liberarnos. Salvarás al hombre de su catástrofe. Estoy segura de ello, hijo.

Jesús me miraba fijamente sin dejar de tocar y sonreía con dulzura.

—Serás inmortal.

Paró de tocar y cogiéndome de las manos me dijo:

—La inmortalidad está en los recuerdos que dejemos en la memoria de los seres amados, la importancia de la familia y de aprovechar el momento y la gracia que nos da la vida. Siempre que quieras recordarme, no olvides entonces esta música. Será nuestra banda sonora.

Así lo hice. Desde entonces es ella mi inspiración y la imagen de mi hijo permanece siempre nítida en mí.

El vuelo del halcón sorprendió a sus vecinos. No era habitual ver tal ave por aquellos lares. Sus ojos acerados inspeccionaban *el sitio*, así era como llamaban al lugar. Al lado del Santuario de Nuestra Señora seguía intacto el pequeño hospital donde Jesús había nacido. Ajena a su vuelo una monja salió al exterior. *Peregrinatur* hizo un picado incierto como su estado nervioso. Y la vio. Era ella. No había duda. Mejillas sonrosadas, algo pálidas ya. Labios rojizos, aunque abiertos. Pelo con restos de color castaño. Y ojos vivos, caoba, tal y como le había contado su madre.

—¡Es ella, Wei!

—¿Entonces?

—Entonces nunca salió de aquí. Siempre estuvo en Nazaré.

—¿Estás seguro qué es ella?

—Estoy seguro, Wei. Es tal y como me han contado, sobre todo mi madre y Santiago...

—Se va a llevar una alegría.

—Se lo prometí, Wei. Ahora regresemos, amigo. Tengo una pequeña desconfianza y quiero comprobarlo.

—¿Qué es, hijo?

—Que alguien le ayudó.

—¿Un cómplice?

—La ocultó y nos la ocultó también a nosotros.

—¿Quién?

—¿Por qué?

Jesús nos llamó a Santiago, Jose y a mí. Me extrañó tanta premura y solo a nosotros tres, pero faltaban días, semanas o como mucho algún mes para que se fuera de nuestro lado y ya me había acostumbrado a que se gobernara solo y tomará decisiones por sí. Así que no le di mayor importancia. No esperaba mucha novedad, la verdad.

—He encontrado a Eva.

Perplejos y suspensos, mirando unos para otros, desconcertados y algunos,

como yo, algo llorosos.

—¿Dónde? —Acertó a preguntar el poli.

—Está en Nazaré.

—¿Qué? —Grite estupefacta.

—Y tuvo colaboración...

Me quedé atónita, callada ante el descubrimiento de mi hijo. Jose me abrazaba por los hombros emocionado y conmovido.

—... y la ha seguido teniendo, digámoslo así.

Estábamos en el aula que Jesús había ocupado todos aquellos años. La presencia de Lys interrumpió nuestras disquisiciones.

—Vienen todos conmigo, Jesús.

—¿Ella también?

—Ella también.

Juro que nos quedamos tensos y un tanto pasmados esperando la presencia de nuestra amiga la doctora. Pero no fue así. Allí estaban igual de confusos que nosotros Rosalía, Marcos, Juan y Clío. Al no verla, nos preguntábamos los tres encogiendo los hombros.

Jesús se acercó a su segunda madre y bajándole el velo del hábito y afrentándole fija pero dulcemente su mirada, le dijo:

—Clío, mírame a los ojos.

Aquellos luceros negros se agrandaron. No sabía a qué venía aquello, pero quería a Jesús y no podía decirle que no. Así que no preguntó.

—Sé dónde está Eva, cielo. Sé que tú le ayudaste. ¡Cómo no nos lo dijiste! Me hubiera gustado tanto conocerla...

En aquel momento apareció Bel por ahí y al escuchar no se pudo reprimir.

—Me hubiera sido de gran ayuda los primeros años.

Jesús le hizo un gesto con la cabeza para que le dejara a él.

Clío empezó a llorar. Su rostro se volvió a mostrar bello e ingenuo, como la niña que siempre vi en ella.

—¡Lo siento mucho!

—Ya está Clío. Ahora cuéntalo.

—Eva estaba muy asustada después del parto. Se culpaba de no haberlo visto antes. Dijo que tenía que haber hecho las pruebas. Yo le dije que era la voluntad de Dios. Al principio no me escuchaba, pero luego sí. Y entonces...

—¿Entonces?

—Entonces dijo que tendría una penitencia que pagar por ti, Jesús. Comenzaron los ataques de Hordos contra los inocentes. Lo vi claro. Hablé con la madre superiora. Estaban escasos de médicos. Eva me miró y asintió. Nos abrazamos y nos despedimos. Antes me dijo que tenía que guardar el secreto y que yo ocupara su lugar, que podía hacerlo. Seguramente el diablo me ganó con aquella tentación y caí en el pecado de la soberbia y del egoísmo. Lloraba como nunca le había visto hacerlo.

—Hiciste lo que mi Padre te inspiró, Clío. Y lo hiciste muy bien.

—¿Se encuentra bien?

—Creo que sí, pero pronto lo sabremos de verdad.

Nadie entendió a qué se refería.

—Santiago, hermano, tengo una promesa que cumplir contigo. —Al poli se le iluminaron los ojos. —Prepara todo. Todos sabéis que siempre he querido conocer el lugar donde nació. Mañana salimos al amanecer a por tu doctora. Tengo ganas de abrazar a quien me trajo a este mundo, que ya va siendo hora.

—Así será —respondió pleno de felicidad Santiago.

—Mis hombres os acompañarán. —La voz de la capitana llegó alta y clara. —Aarón, Isaac, Julio... Acompañad al policía a disponer el zafarrancho. Hacedlo rápido e iros a descansar. Os hará falta si vais a partir de madrugada.

—No hace falta, Esther. Iremos solos.

La capitana se acercó con paso firme a mi hijo.

—Sabes cuánto te quiero, hijo mío. No me lo pongas más difícil. Sé que esta es la última misión de mi Orden.

Soy la elegida por el Señor. Los míos pueden dar fe de ello. Yo solo puedo hablar por lo vivido y por lo sentido. No estuve con Jesús, pero Él me inspiró y me lo reveló para que el mundo lo pudiera conocer. Que así sea pues.

Jesús montaba a mi Esperanza. Creo recordar que hasta hace unas pocas semanas fue su último cabalgar. Ella lo presentía y cuidaba mucho sus movimientos para no hacer sufrir a mi hijo más de lo que el cansancio del

trayecto supusiera. Doce días tardaron en alcanzar su destino, dos más de lo habitual al no seguir el cauce común y derivar por bosques cerrados y sendas olvidadas por el hombre. Alejarse lo más de la civilización era consigna inquebrantable de los hombres de Esther. Santiago también estaba de acuerdo. Lo poco que pisaron tierra poblada pudieron constatar el dominio de las huestes de Hordos y por tanto del miedo de los que la habitaban. Un nuevo régimen o algo parecido se había instalado. Malos presagios soplaban insistentemente y con fuerza.

Nadie les salía al paso y el aire olía a triste y temeroso. Alguna escaramuza de pequeñas compañías de Monjes Negros hubo, pero los drones les avisaron con eficacia y Alba conectada con Santiago les anunciaba con premura de la aparición del enemigo y así poder esquivarlo.

A su llegada a Nazaré, las *senhoras pescantinas* pronto reconocieron a mi hijo y poco tardaron en correr la voz en su indescifrable lenguaje. No habían olvidado los acontecimientos acaecidos veinte años atrás y el sacrificio de sus hijos recién nacidos. Y sin que Jesús y los suyos lo pudieran evitar, de inmediato se vieron rodeados a ambos flancos por varios cientos de vecinos que a su paso lo saludaban bajando silenciosamente la cabeza en señal de respeto. Mi hijo no perdía detalle y dentro de sí, empezó a entender lo que le habíamos explicado desde niño, lo que la gente vería en él.

El pueblo entero dejó sus quehaceres para otro momento y se unió a los nuestros. Ante tal turba de fieles, los enemigos que estaban al acecho se amedrentaron y permanecieron ocultos, invisibles. Nada podían hacer. Jesús y los suyos, al rato, enfrentaron su objetivo.

En el hospital, alarmadas por la multitud, las monjas llamaron a la madre superiora que al ver a mi hijo encabezando la comitiva, entendió. Tranquila e ilusionada, aquella mujer anciana, se fue en busca de Sor Eva, que así era como la llamaban las hermanas de la congregación.

—Tienes visita, hermana.

La doctora la miró con ojos preguntones, pero la madre superiora no le contestó. Tan solo le hizo un gesto para que la siguiera. Al alcanzar la entrada principal con otro gesto de su mano, le invitó a salir. Nada más cruzarla y mirar al frente, se tapó la boca emocionada.

—¡Oh, dios mío!

Jesús había descendido de su montura. Santiago y Lys, que no había parado

hasta convencer a la capitana, le acompañaban. Eva había reconocido a su viejo amigo, el policía, que a pesar del paso del tiempo no había cambiado tanto. Ya antes lucía una cantidad considerable de canas grises en el pelo y en la barba, pensó. Y algo desorientada se abrazó sobre el joven de rostro rasgado y facciones heredadas de María, su madre, se dijo.

—¡Hijo mío!

—Quería conocerte, doctora.

Eva le miró con ojos aguados y lo besó mientras le repicaba al oído «*perdóname mi pequeño*». Después encaró con dulzura a su viejo amigo.

—He venido a por mi respuesta, querida doctora.

—Han pasado veinte años de aquello, Santiago.

—Bueno, no perdí la esperanza en todo este tiempo.

—Me lo pensaré entonces.

Y riéndose por la emoción del reencuentro se abrazaron.

—Por cierto, no te he dicho que sigues estando igual de preciosa.

Le musitó sincero al oído el poli. Eva se sonrojó, pero él ni Jesús lo vieron. Después deshecho el abrazo, puso su nueva atención en Lys:

—¿Y tú quién eres?

—Soy Lys, la hija de Nora y de Marcos.

—¿Qué tal tu madre? —Interrogó de facto a Santiago. Este le respondió con la cabeza.

—Murió al nacer yo.

—Si hubiera estado allí...

Y se abalanzó desconsolada sobre Lys.

—No es hora de lamentaciones, Eva. Hemos venido a buscarte. Queremos que vengas con nosotros a Liliium.

Le comunicó Jesús. Pero le contestó con otra pregunta:

—¿Y tu madre como está?

—Deseando verte.

—¿Se recuperó? ¿Salió del shock?

—Hace doce años ya. Te lo contará ella misma y todas las novedades...

—Algunas las sé, hijo mío. Aquí también nos llegan noticias. Hordos gobierna la iglesia y en medio mundo ya. Estamos en guerra desde entonces y el papa Francisco murió a tu vera en la catedral de Santiago. Hasta ahora todo ha sido más bien malo. —Permaneció callada un par de segundos agarrando las manos de Jesús, antes de cerrar la frase. —Hasta hoy que te he conocido, mi niño.

Tras un emotivo silencio, volvió la mirada al poli y directa, le preguntó:

—¿Y el resto?

—Mateo —le musitó lánguido.

—Pocos quedamos ya entonces, viejo amigo. Son los hombres de Esther, ¿verdad?

El policía asintió. Jesús le retomó la mirada y centrándola, con ojos dulces y fascinantes, le ordenó:

—Recoge tus cosas, mi querida y añorada doctora. Las hermanas te ayudarán. Quiero que vengas de vuelta con los tuyos.

—Aquí tengo mi vida. Quiero que lo entendáis. No puedo volver.

—Clío también te espera ansiosa.

—Mi pequeña Clío.

—Y yo también.

Insistió Santiago.

—Tú puedes esperar otros veinte años.

Y se ríó.

—Esperaré entonces, pero contigo al lado.

—Tienes que estar a mi regreso del Gran Viaje.

—Mi niño no me mientas, que sabes que no regresarás jamás.

Con un hilo de voz muy dulce, suave, pero seguro, Jesús le dijo:

—Regresaré. Te lo prometo.

Pedazos de nuestras vidas. De las de ahora y de las anteriores. Nuestra historia al completo. Jesús conoció a la semilla, a la primigenia, a María Soliño. También al mal. Al-Aruk, el pirata, estuvo con él en sus dos versiones. La del sanguinario que azotó Cangas y la del arrepentido y convertido Hermano Benedicto en el Monasterio de Poio.

De retorno al que desde siempre había sido su hogar, quiso conocer Santa Trega. Deambuló por el castro y sus lugares sagrados, por las cruces de nuestros antepasados y las chozas de los primeros pobladores. Miles de espíritus danzaron alrededor de sus pesadillas despiertas. Belshazzar le había avisado. Necesitaba revivir lo ocurrido para entender la esencia final. Era un último paso a su adiestramiento, el que con tan buenos propósitos había confeccionado el mago y mentor.

Jesús obedeció.

Los espectros iban y venían. Pudo reconocer a algunos. Su maestro le había hecho leer el manuscrito de María Soliño y yo, su madre, le había dejado devorar la parte propia de mi historia transcrita y sin publicar: “La Primera Meiga”. Solo conociendo sus orígenes los comprendería, amaría y no renegaría de ellos.

El don de su *Qi* le hizo traspasar las barreras de la materia, del tiempo, del espacio y de la misma muerte. Viajó con todos los personajes que la protagonizaron, sintiendo como ellos, sufriendo, luchando y con las mismas incertidumbres que tuvieron a cada momento. Amó, odió, pecó y se liberó como hombre. Si como el hijo de la deidad tenía que ser, como ser humano tenía que pasar. Lo mismo. Sin excepciones. Solo la experiencia pegada a la piel se lo podía dar. Y así lo hizo.

También fueron al Refugio. Totalmente asolado, abandonado y en ruinas, después de que los hombres de Hordos lo quemaran persiguiéndolo aún recién nacido. Allí encontró la esencia que perdí aquellos ocho años de mi vida y se la guardó en el corazón. Yo sentí el momento con una fuerte convulsión. Al momento supe que era él.

Jesús entonces se fue al umbral donde aún permanecía inscrito en runas mi nombre y a sus pies plantó una semilla.

Hoy, allí mismo, florece un olivo fuerte y hermoso.

La alegría del reencuentro.

Todos hemos tenido alguno alguna vez. Cada uno de nosotros lo ha vivido de manera distinta, pero al intentar explicarlo lo hacemos prácticamente igual.

—¡Eva!

Ávida de ella, la esperaba en el umbral de Liliun tutelando aquella bienvenida. Agarrada a la cintura de Santiago, compartiendo cabalgadura,

aparecieron esbozados al final del camino de entrada. Cuando la vi el corazón me dio un revolcón. Había sido tan intensa conmigo aquellos meses. Gracias a ella, Jesús vino al mundo. No fue fácil. Llegué al hospital montada a caballo y con un bebe en mi vientre que aún no había cumplido los siete meses. Tampoco las circunstancias durante mi período de gestación fueron las más adecuadas. Pero ella no perdió detalle y hasta el último minuto estuvo a mi lado, cuidando de los dos. Ahora yo tenía la ocasión de agradecersele.

—¡María!

No hace falta decir que las dos nos convertimos en un paño de lágrimas. Estaba más pálida y más delgada que la última vez. También más mayor, había envejecido algo más que el resto. Al menos aquella sensación tuve. La besé mucho y con pasión. La emoción era infinita. Clío no dijo palabra y se nos unió. Después, también Rosalía.

Juan no era capaz de articular palabra mientras a través del *ipad* le retransmitía en *streaming* el momento a Alba y su hijo Alejandro, que no hacía más que preguntar a su madre quién era esa señora sin obtener respuesta inteligible. Marcos, que nos había dejado respirar como siempre, dejó que nos fuéramos desenredando y animando a Inés, la empujó hacia ella.

—¡Inés, cariño!

Eva que durante el trayecto había sido puesta al día, no quiso mencionar a Antón y la abrazó llena de sentimiento. Inés se dejó hacer, aunque se le notaba algo incómoda sobrevenida por los recuerdos. Marcos cauto pero buen entendedor de los entresijos del alma con los seres queridos ausentes entró en escena.

—Creo que voy a tener trabajo extra estos días. Estás muy delgada doctora. Tendré que hacerte un menú especial.

—¡Marcos! ¡No sabes cuánto lo siento...! —Extraviada por tanta emoción seguida, la doctora dijo lo que no quería decir.

—¡Shsss! —Marcos le hizo callar cariñosamente, señalándole a su hija Lys.

—¿No ves lo que Dios me dejó?

Eva le asintió con la cabeza. Y después de darle dos sonoros besos, le dijo sonriéndole:

—¡Tengo hambre!

Me sujeté férrea a su brazo y la dirigí. Le fui presentando al resto, primero a

los niños, que al verlos tan crecidos su boca emitía un sordo «*madre mía*» lleno de admiración, y después a aquellos que no conocía. Sus ojos se abrían mucho y sus oídos atendían mis explicaciones de cada uno de ellos. Para ella Dominí, Matthew, Foma, Suiseki, Tadeo, Jewish y los tres magos eran unos completos extraños. Ni siquiera había oído hablar de ellos. Sin embargo, pronto los integró en su corazón, aunque poco tiempo tuvo para tratarlos. Esto no fue óbice para que las largas conversaciones con su medio homónimo Belshazzar, le hiciera tener cierta predilección sobre él. Así las dos hablábamos de nuestro admirado y querido Bel.

Compartió con ella cómo había sido todo el proceso de cuidados y de educación con Jesús desde que nació. Eva le escuchaba con atención y pudo disintió de lo hecho. Aquellos escasos dos o tres meses, ya no recuerdo con exactitud, se tornó en la sombra consorte de mi hijo. Por momentos nos lo tenía secuestrado. Quiso absorber cada instante perdido de él que, hasta Lys, por aquellos su inseparable, se volvió recelosa de ella. Jesús le cautivó, le hechizó con su ser, sus palabras y su pensamiento. Nunca me lo dijo literalmente, pero sé en conciencia que siempre se arrepentiría de su huida cuando nació. No seré yo quien le reproche aquello. Yo también hui.

En los años siguientes se fue alimentando del relato que le fuimos haciendo sobre todo Rosalía, Clío, Santiago, Jose y yo. Terminó amando a Santiago. El poli a base de insistencia y amor desmedido consiguió que le quisiera con locura. Fue un amor a los pocos al que Eva se mostraba reticente. La paciencia de él y un roce continuo la hicieron claudicar. He visto a muchos quererse con locura, pero lo que viví en ellos fue único. Cuando Eva habla de esto siempre me remata:

—Siempre se cumple, María. Nunca apreciamos lo que tenemos más cerca.

Sé que cuando lo dice, lo piensa de verdad y no lo dice solo por Santiago.

El dolor de la despedida. El sabor amargo del que queda. Ese llanto baldío y yermo que no termina. Una madre nunca está lo suficientemente preparada para ello. Sabía que se iba para siempre. Estaba escrito.

El día anterior nos reunió a todos. Quería hablar. A él también le dolía su marcha, habíamos sido su vida, entera, sin descansos ni vacaciones, con máxima entrega y sin vacilaciones.

—No sé qué decirnos. No quiero veros tristes, ni llorar. Tengo que volar. Mañana partiré lejos. No os podré olvidar. Os voy a echar mucho de menos. A

todos. Papá y mamá irán siempre conmigo. Mamita Clío en mi memoria. A la doctora poco la he tenido, pero ya está también aquí —le dijo a Eva señalándose el corazón. —Cuida de ella, Santi. ¡Me lo debes!

Lo apuntaba con su índice derecho, moviéndolo de arriba abajo como confirmando. Nadie habló. Jesús se acercó a Rosalía y la abrazó.

—Por si nunca te lo había dicho: ¡*quérote!* Raquel y David se vienen conmigo. Son tus hijos, pero también mis amigos y los quiero a mi lado.

Ella aceptó meneando su cabeza afirmativamente rápida, brusca y compungidamente. Después se acercó a Marcos e Inés.

—Echaré de menos tus platos y nuestras conversaciones en la cocina. Y tú, mi gamberra preferida —a los dos se les dibujó una sonrisa. —Será mejor que a la vuelta tengas el palomar bien limpiito. Ah, también puedes ayudar a «maquinitas». No quiero que te aburras mucho.

Nadie decía nada. Todo era silencio. Su voz cálida henchía la estancia. Una melancolía híbrida nos enajenó por completo. Jesús se dio media vuelta y encaró a la capitana y sus hombres.

—Has sido como una madre para mí. Te recuerdo desde que tengo memoria, mi capitana. A ellos también. Tus hombres y tus mujeres, siempre fieles. Nací jugando con vosotros y así quiero que me recordéis para siempre.

—Mi niño. Aún sigues siendo un niño.

—Sabes que no tengo intención de crecer.

—¿Moisés?

—Vendrá conmigo. Nos hemos criado juntos y tenemos que seguir jugando juntos.

—¡Que Dios te bendiga!

Esther lloraba sujeta a Jesús. Las mujeres y los hombres de la Orden de San Francisco se arremolinaron a su alrededor esperando cada uno su turno para el adiós. Sara, Begoña, Marta, Aarón, Isaac y Julio, eran sus nombres, héroes anónimos que dieron lo mejor de sus vidas por mi hijo. Solo espero que algún día la historia les otorgue el lugar que ganaron y merecieron con su sacrificio.

Después y como si no tuviera mayor importancia, recuperó su sonrisa perenne y tomando un tono de voz ya más profundo, anunció:

—¡Dominí, Matthew, Foma, Suiseki, Tadeo y Jewish! Mis seis apóstoles

presentes. Desde ahora eso seréis. Saldremos por la mañana bien *desayunaditos*, que no podemos malgastar. O eso dice Matt.

El bróker le hizo una mueca burlona de desaprobación.

—Los jóvenes David, Raquel, Moisés y Lys nos acompañarán. Ya se encargará Foma de irlos entrenando. Le he dado orden de si se ponen chulitos, utilizar cualquier medio convincente para que vuelvan a la fila.

El ruso se frotaba las manos con satisfacción. Ellos, sin embargo, se mofaban desafiándolo.

—¡Nadie nos podrá detener!

Aseveró firme retando a los tres magos. Solo Belshazzar lo esperaba y además ansiaba.

—¡La magia nos acompañará! Bel, Mel y Gas... ¡vendréis con nosotros!

Quedé la noche entera rezando al cielo estrellado. Jose permaneció a mi lado todo el tiempo. Nadie durmió. Grande era la emoción y la conmoción. Mi relación con el Señor había cambiado sustancialmente en aquellos años. Ahora no le reprochaba nada y a la vez era más crítica tanto con él como conmigo misma. Tenía cincuenta y pocos años. Ya no era aquella joven inconsciente y alocada que se creyó la única mujer del mundo porque sería la madre de Jesús, la de su hijo, la del regreso. Tampoco era la mujer ausente después de la no aceptación de su nacimiento, y su minusvalía. No estaba triste, ni la depresión moraba ya en mí, pero tampoco me echaba las risas de aquella chica inmadura. Había encontrado paz en mi alma. No es que fuera imperturbable, pero sí que una felicidad continúa y casi constante, infinita me subyugaba. Esto me hacía acercarme a Él casi de igual a igual, pero llena de respeto y plena de humildad. Ausente de orgullo, rebosaba generosidad y disposición por doquier. De y en lo más profundo de mí emanaba un sosiego que salvo el efecto-cause de la pérdida ya nadie ha conseguido nunca fracturar.

«Allá donde estés mi Señor, protégelo. Donde mis brazos no llegarán invoco a los tuyos. Madre soy y abnegada. Cumplo mi promesa y te entrego a mi hijo para que hagas de él la esperanza que el mundo anhela. Te pido perdón si con mis palabras te hiero, pero ahora exijo que tú cumplas con lo pactado. Hace más de cuatrocientos años, mi anterior esencia selló nuestra sagrada alianza. Sé el destino. Intuyo el final. No soy tonta. Lo acepto. Que nuestro sacrificio mi Señor, esta vez sí, una definitivamente a los hombres.

Que los que le sigan sean bienaventurados a tus ojos y que su lucha obtenga su fruto. Que la vida eterna prometida nos llegue a cada uno de nosotros viendo su sonrisa, pues así la muerte no existirá, desaparecerá de nosotros. Que tu gracia nos ilumine sin exclusión. Que sus hechos y sus verbos arrastren todos los corazones. Que sepamos perdonar las heridas de esta guerra y borrar sus cicatrices. Sé que he renegado de ti, que un día me fui. Si te ofendí, lo siento mi Señor. Grande fue la prueba y débil de mí, te fallé y le fallé a él. Pudo mi condición humana. Pero no me fui con el maligno. No traicioné a mi alma que aún sigue limpia. Quedé esperando en el limbo a que me dieras una señal de tu bondad. Y, sin embargo, también permaneciste terco ante mi yerro, como cuando el padre no entiende la decisión no esperada de su hijo. Era una simple mujer, nada más que eso. No estaba preparada, solo eso. También eres culpable de orgullo, mi Señor. No lo vuelvas a hacer, no abandones a mi hijo. No te pido que cambies su destino. No puede ser. Debe beber su cáliz de nuevo, pero no lo abandones. Todos los padres nos dejamos llevar por la sin razón alguna vez y no escuchamos a nuestro corazón, el de verdad. Yo también lo hice, bien lo sabes. Eres mi Señor, el Todopoderoso, y confío en ti. Ahora te toca cuidarlo a ti por mí. Te amo mi Señor»

La banda sonora vital de Jesús, nuestro pequeño secreto, merodeaba con sus notas martilleando mis pensamientos y oraciones. Tras la estela de unas preciosas nubes de algodón, amanecía. Tibios, los primeros rayos de sol como prismas de colores iluminaban los tejados de las pallozas. La aldea perdida cobró aquel día un color especial, distinto, o al menos a mí me lo pareció.

Yo no fui a desayunar. No tenía hambre. Seguí recostada sobre la hierba. Supersticiosa como era para las fechas, mi hijo había escogido la de su veinte cumpleaños para dejarnos: trece de marzo del año dos mil treinta y tres de nuestro Señor. Desde Liliun, los dioses habían alineado a los astros con su oráculo sagrado. Todo estaba dispuesto. Aquella espléndida mañana vi nacer un cielo precioso.

Sus pasos me despabilaron de mi ensimismamiento. Me levanté rauda. Jose se acogió a mi antebrazo y como en una especie de procesión solemne todos llegamos a la entrada. No teníamos puerta. Hacía años que un temporal la había levantado. Un tronco delgado de carballo a poco menos de un metro de altura hacía de barrera. El muro circundante de piedra cascote de la tierra rondaría esa misma altura. Allí, con el horizonte dibujado de fondo, perdura

mi última visión de mi hijo.

Nos fue abrazando uno a uno. A mí fue la primera. Después a su padre, y así uno por uno. Menos Clío y Eva que consternadas no aparecieron y lo vieron irse desde la lejanía. Como si hubiera un pacto de por medio, no hubo palabras. Tampoco silencio. El aire gimoteaba, el halcón chillaba, las palomas de Dominí lanzadas en desbandada por ella se perdieron en el cielo en pos de sus nuevos destinos mientras gorjeaban con fuerza desmedida. Y el lobo aullaba.

Contemplé otras despedidas. José me cogió por el hombro y con los ojos algo húmedos me sonreía. Santiago le imitó y repitió el mismo gesto con Eva, que se dejó hacer. Esther y los suyos fueron los últimos. Las madres ya nos habíamos despedido de nuestros hijos. La capitana lloró a Jesús, pero fue con los magos, en especial con Belshazzar donde sus lágrimas se mostraron grandes y diáfanas. Sin embargo, soltándose lentamente de su mano, era a Foma al que despedía el último. Abrí bien los ojos. Algo me decía que había algo más. El ruso no era muy dado a los sentimientos y me extrañó el brillo especial que impregnaba su mirada. Nunca había ocultado su debilidad por las mujeres, y Esther, estoy segura, que colmaría sus más sutiles exigencias. No pude certificarlo.

Marcos también se despidió. Primero de Lys, su hija. Y justo después, con su mensajera preferida entre las manos, se le acercó Dominí, depositándosela entre las manos. «*Cuídamela. Volveré a por ella y a por ti*». Y de improviso, le besó. Lástima que mi chica alemana hubiera esperado tanto. Superada la primera impresión, Marcos le devolvió el beso.

Rosalía no soltaba a Matthew. Ella no lo besaba como el primer día, sino como el último, llorando a lágrima viva. La posible vuelta de su amor nadie era capaz de augurarla, ni cuando sería. Lo sabía perfectamente. Su despedida se mudaba cruel.

Y hubo una que nos pilló a todos desprevenidos. Cómo surgió y cuándo, ni la propia Inés nos sabía decir. Luego supimos los que nos quedamos, que habían pasado la noche juntos.

Contraído anduvo su sentimiento tras la muerte de mi hermano Antón. Desolación al principio y larga soledad después, fueron sus lazarillos. A base de tiempo y resignación remató el duelo. Equivocados, sus instintos buscaron en otros lo que la negra sombra le había arrebatado. Nunca me lo dijo, pero mi

olfato de mujer percibió los amoríos esporádicos e impropios con un ruso mujeriego, que sabía moverse bien en terrenos pantanosos. También las sospechas desde los provocadores flirteos que persiguieron durante un tiempo a un confundido jesuita, que la eludía como podía, sin poder olvidarla, ni quitársela nunca de la cabeza. Ni siquiera cuando todo había terminado.

Suiseki e Inés habían compartido lecho. Su cara de felicidad con él, aunque aquel día le fuera rasgada por la despedida, me elevó el corazón. Al parecer su acercamiento amoroso venía ya de meses, incluso más. Aquel último beso que se dieron, ungido por un juramento de fidelidad y amor eterno que no se pudo cumplir, me hizo regresar a los míos con mi amado Jose, cuando el germen de aquella juventud acababa de brotar fresco y sincero.

Entonces yo hice lo mismo, lo miré y lo besé.

«Quérote, mamá»

Esto fui lo último que oí de los labios de Jesús tras su abrazo final.

«Hace veinte años nací en un pequeño pueblo de Portugal, llamado Nazaré. Soy Jesús, hijo de María y de José. Tengo Síndrome de Down y dicen que soy la esperanza para el mundo, al que hoy pongo rumbo.

«Soy como un niño en su primer día de colegio. Pienso como un niño. Siento como un niño. Me río como un niño y me gustaría seguir siendo niño.

«No sé lo que me espera en el mundo, pues nunca he estado en él. Siempre he vivido bajo la protección de los míos, esperando este día: El Gran Viaje. Para mí es como irme de excursión, aunque Bel, mi maestro, dice que verá muchas cosas malas.

«Hay un señor negro que me persigue. Hordos es su nombre. Quiere mandar. A mí no me importa, yo le dejo. Pero él quiere matarme. Solo así será rey.

«Dicen que yo haré a los malos buenos y que alegraré los corazones. Dicen que en el cielo tengo un papá que lo puede todo. A veces me habla, pero mucho todavía no le entiendo.

«No viajo solo. Mis amigos vienen conmigo. Vamos a buscar al resto. Desde que nací doce ya me los habían elegido. Los otros son los amigos con los que me crie. No me han fallado y han venido. Un amigo nunca deja a otro amigo.

«He traído también a mis magos. Bel, el negrito, ha sido mi profe y casi un padre. Me ha enseñado casi todo lo que sé. Lo voy a necesitar. Aún no sé lo

que se espera de mí ni adónde tengo que ir. Él me lo dirá. Lo sabe todo.

«También me enseñó a rezar. Yo rezo a mi papá del cielo. Bel tiene otro papá del cielo distinto. Aunque a veces no le entiendo mucho, pues me dice que es el mismo, pero con distinto nombre.

«Llamaré a los niños del mundo para que cantemos juntos, con fuerza y con amor, para que nos oigan en todos los sitios y por fin nos hagan caso. Solo soy un joven con espíritu de niño, un amigo, un compañero de juegos. No sé si podré ser exactamente como todo el mundo espera de mí, si traeré la paz tan esperada, si mi voz será la esperanza. No lo sé y tengo miedo. A veces hasta tiemblo. Y solo mi Qi, el que me han enseñado a usar, me calma.

«Nací con Síndrome de Down, aunque esto no me hace mejor que al resto de niños. Tampoco peor. No me hace diferente. Solo he tenido que trabajar más y han tenido que trabajar más los míos. Nada más. No soy más débil, ni más frágil por ello. Soy igual que cualquier otro. Sé que ese es mi primer mensaje.

«Bel nunca lo dudó. Tengo el corazón de un hombre y el alma de mi papá del cielo, dice. Esto me inquieta. ¿Cómo puedes llegar a ser alguien tan grande de repente? No puedo fallar a los míos. Así que supongo que tendré que intentarlo.

«Construiremos una historia nueva. Nos uniremos todos y les diremos que paren ya, que este no es el mundo que les hemos pedido. Les diremos que si no lo hacen nos iremos de su lado. ¿Para qué los queremos si no saben darnos la paz? Lucharemos juntos por nuestro destino. Seremos libres por fin.

«Tengo que juntar a todos los niños del mundo. Tengo que conseguir ser su amigo. Tengo que hacerlo. Todos juntos podemos conseguirlo. Podemos cambiar este mundo, el de los mayores, por uno mejor, menos egoísta».

Mi hijo cabalgaba a caballo hacia el desfiladero que le llevaría al «otro mundo». Esta, la primera meditación de Jesús me llegó a mi pensamiento clara y nítida. Mis ojos lo perdieron en el horizonte, pero mi corazón aún hoy lo mantiene vivo y con fuerza.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

El Gran Viaje

del libro tercero de Jesús por Belshazzar

No hubo azar en la elección de la fecha de partida. Solo nosotros fuimos conocedores del dato. En su vigésimo cumpleaños, Jesús quiso hacer sentido homenaje al Papa Francisco con ello, pero sin aspavientos. Su madre agradeció aquella evocación sencilla y mínima, pero sincera. No quiso celebraciones, ni una despedida grandilocuente. Un beso infinito para sus padres y el inicio de un viaje que ya no tendría vuelta.

De este modo, el trece de marzo de dos mil treinta y tres, en una preciosa mañana cargada de aire puro, abandonamos Liliun, la aldea perdida que nos había dado cobijo durante aquellos amados años.

Cabalgamos despacio por los bosques y sus vaguadas, los que fielmente nos habían resguardado tantos años de nuestros enemigos los Monjes Negros. Y nos fuimos despidiéndonos de aquellos nuestros montes como solo el hombre agradecido sabe hacerlo. En Triacastela hicimos lo propio con nuestras monturas, ellas sabrían volver solas.

El tándem tan compacto que desde el principio habían formado Foma y Matthew se había hecho cargo de la logística. El ruso y el bróker programaron el recorrido hasta nuestro primer destino: Rovaniemi. Esta fue la primera decisión de Jesús como líder indiscutible del grupo.

Un sinfín de trasbordos entre buses y tranvías locales, ferrocarriles regionales, trenes de alta velocidad y líneas de autocares por autopista, tras pasar la frontera francesa, ocuparon nuestras vidas durante aquellos primeros días.

Tadeo y Suiseki, nuevos responsables de nuestra seguridad, andaban con ojos avizor por si los secuaces de Hordos nos descubrían. Viajamos como un grupo de excursionistas, intentando camuflar a Jesús lo más posible, siempre cubierto con la capucha de su sudadera como cualquier otro joven de su edad, o de la que más bien aparentaba.

Desde Santiago de Compostela, la ciudad del apóstol, siguiendo su camino, pero a la inversa, hasta llegar a Francia. Luego Bélgica, Holanda, Dinamarca, Suecia y Finlandia sin tiempo para visitas turísticas, exponiéndonos lo imprescindible. Lo justo para descansar en las iglesias presbiterianas que nos

acudían como refugio y que la buena de Domini concertaba previamente a través de sus mensajeras, lo cual no fuera en verdad sencillo.

Antes de emprender el camino, Domini, conocedora del itinerario, había seleccionado los lugares donde perfectamente adiestradas esperarían nuestra llegada en la torre, plaza o parque más cercano camufladas entre las torcaces comunes. Raquel, David y Moisés, menos conocidos por los «hombres oscuros», llegarían a la zona señalada para el encuentro. Allí se dejarían rodear por la bandada y al supuesto azar y con total naturalidad, uno de ellos acogería entre sus manos a la mensajera para, con tranquilo disimulo, enlazar un trozo de pergamino en una de sus patas. Luego, tras una suave carantoña, la dejaría despegar hacia el destino de su mensaje.

Íbamos en busca de Jumala, a su encuentro.

De este modo empezaron aquellos cuatro años de peregrinación a los que nos abocaba nuestro nuevo «maestro» sin tener certeza de adónde nos conduciría aquella locura.

Mi nombre completo es Belshazzar Mudárris Rajul, que quiere decir *maestro de hombres* según su traducción. Lo fui de Jesús y ahora él de mí lo sería también. Contaré lo que pasó en el Gran Viaje, su misión divina de la que daré fe. No era mi dios, tampoco mi religión, pero lo seguí. Algo ignoto con una fuerza extraordinaria me convenció. Allí conocí la deidad, la verdadera. No sé si Dios volverá a la tierra de nuevo. Juro que ya estuvo aquí. Lo que yo vi y viví, lo que el mundo vio y vivió, solo él puede explicarlo.

Cuatro largos días tardamos en pisar la tierra de mi colega Santa Claus. Nadie nos salió a recibir a la estación central de autobuses. Ni tan siquiera la propia Jumala estaba avisada de nuestra llegada. Pensaron que sería una sorpresa brutal y maravillosa para ella. Y más seguro también. Todos los discípulos de Jesús estuvieron de acuerdo en que era mejor no llamar la atención, seguir actuando como cualquier otro grupo de viajeros. O casi todos. Jewish asentía, pero no opinaba. Tadeo ya lo hacía por los dos y el resto así lo aceptaba.

El irlandés había venido todo el viaje en silencio, pensativo. Solo cruzaba las palabras justas bien con su protector, bien conmigo. Hacia mí lo hacía con excesivo respeto, quizás miedo. Y solo se empezó a abrir al conocerla. A ella, solo a ella, bien lo sé, fue dirigida su primera sonrisa.

Escasos de equipaje, sabedores de que largo sería el camino de nuestro destino y que no asentaríamos en ningún lugar, nuestras mochilas cargaban lo

justo. Con ellas a hombros nos dirigimos al Santa Claus Village. Los días empezaban a despuntar y los primeros vestigios del sol de medianoche nos daban una afectiva bienvenida. Nos iríamos mucho antes de poder descubrir sus mágicas noches blancas y perder las zozobras de la oscuridad, porque gracias a dios las sombras negras no llegaban nunca hasta allí.

Un hombre vestido de elfo nos acudió presto al vernos. Algo vio en nosotros que le extrañó. Seguramente lo heterogéneo del grupo le había llamado la atención. Pero fue Jesús el que centró su mirada cuando se quitó la capucha. No preguntó y se fue medio poseído al interior. Antes y notablemente nervioso nos invitó a entrar a un gran salón con decoración de claro estilo nórdico y espíritu navideño. En una de las paredes colgaban fotos de los dos hermanos, juntos y por separado. Jesús contemplaba con inquieta felicidad a aquella mujer de ojos firmes, un tanto rasgados, penetrantes y sobre todo hermosos.

No se equivocaron.

La cara de Jumala denotaba una sorpresa inmensa e intensa. Turbada de felicidad, su mirada buscaba en la de Jesús al husky siberiano que la había estado visitando durante aquellos años. Y lo encontró. Un tierno suspirar la usurpó. Con sus manos envolvió el rostro de Jesús y lo besó en la frente con fricción y pasión.

—Al fin... ¡Oh, Dios mío!

Lo abrazó. Así estuvo varios minutos. Hasta que su hermano, que había permanecido en silencio detrás de ella, me habló:

—Tú debes de ser mi estimada competencia, ¿Belshazzar?

Se lo confirmé con la mirada y abriéndose camino hacia mí, me estrechó contra sí, notando de improvisto su gran fuerza y el volumen excelso de su cuerpo.

—Ya tenía yo ganas de teneros por aquí.

Con un ademán de mi brazo, le mostré a mis compañeros.

—Los tres magos. Tenemos mucho que contarnos.

Me cautivó su perfecta dicción del inglés. Jumala, sin embargo, se había dirigido en un buen español a Jesús y en esta lengua se fue presentando y apretando a cada uno de nosotros.

Jewish fue el último.

—Era cierto lo de tu sonrisa.

—¿Qué le pasa a mi sonrisa, irlandés?

Le preguntó ella sin poder dejar de mirarle hipnotizada por sus ojos.

—Es única.

—Hordos ha sido nombrado Príncipe de la Iglesia.

Nos anunció Jumala en la cena. Todos la vimos con ojos preocupados.

—Pude observar cómo sus soldados iban tomando las estaciones y vigilaban la entrada y salida de pasajeros, a lo largo del viaje. Alguna vez también los vi subir a bordo de algún autocar o ferrocarril. Afortunadamente no tocó en los nuestros.

El samurái dejó claro que se había tomado muy en serio su nueva labor. Vigilante, había visto lo que a los demás nos pasó desapercibido.

—Dominí nos advirtiera a Suiseki y a mí del mensaje que le llegó en una de las palomas. —El resto del grupo miró a Tadeo sorprendidos por la noticia, incluido Jesús. —Al parecer detectaron a los caballos de regreso a Liliun y sospechan, no sin razón, que por fin hemos partido.

—Ahora ya es Príncipe o lo que es lo mismo: Ha ocupado el lugar del Papa —Sentenció David.

Giramos nuestras miradas hacia el hijo de Rosalía. Al contrario que su madre, hasta aquel momento siempre había sido parco en palabras, aunque muy dispuesto. Aquella repentina reacción nos asombró a todos menos a Jesús, que le hizo un ademán de complacencia. Pronto y poco a poco los chicos nos harían comprender que habían crecido y, aunque jóvenes, ya eran personas adultas.

—Tiene razón el chico. Ha hablado con juicio. Hace doce años que no sabemos nada de él ni de sus mercedarios —reflexioné en voz alta.

—Hordos, al amparo de su inmunidad e inviolabilidad que le otorgan su título de Monje Mayor, como hombre fuerte y regente del Vaticano, ha ido sometiendo todas las órdenes de la iglesia católica y subyugando en base a la fuerza a una gran parte de la presbiteriana, hasta eliminarlas y fundirlas todas en la misma: Los Monjes Negros —nos empezó a explicar Santa Claus. — Conocedor de que las guerras no solo se ganan en el campo de batalla, ha extendido sus redes con los poderes fácticos laicos más radicales. Ahora tiene a su disposición incontables medios de comunicación y mucho dinero.

Banqueros y grupos inversores sin escrúpulos son sus mejores socios. Políticos, presidentes de grandes naciones de Europa, Asia y África le rinden pleitesía o simplemente le temen, porque consideran que él tiene la llave de una nueva guerra de incalculables consecuencias para la tierra y la humanidad. Su alianza con el califa, su apoyo continuo a los Hijos del Profeta y por tanto al mundo islamista más radical, tiene al mundo en vilo. A cambio de estructura militar y cédulas terroristas que solo él puede desactivar, mantiene ocupada y secuestrada a la «molesta» Europa y a sus amigos opresores les deja hacer a su antojo en Oriente Medio, volviendo a resurgir el califato tal y como aparece en los viejos libros de historia. De momento solo han respetado la franja Palestino-Israelí y Al Ándalus.

—Cuando el Papa Francisco fue asesinado, nos llegó una paloma con un mensaje que decía que Hordos y Bakr Assaf se habían visto en la Alhambra, pero no nos lo terminaron de confirmar.

Dominí aportó esta información que la mayoría desconocíamos.

—Aquel encuentro existió. —Dijo una Jumala contundente.

—¡Dios mío! —Suspiró Gaspar —¿Y cuándo lo consiga?

—¡Al Ándalus! —Yo me había consternado. Sabía que eso significaba que el mundo árabe extremo, el que no amaba, sería muy poderoso.

—De todos modos, será difícil que eso ocurra —afirmó como si estuviera rasgando una sombra negra, Jumala.

—¿Por qué? —le pregunté inquieto.

—Hordos es ambicioso.

—¡Dios mío! Peor nos lo ponéis, hija. —Melchor que se había estado conteniendo, no reprimió lo que le enfundaba aquel nuevo descubrimiento. —Una guerra fratricida entre religiones.

—Hordos vendrá al lado bueno —dijo entonces Jesús muy seguro de sí mismo. —Él verá la luz también. Es malo porque su pasado es malo. El amor le hará cambiar.

Aquel vaticinio nos dejó con murmullos internos, presos de nuestras propias inquietudes. No fuimos capaces de ver más allá de lo que los hechos nos daban. Jesús leía nuestras mentes y también los corazones, ya estaba un par de leguas por delante nuestra. Ninguno nos dimos cuenta.

—¡Tengo hambre!

Despertamos al silencio pensativo regresando a la realidad común y más humana. Jesús siempre tenía una salida para cada situación. Los ayudantes de Santa Claus esperaban impacientes para servir la mesa. Este les dio la orden.

—Tienes toda la razón, Jesús. Cenemos entonces, amigos. Por favor, queridos elfos, empezar a servir.

Esto no impidió a Jumala continuar exponiendo la situación y sus ideas al respecto.

—Aquí no sabemos lo que es un Monje Negro, nunca los hemos visto. Aún no se han acercado. Pero hace un par de días interceptamos uno de sus halcones persiguiendo a una de tus mensajeras, Dominí. El halcón también portaba una noticia para el reverendo, que es aliado nuestro. Dentro de una semana vendrá una milicia. Tomarán la iglesia del pueblo y se alojarán en sus dependencias. Nadie más lo sabe. No queremos que los vecinos estén temerosos.

Jesús escuchaba atento al tiempo que devoraba un trozo de exquisito salmón finés. De reojo ya había sido camelado por los famosos rollitos de canela fineses y que se servirían de postre.

—¿Sabían que veníamos? —preguntó Tadeo.

—Pienso que no. Más bien creo que Hordos está cubriendo todas las posibilidades, al menos las posiciones que domina y que están a su alcance — le contestó Santa Claus.

—¿Atacarán? —Esta vez fui yo quien lanzó la interrogante.

—En un lugar público tengo serias dudas —respondió Jumala a mi inquietud.

—Supongo que esperarán a que nos esponjemos y salgamos al exterior para hacerlo, aunque tampoco lo tengo claro.

—No vienen a por mí. —Afirmó rotundo Jesús. Miramos todos para él. — Todavía no. Aún no me quieren.

—¿Cómo lo sabes? —le inquirió extrañado Suiseki.

—Puedo oírle.

—¿A quién?

—A quien va a ser: ¡Al malo!

—¿A Hordos?

Jesús le corroboró con un gesto afirmativo y continuó:

—Van a por vosotros.

—¿Por qué? —preguntó directo Foma.

—Porque quieren dejar a Jesús sin sus amigos para cuando haya llegado la hora. —Jewish no dejó que el ruso se contestara así mismo.

—Entonces será mejor irnos antes de que lleguen y nos encuentren. No debemos permanecer mucho tiempo aquí —concluyó Tadeo.

—¿Qué aconsejas, Jumala?

—Que será mejor hacerse con un trineo con buenos huskys para cada uno de nosotros en cuanto podamos.

—Creo que de eso me puedo encargar yo —aseguró firme, Matthew que había escuchado desde el principio, casi con vehemencia, pero sin querer intervenir.

—Necesitar mi ayuda *parra* hacerlo de forma discreta, digo yo —le habló receloso el ruso al bróker mientras nos reíamos por su reivindicación, aunque cierta. —Ahora luz todo el día. Pensar cómo demonios salir todos montando en *trrineos* sin llamar atención.

—Tienes razón, Foma. Se me ocurre hacer correr la voz de que un grupo de turistas que va a hacer una excursión.

—¿A dónde? —preguntó curiosa Lys.

—¡Al Polo Norte! ¡Adónde si no? —respondió como un resalte Raquel, que había permanecido callada todo el rato.

—¡Me apunto! —No lo pensó el hijo de la capitana.

—Y yo, no te j...

—¡Jesús! —le recriminé enfadado.

—Lo siento, Bel —me contestó como diciendo *no lo he podido evitar*.

—Está bien. No levantará sospechas. Es una de tantas y él que vaya yo en cabeza, tampoco. Ya he hecho muchas veces de guía.

—¿Adónde iremos de verdad? —preguntó Suiseki intentando componer el propósito verdadero.

—A junto Wei. A por Siddhi y Philip. A por mi mayor *Qi*. Tienen que llevarme a la Gran Montaña. Ya lo sabeís.

—Yo no sé escalar —protestó Jewish.

—Solo subirán ellos conmigo —le contestó mirándole a los ojos, como

diciéndole que aún no era su momento.

—Eso querer decir que tener que ir por Rusia.

—Creo que es así, mi querido Foma —le confirmó nuestra amiga esquimal. —
¿Qué camino sugieres tú?

—Primero Moscú por San Petersburgo. Después Transiberian hasta Chitá. Ahí
coger Transmanchuria a Pekín.

—Veo que tus viajes a través de la nieve y el hielo hasta San Petersburgo
estaban más que justificados.

—Tenía que estar preparada hermano. Me avisaste de que vendría hace veinte
años. He tenido tiempo suficiente —añadió Jumala. —Mañana los chicos,
Matthew y el samurái, por si las moscas, vienen conmigo para dejar cerrados
los trineos.

—¿Y yo qué hacer? —preguntó desconfiado el ruso.

—No venir, mejor. Alguien nos podría estar observando y sospechar. Después
Matthew ya te explicará lo que podemos necesitar. No debemos precipitarnos
y tener un poco de paciencia.

—¡Jumala!

—Dime, estimado Belshazzar.

—Algunos no sabemos montar en trineo.

—Pues tuviste mucho tiempo, Bel —me recriminó Jesús.

—No te preocupes, habrá mucho camino para aprender. Además, así mejor. Es
lo normal en las excursiones de los turistas, la mayoría es la primera vez y es
muy divertido.

Todos rieron pensando en las cómicas escenas que se verían en los días
siguientes sobre la nieve. Sin embargo, yo no dejaba de pensar en Hordos,
coronado por todos sus prelados como Príncipe de la Iglesia. Inmerso en
nuevas cruzadas intuía que traicionaría a los Hijos del Profeta a fin de
conseguir arrebatar la preciada Jerusalem a sus otros enemigos, los judíos. No
entendía a aquel ser que llenaba su vida con conspiraciones, tramas
enrevesadas y engaños, sin saber que estaba condenado a cumplir su misión en
la tierra. Y esta era otra muy distinta de la que creía, según Jesús.

—¿Cuándo dejaremos de pasar frío?

Preguntó entonces Matthew de repente y sin venir a cuento.

—Tú no preocupar, amigo. Yo llevar... ¡*Stolichnaya!*

Dos o tres días después, la verdad es que no soy capaz de recordarlo bien, dejamos atrás la ciudad de nuestro anfitrión Santa Claus. Su hermana lo oprimió contra su cuerpo con afán. Lo repasó con pena y rozándole con sus labios en la cara, dio media vuelta y se marchó sin decirle adiós.

—Cuídate hermano.

Yo me crucé en el camino de su mirada como queriendo hacerle más fácil el tránsito. Mis hermanos magos lo entendieron a la primera y me acompañaron. Nos despedimos con mutuo y noble afecto. Para hacerlo menos doloroso, rápido nos íbamos incorporando a nuestro trineo y pareja correspondiente.

Jumala nos esperaba tensa comandando la expedición. Era la única que viajaba sola. Nadie la nombró, pero era incuestionable que tenía que ser ella nuestra guía. Cada trineo era tirado por cinco magníficos ejemplares de husky siberiano. Gaspar viajaba conmigo, inquieto desde el primer momento, así que preferí que fuera él el que iría recostado, bien tapado por una manta. Yo conduciría, tras haber aprendido lo suficiente para no tener un accidente de gravedad. Nuestra nueva amiga la esquimal nos había insistido el día anterior:

—Son tres reglas. Recordadlas siempre: Nunca se sueltan las manos a no ser que queráis correr detrás del trineo, un pie sobre el freno siempre para reducir la velocidad y mantener la distancia necesaria con el de delante. No lo olvidéis y no os pasará nada. ¿Quién quiere conducir?

Foma levantó el primero la mano. Él ya lo había hecho. Matthew se apuntó con él. Tadeo cogió a Jewish, su protegido. Suseki miró a Dominí:

—Yo te llevo. Será mejor que tú estés libre por si precisas de tus palomas, además le tendrás que dar calor a la que llevas contigo.

La alemana estuvo de acuerdo. Todos miramos para los jóvenes.

—Yo iré con mi hermano, así también nos podremos turnar.

David y Raquel estaban perfectamente compenetrados. Moisés vio para nuestro hermano Melchor y le preguntó:

—¿Puedo ir contigo?

Este le atuso el pelo enérgicamente y le contestó:

—Pues claro, pirata.

Jesús agarró de la mano a Lys y adelantándose le dijo guiñándole un ojo:

—Está claro que nadie nos quiere.

En menos de cinco minutos habíamos cargado las mochilas y los víveres y estábamos listos. Esta vez fue Jumala quién había preparado el itinerario. Salíamos a la aventura, la primera de aquellos cuatro años. Cruzaríamos parajes desconocidos e inhóspitos, entre lagos helados y bellos glaciares, antes de que la primavera comenzara a derretir la nieve y se hiciera imposible y peligroso. Para no perder la costumbre, rehuiríamos de zonas habitadas convirtiendo una vez más a la madre naturaleza en nuestra aliada.

—¿Hacemos *mushing*?

Susurró Lys al oído de Jesús.

Yo me quedé mirando horrorizado para Lys no queriendo saber lo que significaba aquella palabra, seguramente obscena, pensé. La chica me miró y como leyendo el pensamiento corrigió mi desvarío.

—Es como se dice ahora ir de paseo en trineo tirado por perros. ¡Mal pensado!

—¡Híiiiiaaaa!

El grito ancestral de Jumala se escuchó en toda Laponia. Los trineos empezaron a andar. Ella no miró atrás.

Una soledad blanca e inmensa fue lo único que encontramos. La sami se manejaba por aquellos invisibles senderos cubiertos de nieve con prestancia. No tuvimos incidentes que pueda contar más que un par de derrapadas por los chicos al apretar en velocidad. Había estudiado el recorrido pacientemente en aquellos años. Sin hacer ruido, sin que nadie se enterara, se ausentaba por épocas gran parte del invierno, cuando los últimos ramalazos del otoño donaban sus primeras nieves. Dejara discreta y estratégicamente pequeñas marcas en el trayecto para que en caso de temporal no nos desorientáramos. Su hermano Santa Claus siempre le había afirmado que aquel sería el primer viaje. Él no se equivocó. Y ella no falló.

A lo largo de los casi mil kilómetros de trayecto intentó no pensar mucho en lo que había dejado, a lo que había renunciado. Cubierta por su gorro de lana, se tapaba el flequillo bajándolo hasta las cejas. No quería que nadie viera sus lágrimas menudas y sentidas. Después de limpiárselas buscaba con los ojos a Jesús y sonreía feliz recordando los lametones que a través del husky le había dado en aquellos años, cuando se le presentaba para decirle que estaba ahí y

que contaba con ella.

Los preciosos perros que arrastraban nuestros trineos estaban preparados para hacer algo más de cien kilómetros al día, nos explicara Jumala. Solo haríamos la mitad por jornada. No se trataba de una competición y no quería forzar a los animales ni correr riesgos con ellos. Tardaríamos veinte días hasta que se nos fueran a ofrecer los minaretes de la iglesia del Salvador anunciando nuestra llegada a San Petersburgo. Allí, perteneciente a la confesión ortodoxa, el Obispo Metropolitano, su responsable, amigo personal de Foma, nos acudiría y desde sus ocultos corredores nos descubriría sus estancias secretas. Las que mandó construir el Zar Alejandro III al levantar tan sagrado templo sobre el lugar exacto que su padre fuera asesinado. Solo Dios sabe por qué aquellos hechos también ocurrieron un trece de marzo de finales del siglo XIX y por qué la bautizó como Iglesia del Salvador sobre la Sangre Derramada.

Nada más llegar pudimos comprobar el nivel de influencia de nuestro amigo ruso. Dejamos los trineos con sus animales antes de entrar a la ciudad. A la mayoría no nos parecía justo dejarles abandonados, pero Foma porfio hasta su enfado histriónico. Obedecimos de mala gana. Nos sorprendió que los perros no aullarán pesarosos al irnos, más bien al contrario, gemían contentos. Desde lo alto de una pequeña colina, justo antes de enfrentar la puerta de San Petersburgo echamos la mirada atrás. Unos hombres de uniforme se hacían cargo de ellos con escrupuloso mimo mientras otros camuflaban rápida pero cuidadosamente con ramas recién cortadas nuestros trineos.

Habían pasado dos décadas desde que el antiguo inspector de la KGB se fuera y muchos cambios políticos y de influencias, por tanto. Sin embargo, el ahora discípulo mantenía su red de contactos con la misma eficacia y fidelidad de entonces. Algo especial tenía, en verdad lo puedo decir, yo que lo conocí tanto.

Solo pasamos un día en aquellas catacumbas, con el Obispo Metropolitano como anfitrión que se volcó en atenciones, agradecido por haber conocido a Jesús. Nos empezamos a acostumbrar a que todo aquel que le conociera quedara prendado al hacerlo. Nunca te das cuenta, hasta que otro te lo muestra. Una gran parte de lo que era la había moldeado yo. No encontraba más de lo que yo veía, lo que había visto cada día en la aldea pérdida. Y aunque sentía aquella maravillosa presencia no intuía la impresión que podría llegar a dar en los demás. Hasta que salimos al exterior. Y hasta que lo perdí.

Al amparo de la primera oscuridad, con el inicio de la aún fría noche, un

pequeño convoy militar nos sacó de nuestro escondrijo y nos llevó hasta las inmediaciones de la estación del tren. Vestidos con ropa militar de camuflaje que nos habían proporcionado, nos subieron al primer vagón, el más cercano a la locomotora. Nos facilitaron billetes con reserva específica de asiento. Recuerdo todo muy precipitado. Cinco minutos después nuestro tren arrancaba sin demora. Todo había sido programado a la décima sin error. Cuatro horas justas después nos aguardaba Moscú.

Foma, con mi ayuda y las de Melchor, Suiseki, Tadeo y Jewish que, desde la suma de Jumala al grupo, se había empezado a mostrar solícito y hasta cordial, nos apremió a bajar del vagón para organizarnos como si de una pequeña compañía a su cargo se tratara. Descendiendo sus escaleras, pude ver el reloj de la terminal marcando las once.

No salimos de ella. Recorrimos un par de andenes interminables a paso marcial. Agreste, la noche se echaba encima y el lugar se empezaba a vaciar. La poca gente que iba quedando, apremiados por no llegar tarde a sus hogares, no se fijaba en nosotros. El ruso nos fue conduciendo por el Moscú escondido que a pesar del tiempo tan bien conocía. Abrió una puerta metálica en un túnel a medio terminar que había al final del muelle. Nos introdujo por un laberinto de pasillos llenos de humedad y donde alguna rata despistada corría huyendo como ladrona al vernos. Tardamos un buen rato en llegar a unas espaciosas salas a modo de apartamentos bunkerizados. De decoración minimalista, se notaba que los habían adecentado exprofeso para nosotros.

Tremendamente cansados, cada cual repuso fuerzas como convino, empezando a echar de menos la buena cocina de Marcos. Casi no hablamos. Tadeo organizó guardias que Foma anuló al anunciar que viejos camaradas suyos, antiguos hombres a su servicio, ya habían dispuesto con discreción soldados que vigilaban la zona. Siempre había deseado conocer Moscú. Mi deseo no fue concedido. Puedo decir que estuve en su subsuelo y que solo a través de las cúpulas de la estación de Yaroslavsky pude comprobar que también allí el cielo era azul. Nunca más volvería.

Era un sábado de principios de abril. Aquel mediodía, la primavera nos asomaba la nariz con una ligera llovizna. Agradecemos el frescor húmedo del aire en nuestra cara. Nos avisaron con el tiempo justo para lavarnos un poco y desayunar barritas energéticas y frutos secos. La verdad es que no tuve sensación de hambre en ningún momento, pero si ganas de comer un buen plato en una buena mesa. Mandaban las circunstancias. Todo estuvo cronometrado

hasta el punto que el Transiberiano salió dos minutos justos después de haber tomado asiento, curiosamente en el vagón número uno de nuevo. Me extrañó, pero no me puse a conjeturar. Obnubilado por la estación y el mítico ferrocarril en el que me encontraba, no le di mayor importancia.

Pronto la monótona Gran Estepa se me hizo patente con sus tibios pastizales, eternos kilómetros de sabanas y pequeños matorrales. Incontables rebaños de cabras y ovejas, pastores a caballo a su cargo y alguna manada de lobos haciendo honor a su nombre, acechando a las piaras. Admiramos bosques, ríos, lagos por doquier. Antes de pasar a Asia, los Urales nos saludaron con sus estribaciones de media altura. El paisaje comenzó a cambiar y yo me doblegué ante semejante e indescriptible espectáculo.

Cuatro largos días después, con los huesos tullidos de mal descansar sobre aquellos asientos-literas en estancos abiertos, ciento y pico kilómetros después de Chitá, donde se rumorea que nació el gran conquistador Gengis Kan, tuvimos que hacer transbordo al Transmanchuriano, con destino Pekín. Pesadas habían sido las guardias conscientes de que, aunque lejos ya de los dominios de nuestro enemigo, sus garras se extendían con facilidad.

A pesar de todo pude disfrutar del paisaje que a raudales nos fue invadiendo de corrido. Recorrimos una gran parte de la Siberia de la tundra y de la taiga. Comprendí porqué a la primera los lapones la llaman «tierra infértil» y los rusos «llanura sin árboles». Bastas extensiones de bajo arbusto y lagunas repletas de turberas con una alta concentración de musgos y líquenes. La nueva estación le dotaba de ciertos tonos pasteles aderezados con sus ocre. No vi animal alguno pulular más que algún halcón solitario sobrevolándonos. Maravillosa desolación se ajusta a aquella naturaleza brutal. Al llegar a latitudes algo más cálidas los renos, alces y algún lobo comenzaron a merodear alrededor de nosotros. Alerces, abetos, piceas y pinos nos rodeaban por todos lados. Bosques profundos y verdes, plagados de coníferas pintaban la taiga o «bosque boreal». Interminables llanuras a sus pies se decoraban con grandes prados de verde hierba, miles de pequeños arbustos y el color de las aventajadas flores del inicio primaveral.

Tuvimos unas pocas horas para estirar los pies antes de embarcar ya de noche en nuestro último tren. Percibí un tanto alterados y hablando con voz ininteligible para el resto al samurái, Foma y Tadeo. Jewish los seguía de cerca en aquel pequeño paseo por la ciudad del Khan. Jesús estaba tranquilo conversando animadamente con Lys y Moisés. David y Raquel no se

despegaban de Dominí y la esquimal. Matthew había encontrado estupenda y sorprendente conversación sobre lo humano y lo divino en mi amigo Gaspar. Melchor me acompañaba observándoles inquieto también.

—Presiento que algo no va bien.

Quedé preocupado. Yo también lo sentía. Mantuve silencio. No contesté a mi colega y él entendió que mis temores eran los mismos. Pasamos aquel tiempo sin hablar, absortos en nuestros pensamientos. Intenté ver algo que confirmara nuestros pensamientos, pero nada. Poco podíamos imaginar que el mal ya estaba dentro del tren.

Nuestra *provodnitsa*, una mujer de rasgos acentuados eslavos, rubia albina, rusa, responsable de nuestro vagón, nos avisó con exquisita educación de la hora de salida. Nos fuimos acomodando en nuestros asientos, de nuevo en el primer vagón que empecé a tener claro que no era casualidad y que nuestro núcleo duro, Foma, Tadeo y Suiseki, habían gestionado por algún motivo de seguridad que en aquel momento a mí se me escapaba.

El Transmanchuriano comenzó a andar. Inquietos como andábamos Melchor y yo, nada ocurrió, sin embargo. Nuestros hombres conversaban al rato tranquilos como si todo estuviera correcto. Pronto nos olvidamos y proseguimos con nuestro tedio, aumentando también el cansancio. Casi todos los viajeros que compartían vagón eran rusos y chinos, pequeños comerciantes en su mayoría que traspasaban de continuo la frontera para hacer sus pequeños negocios.

Al día siguiente nos adentramos en la milenaria China desde Manchuria, región marcada por la historia de sus hordas mogoles. El cambio de país se nos hacía notar en los nuevos pasajeros, de caras amables y más ruidosos, con sus atropelladas expresiones en mandarín. Dos días más y llegaríamos por fin a nuestro destino.

Era media tarde y acabábamos de dejar Harbin, capital de Manchuria. Yo iba medio adormilado cuando Tadeo me puso en alerta al despertarme. Con un gesto me hizo guardar silencio. Matthew, con la colaboración de Melchor, había trasladado a Jesús y los chicos al principio del estanco, próximos a la máquina locomotora. Jumala y Dominí acompañaban a Gaspar en el siguiente compartimento. Foma vigilaba en la puerta contigua con el siguiente vagón. Suiseki había desenvainado su catana y en máxima concentración llamando a su *Qi* esperaba oculto detrás de la mampara de separación, a su lado.

Tadeo señaló mi arma y sin más preguntas saqué mi espada a relucir y lo acompañé hasta situarme a su lado e imitar su posición de defensa. No sabía lo que pasaba. Fueron unos minutos inacabables y tensos. Me di cuenta entonces que habían desaparecido el resto de los pasajeros del vagón. Supe después que eso es lo que les había levantado la alerta a mis compañeros. Algo además me extrañó sobremanera:

—¿Jewish?

—Se fue al baño.

La respuesta seca de Tadeo no me dejó de turbar. El «curita» era el único ausente. La palabra traidor se me escapó de los labios. Mi amigo jesuita negaba dubitativo y dolorido.

Dos hombres vestidos con uniformes del desierto de falsos tuaregs negros, ocultos los rostros bajo los pasamontañas, asesinos que bien había conocido años atrás, irrumpieron violentamente haciendo añicos el cristal de la puerta. Portaban espadas turcas de filo curvo. Suiseki con un movimiento rápido agachándose al suelo como una cucaracha patas arriba, rasgó con el filo de su catana al segundo cayendo a su lado. El otro, el que había pasado en primer lugar, nos tenía entretenidos a Tadeo y a mí.

—Rápido, vete a cubrir a Foma mientras consigue soltar el vagón.

Lo miré aturdido. Tadeo acababa de herir de muerte al enemigo. Gesticuló insistiéndome. El ruso se apresuraba lo que podía engarzado entre los dos vagones y sujetado por los pies por el samurái. Al fondo se oían gritos llenos de odio. Yo traduje rápidamente su significado: «Alá es grande». Me temblaron las piernas, lo confieso. Otros tres hombres saltaron por encima. Dos llegaron hasta Tadeo y el tercero conseguí retenerlo. Tuve que emplearme a fondo, pero al final lo derroté. Había conseguido proteger a Suiseki y a Foma que intentaba activar el sistema que separaría a nuestro vagón del resto del convoy. Entonces entendí por qué siempre estuvimos en el primer vagón. Los instintos de inteligencia militar del ruso seguían latentes, estaba claro. Él había previsto la posibilidad de un ataque y había ideado un plan b de escape.

Centrado en aquel pensamiento no me había percatado que mi rival me había hecho un corte en el antebrazo por el que sangraba abundantemente. Algo desconcertado tampoco me había girado para ver la situación de Tadeo.

Estaba sudando a chorros por el esfuerzo, pero al darme la vuelta me entraron escalofríos. El jesuita acababa de derrotar a su oponente con una estocada

certera en el corazón. Pero el otro soldado estaba frente a frente con Jesús. Se miraban el uno al otro hasta que Jesús cerró los ojos. El árabe que se había destapado lentamente el rostro se dio media vuelta y con los ojos muy abiertos caminó despacio en retirada y desarmado.

—Señor mío, Dios mío.

—Insha'Allah nos volveremos a ver y serás bueno conmigo, como hoy.

El árabe volvió el rostro hacia él, sonrió nervioso y después se fue corriendo hasta cruzar todo el tren. Todos nos quedamos mirando expectantes para Jesús, que se encogió de hombros. Cuatro años después, efectivamente se reencontraron. Cuando todo terminó.

Foma nos observaba impaciente y sonriente.

—Irnos solitos a Pekín.

Acababa de soltarnos. Miré a la vía y vi cómo comenzaba a alejarse el resto del tren. Y también a Jewish corriendo hacia nosotros tras haber acuchillado a otro soldado enemigo que pretendía arrojar a nuestro vagón.

—Por favor, maestro Belshazzar.

No sé aún qué resorte se accionó, pero lo hice. Me precipité hacia él y con la ayuda de Suiseki conseguimos agarrarlo e izarlo en el aire con sus pies casi rebotando sobre las traveseras de los raíles. Pasamos unos instantes críticos hasta que por fin lo levantamos lo suficiente y pudimos arrastrarlo al interior. Los tres permanecimos unos segundos derrengados en el suelo.

—Nunca lo olvidaré, mi Señor.

Me habló Jewish en un murmullo entrecortado.

Tadeo se acercó y agarrando vehemente entre sus manos el rostro del irlandés, le amenazó:

—No habrá próxima vez. ¿Me entiendes?

Relativamente recuperada la calma, sentimos que el tren disminuía la velocidad. No fue mucho tiempo. Poco a poco recuperó su ritmo normal. Sin embargo, al no hacer efectiva la siguiente parada, con destino a una de las pequeñas poblaciones que cubrían el recorrido, me sobrecogí de nuevo. Acabábamos de pasar la estación. Miré a Tadeo, pero lo vi sereno.

—Ha habido cambio de maquinista, querido amigo.

Me sacó de mis disquisiciones Melchor. ¿Quién?, le pregunté con la mirada.

—Nos lleva el KGB.

Aquel hombre menudo no dejaría de sorprenderme nunca. Nos reímos complacidos tras el nerviosismo del ataque enemigo. Por la ventana se podía contemplar como en breve cruzaríamos un puente larguísimo que en realidad era el dique de un gigantesco embalse. Paraje ensoñador.

—Sería bueno que les dieras tu bendición, Jesús —le instó Tadeo. —Y que el hermano Gaspar rezara por sus almas.

Señalándonos a los hombres, nos apremió con su disposición a ayudarle a preparar los dos cuerpos muertos. Jesús les hizo la señal de la cruz sobre el pecho y Gaspar les cruzó las manos y arrancándoles con cuidado los pasamontañas, les cerró los ojos. Los trasladamos a continuación a la puerta y entre varios, los balanceamos y después los lanzamos al agua. Allí quedaron reposando sus restos después de darles la gracia del Señor.

Foma y Matthew se fueron turnando en la cabina del conductor durante los dos días restantes. Pensando que podíamos tener aún algún altercado, hicimos guardias constantes. El tren no paró en ninguna estación. Y al pasar por ellas era como si nadie nos esperara. Esto nos sorprendió. No teníamos respuesta. Nos resultaba insólito que no nos intentaran interceptar.

Antes de entrar en Pekín, transitando sobre una pequeña llanura totalmente despoblada, bordeando la Gran Muralla, un hombre vestido con hábito zen permanecía parado en la vía esperándonos. Foma tiró de freno sin dudarle. No es que fuéramos muy rápido, pero notamos la violencia del impacto en nuestras piernas. Asustados nos fuimos incorporando y ufanos, mirábamos inquietos por la ventana.

—¡Wei!

Gritó con voz alta y emocionada Jesús.

El tren paró justo delante. Jesús bajó como loco y se abalanzó sobre él con tanta fuerza que casi lo derriba. Aquel abrazo había sido muy esperado por los dos. Ellos formaban algo más. Sus esencias se habían unido muchas veces y nunca se habían tocado físicamente. Aquel encuentro iba mucho más allá de lo puramente emocional. Dos vidas que se reencontraban y se fundían.

No solo fue Jesús. Yo también. Compartiéramos tanto en la formación del maestro que al mirarnos pudimos comprobar lo que sabíamos el uno del otro. Aquel monje de pelo afeitado, de cara rechoncha y de aspecto plácido

transmitía una paz complicada de explicar. Sus ojos tenían la serenidad en su brillo y el tono de su voz daba un volumen immaculado. En él conocí la personificación de la auténtica oración.

A pesar de las urgencias que nos acuciaban, nos tomamos nuestro tiempo. No recuerdo palabras de aquel momento. No hicieron falta. Uno a uno, se fueron identificando ante el nuevo apóstol. Al terminar:

—Sé que estáis cansados, pero debemos irnos. Seguidme. Ahí delante encontraremos una puerta simulada entre las piedras de la muralla. Es una entrada que lleva muchos años abandonada y que casi nadie conoce. Conduce a un pasadizo interior que nos llevará a una de las muchas aldeas de gente buena que hay en mi país, camino de Gouliang, donde Jesús se hará libre desde el espíritu del pájaro.

Le escuchamos embelesados mientras intentábamos seguir su paso.

—Aunque aquí, en mi tierra, hay menos riesgos de sufrir un ataque enemigo, las autoridades chinas querrán aclarar el asunto y no conviene que sepan que Jesús ha venido. Todo el mundo sabe quién es y tampoco perderían la oportunidad de retenerlo. Es por eso que no utilizaremos ningún medio de transporte hasta llegar a las montañas sagradas de Taihang.

—¿Cuántos días nos llevará mi querido Wei?

—Espero que veinte, no más, apreciado Bel.

—No nos detuvieron en ninguna estación, ¿por qué?

Le preguntó un Suiseki desconfiando en que nuestro nuevo amigo tenía algo que ver con aquello.

—La comunidad de monjes a la que pertenezco tomaron las estaciones. Jesús me habló desde su *Qi* y supe lo que había ocurrido. Volé como el águila y mis hermanos obedecieron la señal.

Entramos en las entrañas de la Gran Muralla. Wei nos proporcionó de antorchas que fuimos encendiendo. Asemajábamos un grupo de espíritus alzando al aire el fuego del infierno y andando en procesión de penitencia. El monje antes de empezar la marcha gritó:

—Ánimo, amigos. En un par de días alcanzaremos la falda de las montañas sagradas de Taihang. Después seguiremos su borde, rodeando las ciudades, hasta llegar a la ribera del río Amarillo que nos llevará a Gouliang.

—¿Y Siddhi y Philip?

—Preparando nuestra llegada. Te esperan impacientes, mi Señor.

No supe calcular ni el tiempo que estuvimos ni la distancia que recorrimos en el interior de la muralla. Por el camino, Wei me descubriera que estábamos haciendo el mismo recorrido que miles y miles de turistas a diario, por el famoso paso de Badaling. Acostumbrado a orientarme en cualquier lugar y circunstancia, no pude hacerlo en la oscuridad de aquel interminable y angosto túnel por el que nos desplazábamos. Un magnetismo sombrío me arrastraba y me lo impedía proporcionándome intensos dolores de cabeza. Cuando salimos a la superficie pisé fuerte sobre aquella tierra rojiza y volví a respirar con ansia dejando que el aire fluyera lento por mis pulmones. Mi vista quedó obtusa. Pequeñas e incontables marismas con plantaciones de arrozales copaban toda la extensión hasta el finito horizonte. El frescor del agua combinada con la temperatura reinante entre tibia y húmeda era como un golpe de vida para nuestras pieles cansadas. Poco después, encontramos una pequeña arboleda y paramos a descansar. Pronto quedé dormido y no sé cuántas horas pasaron hasta que apacible desperté.

Wei no mintió. La hospitalidad de los aldeanos y sus familias no me era conocida. Pudimos dormir bien en cada sitio que paramos. No tuvimos problemas de acogida y tampoco nos faltó un plato de comida caliente. Nos dieron ropa por la que cambiar nuestros uniformes militares rusos. Y nadie nos cobró nunca nada. No querían dinero. No lo necesitaban para manifestar que su escasez compartida les daba la felicidad. Muchos habían oído hablar de Jesús. Lo mimaron. El viaje fue placentero entre esas gentes humildes y sanas de corazón.

Casi una semana después y sin más novedad que un agotamiento crónico acumulado, bordeábamos Báoding, la Puerta del Sur, famosa por las esferas chinas del ying y del yang. Una vez más conocí la ciudad por sus referencias y mi mochila solo hablaría de parajes despoblados y algún descuidado jardín de loto que se nos cruzaría por sus intermediaciones. Nada más. La temperatura día a día iba subiendo y el clima asiático empezaba a hacer mella en nuestros tullidos cuerpos.

Tres o cuatro jornadas después, no lo tengo claro, arribamos el condado de Shijiazhuang. Su capital, una gran urbe de más de diez millones de habitantes, ni la vimos, ni mucho menos la pisamos. Wei nos seguía escondiendo, conduciéndonos por espacios naturales y rurales, lejos de la civilización y de los que de ella nos perseguían. Atravesamos gargantas sinuosas con casas

excavadas y colgadas sobre las laderas, puentes de piedra estrechos que comunicaban abismos abisales, finas cascadas de agua pura y alturas solo propicias al vuelo del halcón. Pequeños templos budistas custodiaban aquellos caminos inmersos en una profunda espiritualidad que flotaba en el aire. Entonces recuperaba el sentido y el porqué estaba ahí, junto a Jesús, y daba gracias a Dios, al mío y al suyo, al mismo seguramente.

Otra semana más se nos empezaron a cruzar diminutos canales construidos a bocajarro sobre los riachuelos naturales del entorno. La cuenca minera de Handan nos saludaba sin protocolos. Abrupta y toscamente bella nos cambió el olor y el sabor. Nuestro sudor se me hizo más intenso, más potente. El calor empezaba a aparecer y la primavera terminaba de florecer por completo anticipando el verano cercano. Ascendimos por la montaña que, con un conjunto de palacios y templos, aloja a la diosa Nüwa, creadora de la humanidad y reparadora del cielo. Pasamos deprisa, respetando la religiosidad del lugar. Jesús iba siempre en cabeza junto a Wei. Hablaba con él a través del pensamiento. Le preguntaba por todos los lugares, por sus gentes, sus costumbres, sus tradiciones. Entrenaba el poder de la mente a través del *Qi*. Y Wei era el mejor profesor que podía tener para ello.

Y por fin, veinte días más tarde, las montañas sagradas nos ofrecían la ribera del río Amarillo. Aquellos parajes únicos nos abordaron sin compasión. Extenuados como estábamos, llegamos a la escalera del cielo. El chillido conocido de *Peregrinatur* se unió al del águila de Wei. Jesús había desaparecido y volaba libre con el alma y el corazón del pájaro por aquellos parajes que desde el principio le había llevado su maestro de *Qi*. Unidos para siempre a la madre naturaleza, nos habían dejado abandonados en lo más profundo del barranco, mirando hacia arriba sin encontrar la cima y aquellos temibles escalones que conducían a ella.

—¿Y ahora qué? —preguntó atónita Lys. —Nosotros no podemos volar.

—Creo que nos va a tocar subir —ironizó Jumala señalando las formas que semejaban escalones tallados sobre la roca de la montaña. —A menos que Dominí tenga un truco y nos convierta en sus palomas.

—Esta vez creo que las pobres poco podrían hacer por nosotros.

—La verdad es que impresiona —reflexionó Raquel en voz alta.

—¿Alguien sabe cuántos escalones hay que subir?

Chilló Matthew un tanto asustado.

—Setecientos veinte —respondí suspirando.

—*La Escalera al Cielo*, creo que la llaman —quiso informar Tadeo, como continuando mi suspiro.

—Al llegar arriba seguro que podremos tocar a Dios —dijo con inocente fervor el bueno de Gaspar.

—¡Paparruchas! —Foma no se pudo reprimir.

—O al diablo si caes al vacío —afirmó Jewish.

—Por eso tú saldrás el último, no sea que me montes otra y te cargues a alguno por el camino o te cagues los pantalones de miedo que también puede ser —le reprendió Tadeo. El irlandés no le contestó y bajó la cabeza.

—Bueno, ¿quién empieza? —Melchor se mostró impaciente.

—Empiezo yo que estoy más fresco que la mayoría. —David se postuló sin dudar.

—Te sigo. —Moisés.

—¡Tranquilo, no vayas tan rápido! ¿Qué esperas encontrar allá arriba? ¿Las Tablas de la Ley? —David le reprendió bromeando como haciendo imponer su mayor edad.

—Si no me mato antes, un milagro.

Lentamente, con mucha cautela, fuimos subiendo uno detrás de otro. Arriba se nos reveló un pequeño poblado con casas engarzadas sobre el mismo borde del acantilado. Aquello impresionaba, no lo puedo negar. Jesús estaba reunido con los aldeanos, felizmente resguardado por Philip, Siddhi y el anfitrión, nuestro buen amigo Wei. Al vernos llegar, este los dejó solos y se acercó a nosotros. El último, Jewish, acababa de besar los arañazos que con sus uñas había hecho en el suelo al terminar de subir. Tranquilo al comprobar que todos habíamos llegado bien, llamó a sus discípulos, ahora de Jesús, y les ordenó que nos indicaran nuestros lugares de descanso, antes de tomar un ligero refrigerio que ya habían tenido a bien preparar. Así los conocimos. Consumidos y fatigados, ese día mucho caso no les hicimos, la verdad.

No esperamos por Jesús para merendar y enseguida nos empezamos a ir de viaje al mundo de Morfeo. Unos antes que otros. Cuando la mayoría ya dormían con algún que otro ronquido incluido, Wei me acarició el hombro.

—Han pasado muchos años amigo Bel desde nuestro primer contacto.

—Muchos años, Wei. El alma empieza a sentirse vieja.

—Aún no, Bel. Aún no. Todavía tenemos mucho trabajo que hacer y lo sabes. Esto no ha terminado...

—Tienes razón. Es el cansancio. Mañana qué haremos, amigo.

—Alimentar el cuerpo hermano para curar el alma.

—¿Y qué tienes previsto?

—Taichí al levantarse, buen desayuno, un buen paseo y un mejor descanso el resto del día. Ya habrá tiempo para más ejercicio.

—No está mal pensado. ¿Cuánto tiempo estaremos aquí?

—El suficiente hasta que todos estemos listos.

—¿Y quién decide cuándo estamos listos?

—Yo, por supuesto. Este es mi territorio y aquí mandó yo.

Nos reímos abiertamente. Permanecíamos sentados en el suelo de aquella terraza única, por donde cada amanecer, mi amigo echaba a volar libre.

—¿Y adónde iremos ahora?

—Katmandú, a la Gran Montaña.

—¿Y no pretenderás ir andando verdad?

—Todo es posible.

Nos volvimos a reír con cierto escándalo que hasta Foma se medio despertó protestando.

—No hombre, no. Un par de jornadas. Solo hasta Xinxiang. Después volando.

—Solo podéis hacerlo Jesús y tú —ironicé.

—Allí hay un aeródromo. Una avioneta de pasajeros nos llevará.

—¿Tienes una avioneta?

—Yo no. Matthew.

—Ya veo que no has perdido el tiempo por el camino.

Wei me sonrió astuto. Jesús llegó en aquel momento, los viejos del lugar se habían ido a descansar agradecidos por su presencia y sus palabras. Philip y Siddhi lo acompañaban entusiasmados.

—En verdad es nuestro maestro —apostilló Philip.

—¿Qué quieres decir, hermano? —pregunté intrigado.

—Jesús no ha necesitado traductor.

—¿En qué lengua hablan los aldeanos?

—Mandarín.

Me quedé perplejo contemplando a Jesús y le pregunté:

—¿Dónde lo has aprendido?

Y señalando despacio con el índice levantado hacía el cielo, me contestó:

—Me lo susurra.

Cuando el espíritu de Jesús voló libre y sin cadenas, Wei ordenó partir hacia Katmandú. Aterrizados en ella, nos dejamos llevar por su confusión y ese aire de haberse quedado anclada en finales del siglo XX. La muchedumbre lo comía todo. Andando, en bicicleta, a dos ruedas o tres, en coches a medio desguazar, en pequeñas camionetas o furgonetas, la mayoría sin puertas y de colores chillones, o en los autocares atestados y con ese olor a descuidada humanidad que se pegaba indefectiblemente a tu nariz.

Pasamos con apresurado soslayo ocultando a Jesús. Cubrimos las cabezas con las capuchas de las sudaderas o de los hábitos, y alguno, como yo, con el turbante. Escondimos los rostros con bragas o fulares, dejando solo nuestros ojos al aire. Miedo no había. El Tibet es tierra de Buda y los «hijos» del Dalai la procuran. No es que temiéramos un ataque, sino que Jesús nos lo había requerido así. Quería subir a la cima en silencio. Había pedido espacio para la meditación. Y la soledad era buena compañera para estos menesteres.

Siddhi en cabeza nos iba orientando como aquel que tras años regresa a su tierra y a pesar de los cambios, sabe nadar en ella. No paraba de mirar de un lado a otro. Su memoria recordaba cada sitio, cada esquina que captaban sus ojos ansiosos, pero no decía palabra.

Dejamos la anarquía mágica de Katmandú ascendiendo por el camino que nos llevaría al popular campamento base dos. Pendientes azarosas de anchos y prolongados escalones pedregosos advertían a nuestros pulmones de la disminución de oxígeno en el aire. Alguno, como Matthew, respiraba no sin dificultad. Nuestros chicos los subieron corriendo. Luego, larguísimos puentes colgantes que danzaban con nuestro dubitativo paso, teniéndonos la mayoría que agarrar a sus barandas metálicas con el espanto que la fobia a las alturas nos producía, traspasando la espina dorsal. El ojo ya tenía empacho de bellos

y desapacibles despeñaderos.

Era tradición que todas las expediciones pararan a recoger su bendición en el Monasterio Tengboche, mientras los yaks trasportaban las mochilas y el resto de los enseres hasta el campamento base, a cinco mil metros de altitud. No la rompimos. Los monjes tibetanos nos acogieron afables. Rezaron por nosotros. Reconocieron a Jesús, sabían quién era, pero no le molestaron, había consignas del Dalai al respecto. No le quitaron su mirada mansa de encima. Curiosidad o admiración, no sabría decir.

Un último trecho para llegar y poder descansar, atravesando primero Hembalu, el pequeño poblado de Siddhi, allí donde vio la vida. Una mujer mayor de mirada profunda y tristonza buscaba con sus ojos tizón a su hijo. El sherpa paró un momento y con mirada nublada y ojos brillantes reemprendió la marcha recordando a su padre.

—No hagas esperar a mamá, Siddhi.

Jesús le ordenó con voz llena de medida.

—Conoces bien el camino, te esperamos antes de que anochezca en el campamento.

Wei le había sujetado el hombro afectuosamente. Siddhi aceptó con un gesto agradecido y se fue. Llego solo dos horas después que nosotros, suficientes para abrazar a su madre y hermanas y no crear mucho poso en el corazón que lo arrastrara al día siguiente en la expedición, con un error irreparable. Cenábamos frugalmente.

—¿Cuándo partís? —le preguntó directo Wei.

—Tenemos que adaptarnos antes —le contestó el sherpa.

—¿Mucho tiempo? —insistió Wei.

—Cuarenta días, he calculado.

—Cuarenta días en un desierto de nieve y solos —intervine. —¿Por qué quiere subir?

—Es su primer viaje espiritual. Tiene que subir —me respondió Philip con determinación.

Estábamos en nuestra tienda de campaña que acabábamos de montar entre todos. Eran mediados de abril, hacía un mes más o menos que partiéramos de Liliun y ahora nos encontrábamos en la otra parte del mundo, en la falda de la

montaña más alta, comenzando a sentir la temperatura de aquel lugar y su glaciár.

—Querido Bel, las escrituras deben cumplirse otra vez, supongo. —Quiso indicarme Tadeo.

—Otra vez profecías. ¡Ser paparruchas! —Foma no pudo reprimirse.

—¿Por qué estás entonces aquí? —le preguntó Jumala a modo de recriminación por el comentario.

—¡Me cae bien! —remató extendiendo las manos resignado y señalando con los ojos a Jesús. La esquimal asintió.

—La historia no tiene por qué repetirse. No tiene sentido. —Opiné.

—No será igual. Yo no soy igual. —Me aseguró Jesús sin perder su continúa sonrisa.

—¿Necesitas cuarenta días para subir? —Wei intentaba recuperar la conversación con Siddhi.

—No exactamente. Tengo primero que enseñar a sus cuerpos a agotarse hasta el extremo, a sufrir. Cuando salvemos la parte sur de la montaña, empezaremos a contar hacia atrás, nuestros cuerpos estarán en procesos terminales y tenemos que estar preparados. Por eso le llaman la zona de la muerte. Hay que adiestrar a la mente y dominar el cuerpo. Si no, no sobreviviremos. Haremos ascensiones parciales y regresaremos después de cada una de ellas. Nuestro objetivo máximo es aprender a los pulmones a combatir la falta de oxígeno. Hemos decidido subir sin botellas. Si queremos llegar a la cumbre debemos aprender a respirar en altura.

—He oído que lo más complicado es la Cascada de Hielo.

Comentó Philip mirando para su hermano esperando que le confirmara. Nunca habían hablado de aquello, habían dejado correr el tiempo esperando el momento. Los temores del antiguo aprendiz de brahmán eran muchos. Sus miedos a las alturas, sabía que era un impedimento para la misión. Había entrenado duro y había mejorado mucho, pero no sabía si sería suficiente. Por otro lado, su presencia era vital para sobrevenir los trances quebradizos que se dieran a lo largo de la ascensión.

—Has oído bien, hermano Philip. Se llama *Kumbu* y nace en el Valle del Silencio. Es el glaciár más grande del mundo. Todos dicen que es traidora y peligrosa, pero no hay manera mejor, no se puede evitar. Una gran masa

informe de agua congelada que no para de moverse, aunque tú no lo notes. Y al moverse forma trozos llamados *seracs*, algunos tan grandes como casas enteras, o grietas tan profundas que no puedes ni imaginar el fondo. Es bella y desafiante. Nadie querría quedarse atrapado en ella. Un grupo de viejos amigos sherpas se adelantarán y nos colocarán las escaleras necesarias.

Le escuchamos con estupor y preocupación. Siddhi, que hasta ese día había sido de poco hablar, entendió lo que le demandábamos sin decirle nada. Pero también asumió que no debía mentirnos sobre los verdaderos riesgos de aquella aventura a la que se había obcecado nuestro maestro. Así que continuó:

—Cuando empecé como sherpa, lo que me daba más respeto era el Escalón de Hillary. Pero con el terremoto de 2016, desapareció aquella pared vertical de 12 metros justo antes de hacer cumbre. Ahora la amenaza está en el colapso que se da por exceso de expediciones, un cuello de botella atascado por hombres sin apenas oxígeno.

—Ya me he encargado de eso, tal y como me pediste.

—Gracias, Matthew. Por mucho que Dios quisiera, si no fuera por tu dinero, esto no sería posible.

—¡No blasfemes, Siddhi!

—Perdona, Philip, no me daba cuenta. Tienes razón. Pero es importante, porque gracias a él, haremos la ascensión final, desde el campamento cinco, totalmente solos, como quiere Jesús. Como también quiero yo.

Hubo un impás sereno y mudo. Los rostros amables pero pensativos con miradas entrelazadas y de confirmación entre unos y otros a las reflexiones de nuestro hermano, el sherpa.

—Necesito estirar las piernas, dar un paseo. ¿Alguien me acompaña? —nos preguntó Jesús, abriendo el instante y desperezando el momento. Luego salió de la tienda y estiró las extremidades superiores.

—¡Voy contigo! —Lys saltó rauda detrás de él.

El resto entendimos que querían estar solos y preferimos quedarnos, incluidos David, Moisés y Raquel, escuchando la interesante conversación de Siddhi.

—Muchos han muerto intentándolo. Me gustaría que tuvierais todos claro que no puedo daros garantía absoluta de nuestro regreso. Alguno de los tres, o dos o todos, podemos morir. El riesgo existe, es muy alto. Solo yo conozco la

montaña. El Everest tiene una llamada poderosa a la muerte, pero también a la vida. No sé si será esa la razón verdadera por la que Jesús quiere subir.

—¿Sabes por qué no quiere que vaya nadie más? —preguntó extrañado Suiseki. —Tengo un juramento de protección. Sé que aquí no hay peligro enemigo, y más con la aportación de Matthew, pero si fuéramos los demás, todos os podríamos ayudar a conseguirlo.

—Tienes razón, amigo. Un equipo siempre se ayuda mejor. Pero Jesús me dijo que solo nos quiere a Philip y a mí, a las dos mitades de una misma esencia, según nos contaron. Solo quiere el espíritu limpio de Philip y mi experiencia. Ya nos lo predijo Wei.

—El riesgo es mayor así —le manifestó disconforme Tadeo.

—Eso pensaba yo también. Pero a medida que se acerca el momento intento verle solo las ventajas. No tendremos atascos, no esperaremos por nadie, nadie nos atrasará y la nieve estará menos rasgada.

—Ser mucho peligro ir sin botellas —interrumpió un Foma preocupado.

—Cierto. No mayor que la hipotermia, tampoco. A veces hasta difícil de detectar vuelve locas a las personas, de pronto comienzan a hablar con dificultad o sufren de comportamientos irracionales. Llegué a ver algún alpinista profesional desnudarse por completo en pleno temporal a más de siete mil metros porque decía tener mucho calor.

—Al parecer el infierno llega a todos los sitios —dijo de repente Jewish.

—Hablas de él como si ya lo conocieras.

No pude reprimirme. Hoy me arrepiento de ello.

El viento soplaba con cierto temple trinchando los alientos. Pronto el sol se iría a descansar. Jesús y Lys contemplaban su caída.

—¿Por qué?

—Tengo que empezar bien el Gran Viaje. Quiero que lo entiendas Lys. Es necesario. Si el mundo ve que alguien como yo consigue hacer cosas imposibles a lo mejor les sirve de inspiración para ir tras sus sueños, los que también creían inalcanzables. Si no lo hago sería peor que mi propio pecado, al menos para mí.

—Hay algo más, lo sé.

—Quiero hablar con mi padre.

—Puedes hablar con él en cualquier otro lugar, no me tomes por tonta.

—Lo sé, amiga mía. Pero no te olvides que Él está en los cielos, por eso subo a la montaña, para tocar el cielo y estar con Él.

Madrugo desde que tengo el don del recuerdo. Como a diario, me levanté antes del alba para la primera *Salat llamada fayr*. A esas horas ya llevaban rato con los preparativos Siddhi, Philip y Jesús. Las mochilas con los sacos de dormir ligeros y las tiendas de campaña de nylon y varillas de fibra de carbono, perfectamente acordonadas y niveladas. Tenían que acostumbrarse a soportar su peso en subida y en alturas máximas, con el oxígeno justo y el aire de frío a congelado. Verlos vestir sus trajes de plumón para poder dormir en gran altitud era asistir a un ritual. Calzar las botas de montañero y colocarse los crampones para con sus doce puntas clavar la pisada sobre la nieve helada. Colocar las gafas y las mascarillas protectoras para filtrar el aire. Armar los arneses, preparar las cuerdas y por último sujetar el piolet de acero inoxidable para que no rompa contra la roca. Verlos partir me daba idéntica angustia que su paso lento y rítmico. Cuando los perdía en el horizonte era yo quien terminaba el ritual, justo antes de salir el sol, rezando y pidiéndole a Alá por ellos. La desazón no se me iba hasta que a medio atardecer los veía regresar. No era solo yo quien la padecía. Cada uno a su modo la tenía, unas veces se compartía y otras no. Jesús había decidido de este modo tener sus propios cuarenta días. Cambió la arena y el calor del desierto por la nieve y el frío de la montaña.

Entreteníamos el día haciendo brigadas de limpieza por el campamento base. Wei, protector inmisericorde de la naturaleza, indignado por la huella llamada basura que la humanidad dejaba en el lugar, se encargó de dejar su mensaje a todo el campamento. No llamó la atención a nadie. No hizo falta. Ya procuraba hacerlo delante de las propias narices del infractor, recogiendo los deshechos que tiraba de manera pública y notoria para mayor vergüenza. A los pocos fue consiguiendo una conciencia ecológica real entre ellos, no sé si por no sentirse señalados de nuevo o por verdadera convicción desde aquella lección. Era intensa su obsesión en el vínculo vital que todos teníamos, según él, con la madre Tierra. Pero nadie le podía desmentir cuando él lo demostraba enlazándose mentalmente con nuestros amigos mientras escalaban el pico más alto del mundo y viajaban entre sus nubes.

Así lo había decidido. Jesús y sus guías no habían llevado sistema de comunicación. Su *Qi* era suficiente, no quería interferencias. Cierto fue que no

hicieron falta. Había aprendido mucho y bien en aquellos años, dominaba su esencia y hacía cosas que nos hubieran parecido imposibles antes. A través del pensamiento conectaba con Philip y Wei.

Y aunque ya era consciente de su poder, nunca se despegó de Siddhi, su sherpa, ahora también su guía en la vida, en el camino en busca de su Padre.

Humilde, el apóstol nepalí cumplió con tan compleja empresa. Trabajó con paciencia la aclimatación a las bajas temperaturas, a la altitud y a la carencia de oxígeno. Eran su maestro y su hermano, pero no les dio concesiones. Se afanó con carácter estoico en el aspecto físico y los reventó a ejercicios hasta conseguir que su nivel de resistencia fuera el óptimo deseado. Después vino lo más difícil: la técnica pura de escalada y el incontestable vértigo de Philip.

Lo primero lo consiguió a base de pequeñas escaramuzas sobre las primeras estribaciones de la verdadera montaña. Iniciando y regresando continuamente. Machacando en los errores. No dejando margen al error con las sujeciones de las cuerdas, con el manejo de los arneses, con el apoyo del piolet y con el agarre de los crampones sobre el hielo.

Lo último fue más sencillo de lo esperado. Philip estaba preparado en su propio yo interior. Su cuerpo se había hecho fuerte y su mente lo acompañaba en ello. Se había rapado su pelo dorado, como símbolo del asceta. Antes de cruzar sobre el mayor de los vacíos, la primera grieta de la Cascada de Hielo, Siddhi le invitó a relajarse a través de la respiración para la meditación. Luego le pidió que hablará desde el pensamiento con Jesús. Philip obedeció. A cuatro patas sobre la hilera de escaleras engarzadas, caminó mano a mano, paso a paso sin percibir la oquedad que por debajo suya le esperaba. Ni siquiera se diera cuenta de cómo había llegado al otro lado.

Todo esto nos iba narrando Wei desde los pensamientos de Philip y Jesús, según se diera. Yo tomaba inquieta nota de todo pensando que algún día tocaría contarlo al mundo. Ahora ordeno y resumo aquellos apuntes, más bien sensaciones de lo vivido.

Hasta que llegó el día.

Trece duró la conquista del Everest. Jesús subiría a los cielos o caería al temible infierno, pensé en aquel momento. Siddhi fue encabezando siempre el grupo y solo ante las complicaciones, retrasaba su posición. Unidos por la misma cuerda, Jesús le seguía y Philip cerraba el grupo. Un día tardaron en llegar al campamento dos. Estaban a seis mil quinientos metros. Superada la

Cascada de Hielo sin incidencia, la primera travesía fue del todo tranquila. Montaron la tienda de campaña y descansaron. Siddhi no quiso precipitarse y se tomaron cuatro días completos dejando que sus pulmones y los cerebros se acostumbraran. Un pequeño temporal de viento y nieve dio alguna razón de más para no avanzar y esperar.

Pero la siguiente parte de la ascensión no fue tan fácil. Una pared inclinada, casi vertical era lo que les alejaba del campamento tres y casi de todo. Aquella mañana el sol había salido con fuerza a calentar el hielo. Los piolets agarraban con fuerza en el último tramo. Siddhi lo presintió:

—¡Philip! ¡Jesús! ¡Buscad refugio! ¡Rápido!

Después se escuchó un estruendo tremendo. Philip encontró su espíritu y guío a Jesús. Un entrante en la granítica piedra de la montaña les obsequiaba refugio. Un instante bastó. El alud se había desatado devastador. La nieve se despedazaba en trozos, algunos tan grandes como piedras de edificios, y caía violentamente. Siddhi fue arrastrado.

Su hermano también lo había presentido sujetando con fuerza la cuerda. Su mente le proporcionaba la entereza y energía necesarias. Fue rápido, pasó pronto, solo unos segundos. Siddhi permanecía milagrosamente colgado de la cuerda con un blanco pero oscuro infinito a sus pies.

—¡Ayúdame, Jesús! ¡Siddhi! ¿Estás bien?

—No estoy muerto si es a lo que te refieres, Philip.

—No ha llegado tu hora todavía, hermano. Mejor nos subes primero arriba y luego si quieres te tiras.

—Antes tendré que aprender a volar. ¿No crees?

—A eso mejor te enseño yo —ironizó también Jesús.

Lo izaron despacio siguiendo sus instrucciones. Una vez juntos, los tres se abrazaron y en esa comunión terminaron la ascensión prevista y se instalaron con normalidad en el campamento tres. Solo cuando ya estuvieron seguros, Wei nos relató al resto lo ocurrido. Una sombra de miedo cundió entre nosotros. Suiseki se maldecía por no estar allí y Tadeo lo consolaba. Todos sentimos de repente nuestra debilidad e impotencia por no poder hacer nada y comenzamos, sobre todo una ansiosa Lys, a dar agitados paseos por el campamento con cierto malestar para el resto de sus ocupantes o expediciones. Siddhi, con una ligera contractura en una pierna, decidió no arriesgar y

recuperarse. Tenían buena ropa, equipo y víveres suficientes. La temperatura y su sensación térmicas eran apropiadas. No era necesario precipitarse, pensó. No había prisa alguna. Se centró en preparar los dos últimos tramos durante aquellos siete días mientras reponía su convaleciente rodilla. Philip y Jesús aprovecharon para intercomunicarse mejor desde el espíritu y el yo interno. El maestro adiestraba su *Qi* y volaba con él rodeando toda la montaña. Lo que sus ojos contemplaban no se me pudo dar, ni procesé imaginación suficiente para hacerlo.

Tuvieron muchas horas de compañía con la soledad más profunda, la que uno mismo genera. Sé que el recogimiento y la abstracción hicieron de abrigo a sus corazones en aquellas largas jornadas. Sé también que la bóveda celeste que les cubría acompañada de aquella atmosfera de silencio casi único, divino, ayudaba no poco a ello. Pero el tiempo al final solo es un proceso que también pasa.

Era el día doce, el número que seguía a Jesús, cuando con las primeras luces reiniciaron el camino. Siddhi había sanado del todo y se encontraba en perfecta forma. Como hormiguitas pequeñas, despacio, pero siguiendo el surco, al mediodía hicieron pie a casi ocho mil metros en el campamento cuatro.

El siguiente sería el día señalado. El día trece, como Jesús había querido. Y con la respiración ya dificultada pero los ánimos superlativos y los corazones a miles de pulsaciones, con los pasos ya diminutos, las manos casi agarrotadas y los labios con cristales de hielo invisibles, hicieron cumbre antes de que el sol mediara la mañana.

Siddhi se dejó caer reventado y permaneció unos minutos tumbado y extasiado, inmensamente feliz, repleto de paz tras haber conseguido cerrar la embajada que el Señor le encomendó cuando era casi un aprendiz de sherpa. Recordó a su padre, al Dalai y a todos los compañeros que esperábamos abajo impacientes.

Por el contrario, Philip encendió ceremoniosamente el incienso de Gaspar y se sentó a prudente distancia de Jesús en la cumbre de la tierra. Este miraba el paisaje que se le ofrecía con las nubes cubriendo el cielo y filtrando los rayos de sol. Los tres habían empezado a controlar su respiración, ninguno sabía cuántas horas estarían allí. Ni siquiera Jesús.

Philip notó una presencia tremendamente sombría y se puso en alerta. Jesús

permaneció inalterable.

Entonces Wei conectó con su *Qi* y nosotros pudimos oír lo que pasó. Aún hoy en día no sé cómo interpretarlo y si de verdad ocurrió, pero el mensaje de Jesús quedó grabado para siempre en lo más profundo de mis viscerales entrañas y también en mi corazón.

—Hola Jesús. —Una voz sombría lo saludó.

—Hola.

—¿Sabes quién soy?

—Lo sé.

—¿Y no me tienes miedo?

—No. ¿Por qué tendría que tenerte miedo?

—Puedo condenarte a las tinieblas, enseñarte el peor de los infiernos.

—Tengo muchos amigos que me protegen.

—Pero no están aquí. Y el humo purificador de tu amigo no te servirá contra mí.

—Mira la luz, Jesús. No le mires a él. —A pesar de la gravedad de las palabras de Philip, el tono no era caótico, sino más bien cálido.

—Ya ves que sí que tengo amigos que además saben espantar a los malos espíritus.

—Ya. Solo es uno y débil.

—No deberías subestimarme —reprochó a la oscura voz Philip.

—Tienes tentaciones como todos los hombres, las siento.

—¿Tú crees?

—No puedes escapar a tu condición, Jesús. A ellos les podrás engañar, a mí, no. Vente conmigo y te haré un hombre normal.

—¿Acaso piensas que soy anormal?

—No.

—No entiendo lo que me quieres decir.

—Te haré el hombre más poderoso del mundo.

—No creo que yo sirva para mandar quien quiera que seas.

—Sabes quién soy.

—Lo sé. También sé de dónde vienes.

—Sabes que tengo el poder, todo el poder. Sabes que si vienes conmigo la guerra terminará y quitaré la enfermedad del mundo.

Jesús guardó silencio.

—No le escuches, no le hagas caso. Es un mentiroso —pensaba Philip sabiendo que Jesús atendía a los mensajes que le enviaba mentalmente.

En el campamento base donde nos encontrábamos, todos mirábamos sin parpadear a Wei esperando algún tipo de desenlace.

—Es tentador lo que me ofreces.

—Piensa en los hombres, piensa en ellos. Harías un mundo mejor solo por desearlo.

—Bajo tu yugo.

—Nunca cumple sus promesas, Jesús. Solo quiere engañarte y llevarse el alma de todos los hombres.

—Rétame. Dime lo que quieres y yo te lo daré. Solo tienes que pedirlo. Tu amigo no me conoce, no sabe de lo que soy capaz...

—...con tal de que me vaya contigo. Sé de lo que eres capaz. Pero...

—¿Qué?

La voz de Jesús había cambiado. Amable pero rotunda y más grave.

—No tienes nada que me pueda interesar. No quiero poder, no quiero riquezas, no las necesito. Y no voy a venderme, ni dejar que me traicionen una vez más.

Se escuchó un trueno desgarrador y el cielo se ennegreció. Pero Jesús no se movió. Todos salimos despavoridos de la tienda y pusimos nuestros ojos en la lejana cima del Everest. Entre los nubarrones un haz de luz se hizo paso. Algo divino tenía, pues a su contacto se desvanecían.

Esa fue la verdadera causa de aquel insensato y excéntrico episodio. Jesús quiso enfrentarse a sus propios demonios y pasar por su particular destierro en el desierto nevado durante cuarenta días. Quería repetir la historia, aunque fuese a su manera. Y quiso que el diablo le tentara.

—Serás un Dios a mi lado.

—Eso solo lo puede hacer Dios y tú no eres Dios. Eres Satán.

Entonces Jesús rezó e invocó a su Padre. Lo que ellos hablaron no lo supimos, no se nos dio. Y creo que nunca nos será desvelado el secreto de aquella oración.

La India

Mientras nuestro mundo se desmoronaba víctima de las intestinas guerras entre las religiones dominantes, más propias del medievo, nosotros explorábamos el país de los mil colores.

Tras haber tocado el cielo con las puntas de los dedos, Jesús nos reveló su «primer evangelio». Lo que jamás imaginé era que, en función de mis lecciones, programara los destinos a los que iría a lo largo de su Gran Viaje. La verdad, no esperaba que ninguno de ellos lo eligiera al azar o al albur de la diosa fortuna.

Estábamos en Patan, una de las ciudades budistas que existen más antiguas del mundo, situada en pleno Valle de Katmandú, auténtico cruce de caminos de las antiguas civilizaciones. Nunca se lo pregunté, pero ¿habría elegido Jesús a propósito este lugar para iniciar el suyo?

Conocida como la ciudad de los tejados de oro, Patan era una pequeña y tranquila población declarada Patrimonio de la Humanidad. En el centro de la villa, en la plaza Durbar proliferan hasta una veintena de edificios históricos como el Palacio Real, el más antiguo de todo Nepal, o los santuarios de Shiva con una singular colección de tallas representando diferentes posturas del Kama-Sutra como singular curiosidad. También cabe destacar el pequeño monasterio en honor a Krisna, ramificación bien conocida en occidente, o el Templo Dorado con sus inauditas tortugas ejerciendo su extraña función de vigilantes, deambulando por él.

Philip había asumido de forma natural su función de guía espiritual en el grupo llevándonos de la mano de su anterior y querido maestro, el Dalai, a uno de sus recogidos templos, alejados del mundanal desorden que suponía la capital. Allí, nos congregaron en una espaciosa sala, sentados y repartidos por el suelo. Ocupábamos la estancia rectangular, de espaldas a la salida abierta por donde penetraba furtiva la luz. Jesús nos presidía al tiempo que explicaba el itinerario próximo y sus actos venideros.

Nunca me planteara el nivel de influencia que tendrían en Jesús los conocimientos que le impartiera. Hasta el descenso del Everest. Por lo

general, todos tuvimos algún maestro en nuestra infancia o juventud que años después, ya de adulto, nos sirvió de velada referencia a la hora de tomar decisiones. Aquel profesor que desde la más tierna inocencia llegamos a admirar o incluso a amar de modo fraternal. Nunca lo pensé de Jesús hacia mí y, sin embargo, era del todo lógico y normal. Había sido su mentor y consejero desde que nació.

—Bel me machacó estudiando vuestros lugares de procedencia. Desde chico me habló de ti, Philip, y de tu tierra, la India. Las fotos que me mostraba me impregnaron de querer conocerla. Recuerdo al dedillo los cuentos que me contaba sobre Benarés, de donde viniste, y el Ganges, su río sagrado; las historias de Calcuta y la Madre Teresa; las descripciones que me hacía de los bazares de Mumbai; las aventuras de los príncipes que vivieron en Nueva Delhi; las conquistas de las hordas mogolas de Agra o el maravilloso hechizo del Taj Mahal al visitarlo. Todo lo que bullía en mi imaginación me hizo después buscar. Quería saber más y más. Sentía una llamada que no podía dejar de escuchar. Ton, ton, ton, como la campana que nos avisa de la hora. Igual que una tortura, se me repetía en la cabeza: la India, la India, la India...

Esa fue la primera vez que le oí hablar con pasión, la que ya no perdería y estaría presente en cada uno de sus discursos. Miré para él conquistando el niño que había sido y el hombre que encontraba ahora. Pequé de orgullo, lo confieso. Mi corazón henchido borboteaba sangre a raudales presa de la emoción. Y aunque hablaba para todos nosotros, sus ojos permanecían fijos en mí.

Su dicción era diáfana y potente. El tic que arrastraba de voz grave y algo difusa le daba un tono especial, único y arrollador. Tanta rebeldía adolescente y la semilla había fecundado sin habernos dado cuenta, indómita y desconocida. Me dejé embelesar por primera vez.

—Y encontré. Poco a poco descubrí todo lo que me daría. La India es el país del mundo más practicante y dentro de poco el más poblado, donde las grandes religiones conviven y se relacionan entre sí. Brahma, Buda, Alá, Yahveh y mi Padre son adorados por igual y nadie lo prohíbe y todos lo admiten. No digo que siempre se lleven bien, no es eso. Pero están y quiero aprender de ellos. Aquí Buda encontró la iluminación. Aquí yo quiero encontrar a *papá*.

Hizo una parada callada para observarnos. Lys a su derecha le agarró la mano con una caricia. Acompañado a ambos lados por sus amigos de la infancia, se

levantaron y lo rodearon mostrándole su apoyo y cariño. Fue la confirmación de los suyos.

—Encontré que su historia se remonta a más de seis mil años antes de que mi anterior viviera, que las más antiguas y sabias civilizaciones también habían pasado por aquí. Que hallaré hombres y mujeres sin nombre que han guardado los conocimientos verdaderos de aquellos, su poder, su fuerza y su alma. Solo tengo que seguir buscando y los encontraré. Soy un niño, siempre seré un niño y serán los niños los que me lleven a donde yo quiero estar. Aquí los niños son la inspiración. Muchos explotados trabajan de sol a sol y nunca pierden la sonrisa. Ellos serán mis aliados.

Aquella, nunca pública, fuera su primera prédica. Nos dejó admirados, lo recuerdo bien. Nadie lo había imaginado así de contundente. Creo que es la expresión que mejor lo define. En verdad, era el maestro, sé que comenzamos a pensar todos.

—No diremos a nadie quiénes somos ni adónde vamos. No habrá fotos que nos delaten y hagan de testigos de nuestro paso. Sé que no ha llegado el momento de darme al mundo, aún no. Nos haremos pasar por miembros de una nueva ONG, de las muchas que transitan por ella. Volveremos a coger el hábito, esta vez blanco y sin símbolos que nos señalen y seremos «los niños perdidos», así nos llamaremos a partir de ahora.

Muchos no pudieron reprimir las risas al oír el nombre. Como niños nos miramos unos a otros diciéndonos «*mira qué pinta de viejo tienes, tú no pasas por niño, pues tú tampoco cuelas...*»

—Sí, ya sé que alguno sois más viejos que Matusalem, pero no importa, solo es un nombre que dice a quién vamos a ayudar.

—¿Has pensado maestro a qué lugar quieres ir primero? Lo digo por prevenir en cuanto a seguridad —le preguntó el samurái.

—Calcuta.

—Las Misioneras de la Caridad —suspiró Domini.

—Puedes enviar una paloma y nos acogerán. Estarán encantadas y su humildad precede a su discreción. Conocí a la Madre Teresa. Una mujer increíble, digna del Señor —le aconsejaba explicándole en detalle mi hermano Gaspar a la alemana. —Te escribo yo el mensaje, si quieres.

Así se iniciaría un período oculto a los ojos del hombre de casi dos años hasta

que sus actos empezaron a propagarse sin remedio y el mundo supo de su existencia. Aquel desconocido y grandioso país se convirtió en la cuna de sus más profundos conocimientos del alma. Conocería faquires y nigromantes, doctores y galenos, grandes sacerdotes y pequeños pastores, brahmanes, rabinos e imanes, y grandes hombres y prohombres sabios. No sé lo que peregrinó el anterior. Sé el largo camino que hicimos nosotros acompañando a Jesús. Solo digo que el camino acababa de empezar.

Calcuta

Un mes más tarde nos encontrábamos en las puertas de la congregación fundada por la Madre Teresa. La hermana Mary nos esperaba con la sonrisa luminosa que daba fama a su orden. Cara blanca y limpia, mirada bondadosa, cubierta por el *sari*. Se acercó a Jesús serena, rodeada y seguida por la expectación del resto de las hermanas.

—Vengo a ayudaros a «servir a los más pobres de entre los pobres».

La sierva de Dios lo estrechó emocionada contra sí. Lo besó, lo miró fijamente a los ojos y con ellos sonrientes, se arrodilló.

—Esta es vuestra casa mi Señor y la de vuestros amigos.

—Levantaros hermana Mary, nadie se me tiene que arrodillar, ni tampoco llamar señor. Solo soy un niño.

Aquellas palabras impactaron en el corazón de la religiosa.

—Somos nosotros quienes nos deberíamos arrodillar ante vos.

—¡Padre Gaspar! ¡Qué alegría de volveros a ver!

—Sí, hace mucho tiempo desde la última vez. Aún vivía la Madre Teresa.

—Me acuerdo. Pero, dios mío, ¿qué hago? Pasar por favor. Las hermanas os indicarán gozosas vuestros alojamientos. Querréis descansar, supongo. El viaje ha sido largo y andamos en época de monzones, complicada para errar por los caminos del Señor.

Las alegres hermanas nos condujeron a nuestras celdas. Sencillas pero muy pulcras, nos habían habilitado una para cada dos de nosotros. Yo compartí con Melchor. Las mujeres fueron juntas, Raquel con Lys y Dominí con Jumala. Tadeo y Suiseki al igual que Foma y Matthew ya eran pareja, digamos que estable. Gaspar quiso hacerse cargo de Jewish y librarlo del yugo de su amigo el jesuita. Aunque hubo que hacer algún cambio y dos acondicionarlas a

triples. Así, Wei se acogió con sus anteriores discípulos Siddhi y Philip. Y Jesús no quiso estar solo y pidió juntarse con David y Moisés.

Instalados compartimos un sobrio pero reconfortante almuerzo con la hermana Mary y una parte de la congregación.

—Antes de bendecir la mesa, queremos daros la bienvenida. Las Hermanas de la Caridad practicamos el voto de pobreza, castidad y obediencia. Prestamos nuestra ayuda a refugiados, exprostitutas, enfermos mentales, leprosos, víctimas del sida, ancianos convalecientes y niños abandonados que atendemos con comedores de caridad y educadores en la calle.

—*“Enseñarás a volar, pero no volarán tu vuelo... Enseñarás a soñar, pero no soñarán tu sueño... Enseñarás a vivir, pero no vivirán tu vida. Sin embargo, en cada vida, en cada vuelo, en cada sueño, perdurará siempre la huella del camino enseñado”*.

—Veo que no la has olvidado, padre.

—Me la recitó cuando la conocí.

Recordó tierno Gaspar. Las religiosas le sonreían agradecidas. La hermana Mary, que le había ofrecido sentarse a su lado, le agarró conmovida la mano y continuó:

—Calcuta es la ciudad de la alegría. Una esperanzadora colisión entre oriente y occidente. Esta es la tierra del poeta Tagore y del Rabindra Setu, uno de los puentes más modernos del mundo, dedicado a su poesía, la que nos dejó para que uniéramos nuestras orillas. Los jardines que veréis son inmensamente bellos, repletos de orquídeas y cubiertos por infinidad de palmeras y bambús. Aquí hallaréis la contraposición entre las más diferentes de las culturas, desde la más pura victoriana de la antigua colonia inglesa, con el palacio St. George's Road como un ejemplo de ello, hasta la huella dejada por el gurú Ramakrishna Paramahansa, la encarnación de su dios en la tierra para sus seguidores.

—Luchó por la unión de todas las religiones y para ello, leí que había construido un templo sagrado.

—Belur Math, querido «niño».

—Los nombres no se me dan bien del todo. —Se encogió de hombros Jesús, como disculpándose.

—Deberías ir a verlo.

«La muerte no es apagar la luz, solo es encender la lámpara porque ha llegado el alba».

Rabindranath Tagore

—¿Qué quieres saber de la muerte?

—¿Cómo se vuelve de ella?

—Tú, Jesús, el esperado, deberías saberlo. Yo solo soy un sacerdote krishna.

—Yo no me he muerto nunca. Krishna anuncia la encarnación.

—¿Sabes qué significa Krishna?

—Oscuro.

—Ya tienes la respuesta.

—¿Un pacto con el otro lado?

El joven de pelo rapado le responde con un gesto afirmativo. Pasean amigablemente por los jardines exteriores del templo de Belur Math. Ambos, vestidos con hábitos blancos semejan pertenecer a la misma hermandad. Suiseki y Tadeo les siguen de cerca, mientras el resto nos recreábamos admirando aquella mezcla entre palacio, mezquita y Taj Mahal.

—Digamos que colaboramos. Nosotros propagamos los demonios para después vencerlos y nuestro Dios nos premia con el regreso.

—Dios de todos.

—El nuestro.

—¿No veo la luz en él?

—La muerte es oscura y sus servidores se mueven en las tinieblas.

—¿Me enseñarías a hacerlo?

—¿Quieres morir?

—La muerte no existe.

—Entonces ¿por qué quieres que te enseñe?

—Por si acaso.

El sacerdote se ríe de la chanza de Jesús. Días después Jesús volvió, esta vez solo. Había insistido en ello utilizando el argumento de que también precisaba recibir las enseñanzas prohibidas, sin las cuales nunca encontraría el equilibrio. Wei no obedeció al maestro e hizo uso de su *Qi* para permanecer a

su lado. Aún recuerdo los ojos ahítos de pánico y la boca temblorosa al regresar. Nunca pudo explicarnos bien lo que vio o sintió y cada vez que se le mencionaba, su piel se amedrentaba.

Jesús regresó con una mecha de pelo blanco en su flequillo. Fue la marca o el precio que pagó por aquella sabiduría como poco apócrifa. No puedo desvelar si la utilizó o no. Pues no lo sé.

En el tiempo que estuvimos y que no fui capaz de calcular, contribuimos a nuestra manutención auxiliando a las hermanas en el comedor para los niños abandonados. Matthew que después de haber hecho las funciones de pinche de cocina para Marcos tantos años, algo había aprendido, se prestó a echar una mano con los guisos. Ni aun así se libró de Foma que decidió no dejarle solo. «*No ser que tú envenenar*», le decía burlonamente. Los chicos, comandados por una Lys un tanto marimandona, se ocupaban de adecentar las mesas y servir. Otros se prestaron para limpiar las vajillas, cubiertos y vasos. Y yo con la ayuda de mis magos les revisaba en la medida de las posibilidades, medicamente. Poco podía hacer salvo desinfectar y curar pequeñas heridas o bajar las fiebres que provenían de las incontables plagas de virus y enfermedades que habitaban la ciudad y la insalubridad latente de sus calles.

Jesús se acercaba a ellos y les hablaba. Aquellos *piojosillos* no dejaban de sonreír. La vida les daba la espalda y ellos la arremetían con una sonrisa. Eran felices en su miseria y su más casta ignorancia. Y sinceros, eran muy sinceros.

—¿Estás enfermo, Jesús?

—No, estoy bien. ¿Por qué?

—Tienes una cara rara...

—Me lo dijeron cuando nací.

—¿Ya naciste así?

—Sí, tú también naciste como eres.

—Es verdad: Pobre y sucio.

—No. Guapo y limpio.

—No digas mentiras. No me gusta el agua, y mis amigos dicen que solo me lavo cuando me cogen las hermanas por las orejas.

—No miento. Tu mamá te limpió al nacer.

—¿Cómo la sabes?

—Lo sé.

—¿Puedes ver a mi mamá? Yo no la conocí.

—Puedo.

—Ya ¿y cómo es?

—Es bonita y buena. De ojos negros como los tuyos, preciosos. Joven y...

—¿Es rica?

—No importa.

—Sí que importa. Prefiero que sea fea y tuerta, pero rica y yo pueda comer bien todos los días.

Benarés

Era como si hubiera esperado por nosotros. Todo estaba intacto, tal y como lo había dejado dos décadas atrás, tras la muerte del maestro. La evocación de aquel pasado feliz le hería de ausencia y tristeza. Con los dedos se limpió las lágrimas antes de que los demás lo pudiéramos ver. Ahora su casa serviría de hogar para sus nuevos amigos. La habitación del viejo pandit daría descanso a Jesús, así lo había decidido. Philip estaba orgulloso de ser uno de los doce y de haber sido pieza clave en el episodio del Everest. Aquella hazaña personal, aunque no la pudiera contar, le había elevado su autoestima y su creencia y querencia en el grupo.

Tenía los pies llenos de llagas al igual que la mayoría de sus compañeros. Solo los más avezados como Foma, Suiseki, Tadeo y nosotros, los magos, acostumbrados a las largas travesías, habíamos salido mejor parados. Hasta Jesús y los chicos los tenían doloridos, rojizos y llenos de ampollas. Revolvió en uno de los estantes de la estancia central y encontró lo que buscaba. Se trataba de un frasco pequeño de cristal con tapa a presión. En su interior una crema blanquecina, de una tersura parecida a la manteca, haría de bálsamo de fierabrás y relajaría el sufrimiento de los caminantes.

Philip fue nuestro cicerone. Jesús se lo pidió cariñosamente.

—¿Qué hemos venido a buscar a Benarés? —le preguntó antes de acostarse.

—No lo sé aún Philip. Es como un juego, tengo que descubrirlo.

—Benarés, Veranasi o Kashi son los tres nombres de la ciudad sagrada. Hay quien dice que es la ciudad más antigua del mundo.

—Enséñamela y juguemos.

—Juguemos —repitió entusiasmado el apóstol.

Philip nos mostró la ciudad en toda su esencia:

Sus gentes no dejan salir el sol. Antes ya están adentrándose en la espiritualidad del Ganges. Como una marea, miles de peregrinos y visitantes surcan en barcas el río sagrado. Otros cumplen con el rito de la purificación mediante la inmersión del cuerpo en sus turbias aguas, los hombres tapados solo por el calzón y las mujeres vestidas con el *sari*. Aquella liturgia la contemplábamos cada día al levantarnos y no dejaba de cautivarnos. La ciudad nos conducía, se nos manifestaba, te agitaba e inspiraba.

—Muchos de ellos vienen aquí a morir —nos descubrió Philip.

El centro de la ciudad era una especie de infierno. Es casi imposible ir en grupo y no perderse. O te abres a empujones o la muchedumbre te devora. Philip nos llevaba por calles estrechas y nauseabundas donde la podredumbre pastaba libre y las ratas no se asustaban más que de sí mismas. Abundan los templos y los crematorios incontrolados. Un hediondo olor a quemado mezclado con el estiércol que a su paso van produciendo las vacas sagradas, es un paisaje único que no volverás a vivir en ningún otro lugar.

—Estamos cerca del templo de Kashi Vishwanath. Mirad el amanecer, aquí en los *ghats*, donde sus habitantes queman los cuerpos de sus difuntos. Observad cómo su luz se refleja en sus paredes y las hace doradas. Mirad y no olvidéis semejante belleza que nos ofrece el Señor. Esta noche iremos al exterior del templo a ver en directo los actos religiosos en honor al río sagrado.

El ruido es otra constante natural de la ciudad. Philip nos adentró en los entresijos de su cultura. Al último umbral del atardecer, jóvenes sacerdotes vestidos con túnicas de sedas brillantes y tonalidades entre rojizas y anaranjadas, a juego con el fuego de las ardientes antorchas que portan y las luces tubulares de colores vivos que les iluminan desde el fondo, celebran sus ritos que se aproximan más a un concierto de música tradicional en directo que a un culto religioso. Sonidos rotundos, maravillosamente acompañados, que emergen de un conjunto variopinto de campanas que sabia y acompasadamente hacen sonar los oficiantes.

Al terminar, Matthew contrata a varios *rickshaw* o taxis bicis por recomendación de Suiseki, que no se fía del gentío y prefiere evitar un posible asalto. Con agonía y muchas pedaladas nos sacan de la zona. El tráfico es

imposible. Una marabunta insoportable de pitidos y sirenas estridentes, el volumen ensordecedor de los altavoces de los templos, los gritos exacerbados de los conductores y las voces chillonas de la muchedumbre se nos van agregando a lo largo del trayecto. Cuando llegamos a casa y el silencio domina, se nos hace raro y hasta ajeno, sobrecogedor y agradecido.

Nos fuimos acostumbrado al mundanal fragor de Benarés.

Una mañana nos atrevimos y fuimos a conocer el mercado donde se tejen las mejores sedas de la India. Charlamos con infinidad de comerciantes que, ante nuestra presencia, nos ofrecían asiento y una taza de *chai*, la bebida más popular del país, una mezcla de té negro, leche, especias y mucho azúcar. Era imprescindible aceptar. No se socializa si no se comparte una taza de este brebaje. Para el tendero es la excusa perfecta y educada para llevarte al interior de su tienda, seguramente desordenada y un tanto caótica, a fin de venderte una alfombra o alguno de sus exquisitos paños. Con tiempo, el que sea necesario. En la India todo tiene su tiempo y este es sagrado. Por supuesto, Matthew de la mano de su inseparable Foma, lo aprovechó bien y compró rasos de matices claros y la mejor calidad. No me quisieron contar cuales eran sus intenciones con ellos.

Desesperado por su «juego» y no haber encontrado lo que buscaba, Philip nos llevó entonces a la otra orilla del río, hasta Ramnagar, donde en su fuerte, ahora bastante deteriorado, había vivido en la antigüedad el maharajá. Recuerdo que las mejores vistas de la ciudad se encontraban ahí. Desde sus fortificaciones se divisaba la cúpula del Templo de Oro. Entonces Philip se dio cuenta que no habían estado en el santuario de los monos.

—¡Hanuman! ¡No hemos ido a Hanuman! —gritó.

Horas más tarde, sin apenas haber probado bocado, enfilábamos en compañía la fachada principal del templo. Los monos se columpiaban a su antojo y albedrío por sus verjas. Uno de ellos descendió apresurado al ver a Jesús hasta plantársele delante y ofrecerle la mano.

—No vayas Jesús. No me gusta —le suplicaba Lys.

—No muerde, ves —le decía mientras acariciaba la cabeza del macaco. — Ven conmigo, no te comerán.

Lys le dio un pequeño puñetazo en la cadera, algo enfadada, aunque no dijo que no y se agarró a su brazo. Los demás quisimos seguirles, pero no fue posible. Una numerosa recua de simios nos rodeó en modo amenazante.

Suiseki sacó su catana y los monos comenzaron a chillar exageradamente. Tadeo con un gesto prudente y lento le recomendó que la retirase. El samurái enfundó la espada, rabioso.

—No os preocupéis por nosotros. Volveremos pronto.

Oímos decir a Jesús, mientras el simio le introducía en la penumbra de las callejuelas de la ciudad, dejando el templo de los monos atrás, ante nuestra incompreensión y sorpresa. Wei no conseguía conectar con el *Qi* de Jesús, como si le estuviera rechazando. Suiseki se había ido a buscar su fuerza interior cerrando los ojos, cuando Philip que se había quedado pensativo, exclamó:

—¡Sé dónde van! ¡Van al Templo de Oro! ¡Seguidme!

Y despacio para no alterar a los monos, dimos vuelta. Philip buen conocedor de ese tramo de la ciudad, nos llevó por otro camino, atajando, y pudimos ver como traspasaban sus puertas. Dos hindús uniformados como sus ancestros militares de colonias, guerreros con lanzas, las custodiaban sin impedirles el paso. Philip se paró de repente. Estaba perplejo:

—Increíble. Nunca han dejado pasar a ningún occidental.

Le seguimos mirándonos inquietos unos a otros. Los chicos se habían colocado justo detrás de él, y murmuraban entre ellos planeando correr en busca de Jesús si la cosa se ponía fea. Al llegar al umbral las lanzas se cruzaron impidiendo el paso. David y Moisés se lanzaron raudos adentro, pero advertidos una compañía de vigilantes los derribaron al suelo con el mango de las alabardas, quedando durante algunos días sus partes traseras ciertamente doloridas.

La incertidumbre nos agobió durante aquella tarde. Sin saber nada de Jesús y Lys, las horas pasaban y la noche se acercaba. Suiseki no decía nada, pero bien sé que se maldecía constantemente. Sabía que había sido decisión de Jesús, pero él había hecho juramento sagrado y una vez más no estaba a su lado para protegerle. Tadeo le acompañaba junto a Jewish que no paraba de mirarle acongojado esperando que tampoco esta vez le desatara la furia que tenía acumulada contra él. Gaspar rezaba acompañado de las tres mujeres. Wei y Philip viajaban en su espiritualidad intentando contactar con Jesús, sin resultado alguno. Y Matthew, Melchor y yo aguardábamos en silencio, roto por los continuos y nerviosos paseos de Foma.

—¿Nos esperabais?

El intento de voz inocente de Jesús no coló. Wei lo miró enfadado y nadie dijo una sola palabra, pero la tensión se reconocía en el aire.

—Wei, tú me enseñaste a controlar las emociones.

Quedó desarmado.

—No os podemos contar lo ocurrido. Bel y tú, bien sabéis que habría secretos que el hijo del hombre no podría compartir.

—¿Y Lys, entonces? —pregunté contrariado.

—Es parte de su camino a mi lado.

—¿Estás bien, Lys? —insistí buscando que me contaran algo.

—Sí, Bel. Estoy bien.

—¿Seguro?

—No te preocupes, estoy bien. Solo he visto el futuro, nada más.

—¿Qué has visto Lys? —le urgió Wei.

—Una parte de mi destino.

—¿Y...?

—Tengo que estar preparada, nada más.

—Ven conmigo, hija. —La acogió abrazándola Domini.

—Ya es suficiente. —Nos emplazó Jumala autoritaria.

—Este país me dará lo que necesito para mi verdadero Gran Viaje, ya lo sabíais. ¿Por qué me discutís, entonces? —habló un Jesús calmo pero lleno de afrenta.

—Jesús, te he fallado de nuevo.

—No es cierto, Sui. No te reclamé y me fui voluntariamente. Si no hubiera querido ir y me hubieran forzado, entonces tú habrías venido.

—¿Han terminado entonces nuestros días en Benarés?

—No, Philip. Aún tienes que llevarme a un sitio.

—¿Adónde?

—A Sarnath, donde Buda habló por primera vez por boca de Dios a la gente.

—¿A qué? —preguntó indiscreto Jewish.

—A rezar. —Y guiñándole un ojo. —Deberías venir conmigo y hacer lo

mismo.

Las ruinas de un mausoleo budista o *stupa* era lo que quedaba de aquel antiquísimo cementerio en Sarnath, donde según la leyenda Buda dio a conocer su dogma y se le unieron sus primeros seguidores. Aquí predicaría su mensaje del Sendero Medio como forma de alcanzar el nirvana. Ahora, es uno de los cuatro lugares sagrados del budismo.

Jesús se postró ante la estructura circular de piedra y ladrillo de más de cuarenta metros de alto y casi treinta de ancho. En su base, fantásticos grabados recrean figuras parecidas a venados haciendo honor al cuento y la tradición que llamaba al lugar «Parque de los Ciervos». Pensé que Lys lo acompañaría, pero no. Me extrañó y mucho. Mi suspicacia no me engañaba. Desde lo ocurrido en el Templo de Oro, ella optó voluntariamente por permanecer en segundo plano, en ser una más, no la amiga de Jesús. No se nos desvelaría la razón hasta el final, cuando él se nos fuera para siempre.

Fueron Philip y Jewish sus apóstoles postulados. Suiseki y Tadeo, inmediatamente detrás esta vez, como intentando prevenir cualquier sorpresa. El resto, encabezado por los chicos, los seguíamos atraídos y sumisos al mismo tiempo.

—Aquí Buda dio su primer discurso explicando el Camino Medio.

—Bel y Wei lo dicen de otro modo.

—«En el equilibrio está la verdad».

—¿Sabes qué tenemos en común Buda y yo, Philip?

—Buda fue el iluminado y tú el elegido.

—¿Qué más?

—¿Los dos sois reencarnaciones?

—¡Qué tonto eres, Philip! ¡Qué los dos somos guapos!

—¡Venga ya! —Se le escapó a Moisés que como todos lo habíamos escuchado, no sabíamos cómo contener la risa.

—Él, como tú, llegó a los límites de la conciencia.

—¡Un punto para Jewish! —Exclamó Jesús con su sentido del humor único.

—El nirvana y el *Qi*.

—¡Sumas dos puntos ya! Solo que yo no me reencarno... de momento.

—¿Que los dos sois hijos de Dios?

—¿Por qué me tienes miedo, Jewish? No echo fuego por la boca, no me sale humo por las orejas. Solo soy un chico, normal y corriente. Sí, hijo de Dios, como todos. Tú también lo eres. Algún día lo descubrirás. —Dejó de mirarle y dirigió sus ojos al imponente túmulo funerario. —Él se desprendió de todo lo material y yo no lo necesito. Ser feliz solo está en tu interior.

Se volvió de nuevo a su derecha hacia Philip y le ensartó de sopetón:

—¿Y sabes qué tienes tú de común con él?

—Mi antiguo maestro Pandit, Ashvaghosha. En una de sus vidas anteriores fuera quien escribiera el poema épico el *Budacarita*, primera y completa biografía de Buda.

—Tu maestro te enseñó mucho y bien. Todos al final confluimos en la misma deidad.

—Se le considera el primer enviado de Dios.

—¿Lo entiendes ahora, Philip? Él y yo somos hermanos de sangre.

Agra

Pasamos el verano y sus monzones en casa de Philip. Jesús nos fue llevando a un conocimiento más exhausto de nuestro propio yo dejando al anfitrión como maestro de ceremonias. Sumergidos en la meditación, el tedio fue casi imperceptible. Aprendimos a rezar con el corazón, como él quería, cada uno a nuestro dios o creencia. Para él era perfecto. Nunca nos incidió a cambiarlos. A fin de cuentas, decía, y lo creía de verdad, que todos eran uno en realidad, llamémosle como le llamemos.

Poco antes de irnos, Jesús se llevó a Moisés al Ganges de madrugada. Su amigo, que le había adivinado las intenciones, le pareció oportuno y divertido, además de refrescante, pues todavía azotaba el calor. Y daba igual que el agua estuviera sucia y desde el punto de vista higiénico no fuera muy recomendable. Yo me asombraba con él. Era como si cuidara al máximo cada rito o cada símbolo de la historia relacionado con su augurio y sus seguidores. Juntos ahogaron sus cuerpos purificándolos como si de la aceptación de un nuevo bautismo se tratara. Nada pasó que tuviera un carácter divino. Nada tampoco se esperaba

—No es el Nilo, pero es un río sagrado. ¿Te vale?

—No podías haber tenido mejor idea.

Con la primera caída de la hoja pusimos rumbo a Agra.

—Esta vez no podrás enviar palomas avisando de nuestra llegada —le avisó Tadeo a Dominí con un halo de ironía. —Cuestión de seguridad, mi bella niña.

—¡Buff! —bufó la alemana.

—¿O quizás sí? Nos alojaremos en la iglesia de Akbar, perteneciente a mi Orden. Guardarán voto de silencio. No os preocupéis, ya me encargo yo.

Por el camino dejamos los templos de Khajuraho, el mayor conjunto monumental de toda la India. Maravillosas esculturas en sus columnatas recrean la vista de los que las visitan, transportando en sus pasajes las enseñanzas eróticas y universales del Kamasutra. Afortunadamente hasta ese momento no había parejas en el grupo, ignoro si el albur de los dioses fuera casualidad o causalidad, como puntualizaba en muchas ocasiones María, mi añorada señora. Solo pude intuir que las conversaciones al oído de Moisés y Raquel escondían alguna intención con posibilidades. Si lo hubo, no pude certificarlo.

Quince días más tarde la grandiosidad del Taj Mahal nos llevó a las mil y una noches, a soñar de verdad. Philip nos contó la historia que aún lo hacía más fascinante y mágico. Yo la conocía desde niño. En oriente todo el mundo la conocía. A mí siempre me había conmovido.

«Fue construido cuatrocientos años atrás por el príncipe Sha Jahan para alojar la tumba de su amada. Era un joven apuesto y digno heredero del emperador. Un día decidió pasear por el bazar de Agra. Allí entre piedras preciosas y perfumes embriagadores conoció a una princesa persa. El flechazo entre ambos fue instantáneo. Mumtaz Mahal, la joya del palacio, que es como la llamó al desposarla hizo muy feliz al príncipe hasta que, al nacer su decimocuarto hijo, murió en el parto. Era el año de 1631 cuando la tragedia saqueó sus vidas».

Quedé pensativo; la misma época que María Soliño, con quien empezó todo. Había una interconexión entre todas nuestras vidas e historias que se escapaba irremediabilmente a mi frágil entendimiento.

«Enajenado por el dolor, Jahan guardó luto y lloró la ausencia de su amada mucho tiempo hasta que decidió que su amor no podía morir para siempre. Así, un año después comienza a construir semejante maravilla. Veinte años

tardó. Trajo para ello a los mejores arquitectos, los más cualificados obreros y los más exquisitos artesanos, a los que, terminada la obra, mandó cortar las manos para que no pudieran hacer una igual o mejor en ningún otro lugar. Así se erigió el mausoleo más admirado y famoso del mundo. El que se convertiría en el icono de esta tierra.

«Durante aquel tiempo el cuerpo de su amada yació en una fosa a la orilla del río Yamuna, por detrás del palacio. Pero terminado el Taj Mahal, su tercer hijo, el más rebelde de todos, le había declarado la guerra y conquistado la ciudad, encerrándolo en el fuerte de Agra. Desde la oscuridad de su celda, Jahan, desesperado y muy enfermo, pidió como último favor el traslado de la tumba de su difunta esposa.

«El emperador murió siendo cumplido su deseo de descansar junto a su princesa y el amor que en vida sintió por ella. Era el año 1666»

Una sacudida me traspasó entero. El número del mal había rematado aquella preciosa historia. ¿Otra casualidad?

«En la actualidad las parejas de enamorados vadean el Yamuna, y airean felices su amor andando descalzos por su reconstruido jardín de la Luz de la Luna, el mismo que presenció el amor de nuestros príncipes. En este pequeño Edén, tumbados se besan y sus miradas románticas contemplan los bellos atardeceres».

Raquel y Moisés se perdían agarrados de la mano, buscando el fragor del río.

—Como ellos —dijo Jesús mirando a Lys.

Ya no se soltaron y cada vez que podían se quedaban buscando la soledad escapando al desamparo de nuestras miradas indiscretas. Visitamos el Fuerte Rojo, y la celda donde Jahan pasó sus últimos días desde cuya ventana podía contemplar moribundo la tumba de su amada princesa. Un sentimiento de compasión nos invadió. Moisés besó a Raquel. El amor había surgido entre ellos fuerte, sin saberlo ni pretenderlo. Se habían criado juntos, como amigos. Y nada había habido, o...

—¿Dónde estuviste? —le preguntaba él.

—Yo ya estaba, pero tú no te fijabas en mí.

Aquella frase me confirmó que ella llevaba tiempo enamorada de él, que la verdad hasta entonces parecía no tener demasiado interés por los asuntos del corazón. Hasta entonces. La fiebre del Taj Mahal se le había subido. Y el amor

había llegado y nadie sabía cómo había sido.

Aquella nueva relación fue la novedad de aquellos días. Jesús los miraba feliz y Lys quedaba pensativa, como si nada. David ausente de estos asuntos se juntó aún más con Dominí y Jumala, aunque sin más intención que la de una buena y divertida conversación. Era Jewish quien se mostraba más arisco con él, pues, aunque quería disimularlo, sus ojos perseguían con ansia a la esquimal.

No podíamos irnos de Agra sin visitar sus exóticos mercados. Los hermanos jesuitas que tan servilmente nos alojaron se prestaron contentos a llevarnos por el espectáculo de sus bulliciosas calles y sus gentes vestidas con saris de infinitos colores refulgentes a la luz del sol. En los puestos nos invitaban amablemente a tomar el té. También nos mostraron los talleres de mármol donde sus artesanos daban muestra de la transmisión del oficio generación tras generación.

Suiseki protestó cuando se enteró que por idea de los chicos y las mujeres del grupo íbamos a pasear en *tonga*, los coches de caballos que causaban los mayores atascos por Agra. Wei, con su voz serena y su templado *Qi* le calmó y lo convenció. El maestro Zen añoraba la verdadera y tradicional cocina hindú y Matthew, con quien congeniaba increíblemente bien, le había hablado de un tugurio típico que ya había sido probado por amigos clientes suyos tiempo atrás, y que al parecer seguía abierto. Todos teníamos hambre en ese momento y la idea nos sugestionó. Así que accedimos.

Gente de todo pelaje frecuentaba el local. El dueño, un natural ya anciano, pronto se fijó en Jesús y quedó hipnotizado de él. Comimos excelentemente y algo pasó que no quiso cobrar los menús. Se consideró bien pagado por haber escuchado a nuestro maestro. Al terminar nos envió con sus credenciales a una pequeña aldea cercana, donde una casa de su familia nos recibiría para tomar té de massala y pasteles indios. Jesús aceptó. Al llegar un buen número de niños nos abordaron y se lo llevaron con él. Estuvo toda la tarde jugando con ellos. No puedo olvidar aquellas sonrisas maravillosas. Nadie sabe cómo definir la mayor felicidad, pero estoy convencido que esa es una de las formas.

Me quedé sin averiguar cuál fuera el propósito de Jesús en Agra, más que vagar por las esencias del Taj Mahal y del pasado. O simplemente presentía la venidera historia de amor de sus amigos y quiso que tuvieran un entorno único que recordar.

—¡Bel!

—Dime, Matthew.

—Aquí en la aldea, me han ofrecido unos camellos bien provistos y fornidos. Pensé que a ti y tus amigos os gustaría viajar a Delhi en ellos.

—Es buena idea. ¿Y el resto?

—Hay para todos. Los que no sepan o quieran conducir siempre pueden compartir.

—Estupendo. ¿Y le parece bien a Jesús?

—Mejor ser tú quien se lo diga.

Foma me lo había aclarado perfectamente. ¿Para qué preguntaría?

Delhi

Encontré dos universos: el viejo y el nuevo. La antigua capital islámica y la nueva ciudad diseñada y construida por el imperio británico. Vi dos mundos, viejos monumentos fascinantes, museos llenos de historia viva y de arte, residuos maravillosos de la época victoriana y al final las grandes e hiper modernas manzanas comerciales, repletas de restaurantes fabulosos y tiendas de lujo inimaginable, bordeadas por avenidas amplias y excepcionalmente bien trazadas.

Nada más entrar, aparcamos nuestras bestias. Gracias a ellas, el camino había sido fácil y corto. Siddhi familiarizado con ellas nos ayudó hábilmente y se prestó a quedar a su cargo. Al parecer Jesús no quería permanecer más tiempo del necesario en la ciudad. Desconocía la razón. Melchor y Gaspar me indicaron que acompañarían al sherpa.

Philip y Wei encabezaron el grupo guiados por su *Qi* y nos adentraron con cautela en la ciudad vieja. Cruzamos sus murallas y callejamos sin César hasta que llegamos al Raj Ghat, o Memorial de Gandhi. Miles de personas se agolpaban alrededor de la llama que permanentemente brilla en su honor, encima de una placa de mármol gris oscuro y donde reposan sus restos incinerados.

Alguien, al ver a Jesús, supuso quién era o lo reconoció y enseguida corrió la voz. Un pasillo se fue haciendo a nuestro paso. Entendí entonces por qué no quería estar mucho tiempo allí. Quería escapar de la multitud. Aún no había llegado el tiempo de predicar, pensé.

Se inclinó ante la lápida y los seguidores del Mahatma también lo hicieron. Estuvo todo en deferente silencio al menos diez minutos. Y cuando levantó, la multitud lo aclamó:

—¡Jeshúa!

Suiseki, Tadeo, Foma, Wei y yo, atemorizados por tan impresionante muchedumbre gritando su nombre, lo rodeamos custodiándolo. Dominí soltó su paloma enviando un mensaje a Siddhi y los magos, para que tuvieran preparados los camellos. Jumala se hizo al mando de Lys, David y los enamorados. Y Matthew arrastraba a Jewish que obnubilado no dejaba de contemplar tan grande aglomeración, mientras se decía musitando:

—En verdad eres quién dicen que eres.

Se me hizo eterno el trayecto. Muchos nos acompañaron. Y algunos partieron con nosotros.

—¿Qué hacemos con ellos, Jesús? —recuerdo que le preguntó Suiseki desconcertado.

—Dejadles venir, es su voluntad. Ya se me ocurrirá algo.

—Ahora nos esperaran en todos los lugares por los que pasemos —confirmó una realidad que pensábamos todos, Philip.

—¿Por qué quisiste visitar su tumba? —quiso saber Wei.

—Tenía que sentir como la no violencia actúa en la masa. Dentro de no mucho, al parecer, muchos más irán donde yo vaya, y tengo que saber qué se siente y como se manejan las emociones de mi corazón.

—Ha sido muy arriesgado —protestó el ruso.

—Era necesario amigo, Foma. Además, quería hablar con él.

—¿Y? —le atosigué incrédulo.

—Me ha hablado.

—¿Qué te ha dicho? —Más que preguntarle, le chillaba algo histérico.

—Tú también lo quieres saber todo, Bel.

Amritsar

Siddhi cogió las riendas. Nos encaminábamos a terrenos más abruptos y montañosos, hasta acercarnos a las primeras estribaciones del Himalaya

Hindú. Así que el sherpa asumió de forma natural el mando y encabezó la expedición poniendo a su camello en velocidad crucero hasta que ya nadie pudo seguirnos. Dio varios rodeos evitando poblaciones cercanas y acampamos en un bosque profundo, en uno de sus rellanos, protegidos del resto de los ojos de la India. Hacía calor de modo que no hicimos fuego y para evitarlo cenamos frío.

Pocas horas después, tras dormir poco, en uno de los pequeños poblados aledaños a Amritsar, dábamos buena cuenta de las mejores *aloo parathas* que he probado en mi vida. Son unas fajas de pan de patata con yogur y queso fresco del país. Había apetito y las saboreé con gusto. Había que tomar fuerzas, no sabíamos lo que nos depararía el día.

Albergamos los camellos en una posada que reposaba pacífica en la vereda del Lago del Amrit Sarovar, cuya traducción significa El Néctar de los Dioses y los fieles lo utilizan para el ritual de la purificación. Con el sol iluminándonos, momentos antes habíamos caminado sobre sus aguas a lomos de los cuadrúpedos, rompiendo al chapotear el perfecto reflejo de nuestras imágenes con el Harmandir Sahib o Templo Dorado al final del horizonte, igual que una evocadora postal de agencia de viajes.

Si hasta ahora todo había sido como muy místico y lleno de religiosidad, aquel lugar resollaba espiritualidad por todos sus poros, superaba todas las barreras y fronteras del alma conocidas. Los sentidos rezuman y tu esencia vital fluye con una fuerza descomunal e ignorada por ti hasta entonces. No es fácil abstraerse del entorno y su ambiente. Cuando el sentimiento entra puro, libre y diverso, te envuelve y tú, simplemente y en paz, te dejas llevar.

Cumplimos con el rito y nos lavamos los pies antes de poder cruzar el arco de mármol que vigila el templo cubierto de láminas de oro haciéndole flotar sobre el lago. Dentro se recitaba ininterrumpidamente, mientras el recinto permanecía abierto, el Guru Grant Sahib, el libro sagrado de los sijts.

Las colas para entrar eran inmensas, pero nosotros no tuvimos que guardarla. Un miembro de la comunidad vestido al uso con espléndido turbante blanco y túnica azul cielo fue a nuestro encuentro y rescate, pues algunos fieles empezaban a murmurar entre sí al ver a Jesús.

—*Salam malecum*, la paz sea con vosotros. Nuestro Templo está abierto a todos, sea cual sea su Dios, vengan de donde vengan. Sus puertas siempre os serán francas. —Nos saludó el sij dirigiéndose a todos nosotros. Después se

acercó a Jesús y le dijo: —*Namaste*, me inclino ante ti. Me llamo Sahib, en mi nombre y el de todos mis hermanos, sed bienvenidos al Templo Dorado de Amritsar. Seguidme, por favor.

El gurú conversó animadamente con Jesús al tiempo que nos llevaba por las diferentes dependencias y departía sobre la historia del santuario y sus antecesores. Sus hermanos sijs inclinaban imperceptiblemente la cabeza como respetuoso saludo ante nuestra presencia. Antes de que la mañana terminara a su fin nos sacó del templo para llevarnos al centro de la ciudad. Guiados por él penetramos en el jardín de Jallianwala Bagh, donde el ejército del imperio británico protagonizó la mayor represión contra los indios que reclamaban la independencia. Según la historia, cientos de ellos se ahogaron al saltar al pozo que mora entre los frescos aromas de sus plantas, huyendo de la carga de los soldados de la reina.

Como a Ghandi, una perenne lengua de fuego arde en memoria de aquellos valientes. Sahib siguió el gesto de Jesús, postrándose ante el monolito, y como símbolo de admiración depositó por unos minutos su *kirpán*, una pequeña daga curva que simboliza poder y libertad de espíritu, autorrespeto, la lucha constante del bien y la moralidad sobre la injusticia. Los sijs nunca la utilizaban para atacar, sí para autodefensa o bien para proteger a un tercero.

—Os estábamos esperando, Maestro. —Sus ojos indígenas lo miraban con perfecto sosiego. —Nosotros, los hermanos sijs, vemos a Dios en cada hombre. Entendemos y practicamos la igualdad, da igual la casta, religión, color de la piel, quién sea cada uno, su edad, o si es hombre o mujer.

Provocó un silencio.

—Pero en ti lo veo a Él.

Y después de otro silencio:

—En ti, mi Jesús, veo la misericordia, la generosidad, la valentía, la verdad, la compasión, la alegría, la humildad, el amor, todos nuestros valores, reflejos de los de Dios. Y no encuentro males. No encuentro ira, codicia, egoísmo, envidia.

Levantó la cabeza y busco a Jewish que se aturdió ante aquellas palabras y las que vinieron a continuación:

—Un buen hombre debe llevar la imagen de Dios dentro de sí. Ser honesto y servir de forma desinteresada. Debe proteger a los débiles y luchar por la

justicia. Y sobre todo aceptar siempre la voluntad de Dios con un espíritu positivo.

Quien escribe, conocía bien los fundamentos de la religión sij y Sahib había hecho una perfecta alocución con el resumen correcto de los mismos. Creían en un único Dios y en la aceptación de todas las religiones.

—¿Cuánto tiempo os quedaréis, mi Señor?

—El suficiente para servir y aprender, amigo Sahib.

—Será un honor para nuestra comunidad el teneros entre nosotros el tiempo que estiméis. No sabéis cuánto nos hubiera gustado conocer a vuestra madre, Maestro.

—Estoy seguro que su sentimiento sería recíproco.

—Para nosotros la mujer es un ser único que merece nuestro mayor de los respetos y consideración. Trae a la vida a los hombres buenos, hijos de Dios, de reyes o de Gurús. Comparten nuestros mismos derechos.

—Mi señora es una gran mujer, de eso no os quepa la menor duda, amigo Sahib —le apostillé. No me pude contener ante sus hermosas y sabías palabras.

—Gracias hermano, Belshazzar. —Me quedé perplejo al escuchar mi nombre de sus labios. No fui capaz de replicar. Sahib entonces sorprendió a Dominí:

—Conocemos vuestros nombres. Nosotros también tenemos mensajeras.

Jesús rompió con su risa contagiosa y ya nadie pudo parar. Cuando terminamos, con lágrimas de gozo en los ojos y totalmente distendidos, Sahib agarró del brazo a Jesús y le dijo:

—Ahora os pido que me acompañéis al *langar*, el comedor del templo, y participéis en la *pangat*, su asamblea. Nadie puede ser recibido por el Gurú del Templo Dorado, si no comparte mesa y misma comida primero con él. Conmigo.

—Te has saltado la regla.

—Es cierto, mi querido Jesús.

—¿Qué hay para comer?

—Un rico plato de lentejas y *chapattis*, pequeñas tortitas de nuestro pan casero. No hay más menú.

—No pinta mal.

—Te aseguro que no.

—¿Cómo os pagaremos?

—Sois nuestros invitados.

—Nos prestáremos voluntarios para repartir la comida y fregar los platos. Quiero conoceros desde el corazón, amigo Sahib. Empezaremos mañana mismo.

—¿Sabéis lo que significa la palabra sij?

—Discípulo, Sahib.

Jesús nos dejó claro que había venido a servir. Estuvimos el tiempo suficiente como para que aprendiera las enseñanzas del libro sagrado de los sijs. Todos los días compartimos lugar en la mesa en igualdad y fraternidad con sus hermanos. Todos los días ayudamos sirviendo la comida en el comedor y lavando la infinita loza que se acumulaba. Dormíamos y convivíamos en los *gurudwaras* o albergues para peregrinos del templo, lejos de lo que nos esperaba, aislados de lo que ocurría en nuestro mundo. Fuimos muy felices.

Y Jesús maduraba día a día, cumpliendo con su *bushido*, como diría el bueno de Suiseki.

El último día, antes de recoger los camellos que bien nos habían sido cuidados en la posada del lago, casi al anochecer, Sahib como todos los días presidía la ceremonia de cierre del templo, dejando el libro sagrado en su exterior, para que los miles de creyentes movilizados puedan estar más cerca de sus versos. Quiso darnos una despedida especial y se trajo una compañía del ejército hindú, perfectamente uniformada, igual que los soldados que protegen la frontera con Pakistán en Wagah para hacerlo con todos los honores.

Sahib y el resto de los diez principales nos dieron uno a uno su adiós, con un sentimiento encontrado de pena y alegría que fue mutuo. La masa nos siguió alborotada por nuestra partida. Suiseki prefirió salir de noche. Jesús se había hecho famoso y el hecho de su presencia se había expandido ya sin límites. La oscuridad no nos daba miedo y a veces nos reconfortaba. Total, teníamos sherpa que nos guiara por el buen camino.

Jaisalmer

El pobre de Matthew dio un grito desgarrador de júbilo mezclado con alivio. Al fin podría hacer descansar su macerado trasero. Fue quien peor se adaptó al camello. Jumala más hecha a la comodidad de ir tumbada en el trineo,

tampoco lo había llevado bien y se le notaba escocida. El resto más o menos. Los chicos los que mejor. Seguramente la pareja de enamorados fue la que mejor lo pasó. Nosotros los magos, acostumbrados, sobre todo yo, no tuvimos mayor problema. A decir verdad, todo fue bastante bien, teniendo en cuenta que fueran más de dos semanas de viaje circundando las zonas pobladas por deseo expreso de Jesús, que aún no quería manifestarse en público.

Siddhi nos condujo bien, bordeando la frontera pakistaní. Si tenía alguna duda pronto Philip y Wei salían en su auxilio, usando la orientación que el *Qi* les daba. Suiseki no se separaba de su protegido y Tadeo con la compañía de Foma, Jewish y Melchor realizaban incursiones anticipando las dificultades del recorrido. David y las mujeres de buen agrado se ocuparon de la intendencia. Y a mí y a Gaspar nos dejaron a fin de tomar nota y testimonio de los hechos, siguiendo de cerca a Jesús y Lys, que de nuevo no se separaba de él.

De poco me sirvió, pues evitaban hablar delante de nosotros y en cuanto tenían ocasión se apartaban. A veces se refugiaban en la compañía de Raquel y Moisés y se iban juntos, con la sombra escrutadora del samurái siguiéndoles. Así fueron los primeros en avistar el Fuerte Dorado que amuralla y protege la ciudad.

Mi cuerpo sudaba anormalmente. El sol abrasaba y el calor era asfixiante a pesar de que pronto vendría el invierno. Una sensación distinta me abstraía. Encontraba las cosas digamos que diferentes, extrañas. Todo estaba mucho más limpio y sus habitantes no se arremolinaban alrededor de nosotros como en otros sitios de la India, nos dejaban estar.

El fuerte dispensado sobre una colina es igual de frágil que un castillo de arena. Miles de casas asentadas sobre él lo han debilitado regando sus cimientos con la gran cantidad de agua que por sus canalizaciones circula. Simplemente, se desmorona. Apenas podían moverse nuestros camellos por sus callejuelas. Alguna vaca que deambulaba sin rumbo nos obligó a retroceder en un par de ocasiones.

Abandonamos a nuestras costas el exultante palacio del maharajá hasta llegar al conjunto de los ocho templos jainistas. Nos descalzamos para poder entrar y dejamos a Foma, un tanto harto ya de tanto santuario, a cargo de los animales. Antes nos desprendimos de todo elemento de piel como los cinturones, pues ellos creen que todo ser vivo sea animal o vegetal posee alma. Ninguno sabía mucho de ellos, tampoco pudimos enterarnos de más. Nadie se nos presentó.

Era como si el mundo por fin nos ignorara.

Comimos de nuestros víveres a la orilla del lago Amar Sagar. Infinidad de *havelís*, antiguas residencias con determinado valor histórico y arquitectónico, nos habían marcado el camino. Solo los que se dirigen al desierto hacen parada en este lugar. Acababa de rematar la época de lluvias y sus gentes disfrutaban de sus aguas bañándose en ellas. Muchos navegaban en pequeñas barquitas alquiladas contemplando la exultante belleza de las aves que migran en su reserva natural.

—¿Adónde nos llevas Siddhi? —le preguntó Wei.

—Al desierto de Thar.

—Confieso que a veces el Maestro me confunde —se sinceró Tadeo.

—No solo a ti. No es fácil protegerle. Asume muchos riesgos —añadió Suiseki.

—Bah, solo ser un chico con ganas de aventuras —se entrometió Foma.

—Parecéis niños. He crecido con él y desde que empezó el Gran Viaje no he sentido que haya tomado decisión o destino sin un por qué. —David durante aquella larga estancia por el país de los mil colores, empezara a demostrar su implicación y actividad en el grupo.

—Tienes razón. Nos hemos hecho mayores y os seguimos viendo como niños —apuntillé pensativo.

—En dos horas estaremos instalados en las dunas de Sam. Lo antecede un pequeño pero exuberante y primaveral oasis donde podremos hacer noche. Cuentan que al empezar el atardecer es uno de los lugares del mundo donde más estrellas verás en el cielo, allí clavadas, esperándote, y que tienes que encontrar la tuya, porque será la única vez en la vida que la verás. Supongo que el Maestro viene a buscar la suya.

El sherpa suspiró, aún no sé si por el cansancio, el sudor y el exceso de calor acumulados, o por la elección de aquel destino.

—¡Lilium! —exclamó entonces Jumala como si le hubiera iluminado la inspiración divina.

Allí, montamos campamento. Pronto se nos echó la noche encima. Hicimos un pequeño fuego y cenamos algo caliente, no recuerdo el qué. Sí recuerdo el maravilloso espectáculo que se colocó ante nuestros ojos al tumbarnos y mirar al cielo. Me hizo regresar a mis noches jordanas en Amán y Petra. Con el ocaso, las dunas ondulantes de fina arena dibujaban su contorno fusionándose con la bóveda celeste. Jesús se apartó unos metros y se sentó al estilo árabe. Busqué la constelación perdida de los dioses, haciendo caso a la sami. En el centro, una luz comenzó a destellar con mayor intensidad. Despacio, a los pocos, fue cogiendo más presencia y una forma más nítida. Era ella, efectivamente. La flor de lis se fue dibujando imprecisa a base de haces blanquecinos incandescentes. Sentí a Jesús rezar.

Shhhhhh. Un agudo siseo nos hizo levantarnos al unísono. Conocía muy bien ese silbido. Acostumbrado a la oscuridad del desierto de mi tierra, iba provisto de mi antorcha que encendí lo más rápido que pude con la hoguera. Jesús estaba de espaldas y permanecía inmóvil cuando lo iluminé. Una cobra india de anteojos se erguía ante él con su capucha abierta y en forma amenazante.

—Sé quién eres y no te temo.

La serpiente se le abalanzó mordiéndole. Suiseki sacó su catana, pero Jesús se había levantado e interponiéndose le hizo bajar la espada cuya hoja brillaba ante el fuego de mi tea. Nos habíamos quedado alelados todos. Vi a Lys llorar.

—Vete. Nadie te hará daño.

El reptil se retiró arrastrándose por la arena del desierto, igual que en el Génesis. Yo me precipité sobre Jesús y vi en su brazo izquierdo la terrible mordedura. Le tomé el pulso y comprobé que sus constantes eran asombrosamente normales. Lys lo abrazó sollozando. Todos estábamos consternados.

—Será mejor que volváis a dormir. Mañana será un día duro. Y yo estaré listo de madrugada.

Nadie habló. Le hice una señal a Wei y a través del pensamiento le indiqué mi extrañeza, pero que todo estaba bien. Pasé la noche en vilo, a su lado, como no podía ser de otro modo. Antes de que despuntase el alba, nuestro Maestro estaba en pie preparando el camello. Lys le ayudaba a ello sonriente. Todos me miraban preguntándome. Me encogía de hombros sin saber qué decir, pero mis labios se dejaron ir:

—Este es el primero de muchos milagros.

Jaipur

Consciente de que Jesús tenía una razón para cada lugar, aunque a veces no nos la descubriera y aquella travesía se empezara a convertir en una especie de jeroglífico indescifrable, no volví a preguntar cuál era nuestro próximo destino. Al fin y al cabo, no era muy difícil de adivinar al ver el rumbo y el próximo poblado con alguna razón mística o algún lugar sagrado importante. Pero no sería tan sencillo.

Tardamos una semana en arribar la orilla del lago Maotha. Los dos últimos días habíamos viajado de noche para atravesar zonas de mayor población amparados por la oscuridad. La ciudad dorada, pensé y entonces rebusqué para encontrar su por qué. Pero no lo hallé. En la ribera un *mahout* nos esperaba con sus elefantes preparados para abordar Fuerte Amber. Uno de sus ayudantes se hizo cargo de nuestros camellos, indicándonos que no teníamos que preocuparnos de nada hasta nuestro regreso. Miré para Matthew, pues era evidente que andaba metido en el ajo. Ya se había hecho cargo de la situación, respaldado por su inquebrantable amigo Foma. «*Curiosa amistad*», me dije a mí mismo por enésima vez.

Y por enésima vez también, el amanecer nos envolvía con su mágica atmósfera y reflejaba en el agua del lago las murallas terracota de la fortaleza. Maravillosa. Imponente.

A esa hora apenas había turistas y no tuvimos que esperar para que, montados a lomos de aquellos enormes y amables paquidermos engalanados con sus trompas tatuadas, pudiéramos subir por la rampa de la colina contemplando el fascinante monumento. Cruzamos por su puerta *Surai Pol* para entrar como los antiguos maharajás en la espléndida plaza ajardinada.

Nuestro mahout se prestó a cambio de unas cuantas rupias más a hacernos de guía el resto del día. Ignoraba la razón, pero esta vez eran Matthew y Jumala los que gobernaban con Jesús las decisiones. Wei se encogía de hombros y Suiseki controlaba sus pensamientos al más puro estilo samurái. David pululaba entre Tadeo y yo, reivindicando su madurez y pertenencia, y dejando que sus amigos más jóvenes se fueran distanciando en pareja, aunque en la de Jesús y Lys había emergido una especie de muro invisible expresado con cierta frialdad desde el oculto suceso del Templo Dorado de Benarés.

Todas las edificaciones de la ciudadela se encontraban conectadas entre sí por pasadizos y patios que nos tocó explorar ya sin los elefantes. El *mahout* nos condujo por un complicado laberinto de callejuelas, túneles y estrechas correderas hasta desembocar en el Vestíbulo de los Espejos, un amplio receptáculo iluminado solo por la llama de una vela. Y allí nos abandonó a nuestra suerte. ¡Traidor!, mascullé.

Todos los que teníamos armas las sacamos. David a mi lado mostró su insignia con un arco engarzando en él una flecha a su perfecta medida.

—Pertenece al tío Lucas. Ahora no lo necesita. Él me enseñó bien.

Me reveló en un susurro, juntando su espalda a la mía. Nuestras figuras se multiplicaban por los espejos. Suseki se había pegado a Jesús convirtiéndose en su escudo. Los dos habían cerrado los ojos concentrándose en sus Qi respectivos. Tadeo y Wei los cubrían. Las chicas habían agarrado a Lys y la pareja de tortolitos. Foma y Melchor se juntaron con Jewish y Gaspar, que últimamente se habían vuelto inseparables.

Me faltaba Matthew. No lo distinguía en ningún reflejo. Hasta que la llama tembló y pude ver como caminaba hacia un lugar indefinido seguido por Siddhi y Philip.

Pero ¿qué diablos...? Pensaba cuando una voz potente pronunció un nombre:

—¿Matthew?

—Aquí estoy, amigo.

—Un placer. Me envía nuestro amigo común, el maestro masón. Puedes llamarme Leonardo, si te parece.

Un acento hispano, del sur de América deduje, seguramente argentino.

—Así será entonces, Leonardo. ¿Nos vamos entonces?

—Sí, creo que será mejor sacar de aquí a tus asustados amigos. No estaría de más que envainarán las espadas antes de que empiecen a llegar los primeros turistas y esto se convierta en un video viral para las redes y los devoradores de carne barata.

Como resortes y sin entender absolutamente nada, todos pusimos a oculto nuestras armas. Leonardo, buen conocedor del lugar de cada espejo, hábil, uno a uno, nos fue sacando de nuestro espacio de pérdida para agruparnos.

Sin mínima duda ni dilación nos condujo fuera del fortín. Le seguimos el paso

algo aturullados y viendo los unos para los otros sin entender lo que pasaba ni adónde íbamos. Jesús iba con Matthew y el tal Leonardo. Apenas hablaron por el camino. No se le notaba preocupado, pero tampoco tenía la impresión de saber muy bien cuál era nuestra próxima estancia.

—¡El observatorio astronómico de Jantar Mantar! Para quien no me haya escuchado antes, mi nombre es Leonardo y soy el astrólogo regente.

El sol radiante nos anunciaba lo propicio del día para disfrutar de una nueva experiencia hurgando en las estrellas. Aquel lugar navegaba entre las aguas de lo arqueológico, lo científico y lo religioso. Uno de los observatorios solares más grandes del mundo y que a pesar de su antigüedad seguía activo, destapando sus secretos.

Era como un gran estadio sin graderías, con espacios estancos distribuidos como pequeñas construcciones de formas singulares que en realidad no son otra cosa que instrumentos de gran precisión para el estudio del universo que nos rodea y cubre.

—Aquí, mis queridos amigos, el reloj de sol más grande del mundo convive con otros hermanos menores y un astrolabio impresionante de casi dos metros de diámetro, entre otros. —Nos empezó a explicar complaciente y solícito el tal Leonardo. —Hace tres siglos, el marahajá de entonces, un hombre sabio y preclaro, estudioso apasionado de la astronomía y de las leyes que rigen el firmamento, mandaría construir este observatorio y otros cuatro más en la India. Lo más curioso de todo es que este hombre no conocía la existencia del telescopio ni sabía siquiera quién era Galileo. Es por lo que es aún más admirable su obra. Jai Singh II, que así se llamaba, inventó la mayoría de los aparatos que hoy podemos admirar aquí. Estas varillas alargadas en forma de estructura se llaman gnómones. Los catorce que podréis ver al recorrer el observatorio son fascinantes. Su gran tamaño es para ganar en precisión, por eso se utilizaron materiales como la piedra, el mármol y el bronce. Unos son para medir el tiempo, otros para estudiar las estrellas y las constelaciones, algunos incluso pueden predecir los eclipses y calcular la posición de los planetas con gran precisión.

La verborrea de Leonardo, que tan solo era un apodo en honor al gran maestro del renacimiento italiano, nos sedujo. Hicimos el recorrido completo al rebujo de su magnífica exposición. Él reproducía los tonos de voz con parsimonia y como si ya lo hubiera hecho muchas veces, pero no exento de entusiasmo. Su comunicación no verbal era impecable. Perfecta. Su deje natural le otorgaba

una simpatía cercana, en particular a los que veníamos de la aldea perdida. El idioma nos hacía empatizar más.

—En aquella época los estudiosos de los misterios del universo en la India eran sacerdotes. De ahí el que haya tantas referencias religiosas. El vínculo es semejante al de nuestras culturas. Ellos buscaban decir al pueblo que se comunicaban con Dios cuando simplemente observaban con detenimiento el cielo y predecían el futuro del clima, las cosechas o interpretaban las cartas astrales de las personas. Aquí tenéis el *Samrat Yantra*. Este reloj de sol es como una brújula que apunta al polo norte y es el más grande del mundo. Su sombra se desplaza exactamente a un milímetro por segundo. Las pozas semiesféricas reflejan una sobre la otra el mapa astral. Estas otras son capaces de medir la altitud de los cuerpos celestes. Y subirse a esta escalera es un canto a la contemplación de las estrellas en las noches despejadas de Jaipur.

Pasamos el día disfrutando de esta maravilla que la mano del hombre había dispuesto a semejanza de dios y que mostraba que cuando la voluntad era buena, todo se igualaba y los límites se hacían más etéreos. Con la llegada de la noche, Jumala fue la primera en querer estrenar el observatorio en sí mismo y subió los inclinados peldaños. Matthew le siguió inquieto.

—Echo de menos mi aurora boreal. Y tú, ¿qué quieres encontrar aquí arriba, Mat?

—La constelación que me llevó a Jesús.

—¿Lilium?

Matthew contestó con un movimiento afirmativo de su cabeza.

—¿Por qué?

—Quiero saber si mi hijo está allí.

—¿Y qué esperas?

—No sé. Una señal, un algo. No sé, de verdad...

De lo más profundo del estrellado firmamento un cometa se iluminó y sobre nosotros se dibujó por unos instantes.

—Lukas estaría orgulloso de ti.

Jesús se le había acercado sigiloso. Al verlo lo abrazó. El bróker por fin superó el duelo por la muerte de su hijo y entendió el mensaje que aquel misterioso maestro masón le había dado más de veinte años atrás.

Melchor, Gaspar y yo no dábamos crédito a lo que nuestros ojos veían: la misma estrella que nos había llevado a Jesús.

Ranthambore

El otoño en plena madurez le dio a Jesús largas noches estrelladas, límpidas y puras en las que permaneció incontables horas oteando los enigmas velados de sus luceros. Calculo, sin margen a poder equivocarme, que mantuvo extensas conversaciones con la deidad de la que procedía. La búsqueda de su verdadera espiritualidad bullía en su interior. Jesús no era el mismo niño provisto de aquella insolencia innata que partiera de Liliun. Había evolucionado. Su aura se había agrandado. No había perdido su sentido del humor, pero ya no abusaba de él. No había dejado de ser niño, pero sabía comportarse como adulto. No había restado ni un ápice su cercanía y cariño, pero había aprendido a guardar distancia mínima de colisión cuando era necesario. No había derramado ni una gota de su arrebatador ímpetu, pero había cultivado la virtud de la paciencia. Era el mismo Jesús, pero en versión extendida y mejorada, no tengo otro modo de explicarlo mejor.

—¿Qué te dice? —le preguntó una de esas noches Domini.

—Muchas cosas. Algunas las entiendo y otras son complicadas.

—¿Te puedo ayudar?

—No, nadie puede. Solo él. Me prepara.

—¿Te está hablando ahora mismo?

—Sí. —Jesús le volvió sus brillantes ojos miel.

—¿No me vas a contar lo que te está diciendo...?

—Me dice que el deseo de dos mujeres atrevidas, curiosas y un tanto cotillas se va a cumplir...

Y fijando la mirada en su discípula, le sonrió con una burla cariñosa:

—...Dile a tu amiga Iapona que mañana oírás el rugido del tigre.

Domini se quedó mirándole pasmada.

—¿Cómo has sabido que te lo pediríamos?

—Papá me lo ha chivado.

El *mahout* nos devolvió los camellos en perfecto estado, frescos y bien

alimentados. Sobre sus jorobas los últimos desplazamientos se nos habían hecho más llevaderos, y ya todos más o menos se manejaban con buena prestancia. En dos jornadas allanábamos la reserva natural de Ranthambore, donde el tigre de bengala se había conseguido salvar de la extinción. Por fin encontraba una obra buena con la madre naturaleza de nuestra depredadora especie.

«El gobierno hindú se implicó en su conservación. Ha conseguido que su población esté orgullosa de su parque natural y del tigre como símbolo patriótico del país. Luchó contra los furtivos y negoció con los habitantes autóctonos para trasladar sus poblaciones, dándoles a cambio recursos, infraestructuras y escuelas. Ha funcionado y el método se está empezando a copiar en otros países del mundo». Nos esclareció Philip, al llegar a su entorno.

En un arrebato, saliendo de la espesura que entregaba la llanura amarillenta, tres felinos de piel rayada anaranjada con trazos níveos se acercaban marcando con sus cuatro patas cada movimiento. El pecho se me oprimió de miedo y un tembleque se me hizo notar. No fui el único. Los camellos se agitaron nerviosos. Mis compañeros no decían nada, pero al que más y al que menos se le escuchaba borbotear la sangre.

Los tigres, dos machos y una hembra, nos estudiaban sabiéndose superiores, aunque cautos. Bellas bestias. No puedo mentir. No me pareció la mejor forma de admirarlas. Seguramente, mucha gente hubiera dado una parte de su vida al diablo por aquellos momentos únicos, pero eternos para nosotros. Solo Jesús no se inmutó ante su presencia. Descendió de su montura. Esta vez, Lys no quiso acompañarlo.

Wei, Suiseki, Tadeo y Philip quisieron hacer un círculo alrededor suyo.

—¡No!

Imperativo y enfadado, Jesús se lo prohibió y se tuvieron que conformar con alertar a sus *Qi* por si surgía la emergencia.

El macho más grande se acercó diligente hasta él, frenando en seco. Hombre y animal se escudriñaron. Jesús sereno, le sonrió y alzó su mano hasta posarla delicadamente sobre su cabeza y acariciar el esponjoso pelaje de su piel. No opuso resistencia y dejó hacer a Jesús que deslizó las yemas de sus dedos hasta llegar a su hocico.

Mi corazón bombeaba a todo gas hasta dolerme. La pasividad silenciosa de

sus guardianes que permanecían con los ojos cerrados supuestamente protegiéndolo de aquel peligro en forma de felino, no conseguía tranquilizarme. Las otras dos fieras se habían unido taimadamente. Todos los que estábamos con los ojos abiertos me miraban desesperados cómo preguntándome qué hacíamos ahora. No tenía respuesta. Ni siquiera podía hablar.

Entonces la lengua rosada de aquel imponente bicho le lamió la mano en señal de aprobación. Sus iris casi amarillos observaban juguetones a Jesús, que no dudó en acariciar el denso y precioso pelo de su lomo de arriba abajo. Después le hizo cosquillas y los dos se revolcaron por el suelo como chiquillo y gatito retozando juntos.

—¡A ver, chicas! Están esperando por vosotras. ¿No los queríais ver? Pues ahora, hasta los podéis tocar. Venga, bajad de los camellos.

Dominí y Jumala descendieron acongojadas. Los tigres, el macho mayor y la hembra, las esperaban desafiantes. Foma me hacía aspavientos para entrar en acción, pero estaba totalmente paralizado. El ruso se disponía a apretar las riendas de su camello, cuando el macho con su mirada clavada en nuestra compañera la esquimal ya se le había colocado de frente. Todos los que permanecíamos en el mundo de los despiertos contuvimos la respiración. Una de sus zarpas se apretó contra su pecho. Temimos lo peor. Sin embargo, fue tal la delicadeza con la que la fiera dejó caer su pata que ni Jumala se lo podía creer. El tigre había escondido sus uñas a posta para no herir a la mujer. Ella le acarició juguetonamente y él se dejó hacer hasta que la derribó y al igual que Jesús y su compañero rodaron por la tierra. Dominí entendió que su tigre no entrañaba amenaza ninguna y luego, no sin reservas, se lanzó a acariciar a la fémica del grupo. Pronto terminó dando volteretas como el resto.

Los protectores despertaron de su ensoñación con medias sonrisas, casi mofándose de nuestros temores. No soy violento, pero creo que si en aquel momento hubiera podido desmontar a más de uno le hubiera pegado un par de buenos puñetazos, tal era la tensión contenida.

—¿Y el resto qué? ¿No bajáis a divertirnos un poco? ¡Solo son pequeños gatitos!

Nadie se rio. Nadie habló. Nadie se atrevió.

Hicimos noche en una arboleda. Foma para decaer su subidón de adrenalina se encargó de montar el campamento. David que reconoció que no había pasado

nunca tanto miedo, se prestó a ayudarlo. El resto a excepción de Jesús y las dos heroínas que no paraban de comentar entre carcajadas su experiencia, apañábamos la leña que podíamos y teníamos más cerca, pues tras coger confianza los «animalitos» nos merodeaban buscando ahora nuestra presencia. Pero nadie quiso contacto físico con ellos salvo Jesús y las dos chicas. En tiempo récord prendiéramos una buena hoguera pensando que así evitaríamos que se acercaran. Jumala y Domini se desternillaron de risa ahora que habían perdido todo temor. El resto seguíamos amedrentados. Moisés y Raquel aprovechaban para apretarse aún más. Incluso Lys prefirió nuestra compañía y se arrebujó al lado de David.

Solo Jewish quiso probar su valor y se acercó a las fieras, pero al hacerlo el macho más joven se volvió agresivo y si no fuera porque Jesús llegó a interponerse en su camino, lo hubiera descoyuntado. Su instinto animal le había avisado del mal humano. El «curita» se retiró con el corazón helado. Nadie lo intentó después. Y más cuando apareció el resto de la camada, con otros tres cachorros.

Yo sabía que los tigres nunca van en manada. Y aunque hasta en eso su comportamiento era singular. Aquella noche, salvo los tres valientes y los camellos que extrañamente sí que descansaron, nadie pegó ojo.

Udaipur

Según mis notas, dos días más tarde del episodio circense desde mi parecer, absurdo e innecesario, aecido en Ranthambore, pisamos las ruinas de Ahar y sus *cenotafios*, en las afueras de Udaipur, ciudad allá conocida también como la Venecia del Norte.

Si no era de una manera era de otra: la muerte se disfrazaba de diferentes formas ante nosotros. La India nos había quebrado el alma con su misticismo, en cómo sus gentes interpretaban la vida, cómo la compartían y cómo coexistían entre ellos, tan iguales, tan distintos. La asunción del último destino y el ritual de su camino, de cada lugar que habíamos pisado, nos había desbordado. Jesús había utilizado aquel país como experiencia vital y de preparación no solo para él, sino para todos nosotros. Quiso que conociéramos todas las versiones del espíritu según sus dioses. Fue como una obsesión por que se inoculara en nosotros la certidumbre de que había luz en el más allá. Unos la verían blanca luminosa y otros de colores níveos, pero había luz.

Según el diccionario un cenotafio es «un monumento funerario en el cual no está el cadáver del personaje a quien se dedica». Yo los llamo sepulcros vacíos.

—A algunos os falta alguien porque se fue. Alguien a quien amabais mucho. No a todos os ha pasado.

Jesús hablaba mirando al cementerio sin cuerpos que nos invitaba a entrar. Pequeñas construcciones idénticas en forma, pero de diferentes tamaños, casi se hacinaban entre ellas. Más de doscientas cúpulas hendían el aire sostenidas todas por sus finas columnatas de mármol devastado por el efecto del tiempo y con el blanco que solo deja la caries. Arrancadas desde el suelo, también marmóreo, que las sostenía, se elevaban sus piedras cerradas. Según el tamaño de esa especie de balcón abierto para la última sinfonía, así debía de ser la importancia del difunto. Una necrópolis en que lo único vivo que podría habitar, en aquel momento y en todo caso, serían fantasmas...

—Aquí lo encontraréis.

Aquella premonición nos descolocó.

—¿Y cómo? —preguntó una Lys intrigada y quizá escamada.

—Camina entre ellos e invócala recordando lo que sientes en tu corazón.

—No entiendo...

—Su cenotafio te encontrará a ti.

—¿Su cenotafio?

—Sí, Lys, tu madre se te aparecerá. No podrás hablar con ella, pero la sentirás.

—¿Mi madre?

—Sí, tu madre. Tú ya sabes lo que es el otro lado. Ya lo viste en Benarés.

Lys asintió y ante la atónita mirada de todos se sumió entre los decrepitos panteones. Uno tras otro nos fuimos sumando al preceptivo culto que de forma sutil había encomendado Jesús. Yo no sentí nada. No tenía ningún ser querido reciente muerto. Quise mucho a mis padres, pero hacía tanto tiempo de aquello que la memoria se perdía en la lejanía de los más borrosos recuerdos.

—Si el duelo se ha superado de verdad ya no aparecerán. Si el deseo de que vuelvan es más potente que el olvido, también vendrán.

Un magnetismo ignoto condujo a Lys al sepulcro donde el halo luminoso de su

madre la esperaba. No la había conocido, pero era tan fuerte su querencia que Nora acudió a su llamada. Un lloro de inmensa alegría rebotó en su corazón. No hablaba. No podía. Pero a Lys no le importó. La sintió por primera vez y eso bastaba. Ahora ya tendría la esencia de su madre impregnada en su piel para siempre.

Recorrí el lugar en un grato y pleno paseo a mi albedrío. Y pude ver... David y Raquel se abrazaban a su padre Mateo; Moisés al suyo, Jacobo; Siddhi al viejo sherpa y Jewish a un pirata holandés. Ellos habían perdido a sus padres y los llevaban inscritos en su corazón. Matthew se salió del guion intentando besar aquella forma etérea que ahora era su hijo Lukas. También Suiseki venerando la imagen de su abuelo y Philip postrándose ante su viejo maestro Pandit. Y sorprendente fue lo de las chicas: Dominí acariciando a una de sus mensajeras y Jumala al espíritu de su primer huskey en forma de cachorro.

Pero hubo uno después de Lys que me conmovió especialmente: Tadeo besando la mano del Papa Francisco.

Pronto me vi acompañado por mis viejos amigos Melchor y Gaspar, y por los nuevos como el cascarrabias de Foma y el maestro Wei. No había dudas de que en nuestro interior ya no había pérdidas que nos importaran lo suficiente.

—Son los recuerdos los que mantienen vivos a los que amamos. Esa es la verdadera inmortalidad. Si los olvidamos sus espíritus se desvanecen para siempre y es como si nunca hubieran existido.

—Yo no tener a nadie que llorar y nunca tener —suspiró el ruso con su típico malhumor.

—¿Tú crees? —le replicó Jesús. Foma movía la cabeza, totalmente convencido. —Te equivocas. Si mañana se fuera Mat, ¿no le echarías de menos?

—No ser lo mismo. Yo no tener tampoco mujer.

—Qué necio eres. Sí que lo echarías de menos y también estás a tiempo de encontrar mujer. Aunque para ello deberías cambiar un poco el carácter.

Le cortó Wei al que el ruso no se atrevió a contrariar. Solo hizo un amago de gesto como disconformidad. Los magos nos sonreímos. Jesús se nos unió y yo osé preguntarle:

—¿Y tú no buscas tu cenotafio?

—Mejor no.

—¿Por qué?

La respuesta nos dejó desolados.

—Tengo toda una eternidad para reencontrarme con mi yo anterior.

Mumbai

Pasaríamos las navidades en la ciudad más cosmopolita de la India. Poco menos de un mes de camino entre las jorobas de nuestros amigos los camellos, haciendo escala obligada en las grutas de Ajanta. Un inimaginable conjunto arquitectónico excavado en la roca de 24 viharas o templos y 5 *chaityas* o santuarios con pinturas rupestres que nos ofrecen una visión sencilla del hombre y su relación con la deidad. Incrustadas sobre una hondonada, protegidas por pequeñas cascadas de agua cristalina, fueron ganadas y forjadas en la zona más abrupta de la montaña, las primeras de ellas antes de la venida de Cristo. En sus paredes están plasmadas las reencarnaciones de Buda y distintos episodios de su vida. Pequeñas esculturas cinceladas por las manos artesanas de los pedreros de la época representan con majestuosidad la historia del primer gran profeta de la humanidad. El aire está viciado por una honda espiritualidad, como si cierta divinidad hubiera sido la fuente de inspiración de aquellos hombres dotando al lugar de una riqueza incomparable, donde la crónica muda entre lo profano y lo religioso a través de la indescriptible belleza que cubre sus paredes, nos hablara de la tolerancia de los hombres sabios y dignos de corazón.

Unas horas fueron suficientes para recuperar el sosiego y encarar la que sabíamos que era la última etapa antes de que el camino nos llevara ante el designio final.

El trecho postrero lo hicimos de manera distendida. Desconocíamos cuánto tiempo tenía Jesús previsto pasar en Mumbai y tampoco sabíamos qué era lo que pretendía encontrar en la ciudad que nunca duerme. Excepto el hermano Tadeo.

Esquivamos la gran urbe y nos fuimos al extrarradio norte. Nuestras bestias no estaban hechas para tal inmensidad de asfalto, así que Matthew se encargó de cederlas a un grupo de aldeanos, pequeños pastores y con aspecto de buena gente. Agradecidos nos condujeron hasta la pequeña misión de unas hermanas de la Orden de María a las que el jesuita, con la ayuda de la mensajera de Domini, había avisado en tiempo de nuestra llegada.

Eran seis mujeres de mediana edad, españolas y que voluntariamente se habían exiliado a aquella tierra de grandes contrastes y desigualdades. Mumbai, la más prospera y rica de la India, con más de veinte millones de habitantes, en aquella barriada albergaba una de sus mayores miserias: más de doscientos mil niños bregaban cada día entre inmundicias, mal viviendo de la caridad o explotados vendiendo periódicos y flores o subsistiendo en el servicio doméstico. Aquellas minúsculas seis hermanas eran su esperanza. Jesús había ido allí para acudirlos.

Fueron dos años largos en los que dotamos de felicidad a aquellos pequeños, ansiosos y sonrientes, siempre sonrientes, seres. Nada más llegar, Jesús me cogió de las manos y me suplicó como solo él sabía hacerlo:

—Bel, tienes que hacer con ellos lo mismo que hiciste conmigo.

—¿Qué quieres que haga?

—Enseñarlos, Bel, enseñarlos.

La hermana Julia, preceptora de su comunidad, nos incluyó en su claustro de la escuela que regentaba. Admirada de mi trabajo con Jesús, me hizo tomar las veces de director, algo que me abrumó de agradecimiento y responsabilidad. Wei, Melchor, Philip y Tadeo se volvieron mis más estrechos colaboradores. Pero fue entre todos como conseguimos aliviar el hambre de conocimiento de aquellos chiquillos, especialmente de las niñas que, sabedoras de la cruel discriminación a la que serían sometidas a lo largo de sus vidas, se imponían el doble de tesón que sus compañeros. Las mujeres se hicieron cargo de ellas. Jumala, Domini, Raquel y Lys fueron, más que profesoras, unas amigas geniales que les instruyeron en el concepto de la igualdad de género y el futuro por el que tendrían que luchar. Sé lo mucho que disfrutaron con las miradas grandes y abiertas de las pequeñas cuando escuchaban las lecciones. Todos aportamos nuestro granito de arena. Matthew no solo proporcionó mejoras en los equipamientos y materiales, sino que se nos convirtió en el maestro políglota inculcando la gramática del inglés, español y latín. También las matemáticas se convirtieron en su especialidad. A Foma lo colocamos al servicio de las hermanas patrullando las calles en busca de los más desfavorecidos, porque nos pareció que la enseñanza del ruso no era lo más necesario para aquellas mentes proclives y despiertas. Tadeo, hermano de culo inquieto, enseguida se apuntó a su escuadrón. Acostumbrado a los niños indígenas del Paraná, necesitaba recordar aquellos años pasados y experimentar de nuevo aquellas sensaciones ahora ausentes. A cambio, se

responsabilizó de confeccionar las listas de las clases, alumnos y sus edades. Ingrato trabajo que las hermanas, y todos en general, agradecemos de verdad.

Gaspar intentaba catequizar sin demasiado éxito pues, aunque parezca contradictorio, Jesús se había convertido en su competencia. Mientras el mago quería imbuir a los diminutos legos los sacramentos cristianos, nuestro maestro les envolvía en la tolerancia del sentimiento religioso y en la generosidad del alma de cada ser humano y solo le importaba jugar con ellos, escucharlos y que fueran felices. Mi hermano se desesperaba ante sus estériles intentos por conducir a los críos por su buen camino, pero nunca renegó ni discutió con Jesús. Poco a poco, entendió la verdad tan profunda y eterna que mi protegido infundía con sus actos y sus palabras en todo el mundo.

Más contradictoria si cabe era la presencia de Jewish en aquel entorno, al albur de Gaspar y Jesús. Su halo cenizo en aquel tiempo se fue difuminando y sus labios comenzaron pronto a sonreír y a mostrar el lado bueno de su esencia. Los chavales también lo percibieron, en particular las féminas que seducidas por su innegable atractivo físico y aquellos ojos claros arrebatadores revoloteaban con cualquier excusa a su rededor. Matthew también lo reclamaba de vez en cuando para sus clases de inglés, cuando el número de participantes superaba la media, y él dispuesto se mostraba complacido por que se contara con él.

Sin embargo, yo seguía sin fiarme. Lo resbaladizo de su alma me hacía contener en mí una desconfianza que solo al final pudo diluirse para siempre. Conocía sus sentimientos de baja autoestima y la envidia poderosa que conmocionaba en él, siendo capaz de cualquier cosa. También sabía que luego vendría el remordimiento y los quebradizos sentimientos de un alma desorientada y en pena. Pero eso no me valía, no era suficiente.

Wei equilibraba aquellos pensamientos agresivos en mí, era la balanza que mantenía firme mi fiel. Me inició en el control de la respiración y de mis instintos. Me adiestró en el primer conocimiento de mi *Qi*. Fue mi aliado, mi amigo, mi desdoblamiento personal. En él me apoyé y él me reconfortó. Fui hermano de todos ellos, pero en Wei mi esencia siempre pervivirá.

No solo lo hizo conmigo. También con los niños. Les enseñó el valor y el poder del silencio y a sentir cómo volaban por sus cuerpos las partículas del aire que inspiraban. Ellos se reían mucho con él. Le llamaban «mago». Yo advertía que sus corazones salían limpios de la escuela, que nadie les contaminaba, y que el día de mañana serían libres.

Abrían los ojos como platos cuando Philip les relataba la historia de su país, de sus hombres, de sus dioses. Tenía un don especial para ello, la palabra justa y apropiada para sus mentes curiosas y ávidas de saber qué había pasado. Sus antepasados bailaban, luchaban, rezaban o se procreaban envueltos en el halo de sus inmensas imaginaciones. Después, si procedía, Siddhi, su otra mitad, les tenía preparada una visita relacionada al tema en algún museo, monumento o en alguna sala de cine en la ciudad del floreciente Bollywood. Antes, las cariñosas y presurosas hermanas les aseaban lo más posible mientras otros preparábamos las mochilas con algún pequeño tentempié. Todo era dedicación y sobre todo amor, mucho amor a lo que estábamos haciendo.

Cuando las niñas tenían clase por separado, no paraban de preguntar perforando con sus preguntas sobre todo a Jumala y Domini. Querían saber cómo pensaba una occidental y qué podía hacer. Sus ojos se iluminaban al entender que tenían los mismos derechos que un hombre y que podían vestir como quisieran y viajar a cualquier lugar sin que alguien del otro sexo le pusiera trabas. Lys y Raquel les contaban entonces cómo funcionaban en el grupo y que cada uno ofrecía lo que mejor sabía hacer sin distinciones por ser hombre o mujer. Todas les hablaron de sus vidas, de dónde nacieron, cómo era su familia y de lo que hicieron y por qué. Después continuaban con las clases de las asignaturas comunes compartidas con los niños, salvo cuando estos pasaban también por el filtro de mis queridas profesoras, para ser educados en el respeto hacía ellas. Solo los años nos dirán si lo hicimos bien.

David, que se había erigido en mi apreciada sombra y la de Wei, se convirtió en un gran sustituto en mis clases de ciencias naturales o física y química, cuando otras obligaciones organizativas me ocupaban. Durante aquel tiempo supe que estaba llamado a ser pieza importante de la historia. Me equivoqué. No sería importante, sino clave.

Si David me tomó a mí como referente, Moisés cuando no podía estar al lado de su enamorada, se aferró a Melchor. No entiendo mucho de cómo funcionan y por qué sus afinidades. Presiento que la química de nuestro corazón dándole órdenes a las neuronas bailarinas de nuestro cerebro producen las enzimas precisas para desviar la simpatía personal hacía una u otra. Así estos últimos se convirtieron en los héroes de las hermanas en particular y del resto en general, al tomar la decisión de encargarse del mantenimiento general.

Pero cuando mejor se lo pasaban era en las clases de Suiseki. Como todos

pensáramos que algo de ejercicio, disciplina corporal, mental y un poco de autodefensa no les vendría nada mal, colocamos a nuestro amigo samurái como profesor de gimnasia y artes marciales. Y a pesar de la sobriedad de Sui, como ellos le llamaban emulando a Jesús, este se dejaba querer. Como críos que eran estaban deseando salir al patio y gritar al ritmo que les marcaba con los ejercicios.

Entretanto, Jesús recibía a los niños cada mañana. Los llegó a conocer a todos por su nombre. Les pedía que le contarán sus historias. Quería su mirada, la que solo los niños que lo han perdido todo menos la sonrisa saben enseñar al resto del mundo. Aquellos ojos enormes y brillantes que se te clavaban con una felicidad que los demás no éramos capaces ni siquiera de copiar. Aquellos labios hermosos, sedientos de ti, que solo sabían pronunciar la palabra «gracias».

Así fueron pasando los días. Nos fuimos acomodando a esta situación y como si fuéramos voluntarios de una ONG sin nombre, prácticamente nos fuimos olvidando de quiénes éramos y cuál era nuestra verdadera encomienda. Éramos «los niños perdidos», nada más.

Pero una de esas mañanas todo cambió y rápidamente nos hizo recordar dónde estábamos y por qué.

Opal era una preciosa niña de ocho años. Coletas al aire, pelo negro igual que sus ojos y cara de no haber hecho nunca una travesura. Vestía como casi todos los demás niños, ropa recogida de la caridad, usada, pero limpia gracias a todos nuestros esfuerzos y que lavaba la desajustada conciencia de los más pudientes. No conocía a sus padres. Había sido abandonada en la calle, junto al basurero. A diferencia de un varón, en la India, una niña en algunas familias no es bienvenida y esta se deshace de ella.

Vivía en una inclusa y tenía permiso para asistir a nuestras clases, aunque eso era lo de menos, dado que las más de las veces los niños se escapaban portadores de malos tratos y de falta de higiene. También hambre. Así que casi vivía con nosotros, como muchos otros.

Aquella mañana al igual que el resto de los niños, Opal saludó con un beso a Jesús. De pronto, empezó a vomitar y en sus labios se pintó un rojo sanguinolento. Sus aletas nasales también estaban manchadas de sangre. Comenzó a respirar con dificultad y su tez se había vuelto pálida. Alertado la cogí en brazos y tras parar un taxi la llevé directo al hospital más cercano.

Matthew, el pobre, atento a lo ocurrido, montó con Jesús y con Dominí que para que la niña contentará le había puesto a su paloma entre las manos, mientras no paraba de tomarle la temperatura.

En otro coche detrás, venían Suiseki, Tadeo, Wei y Jumala. El bróker prometió una propina descomunal al conductor si aceleraba. Casi nos mata aquel homicida imprudente. Entramos por urgencias y el americano se precipitó ansioso a recepción para que nos acogieran a Opal sin dilación. Minutos después la niña ingresaba en cuidados intensivos seminconsciente. Duras fueran las horas posteriores hasta que nos atendió el médico responsable de sus atenciones. Yo ya había hecho mi propio diagnóstico y sabía que mucho no me podía equivocar, desgraciadamente. Comencé a llorar.

—Ten fe, Bel —me dijo Jesús como si supiera de mis pesimistas pensamientos.

—Mr. Matthew.

—Yo soy.

—¿Es su hija?

—Como si lo fuera.

—¿Su padrino?

—Sí, eso, su padrino.

—No tengo buenas noticias. Le hemos hecho todas las pruebas necesarias para intentar descartarlo, pero no ha habido suerte. La niña tiene leucemia y su estado es muy avanzado. No durará mucho. Lo lamento.

La noticia nos cayó como una sentencia. A Matthew hasta le debió de afectar sobremanera su nueva distinción de padrino, que volví a verlo llorar y ya empezaba a ser una costumbre. En realidad, lo hicimos todos, menos Jesús.

—Además ha perdido mucha sangre, sería bueno que le pudiéramos hacer una transfusión. Si alguien de ustedes tuviera grupo universal...

—Yo —contestó sin dudarle y seguro de sí mismo, Jesús.

—¿Podemos ver a la niña? —pregunté consternado.

—Mientras hacemos la transfusión. Ruego no la molesten mucho, ha tenido estrés postraumático y ahora está algo somnolienta. Va a necesitar mucho descanso.

—Lo entendemos perfectamente —me salió Wei al quite.

Pasamos a la habitación donde habían habilitado la camilla para hacer la operación. Jumala y Domini se abrazaban llorosas al ver las ojeras moradas y la cara diminuta de Opal con evidentes signos de agotamiento. No nos miró, o más bien estaba como ida y no nos distinguió ni se apercibió de nuestra presencia. Tampoco sintió la presión sobre la vía, ni la aguja que le injertaron en su bracito para el trasvase. Supimos que todo empezaba ante el chillido que dio Jesús tras el pinchazo y vimos su sangre circular rauda por el tubo en busca de las venas de la niña.

Todo ocurrió muy rápido.

Domini angustiada se vino hacia mí tras hablar con su compañera, la sami.

—Algo está pasando, Bel.

Y me mostró el frasco con la sangre del Cristo licuada para que todos lo pudieran ver.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Tadeo sobrecoigido.

—No lo sabemos.

—¿Dónde está la paloma, tía Domi?

Boquiabiertos todos nos dimos la vuelta. La alemana, igual de impresionada que el resto, sacó de su mochilita a la mensajera y agachándose lentamente como queriendo descubrir que era cierto lo que estaba viendo, se la depositó suavemente entre las palmas de sus manos. La paloma soltó un arrullo aprobatorio al quedar posada.

—Señores, salgan de aquí inmediatamente, tengo que hacer unas pruebas urgentemente.

Todos obedecimos las órdenes del doctor. Jesús quedó en la habitación reposando y acompañando a Opal, que estaba sentada sobre la almohada, totalmente incorporada. Los colores violáceos de su rostro habían desaparecido y su sonrisa volvía a ser radiante.

Aún no éramos conscientes en aquel momento de lo que estaba sucediendo y de que al día siguiente tendríamos que partir precipitadamente del país. No había pasado ni media hora, cuando el doctor nos salió a la sala de espera donde nos encontrábamos rompiéndonos la cabeza.

—Mr. Matthew, su ahijada ha sanado por completo.

—¿Cómo?

—Hemos repetido la prueba y da negativo. No hay duda alguna. No sabemos lo que ha ocurrido, salvo que la sangre de su amigo el donante, contiene unos microorganismos regeneradores desconocidos para nosotros y que hemos enviado a analizar, por si han sido los causantes de tan extraordinaria mutación.

—Gracias, doctor.

—Mejor déselas a su joven amigo. Tengo que decirle también que tanto la niña como el joven no podrán abandonar el hospital hasta que tengamos los resultados definitivos. Hemos informado también a las autoridades y a la policía, para su custodia y protocolo, como podrá entender.

Nos miramos rápidamente. Estábamos muy expuestos y Jesús corría un serio peligro. No hizo falta hablar. Matthew actuó con naturalidad.

—Lo entendemos, por supuesto. ¿Podemos al menos ver un momento a la pequeña, por favor?

—De acuerdo. Cinco minutos. Repito: solo cinco minutos.

El galeno fue tajante con su aviso. Comprendimos que solo disponíamos de ese tiempo para huir. Entramos todos cerrando la puerta presurosos. No hizo falta hablar. Perfectamente compenetrados, el samurái y el jesuita fueron los primeros en salir, despejando «amablemente» el camino mostrando sus filos afilados y relucientes. A Matthew nunca le viera sobornar a nadie hasta ese momento. La enfermera de guardia se dejó hacer sin resistencia o amago alguno. Después, corriendo, con la respiración agitada y convulsa interrumpió las conversaciones telefónicas del personal de recepción en la planta y los amenazó con furia. Los celadores colgaron amedrantados los auriculares y se arrimaron a la pared del fondo. El bróker satisfecho y con gruesas gotas de sudor resbalando por su ancha frente debido a la tensión, lanzó sobre una de las mesas de despacho un fajo no despreciable de dólares pagando así su obligada obediencia.

Wei caminaba apresurado detrás con Jesús abrazado. A su lado, sin tiempo para cambiarle el camión y vestirla con su ropa, la esquimal llevaba a Opal en volandas. Antes yo tuve tiempo para extraerles diligentemente las agujas de sus brazos. Domini se nos adelantó a todos galopando hasta la salida y tomando un par de taxis.

—Al Hospital Infantil Metropolitano, por favor.

—¿Qué dices Jesús? —le respondí, alterado.

—Por favor, Bel. Es importante.

Wei me hizo una señal con la cabeza como diciendo que todo estaba bien y accedí.

—Al Hospital Infantil Metropolitano.

Repetí. Opal incorporándose desde el regazo de Jumala, me besó:

—Gracias Bel. Otros niños se van a curar también.

Jesús me sonrió.

Desde el taxi que nos seguía, Matthew y el resto no entendían lo que ocurría ni adónde nos dirigíamos ahora. Dominí, sin embargo, acariciaba su paloma tranquila, y sonriendo les dijo:

—Creo que vamos al Hospital Infantil. Este es el camino. Ya he ido más veces, con alguno de los pequeños.

—¿Y a qué? —preguntó Tadeo desconcertado.

—A curar al resto de los niños —acertó maravillado el bróker.

Suiseki, cerró los ojos: *«Él hace su voluntad, por mucho que yo me empeñe. Solo le puedo servir y protegerle, respetándola»*.

Al llegar a la puerta principal, Suiseki bajó el primero y con paso decidido se allegó hasta el dispensario dejando ver a posta la vaina de su catana.

—¿Es usted la enfermera jefe?

—Soy la responsable de guardia esta noche, ¿qué desea?

—Quiero que avise al resto de su personal disponible y que preparen los equipos de transfusión. Quiero que todos los niños enfermos de este hospital tengan una gota de su sangre, ya.

Le ordenó Suiseki imperativo a la mujer señalando a Jesús. La enfermera con expresión amable, le acarició la cara.

—No hace falta que alce la voz. ¿Es Jesús, verdad? Soy portuguesa y cristiana. Me llamó Fátima.

Se acercó a Jesús y besándole en la mejilla:

—¡Gracias, mi Señor! Vamos entonces.

Aquel fue el primer «milagro» de Jesús. Aunque no sé si es del todo correcto

llamarlo así. Pero a lo que fuera, no le encuentro otro nombre mejor. Y además múltiple. Fátima no quiso darnos la cifra, pero yo pienso que no fueron menos de mil. En una hora escasa, pues no la volvería a ver y su final no tuvo la justicia que de dios se podría esperar, aquella mujer me dejó una huella imborrable en mi a veces engréida memoria.

El moderno hospital alojaba a los niños enfermos de la ciudad acogidos a su sistema de salud, no para todas las clases. Solo algunos de los más desfavorecidos entraban a través de los sistemas sociales, con alguno de sus agentes implicados o desde las Ongs laicas o religiosas que actuaban en la zona. El resto eran de clases más bien medias y por tanto pudientes. A Jesús esto no le importó. A Fátima menos. Y no distinguieron entre ellos, como tampoco lo hacían sus dolencias: las comunes como la lepra o la polio; las derivadas del agua o alimentos en mal estado como la disentería, la diarrea del viajero, el cólera, las fiebres tifoideas o alguna clase de hepatitis; o las que provenían de los insectos y las garrapatas, la mayoría de las veces consecuencia de la falta de higiene, como la malaria, el virus zika o la encefalitis japonesa entre otras. Este era el historial clínico. Al que había que sumar aquellos ingresados por las mordeduras de las serpientes o agresiones de otros animales salvajes. Algunos de ellos estaban condenados a quedar ciegos o inútiles.

Fátima asió con fuerza las riendas y activó sin permiso ni autorización el mayor protocolo de urgencias. Convenció desde sus creencias a su personal más directo, y hombres y mujeres, en el mayor de los silencios y discreciones, pero con la máxima audacia y eficacia, pusieron a funcionar los sistemas de transfusión. Lo primero fue «saquear» el almacén donde se encontraban las agujas hipodérmicas. Muchos de aquellos infantes, los más débiles, habían sido explotados sexualmente. Había orden de reutilizar el material quirúrgico por evidentes ahorros de costes. El VIH campaba a sus anchas entre la población. Los niños no eran una excepción.

—¡Fátima!

—Sí, Belshazzar.

—Son muchos. No hay sangre suficiente.

—¿Con una gota a cada uno crees que llegará?

—Llegará...

Aquellos afortunados recibieron una gota, una sola gota de sangre de Jesús y

todos, todos, se curaron.

Nosotros no lo llegamos a ver. Fátima y su personal de confianza se despidieron de nosotros con lágrimas de agradecimiento, sin ser aún consciente de la magnitud de lo hecho.

Matthew se había ocupado de que los taxis estuvieran dispuestos y esperándonos. Era feliz utilizando sus recursos para con su «hijo» y todos nosotros. En pocos minutos, estos nos dejaban en la congregación. Los chicos encabezados por la hermana Julia nos aguardaban impacientemente nerviosos. Entendimos rápido por qué: Las sirenas de los coches de policía aullaban cerca.

—¡Debéis iros esta misma noche, ahora mismo! —eran las angustiosas palabras con las que la buena mujer nos acudía.

—¿Qué has hecho, Jesús? —le avasalló con un abrazo Lys.

—¿Yo? ¡Nada!

—¡Todos los niños enfermos del Hospital Metropolitano se han curado! —exclamó aún incrédula Raquel.

—¿Todos? —Gritamos casi al unísono los recién llegados.

—¡Todos! —Sonrió, mirando para Jesús, Moisés.

—¿Los lisiados y los ciegos también? —pregunté con cierto escepticismo.

—Al parecer los lisiados andan y los ciegos pueden ver —me aclaró David, mi nuevo discípulo.

—Es un milagro, entonces —dijo Jewish a Jesús recuperando la mirada fría que se ocultaba en sus tinieblas. —Ha llegado la hora.

—Ha llegado mi hora —le corroboró sin dejar de sonreír.

El «curita» se dio media vuelta retirándose ufano.

—No se lo toméis a mal. El pobre sufre mucho. Rezo por él todos los días.

Gaspar intentó disculparlo. Había cerrado un extraño e incompresible vínculo con él. Yo aún no había entendido bien lo que significaba el perdón. Creo que la mayoría tampoco. Solo al final, comprendimos.

—Mejor no perder tiempo y preparar partida entonces.

La inconfundible dicotomía verbal de Foma, nos despertó. Las sirenas y una incesante algarabía se acercaba cada vez más.

—¿Y adónde vamos, si se puede saber? —pregunté irónico, esta vez, como no viendo lo que la realidad me ponía delante, obcecado dentro de mí.

—Al puerto. Un amigo de las hermanas nos ocultará en su carguero, hasta ponernos a salvo en la Isla de Elephanta —me informó David intentando animarme.

—¿Elephanta? —balbuceé.

—Hummm... La ciudad de los sacerdotes. Buen lugar para despedirnos de este país, tocado por todos los dioses. —reflexionó en alto sabiamente, Wei. Mi hermano Gaspar le asintió.

—¿Y qué haremos allí? ¿Rezar? —a Melchor le traicionó su ímpetu.

—Pasaremos el día ocultos en sus cuevas sagradas hasta que al anoecer nos vengan a buscar los elefantes que nos llevarán a una pequeña cala, donde un velero nos dejará en Tierra Santa.

Lys nos acababa de informar de la decisión de Jesús. No a todos. Sus amigos y las chicas lo sabían hacía tiempo, solo desconocían el cuándo, y este acababa de llegar.

—El galeón lo envía Nathanael.

—¿Cómo te has enterado, Wei? —le preguntó una Domini admirada.

—Mi *Qi* y tu mensajera.

—¿Mi mensajera?

—Hace unos días mi «águila» tuvo que protegerla al cruzar el cielo de Mumbai.

—¿Cómo sabes que es un velero? —le interpeló la sami.

—Lo estoy viendo.

—Yo también —confirmó al tiempo el samurái. —Vuelve la historia...

—¿Qué queréis decir? —les preguntó inquieto el sherpa.

—Hermanos, mejor es que lo descubramos allá mismo —acuciaba Philip desde el alfeizar del recibidor. —Lamento interrumpir, pero ya están aquí y nos están rodeando.

Sentí un estremecimiento. Supe que Fátima había muerto por nosotros. No puedo explicarlo, pero las imágenes de su degollamiento se me hicieron patentes. También su sonrisa orgullosa por hacer lo correcto antes de morir.

No era la policía la que nos había acorralado. Eran los fanáticos mal llamados Hijos del Profeta. La gendarmería se había limitado a acordonar la zona. Las cámaras de las cadenas de las televisiones afines al movimiento radical islamista religioso habían tomado el lugar y retransmitían en directo por *streaming*, algo a lo que desgraciadamente nos íbamos acostumbrando. En la oscura noche, con sus trajes negros y las cabezas cubiertas por los pasamontañas, solo sus espadas y cuchillos de filos brillantes se dejaban reflejar. Habían oscurecido el asalto. Al modo del medieval, renunciando a las armas de fuego, como acto de honor hacía nosotros, y solo iluminados por las teas de las que se habían provisto; el infierno se hallaba ante nuestros ojos.

Vi el fin. No se me ocurrió pensar que lo que después se llamaría mundialmente como «la revolución de los miserables» había comenzado. Ni siquiera hubiera sido capaz de imaginar semejante despropósito. Pero sí, ocurrió.

Opal había regresado al hospital para alertar a todos los niños curados por Jesús. Todos se levantaron y se fueron a sus hogares, pero no a dormir. Allí cada uno movilizó a los más pequeños de cada tribu, de cada clan. Al poco toda la ciudad sabía de los prodigios de Jesús. Y una marabunta de chiquillos de toda condición, descalzos o con zapatos de charol, con piojos o peinados con gomina, malolientes o perfumados, harapientos o vestidos de *pret a porter*; perfectamente organizada en grupos desde todas las barriadas y puntos cardinales de Mumbai, tomó la ciudad.

—Es cierto. Estamos rodeados —susurró orgullosa la hermana Julia.

Opal, agarrada de la mano por un niño de facciones y vestimenta árabe, se acercó hasta el que debía ser el capitán de nuestros enemigos.

—¡Papá!

—¿Qué haces aquí, Alí?

—El que persigues nos ha curado a todos.

—No puede ser. Solo Alá puede hacerlo.

—¿No me ves, papá? ¿Tan ciego estás?

—Tú no eres mi hijo Alí. Te ha enviado Satán, el que se opone.

—Está bien, papá. Si los vas a matar en nombre de Alá, en su nombre moriré yo. Seré el primero en probar el filo de tu espada. Después irán todos estos que te rodean y que ahora son mis hermanos.

Mientras hablaban, cientos, miles de niños habían ido rodeando como escudos humanos a cada uno de los yihadistas. Si hacía poco más de una hora que había sido testigo de algo único a lo que no encuentro otra palabra que la de milagro para definirlo, ¿cómo podía yo calificar esto ahora?

Uno de los soldados de los Hijos del Profeta hirió mortalmente con su espada a la niña que le encaraba. Como un resorte otro niño ocupó su lugar. Cuando ya llevaba media docena, el capitán gritó:

—¡Basta! ¡Vámonos! Hoy te has librado de nosotros, pero no lo olvides: Tu final se acerca —le dijo a Jesús mirándole con odio por la derrota infringida.

—¡Ali!, nos vemos en casa.

—No iré a casa. Ya no eres mi padre. Si quieres venir a por mí, aquí estaré, junto a mis hermanos, mis verdaderos hermanos —le contestó recalcando al tiempo que sus ojos llorosos veían a su padre irse para siempre con el rostro desenchajado.

Nunca volvería a saber de él. Años después, uno de sus hombres le dijo que aquel día desertara y que viviera apartado en las cuevas que los bosques del Parque Nacional de Sanjai Ghandi ocultaban y en las que, al parecer, permanecía intacta la esencia de los dioses. Cierta o no, esta es la leyenda que quedó del capitán de nombre desconocido y de su hijo Ali.

Escoltados por los «miserables», así se les llamaría desde entonces, sin que ni la policía ni ninguno de nuestros enemigos osara intervenir ante tal turba, embarcáramos. A su paso, todos querían tocar a Jesús buscando la santidad que siempre se les había negado. Mi pupilo se sentía abrumado. Yo, al igual que el resto, le miraba pleno de admiración. Nunca pensara que mis anhelos fueran tan nimios en comparanza con lo que en verdad Jesús fue y significó. Era como si en el fondo de mí mismo no hubiera creído que su virtud era cierta, pero a cada golpe de vida que me daba, el Señor, sea quien fuere, me mostraba su señal.

El carguero apuró su salida. Su tripulación, compinches de fe, sabía de las urgencias por iniciar la navegación. Abordamos con premura la infinita oscuridad del horizonte mientras desde los muelles y malecones un impresionante tumulto de infantes nos despedía con un cántico unánime y alegre, aunque quebrado, del aleluya. Aún hoy contengo la respiración ante su recuerdo, los sentidos bullen plenos por la emoción.

No tardaríamos más de dos horas en, más que atracar, encallar en una

maravillosa playa de la isla de Elephanta. Como en Nazaré, los lugareños, pequeños pescadores llamados *Koli*, se hicieron cargo de nosotros conduciéndonos hasta una gruta natural y al parecer ignota para el resto del mundo. Unas finas y espumosas cascadas que descendían desde la cima del acantilado tapaban su entrada a ojos curiosos. Pero su mayor protección son los elefantes que las vigilan y que no permiten el paso a nadie. Solo los nativos *Koli* y quienes los acompañen encontrarán su paso franqueado.

La luz titilante de las antorchas suspendidas en sus húmedas paredes nos perfiló una inmensa columnata con las tres formas del dios Shiva esculpidas sobre el cuerpo frontal de sus fustes. Las que la leyenda del hinduismo llama *Trimurti*: el creador, el conservador y el destructor, definiendo así los tres ciclos del universo.

Allí, cobijados por los dioses de aquella tierra y cuidados por los poderosos elefantes con lo que significaba este animal para los hindús (*el que abre los caminos y destructor de obstáculos*), esperamos controlando nuestros impacientes impulsos durante un día completo. Empezaba el ocaso cuando nuestros amigos los Kalis nos hicieron señales y despejaron a los enormes y amables paquidermos de la entrada de la cueva. Nos cegó el resplandor del sol acostándose en el horizonte. Los ojos tardaron en acostumbrarse a la oscura luz del fuego que surgía de las antorchas.

Es por ello por lo que no vimos de inicio aquel alucinante navío anclado en la ensenada que formaba la playa. Un galeón del siglo XVII emergía imponente ante nosotros. Un suspiro se nos fue a cada uno de nosotros. La bandera pirata ondeaba brava sobre el mástil mayor. Un grupo de guerreros somalís más negros que el tizón eran su malparida tripulación.

Miré a Wei preocupado.

—Tranquilízate, Bel. Han sido reclutados por Simona y ahora son hombres de confianza de Nathanael.

Embarcamos diligentes con las pocas pertenencias que llevábamos encima y sin saber qué etapa era la próxima y qué capítulo teníamos que cubrir de la historia. Pero sí que sabíamos que la hora de Jesús por fin había llegado: rumbo a Jerusalem en busca de su *bushido* y también el nuestro. Tantos años de espera terminaban. Nuestros rostros se habían endurecido y nuestros labios enmudecido.

—Una sonrisa, por favor.

Jesús comenzó, como siempre, a desinhibirnos de nuestras preocupaciones y obsesiones. Menos a mí. Desde el puente observaba con las alertas lúcidas al «curita» apostado en la proa, divisando el horizonte, y acariciando con esmero el casco del barco.

—Siente su presencia.

—¿Qué quieres decir, Wei?

—No sabes quién gobernó este barco.

—No ¿Tú lo sabes?

—James.

—¿El pirata?

—Correcto. Es su padre.

—¿Qué? Es verdad que no es irlandés, sino holandés.

—Cierto. Seguro que el Supremo te confundió a propósito.

Yo asentí como purgando mi involuntario yerro.

—Entonces este navío es...

—El Alejandría, mi querido Bel.

Quedé estupefacto ante el descubrimiento. No conseguí averiguar cómo había llegado hasta nosotros, ni como Simona se hizo de facto con sus servicios. Hay cosas que solo la magia de la divinidad, digámoslo así, puede lograr. Lo que sí fue es que desde entonces comprendí por qué todos los días Jewish recorría la embarcación entera paseando sus manos por todos sus elementos, sus maderas pulcras y pulidas, sus palos, sus guarniciones y sus cañones y porque después desde proa diseccionaba pensativo el confín donde se junta el agua del mar con el cielo. Así durante los dos meses largos que duraría la travesía.

Era un trece de marzo del año dos mil treinta y seis de nuestro Señor. Jesús cumplía veintitrés años. El puerto de Eilat, cierre y fin de la península del Sinaí, a orillas del Mar Rojo, asomaba pletórico.

—Pronto volverás a cruzar las murallas de la ciudad santa —le dijo dos pasos atrás Jewish.

—Supongo que regreso a mi Jerusalem. La hora está pronta mi querido, Jewish y tú harás lo que tengas que hacer. No temas por mí.

Llorando, Jesús le acarició el brazo y se retiró.

En la punta de la proa se posó un oscuro cuervo. El hijo de James, el falso irlandés, enlazó un pergamino a una de sus patas e imitando su chillido provocó su vuelo. Hordos, desde las almenas del castillo que alojó dos mil años antes a su predecesor, esperaba deseoso su mensaje.

No tuviéramos ningún tipo de incidentes durante la travesía. Cuatrocientos y pico años después, la flota pirata custodió el Alejandría. Esta vez no eran navíos de guerra robados a las armadas inglesa o española. Ahora eran los piratas somalíes los que cubrían los flancos del viejo galeón. El rabí Nathanael los había comprado ayudado por los «inacabables» fondos de nuestro amigo el bróker. Simona, al más puro estilo de los hermanos Barba Roja, había seleccionado parte de la tripulación.

Fueron algo más de dos meses de navegación tranquila hasta que su quilla rompió el oleaje del Mar Rojo. Para mí, era como regresar a casa y volver a admirar al entrar en su estribación final, en el ocaso, aquella bella y mágica tonalidad coralina sumergiéndote en las profundidades de sus arrecifes.

Fueron también poco más de dos meses de sensaciones encontradas. Viajábamos a bordo del Alejandría, que no era un barco cualquiera. Destinado en la actualidad a conocer las rutas de los viejos corsarios argelinos, sabía que la historia nos había puesto en la cubierta del galeón de Al-Aruk, último custodio del secreto y la promesa de María Soliño, y su anterior y feroz enemigo y capitán pirata. También se había convertido, tras estar a punto de morir, en el hermano Benedicto. Su espíritu flotaba vivo en su armazón. Lo sentía. Sentí la llama del arrepentimiento y del perdón, esta vez impregnada en mí. Por ello, aquellos días me pasé mirando para Jewish con unos ojos diferentes, comprendiendo que debía dejar que la lucha intempestiva de su alma se desatara. Asentía a la empatía que tenían para él sus protectores Tadeo y últimamente Gaspar. Tuve tiempo para meditar y reflexionar, y también para contemplar y dejarme fascinar por tan magna embarcación.

Cuando en el horizonte se nos mostraron las costas del Sinaí, los barcos nodrizas piratas y con ellos nuestra tripulación, nos dejaron despidiéndose con salvas de tiro ametrallado al aire. Fue entonces el irlandés quien, recuperadas sus capacidades marítimas, asumió el mando. Llegado este día, Tadeo me hizo llamar:

—¿Nunca has visto disparar un cañón?

—¿Funcionan? —le pregunté incrédulo.

—Pues claro, hombre —afanoso me respondió Melchor que andaba metido a preparar uno de ellos.

—Tú, Bel, apartar ahora —me ordenó Foma un poco tarde.

Había disparado y el retroceso del artilugio artillero me derribó violentamente. El estruendo me había estallado en los oídos taponándomelos y dejándome un zumbido insoportable. Sangraba por la nariz y el turbante se me había desprendido.

Tras el susto contesté con una sonora y espontánea risotada.

Escuché después otro cañonazo y pensé que había sido David, que andaba manipulando una de las piezas. Todos nos miramos con asombro y preocupación. Había sonado distinto. A este siguió otro aldabonazo. Este era imprevisto para nosotros e instintivamente nos pusimos a cubierto.

—¡Nos están atacando!

Desde el ventanal que bajaba de cubierta nos había gritado con todas sus fuerzas Suiseki. Una ajada fragata nos apuntaba con sus bocas de fuego descargando dos de sus proyectiles contra nosotros. Afortunadamente no acertaron y pudimos sentir impotentes el vaivén que gobernaba el barco tras el impacto con el agua y su posterior explosión.

Aún no sé cómo me incorporé agarrándome al perfil pulido de una de las troneras. Desde allí, acariciando la negra y rugosa caña de bronce fundido de su cañón de guerra, divisé en el navío enemigo su bandera. El símbolo de media luna rasgada que anunciaba a los Hijos del Profeta ondeaba agitado y feroz.

David, con miedo, furia y abundante sudor frío, replicaba con nuestras bombas medievales al igual que los que estábamos allí. Jewish había bajado temblando; corriendo se marchó y se acurrucó, escondido. Gaspar asió a Tadeo y le indicó que le siguiera.

—¡Jewish! Tienes que volver. —le decía zarandeándole el padre blanco. De pronto, sin más sacó su espada amedrentándolo aún más.

—¡Ahora no! ¡Guarda tu espada no vaya a ser, que ya se te ha olvidado hasta empuñarla!

Le ordenó tajante Tadeo para de seguido agarrar a su protegido.

—¡Vamos, hermano! ¡Confío en ti, sabes que confío en ti! ¡Tienes que subir! —le imploraba el jesuita. —¡Joder, Jewish! No puedes dejarnos tirados. Yo no

lo he hecho. ¡Eres el único que sabe manejar este barco, leches!

—Tu padre te asiste, está aquí contigo. El Alejandría fue su vida, Jewish. Hazlo por él —le insistió Gaspar, apretándole el rostro con sus manos.

Entonces el irlandés abrió los ojos y movió la cabeza afirmativamente. Se levantó y, tambaleándose por los vaivenes que producían la cercanía de los impactos fallidos, volvió al puente de mando y asió el timón. Paradójicamente, del alma oscura que me representaba dependía el que tuviéramos una oportunidad de pisar tierra firme.

Matthew se deslizó hacia nosotros para proveernos de pólvora que gracias a dios no estaba mojada y se encendía sulfurosamente. El samurái también se nos unió en la desigual batalla que se planteaba. Ni siquiera la relativa cercanía del puerto de Eilat nos ofrecía esperanzas de salvación. Ellos nos disparaban sin cesar, aunque con el punto de mira desajustado. Solo un milagro nos podría salvar.

Jesús permaneció impassible, extrañamente ajeno y fascinado por la nueva tierra que lo esperaba. Wei se colocó protector a sus espaldas relevando a Suiseki, más útil con nosotros abajo dadas las circunstancias. Había escapado con su *Qi*, volando en el halcón, contemplando la tierra prometida. Más allá de la ciudad, un grupo de beduinos lo aguardaba acampado en el pequeño oasis que precedía al desierto llamado seco, el desierto del Néguev. Planeó sobre ellos, hasta aquel que un velo le cubría el rostro. Sus ojos arena se le incrustaron y le hicieron despertar.

—¡Chicas, arriad las velas!

Gritó Moisés con todas sus fuerzas hasta el puente de popa. Jesús, que se había dado la vuelta le miraba sonriente mientras las cargas enemigas siseaban a babor y a estribor.

—¡Siddhi, Philip! ¡Ayudadlas, rápido!

Y tras ordenar esto, yo subí a cubierta. Lys se desesperaba con uno de los cabos que sujetaba la cangreja ya en el tercer y último palo. Jesús puso su mano encima de la suya y tranquilizándola con la mirada desataron juntos el nudo. Wei escaló el mástil principal y soltó la gavia. Sus discípulos ya habían desplegado antes la mayor. Las otras tres mujeres se afanaban en desenrollar el resto de las menores. Raquel terminó de librar el trinquete completamente ennegrecida por culpa del fuego que ardía en las pequeñas embarcaciones derribadas alrededor del Alejandría. El humo negro nublaba el aire, haciendo

invisible todo, y se sumaba a la pestilencia del carbón, azufre y nitrato de potasio. Sonámbula, exhausta y casi sin fuerzas, vio a su amado Moisés alzar las manos invocando a los cielos.

—*“Y extendió su mano sobre el mar, y el Señor, por medio de un fuerte viento solano, hizo que el mar retrocediera y cambió el mar en tierra seca y fueron divididas las aguas”*. Éxodo 14:21.

Ella lo abrazó por detrás y lo besó en la nuca.

—Y se volvió a cumplir su voluntad —le dijo mirando al cielo entrelazando sus manos y elevándolas hacia la deidad evocada.

Lo que aconteció a continuación no tiene explicación racional alguna. El mar, calmo hasta entonces, solo alterado por los cañonazos y el fragor de la batalla, se abrió y levantó una gigantesca ola que engulló sin piedad a nuestro enemigo, desapareciendo sin más de la superficie y dejando una pequeña marejadilla tras de sí como único rastro.

Acabado tan repentinamente el combate, pasmados subieron todos a cubierta.

—Lo has vuelto a hacer —le dijo pícaro, Jesús.

—¿El qué? ¡Ah! ¿Volver a besar a Raquel? —le contestó en su propio lenguaje burlón, guiñándole el ojo y retorciéndose de dolor por el codazo que acababa de recibir de la nombrada.

—¡Tierra a la vista!

El anuncio espontáneo de Jewish puso ante nuestros ojos el puerto de la pequeña ciudad hebrea de Eilat. No hubo tiempo de disfrutar de ella. Turístico y espléndido paraje natural del Mar Rojo, ni siquiera pernoctamos.

Nadie nos esperaba, a excepción de un hombre de rostro rojizo y que portaba un imperdible en la solapa de su americana clara de lino, con el símbolo de la flor de lis. Aviso suficiente y preciso que nos había sido dado a través de la mensajera de Dominí. Nuestra amiga, confabulada con su ya inseparable amiga la esquimal, había enviado el bulo de que cruzaríamos el canal de Suez y desembarcaríamos en Haifa, donde al parecer una multitud esperaba la llegada de Jesús.

Nadie nos conocería. Al salir de la India también nos habíamos despojado de nuestros hábitos y solo mi terquedad por seguir portando el turbante dejaba rastros de nuestra verdadera identidad.

Tampoco atracamos en el puerto. Siguiendo las instrucciones de las chicas,

Jewish desvió el rumbo a un embarcadero situado fuera de la población en un pequeño caladero. Su pasarela a modo de pantalán colgante descubría que estaba preparado para las embarcaciones de viajeros menores destinadas a las rutas turísticas por la costa.

Al pie nos recibió nuestro supuesto aliado. Al saludar a Matthew entendí que lo enviaba alguien cercano al antiguo maestro masón.

—Ya me hago cargo yo del Alejandría. Mi ayudante os espera dispuesto para llevaros junto los hermanos del desierto que esperan en su campamento.

Al ver delante de él a Jesús, se postró enérgicamente.

—No quiero que nadie haga esto. No me gusta.

—Perdón, Señor... —balbuceaba.

—Me llamo Jesús, no Señor.

Le obligó a levantarse y le sonrió. El hombre bastante nervioso no sabía qué decir. El mestizo que nos guiaría hasta los beduinos que había visionado Jesús inició el camino y todos apuramos para seguirle. Queríamos llegar pronto y descansar.

Así fue. Una hora más tarde penetrábamos en el palmeral donde los *moradores del desierto* nos recibieron felices y expectantes. Humildes y serviciales antes de cenar, nos habían preparado jabones aromáticos, toallas y ropa limpia para cada uno de nosotros. Para ello se habían preocupado en conocer nuestras esencias y costumbres, además de nuestros gustos y tallas. Exquisito fue el trato, y decir tiene que, como si hubieran practicado el juego de la adivinación, acertaron en todo.

La cena fue deliciosa. Agasajaron a Jesús con el plato de las grandes celebraciones y que mi paladar evocó rápidamente en las reminiscencias de mi Jordania natal: el *mansaf*, un guiso de cordero sazonado con hierbas aromáticas, cocido lentamente en un caldo de *jameed*, yogur seco, y acompañado de una guarnición de arroz salteado con almendras y piñones.

Comimos ávidamente ante la expresión satisfecha de nuestros anfitriones. El viaje en crucero a la vieja usanza desde Mumbai no nos había dejado alimentarnos al gusto a pesar de los denodados esfuerzos de Matthew por agradarnos.

Ya relajados y confiados a los hospitalarios beduinos, la conversación se inició tranquila y distendida.

—Aún no nos hemos presentado. Mi nombre es Hassan, *el que domina su destino*. Y este es mi clan. Somos beduinos, *los moradores del desierto*, nómadas con honor que seguimos las enseñanzas del profeta y de Alá.

Miré fijamente para él. Sus ojos negros transmitían nobleza. A su lado estaba sentado un tuareg, con el rostro cubierto y esos ojos arena penetrantes que horas antes había descubierto Jesús en su vuelo.

—Tú no eres beduino —le asesté como preguntándole qué hacía ahí, pues las dos estirpes no congeniaban, y además estos provenían del Sáhara.

—Tienes razón. Soy un tuareg.

—¿Y qué haces tan lejos de tu desierto?

—Servir a Alá.

—¿Cómo?

—Sirviendo a su hijo —me respondió una voz dulce de mujer.

—¿A Jesús?

Le interpele extrañado a la mujer que con su mirada me había enajenado. Hasta aquel día no había sentido removerse mis entrañas por ninguna hembra. Todas mis emociones pueriles se habían centrado en las complacencias que me daba el saber. Hasta ahí llegaba mi éxtasis conocido. Pero ella, ella lo revolvió todo. Bastó una mirada, una simple y embriagadora mirada que me hizo perder los sentidos desde el primer instante. Y a mis años.

—Él es el elegido, da igual qué dios tengas.

Su respuesta nos dejó sin respuesta. Y a mí, sin aire. No pude seguir mirándola y preferí continuar con el tuareg.

—No sois amigos de los beduinos. ¿Por qué estáis aquí entonces?

—Me llamo Harb Nasser, *guerrero protector*. Los tuaregs somos el camino y lo dominamos. Él nos ha unido. Nosotros debemos protegerle en el desierto, somos sus soldados. Le llevaremos al río sagrado del Jordán, tras las montañas de Judea. Allí encontraremos la tierra de su rey David y la ciudad más antigua del mundo, Jericó, donde el Cristo empezó su peregrinación después de vivir cuarenta días en el desierto del Néguev.

Jesús escuchaba con atención, pero como si estuvieran hablando de otro. Entonces le preguntó:

—¿Por qué llevabais la cara tapada?

—Por respeto a nuestras mujeres.

—No comprendo —intervino curiosa Lys.

—Ellas llevan el rostro descubierto porque son hermosas y nos deleitan con su belleza. Ellas deben ser amadas y elegir a sus amantes. Nosotros siempre seremos respetuosos con sus decisiones. El hombre amará a la mujer hasta el amanecer y después se irá. Si quieres cortejar a una mujer debes seducirla con tus poemas y enamorarla hasta que te acepte en matrimonio. Hazla feliz o la perderás y a tus hijos también, y ella volverá a ser libre.

—¡Me apunto! —chilló Jumala. —Lo siento. No he podido resistirlo. Suena tan bien... ¿Estás libre, Harb Nasser?

Todos reímos, incluidos los árabes. Todos menos Jewish, que la miró de reojo. La esquimal lo percibió. Otros también.

—¿Cuándo partir?

Foma fue el pragmático de nuevo.

—Mañana con el amanecer, tras la oración —apuntilló Hassan.

—Entonces todos mejor dormir. Yo guardia.

—No amigo. Hoy no te toca a ti. Ya estamos nosotros para hacerlo. Debéis descansar, el desierto tiene sus propias leyes.

Las palabras del beduino convencieron al ruso. Yo tenía el pensamiento puesto en aquellos ojos devastadores. Y al levantarme me di de bruces con ellos.

—¿Cómo es tu nombre, buen hombre?

—Belshazzar.

—Eres, pues, el gran Belshazzar —me dijo irónica.

—Nadie me había llamado así.

—Se habla mucho de ti. Dicen que has sido su maestro desde que nació.

—Lo fui, pero solo hice lo que debía.

—¿Y ahora qué vas a hacer, gran maestro? ¿Vas a hacer también lo que debes?

—No te entiendo.

—Sí que me entiendes. Tu sangre tuareg corre por ti, no lo puedes negar. ¿Vendrás esta noche a mi tienda entonces?

—Pero y... ¿Harb Nasser?

Mi voz se había hecho trémula. Mis ancestros habían sido guerreros del desierto y mis artes con la espada y de combate de ellos venían. Ella había apelado a nuestras costumbres. Me había elegido para esa noche.

—Ja, ja, ja... ¿Mi hermano? No temas, soy viuda.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté sobrepasado por la situación.

—Farah.

—Que significa alegría.

Fue lo último que dije. Ella me besó. No he olvidado su sabor ni el de aquella noche en que conocí el amor en toda su extensión. La espiritual y la carnal.

No nos volvimos a ver hasta pasado todo. Suspiré desde entonces cada noche por ella y por cada milímetro de su cuerpo. Terminada mi santa misión regresé a Petra, mi lugar. Farah me estaba esperando. He sido muy feliz a su lado. Alá me bendijo con ella. Hace unos meses él se la llevó a su lado. Ahora solo espero que también lo haga conmigo, deseoso del reencuentro eterno.

Empleamos cinco días abrasadores y sus noches heladas en cruzar el desierto ante la atenta mirada de los Hijos del Profeta y los Monjes Negros unidos por primera vez. Después de aquellos años sin su presencia, esta se nos hizo extraña. Escoltados por los tuaregs y los beduinos ni siquiera se atrevieron a acercarse, conocedores de sus limitaciones en un terreno hostil y arenoso.

Subidos nuevamente en las jorobas de los camellos, nos adentramos por la Palestina de Cristo. Desde las colinas del Valle del Jordán, las piedras de Jericó fueron testigos de nuestra multitudinaria llegada. Con escasos cincuenta mil habitantes, la pequeña ciudad se había visto desbordada ante la noticia de la llegada de Jesús, y más de trescientas mil almas la habían invadido.

Los moradores del desierto, sus guerreros y las mujeres, incluida Farah, se despidieron discretamente. Intuí que volverían, que cuando fuera necesario estarían a nuestro lado. Mi sexto sentido acertaba.

A nuestro paso la multitud enfervorizada quería manosearlo, palparlo, sobarlo o tentarlo con sus múltiples y alocadas caricias. Los rumores sobre las curaciones de los niños indios se habían convertido en clamor. Él, paciente, se dejaba hacer ante la mirada desaprobatoria de Suiseki que tampoco, como el resto, se libraba de los tocamientos. Éramos como santos en procesión y los devotos se pegaban por llegar junto a nosotros.

Jesús sonreía y observaba sereno como si necesitara asimilar todo lo que

pasaba. Inteligente no quiso parar y continuamos camino hasta la orilla del Río Jordán. De igual modo, el gentío abarrotaba todos los lugares y nos abrían espacio según nos acercábamos. Los cánticos de alegría y gracias a dios se solapaban unos a otros en función de los fieles de una u otra religión, pues todos habían acudido al encuentro con «Su Señor» y todos se peleaban por hacerle suyo.

Miles y miles de peregrinos llegados de todo el mundo habían tomado la ribera del Jordán tanto en Israel como en la orilla jordana. Los Hijos del Profeta ante tal invasión habían pedido refuerzos a sus aliados cristianos, Los Monjes Negros. Pero en un lugar aún no totalmente controlado por los islamistas, no eran suficientes ni siquiera sumando con las nuevas fuerzas. Fuimos conscientes de esto desde el primer momento. No bajamos la guardia ni nuestras defensas, pero sabíamos que era la hora de Jesús y que sus designios ya nadie los podría detener.

Nathanael y Simona esperaban inquietos en la orilla. Yo diría que casi excitados por la emoción. Después ocurriría el pasaje del bautismo que ya relaté.

Al terminar, Jesús hurgándose los bolsillos tocó el trozo de lienzo que le había llevado Tadeo y el anillo papal del padre Jorge. Miró para el Rabí y le dijo:

—Llegó la hora, Nathanael. Llévame a buscar mi destino.

—¿Adónde quieres ir, Jesús?

—A tumbarme de nuevo.

—¿Tumbarte?

—Creo que en el Santo Sepulcro es más fácil hacerlo así que estar de pie.

El trayecto desde Jericó a la ciudad santa me rememoró Nazaré y la espera por ver a Jesús nacido. Pero lo que pudimos presenciar al llegar a Jerusalem crujió nuestra imaginación. Un éxodo inimaginable de gente haciendo campamento y cuartel ocupaban varios kilómetros antes de llegar a sus murallas. Ciertas o no, a nosotros nos llegaron cifras cercanas a los dos millones de personas arremolinadas a lo largo del camino de entrada. No sé cuántas serían, pero hasta aquel día no había visto tal aglomeración de gente en mi vida. Un espectáculo multicolor y diverso imposible de describir. Nos dijeron que no había país ni lengua que no estuviera representada de algún modo, que no había bandera que hubiera dejado de ondear, que no había

estrato social, casta, tribu o clan ausente, ni tampoco condición sexual y que todos los dioses terrenales habían enviado a alguno de sus embajadores junto a Jesús.

El silencio era mudo e inmenso. Pronto comenzaría la pascua judía y aquel lugar se convertiría en un hervidero todavía mayor, si cabía ya esa posibilidad. Jesús encabezaba la comitiva seguido de cerca por sus doce. A no mucha distancia iban los chicos y nosotros, los magos, hacíamos de cola.

Un samurái y un jesuita desconcertados ejercían como podían de guardaespaldas. Todos caminábamos como idos por el pasillo que aquella pacífica y tremendamente ilusionada muchedumbre nos libraba ante la pisada de nuestras sandalias. Cuando pasábamos a su lado, miles de ojos anhelantes nos poseían con sus miradas sedientas y un obsequioso silencio que no dejaba espacio ni siquiera a la posibilidad de algún indiscreto murmullo. A lo lejos, mientras el gentío aguantaba los primeros calores del día, una mezcla de cánticos, salmos y misereres en lenguas dispares, muchas de ellas indómitas, llegaba a nuestros oídos. Wei conversaba conmigo mientras mis obnubilados ojos se humedecían dominados por la emoción.

—No debemos preocuparnos. Tenemos el mayor ejército que ningún general tuvo jamás —me decía mientras extendía las manos señalando lo que nos rodeaba a ambos flancos.

—No me fio —le confié mi recelo.

—Me refiero a que mientras ellos estén con nosotros nada hay que temer. Pero sé que provocarán a Jesús para llevarnos a su territorio.

—Y mi amigo aceptará —David, que no se desprendía de mi tutela nos dio su pesarosa versión. —Está escrito. Volverá a redimirnos y el mundo volverá a darle la espalda. Es el camino del héroe y nuestra máxima humana imperfecta.

—¡Paparruchas! —El bueno de Foma no pudo resistir la tentación.

—Sigues sin creer... —le recriminó en un susurro mi joven y nuevo protegido.

—Entonces, ¿por qué le sigues? —le interpeló Lys a su espalda, con cierto enfado.

—Yo creer en él, buen chico, buenas ideas, bien todo. No creer en que sea Dios quien inspirar. Tampoco que sea su padre. Dios no existir.

Se expresó llano, como era él. Así lo sentía y punto final. No daba lugar a debate. Nadie le haría cambiar de opinión. O eso pensaba.

Antes de entrar en Jerusalem, el Imán y el Obispo de la ciudad santa le salieron al encuentro. Al verlo lo saludaron con alborozo y nerviosos por no saber qué hacer perdieron el protocolo. Sorprendidos ante la presencia de Nathanael como miembro de los doce, puesto que nadie conocía este dato, le propusieron lo que su apóstol le había anticipado: Abrir para él la Puerta de la Misericordia, la misma que tapió Solimán el Magnífico cuando conquistó la ciudad y que, sentenciada por la profecía judía, solo el Mesías en su segunda venida la franquearía. Jesús ni siquiera les dejó hacer la propuesta. Él ya había elegido:

—Cruzaré la muralla por la Puerta de la Basura. Quiero entrar como lo hace todo el mundo, por donde lo hace la mayoría.

—Pero mi Señor... —Intentó intervenir en su decisión el Obispo de Jerusalem. Jesús no le dejó:

—Soy un chico y no me gusta que nadie me llame Señor. No soy más que cualquiera de los que están aquí.

El Imán se sonreía para sus adentros y Nathanael permanecía serio intentando no mostrar gesto que pudiera ser susceptible de alguna interpretación errónea, dada su nueva condición de apóstol.

—Pero sí que podéis hacer algo por mí.

—Díga... dime, Jesús —dudó el Obispo en cómo tratarle.

—Me dejarás entrar a solas con uno de mis amigos en el Santo Sepulcro.

—Estarán presentes en la iglesia los hermanos cofrades, así lo han pedido como gracia.

—Me parece bien. Perfecto. ¿Al mediodía? ¿Antes de comer? No quería dejarlo para la tarde, hace mucho calor.

La expresión del Obispo era caótica. A los que le habíamos visto crecer, nos dieron unas ganas de reír locas. Sin embargo, el Imán permanecía callado e inescrutable ante Jesús. Era como si se hubiera informado más que el Obispo sobre el carácter del chico. Aunque coetáneo mío, no me infundía confianza ni su aspecto ni su semblante.

—Y tú caminarás a nuestro lado por la Gran Explanada y de tu mano me llevarás al Muro de las Lamentaciones para orar todos juntos.

—Así será, Jesús.

No le replicó y le bajó la cabeza al hablar como señal de respeto.

—También tengo algo que pedirte a ti, Nathanael.

Al Rabí lo pilló tan desprevenido que ni contestó.

—Como máxima autoridad religiosa del Estado de Israel que aún eres, recoge a todos los niños perdidos de Jerusalem y tráelos junto a mí para que me acompañen.

La estrella de David nos vigilaba esculpida sobre el arco judío de la Puerta de la Basura. Traspasada con solemnidad, una algarabía inmensa de estridentes notas musicales nos recibió entusiasta. Pienso que algo más de un millar de críos medio despojados y más bien sucios nos ofrecieron sus ojos grandes y francos, maravillosos y alegres. Jesús los acogió y, después de un buen rato para saludarlos a todos y abrazarse uno a uno a ellos, mandó acercarse al Imán.

—¿Me llamasteis, Jesús?

Contuvo la respiración un momento breve a fin de enfrentar aquellos ojos negros, fríos e impasibles.

—Os ruego de corazón que dejéis vía libre en el Puente de la Discordia, despejéis la Gran Explanada y no impidáis el paso a las mujeres, ni tampoco a los niños, sean judíos o no.

El Imán se negó en rotundo.

—Eso no podrá ser. Romper la norma sería como blasfemar a Alá.

—Entonces yo no me moveré de aquí y no entiendo qué hacéis a mi lado.

Resquemado por la petición al final cedió asintiendo con la cabeza. Jesús acababa de convertir al Imán en su primer enemigo de entre los que le seguían. De seguido sus ojos buscaron a Nathanael para mostrarle su agradecimiento por haberle dado el regalo que había pedido trayéndole a los niños desamparados de la ciudad. La mano derecha de Jesús se posó sobre el pecho. El Rabí sonrió desbordado. Con la otra mano, Jesús acariciaba los deditos de una niña *despelujada* y de blanca sonrisa inocente. De seguido, Lys la sujetó por la otra mano libre, lo que contentó aún más a la pequeña.

—Otorga a cada niño un trozo de papel para que todos puedan escribir sus sueños y dejarlo en el muro. Los que no sepan escribir, otros les ayudarán. Ningún niño se quedará sin su sueño. Yo iré con ellos, en primer lugar. Las mujeres también vendrán con nosotros. Los hombres nos seguiréis detrás

porque sin ellas, ellos no nacerían y vosotros no existiríais.

Nathanael se apresuró en busca de los miembros de su consejo, que raudos cumplieron las premisas de Jesús. Tal y como le había prometido, el Imán abriría la comitiva. No tardaron mucho en arrancar y, ante la inusitada expectación de los fieles, asediar en callada invasión aquella adoquinada e inmensa plaza donde Salomón y David habían puesto y edificado sus anhelos.

La imagen de una familia con Lys y Jesús llevando en volandas a la niña judía liderando a aquella chusma de traviesos chiquillos se hizo viral. Su hermosa y torcida sonrisa como sus ojos claros rasgados, haciendo honor al significado de su nombre, «cautivaron» al mundo. Al igual que Jesús, tenía síndrome de Down.

—¿Cuál es tu nombre, hermanita?

—Rebeca.

La seguridad israelí bloqueaba lo que más que un puente semejaba ser una pasarela en obras. Nathanael intranquilo y algo neurótico se arrimó a su amada Simona, haciéndole perder por un momento su helado y controlado temple. El riesgo de que la reconocieran era máximo. Y nuestra compañera aún no se había quitado el susto del día anterior tras la profecía de Jesús sobre su muerte. ¿Habrá llegado ya mi hora?, se preguntaba según se acercaba a los soldados. Jesús paró un momento al objeto de que sus dos apóstoles atravesaran el control con él.

Uno de los militares no le quitaba el ojo de encima.

—¡Tú! ¡Sí, tú! —le gritaba a Simona, apuntándola con el arma. Ella se señaló el pecho con el índice como haciéndose la loca. —¡Quédate quieta ahí! ¡Ni te muevas!

—Viene conmigo. —Intentó interponerse Nathanael sin mucho éxito.

—Yo te conozco... ¡Anomis! —Exclamó el soldado sorprendido. —Avisa al destacamento de que la tenemos.

—Creo que eso no poder ser —un hombre pequeño le había golpeado suavemente dos veces por la espalda para que se girara.

Foma le hizo ver lo imprudente que podía resultar su decisión. Tadeo asía la empuñadura de su espada frente a él mientras Suiseki descubría parte de su hábito samurái y mostraba la catana aún envainada al otro soldado. Al igual que en Mumbai, cientos de niños ya los tenían rodeados.

—Pienso que es un buen momento para rezar.

Dicho esto, Jumala desconectó el ordenador que comunicaba a los hombres con la central y, abrazando a su compañera, le dijo:

—Será mejor que te cubras con el velo, hermana.

Cogiéndose del brazo de Jewish, la seguimos.

—Venga, hermano, no me sueltes que no quiero que hoy me lées nada.

El irlandés se estremeció a su contacto y obedeció hipnotizado por los encantos de la esquimal que le traían a mal traer y le contradecían aún más su depauperada alma. Rebeca sonriente tiró de Jesús y Lys y detrás de ellos, con los niños arremolinados y a ritmo de vía crucis, nos colocamos frente a las milenarias piedras del Muro de los Lamentos.

Muchos de aquellos pobrecillos no tenían padres. Rebeca no había conocido a su madre. Lys tampoco. La voz de Nora le susurraba al oído los cariños que no pudo darle en vida. Entonces Lys cantó. El Ave María se expandió en el aire místico de aquel lugar. Como felices querubines, los niños la acompañaron y aquel salmo se convirtió en algo celestial y que solo los que lo vivimos podemos mal describirlo. Yo no canté por respeto a aquellas voces angelicales tocadas por Dios. Un silencio inmenso de paz y amor al otro, vino después y, con él, la templanza de una oración sincera, cada uno para sí, cada uno para su creencia.

Al poco, los niños empezaron a escribir sus mensajes de esperanza. Los que sabían ayudaban a los que no y todos fueron doblando cuidadosamente el trozo de pergamino para ofrendarlo entre las hendiduras de las piedras superpuestas.

Los doce se arrodillaron, todos menos Jewish, que con la mirada enfilaba a Jesús, envidioso ya de su poder. Jesús y Lys meditaban frente al muro, sin soltar a Rebeca. Sus amigos lo hacían en profundo respeto justo detrás de ellos. Y los tres magos contemplábamos desde el fondo la escena como absortos por lo histórico del momento.

—¿Qué has pedido, Rebeca? —le preguntó muy dulce Lys, agachándose y viendo sus enormes ojos.

—Una mamá.

—La tendrás, te lo prometo.

Le dijo Jesús que al soltar su mano comenzó a caminar pensativo a lo largo

del Muro.

—Estamos cerca de Hurva.

—¿Quieres que vaya a tu sinagoga, Natha?

—Sería un honor. Mi pueblo te espera.

Jesús le sujetó un hombro sonriéndole.

—Vamos entonces. Dame la mano, Rebeca.

A la entrada del templo, los judíos de la ciudad nos recibían bulliciosos con su tradicional saludo, *shalom*. Nathanael había practicado las enseñanzas siguiendo los textos sagrados, anunciando la llegada del mesías. Como en la antigüedad, el viejo Sanedrín se había mostrado dividido entre los escépticos y los creyentes. Esto no le importó al Gran Rabí, que ejerció como tal, haciéndose portador de la palabra de Yahvé.

Inclinaban sus cabezas al paso de Jesús, respetuosos. Tras cruzar la puerta, se sentía con fuerza la esencia divina del templo sagrado de sus reyes Salomón y David.

—Aquí sentimos la llamada del Señor —refiriéndose a él y Simona. —Aún veo sus ruinas. Sé que lo que vimos todavía no pasó y que el templo caerá de nuevo piedra con piedra. Que el mal morirá aquí para siempre y yo con él. Será mi sacrificio, lo sé.

Jesús lo miró compresivo y le atusó el pelo con ternura, pero no le dijo nada. Rebeca los devolvió a la realidad correteando ante los ojos furiosos de algunos de los fieles. Nos sonreímos y empezamos a desfilas antes de que la algarabía de los pequeños consiguiera que nos expulsaran como a los mercaderes. Nathanael se agarró a Jesús ya por el camino empedrado. Quiso confirmar sus temores.

—¿Será tal y como lo presiento? ¿El templo será destruido?

—Tú lo has dicho, Natha. No temas, papá del cielo estará contigo.

—¿Y yo cuándo lo veré? —preguntó Rebeca provocando una sonora carcajada interrumpida por las miradas intrigadas del gentío y por lo que venía a continuación.

Como si ya hubiera estado antes, despacio y con rostro compungido, Jesús se adentró en la conocida como Vía Dolorosa. Hasta tres veces se trastabilló y cayó desvanecido. Rápido fuimos a su auxilio, que rechazó. Lys y Rebeca le

seguían a prudente distancia. Detrás todos los niños como un rebaño en el que los adultos sobresalíamos por encima de ellos. Tadeo, Wei, Suiseki, Foma y yo nos habíamos adelantado con dificultad hasta acercarnos a la vera de Jesús lo máximo posible. David y sus amigos repartían como buenamente podían a los pequeños para que el camino no se colapsara. Los otros dos magos y el resto de los apóstoles cerraban la comitiva, ayudando en lo que podían para que los críos no se nos perdieran o dispersaran.

Jesús entró en la iglesia y se allegó hasta las escaleras que lo llevarían a la capilla del Gólgota. Sudaba a chorros y su cara se había tensionado hasta casi amarotarse. Los hermanos cofrades custodiaban excitados el lugar ante la presencia de Jesús. Al llegar a la piedra que supuestamente había sujetado la cruz del Cristo, Jesús la acarició y entonces unos fuertes espasmos lo sacudieron hasta hacerle caer desmayado. Sobresaltado lo atendí y logré reanimarle. Triste y sin decirme nada, se incorporó y abandonó el lugar.

Al toparse con la piedra de la unción, se arrodilló sobre ella y comenzó a llorar amargamente. Fue la única vez que lo vi así y una pena enorme me sacudió. Pasados un par de minutos y ante la atenta mirada de todos los que le rodeábamos, pero más en especial la de la pequeña Rebeca, por sentida y que me hizo recordar a Opal, levantó el rostro sudoroso y desencajado y pidió ayuda con el brazo, Foma y yo le levantamos. Volvió a tambalearse, pero no cedió ni cejó en su nuevo empeño. Ebrio de dolor, balbuceaba frases ininteligibles en arameo antiguo, según pude reconocer. Invocaba a la piedad de Dios Padre y juraba como hombre que era.

Al llegar junto al Santo Sepulcro se paró violentamente. Con esfuerzo se introdujo en su interior. Sobre la losa la sangre del Cristo había dejado grabada una flor de lis difuminada y débil, pero que Jesús reconoció con facilidad. Con sus dedos la dibujó y de sus labios pudimos oír su pensamiento en voz lo suficientemente alta: *el símbolo que une a los reyes con los dioses, tú descifrarás su código...* Se desnudó y se tumbó sobre su frío mármol, como si fuera un niño travieso profanándolo. El mechón blanquecino de su flequillo, como si leyera la muerte, brillaba.

La sangre del tubo de Domini empezó a hervir y el túmulo se inundó de una luz tenue y cálida. El cuerpo de Jesús permanecía fusionado sobre la piedra y el símbolo se grabó en su hombro a sangre y fuego. Indudablemente era hijo de reyes y de dioses.

Fue muy breve. Ni siquiera nos percibimos de los estigmas de Jesús cuando se

nos acercó, ahora radiante y sonriente. Los clavos de las manos y los pies, la costilla lacerada y los restos de la corona de espinas del Cristo aparecieron innegables en su cuerpo. Nuestras bocas permanecían abiertas de asombro y sin poder o saber qué decir. Los niños lo miraban maravillados por lo que acababan de presenciar y se agolpaban curiosos ante él.

Foma lo abordó totalmente turbado. Cogió las manos de Jesús y con sus dedos acarició las palmas ensangrentadas y perforadas. Con los ojos brillantes y hinchidos, miró para él.

—Ves, Foma, tengo pupas —le dijo asustado.

—¡Dios! —chilló el ruso descreído al no encontrar explicación.

Nadie la teníamos. Tadeo, avisado por el padre Jorge del secreto que debía guardar la vieja tumba, se introdujo en la cavidad y levantó una loseta del suelo extrajo el Santo Sudario y cubrió a Jesús con él. Al contacto con su cuerpo, incontables rayos de luz cegadora surgieron de sus llagas abrasando su textura. El prodigio se produjo. Las marcas del lienzo coincidían con fiel exactitud con las heridas de Jesús, fundiéndose sobre la tela, esculpiendo la sagrada forma de la Síndone y, de manera inexplicable, cicatrizándolas sin dejar huella ni rastro alguno. El espíritu que aún persistía en la sábana del Cristo se fusionó con Jesús, siendo ya, al igual que el de María Soliño con el de su madre, uno solo para siempre.

Ante sus ojos pasaron todas las generaciones desde Abraham, David y el Cristo. Luego desde María Soliño a su madre. Antes de volver a la realidad, el augurio en forma de visión del número catorce se le esbozó con el rostro de Hordos mirándole compasivo hasta que desaparece ocupando su lugar el de su amigo David. Sin embargo, despertará con la imagen en sus retinas del hijo de Alba: El «rey» Alejandro.

Si alguno de los presentes había tenido alguna duda puedo asegurar que desde aquel día dejó de tenerla. Incluido Foma, que al llegar la noche se apartó del grupo y se puso a rezar. Sus creencias más íntimas, si de verdad le quedaba recelo por despejar, habían cambiado. Lo sé porque recé con él.

—Se acerca la hora. La consumación está pronta, cristiano.

Le dijo Bakr Assaf a su aliado desde la colina donde dos mil años atrás se había erigido el imponente Herodión. Caminaban por sus ruinas contemplando en la lejanía las interminables aglomeraciones de gente a los pies de la eterna Jerusalem.

—Tengo una presión constante en el estómago que es más fuerte a medida que se acerca el momento —confesó Hordos.

—¿Tienes dudas?

—No, dudas no.

—¿Miedo?

—Tampoco. Nunca lo he tenido. No sé qué es eso.

—¿Entonces?

—No sé, es como una desazón. La angustia a que algo no salga como esperamos.

—Nada puede fallar, amigo. No tardará en venir a nosotros. Aunque hay que reconocer que quizá lo subestimamos. Nunca pensé que un ser así pudiera arrastrar tanto seguidor.

—Ha tenido buenos maestros.

—Tenía que haber matado a ese traidor de Belshazzar cuando aún vivía en Petra.

—Entonces nadie sabía siquiera de su existencia.

—Todo el tiempo que ha estado en la India se ha preparado para liderar un gran ejército...

—No va a luchar contra nosotros.

—¿Tú crees? —le preguntó el Califa apuntando a toda la multitud.

—Quiere que se vuelva a cumplir la profecía.

—¿No me digas que te estás convenciendo de que en verdad es el Hijo de Dios?

—No. No es eso. Es complicado, pero cierto es que hace cosas que nadie había conseguido antes. Curar a miles de personas solo porque una gota de su sangre les pertenece...

—Eso solo lo puede hacer Satán.

—Dime entonces, Bakr Assaf, si nosotros somos los hijos de la oscuridad, ¿por qué no se nos ha dado ese poder?

El árabe quedó pensativo sin saber qué contestar. Hordos y él habían sometido en aquella década larga de alianza al poder religioso de occidente poniendo contra las cuerdas su sistema político y económico al tener el control de

millones de fieles; y a Oriente Medio y la África Meridional.

Las grandes potencias no sabían cómo reaccionar ante esta nueva cruzada con los líderes del islam y del cristianismo de la mano. Rusia, China y la India se mantenían al margen esperando que sus regímenes feudales sucumbieran víctimas de sus revoluciones internas. Sin embargo, el poder de los Hijos del Profeta cada vez era mayor. De los territorios dominados ya no quedaba quién les enfrentara. Su mandato era de terror. Exterminaban al diferente, y solo el pacto con el príncipe de la Iglesia mantenía a las etnias de su fe con vida.

En Europa, desde Roma, los Monjes Negros habían tomado literalmente el poder. Aquellos que no acataron sus postulados fueron señalados, juzgados y condenados. Si no había arrepentimiento bien eran encerrados para siempre en la oscuridad e insalubridad de sus cárceles o bien se les hacía desaparecer. Las instituciones políticas fueron subyugadas y englobadas en el nuevo sistema por civiles acólitos a la Orden.

Las oligarquías de la nueva iglesia que barrió a las anteriores sin contemplaciones, absorbieron las democracias. Ya no existían ni católicos, ni protestantes ni tampoco ortodoxos. El sueño de Hordos de tener bajo su yugo a todos los cristianos se había cumplido. Sin embargo, no dormía bien. Jesús llevaba más de veinte años siendo su pesadilla y lo único que le impedía ser el único descendiente de Pedro en la tierra.

—Hay algo poderoso en él que retuerce mis entrañas. El hombre que tengo infiltrado me dice que no me fie, que no es débil y que tiene un magnetismo que no sabe explicar, pero que hipnotiza a todo el que se acerca a él.

—Entonces es que tienes miedo, querido Hordos.

Sus ojos negros miraron al Califa con odio.

—No temas. A mí no me seducirá.

—No te preocupes, cristiano. Es bueno tener miedo, solo los necios no lo tienen.

—Nunca me lo hubiera podido imaginar. El gran magnate abandona todo por seguir a un joven al que la gente ha tomado por el nuevo Mesías.

Richard le perforaba con sus ojos azul intenso, buscando una explicación realmente convincente. Habían sido socios financieros cuando vivía y trabajaba en Manhattan. Ahora, para Matthew, aquel hombre con el que había compartido cenas y varios negocios le resultaba un perfecto desconocido

incluso en los recuerdos.

—No creo que me hayas hecho llamar para cuestionar mis decisiones personales. Veo que te sigue yendo bien. Con lo que te has gastado en el traje podrías mantener un colegio durante casi un año en uno de los muchos sitios por los que yo he pasado.

—Tú también puedes comprarlo.

—No lo necesito, Richard. —Matthew hizo ademán de levantarse.

—Está bien. Lo siento, no quería ofenderte, Mat. Por favor, siéntate. ¿Qué quieres tomar? ¿Un whisky? ¿Cómo era? ¿Con hielo?

—Hace más de veinte años que no bebo. Un té estará bien.

El americano cedió y se volvió a sentar. Estaban de incógnito en la terraza de la cafetería privada del Inbal Hotel, uno de los más lujosos establecimientos de la metrópolis moderna, cerca de la ciudad antigua. Así que el desarrapado estilo sport de Matthew no hacía demasiado juego con el entorno, o esa fue la impresión que él mismo tenía, aunque nadie le prestara la menor atención. Salvo Richard, claro.

—¿Cómo has dado conmigo?

—¿No ves las redes?

Matthew negó con la cabeza.

—¿Tampoco lees las noticias?

Matthew volvió a negar.

—¡Dios mío, Mat...! ¿Dónde has estado todo este tiempo?

El americano miraba displicente para Richard mientras sorbía el té.

—Desde los «milagros de la India» con los niños enfermos, los vídeos donde aparece Jesús tienen miles de millones de seguidores. Nadie había conseguido algo semejante. Todos los medios del planeta hablan de él y sus doce, claro. Y tú sales acompañándole.

—¿Qué quieres de mí, Richard? —le cortó con tono hierático.

—Solo he tenido que enviar recado por uno de los pequeños mendigos de la ciudad vieja y aquí estamos juntos después de tantos años.

—Al grano, Richard, por favor. ¿Quién te envía?

—La ONU y el presidente de los Estados Unidos.

—¿Qué? —el bróker no pudo evitar emitir un sonoro chillido.

—Baja la voz hombre, que vamos a llamar la atención.

—Perdón...

—Me llamaron a una reunión privada a la Casa Blanca hace poco más de dos semanas.

—¿Para qué? ¿Qué tengo yo que ver con todo eso?

—Todo el mundo sabe que fuimos socios. Los vídeos te delatan como uno de los doce de Jesús. ¿Lo eres, verdad, Matthew? No me mientas.

—Lo soy. —No vaciló en la respuesta el bróker. —No es un delito, ¿verdad, Richard?

—No lo es, Mat, pero te han investigado y han descubierto que eres tú su fuente de financiación.

—Con mi dinero puedo hacer lo que me dé la gana —hizo ademán de levantarse.

—Cierto, pero tranquilízate que no pasa nada —le sujetó el brazo y le obligó a volver a acomodarse. —Me envían por una buena causa.

Matthew me contó que aquellas palabras relajaron su desconfianza. Abrió mucho los ojos y más las orejas, curioso por saber de qué se trataba.

—Los pasos y hechos de Jesús no han pasado desapercibidos a los ojos del mundo. La propia ONU ha visto en él un icono en tiempos tan convulsos. Un líder sencillo y único, diferente, es evidente. Un hombre que llega con suma facilidad a la gente. Su discapacidad en él se convierte en una fortaleza.

El bróker no le quitaba ojo. El té se había quedado frío.

—Quieren que hable desde los medios de comunicación al mundo entero a fin de templar lanzas y dar un mensaje de esperanza ante el desorden establecido. No pondrán ninguna traba ni objeción al contenido de su discurso. Lo han escuchado y lo comparten. Reconocen que los abusos derivados del exceso de laicismo trajeron como consecuencia la pérdida de los valores fundamentales y de criterio en el hombre. Que sin respeto alguno por el otro nos han llevado al exacerbamiento de los radicalismos religiosos.

—El alimento de los Monjes Negros y los Hijos del Profeta. El pueblo harto se ha creído lo que predicán.

—Así ha sido. Tienes toda la razón.

Hubo un silencio evocador de tiempos pasados entre los dos.

—¿Qué tengo que hacer?

—Habla con él, Matthew, y convéncele. Les gustaría que fuera aquí, en Jerusalem, porque ahora, aunque mal avenidas, conviven las tres religiones más importantes de la humanidad y dos de ellas son las que han montado este desmán. Y ya que cuida tanto los lugares por los que pisa, consideran Getsemaní el lugar ideal.

—No tengo claro que quiera hacerlo. Hoy lo ha pasado muy mal entre la Vía Dolorosa y el Santo Sepulcro. Es como si el Cristo se fusionara en él con su sufrimiento.

—Sí, lo he oído.

—Está bien. Te haré llegar recado. Tengo que irme. Se acerca el ocaso y soy el encargado de preparar la cena.

—¿Cómo sabes la hora si no tienes reloj?

Matthew abraza a su exsocio por primera vez en la vida y al tiempo que se despide, le aclara:

—Son muchos años orientándome por la luz solar, viejo amigo. Deberías aprender. No sabes cuántas cosas ya no necesito.

—La hora está pronta. ¿Crees que ya estoy preparado, Bel?

—Lo estás, hijo.

Lys, orgullosa, le agarraba la mano, asintiendo con la mirada feliz.

—Ahora eres mi maestro. El mundo entero espera tus palabras. Tu *Qi* es muy fuerte —le conminaba Wei.

—Todo saldrá bien. Eres mi amigo. Siempre hemos estado juntos. Sabes que no te lo digo por decir.

—Son ellos quienes te lo piden, tienes que aprovecharte de ello, Jesús.

Moisés y Raquel le animaban a hacerlo.

—¡Hasta yo creer!

El simpático de Foma nos hizo reír. Jesús se sonrió.

—Mat, dile a tu amigo que lo haré.

—¿Cuándo quieres que sea, Jesús? ¿Qué les digo?

—Mejor que lo organicen ellos —opinó David.

—Estoy de acuerdo. Total, no tengo ni pajolera idea de lo que voy a decir.

Varios días después, miércoles de ceniza para los cristianos, Jesús hablaría en público por primera vez al amparo del arco central de la Basílica de la Agonía, que dominaba el Valle de Cedrón. El paraje pertenecía al Monte de los Olivos y al lugar de Getsemaní, donde Cristo recitó sus últimas oraciones en vida y después fue apresado. Los miembros de la ONU la habían elegido además por la connotación que le daba al acto su segundo nombre: Basílica de las Naciones.

—Probando, uno, dos, pro... probando.

Los chicos, más espabilados para determinadas cuestiones y más avezados que el resto en aparatejos y su funcionamiento, distrajeron el día en el montaje del instrumental de voz y sonido. Moisés se desgañitaba intentando afinar bajo las instrucciones de su chica, que terminó ajustando con criterio el balance de graves y agudos. Al final la sonoridad fue perfecta. David, auxiliado por unos solícitos hermanos Siddhi y Philip por un lado y el nuevo Foma por otro, se ocupó que todos los amplificadores estuvieran en su sitio y correctamente conectados. Simona que, desde la visita al Muro de las Lamentaciones no se había desprendido del *hiyab*, andaba ufana con la conexión del inalámbrico que reproduciría el verbo de Jesús.

—Toc, toc, toc, ¿se escucha? —preguntaba una y otra vez Moisés siguiendo las indicaciones de la palestina.

Nathanael, como el Gran Rabí y Matthew como nuestro embajador habían recibido a los miembros de la ONU.

Hechas las presentaciones pertinentes Jesús tiró de la mano de Lys y escapó a la carrera del rigor protocolario de sus eminencias. También de sus preguntas inoportunas. Los «niños perdidos» de Jerusalem harían de prácticos compinches. Todo bien planeado, esta vez no le pilló desprevenido a Suiseki que, poniéndonos en aviso a Tadeo, Wei y un servidor, cubrimos los flancos para que al menos uno los pudiera seguir y proteger si fuera necesario.

Las criaturas provocaron, justo después de que Jesús fuera saludado por el Secretario General de la Sociedad de Naciones, un alboroto considerable mezclándose por oleadas a lo largo del pórtico principal, facilitando la huida de los dos. Suiseki y yo, estratégicamente colocados, pudimos alcanzarlos y permanecer cerca en su visita anónima y alejada del foco lo más posible por

la zona. Se subieron las capuchas de sus sudaderas. Jesús se colocó unas gafas de sol oscuras. Y con total naturalidad se mezclaron entre el gentío. El samurái, consciente de que no sería bueno que nos reconocieran, me rogó y volvió a rogar para que me deshiciera de mi turbante. Al final me convenció. Primó más la seguridad de mi protegido que mis creencias y orgullos. Me sentí raro e incómodo con el hábito blanco que los dos portábamos, con los rostros cubiertos por la propia túnica en forma más de velo que de capucha. Solo el símbolo de la cruz en el pecho no me molestaba. A fin de cuentas, era el de Jesús y no podía renegar de él.

Gaspar y Jewish, postrados debajo de los pilares de entrada de la Basílica, rezaban ante el mosaico que mostraba a Cristo como nexo entre Dios y el Hombre. Jesús, antes de esfumarse, al cruzarse con el irlandés, le besó en la mejilla:

—Este es el mío. Te quiero, «curita».

—Él es así de...

—...imprevisible. —le remató Matthew la frase a Nathanael con la palabra que no encontraba. —Tenéis que disculparle, aunque no lo parezca está muy nervioso.

Les explicó el bróker a los emisarios de Naciones Unidas sin esconder una sonrisa de satisfacción por el descontrol de Jesús. De pronto una bandada de cientos de palomas surgieron del cielo revoloteando entre los niños. Dominí había utilizado a su mensajera para concentrar al resto de voluntarias de la causa a fin de que los pequeños no se dispersaran y alguno pudiera extraviarse. Al mismo tiempo la sensación de caos fue mucho mayor. Yo tampoco pude reprimir una silenciosa carcajada. Cómo no, Jumala andaba también metida en danza con la alemana, pues sola no hubiera podido con tanto niño de dios.

El único que yo no sabía por dónde andaba era mi colega Melchor. Algo me decía que no tardaría mucho en verlo. Mis jóvenes pupilos habían descendido de la mano en alocada correría entre la incesante masa de gente hasta alcanzar la Capilla del Prendimiento donde según la tradición reposan los restos de María, madre de Jesús. En la entrada de la cripta un hombre de barba gris y ya rala debido a los primeros síntomas de la vejez les aguardaba discretamente. Suiseki miró para mí como diciéndome si le dábamos su merecido por no habernos tenido al tanto.

Jesús esta vez no quiso contar con nadie de los habituales para que no le pusiéramos pegas. Cogió al bueno de Melchor por banda y no le fue difícil convencerlo para que les guiara por los Jardines de Getsemaní y sus recovecos. Buen conocedor del lugar, accedió con entusiasmo.

Jesús se arrodilló en silencio frente a la tumba. Lys lo imitó. Fueron unos instantes breves. No querían ser descubiertos por el gentío. Un cálido escalofrío le recorrió la espina dorsal. Cuando se levantó pude leer un sentido «mamá» en sus labios. Sus ojos ocultos tras los cristales oscuros de las gafas de sol no me dejaron ver lo que sentían.

Pasaron por la Iglesia de la Magdalena, construida por el Zar Alejandro III. A varios metros escuchábamos a Melchor relatándonos su historia de cómo su belleza se ensalzaba con los atardeceres del lugar. Muy cerca, en la primera parte de la ascensión al Monte de los Olivos, se hallaba el Templo del Llanto, donde Cristo lloró por Jerusalem. Jesús se paró sobre la roca y miró para la Ciudad Santa. Dos lágrimas bajaron por su rostro. Nadie lo vio, solo yo. Lys, absorta en las explicaciones del mago, tampoco.

Siguieron subiendo hasta llegar a una torre que se levantó para recordar el sitio desde donde Cristo ascendió a los cielos, según los evangelios. Jesús, con los dedos entrelazados con los de Lys, miró al cielo. En él se dibujaban extraños rostros amables hechos en sus nubes de algodón. Mal interpreté aquel gesto. Pensé que Jesús quería a Lys, que se había enamorado. La miró y la besó rozándole los labios y ella le respondió con idéntica suavidad. Aquello me preocupó. A Suiseki no le pareció nada malo. Yo tenía mis reservas. Dios mío, ¡cuántas veces me equivoqué!

En la actualidad, la Torre de Imbomón es una mezquita que preservan hermanos musulmanes con permiso de acceso libre a los cristianos. ¿Por qué entonces nos hemos llevado tan mal si es posible hacer lo contrario?

Después de subir a ella, Melchor los condujo hasta la Iglesia Monasterio del Pater Noster donde al parecer Cristo enseñó a los discípulos su oración a Dios. Jesús rezó lleno de emoción. Todos le acompañamos. Incluido el recorrido de las ciento treinta lápidas con el *Padre Nuestro* traducido a otras tantas lenguas.

En intensa meditación, como si fuera la antesala de lo que iba a ocurrir a continuación, Jesús se paseó por el Jardín de Getsemaní, hasta llegar al lugar exacto en el que Cristo invocó a su Padre para que le apartara el cáliz de la

pasión. El calor de los primeros días de la primavera y la proximidad de la hora del Señor se dejaron notar. Pero yo aún no sé si el sudor de Jesús era por la alta temperatura o por las evocaciones de otro pasado que le llegaban a su corazón.

—Hola... Estoy muy nervioso... Nunca he hablado en público... Lo siento, creo que esto es quedarse en blanco... Bel, ¡tenías razón! ¿Qué digo yo ahora?

Jesús, sobrepasado, se dio media vuelta para irse. Un aplauso atronador lo paró. Se giró y haciendo panorámica miró a la multitud que rebosaba todo el paraje de aquel lugar místico. Todos sus recodos y sus asentamientos a la hora anunciada estaban que no cabía un alma más. Rebeca, la niña judía, salió a su encuentro. Lo hizo agacharse para besarlo y por el micro de los auriculares de Jesús todos pudimos escuchar:

—Diles quién eres, qué haces y qué te gustaría o quieres. Es lo que cualquier niño sabe...

El estruendo de las palmadas se fue diluyendo poco a poco hasta parar del todo y provocar un silencio acorde con la infinita y maravillosa cantidad de gente que había. Dos millones de ojos observaban muy abiertos a Jesús. Dos millones de oídos esperaban deseosos sus palabras.

«Nací en un pequeño pueblo de Portugal, llamado Nazaré. Soy Hijo de María Nova y José Argo. Mi nombre es Jesús y tengo síndrome de Down».

Al momento los vítores demostraron a un público entregado. Fieles y no fieles lo aclamaron por igual. Solo había roto el hielo, pero la gente tenía ganas de eso, de esperanza en un mundo desarbolado por la angustia y el miedo. Jesús recordó sus primeros pensamientos al partir de Liliun y continuo su discurso con ellos:

«Esto no me hace diferente de vosotros. Solo he tenido que trabajar más y han tenido que trabajar más conmigo. Sólo eso. No soy más débil ni más frágil por ello. Soy igual que cualquiera de vosotros. Al menos lo intento.

«No sé si podré ser exactamente como todo el mundo desea de mí, si traeré la paz tan esperada, si mi voz será la esperanza definitiva. No sé lo que espera el mundo de mí. No lo sé y tengo miedo. A veces hasta tiemblo.

«Estoy nervioso como un niño. Es normal. Soy igual que un niño. Pienso como un niño. Siento como un niño. Me río como un niño. Y me gustaría que todos volvierais a ser niños, como yo.

«Desde muy pequeño, Bel, mi mentor, me dijo que este día llegaría, pero no le entendía. No me daba cuenta de que me estaba preparando. De que todos sabían que esto ocurriría de verdad.

«Bien, pues no lo entiendo. No he hecho nada que no haríais cualquiera de vosotros si pudierais. No soy diferente. Soy uno más. Soy lo que vosotros queréis que sea.

«Hasta ahora, para mí todo ha sido como una maravillosa excursión. ¿Sabéis? He viajado mucho últimamente. Y os quiero decir lo que he descubierto: He descubierto que los que menos tenían eran mucho más dichosos que a los que les sobraba. Cuánto menos tenían más nos daban. Y nada querían o pedían.

«¿Por qué no hacéis como ellos? Volved a ser niños otra vez, pequeños hombres especiales, donde todos sois amigos. Es mucho mejor tener muchos amigos que muchas cosas. Os lo puedo asegurar. Yo no tengo nada y soy feliz, porque los tengo a ellos. Lo material no vale, no sirve. No te lo vas a poder llevar en una maleta junto tu dios, o lo que quiera que sea. Os lo digo yo que algo entiendo de eso.

«¡Qué maravillosa pero qué difícil es la generosidad! Cuesta dinero, claro. El dinero, siempre el dinero. No necesitamos más tiranías, con la del dinero es suficiente. Lo raro es que no he conocido rico feliz y sí muchos pobres felices.

«Entonces, si sabéis que es así, que lo que nos da la dicha es asistir al más necesitado, ¿por qué no los acogéis en vuestras casas? ¿Por qué no les sentáis en vuestras mesas? ¿Por qué no los vestís con vuestras ropas?

«Yo os lo diré: Es difícil renunciar a los placeres. Esto os vuelve egoístas. No queréis reconocer que habéis sido comprados y engañados. Aunque estoy seguro de que estáis aquí porque vuestro corazón es bueno, solo que muchos lo tenéis apagado. Pero si queréis lo podréis volver a encender. Solo tenéis que invocar a la palabra mágica que se llama compartir.

«Al igual que la luz es como la vida, la oscuridad nos enseña la muerte eterna. Sin embargo, muchos la prefieren. Sus encantos son más seductores, es cierto. Es más fácil dejarse llevar por lo material y olvidarnos del corazón. Es más fácil sentir ira que perdón. El egoísmo y la envidia son los habitantes de nuestros pueblos. También la falsa caridad. Dar lo que nos sobra lo puede hacer cualquiera, pero dar lo que tenemos solo los grandes

de espíritu lo hacen.

«Como niño que soy, ahora que os tengo aquí, quiero preguntaros: ¿Por qué peleáis entre vosotros? ¿Por qué os matáis entre hermanos? No os entiendo. ¿Para qué os sirve? No os sirve de nada. El odio no hace feliz a nadie. Tener enemigos no está bien, lo sabéis de sobra. No tiene ningún sentido y sin embargo os lleváis portando mal con el prójimo desde que la tierra es tierra.

«Tuve muchas dudas de joven sobre mi destino y lo que todos decían de él. Sufrí mucho pensando que nunca sería lo que se decía de mí. Discutí muchísimo con los míos. Aún recuerdo dos sonoras bofetadas de mi madre. Los que me rodeaban y me querían tuvieron paciencia infinita conmigo. Y aunque yo no fuera consciente, el Padre nunca me abandonó. Me dejó hacer, pero siempre estaba ahí, aunque yo no lo notara ni él interviniera. Mirad con los ojos del hombre bueno y lo encontraréis, porque está vivo dentro de vosotros y no lo habéis visto. Solo tenéis que frotaros los ojos o limpiaros las gafas. Nada más, es fácil.

«Decís que yo haré a los malos buenos y que alegraré los corazones. Está claro que creéis en los milagros. Algunos también dicen que en el cielo tengo un papá que lo puede todo. No lo sé. Pero sí sé que a veces me habla y que me gusta escucharle.

«¿Y sabéis lo que me dice? Me dice que ningún hombre puede utilizar a Dios para justificar sus actos y su conciencia. Aquí, en Jerusalem, tres de las más grandes religiones se pelean por un pedazo de tierra. Y yo os digo que las almas muertas no se llevan nada al otro lado. Lo que es de la tierra en la tierra queda, lo que es de Dios con él vuelve. He estado en otras ciudades donde todos los dioses se celebran en armonía sin que importe cómo se llame o quien sea su profeta. Y os puedo decir que lo he pasado muy bien.

«Todos pensáis que soy el que soy. Yo no lo sé. Me han contado la historia del que vino hace más de dos mil años. Quiero recordaros lo que decía este hombre: No juzguéis y no seréis juzgados, con la medida que midáis seréis medidos. ¿Por qué entonces sois tan cotillas y criticones y no queréis ver la paja en vuestro ojo? ¡Qué diferente sería el mundo si tratáramos a los demás como nos gustaría que nos trataran a nosotros mismos!

«Aunque no os lo creáis, no sé cómo funciona esto del cielo, ni si iremos todos, lo que sí sé es que los avariciosos no pueden entrar. De eso ya me

encargo yo, lo juro. Tampoco los pastores que traicionan a sus ovejas. Solo el arrepentimiento a tiempo y sincero puede darles el perdón. Al parecer a todos se os llamará, pero solo unos pocos querréis escuchar. Solo si tú quieres serás elegido. De ti depende. No le echéis la culpa a dios de tu elección.

«Mis seres queridos, mi madre, mi maestro Bel, los míos lo primero que me enseñaron fue a ser libre. Lo segundo, a respetar a todas las personas por igual. Lo escucháis continuamente, ya lo sé. Pero ¿lo cumplís? ¿Cuántos hombres han quebrantado con sus piedras la dignidad de sus novias, hermanas, esposas y madres? Las mujeres no son animales destinados solo a la procreación. Ningún dios nos perdonará mientras no nos respetemos como iguales. Sé que muchas religiones han utilizado a su dios para hacer de las mujeres sus esclavas. Aquellos que me persiguen lo saben bien. También muchos políticos y buena parte de la fauna social. No habrá paz si esto no acaba. Si no buscáis la dignidad de la persona da igual de que género, inclinación sexual, color, discapacidad, condición social, religión u opinión; no me merecéis, ni merecéis ser escuchados.

«Es fácil, muy fácil. Compartir os hará felices. Hay aún una palabra mejor: Repartir. Repartid con los hermanos que sabéis están necesitados. Y entonces todas las formas de esclavitud desaparecerán. Habrá más y mejor trabajo, todos tendréis vuestra oportunidad y no habrá diferencias entre iguales. Si abandonáis la avaricia del consumismo, el poder económico no os podrá explotar. Políticos corruptos, laicistas populistas y falsos profetas de religiones que solo sirven al hombre y adoran al dios dinero; viven unidos para explotaros y hacer hombres infelices, más fáciles de dirigir.

«Os han construido un mundo donde especulan con vuestras vidas, decidiendo quien vive y quien no en función de un factor económico y de donde dios te haya enviado para nacer. Como en la edad media, solo se cura a una parte de la población, solo se alimenta a esa misma parte y solo se les viste a ellos. Para el resto del mundo se os pide un gramo de solidaridad con el que lavar las conciencias.

«Ya veis, muchos han usado mal a dios y han hecho cosas horribles en su nombre. Muchos han llenado de dolor y hambre las vidas de los inocentes con guerras inútiles. Pero también ha habido muchos que no han dudado en ayudar a los más débiles.

«Y también muchas veces la tierra se ha levantado desde sus entrañas y ha

llenado de fuego su superficie, y los cielos la han inundado desbordando sus ríos y los mares. Pronto todo tal y como lo conocéis se caerá abajo y todas las religiones morirán. Ya no habrá falsos dioses, ni profetas, ni sacerdotes. Y cuando todo esté más triste y roto, un poder imparable, venido de lo más sencillo e inocente, de lo más puro y bueno, devolverá la sonrisa a la humanidad.

«Educáis a vuestros hijos pensando solo en vosotros, en cumplir los sueños que no tuvisteis. ¿Pero ellos? ¿Les habéis preguntado alguna vez cuál es su sueño? ¿Por qué no os fijáis en ellos? Son inocentes, son libres. Dejad que lo sigan siendo y aprended de ellos. ¿Os habéis preguntado cómo funcionaría mejor el mundo, con sus palabras sabias o con vuestras necias mentiras de adultos? ¿Lo habéis pensado?

«Vuestros hijos, tiernos aún, os enseñarán que no hay buenos ni malos, ni izquierdas ni derechas, ni hombres ni mujeres, ni dioses ni demonios, solo vida y ganas de compartirla.

«Habéis oído que los niños se curan y hoy venís con ellos. Eso es porque queréis a vuestros hijos. ¿Cómo no se podría querer a un niño? ¿Qué hay más hermoso y que nos haga más felices que su sonrisa?

«Quiero llamar a los niños del mundo para que cantemos juntos, con fuerza y con amor, para que nos oigan en todos los sitios y por fin nos hagan caso. Solo soy un joven con espíritu de niño, un amigo, un compañero de juegos.

«Así que creo que este mundo es mejor que sea de mis amigos los niños. Ellos siempre siembran sin esperar nada y siempre recogen, más o menos, pero recogen. Es mejor que sean ellos los que tomen el rumbo y os muestren la verdad. Los adultos estáis ya muy contaminados y ahora no tenéis remedio. Su sencillez y su lógica ingenua os conducirá. Ellos son la verdadera esperanza. Lo siento, es una pena, pero es así. ¡Qué le vamos a hacer!

«Construiremos una historia nueva. Nos uniremos todos y os diremos que paréis ya, que este no es el mundo que os hemos pedido. Os diremos que si no lo hacéis nos iremos de vuestro lado. ¿Para qué os queremos si no sabéis cuidarnos?

«Yo nací niño y sigo siendo niño. Copiad de nosotros los niños y encontraréis la paz. Y aprended, da igual que dios sigáis, es el hombre el que hace malo a su dios.

«Antes de dejaros, una cosa quiero deciros: Buscad en vuestro interior, en la más oculta de vuestras esencias. Respirar profundo y cerrad los ojos. Id hacia la luz que vive en vuestro corazón. Sentid suave pero intenso vuestro Qi. Abrazadlo y llevadme para siempre en vuestros corazones y que mi Qi os acompañe.

«Y recordad: El problema no está en cambiar de pastor si no en dejar de ser corderos. Yo soy solo una oveja mala y traviesa que quiere unir a todo el rebaño.

«Hace años, cuando Bel, mi maestro, me decía que el mundo escucharía mis palabras, yo le decía que solo quería jugar. Él se enfadaba conmigo con razón. Hoy creo que yo también la tenía. Seamos niños de nuevo: A jugar, es la hora del recreo».

Aquella fue su primera y única arenga universal. No volvería a hablar en exposición pública con los medios de comunicación y todas las televisiones del mundo y las redes sociales transmitiendo mediante *streaming* en directo. Al menos no de esta manera. No soy capaz de conciliar todas las emociones sentidas. Desde el orgullo, vicio vil de mi ser, que henchía mi pecho hasta las compartidas por el gentío.

Las multitudes, dadas sus dimensiones, respetaron al milímetro el ritmo de alocución de Jesús, y se hicieron cómplices de sus silencios, sus reflexiones y sus ironías. No me llegarían las páginas para transcribir los mensajes que en sus banderas y pancartas portaban antes de recibir su mensaje. *Creemos en ti, Llámanos, Danos tu Sonrisa, Dios está contigo* y miles y miles reclamando su esperanza. Cuando callaba nada se oía, hasta los pájaros se mantenían en silencio. Cuando gesticulaba y daba potencia visual a su discurso, todos los ojos se abrían y nadie se atrevía siquiera a pestañear. Cuando su lenguaje se volvía mordaz, el mundo reía contagiado sin poder casi parar. Hasta llegar a la ovación final, un aplauso eterno que mis oídos siguen escuchando como si se perpetuara en el tiempo por toda la eternidad. No puedo calcular cuánto duró. Embargado por la agitación del momento, sé que no quería que se terminase.

Al fin Jesús se retiró al interior de la Basílica. Los miembros de las Naciones Unidas le saludaron perplejos. Jesús no les hizo demasiado caso. En su total plenitud, sabía bien lo que quería. Empezó a dar órdenes:

—¡Dominí!

—Dime, Jesús.

—¿Cómo está la sangre?

—¿La sangre? —le preguntó sorprendida mientras de su usada mochila viajera extraía el frasco.

—¡Bien! —exclamó Jesús al verla líquida y con un rojo tan intenso que ponía en duda su procedencia. —¡Mat! Habla con tu amigo. Elegid un hospital de Jerusalem y llevadme en ambulancia para evitar a las masas, sino no nos dejarán salir de aquí.

—¿Qué tenéis pensado, hijo? —Me entrometí, aunque ya intuía la respuesta.

—Analizar la sangre sagrada y la mía, mezclarlas y donarlas para que con ellas puedan hacer transfusiones y salvar todas las vidas posibles. Todos haréis que la noticia se propague.

Obedecemos.

Un sinnúmero de enfermos con las dolencias más raras y desconocidas existentes acudieron al hospital preparados en la fe para recibir la sangre de Jesús. Niños y niñas, hombres y mujeres sin un futuro ni ninguna posibilidad para un mundo donde se escogía siempre lo mejor, se sumaban en perfecto orden a una interminable fila humana que desbordaba la ciudad, aguardando su turno respetuosamente. Esta fue la consigna. Y así se hizo.

Pero no todo fuera fácil. Los médicos israelís, más bien escépticos, opusieron una celosa resistencia y pidieron que la primera prueba se hiciera en la misma ambulancia de Cruz Roja. Jesús aceptó y aquella gota de sangre suya fue a parar a un niño con parálisis cerebral por su insistencia. Este se curó prácticamente al instante.

Enviadas las muestras a analizar, la de Jesús y la supuesta de Cristo, los responsables del laboratorio no daban crédito a sus resultados. Las dos eran en la práctica idénticas a excepción de sus orígenes. La huella genética del Cristo confirmaba su edad en más de dos mil años. Esto volvió locos a los técnicos que no hallaban explicación científica alguna a los millones de partículas vivas regeneradoras y desconocidas que habitaban revoltosas en aquel flujo colmado de vida propia. Al final, impotentes ante la magnificencia del descubrimiento, las bautizaron como *Mirabilis Manducat Particulatim* o *Pequeños Trozos Milagrosos*. Muchos no quisieron reconocerlo como prueba de su deidad. Pero lo cierto es que después en el hospital, con los dos tubos ya

mezclados, una minúscula gota inyectada en el paciente lo sanaba. Y a su vez lo convertía en sanador. El flujo compartido conectaba sus redes energéticas con todos los seres vivos del planeta. Solo tras EL FINAL DE JESÚS se conocerían sus contraindicaciones.

Todos los enfermos terminales que recibieron su dosis curaron casi al instante y, cuanto más enfermos y más vulnerables para la sociedad, mejor curaban como si hubiera nacido un proceso reversible. Los enfermos de sida, drogadictos, infectados por ébola o con la malaria a cuestas, los paralíticos, ciegos, sordomudos o todos aquellos que portaban raras o indeterminadas patologías; aquel día salieron por su propio pie y sus hechos fueron para siempre conocidos como «los milagros de Getsemaní».

—Nos vamos de peregrinación.

Así fue como al día siguiente Jesús nos anunció que comenzaba el tiempo de prédica de su mensaje.

Recorrimos a pie todo Israel en busca de los lugares del Cristo.

Ya nunca más nos libraríamos de la compañía de las masas con los niños siempre a la cabeza, mariposeando juguetonamente. Jesús los quería y le hacían feliz sus risas. Todos querían tener su momento con él y su *selfie* para el recuerdo. Y aunque a veces casi parecía una atracción de feria a él no le molestaba y siempre respondía con palabras amables y una sonrisa, su eterna sonrisa.

Nathanael había hablado con el Gobierno de Israel. El Estado Judío no puso objeción alguna, aunque le incomodara la presencia de Jesús, a disponer del ejército para su protección. Bajo ningún concepto quería que le ocurriera nada que pusiera más en el límite la débil estabilidad de la zona y por ende del resto del mundo.

Belén fue el primero. A escasos diez kilómetros de la vieja Jerusalem, la seguridad desplegada por las autoridades hebreas nos anunciaba que nos adentrábamos en el auténtico corazón de Palestina. Las reconstruidas murallas de la ciudad que vio nacer al Cristo nos recibieron con numerosos hombres con sus armas a medio disimular, repartidos discrecionalmente por sus almenas. Filas ingentes de hormigas humanas se fueron acumulando en sus laderas esperando que les dieran paso. Muchos, la gran mayoría, simplemente no pudo entrar. No cabía nadie más.

Ninguna vez vi enfadado a Jesús como tras entrar en la Iglesia de la Natividad.

Con la agilidad de un felino despojó a Melchor de su látigo y lo fustigó sobre las losetas anteriores al altar:

—Dejad de ofender a Dios con vuestras pérfidas oraciones, malas víboras. Rezáis de memoria y sin fervor como los fariseos que condenaron al Cristo. Y después solo sabéis hacer mal a vuestro prójimo. ¡Fuera! No profanéis el templo de mi Padre.

—¿Cómo hay que rezar entonces, Jesús?

Le interrumpió la pícara de Rebeca, sabiendo que así se calmaría.

—Dile lo que sientes, lo que temes, lo que te preocupa y dale las gracias por lo que te alegra, niña mía. A Dios se le tiene en el corazón, no se impone en nuestros pensamientos por mucho que se repita.

De pronto el llanto grande y sonoro de un recién nacido se dejó escuchar. Jesús sonrió al reconocerlo.

Tras el incidente, decidimos no permanecer mucho tiempo en Belén. Los fieles querían estar a su lado y manosearlo en busca de algún milagro. La conversión se hacía casi fanática. Él, siempre que podía, se apartaba a jugar con los niños. Con ellos era feliz y era su forma de enviar el mensaje de su pureza y de que, solo reflejándose en ellos salvarían sus almas. Pero la pequeña aldea estaba saturada por los peregrinos, así que volvimos a Jericó. Recorrimos de abajo a arriba la orilla del Jordán. La multitud venida como buenamente podía de todo el mundo se hacía cada vez más extensa y más difícil de mover, como una lenta serpiente, ocupando ya todo el territorio y comenzando a causar grandes problemas de abastecimiento de víveres y de agua potable. Pero el mensaje de Jesús era claro, había que compartir lo poco que tuviéramos si querían seguirlo. Y había que respetar el entorno natural y dejar siempre todo limpio. Increíblemente todo el mundo le obedeció. La gente entendió que eran sus premisas para permanecer a su lado y todos se encargaban de recordárselo a unos u a otros.

Las curaciones, como a mí me gusta llamarlas, se sucedían día tras día. Y el eco de las mismas, también. Sabía que esto no satisfacía en nada las mezquinas intenciones del Califa y mucho menos de Hordos. Pronto empezamos a ver ocultos entre la mansedumbre a alguno de los Hijos del Profeta, e incluso Monjes Negros. Suiseki aumentó sus alertas al contar con una singular red de espionaje formada por los «niños perdidos».

También surgieron las apariciones. Jesús hacía por visitar los cementerios de

las pequeñas poblaciones palestinas, la mayoría de confesión musulmana. Siempre pedía permiso que le era concedido pues no solo se había ganado el respeto de la gente, sino de toda la población. Esa era indudablemente nuestra mejor salvaguarda. Antes de la medianoche juntaba a los penitentes que querían visitar las tumbas de sus seres queridos y perdidos. Todos encendían un cirio largo y avanzaban en procesión adentrándose en el camposanto. Allí se reunían y reconciliaban con las almas de los que se fueron. Aquellos entes espectrales llevaban la sonrisa fácil en sus rostros fantasmales. El miedo era libre y cierto que al principio impresionaba bastante, pero la costumbre me hizo ver en ellos lo que significaba la vida y lo que realmente éramos: pequeñas particiones indivisibles del mismo y gran universo, al que podríamos llamar Dios.

Curaciones y apariciones se hicieron comunes en aquellos meses. Lo que fuera el Sanedrín para Cristo también existiría para Jesús. Sus enemigos confabulaban y buscaban una oportunidad que no terminaba de aparecer. Otros poderes fácticos temerosos de perder o desaparecer engullidos por las turbas o por la chusma, como la llamaban, se habían unido. La política mezclada con la religión generaba extraños compañeros de cama. Los populistas se aliaron con el capital, los falsos sacerdotes con las facciones más laicistas, las falsas corrientes feministas o liberadoras con radicales extremistas fascistas. Todo caminaba hacia un cambalache que nosotros no entendíamos y del que Jesús parecía ajeno. No quisimos ver que él preparaba su final, una estocada que dejaría heridos de muerte a sus enemigos, aunque al principio pensarán que habían ganado la guerra y por tanto a Dios.

El otoño conquistaba con sus hojas caídas el paisaje cuando vislumbramos las ruinas de Cafarnaúm, a orillas del Mar de Galilea. La multitud que nos seguía y el resto de nosotros, incluidos los amigos de infancia de Jesús, dejamos que este y los doce mojaran antes que nadie sus pies en el agua del también llamado Tiberiades. Sentí fuertes presencias, como si despertaran de un largo letargo. Ellos también. Sus ojos viajaron nostálgicos a sus anteriores y una fuerza descomunal del otro lado sacudió toda la esencia de sus almas. Su historia, el pasado de la humanidad, se les ofreció cristalino e inmaculado, sin mentiras. Supieron quiénes eran y quiénes habían sido.

Moramos aquellos días sobre las rocas que habían compuesto la casa de Simón Pedro. Su yo actual, Suiseki, caminaba despacio por sus losas rotas todas las mañanas nada más levantarse, como si con aquel ritual absorbiera la

energía de su antepasado, del lugar y del tiempo. Luego almorzábamos e íbamos a la playa anexa al pequeño muelle del que antaño partían los apóstoles a su pesca diaria. Jesús llamaba a los niños al baño y juntos disfrutaban indiferentes al futuro que vendría. Tras la comida, escuchaba a las gentes que le seguían y él con su humor tan especial intentaba dar con las palabras justas que les dieran la sonrisa que casi todos habían perdido. Siempre lo conseguía. Era el hijo de Dios. Y a quien le escuchaba le daba igual de qué dios era hijo.

Antes de que el invierno se inaugurara y después de cruzar de punta a punta el Mar de Galilea, acudimos al último destino: Nazareth.

Jesús paseará por sus viejas calles recordando lo que fue. El aire sublime del pasado le rozará la cara y el olor de aquel tiempo le violentará la nariz. Después en la Basílica de la Anunciación recordará a María, la de madre del Cristo. Idéntico rostro que la que dejó en Liliun.

Con la esencia de su alma reunificada y completa, regresamos a Jerusalem poco antes de la primavera y con un Estado de Israel que no sabía cómo detener la avalancha de seguidores que lo invadía.

Aquella sería la última noche.

Jesús daría sus postreros pasos por Getsemaní a solas, seguido de cerca por sus fieles vigilantes. Se despedirá de la ciudad donde su primera alma expiró acallada por el pecado de la humanidad. Su espíritu se llenará de angustia y miedo. Con su *Qi* volará sobre las ansias de su inminente futuro. Sudará sangre y por última vez llorará con lágrimas humanas. Verá como el lobo estepario de Wei cae abatido por el cazador y *Peregrinatur*, el halcón, es alcanzado por una flecha enemiga. Los estigmas del Cristo volverán lentamente a manifestarse en su cuerpo. Habrá pánico en su corazón y gritará de dolor. Todo se tornará oscuro e inquietante.

Como si de una premonición se tratara, mandará a mi hermano Melchor convertir el oro que le llevó cuando nació su «reinado» y repartirlo entre las criaturas más necesitadas de la ciudad *porque entre ellos no hay buenos ni malos, solo niños.*

Todo menos treinta monedas.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

El Cáliz que no querrá apartar

del libro tercero de Jesús por Belshazzar

Si quiero plasmar con la mayor fidelidad posible el proceder de los hechos, tras repasar los comentarios y recordatorios que tengo ahora sobre la mesa, me veo obligado a retroceder en el tiempo y regresar al acontecimiento del bautismo de Jesús.

Tras la transfiguración del espíritu del Padre en Jesús con la fusión del cuerpo y el alma a través de la fuerza divina, acampamos a la orilla del Jordán, cerca del lugar que ya pasaría para siempre a la historia. Esa misma noche de luna llena y clara, Lys tendría una ensoñación con Jesús, hombre e hijo de Dios.

Despertará con una sonrisa que solo las mujeres que han sentido el verdadero amor y la esencia de la pasión sincera y desbocada han tenido. Empapada en sudor y completamente desnuda, aparecerá abrazada al cuerpo de su amigo, que descansa plácido e inocente a su lado.

En sus ojos subsisten las imágenes frescas del rostro de Jesús sin rastro del Down, mirándola con ojos brujos llenos de ese tono melaza que cuando brillan enloquece cada poro de su piel. Él, encima de ella, la besa larga y prolongadamente, despacio, sin prisa, deleitándose en su sabor. Ella le responde con avidez. Él la frena. Desliza sus labios abiertos, mordisqueando su cuello. Lys gime y le refrena con un beso húmedo. Él le acaricia los pezones erizados como puntas de lanza, tornea sus pechos con la mano y deja resbalar la punta de su lengua garganta abajo. Ella vuelve a gemir y acomoda sus piernas. Siente su miembro erecto y viril, mojado, dispuesto. Comienza a moverse en función de los espasmos que le suceden uno tras otro por la espalda recorriendo toda la columna. Nunca sintiera algo igual. Jesús le besuquea de continuo los pechos. Un sofoco inmenso que no ha hecho más que comenzar la ahoga. Su quejido placentero va aumentando su tono. Él no para y su boca se desplaza audaz hasta su sexo, que ya es un río incontenible. Él juguetea hasta que no puede más y la penetra. Entonces los dos cabalgan acompañados con furia contenida hasta conseguir el clímax.

Luego no hay palabras, solo miradas y caricias impregnadas de un nuevo y desconocido cariño, hasta que el cansancio los derrota a los dos y descansan

unidos y felices.

A medida que pasan los minutos, Lys se confunde más. Mira para Jesús, también desnudo, que ha recuperado su rostro de siempre y no puede discernir si su sueño ha sido real o solo un deseo de su verdadero subconsciente. Se levanta buscando un lugar donde poder evacuar urgentemente sus aguas menores. Antes se toca la entrepierna y entre sus dedos algo más espeso, viscoso y blanquecino, se le ha pegado. Mientras lo frota asustada, llora dichosa mirando para él.

Al volver, encuentra a Jesús sentado sobre el suelo ya vestido. Cruza una mirada cómplice con él que no obtiene respuesta.

—Buenos días, Lys.

Ni un beso, ni un mimo, ni tan siquiera un roce. Jesús reacciona como lo hubiera hecho cualquier otro día. Nada ha cambiado. No le dice nada, pero mientras recoge el saco de dormir una diminuta lágrima se le escapa por su ilusión desvanecida. ¿Le amo?, se preguntaba continuamente sin saber responderse.

—Parece que no has dormido bien, te noto cansada.

Ella casi le atraviesa con la mirada. Sus mejillas redondas se sonrojaron y sus labios pequeños y perfectos disimularon un ictus travieso.

—Estás rara, Lys. Bueno, no importa. Ven, que te tengo preparada una sorpresa.

Sus ojos se le iluminaron de nuevo. No sabía bien lo que quería, pero solo la idea de que la quisiera le hacía criar mariposas revoltosas en el estómago.

Jesús nos había convocado a todos. Fuimos apareciendo uno a uno por su tienda. Aunque encogidos, él lo había preferido así, fuera de la curiosidad de los fans, más que fieles, aún en aquel momento.

—Quiero deciros algo que tiene que ver un poco con lo que pasó en el Templo Dorado de Benarés.

Todos le escuchábamos todavía convalecientes con los últimos estertores de la vigilia. Su anuncio nos quitó de facto la modorra.

—Lys es el «Apóstol número 13» y me sucederá tras el final.

Y diciendo esto, le cogió su mano derecha y en el anular colocó el anillo papal del difunto Padre Jorge, descubriendo su destino y cumpliendo una parte de lo

que le prometió.

Ella le miraba incrédula, no entendía el precepto que acababa de formular Jesús. Él entonces, giró su brazo mostrándole la marca de nacimiento que llevaba en su muñeca.

—Dios elige a su gente. Es la flor de lis, la que une a Dios con los hombres. Él te concederá su verbo y tú serás su reina.

Después le besó en la mejilla, cerca de sus labios. Esto la estremeció. Lys desbordada lo miraba paralizada y sin saber qué decir, con su sabor relamiéndose todavía dentro de su boca.

—Pronto entenderás lo que pasó en verdad y serás feliz por ello.

Jesús, acariciando su cara, le enseñó aquella sonrisa que solo él sabía dibujar, dejándonos a los demás abrazar emocionadamente a la nueva mujer que acababa de nacer, aunque nadie lo sabíamos y desconocíamos los sucesos que la transformarían en la que lideraría la verdadera cruzada del Señor y que, aunque lo desconocíamos, para nosotros acababa de empezar.

—Y recordad: *No perdáis nunca la sonrisa. Ni siquiera cuando las cosas de la vida se tuerzan.*

Aquel fue su mandamiento. Aún me cuesta obedecerlo, pues fácil no es. Todos aceptamos y entendimos el mensaje de Jesús. Todos callamos tristes, ese anuncio era lo mismo que decir *preparaos, mi hora se acerca* y cayó como una bofetada en cada uno de nosotros.

Aquella noche sus seguidores no dormimos. Una contagiosa amargura se había apropiado de todo el grupo en el Jardín de Getsemaní. Jesús la pasó restregando lentamente sus manos por las cortezas de sus olivos milenarios. Con los primeros naranjas del amanecer, nos convocó.

—Nunca os he dicho lo mucho que os amo. Os lo digo ahora. A todos, sin excepcionnn. —Arrastró la n en alusión a Foma, al que le alborotó los dos pelos que le quedaban en la coronilla. —Sé lo mucho que habéis entregado por mí y os lo agradezco de corazón. Lo que todos sabemos se acerca sin remedio y, como el Cristo, debo aceptar la decisión del Padre.

Hizo una inflexión larga y aprovechando que le habíamos rodeado fue girando y ofreciéndonos su mirada dulce a cada uno hasta pararse en mí.

—Bel, mi viejo amigo, mi maestro, mi mentor. Hoy partirás conmigo a Petra, de donde vienes, al lugar donde los primeros pobladores, tus ancestros los

edomitas, hallaron a Dios. Tengo que hablar con la primera esencia y allí la encontraré. Lleva a Siddhi de tu diestra para que te ayude. El resto sabrá qué hacer.

Un llanto callado me alienaba, no lo podía reprimir. Acaté sus deseos. Nada tuve que decir a nadie. El pequeño sherpa se dispuso al completo para mí y juntos iniciamos los preparativos. De inmediato, Matthew desapareció con Melchor sin mucha explicación. Al parecer Foma les había puesto en la pista de un viejo mercader. Se nos presentaron con una cuadra de rumiantes de dos jorobas. Nathanael se fue junto con los altos mandos del servicio secreto israelí para pedir que nos despejaran la salida de la multitud. Esto no fue posible y el Mosad le detuvo pidiendo a cambio la cabeza de Simona. Matthew llamó a su antiguo socio y este desde el Gobierno Americano y la ONU consiguió su liberación, quedando el favor devuelto. Consciente del peligro que suponía para el grupo, la palestina anticipó el camino y se esfumó con facilidad, acostumbrada a vagar en la oscuridad. Esperaría a Jesús en Petra donde sería, aparte del mío, su invitado. Moisés y David se habían unido a Tadeo y Suiseki en la custodia y preparaban en detalle la partida.

Las mujeres esta vez se habían reunido todas juntas sin nosotros y como si mascullaran algo, susurraban alrededor del fuego con Lys como protagonista. Si alguno nos acercábamos callaban. Tan atareados como estábamos, las dejamos a su regocijo. Solo el gorgojo de la paloma de Dominí como conocedora de los nuevos presagios que se avecinaban me incomodó. Más cuando pude observar dos imágenes que terminaron de colmar mis zozobras: En el supuesto lugar del Monte de los Olivos donde Cristo oró a su padre, separados por tan solo unos metros, arrodillados y con llantos sumidos en la congoja, Wei consolaba a Philip y el Padre Gaspar a Jewish.

Todo olía al inicio inexorable de la despedida final. Mi sentido premonitorio efectivamente no me engañaba. Hasta las luces de las antorchas aquella noche se tornaron fúnebres.

A la mayoría se nos cerró el estómago y ni siquiera desayunamos. Con una sombría paz y alguna nube gris asomando al cielo, salimos de Jerusalem sin que al final la inteligencia judía hubiera cumplido su parte del trato. La masa nos rodeaba y los soldados simplemente nos escoltaban. No habría ninguna posibilidad de escapar de los peregrinos. Nos seguirían a dónde fuéramos.

Al entrar en la estribación del Valle del Jordán, rodeando el oasis de Jericó, Moisés y David se pusieron a la cabeza de la caravana. Con un gesto me

dijeron que esperara la señal, *pero qué señal*, me preguntaba yo cuando una explosión tras otra empezó a causar el caos. Los pobres infelices viajeros corrían en estampida en todas direcciones sin control. El ejército israelí, superado por la situación, no sabía si seguirnos o proteger a la población.

Simona había establecido en diferentes puntos estratégicos pequeños artefactos explosivos que impresionaban más por su ruido que por el destrozo que pudieran realmente causar. Marcados con precisión en el mapa, los chicos que en la memoria de sus anteriores llevaban grabados los caminos del Desierto de Judea, urdieron el plan.

Moisés y David, dos reyes hebreos, conducían a Jesús a su destino. Los pasajes bíblicos se nos manifestaban con absoluta rotundidad. Solo faltaba el maná, que a buen seguro íbamos a necesitar y que también apareció.

Nuestros nuevos comandantes nos alentaron con sus gritos para que los siguiéramos y aumentaron su caminar a un trote lento pero efectivo. Un grupo no despreciable de soldados fueron detrás de nosotros. Pronto desistieron en rápida retirada. Imponentes, sobre las dunas del desierto, en una estampa única, nos aguardaban nuestros amigos los beduinos y los tuaregs, unidos por el mismo hombre.

Así es como conseguimos la soledad que ahora Jesús reclamaba para sí, al acecho de la hora final. Nos adentraron en el desierto acompañándonos hasta las mismas puertas de Petra. Nos dieron de comer y nos abrigaron en las frías y estrelladas noches de oriente. Nos protegieron de las tormentas de arena y nos llamaron hermanos.

Todo para mí hubiera sido maravilloso si no hubiera sido por una cosa: Farah no estaba.

Simona nos recibió ansiosa. Se movía como pez en el agua. Más de una década entre sus piedras rosadas y los espíritus que en ella moraban le habían hecho coger confianza y hasta cariño al lugar. Los moradores del desierto se despidieron corteses de nosotros sin saber que aún les quedaría un último servicio que hacer.

Jesús aceptó la mano de la palestina y se adentraron en los mágicos secretos de mi tierra. Conmigo y con ella buscó la esencia de los primeros dioses. Recorrimos la zona por completo. Nuestros amigos del desierto habían protagonizado un par de escaramuzas a fin de lograr el cierre al turismo. Y así fue. Campamos a nuestras anchas por sus lugares sagrados y nos adentramos

en sus grutas excavadas se dice que mil años antes de la venida del Cristo. Pudimos oír las voces de aquellos primitivos implorando a su deidad.

Ajenos a aquello y con la guardia baja, pues Tadeo y Suiseki como era costumbre andaban pegados a nosotros, Petra era asaltada por los Hijos del Profeta. Compuestos por milicias suicidas habían conseguido separar y dividir a los hombres de nuestros aliados Hassan y Harb Nasser. Su objetivo no era derrotarlos, sino entretenerlos.

Con solo Melchor y Foma y un poco de resistencia que pudieron ofrecer David y Moisés, los únicos avezados en el talento de la guerra, pocas probabilidades tenían mis compañeros de vencer. Pero no fueron a por ellos. Algo conocían que les parecía más interesante que la vida del resto.

La emboscada fue fácil y rápida. Con Jewish como colaborador necesario desarmando a sus amigos, el comandante de los Hijos del Profeta se limitó a maniatar a Lys. Para certificar que era la presa requerida, comprobó que en efecto en sus dedos portaba el anillo papal. Luego, sin más y ante la rabia e impotencia del resto, sobre todo de Foma, se la llevaron con el «curita» al mando. Antes y sabedor de que de ese modo y en aquel lugar ninguno de ellos podría utilizar el *Qi*, los mandó encerrar a todos en la profunda oscuridad de Al-Jazneh, *el tesoro de Petra*.

Un grito helado llegó entonces al corazón de Jesús.

La visión de una cavidad lóbrega lo sacudió derrotado, hincando las rodillas en el frío suelo. El ruido de su caída provocó un eco de caverna estremecedor que nos recordó dónde estábamos. Hombres oscuros con los rostros cubiertos sujetaban a Lys por los brazos, abriéndoselos en cruz y despojándole de sus ropas. De nada sirvió su forcejeo, ni sus aullidos. Solo Jesús podía verla y escucharla en su mente. Seis canallas malnacidos uno tras otro la violaron sin piedad. No solo penetraron su vagina, también su dignidad de mujer. Hirieron al hombre y a Dios donde más dolería. Al tercero ella ya no opuso resistencia, tal era el dolor. Ultrajada, la dejaron arrinconada hasta que perdió la noción del tiempo. Después, ya ausente y llorando a momentos, asustada como una niña pequeña, la obligaron a vestirse y se la llevaron.

Jesús se mostró vencido. Sus ojos lejanos, su mirada abstraída, su espíritu desolado. *Padre, por qué nos has abandonado*. La duda se aferró a su corazón herido. Satán vencía por primera vez. Seis demonios consumaron aquel vil acto. Su número se manifestaba nítido como prueba de autoría.

La aflicción, por primera vez, se esculpió cruda en el rostro de Jesús. Nada pudimos hacer por él. Fueron dos horas tristes y largas como no recuerdo nunca. Simona, Tadeo, Suiseki y yo nos mirábamos compungidos sin saber qué hacer o qué decir. Jesús no quería moverse del lugar como si esperara algo. Hasta que apareció el traidor.

Protegido por nuestros enemigos, nos rodearon. Suiseki desenvainó la catana y acercándose hasta él le retó:

—No descansaré hasta verte muerto.

—Es cierto. Él compartirá tu *bushido*, Sui. Pero no ahora.

Le dijo Jesús, tocando la hoja de su espada obligándole a descenderla. Aquellas palabras desconcertaron al samurái, que comenzó a mirar confuso para Jewish. El irlandés tampoco las entendió. Tadeo lloraba compungido para sus adentros al comprobar que al final nada había podido hacer por su «protegido» a pesar de haber cumplido la promesa que le hizo al Padre Jorge. Simona era la más entera de todos, seguramente acostumbrada a situaciones límite y donde nada era lo que parecía.

Y yo me encontraba sobrepasado. Pensé que todo había llegado a su fin y que la muerte se presentaba cercana.

Jesús se acercó a su discípulo. Jewish le besó en la mejilla.

—Vete a Roma. Entrégate al Príncipe de la Iglesia en San Pedro y Lys será libre.

Jesús le abrazó con un cariño inesperado para nosotros. Sorprendido, el irlandés sintió una sacudida alterar su alma. Se separó de Jesús bruscamente con el rostro desencajado.

—Con el tercer abrazo, nuestras almas se volverán a unir para siempre. En Roma, nos veremos con «La Creación» como testigo de nuestro pacto, hermano mío.

Ninguno de los presentes entendimos el mensaje cifrado de Jesús. Ni siquiera podíamos imaginar su significado. Solo el lugar donde se ejecutaría la sentencia: Roma, la piedra angular de la iglesia.

Jewish y sus soldados se retiraron al galope. Simona, Tadeo y yo nos fuimos; teníamos que liberar a nuestros amigos. Jesús nos pidió dejarle a solas. Se internó en la cueva y con la oscuridad como fiel compañera buscó a su espíritu. Suiseki se quedó vigilante esperando por él en la entrada de la

cavidad. La luz de las antorchas le dejaron ver las gotas de sangre y sudor frío que caían de su frente. El mechón blanco de su flequillo se hizo mayor.

—Bel, necesito que hables con tus amigos los beduinos para que me ayuden a cruzar el desierto lo más rápido posible.

Simona mostró su cara más fría, la que había entrenado en sus momentos más oscuros.

—Esta misma noche partiré en busca de Lys. Conseguiré salvarla. Estoy segura. Confía en mí. Ha sido un placer y un honor haber compartido este hermoso viaje contigo, amigo mío.

Le asentí conmovido, abrazándola después con todas mis fuerzas. No tuvimos el tiempo suficiente para habernos conocido mejor y los dos sabíamos que no nos volveríamos a ver. También lo supo Nathanael, después al despedirse.

—Nunca te olvidaré amor mío. Te buscaré más allá de la vida. Donde quiera que estés, yo llegaré.

—Y yo te esperaré ansiosa, mi Gran Rabí.

Un beso profundo, largo y pesaroso bastó como adiós.

Hassan le sujetaba el camello. La palestina se izó ágil sobre su montura y girando ciento ochenta grados nos dio la espalda sin echar la vista atrás. El judío y yo intuimos sus lágrimas rotas.

El horizonte oscuro se los llevó para siempre. Aquella noche, en Petra todos dormíamos, aunque la mayoría solo tuviéramos pesadillas. Al acostarnos el Rabí y yo junto al resto, alguien abrió los ojos.

—Estoy en su *Qi*, Bel.

Le agarré la mano en señal de afecto a mi hermano Wei e intenté descansar sin éxito. Al amanecer se me acercaría y me relataría todo lo acaecido en el rescate de Lys. Me despertó sin hacer ruido, consciente de lo que se cernía y me empezó a relatar los hechos.

Dejando atrás el Jordán a la entrada de Ramala, Simona se preparaba para un posible asalto al cuartel general de los radicalistas de la yihad. Protegida por nuestros aliados los beduinos, había atravesado el Desierto de Judea hasta llegar a un pequeño enclave natural procedente de los acuíferos del río sagrado. Allí tenía oculto un diminuto zulo que ella misma había construido años atrás para guardar los explosivos con los que atentaba para la cédula.

Quería darse prisa antes de que alguna milicia de Hamás apareciera por la zona dando una batida. Ahora no solo la buscarían los israelís. A esas horas ya estaría también en el punto de mira de las brigadas terroristas islamistas. Los Hijos del Profeta la habrían reconocido con total seguridad. Pero sabía que era la única esperanza que Lys tenía. Se entregaría y daría su vida si fuera necesario. Tenía claro su propósito: Lys era más importante y valía más que ella a ojos de Dios. Lo acataba dichosa. Haber conocido a Jesús le proveía de una entrega a la causa incondicional, por encima de cualquier otra cosa terrenal, incluido su amor por Nathanael.

Antes debía despedir a Hassan y sus hombres. Ancianos ya, una vez en territorio palestino, le serían más lastre que ayuda.

No le dio tiempo.

Jewish y los milicianos a su mando, los mismos que habían secuestrado y violado a Lys, sorprendieron a los moradores del desierto. No hubo piedad. No hubo honor. No lucharon a espada. Fusiles de asalto y ametralladoras descerrajaron a diestro y siniestro hasta que todos cayeron murieron, incluido el tiro de gracia. Simona, que no había tenido opción de intervenir, sangraba por su labio inferior al habérselo mordido de rabia e impotencia. A ella no le habían disparado, sabía que la querían viva. En su regazo aún sujetaba el rostro sanguinolento e inerte, con los ojos bien abiertos, de Hassan. *Cumple con lo que has venido a hacer, te lo ruego.* Fue el deseo póstumo del jefe nómada.

—Ya te echaba de menos, hermana.

Simona le escupió. Jewish, envalentonado y con lo más oscuro de sí mismo a flor de piel, le abofeteó haciendo saltar un reguero de sangre por la comisura izquierda de los labios de la palestina. Ella volvió a escupir, esta vez al suelo.

—No me des oportunidad porque te mataré.

—No la tendrás. Atadla. Se la llevaremos al comandante. Estoy seguro de que Bakr Assaf sabrá recompensarnos a cambio de la prisionera.

—¡Quietos! ¡Qué nadie se mueva!

Simona gritó vehemente al tiempo que se puso en pie. Despojándose de la sudadera que le cubría el cuerpo, descubrió un cinturón de explosivos rodeándole por la cintura y el pecho.

—¡Moriremos todos!

Jewish la observaba con el rastro pálido.

—¡Irlandés! Acércate, tenemos que hablar.

El «curita» se le aproximó temeroso.

—El hermano Tadeo y el padre Gaspar me dicen que a pesar de todo confíe en ti. Lo voy a hacer, irlandés. Pero juro que si no cumples tu promesa, vendré desde lo más hondo de los infiernos y te llevaré conmigo.

Simona lo había agarrado y lo tenía apretado contra sí. Le hablaba muy bajo y al oído. Solo él podía escucharla. Sus labios pegados borboteándole la sangre que le caía pastosa por el rostro le producían una mezcla entre el deseo, el asco y el miedo.

—¿Dónde está Lys? ¡No me mientas!

—En el Cuartel General, en Ramala.

—¿Puedes salvarla?

—Puedo.

—¡Dime cómo!

—Debo ir a Roma junto con Hordos. Puedo reclamarla para él, como cebo para Jesús.

—¿Lo harás?

—¡Lo haré!

—Antes de nada, Melchor me envía esto para ti.

La palestina le arrojó un talego a las manos. Jewish lo agarró al vuelo y curioso lo abrió.

—Treinta monedas, esta vez de oro, es el precio.

Su mirada se enrabietó, pero se contuvo.

—Llama a tus hombres entonces, diles que vengan.

—¡Venid! ¡Acercaos! ¡Es una orden!

Nos matará, decían algunos. Entonces, dominado por la ira, Jewish, los convenció:

—Es cierto, pero ella también morirá y nosotros lo haremos por Alá. ¡Alá es grande!

A su grito, todos, casi veinte unidades, se lanzaron despavoridos con los ojos

ciegos de odio, dispuestos a morir en su nombre. Y lo hicieron. Simona accionó el dispositivo cuando ya se le habían echado encima. La luz de Dios la acogió y su alma salió a su encuentro hallando al fin la paz, absueltos sus pecados.

Cinco segundos antes había empujado a Jewish, que se dejó caer rodando por la arena lo más rápido que pudo, alejándose del epicentro de la explosión. Todo saltó por los aires. Trozos de hombres mutilados, vísceras y carne fresca se esparcieron en más de diez metros a la redonda.

Nathanael abrió los ojos mientras perdía la mirada de su amada. Un dolor inhumano resquebrajaba sus entrañas. Abatido cayó postrado. Un amargo desaliento le vencía y de sus pupilas brotaban las gotas que lo testificaban.

Jesús se sentó entre Wei y yo y nos abrazó triste esperando al Rabí. Pero Nathanael no se movió. No podía. Los recuerdos del amor que la implacable muerte le acababa de arrebatarse se lo impedían.

El traidor se irguió muy dolorido. Supuraba por los oídos y chorreaba sangre por la boca y la nariz, desencajado por lo ocurrido. Después de contemplar el enorme cráter que a punto había estado de engullirlo, con andar borracho y el hedor de la muerte encima, se encaminó a la ciudad.

Perdida la esperanza, todos arremolinados y confusos, les contamos al resto lo que vivimos a través del *Qi* de Wei.

—Hombres de poca fe —nos espetó de repente Jesús. Todos callamos. —Lys nos espera en Roma. ¿Aún no habéis entendido que es a mí a quien quieren de verdad?

—Vayamos entonces a vengar a mi amada.

—No es la venganza lo que te hará recuperar a Simona, lo sabes bien, Natha.

El Rabí lo miró con ojos apenados y se tiró llorando al suelo de rodillas. Jesús lo fue a consolar.

—La encontrarás. Volveréis a estar juntos, y esta vez para siempre. Sabías que así sería, que purgaría sus pecados entregando su vida por lo que cree. Debes estar orgulloso de ella. Su último suspiro fue para ti, lo sabes bien, por eso despertaste.

Nathanael lo miraba atendiendo a sus palabras que lo reconfortaban. No dijo nada. Se abrazó fuerte a él, y entonces sintió la esencia de Simona llamándole. Al separarse de Jesús una fortaleza desconocida le había conquistado.

Recompuesto se irguió y con un gesto confirmó al maestro su disposición y aceptación.

—¿Cuándo quieres partir?

—Cuanto antes, Mat. No hay tiempo que perder.

—Dispondré todo entonces. Jumala ya está preparando los mensajes para los tuaregs y los piratas somalíes. En unos minutos las palomas de Dominí estarán listas. Harb Nasser y los suyos nos llevarán con sus camellos hasta el puerto de Eilat donde nos acogerá de nuevo el Alejandría. David, Moisés y Foma me ayudaran organizando al resto para la intendencia, junto con las chicas. El padre Gaspar, Wei y Bel es mejor que se queden acompañando a Nathanael. Siddhi y Philip estarán vigilantes esperando a los tuaregs. Suseki y Tadeo se encargarán de preparar tu seguridad, hijo mío.

Jesús miró al bróker con cariño y con su silencio le mostró su total conformidad. Volvió para una de las cuevas y allí pasó todo el tiempo hasta que llegaron Harb Nasser y sus hombres, antes del anochecer. Mal dormimos y, con los primeros claros del alba, arrancamos en busca de nuestro destino final.

Sentí que la eclosión de todos los mundos se acercaba. El universo de los hombres estaba convulso. Y el de los dioses también. Incierto era el porvenir y las sombras ganaban la partida. La esperanza rápido se había diluido. Las dudas nos atenazaban y mostraban nuestras más miserables debilidades.

Pero las zozobras serían aún mayores.

Desde el puente del Alejandría, como un cruzado derrotado, abandonaba Tierra Santa. También mis orígenes. Las aguas se agitaron por la presencia de Moisés dándonos el tiempo suficiente para embarcar protegidos por los aliados tuareg, que instantes después entregarían su vida por lo que yo ya veía como una causa perdida. Algo ignoto se desgarraba en mi alma. Empecé a preguntarme si todo tenía sentido mientras veía al hermano de la mujer que amaba morir a manos de los Hijos del Profeta, que en gran número nos habían esperado en la ciudad del Mar Rojo. Hombre culto como me tenía, no fui capaz de ver que la victoria estaba en el origen de la derrota.

Jewish cumplió la voluntad de Simona. Descubrí que era un hombre de palabra. Creo que terminó sin haberla quebrantado nunca a pesar de traicionarnos. Difícil ejercicio de equilibrismo. Pero en él no podía ser de otro modo. Especializadas en el arte del funambulismo, sus agonías internas

convivían en la cuerda floja.

Cuando llegó al Cuartel General de Ramala, mostró al comandante un salvoconducto del puño y letra del mismísimo Califa que le facultaba para tomar cualquier decisión en cuanto a detención de prisioneros, disposición de milicias y por supuesto tránsito entre sus territorios. Sin objeción al respecto, le entregaron la custodia de Lys. Tampoco le hicieron preguntas. Simplemente la firma de Bakr Assaf les intimidó y no se atrevieron, tal era la fama de como se las gastaba su líder con aquellos que no acataban sus órdenes.

Compró un bonito vestido de generoso escote para Lys y un traje estilizado de color primavera para él. Disponía, además de dos pasaportes de nacionalidad española con sus nombres reales, pero apellidos genéricos, de una partida matrimonial que justificaba su visita a Israel como luna de miel. Y antes la llevó a un pequeño pero digno hotel.

—Tómate tu tiempo. Date un buen baño. Te he traído algo de ropa. También calzado nuevo. En el aparador tienes algo de maquillaje y un par de perfumes. También sales, champú y gel.

Ella no le contestó. Ni siquiera le miró. Era como si no estuviera.

—¡Lo siento, Lys! Sabes que te aprecio. Nunca imaginé que te pudieran hacer una cosa así. No era ese mi propósito. Créeme.

Por fin lo miró y sin más se echó a llorar. Jewish la abrazó apenado.

—Al menos están todos muertos. En los infiernos, supongo.

Siguió gimiendo hasta que ya sin lágrimas se separó del irlandés y se encerró en el aseo. Tardó más de dos horas en salir. Con el pelo húmedo y alborotado, no se pintó. Consciente de que lo mejor era ayudar al traidor, se perfumó ligeramente y también se dio un poco de brillo en los labios. Ahora limpia, con aquel agraciado y vistoso vestido, y aquellos zapatos de tacón, sentía que había recobrado su incontestable belleza.

Dos activistas del ejército de liberación no adscritos ni fichados le acompañaron, ayudándole en el traslado del rehén por territorio israelí hasta Tel Aviv. Sellaron sin mayor problema sus tarjetas de embarque en el aeropuerto internacional Ben Gurión. Llevaban maletas de cabina con la ropa vieja recién lavada para disimular cualquier contratiempo. Tomaron asiento en el avión sin mayor incidente, destino a Roma. El aeropuerto Leonardo da Vinci les esperaba y en él, el hombre más poderoso del Cristianismo: Hordos.

Como si de un familiar más se tratara, aguardaba el aterrizaje de su prisionera. Presa codiciada, la ansiedad le sumía su cabeza en un hervidero a presión. Nunca la viera en persona, nunca la tendría tan cerca como en aquella ocasión, se decía. Horas antes, al recibir la noticia, había acariciado su fino rostro en la imagen que se le aparecía en pantalla. Una sensación de éxito por su arresto se le oponía a otra de atracción que nunca había sentido antes.

Pero todavía fue mucho más fuerte cuando la tuvo delante. Sus ojos se nublaron y su boca no supo qué decir. Aquella mujer con su sola presencia le había abierto una brecha de difícil contención. Por más que quería, la animadversión por ella no se le hacía latente. Un magnetismo ingente le recorría la piel como una corriente eléctrica. Sus labios y la primera tristeza de su rostro le impactaron. Algo le había herido en lo más profundo causando una grieta definitiva.

Jewish lo detectó al instante y se sonrió como si le fuera bien conocer la debilidad de su «jefe».

Ella también lo vio. Por primera vez desde que la ultrajaron encendió su mirada. Hordos no la resistió y tuvo que agachar la cabeza. Ya no la levantaría hasta que llegaran a sus dependencias actuales, en San Pedro. Ni siquiera pudo hablarle y un rictus nervioso se había apropiado de su labio inferior.

Fueron en silencio hasta el Vaticano. Acomodaron a Lys en una de las habitaciones de la antigua residencia pontificia, vigilada por una compañía de Monjes Negros que se turnaban metódicamente en sus guardias. Hordos compartía estancia en las viejas dependencias papales. A pesar de sus tribulaciones, no necesitó armarse de vanas excusas para adentrarse en los aposentos de su enemiga. *A fin de cuentas, había que acercar posturas*, se decía. Buscando conocer más a su «huésped» terminó convirtiéndose en una especie de mayordomo ilustre, aprovechando las horas de las comidas.

—Perdona que te moleste querida. Te traigo el desayuno personalmente. Una invitada como tú, se merece el mejor trato posible.

Le dijo la primera vez, al tiempo que le apoyaba la bandeja sobre un bufete digno de un buen anticuario. Ella le observaba con repulsa en sus ojos y una inequívoca expresión de asco.

—No soy tu invitada. Soy tu prisionera.

—Me confundes ¿acaso esto es una celda? —le recriminó intentando mantener la compostura.

—Al menos en una celda, me libraría de tu presencia.

—¿Tan horrible soy?

Lys no le contestó de inicio. No quería decir lo que pensaba, pero tampoco quería mentir. Después de morderse el labio y dejando caer una lágrima, largó su sentencia con voz queda y rota:

—Un hombre que deja que sus soldados violen a una mujer, aunque sea su enemiga, es un monstruo.

Sintiéndose acusado, Hordos meditó su respuesta:

—Olvidas que estamos en guerra.

—Entonces no hay duda: Soy tu prisionera. ¿Qué haces conmigo?

Lys se guardó un taco para sí. Su garganta dañada no le daba para impregnar de *mala leche* aquella conversación. Quería que se fuera, no lo podía soportar. Sin embargo, Hordos, que aún no se atrevía a atacar a aquellos ojos, ansiaba indagar y estaba dispuesto a ceder a la primera.

—Digamos que un poco de cortesía no está de más.

El recuerdo de su difunto padre le había hablado. Lys no lo llegara a conocer, no había nacido, pero María le había hablado y mucho de Antonio Pita y de su hipócrita frialdad para con sus enemigos. Y ahora el hijo había reflejado su herencia. Nada bueno podía esperar, pensó. Una rabia desgarrada comenzó a hablar por ella a modo de sumiso y afónico lamento.

—¿Cortesía? ¿La misma que tuvieron tus aliados conmigo?

—Solo intento ser amable.

—No quiero tu amabilidad. Quiero que te vayas, que me dejes. Quiero estar sola —le suplicó con un sollozo casi descosido e himpando.

—¡Está bien! ¡Qué así sea entonces!

Se fue con caminar torpe, malhumorado y muy irritado. Confuso y con el mayor de los absurdos dinamitándole por dentro, no le dio tiempo a poner toda su ira a danzar. Una presencia de suave brillo lo evitó.

—*¿No va siendo hora de que abras por fin tu negro corazón, hermano?*

Sus presuntos ojos claros se le clavaron con una extraña y familiar frialdad. Intranquilo se mesaba la barba y asustado le preguntó:

—¿Quién eres?

—*Tu hermana bastarda* —le contestó acariciándole el mentón. Un aliento gélido le erizo el vello.

—¿Helena?

Su cabello largo y ondulado, del color oro, no era herencia de su padre, pensó.

—*La misma.*

—Pero sí estás muerta.

Aunque acongojado, no podía dejar de mirarla.

—*Tú también, pero de miedo. Digamos que estoy en otro lado, nada más.*

—¿Qué haces aquí? —le siguió preguntando más aturdido y más asustado aún.

—*Impedir que hagas una tontería.*

Y tras estas, sus supuestas palabras, el espíritu desapareció diluyéndose en diminutos puntitos de luz. Hordos descartó tomar represiones contra Lys y al día siguiente, recuperados los ánimos, volvería junto a ella. Sin pensarlo se lo prometió así mismo, dominado por un desconocido y estrecho vínculo.

—¿Ha descansado bien mi buena amiga? —Se presentó intentando ser de nuevo amable y servicial, mostrándole la bandeja con un profuso y exquisito desayuno.

Lys, arrebujaada entre las sábanas, no le contestó. Él se acercó lentamente. Atrevido, aunque con extrema precaución y tacto le acarició la frente apartándole el pelo de sus ojos que al permanecer cerrados no tuvo que enfrentar. Una energía desconocida fluyó intensa por su sangre hasta estremecerla.

«*Eres muy bella*», pensó para sí el fraile.

Lys abrió sus ojos azorada. Él le respondió con una mirada aturdida.

«¿Qué quieres de mí?», se preguntó al verlo.

Ella se levantó sobresaltada apartándose y escapando de él. Y Hordos se echó hacia atrás sobrepasado por lo ocurrido: Se acababan de leer el pensamiento.

—No temas, no te haré daño —acertó a decirle mientras ella se acurrucaba en un rincón llorando.

Recompuesto Hordos se le aproximó reconociendo el pánico en su mirada. Con sumo cuidado le tocó la frente y le besó en ella. Un olor ácido e infecto le saboteó el olfato. Sus dedos tocaban pasmados un líquido maloliente que

mojaba el suelo. El miedo no solo le había hecho temblar. Lys se había orinado.

«Ha debido de ser horrible lo que te hicieron esos canallas».

Él, por primera vez en su vida, comienza a sentir algo parecido a la compasión. Y aunque aún lo desconoce, algo más que ya no le disgusta que anegue su corazón. Ella le ha escuchado, pero no siente fuerzas para pensar. Su mente perpleja está en blanco. Él se levanta lentamente ofreciéndole su mano. Ella, aunque acobardada, la acepta.

—¡Guardias!

—Sí mi Señor —presto se le allega uno de los que custodiaban la puerta.

—Llaman a una de las hermanas. Que disponga un buen baño y que traiga ropa limpia para nuestra invitada. Obedezcan sus órdenes, que no le falte de nada y acompañenla junto a mí a la hora del almuerzo. Comerá conmigo.

—A sus órdenes.

Lys le mira desconcertada. Al tocarse sus partes íntimas cierto asco y la vergüenza se dejan ver en sus ojos que se clavan en los de él.

«No te preocupes. No pasa nada».

Hordos le responde con el pensamiento. No pudiendo soportarle la mirada, se despide cortésmente dando sensación de serena, pero falsa entereza. Algo desconocido para él acababa de encender inevitablemente la mecha.

«¿Ves, hermano, cómo no es tan difícil?».

Los dos escuchan la voz de Helena.

En la comida no hablaron de ello. Lo hicieron en silencio con alguna mirada furtiva de vez en cuando si se atrevían lo suficiente. Ella aún tensa y distante. Él descentrado y primerizo. Sus ojos negros y oscuros se habían amansado. Ella lo había notado y peleaba dentro de sí porque no le afectara. Pero ya no dependía de su tocada voluntad y esto le confundía aún más.

Una religiosa le ayudaba a adecentarse y a curarse, todavía sangraba un poco por sus deshonras. Le dolía al andar y también le escocía. Los hematomas en el pubis y las ingles eran las marcas aberrantes de aquellos desalmados. Y el vacío vacío extrañamente ocupado que sentía en sus entrañas le hacía llorar en cualquier momento sin más.

Le había llevado una blusa ligera blanca y unos vaqueros. Unas deportivas

descansaban en sus pies. Al menos estaba cómoda.

Él no podía negar que estaba igual o más atractiva que en las fotos que tenía en sus archivos y hacía esfuerzos ímprobos por desviar la vista para otro lado. Ella se dio cuenta. Y, por primera vez desde lo ocurrido, algo le hacía sonreír para sí. Nunca se lo hubiera imaginado.

Entre silencios y miradas disimuladas, correctas atenciones y perfectos cuidados, pasaron varios días. Lys fue relajando su rostro y recuperando el pulso, sin poder evitar sus lloreras descontroladas cada noche hasta que el cansancio la conducía a un sueño plagado de horrendas pesadillas como mal menor. Varias veces despertó apretada en los brazos de Hordos, que anduvo siempre pendiente de ella, sin que acertara a comprender qué intenciones guardaba. Se apartaba de él recelosa.

A veces se sentía intimidada, sin saber a qué atenerse. Nada más levantarse y tras las curas, siempre se duchaba. Alguna mañana coincidió con su captor dejándole el desayuno, siempre con una flor de lis en el jarrón, mirando desprevenido para ella, recién salida, tapada por una toalla. Solía huir desorientado cuando lo descubría. La primera vez esto le mantuvo histérica todo. Aunque a él no se lo demostró y este no se atreviera a mirarle cara a cara durante un tiempo. La segunda y última vez que ocurrió, pasados algunos días, le hizo gracia. Él volvió a encontrarse incómodo en la comida y con una excusa vaga se ausentó lo más rápido que pudo. Nada le había hecho. Siempre la había respetado. Todo en él habían sido atenciones a fin de que no se sintiera su prisionera. Y aunque lo era, algo iba cincelando en su interior hacia una mejor disposición y cierta simpatía que se contradecía con la estampa del asesino que sabía tenía enfrente.

Pero la magia no dura siempre, ni es eterna. Siempre hay algo que la interrumpe. Un día, en la comida, al llegar los postres, un repentino y ensordecedor griterío que avisaba del fragor de una inesperada batalla en el exterior de la Plaza de San Pedro paralizó el momento. Ninguno de ellos llegó a decirse nada de lo que comenzaban a pensar y a sentir. En el lugar entró agitadamente uno de los soldados del prelado.

—Mi Señor, nos están atacando.

—¿Quiénes? —preguntó un Hordos desconcertado.

—Los Hijos del Profeta, mi Señor.

—¿Cómo? —le interrogó indignado a su hombre sujetándolo por el cuello. Lys

hizo un gesto de contrariedad que él vio. Ya más calmo, le demandó: —Debe de ser un error, ¿quién les manda?

—Jewish, mi Señor —no vaciló en la respuesta esperando la ira de su patrón. Sin embargo, pensativo, Hordos no reaccionó violentamente y permaneció de pie unos segundos mirando a Lys.

—¿Son muchos?

—Nos superan en diez a uno, calculamos.

—¿Qué sugieres?

—Deberíamos irnos.

«Tu corazón es oscuro, pero ha nacido la mujer que te hará libre y fiel servidor de Dios».

Lys lo miró helada y perpleja ante el pensamiento de aquel hombre.

«Esto me dijo un hombre antes de morir. Hacía pocos días que habías nacido. Nunca hubiera imaginado que su vaticinio se cumpliría. Tú eres esa mujer».

«¿Qué dices? Ni en sueños».

«No lo podrás evitar. Yo tampoco».

Ella respiró agitadamente, sobrecogida solo con el pensamiento. Él no le quitaba la vista, fascinado.

—¿Conoce los pasadizos ocultos al bunker secreto del Vaticano, capitán?

—Usted mismo me los mostró.

—Dispón de unos cuantos hombres de tu confianza y llévatela contigo. Protégela con tu vida si fuera necesario. No dejes que la tomen los Hijos del Profeta. Escapa si fuera necesario y devuélvesela a los suyos. ¿Me has entendido?

Ella le clavó sus ojos abiertos y ansiosos. Su mirada se volvió por primera vez dócil y amable para él. Un fuego súbito la había conquistado y ya no lo podía parar. Sus sentimientos volaban hacía el sol igual que Ícaro desobedeciendo a su padre, exento el sentido común.

—Perfectamente, mi Señor.

—¡Rápido entonces! —le ordenó con un chillido.

El hombre salió en busca de los Monjes Negros que le acompañarían. Lys se

le acercó turbada por la situación.

—¿No vienes conmigo?

Instintivamente, sin darse cuenta, le estaba agarrando las manos.

—Tengo una cuenta que saldar —le contestó intentando no mirarla esta vez.

—¡Estamos preparados, mi Señor! —les interrumpió el capitán rodeado de su guardia de confianza.

Había abierto una puerta camuflada en el suelo por las losetas, perfectamente incrustadas con un tirador de la misma tonalidad, invisible. Una escalinata que se adentraba en las profundidades de la Santa Sede se les ofrecía como salvación.

—Debéis iros antes de que sea demasiado tarde.

Levantó su rostro y por primera vez le miró de frente. Él le sujetó la barbilla y acarició su mejilla hasta el labio. Anhelante, acercó su boca. Ella lo rechazó inquieta dejándole aturdido. Un instante. De pronto, poseída por una fuerza desconocida e incontrolada para ella, afrentó aquellos ojos negros fascinantes y como si hubiera escogido el mismísimo infierno, lo besó. Lo besó y lo buscó. Él ya no podría olvidar su sabor. Ella tampoco.

Hordos, con el corazón desbocado, se fue corriendo en busca de su verdadero destino. Por primera vez en su piel, la alegría se había registrado como un sentimiento reconocible.

—Te pega el apodo, ¡traidor!

—Y a ti el de cobarde. Pensé que habías huido. Igual que hacía el cabrón de tu padre.

—No tuvimos unos padres muy honorables, la verdad. Aunque al menos ellos fueron más leales que sus hijos.

El sonido silbante del acero toledano de Hordos al blandir el aire se deja escuchar. Camina decidido hacia el obelisco de la Plaza de San Pedro afrentando al irlandés. Una numerosa milicia de los Hijos del Profeta les rodea. El Vaticano es suyo. Jewish luce una enigmática sonrisa victoriosa. En su alma el mayor de los absurdos lo acuciaba. No sabe ya a qué bando pertenece y enérgico y rabioso enarbola su espada.

—¡No os metáis!

Aúlla histérico y ensarta el primer golpe a Hordos, hiriéndolo en el brazo

izquierdo. El Príncipe de la Iglesia logra hacer defensa en retirada y para el segundo bandazo del irlandés que hubiera sido mortal. Jewish sintiéndose superior prosigue una acometida sin tregua que Hordos mal detiene.

—¿Dónde está?

—Nunca la tendrás.

—Ya veo que pronto cogemos el gusto de la traición.

Con el Monje Negro derrotado, dispuesto a dar el estoque final, otra espada le rechaza.

—Pronto, levántese, mi Señor.

La voz del capitán pilla desprevenidos a los árabes. Su guardia cubre la retaguardia, mientras dos hombres se llevan delirante y medio a rastras a su jefe. Jewish los observa como si ya no estuviera allí.

—¡Dejadlos ir!

Así Hordos entregó la ciudad donde Pedro edificó sobre su piedra la iglesia. Sofocados por el cansancio tras recorrer los túneles misteriosos y desconocidos del Vaticano, llegaron al bunker donde se escondían los mayores secretos del catolicismo. Estanterías repletas de documentos que ya quisiera para sí cualquier pinacoteca nacional. Objetos y reliquias innumerables. Oscuros enigmas buscando resolver la interrogante de Dios.

Al pasar por una de las librerías de la secreta biblioteca, Hordos hizo parar a Lys. Le indicó un pequeño tomo encuadernado en cuero azul noche y en el que había grabado en hueco relieve el nombre de *Lilium* como título. Medio delirando, le dijo:

—¡Tómalo! Lo estuve buscando todos estos años y nunca lo encontré, hasta ahora. Algo superior me dice que era a ti a quien estaba destinado. Guárdalo. Dios ya te dirá cuándo lo deberás leer.

Ella lo cogió y lo metió en un bolso escondido de su pequeña mochila, indicándole que así lo haría. Después, tirando de él, dejó que le indicará a dónde debían ir. Y allí, entre los enigmas ocultos de la cristiandad, apartado en una pequeña celda, Lys cuidaba de él. Había perdido mucha sangre y la fiebre le sumía en la inconsciencia. Nunca supo calcular cuántos días pasaron. Solo los sueños perturbadores de una mujer le mantuvieron con vida.

Hay muchos hombres que no creen en la magia espontánea del amor. Ilusos. Aparece siempre donde nadie lo espera ni cuando nadie lo llama. Es libre y

corre por el mundo según le plazca.

Hordos deliraba entre sus calenturas. Lys escuchaba como sus labios no dejaban de repetir su nombre. El dolor le adormecía. Paciente, ella le restregaba por la frente paños humedecidos en agua fría y le limpiaba cada poco las heridas del costado. Más no podía hacer. Su vida estaba en manos de Dios, se decía mientras sin casi darse cuenta rezaba por él. Extraños son sus designios, pensaba. Tan solo hacía un puñado de días que hubiera deseado su muerte y ahora hasta las incomodidades más insalubres le limpiaba sin quejarse.

Contemplaba su rostro oscuro y duro, domado por la enfermedad, y se preguntaba qué hacía ella ahí, al lado de su más acérrimo y enconado enemigo. Con sus dedos, suave, rozaba los rasgos de su cara, la barba a medio rasurar, los pliegues de los labios y se llevaba sus yemas a los suyos buscando el rastro de su sabor. Debajo del ojo izquierdo, repasaba despacio, una y otra vez, en forma de cruz, la marca de Al-Aruk de la que tantas veces había escuchado hablar a los suyos. Si el sueño le vencía, se acostaba a su lado reposando su cabeza junto la suya recuperando el aroma de su cuerpo y acurrucándose junto a él. Si abría los ojos, los inspeccionaba absorta, estudiándolos, introduciéndose en el abismo de su negrura, suspirando porque la volvieran a ver.

Cuando al fin él despertó, lo primero que distinguió fueron sus ojos verdes. Embrujadores. No hubo palabras. Ella le besó. Él respondió.

«¡Quiéreme!».

Y él la amó.

Ya no hubo dolor. Solo entrega. La pasión soportó las heridas causadas por el estrago. Tanto había crecido el amor en el corazón. Una luz en la oscuridad de la humanidad. Porque al final la luz siempre surge, siempre vuelve y apaga las tinieblas que nos rodean.

Ninguno pudimos impedirselo. Tantos años protegiéndolo no fueron suficiente excusa. Tenía que cumplir con sus designios. Era el fin de la cuarta vigilia y nacía el crepúsculo matutino, en la hora primera del tres de abril del año dos mil treinta y siete de la era del Cristo, cuando Jesús se entregó. Tenía veinticuatro años recién cumplidos. Y el día parecía escogido: Viernes Santo.

Su imagen caminando firme hacia el centro de la plaza que antecede a la Basílica de San Pedro viajó por todo el mundo. Roma, desbordada de

peregrinos y turistas, había sido tomada una semana antes por los insurgentes musulmanes y ahora se encontraba en estado de excepción. Los Hijos del Profeta patrullaban la ciudad, fundamentalmente las zonas de referencia cristiana como el Vaticano, bien armados y usando los *hiyabs* de color negro como pasamontañas.

Jewish, que acababa de ser nombrado *Protector de España* por el Califa Bakr Assaf como compensación a sus leales servicios, salió a su encuentro ante los estupefactos ojos del resto del planeta. Jesús, al llegar a él, lo abrazó. El irlandés, recordando a tiempo la predicción que este le hizo en Petra, aunque torpe, instintivamente le rechazó.

Entonces, con más de la mitad de la humanidad de testigo, Jewish, incomprensiblemente, se desplomó retorciéndose por el suelo, convulsionándose de forma demoniaca, repetida e incontroladamente. Su boca babeaba vomitando espuma blanca. Los ojos le rotaban dentro de sus cuencas y se movían sin sentido. Luego, comenzó a gruñir palabras en una lengua ininteligible, la del espíritu maligno que desde siempre habitó en él. Estaba poseído. Su cabeza giraba alocadamente y su cuerpo detentado por Satán al fin consiguió calmarse hasta recostarse y quedar levitando a media altura de la figura de Jesús.

—*Et ego in vobis.*

«*Yo estoy en ti*». Fueron las palabras que sin perder el temple pronunció Jesús, al tiempo que sin tocarle deslizaba su mano con la palma extendida a lo largo del tronco de Jewish que permanecía flotando en el aire.

Todo el mundo lo vio.

Recuperado el espíritu, el discípulo se levantó.

Una paz inmensa le sosegó desde ese mismo momento. A cambio, el Señor le privó de la vista humana: Jewish estaba ciego.

La profecía del Papa Francisco se ha cumplido, pensó el discípulo sin rencor y totalmente reconfortado, libre de los demonios que vivían en él.

Uno de los yihadistas que acompañaban al discípulo, soliviantado por el milagro de Jesús, le asestó a este una potente bofetada causándole un hilillo de sangre que borboteaba de su boca. Jesús no se arredró y, levantando los ojos para enfrentarle, le dijo con voz estoica:

—¿Por qué me pegas? ¿Acaso yo te hice algo malo?

Su agresor, consternado, no pudo evitar esa mirada dulce y llena de armonía que le empujó, invitándole a abandonar el lugar.

Jewish intentó salir por su pie de la plaza buscando encontrarse a solas. Se trastabilló una y otra vez, pero terco no remitió en su intento. Cerca de los que fueron sus amigos desde aquellos años de Nazaré, la luz del Señor se le revelará como a San Pablo de Tarso en los evangelios. Circunspectos, ni sus hermanos, ni ninguno de nosotros, haremos nada por él. Tadeo oculto entre la multitud, al amparo de las columnatas de la plaza de San Pedro, lo más próximo posible a él, lo ha presenciado todo. Y tras seguirlo hasta el final de la explanada, desde los soportales de la basílica, irrumpió para recogerlo cumpliendo así la promesa hecha al Papa Francisco en su lecho de muerte.

Jewish se dejará conducir y pronto llegarán junto a nosotros. Encabezados por Suiseki y Matthew, todos querrán matarlo. Yo me mantuve al margen a pesar de mi animadversión. Lo que mis ojos vieron y mi alma sintió fue demasiado fuerte. Tadeo esgrimió la espada. Jumala salió en su defensa obturada por unos sentimientos que aún no entiende. Estábamos divididos. Ya no creíamos ni en nosotros mismos. Los más viejos intervenimos en favor del irlandés. Ahora indefenso y salvado por Jesús no tenía mucho sentido ajusticiarlo. Foma se enfadó y por un momento se apartó del grupo.

—Yo antes no creer. Si Jesús salvar Jewish tener que haber propósito.

Amaba a Jesús y no cuestionó su curación, aunque fuera al traidor. Esto hizo reflexionar a los más discrepantes, sobre todo a los amigos de infancia de Jesús. Wei y mis compañeros los magos también intervinieron en favor de la absolución. Con un gesto me preguntaron a mí que, evidentemente, los sencundé.

Tadeo mencionó la parábola del hijo pródigo y consiguió al fin que todos levantáramos el pulgar, abrazando uno a uno a Jewish en señal de aceptación entre los «once», tras la pérdida de Simona.

Nathanael fue el último. Lo escrutó con la mirada fija en los ojos ciegos del discípulo traidor y al fin lo apretó con fuerza contra su pecho concediéndole el perdón que le pedía. Jewish le respondió palmeándolo emocionado. Tardaron varios segundos en soltarse. El sosiego había llegado para los dos.

Ninguno se dió cuenta. Nadie se apercibió. Excepto Jewish. Quizá fuera la merma en sus sentidos lo que le hizo captar lo que pasaba a pocos metros de nosotros. Involuntariamente algo le obligó a alzar la cabeza como si lo pudiera

ver u oír. Esto nos hizo al resto prestar atención.

Rodeado por decenas de milicianos islamistas, Suiseki se disponía al ritual samurái del seppuku, más conocido en occidente por el nombre de *hara kiri*. El código de honor de su bushido le obligaba a expiar su error. Jewish, el traidor, había vencido apresando a Jesús, al que había jurado protección. Había fallado. Su orgullo no le permitía vivir con deshonra.

Como si un presentimiento lo hubiera acompañado, aquel día mi amigo el guerrero vestía hábito blanco según la tradición, igual que lo haría un samurái del Japón feudal. Sentado en el suelo con los ojos cerrados, meditaba en paz, aislado de todo y feliz.

«He seguido a Jesús, mi Señor, el que viene de la deidad, y al que me enviaron. He sido la piedra sobre la que ha descansado su protección. Ahora él camina hacia la luz. Desde la oscuridad mi espíritu le buscará para poder seguir sirviéndole. Mi honor con mi muerte es desagraviado».

Del interior de su túnica extrae su *daga Tanto* que siempre llevó encima y nunca enseñó, sabedor de que su único cometido era la ceremonia que estaba a punto de ejecutar. La admira un instante con cierta melancolía. Luego la envuelve en un paño y ante la mirada atónita de los presentes se apuñala el vientre por su costado izquierdo desplazando la hoja lentamente al otro costado y subiéndolo levemente.

No hizo ni un solo gesto de dolor. Vivió como samurái hasta el último de sus días. Innumerables se dibujaron las muecas de horror en los rostros desencajados de los que lo vimos. Por todas las que él no mostró.

Este fue su karma. Libre del cuerpo, su *Qi* voló suave y tierno hasta fundirse con el alma de Jewish, dándole en el mundo de las sombras el sentido que le permitiría anticipar a sus enemigos y luchar por su maestro.

Apostados y mezclados entre fieles devotos que, conocedores de nuestras identidades nos habían asimilado a fin de protegernos, contemplamos descreídos la repentina aparición de Hordos cruzando con decisión la plaza. Los Hijos del Profeta que habían rodeado a Suiseki se habían dispersado apresuradamente tras ver flotar la dispensada alma del samurái. Lys lo acompañaba radiante de la mano. Le seguían fieles sus reconstruidas y maltrechas guardias de Monjes Negros.

Sin entender aún que hacía Lys a la vera de nuestra mayor pesadilla, pensamos que había llegado el momento de librar la batalla final y de morir por la causa

de nuestro *Señor Jesús*. Solo Jewish permaneció inalterable. Supuse que su ceguera le predisponía a aquella impasibilidad.

—Esperad, amigos.

Habló el irlandés autoritario pero amable. Todos le miramos un tanto equivocados. Como si pudiera verlos, sus ojos vueltos y blancos apuntaban al prelado y la «traidora» de Lys que paradójicamente ahora ocupaba su lugar y función. Le imitamos y lo que nuestros ojos captaron nos confundió aún más. Hordos permanecía en silencio, arrodillado junto al cuerpo de Suiseki.

—Tadeo, hermano, llévame junto a él.

Atónito, el jesuita se sometió al deseo del discípulo reconvertido. Todavía con las espadas desenvainadas, los arcos apuntando y hasta con la mensajera dispuesta a partir, les hicimos paso y los fieles aliados, entendiendo el propósito, lo alargaron hasta su destino. Escamados pero imposibilitados ante la virulenta disposición en su contra del gentío, los Hijos del Profeta se mostraron pasivos. Al llegar junto a él, Jewish se postró colocándose a su altura y tocando el cuerpo que en vida portó su esencia, dijo:

—Su espíritu bueno ahora vive en mí. Ese era su verdadero *bushido*. Dio su vida para abrir mis ojos. Para ello el Señor me privó de la vista. Ahora puedo ver y oír a través de su *Qi*. También puedo sentir el tuyo, hermano.

Hordos contemplaba al que fuera su aliado sintiéndole dentro y compartiendo con él una sonrisa cómplice, le contestó:

—Jesús me avisó y no le escuché. El amor de una mujer me haría libre. Tenía razón. Por primera vez no hay odio en mi corazón, ni siquiera para los que la vejaron. Pero ahora sé quién es el verdadero enemigo. Vengo a servirle. Mis hombres y yo nos ponemos a tus órdenes, hermano Jewish.

Sin dejar de mirarle, Hordos depositó en sus manos la catana del samurái y continuó hablando:

—No solo su espíritu vive en ti, su espada también te corresponde.

Tras sus palabras, emocionado el irlandés se levantó y elevando su brillante filo hacia el sol, gritó a sus nuevos soldados:

—Él nos enseñó que todos somos iguales. Ya no hay, ni puede haber hombre cautivo de nadie ni de sus ideas. Jesús perdonó mi estigma: Treinta monedas de oro igual al precio de un esclavo por los siglos de los siglos.

Dejó que el viento se callara y después, con voz atronadora, alentó a las

masas:

—Y en verdad os digo: Luchemos por la libertad del hombre. Recuperemos la Ciudad Santa y el orden. Recuperemos a Jesús.

A mi lado, Moisés cerró los ojos y elevó las manos al cielo, como si estuviera implorando. Los Hijos del Profeta, asustados y admirados rodearon a su califa. Era el mes de abril, la primavera avanzaba con sus primeros ramalazos de calor, pero igual que el maná del desierto, comenzó a nevar.

Aquí termina mi relato. No es el final de la historia. El Señor buscó su propia inspiración y me libró a mí de contar el desenlace, cosa que le agradezco cada día de mi existencia terrenal. Solo el recuerdo de aquellos acontecimientos me predispone y me ahoga en la más profundas de mis tristezas.

Los hombres volvieron a retar a Dios, a todos y a uno al mismo tiempo. Nada se puede depositar en nuestras manos. Destruimos todo lo que merece la pena y por lo que se nos puso en la vida. Somos un depredador sanguinario. No tenemos límite, ni tan siquiera en lo más humano. No existe. Y todo lo terminamos convirtiendo en carroña. El infierno es nuestro paraíso. Por eso, Dios lo creó.

Ahora solo espero que Él, Dios, Alá, con quién quiera dios que sea, perdone todas mis humanidades, que fueron muchas, y me acoja pronto en su seno. Que la mujer, la única a la que quise, me esté aguardando o de lo contrario, me conceda la gracia de buscarla más allá de los confines de la eternidad. Y que aquellos que vivieron conmigo la historia del regreso de la deidad nos reencontremos todos de nuevo allí, en Liliium, la constelación pérdida y morada de los dioses.

Y, sobre todo, que pueda volver a abrazar a mi hijo, amigo y maestro, Jesús o Yeshúa, como quiera que en verdad se llame.

También toca decir que no todo se perdió. Afortunadamente, la esencia de Dios germinó.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

El Cáliz que no querrá apartar del libro primero de Jesús por Yeshúa.

Los soldados yihadistas, con Bakr Assaf al frente, escapando de las exaltadas turbas, conseguirán encerrarse dentro del edificio más icónico del Vaticano, donde los antiguos papas celebraban no hacía tantos años sus cónclaves.

Los discípulos y amigos de Jesús no llegarán a tiempo de salvarlo. Prisionero de los Hijos del Profeta, será ejecutado.

Lo harán siguiendo sus bárbaras costumbres y cruel ritual, con toda la simbología del catolicismo que les rodea: En el centro de la Capilla Sixtina, anunciando la destrucción definitiva del cristianismo.

Haciendo una excepción, le concederán como última voluntad vestir hábito de peregrino. Pero mofándose, igual que lo hicieron los antiguos del Cristo, este fue color púrpura. Y del mismo modo, también lo coronarán. Una delgada, casi imperceptible, guirnalda de finas y afiladas espinas, hará brotar pequeños regueros de sangre por su frente. No olvidarán detalle y tocarán todas las alegorías del anterior. Y así, en la retransmisión en directo, sobreimpresionado en la pantalla, aparecerá claro y nítido, al objeto de resaltar lo más posible, un subtítulo con la palabra INRI en mayúsculas. Y como última divisa, el coro de una multitud enfervorizada que en diferentes lenguas gritará con fuerza *¡crucificalo! ¡crucificalo!* de sonido de fondo.

Así lo presentarán al mundo, como el Cristo. Queriendo reescribir la historia con toda la burla y escarnio posibles. Definitivamente, es el hombre la mayoría de las veces el que se refleja como el pobre payaso que es.

El mundo entero verá aquello perplejo de sí mismo, hasta absorto. Todos los cristianos, hombres y mujeres, y muchos de los que no lo son, contemplarán aquel momento con infinito respeto y plena admiración hacia Jesús, pero con gran frustración. Y aunque empezarán a creer, aún no será suficiente para movilizarse.

A las puertas de la antigua fortaleza vaticana, la lucha de sus discípulos se mostrará en toda su esencia. Jewish, guiado por el *Qi* indivisible ya en él del samurái, irá derrotando con certeros movimientos de catana a cuanto enemigo se le presté. Hordos y sus Monjes Negros consiguen ir despejando el camino,

no sin significativas bajas que terminarán mermando sus ya escasas fuerzas. Lys, puñal en mano, le seguirá de cerca, intentando no perder su estela. Tadeo, Melchor y Belshazzar, cada uno por su lado, librarán a duras penas desigual batalla. David con Moisés protegiendo a las chicas serán los primeros en llegar a los portones. Unos pocos fieles de confesiones encontradas unirán su valor y ayudarán a reventar la entrada ancestral de la capilla.

Será Raquel, haciendo las veces de la nueva Carmalenga, la traspasa. Al fondo, en el presbiterio, Jesús se acaba de arrodillar. Querrá correr junto a él, pero una espada la derribará. Moisés, al ver a su amada tumbada en el suelo sobre un charco de sangre, gritará enfurecido maldiciendo a dios, casi renegando. Se agachará junto de ella y sobre su regazo mantendrá acongojado su cabeza erguida.

—No te preocupes, amor mío, aún no es mi hora.

Le dirá ella sonriendo y con la voz baja. El aullido desolador de Lys les obligará a mirar hacia el altar. Hordos ha caído fulminado ante Jesús, atravesado su corazón por una espada enemiga.

Más numerosas, las huestes de Bakr Assaf repuestas atrancarán de nuevo las centenarias puertas. Los partidarios de Jesús habrán sido atrapados. Lys desesperada voz en llanto y tumbada sobre el cuerpo de Hordos implorará a Jesús que se lo devuelva, mientras el haz de Helena sobrevolará por encima del cuerpo de su hermano muerto, llamándolo.

Las trompetas del apocalipsis tocarán arrebatado. Primeros y leves, la tierra sentirá sus propios espasmos. El cielo tornará a gris sin aviso, rodeado de nubes grises traidoras y vencedoras. Los ángeles cantarán con la voz ronca la sinfonía de la derrota.

Los seguidores de Jesús han sido derrotados. Hordos ha muerto. Nadie se mueve.

—Hermano, levántate y anda.

Con voz templada y firme, las palabras evangélicas de Jesús se escucharán reverberantes en la Capilla Sixtina.

El prelado de los Monjes Negros obedecerá. Lys, conmocionada, intentará sujetarlo entre sus brazos con miedo de soltarlo.

Hordos resucitará.

Sintiéndose mareado, basculará mal hasta caerse, arrastrando a Lys con él.

Con las escasas fuerzas que le quedan conseguirá incorporarse hincando las rodillas. Verá a Jesús y sentirá correr la sangre y latir su corazón. Y maravillado, quedará quieto, con Lys al lado.

Todos los presentes permanecerán inmóviles atezados por la imposibilidad de explicarse lo ocurrido. Los radicales terroristas religiosos se mirarán unos a otros aterrorizados sin entender.

Y entre tanta ceguera, el empecinamiento de Jewish y la orientación del espíritu del samurái, llevarán al nuevo y reconvertido discípulo junto el maestro. Jesús lo mirará. El recuerdo en la cripta del apóstol Santiago cruzará rasgado y evocador por sus mentes. El traidor se echará en sus brazos y llorando pedirá el perdón y la misericordia que él no había tenido nunca, hasta el incidente de su invidencia.

—¿Te das cuenta de que este es mi verdadero y definitivo tercer abrazo?

Jewish le confirmará con la cabeza, pero no por ello se soltará o le rechazará.

Uno de los Hijos del Profeta, de nombre Naamán, recuperará el control de la situación y se dispondrá a terminar aquello que tenían previsto, lo que habían venido a hacer. Enrabiado reaccionará apartándolo bruscamente de Jesús. Pero el discípulo, en un acto reflejo del guerrero que ya vive dentro de él, le perforará el pecho con su espada samurái.

Las miradas del árabe y de Jesús se cruzarán en su predecible último aliento. Sumido en el dolor, el musulmán se llevará la mano al corazón y aturdido encontrará su herida completamente cerrada, cicatrizada. Descompuesto, Naamán tardará en recobrase.

Vencidos y hechos prisioneros los discípulos y amigos de Jesús; Bakr Assaf mandará colocarles como espectadores de excepción, en primera fila. Un barrido panorámico en travelling enviará la imagen al resto del mundo. El mensaje de la derrota quedará patente y sin fisuras. Todos encañonados el silencio se hará denominador y dominador de la escena.

Jesús mirará al techo fijando sus ojos en la pintura de Miguel Ángel donde el Padre y el Hijo con los dedos de la eternidad se buscan en la creación. La cámara enfocará su rostro en primer plano y sabiendo que va a ser escuchado por toda la humanidad, su voz algo más fuerte que un susurro, se dejará oír:

«Tú, la iglesia de los hombres, maldita naciste. Te convirtieron en un mercado de ambiciones y poder, de viejos traidores al Padre. Te hicieron

sierva de gente mala y oscura. Pero pronto serás la cuna de todos los hombres de bien y tu perdición se acabará».

Varios hombres arrodillados que también serán ajusticiados le rodean. El de su izquierda le replicará de forma continua y repetida «*farsante*» y otros improperios malsonantes. El de la derecha le reprochará su actitud «¿qué clase de hombre valiente eres? ¿no te das cuenta *que vas a morir igual?*».

Jesús le mirará agradecido.

—¿Por qué estás aquí Insha'Allah?

—Deserté. Después de conocerlos. El verdadero Alá me habló.

—¿Sabes lo que significa tu nombre, Insha'Allah? —le preguntará Jesús con su inconfundible sonrisa.

—Si dios quiere.

—Y Dios quiere, amigo mío. Quiere que hoy mismo vayas a buscar a tu hijo, que viajará muy lejos en busca de mi origen. Mi madre lo espera, y le recogerá, porque ahora también será la suya, pues yo estaré con tu hijo y esperaré por ti.

—No creo que Alá piense tanto en mí. No volveré a verlo. Cobarde y mal padre he sido. Y hace tiempo que me alejé de él.

Pero Jesús le replicará, guiñándole un ojo:

—Tus pecados han sido perdonados.

Y sin más, el Califa agarrará la cabeza de Jesús hacia arriba reclamando la atención de los focos para él.

—Se ha acabado tu tiempo. Llegó tu hora. Concedo a mi reo sus últimas palabras con vida.

Jesús en un ulterior acto de valentía hablará a la cámara:

«Madre, sé que me estás viendo. No llores por mí, tú sabías que este era mi destino. Te prometo que pronto tendrás alegría en tu corazón. Tienes una hija a la que cuidar: Lys va a necesitar de ti. Y el Padre cuidará de las dos. No os preocupéis por mí. A toda la humanidad quiero decirle que el tiempo de Dios ha llegado, del verdadero, el único, el que cada uno lleva en su corazón y al que le podéis llamar como queráis. Todos valen y todos son verdaderos si uno cree en ellos, si uno solo piensa en hacer el bien, sin distinción. Todos pensáis que soy yo la promesa de la deidad. Lamento

deciros que os habéis dejado engañar. ¿Cómo pudisteis pensar que era cierto? Soy un niño, solo un niño. El Padre ha querido reposar su verdadera esencia en una mujer y en su germen. Ahora, yo voy a morir ahora, pero lo que vendrá os liberará del yugo que los hombres oscuros os han impuesto».

—¡LIE!

¡MENTIRA!

El grito atronador que Bakr Assaf exhalará.

En un acto reflejo instantáneo, lleno de ira y rabia, sesgará el cuello de Jesús.

Un chorro de sangre salpicará brutalmente los ojos de todo el planeta.

Jesús inclinará su cabeza dejándola caer despacio antes del último hálito.

Su mirada entreabierta y casi ausente anunciará su muerte arrastrando en la boca sus palabras postreras: «*Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios*». Sin embargo, igual que lo fue en vida, inerte, su rostro dormirá risueño.

Tras el óbito, un temblor estremecedor abrirá la tierra, los cielos llorarán y los infiernos escupirán su fuego. La cúpula de la Capilla Sixtina se rasgará separando su fresco renacentista en dos mitades, dejando en un lado al hombre y en el otro a dios.

En el exterior la mensajera que Dominí habrá despedido para siempre enviará la señal a sus compañeras por toda la tierra. Y en aquella hora funesta volarán por todos los lugares del mundo dejando caer una rama de flor de lis a la gente de bien.

Jumala ululará su chillido esquimal más ancestral y todos y cada uno de los lobos, perros pastores y huskies siberianos la imitarán con su aullido dejándose escuchar a lo largo y ancho del planeta y en todos sus continentes.

Wei, desde su *Qi*, podrá ver cómo las águilas y los halcones se lanzarán en vuelos majestuosos, rasantes y picados piando al unísono sus graznidos como símbolo de respeto al que había venido de más allá de los cielos.

Entonces, Foma, con una cólera sobrehumana romperá sus ligaduras y, puñal en mano, iniciará la reconquista de los apóstoles de Jesús.

A Jewish se le desplomará encima el ojo de Dios dibujado por Miguel Ángel y su golpe le devolverá la vista. Él cumplirá su destino y será la piedra angular que todos seguirán y admirarán. También recibirá un cuarto abrazo: el

de su amado y respetado hermano Belshazzar.

En Raquel se preservará el último milagro de Jesús, con su curación cerrándose la herida de la espada que atravesó su pequeño cuerpo. Será ella, más escurridiza que el resto, quien mejor se recompondrá y abrirá las puertas de la Cappella Magna. Después, el ejército de fieles leales derrotará sin remisión a los asesinos de Jesús. Solo el Califa con un reducido número de efectivos conseguirá huir por los sombríos corredores subterráneos del Vaticano.

Naamán al fin despertará de la ensoñación de la muerte y, al ver muerto a Jesús, sus ojos llorarán. Luchará, esta vez al lado de los seguidores de su salvador. Terminada la batalla, se postrará ante su cadáver y desesperado intentará verter en el interior del cáliz sagrado del cristianismo la sangre aún fresca del cuello de Jesús.

Se acercará hasta él y se postrará a su lado, Domini que le observará perpleja sin soltar su espada.

—Soy médico —le replicará a modo de disculpa. —He oído hablar de los prodigios que se le atribuyen.

—De su poder milagroso.

Le responderá la discípula depositándole en la mano el tubo que contuvo la del Cristo. Naamán abrirá al máximo la incisión de Jesús hasta llenar el frasco. Con una nueva y desconocida devoción para él, contemplará a la luz el líquido de la vida y comprobará lleno de admiración, asombro y temor cómo se solidificará transformándose en polvo.

Domini riéndose emocionada le abrazará.

Epitafio

«*Bienaventurados los que fuerais injuriados y os persigan por haber creído en mí, porque vosotros seréis hermanos míos y los verdaderos hijos de la deidad*».

Yo soy. Yeshúa es mi nombre. Aunque muchos me conocen por Jesús. Soy la esencia de la vida y eres tú quién ha hecho el Gran Viaje conmigo, el que me ha leído y me ha invitado a entrar en tu corazón.

Juntos hemos pasado la odisea de vivir. Conmigo has escudriñado en las penurias del alma y sus avatares. Has resistido a las miserias más mezquinas

de la humanidad. Y has contemplado lo que el egoísmo, la envidia, el orgullo y la soberbia provocan.

Pero sobre todo habrás podido comprobar que el mundo no adora a otra cosa que no sea el dinero. El dios dinero. El que lo puede y lo da todo.

Es por eso por lo que estoy triste. Porque la religión del dinero solo predica la indiferencia. Porque la generosidad, la humildad y la dignidad tenderán a desaparecer. Y la palabra compartir ni existirá.

No quiero darte un sermón. No he venido hasta ti para que creas, eso solo lo puedes decidir tú. Esa es tu determinación. Soy quien soy. Nací en tu mente. Fue el autor, el Padre, el que decidió cómo sería. Y fuiste tú quien me dejaste crecer en ti.

«El don de la humanidad, gratis lo habéis recibido. Dadlo gratis, pues».

Y ahora, solo te pido que no me dejes morir. Por favor, no me devuelvas a Liliun, la constelación perdida de los dioses.

CAPÍTULO INDETERMINADO

Después de Jesús, del libro primero de Jesús por Yeshúa.

Tras la muerte de Jesús, el mundo se volvió más convulso. A los pocos días los sistemas financieros tal y como los conocíamos hasta entonces, hicieron crack. Sorprendentemente, muchas grandes fortunas decidieron deshacerse de gran parte de sus bienes y comenzaron a repartir sus beneficios entre los más necesitados en un intento utópico de hacer una sociedad más justa. Esto produjo una especie de anarquía autárquica donde cada uno se intentaba autoabastecer sin ningún tipo de intervencionismo, derrotados el capitalismo, el estado político y hasta los ejércitos. Peligrosamente las religiones se harán más poderosas. Y los pobres entonces, seguirán siendo los más débiles: los niños continuarán muriéndose de hambre, explotados y viviendo a la deriva en manos de los adultos inconscientes.

El sacrificio del hijo de Dios otra vez no habrá servido de nada. El hombre decidirá su destino errando y confundido por los valores terrenales. El caos se adueñará del mundo. Y el espíritu volverá a ser gobernado por los caciques de siempre. Sus facciones ideológicas pelearán por hacerse con la patente de Jesús y sus credos se dividirán. Los radicalismos religiosos serán más potentes y haciendo mecha en un populismo interesado y desmedido, regresarán en sus actos a los tiempos del medievo más oscuro. La caza de brujas habrá comenzado y la Inquisición, que no santa, pululará entre las almas desprotegidas sembrando el terror y la desolación.

Las grandes creencias pelearán entre ellas por el imperio del poder y el exceso de fervor de sus fieles someterá al mundo a infinidad de guerras y combates en nombre del Señor. Las cruzadas serán sangrientas y los hombres no vivirán por dinero sino por sus dioses, que seguirán siendo crueles e infinitos.

Será como una plaga que se irá extendiendo sin remedio aparente. Solo seis pequeños reductos resistirán, porque la esperanza del mundo no puede morir y la venida de Jesús no podía ser en vano. *Los niños perdidos lo cambiarán.* Palabra de Dios.

Derrotados y huidos los Hijos del Profeta, Lys se acercará a Jesús. Se postrará

ante su cadáver y lo abrazará con fuerza en un último acto de desesperación, aferrándose al cuerpo que ya nunca volverá a la vida.

Jumala la consolará ofreciéndole su pañuelo. Lys agradecida se secará sus lágrimas y compasiva limpiará el sudor y la sangre del rostro de Jesús. Ahogará la pena estrujando en su puño la tela que inconscientemente le quitará y guardará la esquimal tras su piadoso y sentido abrazo.

Rodeados por el resto, con Hordos y Jewish más adelantados, casi a su rebujo, el prelado sujetará los hombros de Lys y paciente conseguirá deshacerla de Jesús muerto. Su nuevo corazón se habrá contagiado y la desdicha por no haber conocido en vida al hombre que ahora yace ante él le vencerá. Solo el gran abrazo de su amada le confortará. Y el irlandés mirará para su maestro con los ojos vidriosos, manteniendo evocados y mezclados los sucesivos recuerdos del hombre que le traicionara y de aquel que fuera su protector.

Será Belshazzar quien recogerá y embalsamará el cuerpo de Jesús con la misma mirra que sirvió de ofrenda en su nacimiento y que custodió hasta el mismo final. No podrá vencer la tentación y como recuerdo le cortará el mechón blanco que medraba cada vez que Jesús tocaba la muerte. Tadeo avanzará hasta él para entregarle la sábana que recuperó del Santo Sepulcro. Sus viejos compañeros, Melchor y Gaspar le aliviarán el dolor, colaborando en el requisito previo del duelo a las exequias.

«Ha muerto como hombre que era», musitará en voz baja el mago, al tiempo que extenderá el oloroso unguento por el cuerpo del difunto.

Matthew se derrumbará ante el cadáver de su hijo y maestro y ofreciendo al mago de color, para proteger y envolver después al cuerpo momificado, los rasos que compró en Benarés, se irá buscando un lugar donde desahogar su tremenda tristeza. A falta del bróker, será el fiel de Foma el que se encargue de los preparativos para el traslado de Jesús al lugar donde descansará en paz. Nathanael se ofrecerá a acompañarle. Él sabe cómo localizar a Richard, el contacto de la ONU.

—No podremos evitar que la multitud nos siga —le indicará Wei a sus discípulos. —Ahora solo importa alargar lo más posible este momento de máximo respeto.

Philip y Siddhi asentirán tristes. Tomarán a sus órdenes a los hombres de Hordos para abrir pasillo durante el desfile del cuerpo de Jesús envuelto en su

sudario, con todos los estigmas perfectamente encajados en la iconografía, aunque esta vez no habrá brillo ni milagro que les ilumine.

Dominí no lo podrá resistir y saldrá corriendo. Necesitará respirar. La esquimal irá tras ella. Cruzarán juntas la puerta de la Sixtina y saldrán al exterior. La imagen que sus ojos verán ya nunca la podrán olvidar. Todos los fieles esperarán arrodillados para venerar el cuerpo de Jesús. La mayoría encenderán velas como simbólico homenaje.

Los amigos de la niñez de Jesús lo sacarán acostado sobre sus hombros. Así lo pedirán para ellos. David y Moisés lo sujetarán por los costados y Lys y Raquel por las piernas. Alzado cruzará la plaza que bordea la Basílica de San Pedro ante la mirada devota de la muchedumbre.

Un coche fúnebre les esperará. Todo estará dispuesto. Un vuelo especial les llevará ese mismo día a Santiago. Al lado del apóstol el cuerpo de Jesús será venerado por los fieles que en masas ingentes acudirán a la catedral.

Jewish conocerá en sueños su voluntad póstuma. Por los mismos pasadizos secretos de la cripta por los que su espíritu traidor surgió para dar muerte al Papa Francisco, deslizarán el cuerpo de Jesús y con la nueva alianza de los Monjes Negros conteniendo a la multitud, huirán. Afuera, frente al Convento de San Francisco, Philip, Siddhi, Foma y Matthew esperarán con las monturas listas y un pequeño carruaje gobernado por Tadeo, que conducirá los restos de Jesús a su último destino.

Jumala y Belshazzar leerán las estrellas al amparo de la oscuridad. Hordos, algunos de sus hombres y el converso irlandés despejarán los caminos de los bosques. No será tarea fácil. Y tardarán muchos días en llegar. Pero no importará. La vaguada que da entrada a la aldea perdida volverá a abrirse para ellos y a ocultarlos del mundo.

Eso es lo que Jesús quería. No dejar nada que adorar en la tierra.

En Liliium descansará en paz. Será enterrado en secreto. Ninguno lo desvelará. Todos se irán. Regresarán al refugio. La aldea volverá a desaparecer en el corazón de los Ancares devorada por su propia espesura, que surgirá rápida y voraz tras el acto y el conjuro de Dios.

Una lágrima poderosa caerá de nuevo de los ojos miel de una madre: María.

CAPÍTULO INDETERMINADO

Después de Jesús, del libro cuarto de Jesús por María.

Solo una madre puede contar lo que se siente ante la pérdida de un hijo. No encuentro las palabras precisas para explicar lo que sacudió mi cuerpo cuando le cortaron el cuello. Cuando pares, sientes que algo nuevo sale de ti y el dolor se mitiga con la alegría de la nueva vida. Cuando un hijo se te va es como si te lo arrancaran de las entrañas sacando el cordón umbilical de cuajo. Como si una parte de ti se despedazara y aunque no existe el dolor, nada te hace más daño que esa pérdida de ti.

Me quedé petrificada. Ni tan siquiera grité. Fue la misma sensación de frío y miedo que cuando nació y Eva me dijo lo que me dijo. Solo que esta vez no me sumí en el shock y decidí tener el duelo. Con el abrazo de Jose, rompí a llorar. Sé que maldije a Dios. Espero que me lo perdone. Supongo que entenderá lo que es una madre desolada y tendrá piedad de mí.

Supe por mí misma que su cuerpo vendría a descansar a Liliun. Nadie me lo había dicho, pero lo sabía. Presenció todo el ceremonial que vino a continuación, estoica. Me recompuse como buenamente pude. Los míos estaban ahí para reconfortarme. Así que volví a ser la mujer fuerte de otrora. Y sin saber muy bien por qué, comencé a sonreír recordando las palabras de mi hijo.

Jose esta vez lo llevó peor que yo. Andaba taciturno y era yo quien le animaba. Había consagrado su vida a mí y a la promesa que suponía nuestro hijo para el mundo. Y siempre tuvo la certidumbre de que el final no se repetiría. Sería distinto. Y distinto fue, pero no como él había imaginado. Decidí mantenerlo ocupado con los preparativos para el después, cuando los restos de Jesús ya reposaran en Liliun por los siglos de los siglos.

De dónde provenían mis premoniciones o por qué lo barruntaba, solo Dios lo sabe. A mis años, cercanos los sesenta, había aprendido que al Señor no se le llevaba la contraria, ni se le cuestionaba. Lo aceptabas o no. Esa era tu libertad. Así que por esas ciencias ocultas del alma que el hombre no ha acertado a comprender, supe que el Padre se llevaría al Hijo, y que Liliun volvería a perderse en la inmensidad. Tendríamos que irnos. La hora de

regresar a nuestro hogar había llegado.

Así se lo hice saber a la capitana. Esther, medio bruja, como yo, asintió con una débil pero perceptible y cómplice sonrisa. De inmediato puso a los suyos a la labor y de paso, se me llevó de pinche a mi marido. No tendré vidas suficientes para agradecerles su abnegación. Amigos fieles que el camino y los vericuetos del Señor nos dieron. La Orden de San Francisco Protector nunca nos dejó. Juntos terminamos nuestros días.

Clío había sido el hombro sobre el que aplaqué mi consuelo aquellos cuatro años de larga ausencia. El dolor de la muerte de Jesús se había incrustado en sus ojos y en su pelo. Aquella monjita menudita pero hermosa, había marchitado su juventud por mi hijo, su anhelo. La pena, la pudo y antes de que llegara su cuerpo embalsamado se fue a la casa del Señor. Lloré, como solo puede llorar una amiga. No más que por Nora, sí distinto. Los años me dieron el poso suficiente y la alegría de que ella se iba cuando tocaba a otra vida mejor, a acompañar a «*su miniño*».

Si no hubiera sido por Santiago, Eva se hubiera hundido. La doctora lo pasó mal. No llevó bien la marcha de Jesús al Gran Viaje. Pasó mal su ausencia. Y pasó mal su despedida final. No superado el primer duelo, vino el segundo. Ella le había traído a este mundo, ella me había dado la noticia. Jesús había ido en su busca a Nazaré para devolverla junto los suyos cuando él partía para siempre jamás. No entendía cuál era la razón de su regreso veinte años después entregada a su vida de retiro espiritual. Pero yo ya había aprendido que todo tenía una razón. No tardaríamos muchos días en descubrirla.

La sorda y paciente presencia del poli fue fundamental. A la sombra de ella, sin molestar, pero sin faltar ni un momento, completamente enamorado de ella, su cariño la terminó conquistando. Santiago siempre estuvo ahí y solo tuvo que esperar a que ella se diera cuenta. Luego todo se convirtió en una maravillosa historia de amor, llegada la madurez. Esto salvó a Eva del cataclismo. A veces pensamos que Dios no nos asiste y no sabemos lo equivocados que estamos, y es que simplemente, no sabemos ver, ni buscar.

Entretanto Inés fue la confidente de todos. Sobrepuesta al quebranto de mi hermano Antón y tras la partida de su sobrino a conocer mundo, fue la única que mantuvo el sentido del humor en la residencia geriátrica en la que iba camino de convertirse la aldea. La que más trabajaba también. Decía que así se mantenía despierta ante tanto vejestorio de cuerpo y alma. Y razón no le faltaba.

Sin embargo, fuera Rosalía la que más había cambiado en aquellos años. Aquella chica locuaz dispuesta a todo y a organizar las vidas de medio mundo, se había vuelto extremadamente reservada. Se refugió en la cocina con el introspectivo de Marcos, con el que compartió aquella insoportable espera. Intuyo que incluso llegó a renegar de nosotros en algún momento. Y no la culpo. Y tampoco me podría extrañar. Ella también lo perdió todo. Primero a Mateo, su marido y padre de sus hijos, David y Raquel. Y luego precisamente a ellos más a su actual pareja, Matthew. Sé que Dominí, de cuando en vez, le enviaba alguna paloma con noticias que guardaba celosamente. Entonces todos notábamos cierto revuelo entre los fogones, como chiquillos que manejaban secretos que el resto ignorábamos. O eso pensaban.

Juan, el único que a pesar de todo no había perdido su buen humor, nos mantenía puntualmente informados de las noticias que le llegaban, que más bien eran pocas o ninguna, así que Rosalía y Marcos nos llevaban ventaja. Tengo que decir que, aunque tarde o a su manera, nos terminaban comentando las novedades que las mensajeras les hacían llegar. Es así cómo supimos que los nuestros andaban danzando por la India. Y es que un día la noticia fue para él.

—María tengo que hablar contigo. —Me entró todo apesadumbrado.

—Y yo contigo. Pero mejor empieza tú —le respondí de entrada, pues resultaba que yo también iba en su busca. Tenía una sorpresa para él.

—No tú primero.

—Lo mío puede esperar. Venga, date prisa. —Le apuré a posta.

—Hace cuatro días que hemos perdido la cobertura que nos daba Alba con los satélites de la Agencia Espacial Europea. No tenemos ni conexión ni protección.

—¿Has hablado con ella? —le pregunté haciéndome la extrañada.

—No. Ha desaparecido. También Alejandro.

—¿Y qué crees?

—No sé María. Quieren desconectarnos. O incluso nos han localizado. Pienso que sería bueno evacuar.

—Bien, voy a hablarlo con la capitana.

—Vale, luego me cuentas.

—¡Ah! Se me olvidaba. Tienes visita.

—¿Visita?

La cara que se le puso al pobre de «maquinitas» era de selfie imprevisto. «¿Quién nos ha descubierto? ¿Cómo han llegado?».

—Sí. Te esperan en la entrada.

—¿Quiénes?

—¡Hola papá!

Un rapaz de la recién llegada adolescencia, su vivo retrato, le saludaba apresurando el paso hacia él hasta poder abrazarlo. Detrás una mujer gris platino dejaba ver sus lágrimas de emoción. Había venido sin avisar. Terminado su trabajo, Alba había dejado las estrellas para otros y regresaba con su hijo Alejandro. Los mismos ojos grises de la madre. Ojos de conquistador.

Si Alba lloró, Juan la ganó. El reencuentro fue como en los guiones de las pelis que yo escribía cuando vivía en California. ¡Qué lejos me quedaba ya todo aquello! Eché de menos una banda sonora al momento. Le hubiera quedado genial. Aún recuerdo aquel beso que no acababa como si quisieran recuperar los que no se dieron aquellos doce años de separación.

Alejandro congenió enseguida con su padre. Los dos acostumbrados a las nuevas tecnologías, hablaban el mismo idioma. Es un tópico, pero es cierto, a Juan se le caía la baba con su hijo. Se perdió obligado su infancia, pero ya no le faltaría nunca más. Solo, y como ley de vida y de dios, los destinos los separarían.

Largos se nos hicieron aquellos años. La falta de *cativos* que alborotaran con sus gritos la aldea había sumido en un silencio adulto y tedioso al lugar. Casi parecíamos un club de jubilados o un hogar de la tercera edad. Y empezábamos a comportarnos tal cual, con nuestros grupitos afines y medio cuchicheos. No hubo maldad nunca, pero mi hijo tenía razón. La vida era de los niños. Los mayores no teníamos la capacidad de dotar de vida a nada. Yo misma echaba de menos a aquella joven irreverente que fui. Aunque insensata, entonces la vida fluía por cada poro de mi piel. Ahora me había convertido en una señora responsable pero soporífera. Igual que el resto.

Solo Alejandro, que cuando no estaba con su padre, se me pegaba como un imán, nos daba un sentimiento de juventud que más que perdido teníamos

adormecido. Lo adoré. Un hijo también para mí fue. Sumiso y responsable, no tuvo adolescencia rebelde. Más bien al contrario. Solo sabía soñar compartiendo el lenguaje de las estrellas cada noche que el tiempo lo permitía, conmigo y con su madre.

Cuando ellos llegaron, fue mi venerado Belshazzar quien salió a mi encuentro para retenerme. Bajó de su caballo y abrazándome me detuvo.

—No, mi señora. Jesús descansa en paz con Él. No se lo interrumpas. Tú sabes que él se te manifestará pronto.

Me tranquilicé y lo besé en la mejilla con fuerza. Un cariño incommensurable nos había unido para siempre. Solo yo sé lo que le echo de menos. Alcé mis ojos al carruaje que aún no me explicaba cómo habían conseguido traer y donde reposaba el cuerpo embalsamado de mi hijo.

Me acerqué con lentitud. Sentí que una fuerza inexplicable recorría mi piel. Abrí la puerta y contemplé absorta aquella momia que casi parecía moverse. Estaba vivo. Lo sentí. Lo juro. Mi marido me agarró por los hombros y me miró confirmándome con los ojos lo que yo percibía. Miré para todos los presentes y en todos vi la misma certeza.

Melchor y Gaspar habían acompañado el momento y no osaron interrumpir mi duelo interno. Prudentes como siempre, al terminar, se me acercaron a consolarme y ciñéndome a ellos quise mostrarles mi gratitud.

Me desprendí de su tierno contacto y me paré en Lys. Fui a por ella. Si el abrazo con Bel había sido tremendo, este no tengo palabras.

—¡Hija mía!

—¡Mamá!

Aquella palabra me desnudó. Me hizo recordar la primera vez que Jesús la hizo mágica en mi memoria.

—¿Y la tía Clío?

Mi silencio conjugado con un llanto sordo le dio la respuesta. Ella no lloró, tiempo tendría. Sentí sus latidos tristes y eso bastó. Tardamos en deshacernos y al hacerlo no pude evitar encontrarme con aquel que había sido nuestro enemigo tantos años. No sabía cómo iba a reaccionar. Pero Jesús tenía razón. Solo vi perdón y misericordia en él. Aquel rostro oscuro se había tornado en un semblante amigo y bondadoso. La profecía de Jesús se había cumplido. No podía dudar. Todos estaban esperando mi siguiente acto. Lys me contemplaba

temblando. Hordos también. Mi fama de Señora se había difundido, aunque nunca fuera cierta, al menos para mí.

Lo abracé con el sentimiento encontrado y feliz de mi hijo. Y lo besé. Lo acepté en mi corazón. Inexplicable. Solo el perdón verdadero puede hacerlo. No fui yo, fue Jesús quien me lo concedió.

Nadie se había movido. Todos esperaron por mí. Ni siquiera Marcos, que casi himpaba de alegría, se había atrevido a hacerlo antes que yo. Verdad es que ocioso no estaba. En las manos de Domini había posado a una de las mensajeras. Había sido obediente y cuidado del palomar. Ella, pletórica, le daba una merecida recompensa en sus labios mientras yo entretenía a su hija.

A partir de ahí todo el mundo se distendió y desentendió.

Matthew, acompañado por sus hijos adoptivos, David y Raquel, se abalanzó sobre Rosalía, que le correspondió con un beso que llevaba guardado cuatro años. Junto a él, unos cuantos puñetazos en la espalda de alegría.

Esther, la capitana, permanecía quieta mirando para Foma. Él le mantenía impertérrito la mirada. Sus hombres se agarraban con fuerza a sus mujeres mirando para ellas celosos y cruzando con el pequeño ruso acometidas de rabia. Nunca se supo la verdad de aquel affaire amoroso, ni con quién fue. Como tampoco se sabría dónde estuvieron el resto del día él y la capitana, ni lo que pasó, aunque lo podamos intuir. Al final lo saludó como a uno más. Antes, dejando atrás su coraza de mujer dura, se había despachado bien a besos y achuchones con Moisés y su inesperada nuera.

Mientras, Bel me fue haciendo las presentaciones a los que no conocía más que de oídas: Wei y sus discípulos Philip y Siddhi, Jumala y el Gran Rabí Nathanael. El resto se arremolinaban a abrazos y amarracos cariñosos, mezclándose sin pudor o ya perdido del todo.

Abrazar a Wei fue como hacerlo con el bueno de Bel. Una paz plena me volvió a llenar. Philip y Siddhi eran como dos mitades de lo mismo, diferentes, pero totalmente iguales. Me impactó su sencillez.

Jumala me hizo llorar. Su rostro, aquella expresión juguetona de sus ojos rasgados, me recordó a Nora. La química de las emociones conectó desde el minuto uno. En sus ojos vi la rebeldía del lobo estepario, su carácter indomable, y también su inquebrantable lealtad. Venía enlazada a Jewish, al que encaré. Sus ojos verdes se bajaron ante mí. Mi mano se lanzó violenta buscando su mejilla. Paré a tiempo y lágrima tras lágrima seguida acaricié su

rostro. Y, como si Jesús me susurrará desde lo más alto, le di el cuarto abrazo. Él, entonces, me apretó con fuerza, como librándose de la angustia acumulada en su corazón, y lloró conmigo. Estuvimos varios minutos sin soltarnos, estrujándonos con ganas. Al terminar, volví a rodear con mis brazos a la esquimal. Luego, cogí su mano y la junté con la de él y aunque no era necesario, era como si les diera mi consentimiento o más aún, mi bendición. Las tonterías que puede hacer una presa de la emoción.

Inés hablaba con Tadeo animosamente, como si se anunciara ya el prelude. Jose fue antes que yo. Se estrecharon como viejos compañeros de los tercios de Flandes. Nos miramos melancólicamente. Los dos teníamos una edad donde ya hay cosas que no hace falta explicar. Juntos le susurre al oído:

—¡Siempre tuviste razón, pedazo de cabrón!

Reímos un buen rato. Sería él quien me contaría mucho de lo ocurrido y otro tanto de mis años omitidos que en gran medida habían vuelto al seno de mis recuerdos. Todavía no intuía que en futuro cercano el jesuita terminaría colgando los hábitos y retirado a una vida más mundana.

Nathanael fue el último. Él se dejó estar. Ya me había dado cuenta. No necesitábamos palabras para que nuestros corazones se entendieran. El lenguaje de la pérdida es universal. Ni siquiera nos abrazamos y solo nuestras manos se tocaban acariciándose con extrema dulzura. Su estricta educación le hizo ser el más prudente hasta que la «*cosita*» diminuta que le agarraba la mano se soltó para agarrarse a mi cintura y no soltarse.

—¡Mamá!

Sonriendo por la expresión de la chiquilla, con aquel acento tan único, como si hubiera estado todo el camino ensayando. Me arrodillé y entre mis brazos le pregunté a sus inmensos y abiertos ojos:

—¿Y tú quién eres?

—Soy Rebeca. ¿No te ha hablado Jesús de mí?

—No, cariño.

La besé en la frente mirando para el Rabí. Tenía los mismos ojos que mi hijo cuando era niño, con ese pequeño rastro que deja el Down.

—Jesús me hizo prometerle que se la traería.

—¿Tanto miedo me tienes que me tratas de usted?

—Perdón señora, es la costumbre.

—¿Señora? —Nathanael me miraba nervioso sin saber qué decir. —¿Por qué me la tenías que traer?

Rebeca movía su cabecita inquieta para uno u para otro, temiéndose mi rechazo. Como a Matthew, cuando la peor de las soledades me podía rachar, Jesús había previsto mi nueva misión. La niña se anticipó al discípulo.

—Yo no tengo mamá. Jesús me prometió una mamá.

La estreché contra mí con tanta fuerza que creo que hasta le hice daño, pero ella feliz no protestó.

—Claro que sí, hija. Jesús no quería que las dos nos quedáramos solas.

—¿Y un papá, no? —Jose apareció en el momento oportuno.

Al día siguiente, en el centro de la aldea, sin inscripción alguna ni símbolo que lo pudiera identificar, dimos sepultura a los restos de mi hijo.

La noche anterior su espíritu me iluminó y los recuerdos ofuscados de aquellos ocho años de su infancia que se habían ido de mi memoria volvieron agolpados y juntos. No puedo describir la cantidad de emociones que vinieron a mí. Por Jesús, por Jose, por los míos y por los nuevos. Recuperada toda mi vida y hasta el último rincón de mi esencia, aquel día quise estar cerca de ellos, y en especial de Belshazzar al que mi corazón siempre llevará hasta el resuello del adiós definitivo. Él fue el alma de mi hijo. Otro Dios salvó la vida a Jesús. ¿O quizá es el mismo y somos nosotros los que nos empeñamos en poseerlo con el nombre que queremos imponer? Mi hijo ni siquiera esto me aclaró. Se fue con tantas preguntas sin respuesta, cuando al fin podía responder. Y estoy segura que el Padre tuvo mucho que ver en marcha tan precipitada.

El mismo que tras el sepelio de sus íntimos se lo llevó con él.

La tierra se empezó a mover lentamente. Todos estábamos preparados y habíamos recogido ya lo nuestro. Los vaivenes del suelo nos obligaron a salir de la aldea. Luego el bosque y una niebla espesa la engulleron desapareciendo ante nuestros ojos. Yo, al lado de Jose, y con Rebeca de mi mano, solté la postrera lágrima por Jesús. Lys me acarició con sus manos la cara y besándome me pidió el permiso que no le podía negar.

—Jesús tenía estas cosas, a veces no sabías si hablaba en serio o en broma. Solo ahora que no lo tenemos hemos descubierto que no había simpleza en sus

palabras. Así que supongo que ya sabéis que decía la verdad cuando me nombró su sucesor. Y aunque yo lo piense, ya sabemos que él nunca se equivocaba. Pero aún no estoy preparada y estoy segura que cada uno sabe lo que tiene que hacer. Os pido consejo. Enseñadme cuál es el camino.

Me recordó a Jesús. Todos la escucharon orgullosos. No había envidias. Hasta aquellos que fueron sus verdugos emitían un brillo especial en sus ojos. Comprendí que el Espíritu Santo había llegado. El proceso bíblico se volvía a cumplir. También las profecías de mi hijo. Los caballos estaban dispuestos. Esperanza me había dado años atrás una potrilla a la que había osado bautizar con el mismo nombre. También se estaba haciendo mayor. Poco la había montado. Había llegado el momento. Siempre llega el momento. Me incorporé sobre ella como aquella chiquilla que fui.

—Parto al que fuera nuestro hogar. Tus hombres la quemaron. Tus hombres la levantarán de sus cenizas. Siento que como mi antepasada, la mujer de la promesa, debo volver a mis orígenes a pasar mis días finales, viendo cómo sus apóstoles y los que vengan consiguen el mundo que quiso mi hijo.

—Así se hará. Volved al refugio. Las palomas de Dominí y mis halcones se unirán y llamarán a los nuestros, unidos al fin.

Desde mi montura, le di la mano a Hordos acariciándola suavemente. Me giré e inicié la marcha. Ya me había despedido de Belshazzar y de todos los que no vendrían. Tenía que seguir siendo la señora. No quería que nadie me viera llorar. Jose me siguió con Rebeca a lomos de su caballo. Pronto vinieron el resto de los que tenían que venir.

Jewish se despidió de Jumala con un beso tenue y dulce, a pesar de haber dejado de fumar, se pasó la madrugada pitillo tras pitillo, aislada en un extremo de la aldea, buscando su aurora boreal. Una especie de turbación y extraña felicidad al mismo tiempo, le sacudió. Ella reconoció a los dos hombres. El espíritu del samurái se hospedaba en el irlandés apaciguándolo. Extendiendo y moviendo despacio su mano alzada, se despidió con una sonrisa plena de aquel que ahora ocupaba su corazón y que solo los caminos del Señor podían explicar.

Después se acercó a Lys. Aún no habían hablado y necesitaba curar las yagas causadas. La miró arrepentido y la apretó contra sí. Con los ojos le pidió permiso y le acarició el vientre.

—Dios confía en ti, hermana. Nunca podré devolverte lo que te quite, lo sé.

Pero, viviré cada día de mi vida pensando en cómo resarcirte. Pido al Señor, que como Al-Aruk, me conceda restituir con mis actos venideros todo el mal que hice.

Mi niña le sonrió conmovida. Luego lo besó. Le había perdonado.

Después, Hordos se despidió de su amada con el juramento de volver a estar juntos y para siempre. Pero solo el Señor tendría ese poder y el de la purga definitiva de los pecados del anterior y sanguinario Monje Negro.

Nada más montar sobre su pura sangre negro, Foma lo detuvo:

—Quiero que te lo lleves. Con quién te vas a enfrentar te hará más falta que a mí. Cuídate y ahora termina lo que has empezado. Hazlo por Jesús.

En sus manos le acababa de poner su viejo revolver, el que le había quitado Esther cuando se conocieron y que al regreso al Refugio le había devuelto, en uno de sus encuentros a solas. Hordos le hizo un gesto de aprobación y agradecimiento y lo guardó en el bolso cerca del estribo derecho.

Y así, juntos, el anterior y mayor enemigo y el que le traicionó, partieron acompañados del Rabí y los magos, ahora sin dudas sobre su compromiso a la causa.

Los primeros volvían a Roma, a reorganizar el Vaticano y evitar que las hordas del Califa tentarán de nuevo, a la espera de que los discípulos decidieran sus *bushidos*. Nathanael regresaba a Jerusalem. El Mesías había llegado y debía gobernar el Tercer Templo. No era misión fácil. El sanedrín ya le había nombrado sucesor y Jesús no había sido reconocido como lo que era, aunque los fieles dijeran lo contrario. La condición humana no había cambiado. O eso creímos.

Belshazzar y Gaspar fueron a Petra a rendir cuentas a Dios. El Padre Blanco se entregó a la meditación y, ya anciano, no tardó en abrir las puertas del cielo. Belshazzar fue al inesperado reencuentro de Farah y encontró la dicha y dio testimonio de la venida de Jesús.

Melchor regresó a Perú. Fue un activo importante en lo que poco después se llamaría «la revolución de los miserables». Algo parecido a las cruzadas y que tendría por objetivo traer por fin la paz deseada por Jesús al mundo.

Los chicos iban juntos, justo detrás. David se cuidaba de Lys y Moisés no dejaba ni un instante a Raquel. Dos madres orgullosas, Rosalía y Esther, les seguían. Matthew volvió a acogerse a Foma como su inseparable amigo. Inés

que en aquellos años había descifrado el enigma del samurái sobre su *bushido*, vuelta a llorar la pérdida desde la distancia, y sabedora de que su espíritu se había unido al de Jewish; comenzó a rondar al hermano Tadeo, tomándole el pelo y sin dejarle por el momento descubrir si sus proposiciones eran un simple vacile o había algo más. El jesuita por si acaso se había desprendido del hábito. Domini soltó a sus palomas y amarró en firme a Marcos. Jumala y Alba habían hecho buenas migas. Alejandro o estaba con la madre o estaba conmigo. Pero el camino lo hizo a la vera de su padre. Juan le dejó manejar los drones, dando de lleno en la fibra del chaval. Eva y Santiago salieron dispuestos a cumplir su función. Así que la doctora y el poli iban de arriba abajo, una preocupándose por la salud y el otro por la seguridad. Inés y Tadeo se metían con ellos, ahora que estábamos en terreno seguro. Wei, Philip y Siddhi comenzaron el viaje como si fueran peregrinos del camino. Querían conocer los orígenes de Jesús y a todo prestaban atención. Poco sería su tiempo a nuestro lado, pues rápido el Señor les acometería para mayores encomiendas. Los gitanos nos cerraban la retaguardia, como siempre hicieron y como siempre han hecho. Nunca sabré cómo pagar su lealtad.

La gente de Cangas aguardaba impaciente nuestra llegada. Y a ella se había anticipado comenzando por propia decisión la reconstrucción de nuestro refugio, en el robledal de Coiro. El pueblo entero se echó a recibirnos al camino. Todo fueron muestras de cariño y el Ave María Guaraní que a mí tanto me conmueve se forjó en sus voces que hasta parecía ensayado.

Siguiendo las consignas de Jesús, los niños encabezaban las infinitas filas que nos salieron al encuentro. Y si algo me sorprendió sobre manera fue el respeto mostrado. No nos sentimos intimidados, ni agobiados por la presión. No podíamos, no debíamos tampoco, rechazar tal agradecimiento. Tan llena de tantas y diferentes emociones en mi vida, no sé describir esta. Quizá alivio por aquel reconocimiento. Y pena de que el resultado no era el deseado y que Dios nos había vuelto a dejar a medio camino.

Pero el corazón me decía que no nos podíamos resignar, que algo grande volvería a pasar. Y me deshacía en pensar en qué podía ser, en buscar una señal del Señor, cualquier cosa que volviera a alimentar mis desahuciadas esperanzas.

Gracias a nuestros vecinos, llegamos y pudimos descansar en nuestras reacondicionadas y viejas pallozas. No mucho tampoco, pues Wei se propuso imponer sus costumbres marciales al uso que hacíamos nosotros cuando

éramos jóvenes y estábamos casi todos. No protestamos y cada uno se fue levantando a su ritmo hasta que, ante la mirada aturdida de los primeros cangueses en llegar y algunos de los Monjes Negros que trabajaban en la recuperación de nuestro refugio, empezamos a ejecutar de manera sincronizada los ejercicios de taichí que el discípulo dirigía en momento *Qi*.

Luego desayunamos juntos y revueltos. Los recién llegados recuperaron el deleite del paladar gracias a Marcos. Estoy segura de que los que conocían su cocina le añoraron durante aquellos largos cuatro años de viaje.

A media mañana recibiríamos la visita inesperada de un extranjero. Venía a pedirnos asilo tras su desertión. Lo reconocí nada más verle. Si mi hijo le había devuelto la vida, tenía que haber una razón. Al principio me mantuve alejada. Inés lo retenía en la entrada. La capitana vino a consultarme. Yo accedí y desde la distancia observé.

Naamán había preguntado por Dominí. Nada más verla, se le postró entregándole el frasco con la sangre de mi hijo.

—Tenía que venir. He descubierto algo increíble.

—¿El qué? —le instaba ansiosa la alemana.

—¿Tenéis una doctora en el grupo? ¿Es cierto?

—Sí, ¿por qué?

—Tienes que contarle lo que te voy a decir.

—Vale, vale, pero dime...

—Una partícula de polvo mezclada con una gota de agua, basta.

—¿Basta para qué?

—Para curar cualquier enfermedad.

—¿Inyectándola en la sangre?

—Correcto.

—Es una pena que no haya más...

—Eso es lo que he descubierto. No hace falta.

—¿Qué?

—Se propaga. Aquel que la recibe, se vuelve inmune y transmisor.

—¿Entonces? Ya nadie morirá.

—De momento solo funciona con niños.

—¿Y eso? —le preguntó extrañada.

—Tú deberías saberlo mejor que yo.

Dominí lo miraba confundida sin entender lo que quería decir. Al fin Naamán le aclaró:

—Jesús permaneció a su lado, los cuidó y protegió. Los curó. Ahora todos le conocen y creen en él. No los olvidó. Sabía que su esperanza estaba en su inocencia. No tienen dobleces, ni crueles egoísmos, no saben lo que es el poder, no entienden su significado. Por eso los eligió. Y tenía razón. Jesús confió su futuro en ellos porque están libres de pecado.

La discípulo no parpadeaba intentando asimilar lo que Naamán le quería decir.

—Entonces, los microorganismos se multiplican y se regeneran listos para una nueva transfusión. Los tristes se vuelven de pronto alegres. Una fortaleza desconocida les contagia no solo el cuerpo, sino también su mente y su corazón. Para ellos creer en Jesús y seguirlo es tan sencillo y fácil como un juego.

Hizo una pausa esperando que la sorpresa de Dominí no la aturdiera y antes de que dijera nada, a medida que me iba acercando, rematé:

—Es su fe la que les salva.

Aquella misma noche, bajé como en los viejos tiempos a pasear descalza por la playa de Rodeira. Quise hacerlo sola. Ni siquiera permití a Jose acompañarme. Apetecí de encontrarme conmigo misma y de sentir la soledad plena de mí misma pasando completamente desapercibida. Necesitaba traspasar el último umbral de mi duelo. Sabía que si venían conmigo eso no sería posible. Provoqué cierto enfado, pero me impuse como había hecho casi siempre. La capitana salió en mi defensa y todo se calmó.

Como no quería que nadie se fijara en mí, acepté a Tadeo como escolta descartando a mi marido y a mi amigo al poli, aunque no les gustó. La noche ya estaba muy entrada y ningún alma me molestaba. Una brisa constante arengaba a las olas. Igual que en tiempos pasados una lluvia fina precedió el momento.

No había contado la verdad. Bajé buscando a mi hijo. Al principio, según caminaba, sentí con fuerza las presencias de mi madre y de la abuela, primero. Después el olor de Nora y la suave mano del padre Jorge, atravesaron mi piel.

Ya sé que hablo de fantasmas. Pero presentía sus esencias. Nunca lo podré explicar. Solo los que lo han visto o compartido conmigo saben de lo que hablo.

Seguí caminando despacio dejando que la espuma salada de las olas inundará los dedos de mis pies. Llevaba un vestido ligero largo con sus costuras bajas empapadas. Mi cuerpo se insinuaba cuando húmedo su tejido se me pegaba. Mi melena suelta, volaba al viento dibujando sus mechones grises. Me sentía mayor, pero, no sabría decir por qué, bella y deseable.

Yo esperaba y esperaba hasta que una figura etérea que andaba sobre las olas salió a mi encuentro.

—¡Yeshúa!

Casi no podía hablar.

—¡Hola ma-má!

Me besó con una inmensa suavidad. Luego, me acarició con su aura. Con la mirada le pregunté ¿por qué?

—Así tenía que ser. No sabes cuántos recuerdos me llevo guardados en mi corazón por los dos. Ahora serás la madre de todos los niños perdidos, de mis hermanos.

—Sin ti estarán perdidos para siempre.

—¡Ten fe!

—Lo intento, pero no es fácil. Siento que todo está perdido.

—Mamá, escucha con atención: *«En trece días, el decimotercero prometido, y el resto, recibirá el don de Dios. Entonces, tras ellos, seis tribus se levantarán y su cruzada será llamada “la revolución de los miserables”. Setenta y dos es el número...»*

—No sé de qué me hablas, hijo.

—...de Elisheba que ya está entre vosotros».

—¿Quién es? —le insistí confusa.

—Solo importa lo que significa, madre.

Y tras darme un beso en la frente, un último y precioso beso, se despidió de mí con esta enigmática frase:

«Dios es perfecto».

No conté a nadie las enigmáticas palabras de la esencia divina de mi hijo. Tadeo también lo vio. Pero tampoco lo contó. A cambio de su juramento de silencio le trasladé el mensaje tal cual me lo había dicho Jesús. Calló sin comprender. Igual que yo. Y pronto lo enterramos en las cavidades de nuestra memoria a la espera de que algún acontecer nos descubriera su secreto.

Al poco de llegar al refugio, Lys y yo acordamos hacer una excursión acompañadas por su padre y mi marido. La memoria de Nora, su madre, nos requería. Una turbulencia arrolladora exigía a mi niña visitar el lecho materno tras su regreso. Madre e hija se llamaban incesantemente. Todo tiene un por qué y un sentido que la mayoría de las veces no asomamos siquiera a adivinar. Yo también quería laxar mi olvido con la que fuera mi mejor amiga. Todos los que habían compartido su vida con ella se apuntaron. Así, una mañana amanecíamos en Santa Trega.

Muy cerca de la excavación arqueológica del poblado, un pequeño castaño extendía por encima del tronco sus ramas, simulando una cruz. El nombre de mi amiga permanecía inalterable en su corteza, ahora más grande.

Lys, agarrada de los hombros por su padre, se sentó apoyando la espalda sobre el árbol e inconsciente se frotaba el vientre. Un sentimiento entre la alegría, el reposo, la paz y la melancolía embriagaba el lugar. Sentí a Nora sonreírnos y todo mi olvido se esfumó. Mis recuerdos retornaron robustos y hermosos. Una rosa blanca y por fin una lágrima lúcida se quedó allí, con ella. Volvimos a casa como reconfortados. Lástima que no se lo pudiéramos hacer a ninguno más. Nora fue la única que al menos habíamos podido enterrar.

Como necesitábamos recuperar algo de normalidad en nuestras vidas, sobre todo ellos, los que habían compartido el Gran Viaje con mi hijo, cada uno se fue asignando una tarea a fin de estar entretenidos.

Justo trece días después de mi espectral encuentro, el Señor, el destino o lo que cada uno quiera creer había liado los aconteceres. Antes de que amaneciera la mano de mi amiga la doctora me despertó presurosa:

—Levanta María, rápido tenemos que ir junto Lys antes de que se vaya.

—¿Qué pasa? —preguntó Jose medio dormido.

—Nada Jose, descansa un poco más. Cosas de mujeres —le contestó Eva intentando simular su tensión.

—Voy.

Me incorporé medio sonámbula aún sin entender a cuento de qué venían aquellas prisas. Me vestí lo primero que encontré y salí intentando incordiar lo menos posible a Jose, no se fuera también a levantar. Si Eva no quería que viniera con nosotras tendría una buena razón.

Así era.

Lys acababa de lavarse la cara, un tanto pálida, me pareció.

—¿Qué hacéis aquí tan temprano? Aún falta para la sesión de Wei.

—Lys, me han llegado los resultados de tus análisis —le anunció Eva.

Las dos le miramos interrogantes. Yo desperté del todo ante la noticia de la doctora que por el tono no presagiaba nada bueno.

—Estás embarazada.

—No. Otra vez, no —supliqué.

—¿Quién es el padre? —le preguntó Eva directa.

La mirada distante de Lys viajaba en el tiempo sin manifestar expresión ninguna.

—No lo sé.

Esa misma noche Lys y el resto de los apóstoles encontrarían su bushido. Las palabras de Yeshúa encontrarían su sentido...

Pero eso pertenece a otra historia que a otros tocará contar.

Aquel día descubrí que los milagros también habían llegado al refugio. Fueron dos y seguidos.

A media mañana, Jumala llenó una tina de ropa sucia y cargada con ella se fue al umbral del refugio, donde mi nombre fuera grabado en lenguaje rúnico. Muy cerca, un pequeño reguero daba a un viejo lavadero que uno de los obreros había restaurado tratando la vieja piedra.

Mientras restregaba la ropa con jabón y hacía la colada, su alma se venía abajo al recordar a Jesús a través de su travieso y cariñoso huskey. Los recuerdos en Santa Claus Village fabricando los juguetes, la llevaban a una tristeza desmesurada, irrefrenable. Atormentada, lloraba apretando contra el agua un paño blanco manchado de sangre cuando unas manos sucias y pequeñas le acariciaron limpiándole las lágrimas.

Jumala se giró y descubrió a un niño de unos ocho años mugriento y con pinta

de tener mucha hambre.

—¿De dónde has salido?

El niño le contestó en un inglés muy básico:

—*Where am I from?*

—*¡Yes!* —ella le correspondió en su lengua.

—Vengo de combatir en Siria.

La sami quedó paralizada y deteniendo su caída al abismo, no pudo apartar la mirada de aquellos ojos negros intensos. Impresionada inició un breve interrogatorio al chaval.

—¿Y qué haces aquí?

—Busco a los apóstoles de Jesús.

—¿Para qué?

—Para luchar a su lado.

—¿Por qué? —le preguntó más perpleja aún.

—Jesús nos ha llamado.

Jumala, con los ojos aún aguados le sonrío devolviéndole la caricia en la cara. El niño, como si la hubiera reconocido como una de los doce, le abraza primero con fuerza y después con gestos le indica que le quiere ayudar a terminar su trabajo. Ella accede, aunque primero le obliga a lavarse al menos la cara y las manos. Luego, aprieta fuerte la prenda que acaba de terminar de lavar hasta escurriarla bien. Y al empezar a tender la ropa descubre el pañuelo de Lys con el rostro risueño y feliz de Jesús al morir impreso en la tela.

«*La Sonrisa Eterna*», acierta a decir entre dientes, pálida de emoción. El niño le guiña un ojo. Ella confundida y aún sin entender, se limita a dibujar una expresión feliz en sus labios.

No mucho antes, una hora a lo sumo, el hombre que había presenciado en vivo el último instante de Jesús, Insha'Allah, estaba conmigo. Había acatado el mandato de Jesús y había partido al encuentro de su hijo. Su búsqueda le había traído hasta nosotros. Insistía una y otra vez, que su hijo había venido al Refugio, en mi búsqueda.

Yo lo había reconocido desde el primer momento. Me apiadé de él. Pensé que haber presenciado la muerte de Jesús justo a su lado, le había trastornado. En

la transmisión no se escuchó bien lo que dijo en su lengua árabe, ni tampoco nadie lo tradujo. Estaba a punto de despedirlo triste y dejando que la amargura llenara sus ojos cuando Domini que pasaba a nuestro lado en dirección a la cocina para ayudar a su amado Marcos, escuchó la petición desesperada en inglés de aquel buen hombre.

—Jumala está en el lavadero de la entrada con un niño recién llegado, María. Igual podría ser el que busca...

Insha'Allah, bajó corriendo, atropellando por el camino a Inés y Tadeo que, tras preguntarme, nos siguieron tranquilos, haciendo correr la voz al resto.

Tal era el jaleo que el hombre hacía que antes de que llegara, el niño miró hacía arriba intuitivamente. Sin más, se echó en desbandada como loco junto de él. Luego, postrados y abrazados, padre e hijo lloraban como solo se puede hacer tras una larga y dolorosa ausencia. Yo también sabía de eso y de las llagas del corazón. Así que les dejamos estar.

—Te vi por la tele papá, al lado de Jesús, y pensé que habías muerto también.

Insha'Allah ni siquiera habló. No pudo. La emoción lo dominó. Este era uno de los milagros.

El otro era el pañuelo que Jumala me mostraba en aquel momento con el rostro sonriente de mi hijo difuminado por su sangre, y que después se convertiría en el símbolo de la Nueva Cruzada. Dichosa lo apretaba con mis manos y lo acercaba a mi nariz buscando el olor inconfundible de mi hijo. Me sentía extrañamente feliz.

Una vez despegados padre e hijo, me agaché y besé con fuerza y sin saber por qué al mocoso que nos había enviado la providencia. Miré con amor, mucho amor, para sus preciosos ojos oscuros y le pregunté:

—¿Cómo te llamas?

Y el sonriendo, me contestó:

—Bar-Abbas.

Quiero acordarme de todos desde que empecé esta aventura increíble. De los que empezaron al principio, de los que no han podido continuar colaborando, de los que no han querido, de los que yo no he querido. Todos han sido importantes, de todos he aprendido. Y todos saben quiénes son. Ellos y yo. A todos, muchas gracias.

Quiero hacer una reseña especial a mis hijos, Lety y Juanma. Aprendo de ellos

cada día; la valentía de la primera por afrontar su nueva vida fuera del nido y la constancia del segundo con su carrera universitaria. Han sido el espejo en el que verme cada mañana para levantarme y luchar.

Quiero forzar un recuerdo especial para los que fueron vitales en mi primera etapa: Silvia Bermúdez, Marta González Piñeiro, Elena Lucío, Gabriel Iglesias y Marta Martín. Aunque nos veamos y hablemos poco o casi nada, sepan que esto sigue siendo obra suya, porque estuvieron ahí con su corazón y con el cariño que solo las personas de verdad saben dar. Y que ojalá algún día yo les pueda devolver con creces lo que ell@s me dieron.

¿Por cuál empiezo?

Por Alba Porta, mi ilustradora. Sobran las palabras. Todos tenemos ojos. Dibujas bien, muy bien. Te dejas querer mejor. Esto va por ti y por tu paciente chico, Diego. Por vuestra paciencia. Gracias, amigos.

Ahora le toca a Pablo Rañales, proyecto de literato de éxito. El mejor amigo de mi hijo, exultante de juventud y talento. Y mucho humor. Que la providencia nos haga inventar muchas más dedicatorias como esta es mi mayor deseo.

Aitor, otro amigo de mi hijo. No sé si me harás muchas más portadas, porque estoy seguro de que en breve tu caché va a ser como el firmamento que has plasmado aquí: inmenso. Tú dices que ha sido una suerte poder trabajar conmigo, y yo te digo que la suerte ha sido mía.

A Jose de Itnor, por todo el desarrollo logístico web y por su adaptación a mi equipo. Está claro que los dos gozamos de muy buenos amigos comunes, porque gracias a ellos la buena gente se junta.

Al equipo de Gráficas Anduriña por haberlo vuelto a hacer. Sin más comentario.

A Paula Villaverde, coordinadora de Síndrome de Down Pontevedra “Xuntos”, por tu cariño especial y esa conexión que hemos tenido desde el momento uno, entendiendo a la perfección el mensaje que “juntos” queríamos dar.

Tampoco me puedo olvidar de las mujeres de Adicam, en Cangas, de todo lo que me han dado y de las amigas en las que se han convertido durante toda esta andadura que ni vosotras ni yo podíamos llegar a imaginar ni de lejos.

A los más de cinco mil lectores entre el papel y el digital que os habéis subido a esta montaña rusa. Todo empezó con vosotros y sin vosotros yo no estaría

aquí. En particular a María Soliño, Rita Rodríguez y Lucía Moreira del Club Elefantes de Papel de Crecente, José Manuel Panadero, Meniña con Leticia y Aránzazu Civicos por estar expectantes y mostrar vuestro entusiasmo y sinceridad con la lectura del borrador.

Y el final, el postre, lo más rico, para mi mujer, la que se reinventa conmigo a cada instante tras cerca de treinta años soportándome. A ti, que, en equipo y a mi lado, podamos disfrutar de este momento y de nosotros mismos. Sigamos admirando los logros futuros y prometedores de nuestros maravillosos hijos.

Making Of

Han pasado cuatro años desde que publiqué La Primera Meiga. Cuatro años duros, llenos de vacilaciones, dudas e incertidumbres. Y también trabajo, a temporadas, pero mucho trabajo, para que hoy tengas entre tus manos este ejemplar de La Sonrisa Eterna, secuela de la mencionada.

Yo fui quien me metí en este lío, quien libremente decidió el final de la anterior y por tanto su difícil continuación. No me costó en exceso desarrollar la trama. Nada más terminar la historia de María, tenía claro cómo sería la historia de Jesús. Pero me obsesioné. Me obsesioné con la historia y me obsesioné con la posibilidad de convertir mi sueño literario en realidad. Y al final vinieron las pesadillas y los desencuentros interiores. El reto me empezó a superar y hubo un momento en que pensé que no lo lograría. Solo mi cabezonería y el esperar el momento preciso me devolvieron a la escritura. Así los últimos cinco meses se transformaron en una locura maravillosa, pero locura, a fin de cuentas.

Y ahora que por fin está impresa, no puedo ocultar cierto orgullo interior. No era fácil y con el nuevo personaje asumía muchos riesgos. Sin embargo, pienso que he conseguido crecer como escritor y como persona. Me he enriquecido profundamente y he evolucionado dotando de más luchas, de más contradicciones, a mis personajes y de más vida al paisaje de la novela, al mostrar la narración desde cuatro puntos de vista totalmente distintos, como cuatro evangelistas.

No he querido hacer un libro religioso y, siendo un remake de la vida de Jesucristo, puede parecer complicado. Creo, sin embargo, que consigo hablar más de los valores que se van depauperando en las sociedades que llamamos modernas e intento mostrar una reflexión, desde la visión de un niño inteligente, de cómo los vamos olvidando.

Desearía que cada cual se viera representado en alguno de los innumerables y especiales personajes que recreo, que pueda sentir y vivir a través de ellos y de sus ojos toda la esencia de la novela, sin olvidar que esta vez es todo ficción, un universo personal que transita por mi imaginación aderezado con las gotas justas de documentación; la suficiente, no más. No he querido perfilar que todo tuviera que ser exactamente así, que los lugares sean tal cual como los describo, sino más bien parecidos a lo que la trama exigía.

He querido hacer de la discapacidad de Jesús un motivo de normalidad. Me introduje en el mundo Down visionando muchos videos, películas, reportajes y declaraciones de familias. Y en todas encontré lo mismo: mucho amor, ilusión y esperanza que hacían del síndrome algo normal y cotidiano, incluso hermoso. Ansiaba que no fuera el morbo lo que hiciera a mi lector seguir leyendo. Espero haberlo logrado.

No he podido renunciar a la magia y épica del personaje, a utilizar elementos espirituales y hacer de él alguien especial por sus potenciales. Me fascina soñar con la posibilidad de poder volar como el halcón o ver como el lobo o que su sangre proceda del linaje de la deidad y tenga poderes curativos. Se me ha hecho irresistible y aún a riesgo de desvirtuar la realidad, no lo he podido evitar. Espero y deseo que como lector hayas comprendido su esencia.

He de decir que lo he pasado muy bien viajando virtualmente por una gran parte del planeta, conociendo lugares que no he visitado en mi vida y que solo Dios sabe si algún día lo haré. Sería innumerable nombrar todos los blogs viajeros por los que he navegado horas enteras admirado por los parajes que me descubrían. Gente maravillosa que comparte sus experiencias y ofrece sus consejos para viajar bien y seguro, con las menores de las sorpresas. Desde aquí mi homenaje a todos ellos. Probablemente, con mayor tranquilidad, un día me pare a contarlos y a nombrarlos uno a uno en mi web.

Espero también muy pronto poder satisfacer la curiosidad de aquellos que se preguntan qué música me ha acompañado en todo este trayecto, colgando la *playlist* de La Sonrisa Eterna.

Para terminar, un anuncio: Habrá tercera y definitiva parte a fin de completar la saga. Intentaré, como en esta, que sea diferente y se pueda leer de manera totalmente independiente del resto, aun proviniendo de un mismo nexo. Pero hasta que llegue, ahora solo pienso en disfrutar de una bien merecida Sonrisa.

En Marín, a cuatro de mayo del año dos mil diecinueve
de Nuestro Señor.

Juan J. Prieto

Table of Contents

[CUBIERTA](#)

[PORTADILLA](#)

[INTRODUCCION](#)

[CAPITULO-PRIMERO](#)

[CAPITULO-SEGUNDO](#)

[CAPITULO-TERCERO](#)

[CAPITULO-CUARTO](#)

[CAPITULO-QUINTO](#)

[CAPITULO-SEXTO](#)

[CAPITULO-SEPTIMO-A](#)

[CAPITULO-SEPTIMO-B](#)

[CAPITULO-SEPTIMO-C](#)

[CAPITULO-OCTAVO-A](#)

[CAPITULO-OCTAVO-B](#)

[CAPITULO-OCTAVO-C](#)

[CAPITULO-OCTAVO-D](#)

[CAPITULO-NOVENO](#)

[CAPITULO-DECIMO](#)

[CAPITULO-UNDECIMO](#)

[CAPITULO-DUODECIMO](#)

[CAPITULO-DECIMOTERCERO-A](#)

[CAPITULO-DECIMOTERCERO-B](#)

[CAPITULO-INDETERMINADO-A](#)

[CAPITULO-INDETERMINADO-B](#)

[MAKING-OF](#)